ALFAGUARA
Laura Castañón
Dejar las cosas en sus días

Para los más míos. Ellos ya saben.

A la memoria de mi padre, que sonrió mientras le leía algunos párrafos de esta historia en el hospital, el último día.

Ya no quiere ni hablar, ni recordar, lo que hiciera hecho está, para qué alimentar una agonía.
Hay que dejar las cosas en sus días...

J. DE DIEGO

Capítulo 1

Si Benito Montañés hubiera sabido, al asomarse a la mirada aturdida de la niña que acababa de parir su mujer, interpretar los augurios de una rebeldía que sólo podía engendrar desdicha, se habría pensado mucho pronunciar la frase que, con la solemnidad que solía aplicar a la mayoría de sus aseveraciones, dijo a continuación:

—Se llamará Claudia.

Y como consecuencia, la trilliza Paloma se habría librado del pescozón que le suministró Sidra, la hermana mayor, tras la rapidez de su respuesta.

—¡¡Como las ciruelas!!

Ni la salida de tono, no tanto por lo impropio de la observación, como por el hecho imperdonable de haber irrumpido en una conversación de mayores —algo muy castigado en la casa de Pomar—, consiguió alterar el gesto de Benito Montañés, que en ese momento transitaba a bordo de algo parecido al arrobo, por pensamientos felices localizados en los días que se avecinaban, y en cómo el Altísimo, en su infinita sabiduría, ponía orden en el universo y en el discurrir de los acontecimientos y, a pesar de la amenaza de huelga y de lo revuelto que estaba todo, había hecho coincidir, como él tanto había pedido en sus oraciones, el nacimiento de su hija con la visita tanto tiempo esperada. Él habría preferido que fuera un niño, y no ya porque aquella casa con Sidra y las trillizas pareciera un gineceo en el que sobrevivía Manuel como único varón, y poco, por cierto, tan frágil, siempre acatarrado y flaco, sino porque entonces se habría llamado Claudio.

—Desde luego, qué manía, Virgen santa.

Apenas se la oyó, porque apenas podía levantar la voz desde aquella marea de sábanas bordadas y almohadones de raso donde a pesar de lo previsible —qué era dar a luz una niña después de haber pasado por el trance de parir trillizas seis años antes—, Ángeles Ariznabarreta se preguntaba por qué le dolía tantísimo la cabeza. Si no hubiera sido por eso, seguramente le habría espetado al hombre con el que compartía su vida desde hacía diecisiete años que estaba hasta el mismísimo moño de aquella devoción suya por el señor Marqués, y que ya le parecía el colmo que eligiera su nombre para la niña que acababa de nacer. Ella, que quería llamarla Rosalía.

—Habrase visto, qué nombre... —acertó a decir, pero ya nadie la oyó. Todos pensaron que se había quedado dormida por el agotamiento. También por las horas, porque ya se había instalado la madrugada, aunque no lo pareciera: en la casa aquello era un alboroto de niños que no se habían querido dormir, y de criadas que

no habían conseguido llevarlos a la cama, y un ir y venir de don Efrén, el médico; y Eloína, la comadrona; y Begoña, la prima de Ángeles que había llegado desde Bilbao para acompañarla en los últimos días del embarazo y el parto. Y así siguió durante un rato, el tiempo suficiente para conseguir que los niños se durmieran, y Migio ensillara el caballo para llevar a la comadrona hasta su casa, y Benito Montañés y don Efrén se terminaran la copa de anís que se tomaban en la biblioteca comentando las últimas incidencias que había proporcionado la huelga, hasta que el llanto del bebé desde el dormitorio azul se confundió con el grito de Begoña, que tras zarandear a su prima, extrañada por su quietud y su falta de reacción al hambre traducida en berridos de la niña, comprendió, con el vértigo que producen algunas certezas, que su prima Ángeles acababa de morir.

Así que Ángeles Ariznabarreta se murió del parto, había anotado Aida en la Moleskine roja, que se había convertido en una de sus más asiduas compañías desde que decidiera adentrarse en aquel laberinto sin más hilo de Ariadna que las historias tantas veces escuchadas, algunos papeles y un puñado de fotos. En la que ocupaba ahora por completo la pantalla del portátil, la única en la que aparecía su bisabuela, parecía claro que era una candidata a morir por una eclampsia: si hasta en aquella foto, tomada un año antes de su muerte, los tobillos y los pies parecían edematosos. Eso, o que le sobraban un montón de kilos, que también. Pero parecía tan fuerte, rodeada de los cinco hijos que tenía entonces. Lo que son las cosas, escribió lentamente, ella, que sobrevivió a un parto de trillizas. Ella, que era de las poquísimas de toda la comarca que se vio atendida por un médico y una comadrona, cuando lo normal era que las mujeres pariesen sin más contemplaciones y sin más ayuda que la de una madre o una suegra bienintencionadas y en unas condiciones bastante más lamentables que las que rodearon el nacimiento de Claudia. Tan fuerte, tan vasca, según le habían contado. Y posiblemente tan huraña como se mostraba en aquella foto con los niños, en lo que debió de ser una primavera, porque se veían las camelias (tenían que ser camelias) florecidas justo detrás del banco de piedra donde se encontraban cuando tomaron la foto. El banco de piedra de la casa de Pomar, refugio de tantas tardes de verano. Tan poco feliz, anotó Aida, y volvió a mirarla, rastreando cuánto de ella misma venía desde un remotísimo pasado, corriendo y perpetuándose por las venas de quienes la precedieron. De reojo, en un espejo pequeño colgado en la pared, se echó un vistazo: qué poco se parecía a su bisabuela, de no ser por aquel fondo de tristeza instalado, como una amenaza de desconsuelo que nunca se sabía si estaba por venir o era antiguo, al final de aquellos ojos que últimamente, maldita sea, comenzaban a requerir con urgencia la complicidad de unas gafas redentoras.

La muerte de Ángeles Ariznabarreta trajo como consecuencia que se empezara a

distinguir lo urgente de lo importante. Y lo urgente, en aquel momento, era encontrar a alguien que se encargara de alimentar a la recién nacida a la que no parecía sentarle nada bien la leche de vaca rebajada con agua que se le suministró como medida inmediata durante aquellas primeras horas de desconcierto y lágrimas, que convirtieron la casa de Pomar en un espacio invadido por el estupor que cada uno iba gestionando como podía. Así, Benito Montañés, pálido y de repente mudo, se limitó a arrodillarse junto al lecho de su mujer y a rezar, para después encerrarse en la biblioteca con el fin de escribirle una larga carta a don Claudio, el Marqués, como hacía cada noche, con la diferencia de que ahora escribía con la luz de la mañana colándose a través de los visillos y, por una vez, apenas le hablaba de sus minas, ni de sus trabajadores. Era la primera ocasión en que una carta dirigida al Marqués abordaba cuestiones personales: le informaba del modo en que el alma se le había quedado como suspendida en el aire, y del frío que se le había colado como por dentro de los huesos, por el tuétano mismo, de forma que no podía dejar de tiritar y tenía serias dudas de que aquello no desembocara en algún tipo de mal que lo tumbara enfermo, ahora que era tan necesario tanto en la empresa como en casa, donde una criatura indefensa precisaba de su especial atención, ya que la pobre había traído consigo un equipaje de desgracia que confiaba que el señor Marqués conjurara haciéndole el honor inconmensurable de apadrinarla, para compensar tanto infortunio, y que bien podrían hacerlo aprovechando la visita que estaba previsto que cursara en los días siguientes, ya que nada habría que pudiera consolarlo tanto en la pérdida de su querida esposa como saber que la hija póstuma, a la que con ese motivo tenía previsto imponer el nombre de Claudia, tendría ya para siempre, con el carácter que el bautismo imprime, la protección espiritual de un hombre tan buen cristiano y de una bondad sin límites como era el Marqués.

Los niños reaccionaron cada uno a su manera. Manuel se encerró en el cuarto amarillo y lloró hasta quedarse dormido. Las trillizas, con aquella extraña alianza que parecían tener, se sentaron en las escaleras cogidas de la mano y permanecieron calladas durante horas. Y Sidra se recluyó en un silencio muy parecido al de su padre, sin apenas lágrimas, pero como si de pronto se hubiera instalado en la adultez, por la que parecía deambular desde siempre, con aquel gesto hosco, aquella mirada hostil, coronada por un ceño permanentemente fruncido. Por su parte, Begoña no halló otra forma que las lágrimas de darle salida al vértigo que se le instaló como una dentellada en el alma desde el momento mismo en que sintió la muerte en los dedos que rozaron el rostro de su prima: acababa de perder a la única hermana que había tenido, porque ambas habían sido hijas únicas y habían crecido como tales, compartiendo las tardes de lluvia y las mañanas de sol en Las Arenas, las horas perdidas en Usategui, aquel baile de la inauguración del Real Sporting Club de Bilbao, la institutriz inglesa y las historias que inventaban acerca de ella y, sobre todo, el secreto que jamás revelaron: la forma en que aquel muchacho de Vitoria que trabajaba en la construcción del Puente Colgante las desvirgó a ambas con un par de

días de diferencia, y de qué modo las dos se conjuraron para jamás contárselo a nadie, ni siquiera a su confesor, que ya había dado sobradas muestras de no ser muy fiable a la hora de guardar secretos de confesión. Tal fue el peso de aquel episodio y tan dispar su forma de abordarlo, que Ángeles llegó a creer que realmente era virgen cuando se casó con Benito, y Begoña permaneció soltera con la certeza absoluta de que no habría hombre que no fuera capaz de averiguar la turbiedad que aquel muchacho, cuyo nombre no recordaba, había sido capaz de imprimir en su pensamiento y en las mareas que la visitaban en las noches, sin que jamás supiera distinguir si el rostro impreciso y su aliento y aquellos extraños gemidos formaban parte del equipaje de un sueño o de una pesadilla que la hacía despertarse bañada en sudor debatiéndose entre el deseo y el espanto. Hablar con Ángeles de aquello se había convertido en el único consuelo, y la memoria y el olvido habían jugado sus cartas de un modo tan raro, que cuando hablaban de *él* parecían estar haciéndolo de un antiguo novio de Begoña, como si las dos hubieran perdido por el camino las horas en que Ángeles también había estado en aquella caseta de la obra, y había sentido los mismos labios y las mismas manos, y el mismo temblor, y sin embargo nada en su recuerdo remitía al olor de otro cuerpo, de forma que había llegado a pensar que si alguna vez lo sentía como propio, como si a ella también le hubiera ocurrido, se debía a las muchas veces que Begoña había vuelto sobre ello.

Así las cosas, Dorotea, que era la más antigua de las criadas de Pomar y estaba en la casa desde que Benito Montañés y Ángeles Ariznabarreta se instalaron allí recién casados, al llegar de Madrid con el nombramiento de director de la Sociedad Hullera Española, tomó cartas en el asunto. Acudió con prontitud a su red de informadores para enterarse de qué posibilidades había de encontrar un ama de cría para la niña. Ángeles Ariznabarreta, para escándalo de su familia de Bilbao, había decidido amamantar a sus hijos a partir del nacimiento de Manuel, y sólo cuando nacieron las trillizas tuvo que recurrir a la ayuda de un ama, porque aunque las tres niñas eran unos micos por cuya supervivencia nadie daba un duro, no dejaban de ser tres. En aquel momento fue una mujer de La Forcá, madre de seis hijos que se habían criado con una salud y unos mofletes tan envidiables, que de algún modo se justificó que Paloma, que fue la agraciada para alimentarse compartiendo la leche con el hijo pequeño de Toña, siempre fuera un poco más alta que sus dos hermanas. También más despierta, más respondona y más desobediente que las otras dos, lo que confirmaba la teoría de Ángeles de que uno es lo que mama, en sentido estricto. Toña habría sido una buena opción, pero su último hijo (que hacía el número ocho) ya tenía nueve meses y no estaba en la disposición más adecuada para incorporar a una recién nacida. Aquella misma mañana Reme, la más joven de las chicas de la casa, llegó con noticias de posibles amas de cría, que no eran precisamente buenas. Desechadas algunas candidatas por su lejanía, en pueblos de complicado acceso (Grameo, Bandoreyo, Forniellos y Valdesenche), solamente quedaban tres posibles y ninguna de ellas parecía el ama de cría ideal para la niña Montañés. La primera fue

rechazada en el acto: su condición de madre soltera (y ya era su segundo hijo, lo que la convertía en una puta sin enmienda) no pasaba ni el más mínimo de los requisitos necesarios. La segunda tampoco obedecía a lo que Ángeles Ariznabarreta (su ausente opinión se convirtió de inmediato en la ley que venía a regir cada una de las decisiones de la casa) hubiera deseado para su hija. Se trataba de una mujer de Los Tableros, madre de tres hijos y esposa (esto era lo malo) de Colás Teyera, uno de los mineros más problemáticos con los que tenía que vérselas la gente de Benito Montañés. De hecho, parecía poco probable que permaneciera durante mucho tiempo trabajando en la mina Dos Amigos, donde se le consideraba uno de los principales promotores de todos los intentos de huelga (incluso alguno de los guardas jurados le había hecho saber a Benito Montañés, en uno de sus informes, que había sido visto en Mieres en un mitin de Manuel Llaneza), convenientemente neutralizados gracias a los afiliados al Sindicato Católico. Dorotea no se paró ni dos minutos a pensar en esta mujer como posible nodriza. Sería enterarse el señor y darle allí mismo uno de aquellos ataques de cólera en el transcurso de los cuales podía suceder cualquier cosa. La tercera candidata reunía algunas de las condiciones que se le exigían: era una mujer joven, sana, muy próxima, porque vivía en El Pedroso, y su hijo tenía apenas un mes, por lo que estaba en un momento perfecto para convertirse en el ama de cría de Claudia. El pero que le ponía Dorotea era que Camino, que así se llamaba, estaba viuda. Su marido se había matado en la mina, en Melendreros, a los pocos días de nacer el bebé.

—Bastante tien esta neña ya con ella, con lo de la madre, pa que encima tenga que mamar toa la pena de Camino...

—Ay, Dorotea, por Dios bendito, muyer... Qué tendrá que ver. Si nun se-y quitó la leche cuando murió Xelu, ya me dirás a mí...

—Ye que nun pué ser bueno. Ya verás como nos va a salir una rapacina triste pa los restos...

—Si sal triste, nun va a ser por lo de la leche, eso dígotelo yo. Saldrá triste porque la probitina con quedar en sin madre, ya tien de sobra...

Todo era tan complicado que Dorotea, por primera vez, se sintió superada por los acontecimientos. No tenía ni el más mínimo problema en trabajar como una mula, ni en obedecer cualquier orden de los señores. Pero aquello era otra cosa, porque había un extraño vacío de poder como si la muerte, como un torbellino enloquecido, hubiera dejado patas arriba la casa y las capacidades de sus habitantes. Y había tantas cosas que hacer, tantas decisiones que nadie parecía tomar, tantos pequeños detalles. Mientras Claudia berreaba, seguramente atormentada por los cólicos de una mala asimilación de la leche de vaca, y Reme la mecía intentando en vano calmarle el llanto, Dorotea se preguntaba por qué la gente cuanto más dinero tiene, y más importante es, menos entiende qué es lo que hay que hacer en cada momento. Y en

aquella casa había un cadáver que había que velar y organizar el funeral, y enterrar, y había una recién nacida que había que alimentar. Y mientras sujetaba la cabeza con las dos manos, apoyados los codos en la gran mesa de mármol de la cocina, tratando de encontrar una solución que no pasara por molestar al señor, que seguía encerrado en la biblioteca, la respuesta a sus plegarias vino en forma de una sombra negra: Sidra había sacado del armario de Ángeles Ariznabarreta un vestido de cuando el luto que ésta había llevado por su propia madre, y se había arreglado para ponérselo, adaptándolo a fuerza de alfileres, y como si desde la tela igual que un vapor se emanara el espíritu ido de quien había sido dueña de los destinos de aquel hogar, Dorotea se quedó sorprendida al ver la naturalidad con la que Sidra disponía, como si lo hubiera pensado mucho rato, cuáles eran los pasos que había que seguir para que la casa continuara funcionando, y que pasaban, en primer lugar, por encontrar un ama de cría para Claudia, disponer el velatorio en la sala de abajo, después de quitar la mesa de billar, y el entierro, y mantener los ritmos de la casa y de sus habitantes de la forma más racional posible. Así que le pidió a Migio que volviera a llamar a don Macrino, el párroco de Santa Cruz, al que ya había ido a buscar un par de horas antes, casi sin bajarse del caballo, después de haber dejado a la comadrona en su casa, para que administrara la extremaunción a lo que ya era el cadáver de Ángeles Ariznabarreta, y que ante la falta de decisión de Montañés, que atribuyó a la profunda pena y a que también él mismo estaba muerto de sueño (nunca acababa de acostumbrarse a que interrumpieran su descanso a cualquier hora de la noche), había vuelto a la casa rectoral, dejando para la mañana todos los datos relativos a las exequias. Pero mientras el párroco llegaba y no, que estaría a esas horas diciéndoles la primera misa de la mañana a las monjas del sanatorio, lo primero era que su padre decidiera quién iba a encargarse de alimentar a la recién nacida.

Benito Montañés no quiso saber nada del asunto del ama de cría para Claudia. Se limitó a decir lacónicamente, cuando Dorotea le transmitió su inquietud acerca de la inconveniencia de que fuera Camino la encargada de darle de mamar con lo reciente que estaba lo de su marido, que tenía entendido que la joven viuda era buena católica. Y de ser así, por él no había ninguna razón para que no pudiera amamantar a la niña. Y en cuanto a Sidra (de pronto se diría que su opinión era fundamental), no parecía demostrar la más mínima inquietud por el hecho de que la pena pudiera incorporarse como parte del alimento que recibiría su hermana.

—Tampoco lo veo yo tan mala cosa, Dorotea. Al fin y al cabo, éste es un valle de lágrimas. Y cuanto antes lo aprenda, mejor le irá en la vida.

Gracias a Paloma, Aida conservaba objetos que algún día formaron parte del hogar de los Montañés. Tenía, por ejemplo, unas cucharillas de plata y marfil tallado, y media docena de platos que habían sobrevivido a los naufragios, de la que había sido una vajilla primorosa, con unas flores diminutas de color malva, y con un hilo

de oro (de oro de verdad, le había dicho Paloma mientras pasaba su dedo tembloroso por el borde del plato, y de Limoges, mira, mira cómo lo pone aquí, en el reverso, se la trajeron de París a mi madre los tíos de Bilbao, cuando se casó). No tenía ni la más remota idea de qué había sido del resto de la vajilla, pero cuando pensaba en ello había un estruendo de platos rotos y palabras hirientes en su cabeza, sin que nunca pudiera llegar a descifrar cuál era el misterio.

Guardaba como un tesoro algunos cuadernos escritos con exquisita caligrafía, y una caja de música que, al abrirse, ponía en marcha a una pareja de muñequitos que giraban mientras sonaban los compases de «Dónde vas con mantón de Manila», y que Benito Montañés había regalado a su mujer poco antes de casarse, tras una representación de *La verbena de la Paloma* en el teatro Apolo. A Aida le habían contado que su bisabuela había salido de la zarzuela tarareando la canción y no había dejado de hacerlo durante todo el trayecto hasta la casa en que se alojaba en Madrid, la de los amigos de su padre, el ingeniero Fernando Pariente y su mujer (que a la postre sería el que recomendaría a Benito Montañés para el puesto de director de la Sociedad Hullera Española, que lo llevaría a los valles tan verdes como negros de la Asturias donde el marqués de Comillas extraía carbón para que sus empresas funcionaran). De dónde sacó Benito Montañés aquella caja fue siempre un irresoluble misterio, como también lo era el poder mágico que parecía ejercer sobre las traviesas trillizas antes de dormir, y sobre Claudia, que podía pasarse horas mirando a aquellos dos muñecos vestidos con una insólita perfección y que daban la impresión de bailar un chotis sin dejar de mirarse a los ojos.

De Manila, porque desde allí llegó, aunque en realidad de seda china bordada, era también el mayor tesoro (al menos en lo que se refería al dinero que podría obtener en eBay si venían las cosas mal dadas) que conservaba Aida. Una colcha que, por lo que supo, provenía de la familia de Benito Montañés y formaba parte de un lote que su padre, es decir, el tatarabuelo de Aida, había obtenido como cobro de una deuda de juego.

También tenía algunas sábanas de hilo, bordadas por las manos de las niñas, en tantas tardes en la galería de Pomar, para un ajuar que nunca tendría más destino que el olvido y que Aida conservaba en su armario sin usar jamás, a pesar de que siempre se decía que serían para un día especial con alguien especial.

«Alguien especial», anotó Aida en el cuaderno y después encerró las dos palabras en una especie de lazo, que casi parecía un corazón, lo que la hizo corregir la trayectoria del bolígrafo instintivamente: volvían los viejos pudores, y que aquello pareciera un corazón la hacía temer un ataque de cursilería. «Dónde diablos hay alguien especial», pensó, como si existiera (y después de cumplir los cuarenta, ésa era una certeza de las que te dejan asomada al abismo) sobre la faz de la tierra un hombre con el que compartir la colcha de Manila y las sábanas con bordados en realce y delicadísimo richelieu...

Después de Asier, después de la ruptura con Asier, y de aquel arrebato de adolescencia que se le desató como consecuencia inesperada, traducida en una retahíla de novios, amigos, amantes, con la duración aproximada de los amores de los catorce años, no había habido nadie realmente especial. Desde luego, no lo suficiente como para que mereciera la pena sacar del armario perfumado con saquitos de lavanda aquellas sábanas que, para empezar, antes de colocarlas en la cama, era preciso planchar con esmero, así que ante una cita siempre pensaba que psé, que total para qué. Y después, cuando se quedaba sola en cada una de esas ocasiones, se alegraba mucho de no haberlo hecho, porque realmente no habría merecido la pena.

Después de Asier, pensó Aida. Nadie especial después de Asier. Y mientras cerraba el cuaderno y miraba el reloj, sorprendida de pronto porque ya era la hora de ir al periódico, cayó en la cuenta de que en los doce años que había vivido con Asier ni una sola vez se le ocurrió sacar las sábanas bordadas y compartirlas con él.

El diario *El Carbayón* describió el entierro de Ángeles Ariznabarreta como una impresionante manifestación de duelo que, por otro lado, era la fórmula utilizada con más frecuencia por el redactor que se encargaba de las crónicas de funerales. Se hizo mención, describiéndolo detalladamente, al carruaje tirado de cuatro caballos emplumados con penachos morados, algo nunca visto en la comarca, a los crespones, los cirios encendidos, a la masiva afluencia de los trabajadores de la Sociedad Hullera Española, encabezados por los máximos representantes del Sindicato Católico, a la presencia de los párrocos de Santa Cruz, Moreda, Boo, Ujo, Figaredo, Pola de Lena y al capellán de Bustiello, que leyó durante el funeral un mensaje de monseñor Baztán y Urniza, obispo de Oviedo, en el que expresaba sus condolencias. El cronista se hacía eco de las tristes circunstancias en que se había producido el fallecimiento de la esposa del director, al dar a luz, y de los niños que quedaban huérfanos, aunque se equivocaba en los nombres y en las edades, lo que también era bastante frecuente. Y además, en descargo del plumilla, habría que señalar que la familia de Montañés era un poco peculiar en cuanto a los nombres. El de Sidra sólo llamaba a error durante unos segundos: cualquier parecido con la chispeante bebida y la alegría derivada de ella chocaba frontalmente con la aspereza que propiciaba el primer encuentro con ella, y se incrementaba con la antipatía, el carácter desabrido y taciturno del que hacía gala, a poco que se cruzaran dos o tres palabras. En definitiva: Sidra, que tenía nombre de juerga, era tan macilenta como huraña. Y ni siquiera se llamaba así. Cómo iba a haberla llamado así su padre. En realidad, Sidra era Isidra, lo que no dejaba de ser una faena onomástica como otra cualquiera, de esas que casi siempre son resultado de decisiones paternas, enturbiadas por la emoción del momento, o el alcohol de la celebración previa a la inscripción en el registro. En el caso de Benito Montañés, no se debía ni a lo uno ni a lo otro. Como sucedía con la mayor parte de

los actos que iban tejiendo su conducta, la elección del nombre era una decisión ponderada, y, sí, bastante estrafalaria, pero qué le iba a hacer él, si al fin y al cabo había sido cosa del Altísimo lo de que el sexo de su primer hijo fuera femenino en lugar del varón que él estaba seguro de que Ángeles Ariznabarreta le daría... Porque se habría llamado Isidro, que era el patrono de Madrid, la ciudad que había dejado atrás y en la que había vivido toda su vida hasta que el azar y su noviazgo con aquella chica de Bilbao que conoció en El Suizo terminaron por llevarlo hasta Asturias.

Y es que Benito siempre tuvo muy clara la diferencia entre el verbo *ser* y el verbo *estar*, y él estaba en Asturias, pero era madrileño y lo sería toda su vida, de modo que la estancia en el norte venía a ser una especie de exilio necesario, una emigración de lujo (al fin y al cabo, él había pasado de ser un contable más o menos brillante a convertirse en director de una empresa en unas circunstancias en que su cargo lo nombraba algo así como virrey de una comarca en la que cualquiera que no fuera minero ya era alguien), y su vida debería mantenerse tan madrileña como pudiera. Eso lo llevó a convertir Pomar en algo parecido a una isla en la que se celebraba con comida especial el 15 de mayo, y las criadas tuvieron que aprender a hacer cocido madrileño («Los garbanzos de toa la vida —mascullaba Dorotea—, van a contame a mí cómo coña se hacen unos garbanzos...»), o a cortar en trozos más pequeños los callos para que al señor le recordaran los que comía en casa de su madre (pero nunca se lo recordaban lo suficiente), o a reproducir los gestos y las actitudes que tendría un mediodía por el Retiro en su paseo, primero con Ángeles y luego con los niños, por la carretera hasta Taruelo o hasta Caborana. A esta intención de mantener en Pomar una especie de Petit Madrid, se sumaban otros mil pequeños detalles que incluían la prohibición expresa de las palabras en asturiano a los criados (lo que generaba situaciones verdaderamente hilarantes), y por supuesto a sus hijos, que tenían del todo vedada cualquier relación con niños que no fueran los hijos de don Efrén, el médico, y los de don Gustavo, el ingeniero, si bien los del primero le hicieran torcer el gesto, porque para su gusto estaban bastante contaminados en la medida en que iban al colegio de los frailes de La Salle y compartían pupitre con los hijos de los mineros, aunque qué podía esperarse, si don Efrén al fin y al cabo tenía los orígenes que tenía y no dejaba de ser una especie de desclasado, alguien que, por obra y gracia de algún extraño y oscuro milagro y la instrucción correspondiente, no dejaba de ser el hijo de un pescador venido a más, lo que producía una extraña incomodidad a quienes lo trataban: siempre había un no sé qué de sospecha acerca de en qué lado de aquella trinchera tan definitiva estaba situado.

Así que, con semejantes antecedentes, era lógico que a su primera hija la estigmatizara para siempre con el nombre de Isidra. Y aunque con el segundo, nacido cuatro años después como si fuera un milagro, cuando tanto Benito como Ángeles pensaban que ya no tendrían más hijos, hizo una concesión a la normalidad

y le puso el nombre de Manuel —más que nada porque resultaba ser el de los dos abuelos del niño (al fin y al cabo, ponerle Isidro habría sido una redundancia incluso para él)—, cuando llegaron las inesperadas y también milagrosas trillizas, encontró la excusa perfecta para honrar a las advocaciones madrileñas por excelencia: quedó claro desde el principio que una sería Paloma, que otra sería Almudena y, ante la inexistencia de una tercera Virgen inequívocamente castiza, Benito Montañés tomó la decisión de llamar a la tercera María de la Cabeza, en honor de la mujer de San Isidro... hasta que Ángeles, aún sin fuerzas y absolutamente destrozada tras un parto que parecía que no iba a terminarse nunca y que puso a prueba a médico y comadrona, que jamás se habían visto en otra parecida, se incorporó y gritó casi con más energía que durante las primeras horas del parto:

—¡¡Ni María de la Cabeza, ni María de los Pies, o ya sabes dónde vas a dormir lo que te queda de vida, cojones!!

Y el director, absolutamente asombrado por aquella salida de tono de su mujer, que hasta ese momento había sido la sumisión personificada, y mudo por lo rotundo y brutal de la expresión, que jamás habría pensado oír de sus labios, no se atrevió a decir nada y asumió que el nombre de la tercera de las trillizas sería una concesión a la ignorada y casi olvidada tierra de su mujer y se llamaría Begoña, que era la patrona de Bilbao, y de paso llevaría el nombre de la prima y confidente que era visita habitual en la casa de Pomar, donde pasaba largas temporadas.

Y sin embargo, cuando nació Claudia, en ningún momento había tenido ni la más mínima tentación de rebuscar entre el santoral alguna referencia madrileña: a Benito Montañés le interesaba bastante más que la niña (lástima que, como cuando Sidra, tampoco fuera un varón) llevara el nombre de su admirado, de su idolatrado Marqués, don Claudio López Bru.

Como tenía que pasarse por el Ayuntamiento, porque la portavoz del grupo municipal Popular estaba empeñada en que todo el mundo supiera por qué su grupo se oponía a la desacralización de la iglesia de la Universidad Laboral para convertirla en un Centro de Interpretación del Territorio, que a ver dónde se había visto semejante desatino, y había convocado una rueda de prensa al efecto, Aida aprovechó para entrar a tomarse un café en el Roma, en la Plazuela. Y como cada vez que lo hacía, volvió a sentir anudada en la garganta la nostalgia del café San Miguel y volvió a maldecirse por aquella especie de traición para con el viejo café, sus olores antiguos, el fantasma de las conversaciones que flotaban en el aire. Odiaba el Roma: sus camareros cambiantes, tan torpes como seguramente mal pagados por alguna ETT; sus mesas diminutas, demasiado juntas, que impedían mantener una conversación que no se convirtiera en el mismo instante de producirse en patrimonio a la fuerza del resto de los clientes; la frialdad de sus suelos; los espejos; hasta las

sillas le resultaban antipáticas. En realidad, más que por cuestiones estéticas, que también, odiaba el Roma porque su apertura (y por tanto la desaparición del añorado Cafetón) había coincidido con el tiempo en que Asier la dejó. De hecho, el desastre final de aquella relación que había sido fuego y océano al mismo tiempo se había iniciado por los mismos días en que en el edificio se colgó un cartel de Promocasa que anunciaba la inminente rehabilitación y la conversión de aquella ruina de tres pisos de persianas desvencijadas y cristales rotos en que se había convertido con el paso de los años la obra de Manuel del Busto —de aire neobarroco, con toques modernistas y complejos pináculos de remate y con aquella cúpula elevada sobre la rotonda con mansardas— en pisos y apartamentos. En aquel momento se supo con certeza lo que ya se venía rumoreando: que el café San Miguel tenía los días contados, lo que sirvió para que se extendiera como una marea suave pero implacable una extraña tristeza con vocación de anegar silenciosamente a los clientes habituales, a los taxistas de la parada, a todos los vecinos de la zona. Aida asociaba esa sensación a la tristeza íntima y feroz que había anidado en ella cuando supo que Asier terminaría por dejarla. Un amor en ruinas, un par de vidas que tenían que ser rehabilitadas como el edificio en el que estaba su café: la mesa de siempre, la situada junto a la ventana del medio de las tres que daban a Ruiz Gómez, aquella desde la que había visto llegar a Asier saliendo de Uría, la primera vez que quedaron, con su jersey de colores y su fular violeta al cuello. La misma mesa junto a la ventana que, vista desde fuera, le recordaba tanto los cafés de Hopper, solitarios incluso en mitad del bullicio, el mismo viejo y querido café en el que se fueron quedando palabras y gestos, promesas y labios, como si el recinto pudiera albergar la memoria de las confidencias de los primeros tiempos, el descubrimiento de tantas cosas en común, la risa. Se reían tanto entonces. Aida se preguntaba en aquella época, cuando ya supieron que no había nada que hacer, qué se había hecho de tantas risas, en qué esquina del tiempo se quedó, no ya el temblor, que era consciente de que era una de esas manifestaciones con fecha de caducidad, sino la complicidad; qué había sido de lo que ellos eran entonces, por qué se les cansó la mirada, en qué instante desapareció la magia. No podía evitar que de vez en cuando todo eso entrara como un visitante inesperado, con la misma violencia con que el viento se levantaba a veces de golpe, cuando pedía un café en la barra del Roma, adonde inevitablemente seguía acudiendo, porque también entonces, cuando la rehabilitación, dio por hecho que había que seguir adelante: que enterrar el pasado era una buena opción y que a nueva vida, nuevos escenarios. Y del mismo modo en que abandonó la larga melena rizada, consideró que tampoco sería tan mala cosa terminar por asumir que Asier ya no estaba. Aunque siguiera viéndolo casi a diario en el periódico y en la asociación, incluso aunque a veces terminaran por acostarse juntos en virtud de no se sabía muy bien qué extraña alianza de piel y seguramente de feromonas. Asier ya no estaba, y el café Roma sustituía, con esa concesión a una tan pulcra como aséptica modernidad, los cien años de historias tejidas en las viejas mesas de mármol, en los sofás

mugrientos adosados a la pared del fondo, al amor, cuando era amor y no ese sucedáneo de tipos de rostro fugaz que desaparecían de su vida con la misma premura con que apuraban la urgencia de su deseo.

En Santa Cruz, en toda la comarca del Aller y en general en toda la cuenca, jamás se había visto nada parecido a lo que había sido el entierro de Ángeles Ariznabarreta.

Que la esposa del director de la Sociedad Hullera era una señora, tan alejada de la estrechez polvorienta del valle y de sus gentes, era algo asumido como natural por todos, del mismo modo que siempre ha habido ricos y pobres. También lo era el hecho de que sus vestidos y sus sombreros llegaran desde Madrid o Barcelona, adonde viajaba a principios de cada temporada para ver a su modista, con la que elegía telas y modelos de los figurines que le enviaban desde París que habían adoptado las influencias del modelo *Gibson girl*, y que a pesar de la seriedad de su gesto, y posiblemente por la influencia de su prima Begoña, Ángeles había incorporado poco después de casarse, abandonando para ello las enaguas de crinolina, protagonistas indiscutibles de su atuendo hasta ese momento. Y con ese modelo se había quedado, insensible a los nuevos aires que a partir de 1910, y por la influencia del Ballet Ruso y personajes como Isadora Duncan, empezaron a cambiar rotundamente la imagen de la mujer. Eso de que las faldas se acortaran y mostraran los tobillos, y que el cuello de los vestidos, que siempre habían dejado la garganta como un territorio confuso e inexplorado, mostrara que existía vida y piel por debajo de las orejas siempre le pareció un atrevimiento intolerable incluso en alguien tan dado a incorporar lo último de lo último en moda como su prima Begoña que, inexplicablemente, no terminaba de entender que, con treinta años y sin novio a la vista, estaba abocada de un modo inexorable a vestir santos.

Todos asumían como normal que la casa de Montañés, al igual que la del ingeniero, fuera casi una mansión, y que dispusiera de agua corriente gracias a un depósito, y un cuarto de baño con una enorme bañera de cobre patinado, con un interior de estaño pulido, mientras que los mineros a la salida del pozo se lavaban por partes en una palangana con agua helada. Y que en cada dormitorio predominara un color: las paredes, las contraventanas, las cortinas, las colchas, los almohadones y hasta los bibelots (a Ángeles le encantaba pronunciar en francés siempre que tenía ocasión, aunque Dorotea nunca hubiera entendido del todo qué era aquello de *bibelós* y por qué la señora llamaba así lo que toda la vida de Dios se había llamado «figurines y mariconaúques») combinaban las distintas tonalidades que se hubiera dispuesto para cada uno de ellos. Así, el azul era el del matrimonio, el rosa el de Sidra, el amarillo el de Manuel, el violeta el de las trillizas. Las criadas que trabajaban en la casa solían quedar impresionadas la primera vez que iban abriendo las puertas, por mucho que hubieran oído hablar de ello a sus antecesoras en la fuente, cuando iban a por agua, o en el lavadero. Aquella casa no sólo era lujosa. En

realidad, eso era muy sencillo en aquel pedazo de tierra: no se necesitaban grandes alardes para que aparecieran como miserables las viviendas de los mineros, diminutas para las recuas de niños que integraban las familias, sin apenas muebles, con jergones en muchos casos como único lugar donde amontonarse para dormir. Lujosa era también, desde esa perspectiva, la casa de don Efrén, y la de don Gustavo, pero la de Montañés, además, tenía un gusto extraordinario tras el que se adivinaba siempre la mano firme de Ángeles y el buen criterio a la hora de conseguir de su marido que no le importara firmar las facturas que acompañaban a la entrega de determinados muebles, o que hiciera la vista gorda ante la presencia de veladores nuevos, o de una alfombra impecable que sustituía a otra que aún estaba en buen uso, o de aquella manía de su mujer por sus dichosos bibelots, que como en una especie de maldición se multiplicaban por repisas y vitrinas, a veces en forma de arcángeles y otras de elefantes, de porcelana o de marfil; cajitas de origen desconocido y con olores extraños cuando se abrían; rosarios de cuentas de cristal, de ágata negra, de pétalos de rosa; pequeños barcos sin más vocación que un charco diminuto; recipientes de rapé; animales mitológicos; abanicos; dedales; búcaros; benditeras; tallas de jade, que convertían la casa en algo que se parecía bastante a un museo heterodoxo y extravagante, capaz de generar en Dorotea un ataque de ansiedad cada vez que (y ya procuraba que entre una y otra hubiera por lo menos quince días de tregua) tocaba limpiar «les menudencies» aquellas a las que la señora tenía tantísima afición.

También se consideraba normal, a pesar del errático comportamiento del médico —al que sí que le parecía que la de los frailes era una buena educación para sus hijos y que tampoco iba a sentarles mal lo de compartir banco con los rapaces de la zona, y que al fin y al cabo, que llegaran con piojos a casa de vez en cuando, o descalabrados por la puntería de los de Grameo, particularmente hábiles a la hora de lanzar piedras, no dejaban de ser asuntos que formaban parte de lo que él consideraba, para escándalo y absoluta incomprensión de don Gustavo y de Montañés, una educación integral—, que los niños de la familia Montañés se educaran en su propia casa. Para ello llegaba desde Mieres un profesor particular que se encargaba de la educación básica de los niños: leer, escribir, manejar las cuatro reglas, algo de historia... Pero su verdadero cometido era instruir a Manuel en álgebra, geometría, contabilidad, geografía, dibujo técnico, geología y todo aquello que le sería útil en el futuro para ocupar un cargo de importancia en la empresa, que su padre no dudaba de que estaría aguardándole en cuanto tuviera la edad necesaria: de que los conocimientos no faltaran ya se encargaría él. Las niñas, por su parte, recibían las clases de una profesora ovetense que durante cuatro meses al año se quedaba interna en la casa, y de forma intensiva conseguía que el piano sonara de un modo aceptable bajo los aplicados dedos de Sidra y, sobre todo, que las trillizas tocaran a seis manos algo que se parecía a la «Romanza» y el «Vals en la mayor» de Rajmáninov. Con eso y las clases de bordado, su educación estaba más que completa.

Aun así, a pesar de que ya se sabía que los Montañés eran como seres de otro planeta, la gente de la comarca tardó muchísimo tiempo en olvidar el entierro de Ángeles Ariznabarreta. Ya no era por los caballos, el carruaje, los penachos y el olor a cera quemada que durante días flotó en el ambiente por la cantidad de cirios encendidos que acompañaron al cadáver. Fue sobre todo porque aquello vino a contradecir el consolador pensamiento de que la muerte nos iguala a todos. Porque no era cierto. No eran iguales las muertes de los ricos que las de los pobres. Y no sólo se trataba de que la mujer de Montañés iba amortajada con raso en un ataúd de una madera tan brillante que jamás nadie había visto nada parecido, y que la mayoría de los muertos de la zona ni siquiera tenían para que Jandro, el carpintero, improvisara un cajón para enterrarlos y tuvieran que recurrir al ataúd que tenía la iglesia colocado en el cabildo y que se usaba para transportar a los muertos hasta la fosa donde se los depositaba para luego, ya vacío, volver a su ubicación a la espera del siguiente entierro.

Era algo más sutil y sólo algún tiempo después cayeron en la cuenta. En una comarca acostumbrada a verle la cara casi a diario a una muerte irrespetuosa con la edad de quienes se llevaba, con las historias que arrancaba de cuajo, con los gritos desgarrados de tanta viuda, de tantos padres, de tantos hijos, resultaba extraño, solemne y hasta conmovedor que Benito Montañés, sus cinco hijos y la prima Begoña, rigurosamente vestidos de negro, acompañaran al cadáver en todo momento, y casi solos, iniciaran la subida al cementerio, una vez que se despidió el duelo en La Cruz. Y que ninguno de ellos (seguramente ésa y no otra era la forma de demostrar que ellos eran diferentes, que no hacían ni la más mínima concesión que pudiera alimentar los comentarios, tanto los maliciosos como los compasivos) derramara ni una sola lágrima.

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado: viernes, 17 de agosto de 2007 19:58
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Lo prometido

... es deuda. Así que te envío la entrevista del otro día, porque por alguna misteriosa razón, no se puede encontrar en la edición digital.

Te la he escaneado: así también ves la foto que te hizo Asier, mi fotógrafo, que a mí me parece que está bastante bien.

Espero que te guste cómo quedó, la entrevista, digo, aunque me parece y te parecerá un puro apunte de todo lo que hablamos. Yo me lo pasé muy bien. Nunca dedico tanto tiempo a una entrevista, te lo aseguro, y si lo hice fue porque me sentía muy cómoda. Y me sorprendió ver que tienes los ojos azules. Ya. Te parecerá una gilipollez, pero ten en cuenta que la mayor parte de las imágenes que tengo de ti son en blanco y negro. Bueno, una vez te vi en el teatro, en una obra de

Dario Fo, *Muerte accidental de un anarquista.* Hacías de comisario, pero el escenario estaba demasiado lejos como para enterarme del color de tus ojos. Además, fue realmente curioso, porque en el momento en que me dijiste que hablabas conmigo como si me conocieras de mucho tiempo atrás, yo estaba pensando justamente lo mismo. Eso no me pasa casi nunca. Fíjate que un poco más que hubiéramos seguido hablando, y habría dejado de preguntarte, para empezar a contarte mi vida. Eso que saliste ganando, la verdad...

Ya me sentí muy favorablemente predispuesta porque tuviste el acierto de llamarme Aida, así con el acento en la primera A. Me paso la vida explicándole a la gente que no es Aída, que es Áida. Y la mayor parte de las veces tengo que empezar por explicar lo de Aida Lafuente y todo lo demás. Así que casi me caigo de espaldas cuando descubrí que tú sí que conocías la historia. De todos modos te adjunto el *link* de Youtube, para que puedas escucharla en la versión de Nuberu.

También quería decirte que estuve viéndote en el teatro esa misma noche, a pesar de que cuando me diste las entradas bromeaste con que seguro que no iría. La obra no estaba muy allá, tenías razón tú, y la actriz, ay Dios, mejor no hablamos de la actriz, pero tú estuviste muy bien. Y hubo un momento en que tuve la sensación de que me mirabas, aunque me imagino que cuando uno está actuando no verá a los espectadores, por mucho que estén en la tercera fila como estaba yo.

Luego pensé en pasar al camerino, para saludarte y eso, pero me pareció un poco absurdo. O no. No lo sé. Ahora lo que me parece absurdo es no haberlo hecho.

Es curioso. Estoy escribiéndote y tengo la sensación de que hay muchas cosas por decir. Pero no me hagas caso: para mí la palabra es oficio y es vicio, no tengo remedio.

Pues eso, que no me hagas mucho caso.

Un beso, y ya sabes dónde estoy,

Aida

Dorotea se había esmerado hasta donde sabía para que la cena que en ese mismo momento Benito Montañés estaba a punto de compartir con sus invitados fuera digna de un marqués. Pero todo era un sinsentido: apenas hacía una semana que la señora estaba difunta, y se suponía que en una casa decente no se hacían comidas con invitados en pleno luto. Por mucho que hubiera que aprovechar la visita de don Claudio para que apadrinara a la niña y la cena fuera como la de celebración del bautizo, aunque sin que se considerara ni siquiera remotamente la presencia de la madrina, que resultó ser Sidra, porque Begoña, que era quien estaba previsto que ejerciera, había optado por hacer las maletas y marcharse a Bilbao dos días más tarde del entierro de Ángeles, incapaz de respirar la tristeza que había quedado instalada en la casa y particularmente dolida con Benito Montañés, que parecía no tener otro motivo de preocupación ni otro argumento en su pensamiento que la inminencia de la visita del Marqués. Era todo un sinsentido porque Dorotea no tenía ni idea de qué tipo de protocolo (ella lo llamaba «ringorrango») había que seguir con aquel hombre

de quien tanto había oído hablar. Ni cuál era el menú más apropiado. Ni si sería adecuada la vajilla buena de la señora y los cubiertos de plata y marfil tallado. Tampoco estaba muy segura de qué mantelería poner, aunque ahí la intuición y los consejos que tantas veces había recibido de su prima, que servía en una casa muy principal de Oviedo, fueron decisivos: ante la duda, siempre blanco. Así que la mantelería de hilo con delicadísimo bordado mallorquín también blanco, que habían hecho las agustinas recoletas por encargo de doña Ángeles en uno de aquellos arrebatos de decoración y ajuar que a veces le daban, resultó ser la opción perfecta. Era un sinsentido, porque Dorotea no se fiaba mucho de sí misma para servir de un modo irreprochable la mesa, y mucho menos de Reme, que, atolondrada como estaba, seguro que derramaría el vino o montaría cualquier estropicio. Y sobre todo la asustaba enormemente decidir el menú, porque en aquella casa nadie parecía tener las cosas ni medio claras, y durante los días anteriores, Montañés oscilaba entre una sopa de menudillos y truchas pescadas en el curso alto del río, antes de que el carbón se encargara de ennegrecer las aguas, y una menestra de verduras y cordero guisado. Trató de recurrir a experiencias anteriores, pero nunca habían tenido un marqués comiendo en casa, y aunque por Santa Bárbara cada año el señor invitaba a comer al ingeniero, a don Efrén el médico y a don Macrino, el cura, en esos casos todo se resolvía con la inapelable fabada que ella hacía irresistible, y con arroz con leche.

A Dorotea la presencia del Marqués le imponía un gran respeto. Estaba acostumbrada a las peroratas del señor, que lo idolatraba, y le daba mucho miedo hacer las cosas mal. «El señor nun se da de cuenta —pensaba—, pero hoy podemos quedar como la gocha y to por nun tomase en serio les coses de la cocina, que tienen su aquél y nun se pué despachar con un "Lo que usted vea, Dorotea", que ye un marqués, recoña...».

Habría seguido rezongando mientras servía la menestra que había preparado finalmente, de no ser porque los nervios, ese nudo que ella visualizaba como un revoltijo de tripas saladas de las que se compraban en La General, en Moreda, para hacer los chorizos en el sanmartín, se le ponían en la misma boca del estómago, y lo único que la rescataba de aquella zozobra era concentrarse en el equilibrio de la fuente y en servir de modo impecable y sin ninguna salpicadura la cena que llevaba tanto tiempo secuestrándole el sueño. A última hora, con la mesa correctamente dispuesta, había tenido que improvisar un cubierto más: además del señor Marqués, del general aquel que le acompañaba, de don Macrino y del propio Montañés, el médico se había sumado a instancias del señor, que tenía que haberse dado cuenta de que, como sucedía en algunas ocasiones, don Efrén ya estaba un poquito achispado. Por lo menos, el ingeniero Bartomeu no se había unido, y aunque les pareció extraño —porque al fin y al cabo, aunque lejanos, eran parientes—, nadie sabía que el pasado barcelonés de don Gustavo contenía suficientes ingredientes para no suscitar las simpatías del intachable Marqués.

Si no hubiera estado tan nerviosa, habría prestado más atención a la conversación, pero seguramente lo único que le habría resultado llamativo sería lo alambicado del discurso del señor, que si por lo general hablaba con mucha ceremonia, ante el Marqués, al menos en los prolegómenos, la cosa adquiría tintes exagerados incluso para ella, que, aunque no entendía la mitad de las expresiones de Montañés, sentía un extraño orgullo: el señor estaba quedando muy requetebién.

A ella no le importaba, de todos modos, la plática que se traían en la mesa, aunque le gustaba aquella palabra que ya había oído dos o tres veces, *bolcheviques,* los bolcheviques, que ella se preguntaba qué sería aquello, qué se ocultaba detrás de ese nombre para que se pusieran tan serios, y por qué había sonado tan irreverente la intervención de don Efrén, el médico:

—No, no se apuren, no, que no hay peligro ninguno de que llegue la revolución bolchevique.

—Ni que usted lo deseara, que se le nota un tonillo irónico, don Efrén... —comentó el general Marvá, que había llegado acompañando al Marqués y parecía su misma sombra.

—Por Dios, señores, nadie en su sano juicio puede desear que una cosa como la que está pasando en Rusia llegue a nuestra nación —intervino don Macrino dejando sobre la mesa su copa—. Con la abdicación del zar, la anarquía se está haciendo dueña de la situación.

—Hombre, la anarquía no. ¿Qué es un cambio muy brusco?, sí, ¿y de consecuencias imprevisibles?, pues también, pero Lenin ha vuelto y se ha puesto al frente de la Revolución. Tiene un gran carisma —don Efrén ya iba por la tercera copa de vino, que se sumaba a lo que ya traía consigo, y parecía que iba a hacerse real en él la vieja máxima de *in vino veritas.*

—Sí, carisma de comunista. Valiente carisma —musitó don Macrino.

—No se trata de ninguna tontería. Europa es un caos con la guerra, y por si ello fuera poco, la Revolución, que ya se veía venir: cuando se deja que las ideas que se alejan del cristianismo penetren en la población, pasa lo que pasa, el acabose. Y ahora, encima, intervienen los Estados Unidos, que acaban de declararle la guerra a Alemania, no sé si servirá para darle finiquito lo antes posible o para prolongar aún más este derramamiento de sangre, aunque yo, personalmente... —el general parecía dispuesto a empezar a comentar cada uno de los movimientos militares que llevaban a cabo los ejércitos en contienda.

—A nosotros nos queda muy lejos, señor Marqués. España está bendecida por la gracia de Dios —Benito Montañés ignoró deliberadamente al general. Él leía los periódicos y estaba al tanto del desarrollo de los acontecimientos, pero si la conversación se centraba en política internacional, no podía evitar sentirse inseguro

en sus aseveraciones. Prefería que la charla volviera a las fronteras patrias.

—Y no nos va tan mal, además —dijo don Efrén con algo de sorna—. Gracias a ello, nuestro carbón está viviendo el mejor de sus momentos.

—No, no nos va tan mal —admitió el Marqués—, pero esta situación no va a ser eterna y las importaciones de carbón inglés volverán tarde o temprano. Y temo que entonces no podamos mantener el ritmo de producción actual.

—Eso traerá despidos, como si lo viera —aventuró don Efrén.

—Traerá conflictos, para empezar. Tengo entendido que los del Sindicato Minero preparan una —Benito Montañés se sentía aliviado de que la conversación hubiera vuelto al ámbito de lo próximo, de lo que en definitiva le permitía que la eficiencia de su gestión quedara patente.

—Pero la presencia del Sindicato Minero es casi testimonial... O eso tenía entendido... —el Marqués miró fríamente a Montañés y prosiguió—. Bastante cesión fue firmar el contrato con ellos el año pasado, que si no hubiera sido por las presiones del Gobierno... El marxismo sólo trae desgracias, eso está bien sabido.

—Fue un acierto... —tras pronunciar esas palabras, el médico comprendió que lo había traicionado el vino: las caras de los comensales reflejaban el horror—, desde un punto de vista puramente estratégico, claro. Montañés, este cordero está cojonudo, con perdón.

—Sí, está exquisito. Dorotea es una gran cocinera —repuso el anfitrión con el más glacial de los tonos intentando hacerle llegar a su amigo que no se pasara ni un pelo.

—Insisto... Supongo que es puramente testimonial... —don Claudio, el Marqués, parecía preocupado de repente por aquella concesión al Gobierno de Romanones, que tanto le costó asumir, y que no pudo soslayar porque estaba en juego la supervivencia de su diario *El Universo.*

—Claro, claro —Montañés se apresuró a aclarar la situación—. Estaría bueno. En eso somos muy rigurosos, y en cuanto detectamos que tenemos alguno de la cáscara amarga, tomamos medidas. Pero los mineros de Langreo y de Turón siempre están ahí, a la que salta.

—Además, funcionará perfectamente el cuerpo de guardas jurados, espero... —don Claudio parecía de verdad preocupado.

—Por supuesto, por supuesto —Benito Montañés buscaba a la desesperada encontrar el difícil equilibrio entre poner de manifiesto las enormes dificultades a las que se enfrentaba a diario y su impecable gestión de las mismas—. Realizan una labor magnífica, como ya le señalo a usted en mis reportes diarios. No hay mitin marxista que quede sin vigilar por si a alguno de nuestros obreros le diera por acudir. Hay que tener mucho cuidado, que luego, ya se sabe, una manzana podrida

pudre todas las manzanas del cesto.

—La manzana. Al final la culpable de todo es la manzana —definitivamente al médico el vino le había hecho mella—. Por una manzana, el pecado original, ¿no es cierto, don Macrino? La manzana machacada en el lagar, y convertida en sidra para corromper el espíritu de los buenos obreros en las tabernas, tan peligrosas... Y luego la manzana... hala... se pudre. Se pudre por culpa de Manuel Llaneza.

—¿Manuel Llaneza? —preguntó el Marqués—. Es un elemento de cuidado: tan antirreligioso...

—Un verdadero problema —corroboró Montañés—. Enardece a las masas día sí y día también, y se pone al frente de cualquier revuelta. Lo que salga de él nunca nos llevará a buen puerto.

—Y es un caradura —señaló el Marqués—. Amparado por los dirigentes nacionales que mueven al Gobierno como les da la gana, no tiene ningún problema en plantarse en Madrid para hablar con cualquier ministro... Pero, ah, conmigo no le valió de nada. Allí se me presentó, en Madrid, con una comisión, dispuesto a que los recibiera para solicitarme el permiso para que el tren, el Vasco-Asturiano, se prolongara desde Ujo Taruelo hasta Cabañaquinta.

—¿Y cómo fue la reunión, señor Marqués? Tengo entendido, aunque nunca he hablado con él...

—No le recibí, por supuesto. Recibí a la comisión, pero a él lo dejé fuera. Allí tuvo que esperar con esa cara suya como un pan. Hasta ahí podíamos llegar: yo no hablo con alguien tan enemigo de la religión.

—Pues ahí sigue, como alcalde de Mieres, haciendo y deshaciendo todo lo que puede y manteniendo una gran influencia en los mineros; y en el sindicato, no digamos...

—Eso es irremediable —comentó don Macrino—. Los obreros son fácilmente impresionables. Y otra cosa no, pero Manuel Llaneza tiene un verbo muy convincente. Engañoso y ateo, sí, pero muy convincente.

—Además, últimamente les ha dado por venir a intimidar a los nuestros. Se juntan a lo mejor ochenta o noventa obreros y suben por la carretera como en procesión...

—... en manifestación —aclaró Efrén.

—Asustan a los niños, gritan, insultan, blasfeman... un auténtico escándalo. Es su manera de demostrarles a los del Sindicato Católico, y a todos los obreros en general, lo fuertes que son. Pero pinchan en hueso.

—¿Y por dónde calcula usted, Montañés, que esta vez nos van a venir los tiros? Ya rebajamos la jornada hace unos años...

—Hace ya siete años —puntualizó el médico.

—Bueno, la rebajamos. Confío en que se cumpla escrupulosamente y ninguno de nuestros obreros trabaje más de las nueve horas reglamentarias en el interior. ¿Qué les pasa ahora? ¿Los destajos?

—No, señor Marqués, lo de siempre. Quieren cobrar más.

—Dicen, con la insolencia que les caracteriza —no estaba muy claro si don Efrén hablaba en serio, estaba borracho o estaba dejando que apareciera más de la cuenta la vena excéntrica que parecía gobernar el lado más cuestionable de su personalidad—, que si la empresa y el señor Marqués se están haciendo de oro gracias a las medidas proteccionistas, lo lógico es que ellos también obtengan algún beneficio.

—Vamos a esperar a ver qué pasa. En los estudios que hemos hecho, podríamos llegar hasta un... un quince por ciento de subida sobre el jornal... pero habrá que ver lo que piden.

—Por lo que he oído, los nuestros van a pedir un cinco por ciento. Ya sabe que conocen perfectamente los sacrificios que supone para la empresa... Pero quieren que los beneficios sean para todos... —suspiró Montañés.

—Pero están obteniendo beneficios. Las mejoras sociales que estamos procurando son importantes. Más viviendas para los obreros, mayor dotación para los colegios de La Salle, más crédito en los economatos... Se ha hecho un esfuerzo para dotar de material más moderno el sanatorio. Y no sólo eso, y esto es una noticia que les doy a ustedes: en breve comenzará la construcción de una farmacia, anexa al propio sanatorio. Y, por fin, que ya era hora, la escuela de niñas.

—¿Y a quién se va a encadgad la desponsabilidad de la escuela? —don Macrino parecía muy interesado, porque no en vano ésa había sido una de sus principales preocupaciones, pero al mismo tiempo descubrió horrorizado que sin duda alguna se había pasado (él también) con el alcohol, y el resultado era que su problema de frenillo, que con tanto esfuerzo conseguía disimular para no convertirse en el hazmerreír de toda su parroquia, se ponía de manifiesto.

—A las hermanas de la Caridad, naturalmente. Ya he hablado con la madre general, y hemos acordado que en cuanto esté construida, y convenientemente dotada, traerán más monjas para atender y educar a las niñas. Hablaré también con el director de la escuela de La Salle, recuérdeme Montañés que lo haga antes de marcharme, para que colabore en todo lo que las hermanas pudieran necesitar.

—No sé yo.

Benito Montañés dudó si preguntarle a don Efrén qué era lo que no sabía. Estaba poniéndose un poco impertinente, y a él como anfitrión, y más aún con el Marqués como invitado, la situación empezaba a superarle. Pero don Efrén no parecía estar

por la labor de no dar a conocer qué era aquello que no sabía.

—No sé, no sé si eso servirá para calmarlos. A lo mejor a los del Sindicato Católico, sí. Pero en cuanto a los del Sindicato Minero, esa panda de madxistas, que diría con mucha gracia don Macrino, empiecen a emponzoñar con su desmedida avaricia y quieran cobrar más... Que ya sabe, señor Marqués: el dinero es muy goloso, y me han dicho que no se van a conformar con menos de una peseta y veinticinco céntimos por tonelada. Nada menos.

—Habrá que evaluar los riesgos. Es labor de todos, cada uno desde nuestros puestos, conseguir que el proceder de nuestros obreros sea recto. A usted se lo digo, don Macrino, ya lo sabe.

—Pod mi padte no tenddá usted ninguna queja, como espedo que no tenga hasta el momento. Sabe, señod Madqués, que siempde he estado de su padte, que es, y todos lo sabemos, la que más va a beneficiad a nuestdos obdedos —para sus adentros, don Macrino maldecía al Marqués por haberle puesto en la situación de tener que mostrar que sus dificultades con la maldita membrana eran, en instantes como aquél, insalvables, pero era el momento y tenía que dejarlo claro—. Debe decoddad que en los tiempos de los gdandes pdoblemas con el descanso dominical y la santificación del domingo, no me doliedon pdendas pada enfdentadme a los cudas de Modeda y de Boó, que no estaban pod la labod...

—En estos instantes tan complicados, tal y como están tanto el ejército, con el asunto de las Juntas de Defensa, como los conflictos territoriales de las dichosas Vascongadas y Cataluña... —el general Marvá, que había permanecido callado mientras se trataban asuntos circunscritos al ámbito local, volvía a tener la oportunidad de hacer un pormenorizado análisis de los males que asolaban en aquellos momentos a la patria...

—Y anote usted el cadeciente anticledicalismo —recordó don Macrino, acordándose a su vez de todos los muertos del general, que había olvidado hablar de lo que él consideraba el problema fundamental: sin temor de Dios, la sociedad era un caos. Y ese olvido de Marvá, que él no podía pasar por alto, de nuevo ponía de manifiesto su problema con las consonantes.

—Y que dentro de nada tendremos un Partido Comunista —cortó don Efrén, pero nadie le hizo caso, ni siquiera lo miraron, con los ojos fijos en el cura.

—... que yo no sé en qué va a padad esto. Y apdovecho para decídselo, señod Madqués. Habdía que sed más digudoso a la hoda de aplicad la nodmativa en lo que a la blasfemia se defiede, que es una vedgüenza. El cuedpo de guaddas judados segudamente poddía incluid entde sus funciones...

—Tenía entendido que era motivo de expulsión inmediata si algún obrero profería una blasfemia...

—No, claro, por supuesto, en el trabajo está rigurosamente prohibido...

—De hecho, está tan prohibido —dijo el médico— que cada vez que a un minero le cae un costero en un pie cubierto únicamente con la alpargata de esparto, puede elegir entre decir «¡Cáspita!» o «¡Caramba!».

—De todos modos, los guardas jurados se encargan también de eso —se apresuró Montañés a señalar con la esperanza de que el Marqués no advirtiera el comentario sarcástico de Efrén—. Dan cuenta a diario en sus informes de los obreros que han sido oídos blasfemando, y de las horas a las que cierran las tabernas. En especial los días de paga, que eso sí que es una auténtica vergüenza, ahí sí que tendríamos que tener mano dura.

—La mano dura sirve para lo que sirve —dijo el Marqués—. Hay asuntos que sólo la mano izquierda puede resolver. Tenemos que hacer un esfuerzo, como buenos católicos, en extender el reino de Dios a aquellos que están bajo nuestra tutela. Educar con buenas maneras, por las buenas. Con el mismo amor con que un padre ha de corregir los errores de sus hijos.

—Me parece a mí que el señor Marqués no sabe cómo corrigen los padres a sus hijos por aquí, cinturón en mano —el comentario de don Efrén se perdió en su propia confusión.

—Con la ayuda de Dios, queridos amigos —concluyó el Marqués—. Todo irá bien con la ayuda de Dios.

Pero curiosamente sólo don Macrino dijo amén. Después de todo, era una palabra cortita y no tenía ninguna consonante peligrosa.

En el Consejo tenían muy claro que, cuando se marchara Fermín Centeno a Madrid para hacerse cargo de la dirección de un semanario económico de tirada nacional, Aida G. Montañés sería la persona adecuada para sucederlo como redactora jefe. Con casi quince años de antigüedad y una trayectoria impecable que incluía como principal característica una versatilidad prodigiosa que la llevaba a salvar cualquier apuro, lo mismo con la crónica de un partido de hockey, que con un pleno del Ayuntamiento, pasando por los inenarrables reportajes publicitarios de los especiales o la información de cultura y espectáculos, que realmente era lo suyo, Aida era una persona analítica, voluntariosa, perfeccionista, rigurosa y trabajadora. Conocía la ciudad como la palma de su mano y sobre todo conocía el modo en que los colectivos que configuraban el tejido humano se movían, actuaban, presionaban o catalizaban. Tenía contactos en todas partes, se movía bien y por si ello fuera poco, mantenía excelentes relaciones con toda la redacción. Era la candidata más adecuada para el puesto, ahora que parecía que había estabilizado sus circunstancias vitales y ya estaban superadas aquellas espantadas románticas que la llevaron a marcharse

durante unos meses a Nicaragua, y que su situación personal, tras la ruptura con uno de los fotógrafos del periódico, parecía equilibrada y sin sobresaltos.

Lo único que no terminaba de gustarles del todo era que Aida G. Montañés, en los tiempos que corrían, tan desideologizados, era particular e inquebrantablemente roja.

Cuando Camino se hizo cargo de Claudia para amamantarla tras el fallecimiento de la madre, aún no se le habían acabado las lágrimas, pero haciendo gala de una facilidad inesperada para asumir las desgracias como una parte inapelable de la existencia, se las guardaba para tiempos más propicios, si alguna vez llegaban los días en que fuera posible abandonarse al llanto. Sin cumplir los veinte aún, en un solo año había pasado por la mayor parte de los estados que una mujer acumula a lo largo de su vida: soltera, casada, embarazada, madre, viuda y candidata a la más absoluta de las pobrezas, porque tras la muerte de Xelu en la mina, la pensión que le quedaría y nada venían a ser lo mismo. No tuvo que volver a casa de sus padres, porque nunca había llegado a irse, pero con un padre con los pulmones reventados de tanto tragar polvo en el interior de la mina durante años y todos los hermanos casados, las perspectivas no eran precisamente muy halagüeñas, y aunque no se le ocurría muy bien cuál podía ser la salida, desde hacía unos días pensaba en la posibilidad de dejar al niño con su madre en unos meses y marcharse a Oviedo a servir. Otra opción era que Matilde, la modista con la que había aprendido a coser, la admitiera como ayudante. No había mucho más y tenía que solucionarlo, porque ya se veía, en cuanto se terminara el luto, como fácil presa de cualquiera que le haría el favor de su vida casándose con ella y por ahí no iba a pasar. Como para llorar estaban las cosas, y las lágrimas iban depositándose en el hueco que iba liberando la decisión, y lentamente aquel nudo de infortunio y derrota, de naufragio y aflicción, en el que parecía haberse instalado dejaba paso a una determinación inédita, seguramente gobernada por la necesidad. Desde el mismo instante en que los golpes en la puerta y la voz enronquecida de Manolo el de Cándida adelantaron la desgracia justo cuando el niño acababa de dormirse y ella estaba a punto de hacerlo, todo había sido una revolución de pensamientos sincopados por aquellos instantes en que el corazón se paraba y parecía que se iba a morir. Las palabras desordenadas protagonizando una macabra danza delante de sus ojos, *Xelu el de Barea, enterráu, grisú, otros dos, derrabe, costeros, un rapaz de Grameo que salió, nun pudieron salir, picando, tardarán lo menos dos hores más, tan tos allí...* salían de las bocas apresuradas de otros dos vecinos que a medio vestir se habían acercado a la casa, se hacían llanto en los ojos de la madre, que veía cómo se repetía la ceremonia de la muerte que había vivido en su propio hermano, y se hacían gritos en algún lugar muy profundo de sí misma, tanto que no salía, no se hacía voz, quedaba como un gato enfurecido recorriéndola por dentro, arañándole las entrañas sin convertirse en aire, porque no podía atravesar su garganta, que se había cerrado, y las palabras que decían los

demás dejaban de ser sonido, quedaban suspendidas en el aire, visibles, como escritas con humo, desvaneciéndose para dejar paso a otras: *Yo voy pa allá, Llama tamién al hermanu, Ya lu avisó Germán*, *Aquello ta muy malo, Ye una capa muy perra, nun sé si podrán sacalos,* y ella con las manos paralizadas y los pies inmóviles pensaba en correr hacia la boca de la mina, al límite en el que terminaba la vida y empezaba la negrura, pensaba en ir hacia allí, de hecho ya había ido, ya estaba asomada al abismo, anticipando la muerte más cierta, agarrándose a la estúpida esperanza del milagro, pero no, no se había ido, en su cabeza sí se había quemado la distancia entre la casa y la mina de Melendreros, y sin embargo seguía quieta en mitad de la cocina como si se hubiera convertido en una de aquellas estatuas que había visto en el parque San Francisco, ajena al movimiento acelerado, errático de toda aquella gente que de pronto había invadido la casa, de sus voces entrecortadas, de los llantos presentidos, de la inocencia arrebatada, de la desgracia repetida, conocida de memoria, tatuada en la mirada. Estaba quieta, sin apenas pestañear, confundiendo lo que oía con lo que pensaba, como si todo fuera lo mismo, como si aquello que estaba pasando fuera la repetición de lo que había vivido algunas vidas antes, o la exacta premonición de otras muertes futuras, y sólo en ese instante, mientras trataba de encarrilar con un orden imposible las palabras que certificaban la tragedia y los pasos que iba a dar a continuación, reparó en el vestido que llevaba puesto, aquel que tanto le gustaba a Xelu, azul con florecitas blancas muy pequeñas, y pensó que cuando lo tiñera para el luto, las flores desaparecerían y entonces, un rugido que provenía del centro mismo del corazón, mineral e inabarcable, consiguió abrirse paso garganta arriba y gritó. Gritó tanto, tan fuerte, durante tanto tiempo, que el silencio se hizo en torno a ella, y todos los que hasta ese momento protagonizaban una coreografía desenfocada de nerviosos movimientos se convirtieron entonces en estatuas paralizadas que contrastaban con las sacudidas de todo su cuerpo roto de dolor, doblado en dos, de rodillas sobre las baldosas de la cocina, y cuando parecía que el grito finalizaba, encontró el eco huérfano ya para siempre en el llanto de un bebé ungido por la desdicha.

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado el: sábado, 18 de agosto de 2007 16:08
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Re: Lo prometido

Querida Aida:

Qué bien. Temía que no me escribieras, no sé por qué. Me maldije un rato porque dejé al azar (y a tu voluntad) la posibilidad de mantener la comunicación. Tenía que haberte pedido el correo. O el teléfono.

Durante la función, que sí que te vi, estuve tentado de amorcillar y enviarte un mensaje desde el escenario para que te pasaras por el camerino. No sabes cómo lo

deseaba, pero no lo hiciste y pensé que bueno, que no volvería a saber de ti.

Así que hoy hay una fiesta en la bandeja de correo. Y ahora tengo tu dirección (¡y hasta tu teléfono!) y es como si hubiera descubierto que existe un pasadizo secreto que comunica mi castillo con el tuyo.

Y, querida Aida, eso es inevitable. Tu entrevista no lo fue. Vamos, que sí lo fue, pero no tuvo nada que ver con los millones de ellas que he hecho a lo largo de tantos años. Tú me escuchabas cuando hablaba. Te interesaba. Nadie lo hace. Los periodistas te preguntan, pero les da igual lo que contestes. Como mucho piensan en la siguiente pregunta. Tú me mirabas con tus enormes ojos azules (anda, que para ojos azules, los tuyos) y yo tenía la sensación de que estaba volviendo a casa.

Sí, vale. Es una frase de esas grandilocuentes, excesiva, como soy yo. Ya te irás acostumbrando.

Porque pienso volver por tu correo. O lo que es lo mismo: pienso recorrer muchas veces ese pasadizo que lleva a tu castillo, princesa.

Bruno

Un mes se había cumplido de la muerte de Ángeles Ariznabarreta, cuando los días trajeron la fiesta de San Isidro, y Dorotea empezó a preguntarse si en la casa de Pomar habría algún tipo de celebración. Y se respondía que no, que cómo iba a ser fiesta si estaban de luto, por más que la normalidad hubiera anidado de forma inesperada en las estancias, y parecía que incluso en los corazones. Nadie mencionaba a Ángeles: el señor salía muy temprano, la mayor parte de las veces a caballo, para recorrer los pueblos de la zona donde se ubicaban las distintas minas, de acceso complicado. Y volvía muy tarde, y cuando lo hacía se limitaba a tomar una sopa y se encerraba en la biblioteca, para redactar con aquella caligrafía cuidadísima su reporte diario para el Marqués, en el que detallaba pormenorizadamente las incidencias que se hubieran producido, los asuntos en los que él en persona había intervenido, los informes que el cuerpo de guardas jurados le transmitía, en los que quedaban perfectamente reflejados los conflictos, los seguimientos y hasta los pecados de todos los obreros. Pocas cosas se escapaban al conocimiento de los guardas, y por tanto pocas se escapaban también al conocimiento de Montañés. Eso sí, él ejercía de filtro y a don Claudio, el marqués de Comillas, algunos detalles le llegaban convenientemente matizados. Con todo, los últimos días los informes parecían casi partes de guerra en los que se detallaban los movimientos que el Sindicato Minero venía ejecutando para conseguir que los obreros de la Sociedad Hullera se sumaran a la huelga que en Mieres, Turón y Langreo estaba dejando patas arriba la actividad. El Sindicato Católico permanecía fiel a la empresa y había conseguido hasta el momento que los trabajos en las explotaciones siguieran su ritmo habitual, a pesar de la presencia de elementos que, haciendo gala de sus pésimas costumbres, trataban de intimidar a los mineros que se dirigían a sus puestos a la entrada del relevo. El Marqués ya le había hecho llegar la noticia de que el Gobierno,

siguiendo aquella política suya de interferir, y nunca para bien, en las decisiones puramente empresariales, había manifestado su decisión de, si la huelga se mantenía, promover un referéndum. De ser así, Montañés podía estar tranquilo, como tranquilo estaba el Marqués: sería el general Marvá, que recientemente había cenado en su casa, el encargado de supervisarlo, con lo que quedaba garantizado el resultado.

Con el señor convertido en algo parecido a una sombra, en la casa se produjo una suerte de vacío de poder que duró en realidad muy poco. Inesperadamente, Sidra pareció crecer de golpe, y su gravedad proverbial desde niña (Dorotea no recordaba haberla visto reír casi nunca), sus ojos grises, como invernales lagos helados, y la escasez de sus palabras la convirtieron, si no en la señora de la casa, sí en una especie de guardiana feroz de las formas, vigilante implacable de las conductas de los niños, exigente con la limpieza. No era la señora de la casa, pero parecía algo así como un capataz interpuesto, como si a través de sus ojos inquisidores y de su gesto de perpetua insatisfacción con lo que veía, el señor tuviera permanente información de cuanto acontecía en la casa de Pomar. Y es que en verdad era así. Sidra había cogido la costumbre de acercarse cada noche a la biblioteca con un vaso de leche para su padre. Tenía tan medido el tiempo, que era capaz de calcular con precisión el momento exacto en que Montañés había terminado su carta para el señor Marqués. En ese instante ella entraba y aguardaba en silencio a que él escribiera la dirección, introdujera las cuartillas y cerrara el sobre, que dejaba en una bandejita de plata preparado para que a primera hora de la mañana, Migio, por encargo de Dorotea, lo llevara hasta la cartería de Ujo con el tiempo suficiente para que pudiera salir en el tren de las once hacia Madrid. Entonces, Sidra se acercaba a su padre, le daba un beso y se sentaba en la pequeña butaquita tapizada de verde en la que tantas veces se había sentado su madre siguiendo un ritual parecido. Montañés bebía a sorbitos la leche, casi siempre con miel, y miraba a su hija que, como si se lo hubiera aprendido de memoria, recitaba lo que había sucedido en la casa durante su ausencia, que eran muy pocas cosas: Migio había sacado las primeras patatas de la huerta; una de las gallinas estaba clueca; a Paloma se le había caído un diente, y Almudena y Begoña habían estado sentadas en las escaleras dedicadas a la incomprensible actividad de estimular la movilidad de los suyos. Camino había pasado por casa a las horas acordadas para dar de mamar a la pequeña, y se la había llevado a la suya un rato, para no tener que estar yendo y viniendo, lo que a ella personalmente no le gustaba nada, que ya sabía que era muy limpia, pero mejor que la niña no anduviera por ahí, que a saber; Dorotea les había hecho natillas de postre; había llegado un mendigo a pedir cuando estaban terminando de comer y le habían dado también a él natillas y no, que no se preocupara, Dorotea se las había sacado en un plato al banco de debajo de la galería, por supuesto que no había entrado ni en la cocina. Además, Migio andaba por allí.

—Mañana es San Isidro —dijo Sidra con mucha cautela cuando su padre estaba a

punto de terminarse el vaso de leche—. Lo digo porque Dorotea anda un poco inquieta porque no sabe qué hacer, pero yo, si a ti te parece bien, ya le digo que este año...

—Iremos a misa a las siete, al sanatorio y rezaremos por mamá. Ya habrá otros años.

Sidra abandonó la biblioteca después de rozar la mejilla de su padre y se acostó con una congoja que amenazaba con desbordarse en un llanto incontenible. Estaba segura de que su padre no iba a recordar que era su santo. Y dolía.

«A veces es cuestión de encontrar interlocutor —escribió Bruno tecleando a gran velocidad en su MacBook—. Uno escribe para alguien. Siempre. Como en escena. Dices tus parlamentos y le hablas a la actriz. Pero no es cierto. Hablas para alguien que está en el público. O que te imaginas que está. O que darías media vida por que estuviese. A veces escribes, y aunque tratas de rescatar el pasado, sólo buscas un interlocutor.

»Te enfrentas a los días como si fueran una amenaza. O tal vez te enfrentas a los días que son una amenaza, y parece que estás tratando de conjurar el olvido, encaramado en la elevada tarea de la recuperación de una historia que es la tuya. Pero en realidad sólo estás tratando de encontrar a tu interlocutor, el que nunca ha sido, el que podría serlo. Y sólo después de un tiempo descubres, estrellándote contra el espejo de la sorpresa, que el interlocutor que buscas tiene tus mismos ojos. Tu misma cara. Tu mismo nombre».

Bruno dejó de teclear y la mirada —después de tropezar en el desorden habitual traducido en papeles, periódicos atrasados, envases de analgésicos, folletos, bolígrafos, cedés, kleenex, mecheros, clips, paquetes de tabaco vacíos, la geografía imposible de un desconcierto al que había terminado por rendirse—, por encima de las gafas que colocaba en la punta de la nariz, se detuvo en una de las fotos que descansaban sobre su mesa y que traía desde un tiempo ya lejano su imagen de niño repeinado: cinco años deslizándose por un tobogán, al final del cual lo aguardaba un hombre, agachado y sonriente, que parecía sacado de un fotograma de *Vacaciones en Roma.*

«El pasado es eso con consistencia de nube, que va de un lado a otro impulsado por vientos que jamás piden permiso para soplar. Nunca está donde crees que lo dejaste. Se transforma, se desvirtúa. Se disfraza. Y a veces vuelve y mata. Otras veces cura, pero ésas son las menos.

»El pasado a veces se puede...»

Bruno Braña había tomado la decisión de escribir una semana antes, como si de pronto no hubiera nada más importante que arrancarle al olvido una presa que se

disputaban con la fiereza de dos animales hambrientos, y aunque siempre había considerado que tal vez era una buena idea bucear en los años lejanos para desentrañar los misterios que siempre habían rodeado la figura de aquel hombre que cada vez se había ido pareciendo más y más a Gregory Peck en el caso imposible de que éste hubiera tenido los ojos azules, nunca había encontrado el momento adecuado para romper aquella barrera invisible de hielo protector tras la que se parapetaba una historia que, sólo por el silencio que sistemáticamente le había aplicado, parecía hacerse merecedora de la más elaborada de las fabulaciones.

Así que había tomado la decisión de escribir una semana antes, a pesar de que estaba a punto de empezar el rodaje de una serie de televisión largo tiempo demorada. Pero ese trabajo, tan necesario como indeseado, había pasado a la fuerza a un segundo plano, justo cuando el discurso de su padre empezó a hundirse en las aguas de la incoherencia. En realidad, no eran síntomas muy espectaculares, y si uno se fijaba bien, todo había sido bastante progresivo. Seguramente debería haber detectado señales de alarma en pequeños detalles, en olvidos mínimos, en unas gafas que no aparecían, en una mirada de extrañeza cuando se encontraban en la calle, pero cómo interpretar eso como una señal de alarma inequívoca, cuando él mismo era incapaz de recordar muchas veces dónde había aparcado el coche y últimamente tenía tendencia a confundir los nombres de las actrices jóvenes cuando las veía en las series de la tele. Bruno, acostumbrado a que la edad de su padre fuera un desafío a los calendarios, acostumbrado a la racionalidad que aplicaba a cada uno de sus actos, a su lucidez incontestable, a la rigidez y exactitud con que nombraba las cosas y cuadriculaba el universo sometiéndolo al imperio de su despejado pensamiento, vivía aquella situación nueva y terrible como si el mundo de pronto se hubiera vuelto del revés. Podía contarlo como quisiera, escribir miles de palabras para ser capaz de entenderlo y ponerle los apellidos que le parecieran oportunos para maquillar la realidad, pero lo que ocurría tenía un solo nombre, aunque la demora en su pronunciación sirviera, como un amuleto de dudosa eficacia, para alejar la inexorabilidad del diagnóstico. Andrés Braña, el infalible nonagenario, el lúcido cinéfilo, el brillante conversador, el que leía varios periódicos a diario y tenía siempre dos o tres libros abiertos, el que podía discutir acerca de los últimos avances tecnológicos y se reía de las dificultades del hijo para desentrañar las ocultas intenciones de un ordenador que él mismo domeñaba como si nunca hubiera hecho otra cosa que tratar con bits y con comandos, tenía, según pensaba un neurólogo que consultaron, alzhéimer.

Benito Montañés no sólo estaba agotado: también, por primera vez en mucho tiempo de enfrentarse a aquellos monigotes del SMA, oscuros como el alma que albergaban, tenía la impresión de que de nada servía estar en el bando de los buenos. Hasta ahora todo era meridianamente claro, como debía ser: los buenos ganaban, los

malos perdían. Los buenos, por serlo, por tener de su parte las buenas costumbres, la moral y la religión, y gozar, sobre todo, de la protección del marqués de Comillas, vivían existencias tranquilas y en paz. Sabían entender que la vida era propiedad de Dios, y por tanto cualquier cosa que ocurriera era asumida con serenidad y resignación. Vivían con la conformidad de los justos los reveses que se presentaban y eran ejemplo de familias cristianas y trabajadoras, que siempre veían al patrón como lo que era: su protector, el principal interesado en el buen funcionamiento de todas las piezas que constituían aquella prodigiosa maquinaria encaminada a glorificar a Dios a través del trabajo, a conseguir la prosperidad de todos. Los malos, en cambio, adelantaban a su seguro destino en el infierno un mundo de tinieblas en el que reinaban el desorden, el caos, la suciedad, la mala educación, el ateísmo y la rebeldía.

Esto había sido siempre así, desde su llegada desde Madrid para hacerse cargo de la dirección de la Sociedad Hullera. Pero en los últimos tiempos, ya antes incluso de los bolcheviques, que según don Macrino iban a ser el cáncer del mundo y los responsables de la llegada del fin de los días, las cosas eran diferentes. La amenaza crecía y la hidra marxista extendía sus cabezas por los diferentes cotos mineros ganando para su causa cada vez a más obreros. En el Coto de Aller se mantenían como podían y en general podían bien. La labor de aquel santo patrón llamado don Claudio López Bru no había sido en vano. Los gastos en escuelas de la Doctrina Cristiana para los hijos de los mineros, y en colegios con monjas para las niñas, la construcción de viviendas, los economatos, todo aquello en lo que se había invertido tanto dinero había contribuido, sin duda alguna, a blindar el valle, a convertirlo en impermeable a toda la propaganda marxista.

Pero algo estaba cambiando y Benito Montañés, por primera vez en su vida, empezaba a pensar que en alguna ocasión podían ganar los malos.

Había comenzado a sospecharlo el año anterior, cuando el Marqués, presionado por el Gobierno, con quien mantenía una relación que a Benito Montañés, como la mayoría de los asuntos que se dirimían fuera del valle, se le escapaba, accedió a las pretensiones que habían llevado a la huelga a todos los miembros del Sindicato Minero: que el marqués de Comillas reconociera al sindicato y firmara con ellos el mismo convenio que tenía con el Sindicato Católico. Y para espanto e incomprensión de Benito Montañés, el Marqués firmó. Y aunque era cierto que esa firma no había modificado la relación real con la gente del sindicato (de hecho, salvo en las formalidades, la empresa actuaba como si no existiera), el germen del mal, desde el punto de vista de Benito Montañés, ya estaba irremediablemente instalado y la desgracia que traería consigo parecía inevitable.

Ganas de fastidiar, eso era lo que tenían los malditos enredadores del Sindicato Minero. Que querían una peseta veinticinco de cada tonelada de carbón producido en el año para *su* caja, para *su* sindicato. Sí, hombre, les iba a dar el Marqués los cuatro millones y pico de pesetas que suponía semejante disparate... Y no acababa ahí

la cosa. Que si el uno por ciento de los jornales a medias entre la empresa y el obrero, destinado a la Fundación del Asilo de Huérfanos. Como si no supieran que el Marqués, caritativo como era, no tendría ningún problema en crear un asilo para huérfanos... Pero no. Todo aquello era por fastidiar. Y que si no se avenían a ello, huelga general. El Sindicato Católico, por su parte, y con carácter excepcional y transitorio, habida cuenta de la situación europea, solicitaba un aumento del veinte por ciento en el jornal, cobrar los días festivos del Montepío en caso de enfermedad y la construcción de nuevas viviendas. Qué más quería el Marqués que atender peticiones que consideraba justas. Accedió en todo aquello que el Sindicato Católico le solicitaba, pero ahí estaban los hijos de Satanás comandados desde la sombra de la alcaldía de Mieres por el mismísimo Manuel Llaneza, a quien Dios ya se encargaría de confundir, para enrocarse en la absurda pretensión de la peseta veinticinco por tonelada para su caja, que todo el mundo sabía en qué pararía: construcción de las malditas Casas del Pueblo, para financiar sus nauseabundos periodicuchos y en definitiva para conseguir que la semilla del mal se propagara y trajera la desdicha a toda la gente de bien.

Y la culpa había sido del Gobierno, eso lo tenía muy claro Montañés. Qué tibieza tan absurda y qué falta de auténtico sentido de la realidad. De raíz tenían que haber cortado todo aquello. Tenían que haber impedido que aquella huelga se llevara a cabo, porque sólo trajo disturbios, desórdenes y problemas. Proponer la solución del referéndum para acabar con la huelga a él siempre le había parecido una tontería: mano dura y se acababa con aquello... A ver qué era eso de resolver las cosas votando... De nada había servido que el general Marvá fuera el encargado de supervisar el desarrollo del mismo. Al final aquello acabó como acabó: coacciones, amenazas, todos los miembros del Sindicato Minero intimidando a los del Sindicato Católico, que, como ya se temía Montañés, terminaron por retirarse del referéndum.

Benito Montañés tenía sobre la mesa el telegrama que acababa de recibir del marqués de Comillas. Antes de volver a leerlo terminó de beberse el vaso de leche con miel que cada noche le llevaba Sidra y miró a aquella hija que en silencio se sentaba en la butaca que antes había ocupado su madre. Estaba tan cansado.

> *Agradezco en cuánto vale el telegrama que me dirige. Efectivamente, el acuerdo a que se refiere responde solamente al cumplimiento de los penosos pero altos deberes que el patriotismo imponía ante una amenaza de huelga general de la industria hullera, en los momentos excepcionales que atraviesa Europa, no al temor de que la huelga local pudiera producir a nuestra empresa, que, resueltamente, había aceptado, como otras veces sin reparar en los quebrantos de interés, y pensando sólo en el bien moral de sus adictos obreros, y sintiendo únicamente los sacrificios que gustosos estos, se imponían por la lucha de sus ideales. Creo que, ante la opinión sensata, nuestra causa ha alcanzado un nuevo*

triunfo: el de haber demostrado que, aun en estos momentos de exaltación de la lucha, sabemos encerrar nuestras justas aspiraciones y nuestra decisión por defenderlas dentro de los límites de la caridad y del patriotismo; y confío en Dios que no dejará de recompensar el deseo de servirle que nos ha guiado al proceder así, aumentando la fecundidad creciente de la labor social católica en España.

El Marqués, en esta ocasión al menos, podía decir misa. Aquello había sido una sonora bajada de pantalones. Y terminarían por pagarlo todos.

Cuando quiso darse cuenta de lo que le estaba pasando, ya era irremediable.

Le había hecho gracia entrevistar a Bruno Braña, aunque había acudido al hotel Alcomar, en el que se alojaba, de bastante mal humor, porque ella quería haber ido a la rueda de prensa de Sabina y Serrat, que aquella misma noche llenarían el Palacio de los Deportes con aquel invento de «Dos pájaros de un tiro». Quería, claro. Pero Jessica, aquella criatura inefable que hacía prácticas de verano en la redacción, se estaba creciendo a medida que pasaban los días y había encontrado en Fermín Centeno el valedor ideal, obnubilado tanto por la minifalda y aquellas piernas morenas, como, sobre todo, por el hecho de que la niña fuera precisamente la hija pequeña de uno de los consejeros. Y sin más se las había arreglado para salir pitando hacia el Begoña Park, levantándole la entrevista que, por corresponder, le correspondía a Aida. Y había aprovechado para sonreír con la beatitud que otorga no haber roto un plato en su vida, antes de decirle a Aida:

—Que a ese Bruno comosellame, mejor que vayas tú, que yo, chica, ni idea, ¿que es actor, dices? Es que no me suena para nada, pero seguro que tú lo conoces bien, que es más de tu época.

Hija de puta.

De su época. Mi época es ésta, decía siempre Aida cuando alguien mucho más joven le recordaba que ya había cumplido los cuarenta. Y sin embargo, Bruno Braña estaba unido a «su época», al tiempo de infancia en el piso de Cura Sama, cuando la tele era en blanco y negro y en el reparto de actores del *Estudio 1,* ya casi en los últimos momentos, aparecía aquel nombre que se transformaba en un jovencísimo actor de voz inconfundible y de gesto a medio camino entre la entrega inquebrantable y el desdén voluntarioso. Allí estaban las tres: la abuela, la madre y ella, que era pequeña y se sentaba sobre un cojín de ganchillo a los pies de la abuela, que no se perdía ni un solo *Estudio 1,* que conocía de memoria a todos los actores, a todas las actrices, y podía recitar todos los papeles que había hecho Elisa Ramírez en los últimos tiempos, y lo guapo que era Ramiro Oliveros, lo bien que *trabajaba* María Isbert o Elvira Quintillá, o José Bódalo; que Pedro Osinaga se parecía a un chico que

conoció en Bustiello cuando era joven y que había estado enamoriscado de su hermana Almudena de críos; que Manuel Tejada, cuando salía con bigote, era igualito a don Efrén, el médico que la había cuidado mientras vivió en Pomar, y que Nuria Torray se daba un aire a su hermana Sidra, y cómo a José Martín ya no se lo podía creer en ningún papel porque siempre lo veía como conde de Montecristo. La mayor parte de las veces Aida se quedaba dormida abrazada a las piernas de su abuela, mucho antes incluso de que llegara su padre, aquella sombra extraña que casi nunca estaba en casa porque repartía su tiempo en los astilleros, la clandestinidad sindical y el bar, y para la familia quedaba el resto periódico puro que le sobra a treinta y tres cuando cien se divide entre tres. Bruno Braña era el más joven de los galanes de aquella época y aunque después lo había visto haciendo pequeños papeles en alguna película, esporádicas apariciones en series y tenía noticia de su participación en alguna obra de teatro, para ella se había quedado en blanco y negro, en la pequeña salita de su casa, con los sofás de escay de color granate, el cenicero que pesaba tanto y que a ella siempre le pareció de mármol, el jarrón con flores secas y con cardos teñidos de colores con anilina, y aquel bodegón (se había aprendido de memoria aquellas manzanas de luz amarilla, las uvas moradas, el entramado del cesto del que surgían, las campánulas de azul palidísimo y las alegrías de violento color naranja) que había pintado alguien de la clandestinidad, alguno de aquellos amigos sin nombre, que se deslizaban arrimándose a las paredes y se parecían a la sombra de una pregunta.

Así que mientras salía por la calle de Julio Somoza para desembocar en la playa y caminar hasta el hotel Alcomar, Aida descubrió que en su ánimo se mezclaba el fastidio por haberse dejado ganar la partida por la becaria y sus piernas todopoderosas, y una extraña nostalgia que le suscitaba la memoria, el modo en que el nombre de Bruno Braña había abierto la caja de esencias que era el pasado. Y como esta última emoción predominó sobre el resentimiento por haberse quedado sin *su* Sabina y sin *su* Serrat, cuando después de preguntar por Bruno Braña en recepción lo vio salir del ascensor, una extraña sensación de alegría, de calidez y de vuelta a casa se le instaló en algún rincón del cerebro sin que la parte más racional y más profesional del mismo fuera capaz de poner orden en aquel extraño alboroto que amenazaba con convertirla en una mezcla lamentable de fan desmelenada y torpe periodista. Y no se creía que estaba diciendo lo que decía, cuando se oyó a sí misma farfullando tras presentarse:

—No sabes qué ganas tenía de entrevistarte. Mi abuela siempre decía, cuando te veía en la tele, que eras muy guapo: que te parecías, pero muchísimo, a mi abuelo.

Si la memoria se remontara a los primeros días, a los primeros meses de vida, en el cerebro de Claudia persistirían como mágicas las horas que pasó en la casa de Camino en El Pedroso. Desde los primeros días se dio por buena, aunque en Pomar

no terminaba de gustar del todo, la circunstancia de que fuera la nodriza la que, tras darle la primera toma en la casa de Pomar, envolviera a la niña en aquellas mantas de angorina tan delicadas que parecían cubrir a un ángel, y se la llevara en brazos hasta su casa, donde su propio bebé aguardaba en su serón, vigilado de lejos por su abuela, que trasteaba por casa y que aún lloraba de vez en cuando por el yerno muerto y sobre todo por el desamparo de la hija y del nieto. Cierto que para que esto fuera así, para que Camino tuviera en su casa gran parte del día a la pequeña de Benito Montañés, había tenido que pasar una férrea inspección por parte de Dorotea y de Sidra, que habían visitado la casa examinando con cuidado la limpieza, aunque esta última en ningún momento había abandonado aquel gesto de fría y silenciosa suficiencia, tan llamativa que la madre de Camino llegó a comentarle a esta última cuando se hubieron ido si sería que la neña mayor del director tendría los dientes picados y por eso nunca los enseñaba. Dorotea trataba de quitarle hierro a aquel examen que Sidra efectuaba con la nariz arrugada como si los olores de la pota en la que la madre había puesto berza, patata, chorizo y morcilla, que venían a constituir la base nutricional de la totalidad de los habitantes de la zona, no fueran muy similares a los que salían de la cocina de Dorotea, en la casa de Pomar. Para ésta, aquella situación resultaba sumamente desagradable porque, como decía Migio, estaba «entre la espalda y la pared», con las lealtades repartidas entre los señores a los que servía y le daban de comer, y la gente a la que, por más que fuera, siempre seguiría perteneciendo.

Lo cierto es que, al margen de la displicencia de Sidra, y seguramente porque esta última consideró muy positivo librarse de un bebé gritón gran parte del día, que Claudia pasara muchas horas en la casa de Camino se convirtió en una más de las rutinas que regían los tempos en la casa de Pomar: con lluvia, viento o con sol, a la misma hora, Camino se llevaba a la niña a su casa y sólo la devolvía al anochecer, para encargarse allí, puesto que también era su cometido, de bañarla, ponerle talco y acostarla tras la última toma.

Y si bien al principio Claudia sólo fue para Camino un medio para ganar algún dinero con el que paliar su calamitosa situación de viuda reciente, y hasta le dolía la posibilidad de que su propio bebé viera menoscabada la cantidad de leche para compartirla con la niña de los Montañés, pronto se abrió paso una ternura inexplicable cuando los veía a los dos compartiendo el serón en la cocina, o en la antojana en aquellos días de primavera benévola. No eran tan diferentes a pesar de todo: ambos compartían la pérdida injustificable (el padre, la madre) y definitiva, que nada ni nadie podría compensar jamás. Por eso el mismo empeño, la voluntariosa decisión de que por ningún motivo su bebé mamara aquella tristeza cenagosa que por momentos desbordaba el espacio recóndito e inaccesible al que había conseguido desterrarla junto con las lágrimas que no había vertido los puso también cuando amamantaba a Claudia, tan pequeñita, que siempre olía tan bien,

«como huelen los ricos», pensaba, y tan desgraciada sin duda, porque jamás tendría aquella inabarcable ternura que la invadía a ella cuando miraba a su niño. Así que pronto fue incapaz de distinguir entre el uno y la otra cuando los acercaba a su pecho, y el único propósito que guiaba su conducta era entonces la obstinación indescifrable, en un mundo en que la felicidad era tan escasa que ni se la nombraba, de que ambos fueran felices.

Por eso empezó a canturrear mientras los alimentaba. Al principio muy bajito, casi sin abrir los labios, como cantando para adentro. Lo hacía si estaba sola, si su madre andaba por la huerta, o atendiendo a los animales, porque le horrorizaba el solo pensamiento de que pudiera oírla cantar, algo impensable en aquel mundo de silencioso luto que se había instalado como una sombra densa en aquella casa. Cantaba desde dentro del corazón, sin apenas sonido, y descubría que, mientras lo hacía, un extraño consuelo le acariciaba los rizos oscuros que se escapaban siempre, a pesar de sus esfuerzos, del moño con el que recogía su melena indomable. Cantaba *Dime xilguerín parleru, dime qué comes, como arenines del mar, del campu flores* y la paz se hacía un hueco en su corazón, aunque cuando continuaba —*Tienes unos güeyos negros, y unes pestañes, y una llengüina parlera, con que me engañes...*— la congoja salía de su escondite, porque recordaba a Xelu, en la romería de los Mártires de Valdecuna, el último septiembre antes de casarse, cuando subían por Gallegos hacia la ermita y arrancó una flor roja de un geranio que colgaba de un corredor y le cantó aquello de *Tienes unos güeyos, neña, y unes pestañes...* que Xelu era muy dado a eso, a inventarse la letra sobre la marcha. Pero eran pensamientos que no podía permitirse y menos mientras daba de mamar a los niños, porque bastante tenían los dos con lo que les faltaba y no iba a ser ella la encargada de sembrar la semilla de la pena en aquellos dos, que por muy diferentes que fueran sus vidas, que lo serían porque ya lo eran, debían tener la oportunidad de no vivir abonados a la desgracia, por mucho valle de lágrimas que fuera esta vida, como decía don Macrino, que a ella se lo iban a decir.

Y cuando quería dormirlos, Camino los tomaba en brazos; primero a Claudia, que tenía el sueño mucho más fácil, y paseaba con ella por la antojana en los días de sol y en la cocina cuando llovía, y cantaba tan para adentro que el sonido le llegaba a la niña por la vibración del pecho, donde los sonidos se confundían con el latido del corazón: *Con tomillo y romero, y manzanilla, atropote to madre, nesa cunina...* y como personalizaba hasta las nanas, le cambiaba el género a la original, y añadía *pa que tranquila, dormidina te quedes, nena querida...* A su hijo costaba más dormirlo, pero a ella no le importaba: esos momentos, con Claudia ya dormida, se quedaban para ellos dos, para esa intimidad que la niña de Montañés no estorbaba (aunque había llegado a quererla con la misma ternura con que querría a su propia hija), y constituían el más precioso regalo que los días le concedían. La nana que cantaba para su hijo era más triste, y a la vez, por alguna razón que el misterio se esforzaba

en ocultar, le proporcionaba una inexplicable sensación de paz y de sosiego:

Duérmete, fíu del alma, que vela to sueñu, palomina del blanco que nun tien aleru. Agora non, mio neñu, agora non... Si viviera to padre que yera tan buenu, collarinos de plata pusiérate al cuellu. Agora non, mio neñu, agora non... Pensamientos tan tristes, marchaivos agora, que nun puede dormise el neñu que llora... Agora non, mio neñu, agora non...

Así que canturreaba muy bajito, de un modo inaudible, pero a los niños parecía gustarles y, poco a poco, a medida que la primavera fue confirmando su vocación de verano, y en la antojana creció la sombra del fresno y de la higuera, empezó a sacar la voz del cuerpo, tarareando solamente, y cuando su madre no andaba cerca, que a ver cómo iba a entender que una viuda tan reciente estuviera cantando, pecado mortal, ya se sabía, y los niños sonreían mientras mamaban, lo notaba por la forma en que los labios se movían más allá de la pura succión, porque era como una caricia, una complicidad inexplicable que los dos establecían con ella; y entre ellos, una hermandad extraña, porque cuando estaban los dos en el serón, se miraban y sonreían, y su hijo, que era un mes mayor, parecía tener conciencia de ello y nunca respondía a los manotazos sin intención de Claudia. Y compartían los juegos y los cinco lobitos que tiene la loba a medida que iban creciendo, y el aserrín aserrán, y las canciones fueron haciéndose más alegres, y ella empezó a no sentir miedo por el hecho de que las sílabas de las palabras que decía se casaran con el sonido que les correspondía y se hicieran juego, y le encantaba ver cómo los dos daban palmitas muy felices cuando Camino jugaba con ellos, y como en una ceremonia íntima y exclusiva canturreaba sonriendo también:

Ayer en la romería, bailé con un quirosanu, y estrapayome una dea, y desféxome el calcañu...

Con los años, para Claudia y para Andresín oír accidentalmente cualquiera de las canciones que mamaron de Camino terminaría por pintarles en la cara una inexplicable sonrisa triste: la de los que saben que, incluso vestido de negro, existe un paraíso. Y se pierde.

En la bandeja de entrada había un nuevo correo (y era el cuarto en lo que iba de semana) de Bruno Braña, y a Aida le brincó el corazón. «Estoy dejando que brinque el corazón», se aclaró a sí misma ante el conato de pánico que esa sensación

suscitaba. Y para ratificar que ella «controlaba», lo dejó sin abrir y se concentró en los otros que, también sin leer, habían llegado en el escaso tiempo concedido por sí misma («controlaba») para comer un pincho de tortilla y beberse una caña en el bar de abajo: una convocatoria para el inicio de unas jornadas sobre Nutrición y Salud; un amigo pintor que le decía que inauguraría una exposición en Cornión a principios de septiembre y contaba con ella (contaba con la reseña y a ser posible con una favorable crítica, claro); un par de mensajes de *spam* que habían conseguido escaparse al filtro de su programa, y un correo de Pablo Lucas, de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, en el que le daba cuenta de que a pesar de la jueza de Castropol, que les había puesto toda clase de trabas en la fosa de A Fonsagrada, habían recuperado nueve de los once cuerpos que se suponía que estaban allí, correspondientes a militares a las órdenes del comandante José Moreno, del Batallón de Galicia. «Aunque imagino que no hay muchas posibilidades de que el cuerpo de tu abuelo esté por aquí, ya sabes que nunca puede descartarse del todo. Hay algunas personas del pueblo, entre otros dos hermanos que con doce y trece años fueron obligados a cavar las fosas, que aseguran que además de los nueve militares había otros hombres que no conocían. Los fusilamientos, por lo que parece, se produjeron en octubre de 1937, que por lo que recuerdo es el año de la desaparición de tu abuelo. No sé. Vamos a enviar los restos para su identificación y para certificar las causas de la muerte, como otras veces, a un laboratorio de la Universidad del País Vasco. Los dos ancianos que te dije, los que cavaron las fosas, tienen una entrevista, que ya sé que tú no, pero a lo mejor conoces a alguien que quiera...»

Aida dejó de leer. Si conseguía descansar el fin de semana, lo que no era muy probable, se acercaría hasta Grandas de Salime para participar aunque fuera como simple apoyo en la exhumación. No era la primera vez que lo hacía, y aunque intentaba evitarlo, siempre acababa llorando mientras, con un cuidado exquisito, los chicos del equipo arqueológico limpiaban los huesos en los que se habían convertido los que un día se marcharon y dejaron un hueco en la memoria de los que los habían querido y una ausencia inexplicable y llena de preguntas en las biografías de quienes no llegaron a conocerlos.

Abrió la Moleskine roja y revisó lo que había escrito a propósito de la línea cronológica que dibujaba la vida de su abuelo y que por lo que ella sabía finalizaba de golpe en octubre del 37, en los días inmediatamente posteriores a la caída del Consejo Soberano de Asturias y León. Con los años y las investigaciones había logrado saber que podía estar enterrado en alguna fosa entre Blimea, de donde le constaba que salió, y Cabañaquinta, donde lo esperaban para emprender la huida a través de San Isidro y unirse a un grupo que contaba con la infraestructura adecuada para conseguir llegar a Francia. No, no era muy probable que su abuelo hubiera dado con sus huesos, y nunca mejor dicho, en una fosa de Grandas de Salime, pero quién

sabía.

Ni siquiera una foto para ponerle rostro. Ni una puta foto.

Aida abrió el mensaje de Bruno. Algo estaba pasando, algo llevaba pasando desde el mismo instante en que él salió del ascensor en el hotel. Las palabras iban dándole forma a una situación que no dejaba de tener lo suyo de extravagante. Eran ellas las que establecían los márgenes, las que dibujaban el contorno de aquello, y cada frase escrita con una aparente falta de intención (pero sólo aparente, porque sí la tenía, y también vida propia más allá de quienes tecleaban) se convertía en la conquista de un territorio de geografía incierta. Eso sí, si de algo estaba absolutamente segura era de que, fuera lo que fuera, no pensaba ponerle nombre.

Dorotea no decía nada, pero estaba claro que las personas eran lo que mamaban y no había metáfora de por medio. Tanto Paloma como Claudia se revelaron (con el tiempo también se rebelarían, pero de eso, por entonces, nadie en la casa de Pomar tenía ni la más remota idea) no sólo como las más fuertes en virtud de su lactancia —en aquella casa en la que los catarros entraban a principios de octubre y no se iban hasta mediado abril, ellas dos fueron siempre las más sanas—, sino también las más despiertas, las más decididas, las más respondonas y las más chicazos, incluyendo a Manuel, que a medida que pasaban los días, y especialmente desde que tuvieron que ponerle gafas, adquiría un aire más lánguido, más frágil, y aunque fuera mayor, si se peleaba con Paloma, o incluso con Almudena o con Begoña, siempre terminaba debajo de ellas, suplicando que lo soltaran. Eso sí, tanto vencedora como vencido acababan por llevarse siempre un par de sonoros bofetones de Sidra, que había desarrollado una increíble pericia a la hora de suministrar correctivos a sus hermanos pequeños.

—Está visto que si no os pongo yo vergüenza, acabaréis como los niños de la calle...

—Qué calle, si aquí no hay calles, que esto no es Oviedo, como querrías tú. Ni Madrid, como querríais papá y tú... Querrás decir que acabaremos como los guajes de la caleya...

—¡Paloma! Te he dicho un millón de veces que la palabra *guaje* no se dice en esta casa...

Y había otra bofetada en el aire que Paloma casi siempre conseguía esquivar justo antes de echar a correr escaleras abajo y huir por la puerta de la cocina en dirección a los cerezos. El tercero por la izquierda, desde la portilla, era el suyo, y a él trepaba en cualquier época del año, pudiera o no llenarse la barriga con las cerezas gordas, porque las de su cerezo eran particularmente ricas, duras y con un sabor especial, «cerezas danza» las llamaba Dorotea, y así debían de llamarse porque las otras dos

trillizas no tardaron en dar con una canción que a saber quién les enseñaría y que les servía para hacerla de rabiar y recordarle que más de una vez había tenido retortijones horrorosos, derivados de aquella manía de tragarse los huesos de las cerezas: *Por comer cereces danza, púsose el mio Xuacu malu, yo que tantu lu quería, mandé al mio fíu a cuidalu...* y hasta aquí la amenaza no era tan importante, pero a lo largo de la canción que Almudena y Begoña podían cantar desde sus cerezos hasta cansarse, la cosa se complicaba: *Al poco ratu llegó el fíu llamando: ¡Madre! ¿Qué te pasa, fíu l'alma? ¡Qu'acaba morrer mio padre!* Y a Paloma, la muerte le daba mucho respeto. La había sentido en su propia casa y recordaba, por mucho que se esforzara por no traerlo a su pensamiento, demasiadas emociones secuestradas relacionadas con ello. Y oía cosas en la cocina: Dorotea y Reme siempre tenían muertes que comentar. Por si ello fuera poco, un día que Manuel para variar estaba malo, oyó a don Efrén pronunciar un refrán con el que se decantaba por algunos de los remedios más tradicionales: «El niño muerto y el apio en el huerto», y como era aún lo suficientemente pequeña, se tapó los oídos y empezó a llorar a gritos ante el gesto de incredulidad de su padre y don Efrén... Así que la mención de la palabra *muerte* era toda una provocación para Paloma y sus hermanas lo sabían. Le hacía tanto daño que incluso durante unos días compartió algunas de sus maravillosas cerezas con ellas, que tenían unos cerezos que las daban negras, que aunque también estaban ricas, tenían una desesperante complicación: a poco que te descuidaras te manchaban la ropa, y si eso sucedía, más valía estar preparadas para correr muy lejos de Sidra cuando lo descubriera. Pero el azar quiso que Paloma escuchara a los niños de Toña, la que había sido su ama de cría, cuando pasaban por las vías de la máquina que quedaba justo detrás del cerezo en el que estaba subida:

—Eso son cereces dances...

—No, nun son.

—Que sí...

Y mientras discutían sin darle mucha importancia al hecho de que ella estuviera subida al árbol, comenzaron a canturrear la canción con la que sus hermanas se empeñaban en martirizarla... Y cuando ya estaba dispuesta a taparse los oídos para no oír la parte en la que el padre, el tal Xuacu, se moría, escuchó cómo la historia se prolongaba*: ¡Vaya sustu me pegasti, grandísimu mentecatu: creí qu'a la vaca pinta la taba mamando'l xatu!*

—Eh, Chano...

—¡¡¡Chaaaaaaaaano...!!! Contesta, ho, que te llama una de las señoritas de Pomar... —también era inevitable, y Paloma lo sabía, que ese retintín se instalara en cualquier conversación que alguien de su casa mantuviera con los guajes del pueblo.

—Callái la boca, pazguatos, que ye Paloma...

—Pues eso: una de las señoritas de Pomar...

Chano no quiso recordarles que Paloma, aparte de ser una de las señoritas de Pomar, era también su hermana de leche. Ni que era la mejor cazadora de lagartijas de toda la comarca.

—Oye, Chano, si me enseñas esa canción, te doy todas les cereces que quieras.

Paloma se esforzaba por hablar en asturiano, por hablar como ellos, pero no siempre lo hacía correctamente.

—¡¡¡Vaya!!! «*Todas* les cereces» —y todos se echaron a reír—. Hay que ver qué fina...

Pero las cerezas danza eran una tentación demasiado seria y mientras controlaban que aquella aventura no fuera descubierta ni por Migio ni por la temible Sidra, que parecía tener doscientos ojos, los niños aprovecharon para llenarse los bolsillos con todas las cerezas que pudieron, maldiciendo porque algunos de ellos estaban rotos, mientras Paloma tomaba buena nota de la última estrofa de la canción. Ya podían fastidiarse sus hermanas, que el miedo que le provocaba la muerte ya no les serviría como coartada para hincharse a cuenta de *sus* cerezas.

El cerezo también era un lugar estupendo para atisbar lo que ocurría en Bustiello, para ver pasar la máquina desde otra perspectiva, para intuir lo que había más allá de la iglesia de Santa Cruz. Desde allí todos los sonidos parecían diferentes y todos los lugares parecían estar más cerca. Era un buen lugar también para refugiarse y contarse las historias que siempre la llevaban más lejos de Oviedo y más lejos de Madrid, porque cruzaban el mar, y aunque no estuviera muy segura de si los escenarios eran americanos o de África, siempre salían selvas y animales, sobre todo jirafas, que eran unos bichos que la seducían enormemente desde que los había visto en una revista que se llamaba *TBO* y que su padre les había traído de su último viaje a Madrid. Y aunque para poder leerla tenía que pelearse con todos sus hermanos, ya se la había aprendido de memoria: lo suficiente para construir sus propias aventuras, las que sucedían en su cabeza de niña rubia con lazos de terciopelo siempre del mismo color que sus vestidos. Ella quería ser exploradora por la selva. Decía don Macrino en la catequesis que los misioneros más valientes se iban a lugares muy peligrosos para llevar la palabra de Dios a los salvajes. Pero ella no quería ser misionera: quería irse a esos lugares, sí, pero para cazar animales. Cocodrilos, sobre todo cocodrilos, que ésos sí que eran lagartijas gordas y no las que había en el muro del sanatorio y en el de la huerta de atrás. Había visto uno en una película que pusieron en el Centro Católico, en el Casino, en Bustiello, y a la que su padre los llevó a todos. Toda la gente gritó, todos se asustaron mucho, pero ella decidió en aquel instante que si no conseguía ser minera, que era lo que más le apetecía en el mundo y el mayor de sus secretos y para lo que clandestinamente se preparaba poniéndose la ropa de Manuel para ver si podría pasar por un chico, sería cazadora de cocodrilos.

—¡¡¡Paloma!!! Haz el favor de entrar en casa inmediatamente. Si se entera papá, te mata...

Por ella, Sidra ya podía chillar lo que quisiera. No había nada más divertido que ese momento mágico capaz de ponerla tan enfadada, que parecía que su cara iba a explotar. Su cerezo era un refugio blanco y oloroso, porque abril estaba siendo pródigo en flores, y allí estaba muy bien. Además, en la última semana había perfeccionado su técnica y la distancia que alcanzaba del suelo, al trepar de rama en rama, era francamente envidiable. Allí el mundo entero era suyo y cabía en la palma de su mano...

Los gritos de Sidra no sólo eran más intensos, también sonaban mucho más cerca y casi desesperados...

—¡¡¡Paloma!!! Bájate de ahí ya, por Dios, que si sabe papá que no estás metida en casa... ¿No ves que vienen?

Sí, venían. Asomaban por Les Figares: una masa oscura y temible que siempre había asustado a las niñas de Pomar, porque todos (papá, Dorotea, don Macrino, la seño Amparo y ahora también Sidra) coincidían en que si había una amenaza verdadera y real, no era ni el lobo, ni el hombre del saco, ni la Güestia. Lo que de verdad encarnaba el mal era aquella masa humana, oscura y vociferante, aunque nunca se entendiera muy bien qué era lo que gritaba, que cada cierto tiempo recorría carretera arriba el trayecto que separaba Mieres de Moreda, aunque a veces daba la vuelta en Valdefarrucos, después de pasarse un buen rato gritando delante de la sede del Sindicato Católico.

—¡¡¡A casa, Paloma!!! ¡¡¡Bájate de ahí ahora mismo y a casa!!!...

Pero, por una vez, Paloma se lo tomó con calma y miró lo prohibido: la masa oscura de hombres que ocupaban toda la carretera y que marchaban con paso firme. Parecían fieros vistos así. Pero desde su atalaya, lo suficientemente lejos como para pasar inadvertido, entre la nieve de flores que cubría su cerezo, comprobó que aquello no era una marea informe y desdibujada, como siempre le había parecido. Desde allí descubrió, al lado de hombres fuertes y grandes, a chavalillos poco mayores que ella, enflaquecidos y macilentos que, incluso a esa distancia se hacía patente, habían sido arrebatados de una vida en la que había cerezos en flor.

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado: viernes, 7 de septiembre de 2007 19:58
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: A punto de cerrar

Bruno:

Estoy a punto de salir del periódico. Hoy me lo he montado bien, y con un poco de suerte le robaré a mi jornada laboral hora y media. Y esa hora y media me va a venir de perlas porque quiero llegar hasta Felechosa, que está al sur de Asturias, para que te hagas una idea, muy cerca ya del límite con León. Allí cenaré con Pablo y con un amigo suyo que no recuerdo cómo se llama. Pablo es un tío de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica al que conozco desde hace mucho. Incluso coincidimos durante un tiempo en Nicaragua, en un proyecto de cooperación en el que estuve hace unos cuantos años. Como la búsqueda de mi abuelo se ha convertido casi en el objetivo primordial de mi existencia, todo aquello en lo que yo pueda colaborar con ellos, desde el periódico o lo que sea, es lo menos que puedo hacer.

No sé por qué te cuento todo esto, se supone que te escribía únicamente para darte las gracias por los correos que me envías. Que a una, que ya tiene una edad y mucho callo por las vísceras, le lleguen correos como los tuyos no deja de ser uno de esos pequeños milagros que convierten los días en especiales. Felices, incluso, si no fuera porque eso de la felicidad es un asunto particularmente devaluado, o por lo menos tan problemático a la hora de glosarlo, que mejor no. Mejor ahí: que molan tus correos y ya está.

También diría que molas tú, pero igual... no sé... A ver si voy a parecer una fan o algo...

Besos,

Aida

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado el: viernes, 7 de septiembre de 2007 20:04
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Re: A punto de cerrar

¿Qué le pasa a tu abuelo?

Todo lo que me cuentas me importa. No me preguntes por qué, pero es así. Me importas tú. Y yo no suelo hacer este tipo de confesiones, te lo aseguro.

Bruno

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado el: viernes, 7 de septiembre de 2007 20:06
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Re: Re: A punto de cerrar

Bruno:

Iba a apagar el ordenador y ha llegado tu mensaje. Te contesto rápido porque tengo que irme, pero ya hablaremos, si te apetece, más despacio de todo esto.

A mi abuelo no le pasa nada. Más bien le pasó. Bueno, sí, le pasa que está

desaparecido por lo que le pasó, que lo mataron en el año 37, justo después de entrar los nacionales en Gijón y Avilés y hacerse con toda Asturias. Ahí fue donde empezó realmente la guerra, pero ésa es una larga historia. La de mi abuelo también es una larga historia. Ni siquiera sabemos dónde está enterrado. Con lo de las exhumaciones y todo el trabajo que está haciendo la Asociación, tengo la esperanza de terminar por encontrarlo algún día. Quiero enterrarlo con mi abuela, por todos los años que no pudieron estar juntos.

Te lo contaré con calma.

¿De verdad te importo?

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado el: viernes, 7 de septiembre de 2007 20:07
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Re: Re: Re: A punto de cerrar

Repito, pero no lo haré más: me importas. Y aunque ya irás sabiendo cómo soy, te advierto de que si hay una cosa que detesto (un viejo gruñón como yo tiene un amplio catálogo de detalles que le producen irritación) es tener que asegurar lo que digo. Me importas. No es necesario reforzarlo con preguntas cuya respuesta tú ya sabes.

Y me gustaría que entre tu casa y la mía no hubiera este montón de kilómetros que hay y pasar a buscarte ahora por el periódico y acompañarte a esa cena y participar de esa conversación en la que me imagino que aparecerán historias conmovedoras, interesantes y heroicas. ¿Me llevarías contigo?

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado el: viernes, 7 de septiembre de 2007 20:08
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Re: Re: Re: Re: A punto de cerrar

Te llevaría conmigo, sí.

Y me voy. Si quieres, llámame por teléfono Tengo Bluetooth, no te preocupes por si estoy conduciendo.

Aida

Ah, y yo creo que para dejarnos de este trasiego de correo va, correo viene, la próxima vez abrimos una sesión de Messenger. Que ya, que ya sé que no lo controlas mucho, pero no tienes más que preguntarle a ese padre extraordinario que tienes y que (te juro que no me lo puedo ni creer) con noventa años por lo visto está hecho un hacker y seguro que te explicará cómo se instala, cómo funciona y todo lo demás. Es impresionante.

Nadie está a salvo del modo en que el amor azota en ocasiones. A Efrén Rubiera

nunca se le hubiese ocurrido que un vendaval de consecuencias imprevisibles estuviera aguardándole aquella tarde de verano cuando subía la cuesta que conducía a la casa de Ramiro y Concha en El Pedroso. Ramiro, que padecía la enfermedad de la mina, pasaba los días sentado en la antojana abriendo la boca como si quisiera masticar el aire que le faltaba y las noches sentado en la cama para poder respirar. Todos eran conscientes de que ya llevaba años de regalo encima, que la muerte estaba siendo particularmente benévola con él, porque nadie de su quinta que hubiera pasado por la mina (y la mina Petrita, donde había trabajado como picador, había sido especialmente asesina) había sobrevivido. La generosidad de la muerte al no tener prisa en arrebatarlo quedaba en entredicho cuando se le oía toser y sufrir aquellos ahogos espantosos, cada uno de los cuales parecía proclamar la inminencia del tránsito, de modo que muchas veces tanto Concha como su hija pedían en secreto, cuando lo veían con la cara congestionada de aquel modo y el alma a punto de salir volando, que por favor aquello se terminara ya y aquel hombre pudiera descansar por fin.

A Efrén le parecía que formaba parte de sus atribuciones de médico visitar periódicamente a aquellos enfermos crónicos cuyo estado él conocía de sobra, aunque no hubiera sido llamado. De hecho, su presencia por los caminos había dejado de ser sinónimo de alarma entre los habitantes, y su paso, su maletín, su chaqueta de lino en verano y su abrigo de paño en invierno, la forma en que iba arrancando aquí y allá la hoja de algún árbol que quedaba a su altura, para juguetear con ella durante parte del trayecto mientras silbaba melodías que se formaban únicamente en su cabeza, constituían ya un elemento adscrito al paisaje.

El médico estaba contento aquella tarde de verano. Por la mañana había comprobado que uno de los hijos de Toña había mejorado muchísimo de una traicionera pulmonía estival, y había tenido la sensación de que ninguno de los pacientes que había tenido iba a morirse, por lo menos de momento. Más tarde se había encontrado con Montañés y habían vuelto a hablar de un proyecto que se le había ocurrido y al que llevaba un tiempo dando vueltas. El director incluso se había bajado del caballo con el que siempre iba a todas partes, lo que suponía que un poco de caso sí que le había hecho. En los últimos tiempos había notado una cierta reticencia en Benito Montañés, a raíz de la cena con el marqués de Comillas, cuando el bautizo de Claudia. No había estado muy correcto, eso era cierto. Tenía que controlar un poco más el alcohol, sobre todo porque era un modo muy peligroso de abrir una puerta por la que se escapaba el Efrén Rubiera que vivía oculto en su cuerpo y en su apariencia.

Y el Efrén Rubiera que se escapaba en aquellos momentos en que el alcohol modificaba su capacidad volitiva tenía mucho que ver con el niño de Cimadevilla, con el estudiante de Medicina y sus lecturas, y sus amigos, tan distintos a la gente que le había contratado y a quienes había conseguido engañar con su cara de buen

chico y alguna que otra mentira bien administrada acerca de sus creencias, de su ideología, de su origen y casi de sus aficiones. En lo único que no había mentido había sido en sus conocimientos y en su vocación. Todo lo demás había sido una patraña con la única finalidad de trasladarse a Asturias y trabajar con gente de la mina. El Efrén Rubiera que se escapaba cuando bebía un poco más de la cuenta era el que de forma medio clandestina cogía un tren para viajar hasta Oviedo algunos días y allí compartía tertulia en el café Español con liberales como Eduardo Martínez Torner o Fernando Vela, entre otros, de los que aprendía y con los que se sentía de verdad él mismo, el sujeto pensante sin necesidad de aparentar que era un médico conservador, católico, sin necesidad de alcohol para desenmascararse.

Pero aquel día, cuando ya habían pasado algunos meses del incidente de la cena, Montañés parecía haberlo olvidado y charló con él con inusitada cordialidad. Tanto, que el médico consideró que era un momento oportuno para hablarle abiertamente de su proyecto.

—¿Una rondalla? ¿Eso no es como una tuna?

Efrén trató de que su gesto no dejara traslucir todo lo que se ocultaba detrás de la palabra *tuna,* porque de sus tiempos de tuno en Valladolid habría mucho que contar y no todo bueno. Si el santurrón de Montañés conociera sus andanzas con el resto de compañeros, las farras, las rondas, y sobre todo aquella forma de sonreír de algunas chicas cuando dejaban la ventana entornada y él memorizaba la ubicación exacta para volver más tarde...

—No, no, qué va, nada que ver... Una rondalla es mucho más seria, mucho más artística...

—Pero, no sé, hará falta gente que toque instrumentos, y harán falta instrumentos, y...

—Harán falta instrumentos, yo puedo enseñarles, eso no es problema. Y creo que la formación de una rondalla, en cuanto a sana diversión a la par que formación —a veces a Efrén le daba la risa cuando hablaba así— para nuestros jóvenes, es una de las actividades que tienen perfecta cabida en el Círculo Católico, que últimamente me parece a mí que está un poco muerto y necesita revitalizarse un poco.

Todo el mundo sabía que Efrén Rubiera tocaba la guitarra y otros instrumentos «como guitarras pero más pequeños», porque ése era el tipo de cosa que no se podía ocultar en una comarca como aquélla. Pero de ahí a formar una rondalla...

Aun así, el médico había quedado muy satisfecho de su encuentro con Montañés y había visto en él una disposición lo suficientemente positiva. Había muchas posibilidades de conseguirlo. Todo consistía en saber venderlo como una actividad destinada a canalizar el ocio de los jóvenes de la zona, y para ello todo valía, siempre que se les alejara de las tabernas, aquellos lugares de perdición donde se bebía, se

jugaba, se blasfemaba y, lo que era peor, empezaban a prender de modo irremediable pequeñas chispas que podían terminar en incendio, con las doctrinas marxistas y ateas.

El último trayecto, muy corto, pero con una cuesta más pronunciada, se hacía una vez traspasada la portilla, por un camino flanqueado por un seto de boj. Las hojitas del boj eran de las que más le gustaban a Efrén para jugar con ellas: tan duras, de un verde tan oscuro por el anverso y tan clarito por el envés. Estaba tan distraído que cuando quiso darse cuenta, a la altura de sus ojos tenía un pie, un pie en una alpargata negra de esparto, descalcañada, un pie y un tobillo que pertenecían a una pierna cruzada de alguien sentado en una mecedora, en la antojana de la casa de Ramiro y Concha. Un pie, un tobillo y las puntillas de una enagua y un trozo de vestido que se veía claramente que había sido de otro color aunque ahora estaba teñido de negro. El pie parecía moverse con un ritmo apenas perceptible, levísimo, como si siguiera una melodía interna. Aunque el poder de aquel pie en el aire, tan indolente como feliz, y el otro apoyado en el suelo, tenía un componente absolutamente hipnótico, Efrén Rubiera dejó que su mirada subiera poco a poco, para encontrarse de frente con la belleza: una mujer, con los rizos que se escapaban del indisciplinado moño cubriéndole parte de la cara, miraba feliz al niño que estaba amamantando en aquella luna blanca que desertaba del luto y de la negrura de su ropa. La mujer acariciaba el pie descalzo del niño con una de sus manos y miraba sin darse cuenta de nada de lo que sucedía a su alrededor, ni de la presencia del médico, que se había quedado quieto como si el mundo hubiera decretado su final en aquel mismo momento, o su principio, o algo que no podía interpretar. Y en aquel instante deseó tener una cámara fotográfica, algo que le permitiera atrapar para siempre aquel momento, aquella mirada, aquel gesto, en una simple instantánea, llevársela consigo, poder mirarla muchas veces, cada vez que sintiera tentaciones de pensar que el mundo era horroroso y que la vida valía muy poco, y también pensaba, porque los pensamientos son veloces y múltiples, que daba igual, que en su cerebro había quedado impresa ya para siempre, con el sol tibio de junio y la luz de la tarde y el olor de las hojitas de boj en sus dedos, aquella imagen que socorrería sus noches, que aliviaría sus miedos, que consolaría sus desdichas. Supo también entonces Efrén Rubiera que cuando llegara el último minuto de su vida, aquel momento, la belleza congelada en aquel instante, acudiría a recordarle que vivir había sido hermoso, y que la belleza se resumía en aquella mujer que amamantaba a un niño mientras otro dormía en el serón, y permanecía imperturbable en un espacio sideral ajeno y feliz. Y aunque no se oía ni un solo sonido, Efrén Rubiera, que con cuarenta años, una mujer y tres hijos asistía estremecido a la explosión de un volcán, o al indomable ímpetu de una tormenta, o simplemente a una hecatombe como si de pronto todos los planetas alteraran su rumbo, juraría que Camino, aquella mujer de la que acababa de enamorarse sin remedio, estaba cantando por dentro, en aquel corazón que de pronto le parecía el único territorio del universo que deseaba conquistar.

Había tenido dos mujeres, muchas amantes, varias novias, tres hijos y vivía solo. Peor que vivir solo: tenía cincuenta y ocho años y vivía con su padre, y además en la casa de este último, porque la suya, aquella tan bonita en Las Matas, había terminado por sucumbir a la euforia inmobiliaria y la había vendido por una pasta, harto ya de la sangría y el continuado expolio que la voracidad de aquella familia extravagante —la única que había sido capaz de construir, y a la vez múltiple, extraña, difícilmente explicable y, según en qué momentos, hasta exótica— parecía empeñada en demostrar, apoyándose en el argumento, bastante peregrino, de que o bien los años compartidos (a veces incluso los meses) o los lazos de sangre y por tanto las ineludibles obligaciones justificaban que su talonario de cheques adelgazara de un modo prodigioso.

Había tenido dos mujeres, muchas amantes y varias novias y llevaba ya algunos meses durmiendo solo, en la cama estrecha que estrenó en la adolescencia, cómplice de tantos sueños que algunas noches, cuando el pasado tomaba la determinación de acompañarlo por el procedimiento de salir de su guarida, apenas podía respirar de lo denso que se volvía el aire, habitado de pronto por paraísos perdidos y por infiernos disfrazados, tan imposibles de domesticar como asfixiantes.

Entonces, cuando eso ocurría y tenía la certeza de que el sueño había huido sin compasión, Bruno Braña salía de su cama y a oscuras caminaba por el pasillo hacia la cocina, hasta que la luz insolente del interior del frigorífico lo devolvía a una realidad de yogures desnatados y zumo de melocotón.

Muchas veces cogía unas nueces y el brik del zumo y dejaba que el tiempo pasara sin preguntarle la hora al reloj, con la esperanza de que se produjera algún tipo de milagro. Trataba de no pensar demasiado en nada, sólo en las nueces y el sonido que hacían al romper la cáscara, en la inquietud sobre si ese sonido, tan escandaloso en mitad del silencio, sería suficiente para arrancar a su padre de aquel sueño leve con el que transitaba por unas noches, las suyas, seguramente tan pobladas de fantasmas como las del propio Bruno. Pero no siempre era posible dejar de pensar, arrancarse del territorio de los seres a veces sin rostro, a veces sin nombre, que vivían en el cuarto. En ocasiones lo acompañaban también en aquel tiempo de sentarse en la cocina, de comer nueces y beber zumo, de zapear distraídamente en la tele pequeña. A menudo estaban allí porque eran demasiado cercanos, demasiado suyos.

En Lisis, por ejemplo, no podía dejar de pensar. Tampoco en Óscar, ni siquiera en Morgana, aunque esta última todavía no había alcanzado esa edad misteriosa en que los hijos dejan de ser hijos y se convierten en una fuente inagotable de problemas. De momento, en Morgana no es que no pudiera dejar de pensar: es que sus siete años y sus ojos vietnamitas (daba igual que fuera china, a Bruno sus ojos siempre le parecieron vietnamitas) eran lo único que contrarrestaba aquel alud de preocupación,

de cansancio, de angustia, de hastío, de irritación, de culpabilidad, de miedo, de ansiedad, de zozobra, de temor, de desazón, de mortificación, de pesadumbre, de hartura, de congoja, de desasosiego, de malestar, de cobardía, de remordimiento, de amenaza, de aprensión y de tantas otras matizadas impresiones (y él era muy aficionado a los matices) que le procuraba pensar en sus hijos mayores y en aquella complicación inherente a lo que se suponía que era vivir.

Que los dos hubieran optado por el mundo del espectáculo no ayudaba demasiado. Con lo bien que hubiera estado que fueran funcionarios de cualquier ministerio, o que hubieran estudiado cualquier carrera, la que fuera, algo que garantizara que su existencia podía encarrilarse en unos márgenes de normalidad que ahora parecían imposibles. Cierto: él los había educado justamente en lo contrario. Él y su madre, claro, que si la libertad, que si ese desprecio sistemático por los horarios y por el sueldo fijo, ah, el temperamento artístico. Qué coño esperaba después de haber sido fiel creyente en Summerhill y, lo que era peor, de haber tratado de aplicar los principios pedagógicos a sus propios hijos, despotricando del sistema educativo oficial y sembrando en ellos el germen del desconcierto y de la desgana, cuando creía estar despertando su sentido crítico. Y hasta su sentido del humor.

Eran los niños con menos sentido del humor del mundo.

De acuerdo, ya no eran niños. Con treinta y veintiocho años nadie es un niño, pero lo del sentido del humor era totalmente cierto. Poco a poco incluso había ido entendiendo que ni siquiera eran muy inteligentes y que sus espantosos resultados académicos no eran la consecuencia de un sistema educativo caduco y adocenado, sino de que, como atestiguaba el hecho de que la ironía era algo que les costaba asumir y ni siquiera llegaban a ser sarcásticos, muy listos no eran.

Cuando nació Lisis, Marisa y él soñaron con que la niña fuera actriz. Qué menos, si Marisa había tenido que renunciar al papel de Lisístrata justo porque para cuando la llamaron para sustituir a la protagonista, que se había roto una pierna después de caerse al foso mientras discutía con el director, su embarazo de cinco meses se había hecho patente, a pesar de que acudió a la audición con una faja que apenas la dejaba respirar y la ropa que más disimulaba aquella barriga insolente. Lo que nunca supo Marisa, como tantas otras cosas que formaban el catálogo inagotable de las mentiras de Bruno, era que mientras ellos decidían llamar a la niña Lisístrata, él se tiraba noche sí y noche también a la Lisístrata de la obra, Marián Romero, la joven actriz que, ella sí, ocupó el lugar que Marisa no había podido tener, y que años más tarde ocuparía las páginas de las revistas rosa por su boda con un banquero.

Lisis. Sí, Lisis era actriz, pero muy mala. De nada sirvieron los cursos, los intentos, las academias. Ni siquiera Cristina Rota consiguió sacar de aquel rostro una expresión más allá del asombro o del hastío, que eran las dos que conseguía practicar

con cierto dominio. Así que, como actriz, Lisis no había hecho gran cosa. Algún papelito con un máximo de dos frases en una película prescindible, y ello como un favor personal del director, con quien Bruno mantenía una relación de amistad que se perdía en la noche de los tiempos, y apariciones brevísimas y del todo olvidables en algún capítulo de alguna serie de televisión. Había perdido su oportunidad en el casting de *Al salir de clase,* al que acudió en un estado bastante lamentable después de una noche de naufragios por Malasaña, y desde entonces odiaba sordamente a todos los actores que tras su paso por la serie se habían convertido en asiduos de las pantallas y de la escena.

Pero eso sí, Lisis, aunque no era actriz, era famosa, y esto a su padre le producía un vértigo que a veces derivaba en incontenible náusea. Había encontrado el filón que llevaba implícito haber sido la novia fugaz de un tipo que había estado casado con la sobrina de una folclórica muy conocida. De hecho, aún estaba casado cuando ella lo conoció y, de hecho, fue justamente su presencia la que terminó por dinamitar aquel matrimonio que sólo aguardaba una salida lo bastante airosa desde el punto de vista del espectáculo televisivo y las ganancias subsiguientes, para firmar el acta de defunción. Y aunque al principio ella no había sido del todo consciente de cuál era la dimensión exacta del asunto, pronto había aprendido las incalculables ventajas que ello le suponía, de modo que con una planificación adecuada y un representante hábil y tramposo, había conseguido convertirse en uno de los personajes asiduos en los programas de la tele, y hasta había logrado que le hicieran unas fotos, que dieron mucho de sí, con uno de los antiguos protagonistas de *Al salir de clase,* ya cotizado actor, con lo que de algún modo había sentido que superaba la frustración que le quedaba desde hacía una década. Para sus apariciones televisivas había sustituido su nombre Lisístrata Braña por un sencillo Lisístrata San, que evitaba el barullo de erres (bastante costaba ya que los presentadores de la tele dijeran su nombre correctamente, como para complicarles la vida), y se había quedado con la primera parte de su segundo apellido, Sánchez.

Bruno veía a Lisis muy pocas veces. Era muy raro que le llamara y más aún que acudiera a la casa del abuelo para verlos, porque sabía cómo se las gastaba el anciano, al que no le habían dolido prendas en soltarle en una ocasión que ella podía decir lo que quisiera, podía disfrazarlo con los ropajes más caros, pero lo que ella hacía tenía un nombre. Es cierto que no lo mencionó, pero esa insinuación sirvió para que Lisis, con aquella tendencia a sentirse ofendida a la mínima, diera con la excusa perfecta para no aparecer por la casa. Así que las pocas veces que veía a Lisis se encontraban en algún restaurante que ella elegía y él pagaba y hablaban de vaguedades o de su madre y su hermano, que eran prácticamente lo único que tenían en común. Así, Bruno iba conociendo los tumbos que iba dando la vida de Marisa, un péndulo oscilante entre el mar de ginebra y el desierto de la rehabilitación, mientras

aguardaba el papel de su vida. Y así también, Bruno sabía con una cierta aproximación las posibilidades que existían de encontrarse a Óscar en una de las fases eufóricas cuando «acababa de componer unas canciones que iban a ser la hostia», o si andaba pensando en «romper la puta guitarra contra las paredes». Tampoco importaba tanto, porque los cambios de uno a otro estado se sucedían con más rapidez de la que le concedía el espacio entre un encuentro y otro, y ya había aprendido que, pese a las informaciones que le daba Lisis —incidiendo especialmente en los detalles negativos, como si la pormenorizada descripción de los problemas, los desánimos, aquel tránsito que nunca se sabía si era de ida o de vuelta por los callejones de la desesperación, la liberara a ella de la carga de ser un desastre de hija—, cuando de nuevo se encontrara con Óscar, podría tropezar (y estrellarse) con cualquiera de las caras que componían el mosaico apresurado de su biografía.

Lisis comía como una lima cuando estaba con él, y algunas veces Bruno sospechaba que seguramente no hacía una comida en condiciones y por eso acometía el plato de callos como si llevara un mes sometida a los rigores de una nevera vacía. Lo hacía con tanto ímpetu que sólo cuando había calmado a aquella fiera depredadora que parecía habitarla, procedía a contestar a las preguntas de su padre con algo más que los puros monosílabos. En el segundo plato hablaba con frases de longitud media, en el postre ampliaba su repertorio lingüístico a las subordinadas y un poco más tarde, con el café y algún licor que abría la puerta a lo que podía ser una larguísima y etílica sobremesa si Bruno no tomaba medidas, podía perorar sin fin acerca de minucias sin ninguna importancia.

Las comidas con Lisis solían procurar a Bruno los argumentos necesarios para que sus noches incorporaran al imaginario fantasmagórico de los temores y las desazones un número suficiente de nuevas incomodidades. Ya se había acostumbrado a ello, del mismo modo que siempre supo que a Lisis, de la interpretación, sólo le interesaban las fiestas y la vida nocturna, el glamour y la ropa cara. Como si todo fuera Hollywood.

Curiosamente, interpretarse a sí misma, inventarse en cada nuevo romance, en cada nuevo escándalo, le había proporcionado aquello que parecía ser el objetivo en su vida. Bruno se preguntaba a veces si en realidad Lisis no era una gran actriz. Una actriz total que interpretaba un papel desde el mismo momento en que abría los ojos, consciente de que en cuanto saliera a la calle habría una cámara dispuesta a registrar sus movimientos, sus gestos, sus palabras. Eso si había conseguido montárselo lo suficientemente bien como para atraer la atención de los cuervos. Si no era así, si no estaba envuelta en algo «noticiable» —como solía llamar René Morales, su representante, a los montajes cuidadosamente pactados o imaginativamente buscados, daba lo mismo—, Lisis vivía entonces un estado que su padre solía llamar expectante. Como si estuviera a la caza: sus ojos miraban siempre, buscaban, analizaban posibilidades de encuentro casual con alguien que pudiera engordar su

currículum televisivo.

Uno de aquellos días, en el curso de una comida, mientras hablaban de ello, porque Lisis vivía una de esas temporadas de inactividad forzosa por ausencia de pieza que abatir, a Bruno le dio por decir que en semejante tesitura, si alguien la veía con él, podía pensar que tenían un romance, y que igual podía servirle: un par de programas en que aparecieran unas fotos con el actor Bruno Braña, para luego desmentir, en horario de máxima audiencia y en una entrevista convenientemente contratada, que se tratara de un nuevo novio y se desvelara que en realidad Lisístrata San era hija de Bruno Braña. Sin embargo, aunque para entonces ella terminaba de dar cuenta de una estremecedora tarta de ciruela, no se privó de la frialdad más afilada con que acompañó su frase.

—No digas tonterías, papá. A ti no te conoce ni Dios.

A pesar de que el procedimiento con Paloma había sido muy distinto porque desde que cumplió los seis meses su alimentación se había hecho sólida a base de papilla de galletas complementada con los biberones a los que a Begoña y Almudena ya se había incorporado ante la progresiva escasez de leche de la madre, Claudia siguió siendo alimentada por Camino hasta después de cumplir el año.

Dorotea nunca supo muy bien a qué se había debido aquel empeño de Benito Montañés en que su hija permaneciera unida a Camino por lazos tan alimenticios como sentimentales, pero sospechaba, ya que Dorotea era muy de sospechar, que había algo de dudosa transparencia que podía ir desde lo inmoral a lo puramente transaccional, pasando por la piedad que la figura de la nodriza provocaba en el señor. Era raro, sí, si se tenía además en cuenta que el precedente de Paloma no era lo que se dice de los que animan a prolongar una situación que no se podía negar que tuviera lo suyo de inconveniente. Dorotea había oído atribuir a doña Ángeles el carácter rebelde de la trilliza «a la leche que le habían dao», y ella misma estaba segura de que algo tenía que ver en lo contestona que había salido aquella niña la influencia de Toña, que era conocida en el lavadero por su afilada lengua, capaz de conseguir que ni las más insidiosas de las mujeres que vertían sus comentarios envenenados, tan negros como el agua cuando se lavaba la ropa de la mina, se atrevieran a decirle nada, especialmente si tenía que ver con aquella recua de hijos, atravesados como ellos solos, simplemente con que Toña lanzara una de sus miradas definitivas y soltara un rediós de los suyos...

Claro, que Paloma tenía una madre, o al menos el tercio de madre que le correspondía, pero Claudia no. «Va a ser eso», pensó Dorotea, con la sensación de haber completado uno de aquellos rompecabezas de cubos de cartón. Seguramente Benito Montañés estaba preocupado por la falta de cariño materno, y por eso había desoído en varias ocasiones las sugerencias de Sidra sobre la conveniencia de

destetar a la pequeña, y había respondido con un escueto «De momento, que siga», que aparcaba la conversación hasta un mes o dos más tarde. Por eso, además, no se sabía lo que le pagaban a Camino, que siempre iba en un sobre cerrado que el propio Montañés en persona le dejaba en la cocina a finales de cada semana para que se lo dieran y que ella guardaba en silencio, sin abrirlo siquiera, en el bolsillo del delantal. Entonces decía un «gracies» apenas perceptible, y como si quisiera huir de aquella situación, le hacía unas cucamonas a Claudia, justo antes de llevársela:

—Claudi, a ver la nena... A ver la nena cómo haz lo de *Daba la mocita,* anda, Claudi, pa que te vea Dorotea...

Claudia no tenía edad todavía para aquella proeza, pero Camino cogía la mano pequeñita con la suya y la acercaba a la cabeza de la niña, y canturreaba aquello de *Daba la mocita, en la cabecita...* y Claudia se reía, y entonces a Dorotea y a Reme se les caía la baba, las trillizas cantaban a gritos y se daban ellas mismas en la cabeza, y hasta Sidra parecía estar a punto de esbozar una sonrisa.

Ajeno a aquellas explosiones gozosas que se producían a veces en la cocina, Benito Montañés practicaba aquella religión suya llena de preceptos que tenían que ver con el cumplimiento del deber. Era tan recto en sus decisiones, tan tajante a la hora de llevar a cabo cualquier sugerencia del Marqués, tan inconmovible a la hora de, como él decía, separar el grano de la paja, tan cortés como firme en el trato, tan serio cuando se arrodillaba en su reclinatorio de terciopelo granate en la misa de los domingos en Bustiello, tan cumplidor.

Sin embargo, nadie sabía que la conciencia de Benito Montañés tenía una pesadumbre que no había podido contar a nadie y que no había querido confesar a don Macrino, porque por más que pensaba en ello no era capaz de asignarlo a una falta contra alguno de los mandamientos de la ley de Dios ni los de la Santa Madre Iglesia. Así que si no se ajustaba a ello, si no podía incluirlo en ninguno de los mandamientos, la conclusión más lógica era que no había ningún pecado en ello, y por tanto no tenía por qué confesarlo.

Pero aquella sombra se hacía enorme en las noches en las que al sueño le daba por escaparse por el hueco que dejaban las contraventanas entornadas, y aparecía la imagen de Xelu Barea, su pantalón azul mahón con piezas a la altura de las rodillas, y la boina que se había quitado al entrar en la oficina, sin saber muy bien qué hacer con ella, porque la usaba desde hacía poco tiempo, desde después de casarse, cuando Camino se quedó en estado y él no encontró otra forma mejor de decirle al mundo que ahora era un tipo responsable que encasquetarse una boina, como llevaban todos los «paisanos». Veía a Xelu, un mes antes de morir aplastado por un costero, después de un derrabe tan anunciado, allí frente a él en la oficina, un poco temeroso de moverse entre aquellos muebles tan caros traídos desde Barcelona por encargo del propio Marqués, él, tan gayasperu siempre, tan tímido allí...

Veía a Xelu y oía su voz confidencial, recelosa, «A mí to esto nun me paez na bien, yo nun soy un chivatu, pero tamién entiendo que ye por el bien de tos, y si pa encima, usté me diz que nun va a haber represalies, que ningún va dir despediu, y que ye sólo por el bien de tos...». Y se oía a sí mismo envolvente como sabía ser cuando la situación lo requería: «El señor Marqués siempre lo dice, la de veces que se lo he oído a él, que los buenos ciudadanos, los buenos obreros, los buenos cristianos, han de actuar, si la ocasión así lo precisa, como policías». Y añadía después algunas consideraciones acerca de lo difíciles que eran los tiempos, y de nuevo el ejemplo de la manzana podrida en el cesto de manzanas sanas...

Y luego tres nombres, los de tres mineros sobre los que él ya albergaba alguna sospecha de que podían estar pensando en afiliarse al Sindicato Minero, y que en la voz acobardada de Xelu Barea adquirían de pronto la condición de insoslayables convictos.

Y las promesas de que no los despediría, no, hombre, qué va, que únicamente necesitaba saberlo para atajar el mal que amenazaba con atacar por las rendijas más débiles aquel reducto de buenos y cristianos trabajadores. Y la sugerencia de que tendría en cuenta su excelente disposición y las buenas referencias que tenía de su trabajo y su conducta, ahora que estaba a punto de empezar a ponerse en marcha una nueva fase de viviendas, y la certeza que tuvo en aquel instante de que ése y no otro era el objetivo del joven minero, que seguía viviendo con su mujer en la casa de los padres de ésta, en El Pedroso. Y la negativa de Xelu a coger ni uno solo de los billetes que Montañés hizo ademán de darle en al menos dos ocasiones.

—No, yo si acaso lo único que quiero ye que convenza a don Miguel el capataz, tamos en una cota muy mala, muy falsa, cualquier día va a haber una desgracia muy grande, y él nun fai ningún casu... Si usté y lo diz ye otra cosa. Mire, don Benito, que acaba de naceme el nenu, y nun quisiera yo dejar a Camino sola por na del mundo...

Lo prometió entonces Benito Montañés. Y lo olvidó absolutamente. Sólo volvió a recordarlo cuando un mes más tarde sacaron a Xelu el de Barea, y a los otros dos, y él, que estaba en cumplimiento de su deber como representante del Marqués, levantó uno a uno los cobertores que habían llevado para cubrirlos antes de sacarlos fuera de la mina, en un afán bastante inútil de evitar o al menos minimizar el desgarro de viudas, hermanas y madres, y reconoció ensangrentada y teñida de muerte la boina de un hombre que acababa de hacer contra su voluntad lo que tanto temía: dejar sola a Camino con el niño recién nacido.

Algunas noches, cuando no conciliaba el sueño y la madrugada amenazaba con teñir de malva la luz recién nacida, como un remordimiento ponzoñoso, una duda fría le recorría la espalda.

Y entonces temía haber pecado contra el quinto mandamiento.

Capítulo 2

—Ay, neña, si yo te contara...

Visitaba a Paloma al menos dos días por semana en la residencia de Porceyo donde permanecía desde que el ictus redujo tanto su movilidad que fue imposible, incluso para ella que sacaba carácter de donde fuera necesario, permanecer en el piso en el que había pasado los últimos cincuenta años. Con la movilidad se le había ido también gran parte de la fluidez a la hora de hablar y muchas veces parecía que las palabras huían y se le iban los minutos intentando atraparlas para colocarlas en la frase que deseaba decir.

—Pues cuéntame, anda. Cuéntame por qué mi abuela siempre odió tanto a Sidra...

Por eso hablar con ella se convertía en una ceremonia de lentitud infinita. Responder a alguna pregunta de Aida podía llevarle poco menos que la visita completa, toda una tarde en la que dependiendo de cómo estuviera su paciencia, Aida solía maldecir mentalmente, más que nada porque el oído de Paloma seguía siendo privilegiado. Vistas las cosas, ya había llegado a la conclusión de que había que seleccionar muy bien las preguntas que quería hacerle.

—Pobre, pobre Sidra...

Y quería hacerle tantas, que las dificultades de expresión de Paloma la desesperaban. Tenía la sensación de que ella albergaba las respuestas a todas las preguntas, aunque supiera que no era cierto, y que más o menos todo estaba contado y recontado. Aun así, cada visita tenía un extraño recorrido que llevaba a Aida de la esperanza al desencanto, la parábola que describiría un avión a reacción en el aire si hiciera acrobacias. Hasta diluirse del todo, hasta que volvía a casa con el corazón cansado y un extraño desconsuelo.

—Aunque era muy mala...

Ya de por sí, aquello resultaba desalentador, y como tantas otras veces en la vida, Aida tenía la sensación de ir a contrapié. A ver, si no, cómo podía explicarse que escribir la historia de la familia se le hubiera ocurrido justo en el funeral de la abuela, un año atrás, en el mismo momento en que cayó en la cuenta de la cantidad de cosas, de caras, de palabras, de gestos, de lugares, de secretos, de sueños, de promesas, de nombres, de misterios, de memoria, que su abuela se llevaba con ella ya para siempre. Que nadie podría rescatar jamás.

—Mala, pero desgraciada, que es la forma más triste de ser mala...

Y aunque la decisión de indagar en la historia de su familia, en el tiempo de Pomar, tan mítico en el recuerdo de la abuela, y tan entrañable como amargo a veces, la había tomado en ese mismo instante, en lugar de acudir a las fuentes vivas, que resultaban no ser otras que los recuerdos tan torrenciales como hiperbólicos de Paloma, perdió un tiempo precioso buscando documentos, rescató las pocas fotos familiares que permanecían en una caja de lata que la abuela había mimado hasta el último de sus días, y en la que aparte de eso, de una cinta de color violeta, un acerico, una medallita, un diente diminuto y un hueso de ciruela, había una ausencia de la que la abuela se dolía a diario: las cartas del abuelo, que en la huida apresurada de Pomar se habían quedado escondidas en el primer tomo de la *Espasa.* Se había propuesto pasarse por la parroquia de Santa Cruz para echar un vistazo a los libros parroquiales y tirar del hilo de algunos nombres que salían en las conversaciones de siempre con la abuela, para situarse. En ningún momento había pensado en prolongar las indagaciones hacia arriba, buscando historias o documentos ni en Madrid, de donde procedía su bisabuelo, ni en Bilbao, la tierra de la bisabuela. Por alguna razón misteriosa, Aida tenía la sensación de que su propia historia, la vida que corría por sus venas, empezaba en el momento mismo en que sus bisabuelos se instalaron, recién casados, en la casa de Pomar. Y había muchas posibilidades de que esa historia terminara justamente cuando Aida se muriera.

—Estaba amargada, y nos amargaba a todos.

Así que mientras ella, de un modo estúpido, buscaba documentación, perdía la oportunidad de sacar de Paloma aquellas cosas que tal vez no había contado nunca. Porque Aida siempre tenía la esperanza de que hubiera historias secretas, tan literarias, con las que convertir un relato familiar en una novela apasionante.

—Pero qué mala era...

Y ahora, cuando se acercaba hasta Porceyo, a la Residencia La Ilusión, siempre pensaba que si tenía paciencia, poquito a poco, podía ir recomponiendo aquel mosaico y podía, por imposible y baldío que resultase, poner orden en los cachitos de un caleidoscopio.

Y burlar al tiempo.

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado: sábado, 8 de septiembre de 2007 3:35
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Madrugada de sábado

Querida Aida:

A mí las historias de la guerra siempre me han parecido fascinantes más allá del horror que encierran. Fascinantes porque en esas situaciones límite es en las que aflora lo mejor y lo peor del ser humano, las emociones más intensas, que imagínate, para un actor, lo que eso significa. Así que la conversación de esta tarde, mientras te acompañaba en tu viaje a, cómo era, ¿Felechosa?, me transportó con la sugestión que procuran quienes saben cómo se mueven los hilos del relato a otro tiempo, a otra historia, a otra vida.

Entiendo perfectamente que la búsqueda de tu abuelo se haya convertido para ti en algo que tú defines como obsesivo y que yo no calificaría de tal. Es lógico que todo aquello que fue una barbaridad tan enorme, un despropósito de una crueldad tan inexplicable, se haya convertido en el eje de tu vida. O al menos en uno de los ejes de tu vida porque tú, y de eso estuve seguro desde el primer momento que te vi, eres una mujer poliédrica. Y diría muy poliédrica, pero como es una redundancia, me callo.

Yo sólo he tenido unos abuelos, los maternos. Los paternos se murieron en algún punto del tiempo que mi padre nunca ha aclarado del todo, no me preguntes por qué, pero que me hace sospechar que tuvo que ver con la guerra y seguramente no para bien. Entiéndeme, lo digo desde el punto de vista de mi padre, que nunca quiso extenderse hablando de esas cosas por respeto a la familia de mi madre. En esa época, si entre tus familiares habías tenido la «desgracia» de tener rojos, era mejor callarlo. Y es que la familia de mi madre era muy de derechas. Siempre lo fueron: ya sabes, gente de orden, de misa, relativamente burgueses: una farmacia, rentas, cosas así. Para que te hagas una idea, tenían una casa en la calle Serrano de las primeras que se construyeron en el barrio, poco después del Ensanche, una casa preciosa que yo llegué a conocer, antes de que mis tíos convencieran a los abuelos de que les vendría mucho mejor vivir en una casa en la sierra, que también son ganas... Aunque era tan pequeño que la recuerdo de un modo muy vago, aún veo el patio, por ejemplo, interior, con un jardín que luego supe que por decreto debía ocupar como mínimo una superficie igual a la construida. Como referencia te diré que fueron las primeras casas en tener agua corriente, así que imagínate, qué demonios, si a lo mejor hasta las conoces, están por la parte de atrás de la plaza de Colón, muy cerca del Museo Arqueológico. Tenían ocho hijos, así que eso se tradujo en que toda mi familia siempre ha sido un clan de innumerables primos, lo que me vino muy bien al ser hijo único, y en que de la herencia de los abuelos nos quedó bien poco, con tanto heredero para repartir... A mi madre habían perdido la esperanza de casarla, porque ya tenía veintisiete años y en esa época, te puedes imaginar, pero llegó mi padre, un tipo guaperas y con mucha iniciativa (de hecho, no tenía un duro y la iniciativa era su única virtud, que luego se demostró francamente útil), y la conquistó, sin grandes esfuerzos, todo hay que decirlo, y se casaron y todo eso. Pero mi padre siempre guardó un silencio de lo más enigmático acerca de sus propios padres, y nunca hubo forma de sacarle nada. Cuando yo era niño y le preguntaba por los abuelos, se limitaba a decirme que estaban en el cielo. Más adelante, cuando se murió mi abuelo, en el mismo cementerio de La Almudena, le pregunté a mi padre si los abuelos estaban enterrados allí. Se encogió de hombros, me dijo qué importará ahora eso, haz el favor de tener un poco de respeto a la figura de tu abuelo, y no hubo forma de sacarlo de ahí. Y luego dejó de importarme, la verdad. Mi familia siempre ha sido

la familia de mi madre, porque es la única que existía. Mi padre no tenía absolutamente a nadie más y siempre me pareció un tanto exótico lo de tener dos familias. A veces lo pienso, y por eso tu historia me ha resultado mucho más próxima de lo que pudiera parecer. Yo no tengo ni la menor idea de qué habrá sido de mis abuelos, ni quiénes eran, ni cómo murieron, ni dónde están enterrados. Sé que da un poco igual, porque siempre me han parecido sombras, nunca han existido ni siquiera como memoria en mi vida, pero no puedo evitar pensar que hay una parte de mi historia que desconozco, la que tiene que ver con parte de la sangre que corre por mis venas y que ignoro totalmente.

Fíjate que ahora lo pienso y ni siquiera sé cómo se llamaban.

Es curioso. He empezado a hablarte de esto, a escribir sobre ello, y me doy cuenta de que es la primera vez que se lo menciono a alguien. Mis hijos, por supuesto, jamás han manifestado la menor curiosidad. Imagínate, para ellos la palabra *bisabuelo* va asociada a la época de los dinosaurios. Y las mujeres que han estado en mi vida tuvieron bastante con pelear con mis manías para andar preocupándose de quiénes eran mis abuelos, a no ser para identificar algunos rasgos genéticos que pudieran justificar mi insoportable personalidad.

Porque no te lo he dicho, princesa, pero soy un tipo insoportable. Tanto que me pregunto muchas veces cuánto tiempo mantendrás conmigo esta extraña relación sin que salgas corriendo dispuesta a borrarme lo antes posible de tu memoria.

Bruno

Efrén Rubiera mantenía con el mundo una relación difícil, cuyo origen seguramente habría que buscar en el desajuste de localización que siempre había regido su existencia. Nunca había estado claro cuál era su sitio en el mundo, desde el instante mismo en que a la modestísima casa del barrio de pescadores de Gijón llegó una mañana de la primavera de sus once años una cantidad de dinero tan inesperado como abundante. El origen de aquel dinero nunca estuvo del todo claro. Es cierto que llegó desde Cuba, adonde poco después del nacimiento de Efrén había emigrado su padrino, Sabino el Raitán, aunque tal vez sería un poco benévolo calificar de emigración aquella huida primero como polizón desde el muelle Victoria, el Muellín, hasta La Coruña y el posiblemente más que complicado en lo legal embarque posterior, con rumbo a América, como marinero cuya única experiencia era la de pescar xarda con escaso éxito cuando salía con su padre de madrugada. Pero en diez años, nada, ni siquiera aquel mágico toque de fortuna que parecía bendecir a algunos privilegiados que se decía que volvían a sus pueblos con un reloj de oro macizo y dinero suficiente para construirse mansiones —y que todo el mundo sabía que ni aquí ni en Cuba podía estar del lado de alguien tan propenso al infortunio como el Raitán—, justificaba aquella cantidad de dinero que enviaba a su ahijado con el fin de que sirviera para convertirlo en médico. El envío terminaba con una misteriosa frase escrita con la temblorosa y limitada caligrafía de Sabino el Raitán: «Como me digiste que mi aijado es muylisto, para que nosea como nosotros y quesea medico asi curara

ha los quelo neseciten». Mientras le daban vueltas al papel en la mesa de la cocina, Gildo y su mujer, Lía, permanecían en silencio tratando de poner un poco de orden en los acontecimientos.

—¡Hostia, lo que yos robó a los Hevia!

Lía le hizo un gesto reclamando silencio, pero también ella entendió que había muchas posibilidades de que lo que tenían en sus manos procediera de aquel robo cometido en el chalet de los Hevia en Somió, de donde desapareció gran cantidad de joyas, un botín que con el tiempo se convertiría en legendario, y a cuyo autor nunca se atrapó a pesar de que los guardias aseguraban haber herido al malhechor cuando huía corriendo como un gamo. Que Sabino apareciera por su puerta con una herida bastante fea por efecto de la rozadura de una bala no muy afinada tenía que ser pura coincidencia. Que les pidiera que lo dejaran esconderse durante unos días en su casa, y que finalmente desapareciera entre las sombras de la noche y no hubieran vuelto a saber de él hasta recibir una carta meses más tarde sellada en Cuba, adonde había llegado, según él, «tras numerosas peripezias y fatigas», también podía ser casual. Pero que ahora se presentara esa cantidad de dinero con la finalidad de convertir a Efrenín en médico sólo podía leerse en términos de gratitud por el cobijo prestado y por los cuidados de Lía, que se había pasado varios días poniéndole fomentos calientes empapados en agua de llantén, hasta la completa cicatrización de aquella herida en el muslo.

Así que Efrén, el hijo de Gildo y Lía, el que antes de ir a la escuela tenía que salir a pescar cuando no había amanecido, se vio de pronto interno en un colegio de Oviedo y más tarde emprendió la carrera de Medicina en la Universidad de Valladolid. Y ya no pudo saber nunca cuál era su sitio, quién era su gente de verdad. Y aunque sentía que su lealtad estaba con los suyos, con los de alpargatas remendadas y escaseces sangrantes, tampoco podía evitar aquel desagradable estremecimiento que venía a hablarle de traición como si su maletín de cuero, sus zapatos buenos, su chaqueta de paño y sobre todo aquellas inmaculadas manos fueran la prueba evidente de que le había dado la espalda a su origen. Y a la vez, él mismo se sentía ajeno al mundo al que por su posición pertenecía, como si el origen del dinero que le permitió convertirse en lo que era pesara sobre su conciencia con la culpa de un pecado original del que no se es responsable y del que uno no se puede escapar.

Siempre creyó que una vez terminada la carrera volvería a Cimadevilla, a Gijón en cualquier caso, para atender a los suyos, al margen del trabajo remunerado que tuviera que hacer. Había visto demasiada enfermedad y miseria entre los pescadores y consideraba que, privilegiado como había sido, su obligación moral era paliar en la medida de lo posible el dolor de los que menos posibilidades tenían de ser atendidos. Pero su vida cambió sustancialmente: su primer destino como médico en prácticas fue la localidad minera de Fabero, en León, y allí tuvo la ocasión de comprobar que la miseria estaba mucho más extendida de lo que pudiera parecer, y si el mar era un

experimentado asesino, especializado en la muerte rápida cuando engullía sin piedad a quienes trataban de arrancarle sus riquezas, y en la lenta, por la huella que la humedad y el frío y las madrugadas dejaban en los que un día fueron cuerpos recios, la tierra no lo era menos, y tenía una forma de matar muy similar a la del mar: se quedaba con aquellos que la horadaban para arrancarle el carbón, y dejaba en los que conseguían sustraerse a los derrabes y al grisú los pulmones tan dañados que se iban ahogando poco a poco en una lenta y atormentada agonía.

Los habitantes de Fabero, la tristeza de sus días subterráneos y el dolor de la tierra dibujado en sus pulmones, habrían sido suficientes razones para conmover el corazón atribulado y propenso a la empatía más allá de cualquier lógica de Efrén, pero todo ello fue nada comparado con la bofetada en la conciencia que una simple imagen le había tatuado en la mirada. Fue la primera vez que asistió a un accidente en la mina y sacaron a los dos muertos, un adolescente y un hombre ya mayor. No fue la espalda quebrada del chaval, ni la cabeza aplastada del adulto. Fueron sus pies, los de los dos, apenas cubiertos con alpargatas raídas, negros de polvo y de tristeza, con todos los pasos escritos en la memoria de sus callos, de las durezas, de las uñas mal cortadas, con el desconsuelo de todos los caminos que ya no recorrerían y todas las huellas huérfanas para siempre. Fue la primera vez que en su carrera de médico Efrén lloró como un niño en la soledad de la consulta, como no había hecho nunca: ni con la muerte injusta, ni con la muerte traidora, ni con la muerte que se imponía con su brutalidad usurera, ni con la muerte caprichosa, ni con la muerte obstinada ante la que se sentía derrotado por mucho que luchara con todo lo que sabía. Lloró por dos pares de pies maltratados y abatidos y por la vida sombría y desesperanzada por la que peregrinaban tantos otros pies condenados al olvido.

Así que cuando le propusieron incorporarse como médico en la comarca minera del Aller, ni siquiera se lo pensó. En su conciencia de hombre socialmente desubicado, había empezado a caminar con pies oscuros y maltratados, una clara devoción por quienes se enterraban en vida y entregaban los sueños a la oscuridad remota de las minas. Y se instaló, estrenando el siglo, en Bustiello, el que pretendía ser el poblado ejemplar diseñado hasta en sus últimos detalles por un patrón ejemplar. Llegó con algunos baúles con más libros que otra cosa, con unos bultos de algo que podían ser guitarras de distintos tamaños, y ocupó una de las dos casas (la de don Gustavo el ingeniero era la otra, porque Pomar, la residencia del director, estaba situada un poco más abajo, relativamente alejada del modélico poblado) que se distinguían de las viviendas de los mineros en tamaño, situación, calidad de materiales y diseño.

Y lo hizo con su mujer, Benilde, una vallisoletana morena, menuda, silenciosa, con la que se había casado tras un noviazgo corto y sin aristas, y que para cuando llegaron al que sería su destino estaba embarazada del segundo de sus hijos.

Aida abrió la puerta de la nevera y torció el gesto. No había hecho compra y la perspectiva de cenar aquellas resecas lonchas de jamón de york, que en cualquier momento irían caminando solitas al cubo de la basura, o un yogur de piña a punto de caducar no se presentaba ante sus ojos como lo más consolador tras un día pródigo en complicaciones y malestares a los que no era ajena la becaria, que consumía sus últimos días de prácticas poniendo a prueba la paciencia de Aida y la templanza de un Fermín Centeno a punto de cederle a Aida los trastos de matar ante su inminente marcha del periódico. A estas alturas de septiembre, Aida lamentaba profundamente no haber ido tomando nota de las barbaridades que aquel estereotipo de guapa rubia y tonta era capaz de soltar por aquella boca que hacía saltar las alarmas de incendio. Pero una vez más, para confirmar su extraña relación con el destiempo, había perdido la oportunidad de archivar para siempre aquella muestra inenarrable de lo que la estupidez, unida a la insolencia, el atrevimiento y esa seguridad que proporciona saberse parte de una familia y una clase que abrirán siempre todas las puertas, puede llegar a generar.

Así que pidió una pizza, se juró que era la última vez y que al día siguiente pasaría por el supermercado, y se sentó frente a la ventana, con la Moleskine roja en la que tomaba sus caóticas notas, a engañar la mirada con aquella franja de mar: el pedazo que le correspondía en el reparto que el diseño urbanístico de los sesenta, apresurado y salvaje, había concedido como compensación por aquella estructura tan horrorosa y aquellos muros tan poco capaces de aislar la humedad y los ruidos: los de la calle y los de los vecinos, sin establecer ninguna jerarquía entre unos y otros. Aquel cachito de mar robado al hueco de la calle era la única concesión que le hacía al silencio. Cuando se sentaba allí, en la vieja mecedora de la abuela que había traído del piso de Cura Sama, justo después de que se fuera Asier, cuando no parecía haber nada en el mundo que acunara su pena, no había televisión, ni radio, ni música. Si además tampoco había ruidos, entonces el milagro de escuchar su corazón le permitía olvidar que la vida era absurda, que todo era tan leve como incierto, y que nunca querría a nadie como a aquel fotógrafo de pelos revueltos que le había dejado la vida vuelta del revés, y que había olvidado explicarle cómo recomponer aquel caos sentimental en que se convertía su conciencia cuando se enfrentaba al silencio, al volver a casa.

Volver a casa para Aida era también la constatación de la brevedad de los días. El silencio del piso que recibía lo que quedaba de ella después de una jornada en el periódico resultaba tan sombrío, que no tenía otra que combatirlo de inmediato poniendo la tele, o la radio, o ambas cosas. Tenía la sensación de que su vida era una repetición insoportable de despertadores que sonaban y de vueltas de la llave en la cerradura que marcaban el fin de otro día y el reencuentro con algún que otro fantasma que si no se esforzaba en domesticar adecuadamente, tenía muchas posibilidades de terminar por condenarla al insomnio.

Había formas de combatir los fantasmas y había aprendido a ganar las batallas

una a una, y en los últimos tiempos la terapia de sustitución funcionaba con una envidiable exactitud. Para reducir a la nada la imagen del Asier más doméstico y entrañable, el que ponía discos de Adriano Celentano y de Suburbano y bailaba por la casa, últimamente hundía su memoria en los abismos remotos de Pomar y trataba de coser el quilt de una historia que se componía de retales de tamaños y colores diferentes (Pomar, el marqués de Comillas, Sidra, el bisabuelo Montañés, las trillizas, la bisabuela, don Macrino, los hijos de don Gustavo, Camino, Andresín, Efrén, Dorotea, los mineros, el Sindicato Minero, el abuelo, la Revolución del 34, las Misiones Pedagógicas, el maquinista, los cerezos, el amor, la muerte, la vida) con la esperanza de que en algún momento todo ello tomara forma, y dejaran de ser trocitos de historias para componer un retablo emocionante, y hasta literario. Para haber conseguido la licenciatura en Historia, no se podía decir que fuera muy metódica, y la Moleskine tenía más de bosque que de fichero. Los nombres, las relaciones, las fechas, de momento formaban una maraña que tampoco tenía mucha prisa en ordenar. Confiaba en que esa tarea, más sentimental que rigurosa, terminaría por imponer el orden de las cosas. Y tal vez en alguno de aquellos datos que iban surgiendo para establecer la relación entre nombres y acontecimientos y cronologías y casualidades aparecería, con esa magia que concede el universo a quienes aguardan confiados, el hilo que obraría el milagro. Y a lo mejor, por qué no ser optimistas, tal vez entre aquellas notas, aquel revoltijo de nombres y de historias, se ocultaba la clave que le permitiera saber por fin qué había sido de su abuelo y en qué lugar estaba enterrado.

Todo tiene un orden, todo tiene que tenerlo.

Se obstinaba en hacer de ello profesión de fe. El orden de las cosas había sido su tabla de salvación después de la ruptura con Asier, y creía que si lo extendía a todos los ámbitos de la vida, si era capaz de encontrar ese orden, los problemas dejaban de serlo y los mayores nudos buscaban por sí mismos, contagiados por ese equilibrio, el modo de deshacerse.

Sin embargo, mientras se abrazaba a esa absurda teoría suya, por dentro, en su propio cerebro, algo estaba cambiando desde la irrupción de Bruno. No quería creerlo del todo, porque eran muchos años, mucho callo en el corazón y una abultada suma de desamores en el inventario de la decepción, pero por una vez (por una vez, se decía, sólo por esta vez) estaba empezando a dejar que la emoción se apoderara de ella. Se estaba enamorando y hacerlo equivalía a suscribirse al mayor de los desórdenes.

Domingo, 11 de abril de 1920

Mi muy estimado señor Marqués, digno de mi más alta consideración:

Aunque V. E. tendrá noticia de los sucesos acaecidos en este coto en el curso de este fatídico domingo, no podría irme a la cama, en la que por otra parte estoy seguro de ser incapaz de conciliar el sueño, sin darle cuenta a V. E. de todas las circunstancias y las informaciones que en esta confusa jornada he podido recabar.

Sabrá usted, para cuando le llegue esta misiva, de las desgraciadas circunstancias que han teñido de sangre el pueblo de Moreda en las horas pasadas y por extensión a toda la comarca. En estos momentos se contabilizan diez muertos y treinta y seis heridos, algunos de los cuales es posible que pasen a engrosar la nómina de fallecidos dada la gravedad de sus heridas.

Por mi parte, paso a relatarle el acontecer de lo sucedido tal como me ha llegado a través de las informaciones que he podido recabar de guardas jurados y de personas de mi total confianza. Tengo que señalar, de todos modos, que en muchos casos esas informaciones están sujetas al extraordinario nerviosismo que reinaba esta tarde cuando he conseguido entrar y hablar con unos y con otros.

Vengo diciéndole a V. E. con una insistencia rayana en la impertinencia que las cosas se están poniendo muy mal. La peste marxista lleva años intentando hundir sus garras en este coto minero, que siempre se ha caracterizado por la condición religiosa de sus trabajadores, la conformidad con los rigores de la vida y la feliz convivencia bajo el manto de protección que V. E. extiende sobre todos. Pero ello, ya se ha ido demostrando, es objeto de envidia de esos hijos del mal, empeñados en llevar el odio a la Iglesia y a todo lo que se aleje de sus bajas y pestíferas aspiraciones. Son muchas las provocaciones que tanto los directivos como nuestros obreros venimos sufriendo desde que, con esa desfachatez que practican como única forma de vida y esa grosería de la que hacen gala continuamente, han ido intentando penetrar en el reducto de nuestro coto y en la moral de nuestros trabajadores. Sabido es, y no voy a insistir más en ello, porque V. E. lo sabe, que su presencia sólo trae el desorden, el caos y el pecado.

No insistiré tampoco en que el contrato suscrito con el Sindicato Minero ha sido la peor concesión que se ha hecho. Sé, y no pretendo mortificar a V. E. más de lo que sin duda ya está, que no hubo otro remedio, y que las presiones fueron insoslayables pero, desde entonces, el temor, las amenazas y la provocación se han hecho cotidianos en esta comarca. Día sí y día también, una horda de mineros provenientes de los cotos de Mieres, Turón y Langreo marchan, como si protagonizaran una procesión dedicada al diablo, por la carretera desde Mieres, o desde Figaredo, según lo dispuestos que estén a gastar sus flojas energías en la caminata, hasta Moreda. Allí dan una vuelta por el campo de la iglesia, gritan las consignas propias de su proterva condición y se vuelven, satisfechos con haber sembrado un día más el miedo y la amenaza. A veces ni siquiera llegan a Moreda y prefieren quedarse en Valdefarrucos, delante de la sede del Sindicato Católico, profiriendo toda clase de insultos a quienes allí se encuentran. Gracias a Dios, la

Guardia Civil suele actuar en cuanto es requerida, pero no siempre lo hace con la prontitud que nos gustaría ni con la contundencia merecida.

Últimamente esas masas de mineros sucios y sin orden, ni educación cristiana, ni urbanidad, la tienen tomada con el poblado de Bustiello, al que por otra parte siempre han tenido en su punto de mira, porque los seres tan abyectos como ellos sólo pueden practicar la envidia como único sentimiento, y las casitas de los obreros, tan limpias y tan pintadas, con su pequeño huerto cuidado, y la felicidad que se trasluce de todos cuantos habitan en ellas, son como bofetadas en su maligna conciencia, que se transforma, por influjo del demonio, que siempre guía sus actos, en odio.

No sabe V. E. lo que los habitantes de Bustiello han tenido que aguantar estos últimos tiempos cada vez que los marxistas daban su injurioso paseo por la carretera. No reproduciré aquí por educación las frases que salen de sus oscuras bocas cuando pasan por delante del poblado, ni los insultos que profieren. Bástele saber, como ya conoce, que todo ese empeño que ponen en sembrar la semilla del marxismo en nuestro coto tropieza como con una roca con la inquebrantable fortaleza de nuestros obreros, que conocen perfectamente a la hora de la verdad quién está de su parte y quién se preocupa por su bienestar.

Y sin más, aunque podría estar hablando muy largo de todos los sufrimientos y preocupaciones que por la situación creada desde la irrupción del Sindicato Minero tenemos que padecer, pasaré a relatarle los hechos que nos ocupan.

La madrugada del pasado viernes, conocedores los miembros del Sindicato Católico de una reunión que los socialistas habían convocado en Villallana para establecer la estrategia encaminada a extender la huelga que vienen protagonizando y que como V. E. sabe, y ya es habitual, tiene una incidencia muy escasa en los trabajos que se llevan a cabo en el coto del señor Marqués, dada la nula influencia que el Sindicato Minero consigue entre nuestros trabajadores, se presentaron, dando muestra de su valentía y coraje, en dicha reunión. Y aunque es cierto que lo hicieron acompañados de la Guardia Civil, es absolutamente falso que lo hicieran amenazando, insultando e incluso golpeando, como la malévola propaganda del Sindicato Minero se empeña en divulgar. Conocido es el talante de los miembros del Sindicato Católico. Como es habitual en ellos, trataron de hacer entender a los socialistas que su empeño en continuar la huelga sólo traería problemas a todo el mundo. Tampoco es cierto, como he oído decir a un exaltado socialista que estaba siendo interrogado por la Guardia Civil, que los miembros del Sindicato Católico los obligaran a cantar el Himno de Covadonga, es falso en la medida en que de los personados apenas media docena son conocedores del Himno que, como V. E. conoce, recientemente ha compuesto el reverendo padre don Restituto, de la Orden de San Agustín, y que tan buena acogida ha tenido en los fieles que acudimos con cierta frecuencia al santuario de Nuestra Madre de

Covandonga. Y dicho esto, abandonaron de manera pacífica la reunión sin muchas esperanzas de haber conseguido que su mensaje penetrara en las obtusas mentes de los de Manuel Llaneza, pero con la satisfacción del deber cumplido.

Seguramente a causa de la humillación que les provocó la argumentación de los del Sindicato Católico, o porque el único principio que rige sus actos es en exclusiva andar enredando y extendiendo el mal, para la mañana de este domingo organizaron un mitin en Moreda, sin que se sepa muy bien para qué, porque siempre que hacen alguna de esas demostraciones de su fuerza, sus actos se alimentan únicamente del público que traen con ellos, quedándose todos los habitantes de por aquí en sus casas sin prestar ni la más mínima atención a sus engañosas y blasfemas arengas.

Sea por lo que fuere, el acto se celebró por la mañana, con gran afluencia de su público, mientras la buena gente de Moreda asistía, como si nada ocurriera, a la Santa Misa dominical. Situados en el balcón de una taberna, La Casa de los Gallegos, en la carretera general, los oradores exaltaron de forma intolerable a los asistentes, despertando en ellos todo el odio que la ideología marxista es capaz de generar y soliviantando los ánimos, de forma que el ambiente estaba sumamente caldeado.

Sé, porque así me lo han hecho saber personas de mi total confianza, que algunos miembros del Sindicato Católico se acercaron por allí con el fin de conocer qué tipo de adoctrinamiento se impartía desde la tribuna. Pero no es cierto, como insisten en señalar algunos, que lo hicieran con ánimo de provocar. Camilo Madera —el hermano de Vicente, el líder, como sabe, del Sindicato Católico— y su primo Luis siempre han sido personas de nuestra total confianza, valientes y con coraje, y hoy, el primero de ellos lo ha pagado con su sangre.

A Dios tendrán que rendir cuentas quienes son los instigadores y responsables intelectuales de esta masacre. Ante Dios tendrá que presentarse en su día Manuel Llaneza para recibir su merecido castigo por animar desde el balcón de La Casa de los Gallegos a la violenta masa con las palabras que me han dicho que pronunció: «Cuando se lucha por una idea, nada importa la muerte. Armas tenéis».

Y tantas que tenían, como quedó de manifiesto por la tarde, cuando el propio Manuel Llaneza y sus secuaces ya se habían retirado junto con una gran mayoría de los asistentes al mitin. Quedaron los suficientes como para que la desgracia se extendiera como un río de sangre por la población.

Parece ser que tras la comida dominical, como tenían por costumbre, algunos miembros del Sindicato Católico se dirigían a tomar café a La Restinga, que, situada un poco más arriba, los obligó a pasar por delante de la taberna de Los Gallegos, donde se había celebrado el mitin y donde por lo visto aún quedaban peligrosos elementos marxistas que abrieron fuego contra los tranquilos paseantes,

causando la muerte de nuestro querido Camilo Madera. Ante esto, los miembros del Sindicato Católico no tuvieron otra que defenderse con sus armas disparando contra quienes los atacaban desde ventanas y balcones.

Lo que pasó a continuación es más confuso y la investigación que se está haciendo esclarecerá lo sucedido, pero parece que, personada la Guardia Civil ante la gravedad de los hechos, se produjeron enfrentamientos entre ésta y los socialistas, que dispararon indiscriminadamente contra la población con el resultado ya conocido y que el dolor tan extraordinario que me habita me impide relatar y describir con toda exactitud. Confío en que V. E. lo entienda, porque aún tengo en la retina, y sé que ahí quedarán para siempre impresas, las imágenes que tuve la desgracia de contemplar en una de las dependencias de la Guardia Civil, donde fueron llevados los cadáveres, entre ellos el de una mujer de cabello negro azabache en contraste con la blancura de su rostro: la sangre que aún salía del agujero de su pecho había formado, después de ser trasladada allí, un pequeño riachuelo reseco que, junto con la cuidadosa lazada de los cordones de sus zapatos de domingo, estoy seguro de que protagonizará las más terribles de mis pesadillas.

Sé también, y así se lo quiero dar a conocer a V. E., que estos sucesos han de traer consecuencias en el coto y en toda Asturias. Dado que la mayoría de los fallecidos parece ser que pertenecen al Sindicato Minero, aunque también se han registrado muertes de inocentes, podemos pensar sin temor a equivocarnos que ellos han de tomar las represalias oportunas.

Como última información quiero que sepa, señor Marqués, que cuando me dirigía hacia Moreda, sabedor de la gravedad de lo que estaba sucediendo mientras compartía con mi familia una agradable tarde de primavera en la huerta de nuestra casa, en Valdefarrucos tuve la mala fortuna de encontrarme con Manuel Llaneza, que con el rostro demudado y con dificultades para articular palabra, intentaba seguir camino hacia Moreda. Aunque la Guardia Civil no le permitía pasar, tengo que decir que sus propios correligionarios, muy excitados, eran los primeros en hacerle desistir de su empeño, conocedores de cómo estaban los ánimos. Ya le digo que su cara pálida y desencajada era un espejo de la confusión que sin duda reinaba en su alma. Y a pesar de que yo aún desconocía la gravedad de su responsabilidad en la desgracia que acababa de suceder, por la incitación a través de la palabra, que él maneja con tanta eficiencia como falsedad, puedo asegurarle al señor Marqués que la conciencia atormentada por la culpabilidad se reflejaba en su mirada enajenada como la de un demente.

Mientras escribía estas últimas palabras ha llegado don Efrén, nuestro médico, a quien sin duda recuerda. Ha estado hasta la madrugada ayudando a los médicos de Moreda y Caborana en la atención a los heridos y en la certificación de las muertes. Me dice que ha fallecido uno más, con lo que la cifra de muertos se eleva a once. Venía con la camisa llena de sangre, y tan apesadumbrado que se ha

sentado en un sillón frente a mí y ahí sigue casi sin articular palabra.

Ha sido una gran desgracia, señor Marqués. Quienes tenemos la inmensa suerte de creer en Dios sabemos que Él tendrá compasión de las almas de todos los fallecidos, pero sospecho que, aunque sus razones son inextricables, son duras las pruebas a las que ha de someternos en los próximos tiempos.

Está empezando a amanecer, y acabo de caer en la cuenta de que el día que comienza es el del tercer aniversario de la muerte de mi querida esposa, durante el alumbramiento de mi pequeña hija, a la que V. E. tuvo la generosidad de apadrinar. Ahora comprendo, al escribir esto, y confío en que el señor Marqués no considere impropia esta confesión, propiciada por las hondas emociones, por qué me ha impresionado tanto el cadáver de la mujer en el depósito, hermanada por la muerte con el rostro exangüe de mi inolvidable Ángeles. También aquélla, de hace tres años, fue una madrugada aciaga, pero al menos no llevaba como ésta el germen de una tragedia que no sé si estamos en condiciones de predecir.

Quedo a las órdenes de V. E., a quien Dios guarde muchos años para nuestro favor,

Benito Montañés

Director de la Sociedad Hullera Española (Coto de Aller)

Por delante estaba la vía de la máquina con su letanía de vagones y por detrás estaba el río que tenía sus peculiares formas de murmurar, de cantar o de rugir, así fueran las cosas. Y en el centro, Pomar, como una isla inverosímil en el valle, entre Bustiello y Santa Cruz, sin más dueño que su propia indecisión de territorio huérfano y dislocado, que obligaba a sus moradores a seguir la vía de la máquina de carbón por un sendero estrecho, si querían acercarse a Bustiello, o a cruzar un puente de madera sobre el río para llegar a Santa Cruz. También era cierto que la vida social de los habitantes de la casa de Pomar no se caracterizaba precisamente por su presencia en los acontecimientos que constituían el devenir de los días. Casi todo ocurría entre los muros de la casa, o en el jardín, o en la huerta o la pomarada, y casi todo lo que ocurría era nada. Bajo la severa vigilancia de una Sidra que había dejado olvidada la adolescencia en alguna esquina en la que el aire dio una vuelta demasiado rápida, experta en descubrir los secretos de sus hermanos, y en dar cumplida cuenta a su padre de hasta la menor de las fechorías en las que hubiera podido pillarlos, la casa seguía funcionando con la precisión de los días repetidos y de los acontecimientos fácilmente previsibles. Los niños tenían sus clases, pasaban sus catarros, tocaban el piano, jugaban con la moderación con la que lo hacen quienes son conscientes de que por nada del mundo han de ensuciarse la ropa y mucho menos despellejarse las rodillas, iban a la misa de Bustiello o del sanatorio. Pasaban mucho tiempo en la

cocina con Dorotea y bordaban con más resignación que denuedo sábanas y mantelerías en la galería del primer piso en invierno, y en el jardín, sentadas en el banco de piedra y en unas sillitas bajas de anea, en cuanto los días empezaban a crecer y el olor plural de las flores que como unas nieves intempestivas cubrían los árboles comenzaba a ganar la partida al pegajoso polvo del carbón que siempre quedaba suspendido en el aire, como si fuera un elemento inseparable del oxígeno, el helio, el argón y el nitrógeno, aunque un año más supieran que era puro espejismo y que existía una condena, más allá del poder de cualquier primavera, que inhabilitaba a toda la comarca para cualquier otra cosa que no tuviera que ver con el gris polvoriento, el cielo plomizo, el orbayu cansino. Las delicadas iniciales que las niñas bordaban en aquellos juegos de cama, elegantemente entrelazadas a realce o con un punto de cruz tan diminuto que había que forzar mucho los ojos para identificar la técnica, eran monogramas en los que siempre se combinaba la inicial del nombre de cada una y la M del apellido. Y Sidra les explicaba que sí, que era cierto, que las sábanas de mamá llevaban bordadas la A y la B de Ángeles y Benito, pero eso había sido porque mamá las había bordado cuando ya sabía que se iba a casar con papá. Que hasta que tuvieran novio formal —prometido, decía ella— tendrían que bordar las suyas propias. Y si eran listas, ya procurarían casarse con un Manuel, o Mariano, o Miguel, o... y entonces las trillizas comenzaban una carrera interminable de nombres masculinos que empezaban por eme.

—¡Melecio!, Almu va a casarse con alguien que se llame Melecio —reía Begoña.

—Y tú con... con... —y Almudena se esforzaba en buscar un nombre horrible que empezara con eme— con... ¡¡con don Macrino!!

Y todas se reían porque querían imaginarse al cura vestido de novio y por más que se esforzaban no eran capaces de dibujar en su cabeza la imagen de don Macrino con pantalones...

Y entonces Paloma, como si volviera de un territorio muy lejano adonde la había llevado la más profunda de las reflexiones, preguntaba:

—Oye, Sidra... ¿los curas qué llevan debajo de la sotana?

Y Sidra se enfadaba y les decía que no dijeran esas cosas, que eran pecado, y conseguía cambiar de tema rápidamente por el procedimiento de regañar a cada una de las tres por algún punto mal dado, por lo sobada que estaban dejando la tela, por el modo en que apretaban la puntada, por la inexactitud en el seguimiento del modelo, por la postura, por la forma de coger la aguja, por...

Y una vez que parecía haber restablecido la paz, se sentaba delante de la máquina de coser que había comprado su madre en uno de sus últimos viajes a Madrid, aquella Naumann de letras y filigranas doradas sobre el negro brillante, con una rueda que se movía en cuanto la tocabas, y un pedal mágico que apenas exigía

esfuerzo, y con la que Sidra, ayudada por Dorotea —que años atrás había ido a coser con Matilde, la modista—, se había iniciado en el arte de hacer los vestidos para sus hermanas y para ella misma, un poco cansada ya de bordar tantas sábanas con sus iniciales, cada vez más convencida de que lo de casarse era algo muy poco probable, principalmente desde que Marcial, el hijo mayor de don Gustavo el ingeniero, y en quien ella había pensado alguna vez con más racionalidad que ardor como posible marido (además de su similar condición social, ayudaba mucho que su nombre empezara por eme), había vuelto de Madrid, donde estudiaba, con la noticia de que tenía una novia con la que se casaría apenas terminara la carrera de Derecho.

Excepcionalmente, algún domingo Benito Montañés, sólo si estaba de buen humor y por un momento había conseguido librarse de la adusta indiferencia que le provocaban los asuntos domésticos, proponía a sus hijos dar un paseo hasta Ujo Taruelo, o incluso hasta Valdefarrucos, después de la misa de doce en Santa Cruz. A los niños les gustaba mucho más que el paseo se hiciera hacia arriba, caminando por la carretera delante de la Casa el Coxu, y la carpintería, por la curva (la «recurva», como decía Dorotea, que para eso era una curva muy pronunciada) que bordeaba aquella masa de roca de pudinga.

—¡¡Podinga!! —gritaban las trillizas, ante el cabreo de Manuel, que se obstinaba en denominarla del modo que indicaban aquellos libros de geología que su padre estaba empeñado en que memorizara.

—Pudinga. Una pudinga se forma cuando los detritos son guijarros y en muchas ocasiones la presencia de pudinga viene a enseñarnos que en algún tiempo remoto el mar llegó hasta aquí, por eso los guijarros son cantos redondeados...

—¡¡Regodones!! —chillaba Paloma—. Papá, dile a Manuel que son regodones, y no eso que dice él de detritos de no sé qué guijarros...

Generalmente el padre no terciaba, entre otras cosas porque rara vez sus pensamientos seguían el discurso de los niños ni sus controversias.

—Regodones es como llama la gente de por aquí a los cantos rodados... —trataba de explicar Manuel—, pero todo el mundo sabe...

—Todo el mundo sabe, todo el mundo sabe... —se burlaban las trillizas a coro—. Todo el mundo sabe que son regodones. Y podinga...

Sidra trataba de no intervenir a no ser que detectara algún signo de impaciencia en el padre que, ésa sí, era la señal inequívoca para imponer su condición de celosa guardiana de la paz familiar y el orden. Llevaba a Claudia cogida de su mano, y si la niña se cansaba, casi con toda seguridad se generaría una nueva polémica lingüística.

—Claudi está cansada, cógela en cuello —decía Almudena. O Begoña. Cualquiera menos Paloma, que si no había discusión, que era lo que más la seducía de aquellos paseos, se dedicaba por entero a su gran pasión: controlar las lagartijas que se

movían rapidísimas por el pretil (ella estaba empeñada en que, obviamente, era «petril», como decía todo el mundo) y, si conseguía retrasarse lo suficiente para que Sidra no la llamara al orden, capturar alguna de ellas y guardarla en alguno de los bolsillos de su vestido de domingo.

—¡¡No se dice «en cuello»!! —protestaba Sidra secundada por el movimiento afirmativo de las gafas de Manuel—. ¿Cuántas veces tengo que deciros que no se dice «en cuello»?

—Pues Dorotea dice «en cuello», y Reme también, y Camino también, y todo el mundo... Y si lo dicen todos, será que es así... ¿no? —razonaba Paloma incorporándose—. Menuda manía tenéis con hablar raro.

—No es hablar raro, es hablar bien, como en...

—Ay, ya, claro, ya salió... —se mofaba la rebelde Paloma secundada por los coros de sus dos hermanas—, como en Madrid...

—Pues a ver si no va a ser que son los de Madrid los que no saben hablar... —planteaba Almudena.

—Si razonarais un poco, vosotras mismas os daríais cuenta... —terciaba Manuel tratando de imponer la razón—. Tú dices: «Coge a Claudia en cuello...». ¿Y qué hace Sidra? ¿La pone en el cuello?

—Bueno, no, en realidad...

—La cojo en brazos, y ya está. Es horrible cómo habla la gente aquí. *Guajes.* No quiero volver a oír esa palabra. Que lo digan en la mina ya es malo, pero que para llamar a todos los niños...

—Viene del inglés —definitivamente, Manuel iba a terminar por convertirse en un insoportable pedante, con tanto libro y tan poco ejercicio físico—. Cuando se fundaron las minas, vinieron algunos ingleses a ayudar a ponerlas en marcha, porque ellos tenían experiencia, y como allí llamaban *washer* a los que se dedicaban a lavar el carbón, y los que lavaban el carbón eran niños, pues...

—O sea, que se diría *guaser*... —admitía Sidra—. Vamos, que estos de por aquí no dan ni una. Cogen una palabra del inglés y ni siquiera la dicen bien...

—Sí, pero por evolución, y por adaptación, ya sabes, las palabras...

Había muchas posibilidades, pero muchas, de que a partir de ese momento Manuel iniciara una de sus largas peroratas que todos habían aprendido a ignorar sin que se notara excesivamente. Pero en esta ocasión Sidra cortó por lo sano:

—Quisiera yo saber por qué toda esta gente dice esas cosas tan raras, con lo bien que estaríamos...

—¡¡¡... en Madrid!!! —completaban las niñas riéndose de Sidra una vez más.

En cuello o en brazos, el caso es que en cualquier momento era el propio Benito Montañés el que caía en la cuenta de que, con tres años, la menor de la familia, que además se había criado muy bien y parecía incluso mayor, constituía un peso excesivo para Sidra que, sin embargo, antes de quejarse por el esfuerzo, habría preferido caer fulminada. Cuando eso ocurría era muy posible que ya estuvieran a punto de pasar la Reguerona y a las pequeñas —e incluso a Manuel, que aunque ya había superado la edad de las golosinas, aún conservaba extraños atavismos infantiles— ya se les hacía la boca agua, porque estaban llegando a Valdefarrucos y allí, en la pequeña taberna que había en la sede del Sindicato Católico, su padre siempre les compraba unas bolitas de anís de color blanco, para que se entretuvieran mientras él charlaba de sus cosas con alguno de los del sindicato, aquellos hombres tan repeinados y endomingados que solían ignorarlos totalmente después de lanzar una mirada tan evaluadora como fugaz a Sidra que permanecía sentada, al lado de Manuel, experto en ensimismarse y desaparecer dentro de sí mismo, en el banco de madera arrimado a la pared en el exterior, tratando de mantener el orden entre las trillizas, que practicaban una de sus aficiones favoritas: pellizcarse unas a otras, elevando progresivamente la intensidad del dolor provocado, para terminar, de eso estaba segura Sidra, tirándose del pelo y llorando a moco tendido.

Era la mayor de las niñas de Pomar, estaba a punto de cumplir los dieciocho años y aquella mañana de domingo, recientes todavía los sangrientos sucesos que tantas pesadillas le producían, más por lo intuido que por los datos que realmente habían llegado a su conocimiento —porque sobre el tema siempre se guardó un silencio sepulcral delante de los niños, y ella, para su desconsuelo, era considerada como tal en determinados asuntos—, tuvo que enfrentarse a uno de los cataclismos más inesperados, violentos y demoledores: se llamaba Germán, era estudiante de la Escuela de Capataces de Mieres, acababa de convertirse en el tesorero del Sindicato Católico y ataviado con un traje de color beige con una pajarita de lunares —bastante inusual en el atuendo de los hombres de la zona, incluso de aquellos que eran tenidos como más elegantes, pero que Sidra valoraba especialmente porque lo había visto en las revistas ilustradas que a veces su padre traía cuando viajaba a Madrid—, avanzaba con paso firme hacia el local del sindicato, en cuyo exterior estaban ella y sus hermanos sentados. Quizá porque miraba el objetivo al que se dirigía, la puerta, situada justo al lado del banco en el que ella estaba sentada al lado del ausente Manuel, o porque le resultaba curioso aquel conjunto que formaban los hijos de Montañés, tan peculiares en medio de la chiquillería de la zona, o porque aquel día Sidra estaba particularmente favorecida con la trenza que había peinado como una diadema alrededor de la cabeza, o por cualquier otra razón, el caso es que Germán detuvo sus ojos un instante en la joven del vestido granate, lo justo para tropezar con la mirada de ella que, como siempre le habían enseñado, se apresuró a apartar como si de pronto le interesara mucho lo que sucedía en el suelo.

Aun así, tuvo tiempo de captar una sonrisa subrayada por el irresistible encanto de unos hoyuelos que se le formaban en las mejillas a Germán, cuando la saludó como si se quitara un imaginario sombrero.

Y con aquel gesto, que formaba parte del catálogo de amabilidades que practicaba con esmero, y que consideraba que debía ofrecerle a ella porque, como hija del director, sin duda le correspondía, aquel muchacho de exquisitos modales y maneras de señorito había conseguido lo que los años y las oportunidades contenidas en ellos no habían soñado ni remotamente provocar: la adusta Sidra Montañés, sin que nadie pudiera hacer nada por remediarlo, acababa de enamorarse. Y el caso es que de no haber sido una señorita de Pomar, seguramente habría captado el levísimo matiz que puede terminar por separar la vida de la muerte. De no haber sido una señorita de Pomar, seguramente habría evitado que la desgracia hubiera empezado a tejer los hilos de una maldición ingobernable.

«La vida de un hombre no puede resumirse en unas cuantas líneas ni en unas cuantas páginas. La vida de un hombre es la suma de sus desvelos más allá de la suma de sus días. La vida de un hombre es la suma de sus anhelos, y lo que hace, lo visible, sus actos, el modo en que se relaciona con los otros, lo que consigue, sus errores, son sólo la parte visible de un iceberg cuya profundidad nunca conoceremos.

»La vida de Andrés Braña...»

Se paró a leer lo que había escrito. Estaba equivocándose en el planteamiento. Se había puesto a escribir sin más, con la urgencia que le imponía saber que la memoria de su padre sería destruida de un modo sistemático y cada vez más veloz y él tenía prisa por escribirlo todo.

Escribirlo.

Ése estaba siendo el error. Quizá lo primero que tenía que hacer era olvidar la escritura. Eso se podía hacer después. No podía pretender construir textos con frases definitivas cuando ni siquiera tenía material para ello más allá de la propia memoria. Lo urgente, lo importante, era hablar con su padre. Que le contara. Sacarle hasta el último detalle de lo que había sido aquella vida de más de noventa años que estaba condenada, por otra parte como todas, a hundirse en el olvido.

Pensó en Aida. Sería ideal para ese trabajo. Había comprobado que era una de las mejores conversadoras que había visto en su vida. Conversadora con objetivo, decía él, y ella se reía: «No, no, yo hago entrevistas. Y tengo muy claro qué quiero que me cuenten. Lo demás es pura estrategia». Aida le sacaría a su padre la historia completa de su vida, los detalles, todo. Sabía preguntar y era inteligente, y si algo valoraba Andrés Braña, aparte de un buen culo, para lo que seguía teniendo una mirada de lo más ponderativa, era una mente brillante. Si vivieran en la misma ciudad, le

encargaría esa tarea, contratándola, claro está. Últimamente pasaban demasiadas veces por su cabeza frases como ésa: si vivieran en la misma ciudad... Aida sabría cómo conducir a su padre por los laberintos de la memoria. Con que sonriera, ya tendría medio camino recorrido, porque sonreía muy bien. Y esa sonrisa iluminaría los espacios oscuros, que eran casi todos, de la vida de aquel hombre que a pesar de los ineludibles lazos de sangre, siempre había sido uno de esos seres extraños y desconocidos que están sin estar jamás.

Pero Andrés Braña no estaba por la labor. Y eso que ignoraba los planes con los que fantaseaba su hijo de ponerle una biógrafa. Su privilegiado cerebro tenía consciencia de que algo le estaba ocurriendo, que aquellos mecanismos neuronales implicados en la adquisición y consolidación de la memoria estaban dando problemas y no había una RAM de la que echar mano. Sabía de sobra en qué consistía el alzhéimer, cómo solía evolucionar, de qué modo se manifestaba y el ritmo variable en que se perdían los recuerdos. Tenía la teoría de que la memoria era como un edificio, y el alzhéimer consistía en el desmonte progresivo de las piezas que lo componían. Si el edificio tiene mucha complicación formal, muchos elementos, tanto funcionales como ornamentales, si consta de muchos pisos, si cada estancia está revestida de innumerables elementos, el proceso para desmontarlo será mucho más lento. Y su vida era un edificio con muchas plantas, muchas ventanas, muchos muros, muchas columnas, muchas gárgolas, arcos, dinteles, escudos, rosetones, muchos elementos de piedra, esgrafiados, amorterados, policromías, estarcidos, vidrieras... por no hablar de los interiores del edificio, que también suponían un desafío de imprevisibles consecuencias. El alzhéimer tenía una larga tarea por delante ahora que había decidido atacar. Y él no pensaba vender su memoria por un precio barato.

Y menos ante aquel gaznápiro que tenía por hijo, que, a saber con qué absurda intención, parecía empeñado en rescatar sus recuerdos de un olvido al que por otra parte no tendría ningún problema en entregarlos junto con su vida. Qué manía de recuperar la memoria, especialmente la histórica, con lo bien que estaban las cosas colocadas en su sitio, dormidas, ya que no podían estar olvidadas, que era como tenían que estar, a ver quién tenía ganas de despertar a la bestia. Esa especie de cruzada, tan insensata como cualquier otra, por sacar del olvido lo que costó tanto tiempo enterrar no podía traer más que amargura. Pero no era sólo la memoria histórica. Cada uno se sentía lo suficientemente importante y tenía por tan trascendente, inolvidable e imprescindible como legado para las generaciones futuras su propia vida, que se empeñaba en dejarla escrita, en rescatarla (qué palabra, como si alguien la hubiera secuestrado) en un documental. Como si a alguien le importara. Y si a alguien le importaba, eso no venía a demostrar otra cosa que sus propias carencias. Bastante tendría que tener cada quien con la tarea de vivir su propia existencia, como para tener que cargar con el peso de la memoria ajena. Y encima eso

suponía que, quisiera uno o no, ahí tenía que estar, recordando. Rememorando episodios absurdos, anécdotas inverosímiles, hazañas y bajezas para que el tonto de su hijo, por ejemplo, descubriera que tampoco para escritor tenía ninguna condición, pero no privara al mundo de la extraordinaria, excelsa vida de Andrés Braña.

Como si tuviera alguna importancia su infancia de barrio y mocos, la casa pequeña con el pasillo estrecho, la reja en la ventana que daba al patio, el niño Jesús de Praga colocado sobre su cama. Como si a alguien pudiera importarle la muerte de su hermana Inés, los ojos permanentemente llorosos de su madre, el globo terráqueo de escayola pintada, los domingos después de misa, las primeras botas que estrenó, los bancos de la escuela, la ausencia del padre, la taberna de Serafín, el cielo azul desde la ventana, los chicos de la calle, los que se murieron de difteria, los que sobrevivieron, la peonza que guardaba como un tesoro, los borrones de tinta, las sayas de Manolita tendidas en el patio, los días, el carro del lechero, los sabañones en invierno, el rosario, la sopa de fideos, el sonido de las campanas de la iglesia de San Lorenzo, la zarzaparrilla, el permanente olor a berza cocida en el portal. Como si importara a alguien toda aquella parte de su vida y tantas otras enterradas con tanto esfuerzo. Con tanta muerte.

Eran ganas de tocar los cojones.

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado: domingo, 9 de septiembre de 2007 17:30
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Domingo por la tarde

Odio los domingos por la tarde. Están hechos con material de derribo, del resto de la semana. Son tristes. Y son absurdos.

Casi prefiero que me toque trabajar, así al menos se disfrazan de martes, o de miércoles, y puedes engañar a la melancolía.

Los domingos por la tarde me llevan siempre a los años del colegio, en mi caso escuela pública, que buenos eran mis padres y mi abuela. Por nada del mundo me habrían llevado a un colegio de monjas. Mi abuela ya había tenido suficiente ración monjil, porque para cuando ella nació los tiempos habían cambiado y aunque era una señorita de Pomar, y las señoritas de Pomar tenían institutriz a ella le tocó ir al colegio. Bueno, institutriz no, pero había una maestra que iba a casa y se preocupaba de desasnarlas lo suficiente como para que pudieran comportarse como lo que eran. Que luego por su cuenta hurgaran en la biblioteca de mi bisabuelo, que por otra parte era bastante lamentable, ya era cosa suya y de su propensión al autodidactismo, y ahí, pues ya sabes, unas más que otras. Mi tío abuelo Manuel, por ejemplo, se convirtió en un joven muy culto y con enormes conocimientos en mineralogía, en geología en general. Y de las chicas, aparte de mi abuela, sólo Paloma tenía interés por algo que estuviera más allá de los límites de Pomar.

> Pero me estoy saliendo del tema. Te decía que mi abuela, además del colegio de las monjas, tenía en casa a mi tía abuela Sidra (de Isidra, ya te lo explicaré otro día, que si no, esto es un sindiós de paréntesis, digresiones y de todo), que era como tener durante veinticuatro horas a una madre superiora dedicada a la tarea de supervisar todo lo que hacía. Y si podía, hasta todo lo que pensaba. Y en lo que a mi madre se refiere tuvo que tragar con monjas sí o sí; en los años en que estudió era prácticamente imposible sustraerse a la benéfica influencia de las tocas. Así que a mí, que empecé a ir al colegio al comienzo de los setenta, ya fue posible darme una educación un poco más normal. Eso sí, en aquellos años debí de ser de las poquísimas que se libraron de hacer la primera comunión. Por ahí sí que no habría pasado mi abuela, cualquier cosa menos ver a su Aida vestida de primera comunión.
>
> ¿Sabes qué? Pensaba escribirte un largo correo de esos que ayudan a entender y a poner orden, que es una especie de obsesión que tengo en los últimos tiempos, pero la tarde del domingo es tan atroz, que ni siquiera eso. Así que cabe la posibilidad de que le dé a la tecla de borrar y, directamente, marque tu número y te pida que me cuentes alguna historia frívola y divertida de actrices bobas o actores borrachos y me hagas reír...

A Sidra siempre le había hecho un poco de tilín Marcial, el hijo de don Gustavo. Sólo un poco de tilín, porque por alguna extraña razón los sentimientos de Sidra eran un misterio incluso para ella misma. De haber conocido el psicoanálisis y, sobre todo, de haber estado interesada en ello, lo que no habría sido muy probable, seguramente exploraría en la infancia más remota de dónde le venía aquella frialdad que se manifestaba en cada uno de sus actos. Y tal vez habría encontrado el origen de su inexpresivo gesto, siendo muy simplistas, en las extravagantes circunstancias de su nacimiento y los acontecimientos que se produjeron entonces y que tras la muerte de su madre sólo quedaban, con garantía de absoluto secreto, en la memoria de Benito Montañés, que tampoco tenía ni la más mínima intención de hacer partícipe a nadie, y muchísimo menos a su hija, de ello. También estarían en la memoria de don Macrino, pero Montañés tenía la teoría de que lo que los sacerdotes oían en el confesionario o en cualquier conversación de carácter confesional se les olvidaba de inmediato por alguna rara característica asociada a su propio ministerio.

Si la memoria de Sidra apuntara con precisión y nitidez al mismo día de su nacimiento, recordaría los gritos de su madre, una primeriza con más miedo que conocimientos, apenas aliviados por los cuidados de Dorotea, empeñada en entrar cada dos por tres en el cuarto con una taza de «floritos», como decía ella, infusión de té, o de manzanilla, o de tila, que preparaba nerviosamente en la cocina con la esperanza de que cualquiera de ellos obrara el milagro y dejaran de oírse aquellos desgarradores aullidos que era capaz de proferir aquella mujer tan callada, discreta y reservada a la que hacía poco menos de un año que llevaba sirviendo en la casa del director. Si a Dorotea los gritos de la señora le producían una angustia y un

nerviosismo tan atroz, no quería ni pensar cómo estaría el señor, que en aquellos momentos se hallaba encerrado en la biblioteca con don Macrino, posiblemente rezando, aunque eso no era así del todo, y si bien existía un bisbiseo que Dorotea estaba lo bastante nerviosa como para no intentar descifrar a través de la puerta cerrada, no se trataba de oraciones ni letanías, sino de una conversación de carácter privado, a través de la cual Benito Montañés había podido por fin sacar de su alma aquel catálogo de tribulaciones que le habían secuestrado el sueño y la tranquilidad desde hacía meses.

Benito Montañés quería abandonar a su esposa y hacerse cura. O ingresar en un monasterio. O lo que fuera. Pero dedicar su vida a Dios del modo más contemplativo que se le pudiera ocurrir.

Y don Macrino había estado a punto de caerse de la butaca tapizada en terciopelo verde donde estaba sentado frente a una copita de oporto tawny de veinte años, del que Montañés parecía tener reservas industriales en su bodega, y que el sacerdote consumía a pequeños sorbos cada vez que el director lo invitaba a su casa, lo que solía suceder con cierta frecuencia.

Había sido gracias al Marqués, decía un atribulado Benito en ese momento, mientras el cura traducía directamente por «había sido por culpa del Marqués». Las largas conversaciones mantenidas con él en los últimos meses, en sus reuniones tanto en Barcelona como en Madrid o incluso en Asturias, le habían hecho ver la luz. Y por más que don Macrino trataba de articular alguna frase con una coherencia irreprochable, no había manera de bajar de la burra a aquel hombre que de modo nebuloso y bastante indescifrable hablaba de vocaciones equivocadas, de cómo don Claudio le había explicado el giro que había tenido que dar a su vida, inequívocamente destinada al Altísimo, para hacerse cargo de los asuntos de su padre. Eso, eso mismo, decía don Macrino. Igual que Jesucristo: «¿No sabían que yo debo hacerme cargo de los asuntos de mi padre?», ahí mismo lo dice, don Claudio tuvo que hacerse cargo de las empresas de su padre, Dios le indicó el camino, que ésa era su misión en el mundo, aunque para ello tuviera que llevarse a su vera a su hermano mayor, que era en rigor quien habría de suceder al padre al frente de los negocios...

Pero Benito Montañés no escuchaba. Él tenía metida entre ceja y ceja la firme decisión de abandonar a su mujer y abrazar los hábitos, los que fueran, eso le daba igual. Él no iba a contrariar los designios del Señor, que estaba llamándolo con fuerza para que lo siguiera.

Don Macrino tuvo entonces la confirmación de algo que ya había sospechado más de una vez: Benito Montañés era un botarate y aunque podía ser (y de eso ya había dado cumplida muestra) un astuto negociante a la hora de comprar por poco dinero aquellas fincas que eran necesarias para la marcha de la empresa, tenía una

naturaleza tan impresionable que habría que controlarlo muy de cerca si querían que el Coto de Aller cumpliera las directrices previstas encaminadas a convertir Bustiello en la cabecera de un nuevo territorio, independiente de los límites administrativos y que extendería la doctrina empresarial y cristiana del Marqués hasta donde fuera posible.

Lo que tenía de extravagante aquella conversación se complementaba con los gritos de Ángeles en su dormitorio. Gritaba por el propio desarrollo del parto, que la tenía desde hacía doce horas con contracciones espantosas, pero gritaba también como si la estuvieran matando por lo que le había dicho su marido un par de horas atrás. Como muchos hombres superados por su propia capacidad para desbordarse, Benito Montañés no había tenido mejor ocurrencia que aprovechar un escaso paréntesis entre una contracción y otra para comunicarle a su mujer su deseo de seguir una vocación imparable de abrazar la vida religiosa, y por tanto de abandonarla a ella y al bebé que estaba a punto de nacer. Primero la incredulidad había hecho que a Ángeles se le hubieran ido abriendo los ojos progresivamente. Después la furia se había aliado con su fuerte carácter, con la sangre de generaciones de vascos recios y ásperos que corría por sus venas, y había empezado a gritar sin más. Gritaba porque le dolía; porque odiaba estar así por culpa de aquel imbécil con bigote y sus expansiones maritales; gritaba porque Begoña, su prima del alma, aún no había llegado y le había prometido que estaría con ella cuando diera a luz; gritaba porque odiaba Pomar, porque odiaba Asturias, porque odiaba a toda aquella gente que la mayor parte de las veces ni siquiera entendía; gritaba porque, por si fuera poco, aquel imbécil con bigote, que era como siempre lo denominaba en su fuero interno, se le descolgaba diciendo que quería hacerse cura; gritaba porque podía entender que su marido se fuera de putas, pero no que la abandonara por Dios, y sobre todo gritaba porque la última frase de Montañés había sacado de ella una furia desconocida, tan intensa, que si en lugar de estar con aquellos dolores tan espantosos hubiera estado bien, era muy posible que hubiese tenido la fuerza suficiente, ya que la decisión no le faltaba, para arrojar a su marido por el balcón y luego saltar sobre él y patearlo sin compasión:

—Pero tú no te preocupes, Angelines, que hablaré con el señor Marqués, y ya veremos la forma de que tú y el bebé podáis ingresar en algún convento...

Así que mientras Sidra inauguraba su existencia, Ángeles Ariznabarreta gritaba ante el desconcierto de un todavía recién llegado Efrén Rubiera, que no entendía tanto exceso en un parto por lo demás bastante normal, si lo comparaba con las dificultades que había visto en las mujeres de la zona, que parían en muchas ocasiones con la misma indiferencia con que vivían las contrariedades de su desdichada existencia.

Quizá por eso, los primeros días de la vida de Sidra fueron difíciles. Su madre no le hizo ningún caso, sumida en una especie de lo que Efrén, el médico, llamó

melancolía de las recién paridas, ante el pasmo de Dorotea, Benito Montañés y Begoña —que por fin había llegado, tres días más tarde del nacimiento de la niña—, porque ninguno de ellos había oído hablar remotamente de tal cosa. Su padre se limitó a mirarla sin mucha emoción, ocupado su espíritu en sus propias elucubraciones, y determinó que el nombre sería el que estaba previsto, daba igual que fuera una niña, a ver qué había de malo en que una niña se llamara Isidra, le había dicho con cierta agresividad a Begoña, que no entendía nada de lo que pasaba en aquella casa. Así que la niña lloraba en la cuna, pero todos estaban demasiado ocupados con sus propias perturbaciones para otra cosa que no fuera tratar de calmar el hambre de la niña con leche de vaca rebajada, que inexplicablemente admitía sin ninguna complicación más allá de una diarrea que tenía a Dorotea atacada de los nervios.

Los delirios vocacionales de Benito Montañés duraron el tiempo justo que tardó don Macrino en hablar con el Marqués para darle cuenta de la complicación que suponía tal arrebato, porque por lo demás, el director era concienzudo, traía a raya a los trabajadores gracias al cuerpo de guardas jurados, a los que había sabido transmitir el celo que se esperaba de ellos en la vigilancia de las conductas de los trabajadores y sus familias, y tenía mano para la negociación con los pequeños propietarios. El Marqués, que se sintió responsable de inmediato de las expansiones que había tenido con Montañés, en las que posiblemente se había pasado en las confidencias, resolvió llamarlo a una reunión urgente para tratar con él algunos temas sin importancia y encontrar el modo de hacerle entrar en razón.

Aunque no se sabe muy bien cuáles fueron los argumentos esgrimidos, sí parece claro que fueron contundentes. A Benito Montañés se le quitó la tontería de hacerse cura, y la paz volvió a Pomar y al Coto de Aller.

A todas partes, excepto a la cuna de Sidra, que alimentó sus primeros meses con algo que se parecía bastante a la indiferencia, cuando no a un odio sordo. Su madre apenas la miraba porque no podía evitar ver en su cara el reflejo de su propio espanto y su propia ira, por no hablar de que en la medida en que su presencia estaba inmediatamente relacionada con aquellas cosas a las que siempre se había sometido con la conformidad en la que había sido educada, y en las que su marido parecía llevarse la mejor parte, no podía evitar ver en la cara de la niña el reflejo de su propia desdicha. Su padre la culpaba de su renuncia a lo que consideraba ya una vocación truncada, por cuanto la niña había sido uno de los argumentos mejor manejados por el Marqués para disuadirlo de lo que parecía una decisión inapelable. Begoña dedicaba su tiempo en exclusiva a su prima y sólo se encargaba de la niña algunos ratos, mientras que Dorotea bastante tenía con lavar pañales sin parar, lo que no favorecía que mirara con demasiada simpatía a aquel ser que se pasaba los días en su cuna con unos silencios tan largos, que ya por entonces anunciaban lo escasas que iban a ser las sonrisas en su cara, y las dificultades para el entusiasmo que arrastraría

toda su vida.

Por tanto, aunque Marcial, el hijo de don Gustavo, aparecía en su imaginario de niña destinada inevitablemente al matrimonio, a ser posible con alguien de su condición, como el principal candidato, no había alterado su propensión al pesimismo, su incapacidad para la alegría, su torpeza a la hora de la improvisación.

También por eso, desde aquel domingo de mayo a mediodía, cuando su mirada se cruzó con la de Germán, una revolución de primavera enloquecida se había instalado en alguna parte de sí misma, y por mucho que intentaba evitarlo, algunas veces se sorprendía a sí misma mirándose en el espejo del cuarto de baño, esbozando una desacostumbrada sonrisa y preguntándose por primera vez en su vida si era bonita.

A principios de octubre Paloma tuvo que guardar cama porque un virus estacional se instaló en su sistema respiratorio y además de complicarle las noches con ahogos y tos, debilitó sobremanera su estado general. Aquellos días, Aida, a pesar de los problemas que su nuevo cargo le estaba proporcionando, sacó tiempo de debajo de las piedras para sentarse a su lado y acompañarla, sin mucha esperanza de que fueran aquellos los días que las revelaciones hubieran elegido para salir del escondite que ocupaban en el cerebro de la superviviente de las trillizas.

A ratos dormitaba y entonces Aida aprovechaba para solucionar por teléfono alguno de los líos del periódico, para pactar citas, o para que alguien le contara así, sin más, que ya se arreglaría ella para escribirlo bien, algún dato, alguna opinión con la que vestir las informaciones en las que estaba trabajando.

Como las cosas se complicaron y la fiebre no bajaba, llegó incluso a llevar su portátil y su conexión móvil de Internet, para instalar su despacho en la habitación de su tía abuela y vivir una especie de esquizofrenia a tres bandas en la que se mezclaban los jarabes y los termómetros, las historias antiguas y las informaciones más recientes de la ciudad. El desajuste temporal, unido a las pocas horas de sueño (últimamente hablaba por teléfono con Bruno hasta muy tarde) y al estrés que le reportaba el periódico, estaba planificando en su interior el complicado mecanismo de una bomba de relojería.

Inexplicablemente, en los ratos en que los antipiréticos hacían efecto y Paloma se encontraba mejor, era ella misma quien parecía dispuesta a contarle mucho más de lo que nunca facilitó cuando era Aida quien preguntaba. Y hasta hablaba más deprisa, lo que llevó a la propia Aida a concluir que detrás de aquellos ojos que fueron vivos y brillantes y ahora descendían por el abismo de la intemperie, conservaba aún la vieja astucia de la niña que aguardaba inmóvil a que las lagartijas más gordas salieran de paseo al sol.

Por aquellos días, Aida conoció de boca de Paloma la historia de la prima Begoña,

y su inopinada salida de la casa de Pomar a la muerte de su madre y la razón por la que nunca más volvieron a saber de ella, aunque tampoco eso era seguro. Nunca se pudo confirmar del todo y, aunque Dorotea, cuando ya eran mayores y Benito Montañés había muerto, se empeñaba en asegurarlo con la firmeza de las verdades irrevocables, la historia era para ponerla en entredicho por dos razones: en la cocina había una propensión al drama y a la elaboración de complicadas explicaciones a los acontecimientos más elementales y, por otro lado, Dorotea siempre sintió una extraña animadversión por aquella mujer que parecía haberse quedado en la primera juventud y se dedicaba a ignorar la presencia de todos aquellos signos que iban delatando que ya no era adolescente, que ya no tendría un novio, que ya no iba a casarse y que aunque se mirara al espejo siempre en cuartos con penumbra, no por eso podía evitar que las arrugas dibujaran en su cara el mapa del tiempo perdido.

Aida no estaba muy segura de que lo que contaba Paloma fuera cierto, porque ni siquiera Paloma se lo había creído nunca del todo, aunque le gustaba contar que Begoña, la de Bilbao, le había propuesto al viudo recientísimo de su prima la posibilidad de quedarse ella allí ocupando su puesto, para cuidar de los niños, pero con opción a boda, no ahora, claro, había dicho, ahora está muy reciente, cuando pase un tiempo.

Y eso lo había dicho, dijo Paloma que decía Dorotea, con el cadáver de la señora todavía sin enterrar. Claro, que la respuesta que decía Dorotea que le había dado el señor había resultado mucho más enigmática, y sólo atribuible al enorme dolor que sentía. Por lo visto le había respondido que él le estaría muy agradecido si se encargaba de los niños, que de ese modo él podría cumplir una vocación largo tiempo aplazada: la de ingresar en un convento.

Y Paloma se rio en este punto: no se imaginaba a su padre en semejante situación, porque sí, era un meapilas, pero no como para eso, menuda ocurrencia, y le parecía una salida de lo más ingeniosa para librarse de la plasta de aquella mujer que pasaba temporadas en Pomar, para malestar no sólo de Dorotea, también de los niños, porque entre otras, tenía la peculiaridad de pasarse el día revisando si se habían lavado (ella decía «lavau») bien las orejas.

—Claro, que yo no sé lo que sería peor —confesó Paloma—, porque Begoña era una *repunante,* y además estaba un poco de la cabeza, me parece a mí, pero nos quedamos a las órdenes de Sidra y eso sí que fue una dictadura. Nos traía a raya...

—Bueno, bueno, a ti no me imagino yo que haya nadie que pueda traerte a raya... Menuda debías de ser tú.

—No te creas. A lo mejor de guaja sí, pero luego... Luego las pagué todas juntas, te lo puedo asegurar.

Aida guardó silencio entonces y se quedó mirando a Paloma: su pelo blanquísimo

recogido, la mirada ahora inesperadamente triste, la sortija de oro que siempre había llevado en el anular izquierdo, con aquel ópalo de color violeta muy tenue, irisado.

—¿Sabías que hay quien dice que el ópalo da mala suerte? —le dijo Aida mientras acariciaba sus dedos.

—Ya, ya lo sé. Eso pensé yo mucho tiempo, pero aun así no me lo quité. Yo creo que no me lo he quitado jamás desde que tenía trece años y mi padre me lo regaló después de un viaje a Madrid, que entonces no nos lo contó, pero por lo visto había ido para el reparto de la herencia de mi abuela, y como hubo pelea porque tenían unos pisos y no sé qué otras cosas, mi padre se quedó con un anillo para cada una de sus hijas y cuatro tonterías, como la colcha de manila que te di hace tiempo y que espero que sigas teniendo. Lo que siempre me ha pasado con el ópalo es que se oscurece, deja de brillar, se enturbia cuando se va a morir alguien que quiero. En eso no ha fallado nunca...

—Anda, venga, eso no puede ser...

—Sí, es verdad, Aida. Mira qué clarín está ahora. Estamos todos a salvo...

—Ésa es una leyenda, como lo de que da mala suerte. Es una tontería, seguro. Te habrá parecido a ti, pero no puede ser que se oscurezca...

—Vamos a hacer una cosa. Cuando me muera, tú miras cómo está la piedra, que seguro que se habrá puesto oscura un día o dos antes... Si vuelve a tener este color, así tan claro, con esos brillos, te quedas tú con la sortija, y si no, me la dejas, y que me entierren con ella... Y que me entierren, ¿eh? Nada de quemarme ni nada de eso, que a mí me parece un atraso... ¿No son los indios los que se queman? Pues eso... A mí me lleváis al panteón de Santa Cruz, con todos. Aunque no esté tu abuela, que también lo entiendo. Que está esperando por tu abuelo, como esperó la pobre toda la vida, y como tú lo vas a encontrar... Pero a mí cuando muera...

—Va, Paloma, no digas eso... Anda que no te queda a ti vida por delante...

—Calla, calla... Y oye, Aida, otra cosa, antes de que te vayas... Mira a ver si puedes cambiarme de residencia, aunque sea para unos días nada más. Quiero ir a una en la que pueda ver pasar el tren desde la cama...

Morgana era china y, si hubiera sido por su madre, Macarena, la segunda mujer de Bruno, habría sido china albina, una chinita rubia y de ojos muy claros, como las que había visto en un reportaje en la tele. De hecho, aquel reportaje, que ponía de manifiesto las lastimosas condiciones en que vivían las niñas chinas, fue lo que la hizo tomar la decisión de plantear la adopción. Bruno y Macarena llevaban apenas tres meses viviendo juntos, poco más tiempo del que había pasado desde que se conocieron, y Bruno no tenía nada claro que aquélla fuera una relación duradera. Lo

mismo que le había hechizado de Macarena estaba empezando a resultarle un poco agobiante. Le había hecho gracia aquella inocencia un tanto *hippy*, la confianza que Macarena depositaba en todo el mundo, su risa, el olor a cualquiera de los productos de su tienda, Bangalore, un paraíso para todos los amantes de los productos naturales, el feng shui, aromaterapia, los aceites esenciales, las hierbas medicinales que siempre llevaba consigo. Le había gustado también su risa, sonora y explosiva, tan natural. Y su facilidad para suscribir cualquier causa, desde la protección de los derechos del delfín a la solidaridad con el pueblo saharaui, pasando por la lucha sistemática por los carriles bici en las ciudades. Macarena era así y a Bruno le había seducido porque por fin, después de tanta noche y tanta coca y tanta mujer prescindible, ella había traído una ráfaga de naturalidad y frescura. Ella era como si se hubiera abierto un balcón.

Pero los balcones, cuando están abiertos, a veces producen corrientes, y todo aquello a Bruno estaba empezando a cargarle desde que ella se había instalado en su casa con sus barritas de incienso, con sus aceites para quemar, con el zafu en el que insistía en hacer zazen cada mañana, para lo que reclamaba el más exquisito de los silencios, lo que tampoco era muy difícil, porque madrugar no era precisamente una de las pasiones de Bruno, y eso también estaba creando algunas tensiones que Macarena minimizaba con la misma facilidad con la que extendía su repertorio de olores por cada una de las estancias de la casa, que si las vibraciones y todo aquello, y el gesto que torcía cada vez que lo veía comerse un filete, y su soja y sus algas y su tofu, y aquella invasión macrobiótica en su nevera. Todo aquello.

Así que cuando después de aquel reportaje, con los ojos aún hinchados de tanto como había llorado (llorar era otra de las especialidades de Macarena: podía llorar de emoción, de risa, de miedo, de pena, tenía un amplio catálogo de registros), se acurrucó en el sofá junto a Bruno y le dijo que tenían que adoptar a una niña china, que si no le daba pena cómo estaban, y una niña china albina, que eran las más marginadas, Bruno le dijo que sí, que lo harían, que no llorara más, que se traerían una niña de allí, y por un momento hasta lo creyó, mientras abrazaba a aquella mujer tan frágil, de melena rizada y que era buena, aunque a él le estuviera hartando ya tanta aromaterapia y tanto cambiar los muebles de sitio y tanta energía y tanta vibración. Y siguió leyendo una novela de Arturo Pérez-Reverte, ajeno a los planes de Macarena, que cuando se le metía una cosa en la cabeza podía desplegar una fuerza que no había quien la detuviera.

Los planes de Macarena incluían boda y la sola mención de la palabra a Bruno le levantó un sarpullido en un brazo. Después de la experiencia terrible con Marisa había jurado no volver a establecer relaciones susceptibles de ser rotas en un juzgado, por nada del mundo. Pero Macarena decía que era sólo por los papeles, y Bruno de pronto se preguntó si sería extranjera (¿no le había dicho que había nacido en Alicante?) y él no se había enterado, hasta que justo antes de hacer la pregunta

terrible, se acordó de la otra noche y de la adopción de la niña china.

Por alguna razón que tenía que ver con un componente de su personalidad que se manifestaba en escasas ocasiones, muy parecido a la pasividad aunque él prefería explicarlo diciendo que a veces no era muy asertivo, Bruno se dejó llevar. Nunca creyó del todo en la posibilidad de una adopción real, que en su escaso conocimiento del asunto era algo que exigía gran cantidad de papeles y tanta burocracia que se convertía en una tarea imposible. Y eso que Macarena hablaba por los codos de ello, le refería todos los pasos que estaba dando, los papeles que iba entregando, los que se necesitaban, y él se dejaba llevar en lo que no tenía más remedio: un reconocimiento médico para el certificado, una valoración psicológica... Hasta que un día se vio en un avión volando a Pekín, con Macarena y unas cuantas parejas a las que no había visto en su vida, pero que Macarena parecía conocer mucho, por los abrazos que se daban, y que al parecer también iban, como ellos, a recoger a su hija. ¡Su hija! No era el avión, aunque quiso pensar que era eso, pero de pronto sintió un vértigo inexplicable, como si los acontecimientos lo hubieran desbordado. Iba a adoptar una hija china con una mujer a la que sólo quería a medias y toleraba cada vez menos. Y todo eso había llevado un proceso de varios meses, más de un año, al parecer, el tiempo que él había pasado ajeno a todo, con una obra en el Alfil y unas cuantas representaciones en provincias. En ese tiempo, mientras Macarena multiplicaba sus horas entre Bangalore, su tienda, y los organismos oficiales, él había tenido como mínimo tres amantes, entre ellas una universitaria que le había devuelto la ilusión y el tiempo perdido, y apenas había sido consciente de que estaba a punto de ser padre por tercera vez de aquella niña a la que había visto en una foto, que según decían tenía ya un año y que había sido la excusa para que tanto Lisis como Óscar dieran una muestra más de su poca educación y su escasa sensibilidad. Era cierto que tal vez debería haberles hablado antes de sus planes, o de los planes de Macarena, pero ni él mismo era demasiado consciente de ello, y además tampoco habían ido por casa tantas veces en aquel tiempo (esto lo dijo con un reproche que pretendía ser sutil, y seguramente lo fue tanto que no hizo mella en absoluto en ninguno de los dos), así que sí, se marchaba con Macarena en dos semanas y se iban a traer a la que a todos los efectos sería su hermana. Con su indolencia habitual, Lisis preguntó, por preguntar algo, cómo se llamaba, y él explicó que Morgana, que era un nombre muy bonito que les gustaba mucho a los dos (omitió que a él el nombre le parecía otra de las ocurrencias lamentables de Macarena), pero que mantendría su nombre de allí, Zang, y eso fue suficiente para que Lisis se cabreara, porque por lo visto aquella intrusa venía dispuesta a robarle, además de su condición de la niña de papá, que tampoco es que le importara tanto, también su nombre artístico, y no sirvió de mucho que Bruno le explicara que Zang no era exactamente lo mismo que San. Para Lisis aquello era una afrenta.

—También... Desde luego, papá, ya podíais haber escogido otra con otro nombre.

Y Óscar, que pasaba una de aquellas fases de hundimiento, se limitó a farfullar algo acerca de que también eran ganas, con la mierda de vida que era Madrid y lo bien que estaría esa niña en su país, y eso por no hablar de que cuando era pequeño su padre nunca le había hecho maldito caso cuando pedía tener un hermano para jugar, y ahora mira.

Para ser sinceros, mucha relación de hermanos nunca tuvieron. Ni Óscar ni Lisis vivían ya en casa: aparecían tan de vez en cuando que apenas vieron cómo aquella chinita tan dada a la risa había conseguido conquistar el corazón de su padre de un modo en que ninguno de los dos había podido adueñarse. Lo suficiente como para que no fuera capaz de darse cuenta de que Macarena cada vez estaba más y más lejos, hasta que un buen día se fue, y se llevó a Morgana a algún lugar remoto de la provincia de Huesca, lo que complicaba enormemente el asunto de las visitas, y de pronto ya no hubo tofu en la nevera, ni incienso, ni aquella maldita y repetitiva música india que a Bruno lo acercaba al descalabro mental. Pero a pesar de que progresivamente fueron desapareciendo los olores que hacían de aquella casa una prolongación aromática del Bangalore, un olor, el de la colonia infantil de Morgana en contacto con su piel, jamás consiguió evaporarse, y Bruno se descubrió muchas veces en la ceremonia íntima de buscarlo en el cuarto que fue de la niña, como si tratara de aferrarse a no sabía muy bien qué desvarío de la conciencia que se parecía extrañamente a la huella que deja la felicidad cuando se pierde.

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado: viernes, 12 de octubre de 2007 3:15
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Madrugada

Querida Aida:

No sé si te percatas de ello, pero últimamente mis correos te llegan de madrugada. Quiero decir: yo los envío de madrugada. A ti, a tus ojos, llegarán, seguramente, a una hora mucho más normal, porque, por lo que sé, has conseguido superar el insomnio y hasta duermes bien.

Ya me gustaría a mí. A veces, cuando nos dan las mil y seguimos hablando y de pronto tengo la certeza de que se te cierran los ojos, que estás quedándote dormida, siento que yo también tengo sueño, que me dormiría contagiado por ti, por la tranquilidad que sin duda exhibes cuando duermes. Pero luego resulta que no. Por ejemplo hoy: me hablabas del ópalo de Paloma (¿te has dado cuenta de que podría escribirse un cuento con ese título?) y tu voz se fue haciendo más leve, y toda tú, al otro lado del teléfono, parecías flotar. Te dije buenas noches y ni siquiera te enteraste, y me quedé tumbado en mi cama, convencido de que entraría en el sueño igual que tú, con la misma serenidad. Pero no. Cuando parecía que me quedaba dormido, zas, un salto de ésos en el vacío, y de nuevo la vigilia. De nuevo el insomnio.

No tienes razón cuando crees (y hasta dices) que soy un tipo fuerte. Cariño, soy un actor. Interpreto siempre. Unas veces me pagan por ello y otras no, pero creo que siempre estoy representando un papel. Todo el mundo lo hace, por otra parte, así que no soy tan raro. Y contigo el rollo del tío mayor interesante tiene que apoyarse en otros registros, porque para conquistarte a ti (¿estoy intentando conquistarte?) se necesita algo más que cuatro frases aprendidas, cuatro gestos y un par de miradas de esas irresistibles, que también se aprenden. Así que a veces hasta parezco fuerte, lo que no se corresponde en absoluto con este menda que te escribe de madrugada, sobre una mesa que por lo menos tiene cien años y con un Mac que tiene menos de cien días. Ahora mismo, si quieres que te diga la verdad, daría algo bueno por ser alguno de los personajes que he interpretado a lo largo de los años. Con tal de no ser yo.

No sé si es el tiempo para este tipo de confesiones, las madrugadas son propicias pero la soledad no las facilita. Sería mucho más sencillo hablarte de todo lo que no soy tumbado a tu lado, mirando el techo de tu cuarto que no he visto jamás pero que siempre imagino pintado de azul, sobre una nórdica también azul. Fíjate que digo «sobre» y no «bajo», que siempre podría indicarte que albergo pecaminosos pensamientos (que los albergo, para qué vamos a negarlo). Pues eso. Con todo lo que no soy podrían escribirse millones de libros y en cambio con lo que soy bastaría uno muy flaquito, con tapas de cartón barato y con un título escrito con la tipografía más simple: *Historia de un fracaso*. O no. *Historia de múltiples fracasos*.

Estoy haciendo justo lo que no ha de hacerse si uno pretende pasar de estar sobre una nórdica a estar bajo una nórdica, y no hablo de una noruega. Ahora que lo pienso, tú también eres nórdica. ¿Por qué los nórdicos son los del norte de Europa y los del norte de España sois norteños?

Pues eso, que contarte todo esto, desnudarme ante ti (va a resultar que no hago más que pensar en lo mismo) de madrugada, no es el mejor modo de conquistarte, pero seguramente, si acaso estuvieras interesada en dejarte conquistar, que no lo sé, deberías saber que esto es así. Que he sido un desastre como hijo, un desastre como marido, un desastre como actor, que soy un desastre como padre, y no te diré que soy un desastre como amante, porque si lo hago, sumaré inevitablemente puntos negativos para pasar del sobre al bajo del que ya hemos hablado.

De todo esto te hablarían de un modo más riguroso y más prolijo todos y cada uno de los implicados en ello. Mi padre, por ejemplo, te diría que yo siempre lo he decepcionado. Que dejé la carrera de Derecho por el teatro, lo que constituyó uno de los escándalos más sonados entre sus amigos, sólo comparable al cataclismo que provocó la noticia de que me habían llevado a la DGS, que en aquel momento era sinónimo de tortura, te molían a palos, pero para mis padres esa sola frase, pronunciada por un alto mando del Ministerio de Gobernación : «Tu hijo está en la DGS», significaba algo así como «Tu hijo es un rojo de mierda y como no te hagas cargo de reeducarlo, lo haremos nosotros. A hostias». Que hubo un tiempo en que salía más en las noticias por las huelgas de cómicos y mi implicación en ellas, que por mi trabajo de actor. Que me casé con una actriz y, no contento con eso, me divorcié y me volví a casar y volví a divorciarme. Y así sucesivamente. No hay absolutamente nada que yo haya hecho que a mi padre le haya parecido

medio bien. Sólo faltó para completar el catálogo de afrentas que le hubiera salido maricón. Yo diría que hasta respiró, te lo juro, porque eso del teatro y los artistas a él muy masculino no le parecía, la verdad. De lo de drogadicto no se libró, porque una vez que hice el tonto más de lo normal, tuve un mal rollo y acabé en urgencias, y por esas tonterías de los veinte años, mi amigo Quique, que también estaba con lo suyo encima, se asustó tanto que llamó a mi padre. Fue en el pleistoceno, lo digo para que no te hagas cruces, pero en cuanto salí del hospital me llevaron a un psiquiátrico donde me tuvieron dos semanas. Y digo yo que me libré de la cárcel, que de aquélla te podían aplicar la Ley de Peligrosidad Social y llevarte al psiquiátrico penitenciario de Carabanchel. Ya te digo, perfecto para mi padre: rojo, cómico, maleante, drogadicto...

Y mis ex podrían hablarte. Si ellas te contaran. No he dado una a derechas, y conste que a la manera de Sabina hubo veces en que el malo era yo, pero a algunas quise quererlas y también fue un desastre. Y mis hijos. Pero empieza a deprimirme todo esto, y creo que voy a volver a la cama, a ver si sintonizo con tu recuerdo y a fuerza de imaginarte dormida bajo tu nórdica azul y bajo un techo pintado de azul, consigo quedarme yo también así.

O si no, a lo mejor sigo escribiendo una cosa que he empezado y que no te he dicho. Pero ya hablaremos.

Te beso, princesa dormida,

Bruno

Como las cosas hay que hacerlas por orden, el marqués de Comillas inició la construcción de lo que sería su experimento social con el poblado de Bustiello por donde había que empezarlo, es decir, por la construcción de la iglesia. No en vano detrás de aquel proyecto estaba la simpatía que en Claudio López Bru suscitaba la encíclica *Rerum novarum,* de León XIII. Dispuesto a seguir hasta sus últimas consecuencias las enseñanzas que se desprendían del texto papal, el marqués de Comillas estaba listo para ser uno de aquellos patronos que velaban por sus trabajadores, en todos los aspectos. La encíclica, publicada en un librito que siempre llevaba consigo, se había convertido en una especie de evangelio auxiliar que regía todos sus actos. Podía repetir de memoria párrafos enteros que marcaba en las distintas páginas con estampas de los santos que más veneraba. En cuanto tenía oportunidad citaba cualquiera de los artículos que la componían, especialmente su favorito, el 22:

«No se ha de pensar, sin embargo, que todos los desvelos de la Iglesia estén tan fijos en el cuidado de las almas, que se olvide de lo que atañe a la vida mortal y terrena. En relación con los proletarios concretamente, quiere y se esfuerza en que salgan de su misérrimo estado y logren una mejor situación. Y a ello contribuye con su aportación, no pequeña, llamando y guiando a los hombres hacia la virtud. Dado que, dondequiera que se observen íntegramente, las

> virtudes cristianas aportan una parte de la prosperidad a las cosas externas, en cuanto que aproximan a Dios, principio y fuente de todos los bienes; reprimen esas dos plagas de la vida que hacen sumamente miserable al hombre incluso cuando nada en la abundancia, como son el exceso de ambición y la sed de placeres; en fin, contentos con un atuendo y una mesa frugal, suplen la renta con el ahorro, lejos de los vicios, que arruinan no sólo las pequeñas, sino aun las grandes fortunas, y disipan los más cuantiosos patrimonios. Pero, además, proveen directamente al bienestar de los proletarios, creando y fomentando lo que estiman conducente a remediar su indigencia, habiéndose distinguido tanto en esta clase de beneficios, que se han merecido las alabanzas de sus propios enemigos».

El marqués de Comillas sentía una auténtica devoción por el Papa, y particularmente por aquella encíclica. Ésa era la razón que le había llevado, tras su encendida lectura, a organizar una peregrinación obrera a Roma en 1894 compuesta por nada menos que dieciocho mil operarios, miembros todos ellos de la Acción Social Católica. A todos ellos los embarcó en vapores *(Montevideo, Buenos Aires, León XIII, España, Rabat, Baldomero Iglesias)* pertenecientes a la flota de la Compañía Trasatlántica, de su propiedad, y como no fueron suficientes para subir a bordo el número de obreros que le parecía adecuado para festejar el cincuentenario del sacerdocio del Papa que regía los principios por los que guiaba su conducta, alquiló también el *Bellver* y el *Menorquín*. La broma de tal exceso le salió al Marqués por más de millón y medio de pesetas, que como era costumbre en él, si el fin lo justificaba (y *lo justificaba,* por supuesto), era dinero bien empleado.

Era lógico, por tanto, en la concepción ideal que Claudio López Bru tenía en su cabeza acerca de cómo había de comportarse un empresario católico, que a la hora de planificar un poblado, planteara la existencia imprescindible de una iglesia, porque puestos a cuidar de sus trabajadores, lo principal era favorecer que éstos encontraran en la religión la respuesta a todas sus preguntas y el modelo de conducta para afrontar tanto la vida como el trabajo.

Así que Bustiello comenzó por el principio y, desde arriba, porque el pueblo se planificó en tres alturas: la más alta para los edificios públicos, en un escalón inferior los chalets de los directivos y en el más bajo las casas de los obreros. Después de habilitar terrenos, hacer explanadas, encauzar el río, comenzó la construcción de la iglesia, un edificio neorrománico, con planta basilical. Los más enterados, a medida que veían cómo iban levantándose las paredes, empezaron a decir que se parecía al santuario de Covadonga, que era el lugar más alejado al que algunos privilegiados habían conseguido llegar para agradecer a la Santina algunos favores recibidos. Y no se equivocaban tanto, porque el edificio que estaba creciendo de día en día, en la medida en que combinaba ladrillo y arenisca y se levantaba sobre una planta de tres naves, tenía un vago parecido con la basílica de Covadonga. También podría ser que

la mayor semejanza proviniera de aquel efecto de grandiosa edificación, impensada en la comarca. A medida que se construía, los vecinos de la zona manifestaban su más absoluta fascinación por lo que emergía en aquel lugar que hasta que comenzaron los trabajos era un simple ensanchamiento del valle. Para cuando la iglesia pudo ser visitada, algunas cosas llamaron poderosamente la atención: el hecho de que las catorce vidrieras circulares proyectaran, determinados días de sol, luces de colores en el interior. El magnífico retablo del altar, en el que, labrados en madera, podían admirarse elementos alegóricos a propósito de las principales empresas del Marqués: los barcos, los ferrocarriles, la mina... Y en un alarde en el que se mezclaba la vanidad impropia y la piedad, el templo, que siempre sería conocido como la iglesia de Bustiello, tuvo, sin embargo, su propia advocación: iglesia de San Claudio. El día que colocaron el reloj, traído desde Madrid tras ser elaborado por el relojero de la Casa Real, los habitantes de la comarca incorporaron a sus rutinas diarias el sonido que multiplicaba el eco de las campanas que sonaban conectadas con el mecanismo, que de pronto se convirtió en la hora oficial, la que marcaba los tiempos y las tareas de todos los pueblos de una zona en la que una gran cantidad de personas ni siquiera tenía reloj. Para entonces ya empezaban a creer que aquel peregrinar de bueyes que acarreaban materiales y el avance de la obra a una velocidad insólita para lo que estaban acostumbrados era sólo el comienzo, como se decía, de lo que sería un nuevo pueblo, con unas casas con su propia huerta, que se adjudicarían a aquellos mineros particularmente cumplidores con sus tareas, y de intachable conducta.

Más tarde se construyó un edificio que nadie sabía muy bien qué era, aunque todo el mundo lo llamó La Casona, hasta que supieron que el nombre era parecido porque se trataba del Casino. El Casino Obrero, pensado para el ocio sano de los trabajadores. La idea del Casino Obrero Católico le había llegado al marqués de Comillas de Francia, de la mano de un jesuita, Antonio Vicent. Aunque con el tiempo, y para hacer frente a la influencia de los sindicatos marxistas, los usos del edificio evolucionarían hacia lo sindical, en un principio, cuando fue ideado por Claudio López Bru y diseñado por José Revilla, incluía diferentes estancias destinadas a la escuela de adultos, la lectura, un teatro, sala de conferencias, un espacio pensado para las veladas culturales... Muy pronto, y también gracias a la influencia de lo que se hacía en otros países y que el Marqués siempre se apresuró a considerar, porque no se le escapaba que en general Europa iba muy por delante en la pastoral católica, se incorporó una cabina para la proyección de películas que tardó algún tiempo en usarse y que hasta los años treinta se utilizó en muy contadas ocasiones.

El edificio del casino era enorme y allí, como único compañero en la nada de la iglesia, fue inaugurado con la presencia de autoridades y de los dirigentes de la Acción Social Católica. Don Gustavo, el ingeniero, había sido muy tajante en su

discurso, aunque un tanto farragoso en la sintaxis —que era algo que le caracterizaba y que en muchas ocasiones sumía en la perplejidad a sus subalternos—, en la inauguración en 1895: «¿Dónde consagra el obrero mejor a Dios el día de domingo? ¿En el Círculo Obrero Católico, donde recibe enseñanzas para su alma y para su cuerpo saludables, o en esas cloacas que llamamos tabernas del vicio, donde aprende las ideas más abominables sobre todo lo que sea digno de respeto, donde se blasfema de Dios?».

Y luego vino la construcción de la escuela de niños, que incluía las viviendas para la comunidad de Hermanos de La Salle que se hicieron cargo de los aspectos de instrucción y formación cristiana de los niños de la zona, todos ellos hijos de mineros, aunque años más tarde algunas personas, como don Efrén, insistieran en que sus hijos acudieran a las mismas aulas. «Los frailes enseñan muy bien», decía el médico como explicación, aunque en realidad lo que de verdad deseaba era que no se educaran en ninguna burbuja, que desde el primer momento participaran de la que él denominaba vida real. Era cierto lo de que los frailes enseñaban muy bien, en una comarca en la que la instrucción se limitaba a un maestro en alguna escuela desperdigada, sin apenas medios y con todo el desánimo que podía caber en el absentismo sistemático coincidiendo con determinadas temporadas agrícolas («tengo que ir a castañes», «tengo que ir a sallar», «tengo que palotiar la huerta», «tenemos sanmartín en casa»...) o momentos del día («tengo que salir, porque tengo que ir a llevái a mi pa la comida, que ta trabayando en Conveniencia»). Los frailes introdujeron el concepto de disciplina escolar: asistir a las clases era obligatorio y era lo primero. Aprender era el principal de sus deberes. A la escuela se iba limpio y peinado. Los horarios estaban hechos para ser respetados. Eran hijos de mineros, pero no necesariamente era la mina su único destino: si se esforzaban, si eran estudiosos, podían optar a otro tipo de trabajo, «de oficina»: la caligrafía de los alumnos de La Salle era una marca inconfundible, que para algo se dedicaban varias horas a la semana a perfeccionarla.

Para cuando se construyó el nuevo puente, que comunicaba Bustiello con la carretera, y empezaron a hacerse visibles las nuevas casas, la gente ya había terminado por creer que eso del pueblo del Marqués iba en serio. No sólo eso, sino que a la vista de lo apetecibles que resultaban aquellas casitas pareadas, rodeadas de un pequeño huerto, perfectamente alineadas al borde de calles empedradas, tan limpias y tan amplias, tan blancas en mitad de la grisura del valle, todos sintieron que sería una suerte inmensa ser agraciados con una de ellas.

Porque de aquellas otras tres viviendas que se construían con un gran despliegue de balcones, miradores, vidrieras, galerías acristaladas, maderas brillantes y jardines, destinadas a los ingenieros y al médico, y que curiosamente se edificaban por encima del poblado, no hablaba nadie. Ya se sabía que los ricos siempre habían vivido y siempre vivirían de otra manera.

Era tercer jueves de mes y Aida hizo lo posible para salir pronto del periódico, cambiar los vaqueros y el jersey por un vestido negro que utilizaba con frecuencia, pintarse un poco los labios, calzarse unos zapatos de tacón y acudir al Trastero de la Arena para cenar con las guerrilleras.

A la vista de aquel grupo de mujeres guapas, elegantemente vestidas y maquilladas, lo del nombre resultaba, como mínimo, chocante, pero era cierto que se trataba de mujeres batalladoras y el nombre les venía al pelo.

Y no porque todas ellas abrazaran la causa, como decía Asier cuando quería tomarle el pelo, porque entre ellas había hasta una votante del Partido Popular. Más bien era el concepto de pelea vital el que justificaba aquel nombre con el que Aida siempre se refería a ellas, y con el que incluso todas ellas se denominaban entre sí.

Aunque estaba en el aire y sabían que iban a hablar de la inminente ruptura de Rocío, lo que seguramente supondría una cena monográfica, Aida dudaba si contarles o no el asunto Bruno.

Sin que se supiera muy bien qué las unía más allá de la amistad como inequívoco hilo, constituían un original conjunto de siete mujeres de profesiones diferentes (dos periodistas, una doctora, una maestra, una librera, una jueza y un ama de casa), de edades que iban desde los cincuenta y tantos a los treinta recién cumplidos, con distintas formas de entender la vida y vivirla, con distintas opciones y estados (dos solteras, tres divorciadas y dos casadas, una de ellas lesbiana), con relaciones que iban y venían, que nacían y se rompían con la misma rapidez con que iban desapareciendo de los platos los escalopines al cabrales, las shiitake a la plancha o el pastel de cabracho. Y en estos momentos, lo que hacía aguas sin remedio era la relación de Rocío, tan frágil ya desde el primer día, con aquel fotógrafo de su periódico y que Aida había vaticinado que no tenía ningún futuro: «Rocío, parece mentira, como si no supieras que los fotógrafos de prensa son muy poco fiables: llegan, hacen la foto y se van». Pero Rocío argumentaría que ella era la menos indicada para hablar, ¿o acaso no recordaba que su relación con Asier había sido de doce años?, y entonces Aida lo justificaba diciendo que era una foto que había necesitado mucha exposición y se enzarzaban en una interminable relación de argumentos a favor y en contra, en el pormenorizado análisis de circunstancias, y hablarían de los hombres en general, y de los que iban pasando por sus existencias en particular, y se reirían de sus propios fracasos, de lo absurdo de algunas situaciones que nunca hay que tomar demasiado en serio, y las botellas de vino irían cayendo y las voces irían subiendo de volumen, y las risas se harían imparables, y empezarían a lamentarse por reducir aquellas cenas a una sola vez al mes, y volverían a decir lo de «tendríamos que vernos más, que la vida es muy corta», mientras seguían estirando aquella ceremonia de amistad y alegría hasta que las

camareras del Trastero las miraran con la insistencia suficiente como para que repararan en que eran las últimas en el restaurante, y de pronto todas recordaran el rosario de obligaciones que las aguardaba al día siguiente: el periódico, el juzgado, la librería, la escuela, la consulta, el tedio.

Y pasaría otra cena más y ya era la segunda sin que Aida se arrancara a hablarles de Bruno.

Porque para hacerlo, para hablar de aquella sensación extraña que le provocaba la constante compañía de alguien a quien había visto una sola vez, primero seguramente tendría que entenderlo ella misma. Y cómo entenderlo si ni siquiera lo había pensado, se había limitado a dejarse ir, a dejar que las cosas sucedieran, por primera vez en su vida, sin tratar de tenerlo todo bajo control. Bruno le gustaba de muchas maneras, incluyendo la puramente física. Y además, la hacía reír con mucha frecuencia. Hablaban durante horas, se escribían correos, se enviaban mensajes al móvil. Aunque ya en varias ocasiones habían mencionado la posibilidad de «cenar juntos un día de éstos», Aida creía que ése era un riesgo que no estaba segura de querer asumir. La voz inconfundible del actor, colándose en su cerebro cada noche mientras le hablaba de una estancia en Roma, o del río Neretva con sus aguas heladas, o de un casting para no sé qué película en la que no cogieron a un Antonio Banderas jovencísimo y desconocido, era ya tan familiar, tan próxima, tan suya. Por su parte, ella le hablaba del periódico, de sus historias diminutas, de las calles, de sus amigos. Le contaba que iba a ver a Paloma, o que había comido con su madre, siempre ocupada, en uno de los pocos huecos que le dejaba su desbordante actividad en un partido que cada vez hacía menos honor a su nombre por las innumerables divisiones que el dichoso espíritu crítico de la izquierda atizaba de continuo. Y entonces él le contaba de cuando fue maoísta, y de las células clandestinas, y de los tiempos heroicos, aquellos que ella siempre vivió en la distancia, de oídas, con envidia, porque tenía la sensación de que nunca llegaría a tener edad suficiente para poder salir a la calle a gritar amnistía y libertad como gritaban los mayores, como sus padres, como su abuela, que no tenía ni el más mínimo reparo en ponerse unas zapatillas de tenis por si había que salir corriendo, y recuperaba de la mano de Bruno fragmentos de su propia historia que él escuchaba con atención y a veces hablaban de soledades, y de miedos. Y había momentos para lo íntimo y entonces él arremetía con la confidencia, y le confesaba lo fracasado que se sentía como padre y ella, quizá obedeciendo a una incomprensible correspondencia, o por no se sabía qué secreta razón, podía decirle lo que jamás confesaba a nadie: que sentía no haber tenido hijos y que, pasados los cuarenta, tampoco le parecía que fuera a tenerlos, pero que cuando pensaba eso también creía que tal vez había sido un acierto, seguro que después de todo habría sido un desastre como madre, y él se callaba, aunque a ella le habría gustado oírle decir que no, que seguro que habría sido una madre fantástica. Ya había aprendido a ver que había recovecos secretos en su pensamiento, silencios

en los que parecía huir de sí mismo y desaparecer dentro de una burbuja inaccesible.

«Y todo eso a través del teléfono —diría Jimena, la más amiga de las guerrilleras—, no olvides que es actor, cielo, seguro que sabe qué cosas hacer con la voz».

Y ella le respondería que no, que no se le escapaba, que nunca podía olvidar que era actor, que era tan patente que no podía olvidarlo, que como una idiota había buceado por la red buscando todo aquello que hablara de él, de sus trabajos. Había buscado en YouTube con escaso éxito por si había alguna entrevista y, finalmente, de un modo providencial, había encontrado a alguien en el eMule que había subido un montón de *Estudio 1* y ella había bajado todos aquellos en los que aparecía, aunque no necesitara volver a verlo, porque lo tenía memorizado en el cerebro del mismo modo que guardamos datos que nos parecen innecesarios, como que Hannibal Lecter no parpadea ninguna vez en *El silencio de los corderos,* o que el asesino de John Lennon leía *El guardián entre el centeno,* o que había un ciclista que era de Béjar aunque no recordemos su nombre. La imagen de Bruno, por una de esas extrañas bromas del azar, había quedado archivada como la de otros actores de la tele y los dichosos parecidos que la abuela les sacaba a todos ellos, «Este chico —decía—, este chico que es igual que tu abuelo», seguramente por eso, porque aunque la capacidad para la fisonomía de la abuela tampoco se puede decir que fuera muy fiable (porque no era posible que todos los actores de *Estudio 1* tuvieran un referente, igualito, igualito, en el Bustiello de su juventud), pero a lo mejor por eso, porque le gustaba imaginar a su abuelo, ponerle rostro a lo que eran sólo palabras y más palabras. Y lágrimas, muchas veces lágrimas.

Y le diría a Jimena, cuando ellas dos estuvieran en el Savoy, ya muy de madrugada, con la enésima cerveza, que le daba un poco de miedo encontrarse con él, porque mientras hablaban, mientras leía sus correos, siempre tenía en la cabeza a un Bruno Braña de veintipocos años, el que formaba parte del paisaje de su infancia, y no podía identificarlo, aunque quisiera, con aquel enfermo terminal, «Sí, vale que estaba caracterizado, ya lo sé», de aquel capítulo de *Hospital Central.* Pero no era por eso, no era por su aspecto, que estaba guapo o a ella al menos se lo parecía, mientras Jimena trataba inútilmente de buscar un recuerdo suyo («Sí, mujer, tienes que acordarte, hacía un papel muy divertido en una serie, cómo se llamaba... si fue protagonista... era un cocinero muy gracioso, muy caradura, que siempre le tiraba los tejos a la dueña del restaurante, cómo diablos se llamaba aquella serie...»). Y Aida entonces haría mención a su propio aspecto, a lo fea que se veía, a lo vieja que estaba, a lo flaca, y Jimena haría amago de darle un puñetazo, «Si estás guapísima, mujer», y seguirían hablando, hasta cansarse, de aquella historia extraña, aquel amor como a destiempo, «Si es que es amor, que no tengo ni idea, nunca me había pasado nada así». Y Jimena se reía, porque Aida era especialista en eso, en que nunca ninguna historia había sido de ese modo, y nunca nadie le había dicho las cosas que le decía, o nunca había sentido por un tío nada parecido a lo que sentía con cada uno de ellos,

aun con la certeza absoluta de lo prescindible de sus historias. Y entonces, mientras volvían a casa (Jimena vivía en la misma manzana), Aida terminaría por decir:

—Qué coño. Después de todo, qué es lo peor que me puede pasar...

Y Jimena, profética y ligeramente etílica, habría pasado su brazo por la cintura de Aida y se habría limitado a musitar:

—Una nunca tiene ni puta idea de lo que le espera al otro lado de la noche...

Del mismo modo que, aunque se esforzaba por evitarlo, a veces no podía recordar en qué había consistido la comida del mediodía, desde que tuvo conocimiento del diagnóstico Andrés Braña sufría el ataque a traición de los recuerdos más remotos. «Hay que joderse —se decía—, que el alzhéimer sea la enfermedad del olvido y a mí se me manifieste con la inundación de las cosas que no me sirven para nada y a cambio no pueda recordar, si no la apunto, la contraseña de mi ordenador...».

Sería el proceso de desmontaje, seguramente, del mismo modo que cuando hacemos mudanza o deshacemos un cuarto empiezan a salir, de donde menos lo esperamos, objetos que creíamos perdidos, papeles que no recordábamos, extraviados trozos de vida que nos sumergen en la perplejidad.

Si aquel edificio que era lo que resumía toda su existencia se iba desmontando, tal vez la memoria bromeara de ese modo y antes de arrojar al olvido definitivamente los fragmentos de su historia le permitiera asomarse a ellos en una suerte de recuperación fugaz previa a la niebla definitiva.

En los últimos días venía observando la existencia de una curiosa circunstancia que servía para confirmarle lo caprichoso que es el recuerdo cuando selecciona imágenes destinadas a perpetuar los instantes a través del tiempo.

Ocurría que del mismo modo en que por momentos se le confundían aquellos recuerdos que habían permanecido intactos durante toda su vida, unas instantáneas inéditas se abrían paso en su cerebro imponiendo con la rotunda firmeza de lo indiscutible la nitidez ilesa de lo que una vez había sido suyo y los días le habían arrebatado.

Ante aquella avalancha de contradicciones, de sorpresas y hasta de miedos, Andrés Braña se refugiaba en los torpes intentos por retener la más inmediata de las memorias, se forzaba con torturas inventadas que le llevaban a repetir para sí series de números, las matrículas de los coches que había tenido a lo largo de su vida, los números de teléfono, con la esperanza, seguramente estéril, de darle batalla a la enfermedad que se estaba llevando por delante su vida. Una vida de cuatro años más de los que figuraban en su DNI, lo que a veces le daba la risa, en especial cuando algún médico le decía tonterías del calibre: quién lo diría, don Andrés, con noventa

años que usted tiene, no se me queje, que está como un roble, y él se mordía la lengua para no contestarle lo que pensaba, «¿Noventa años? ¡Noventa y cuatro!, mequetrefe...». Pero ése era uno de sus secretos, y aunque a estas alturas ya no tuviera mucho sentido, lo mantenía con el empeño de ser el único dueño de algo que nunca nadie podría saber. Por eso y por todo lo que le había costado en su momento resolver el asunto con bien. Por eso y por todo lo que significaba.

Deambulaba por un laberinto de incontrolables pérdidas e inesperados hallazgos, y todo ello a veces hacía que se tambalearan sus firmes creencias acerca de la memoria y el olvido, lo que en absoluto, al menos de momento, le restaba un ápice de firmeza con respecto a la decisión de no dejar que su hijo metiera las narices en determinados aspectos de su pasado. Qué en determinados aspectos: en todo aquello que el propio Bruno no fuera capaz de recordar. Con eso, podía hacer lo que le diera la gana, porque era su propia memoria, pero que no esperara de él un ejercicio de recopilación de vivencias, anécdotas, reflexiones, evocaciones y edulcoradas recreaciones de ambientes de la infancia. Sólo eso faltaba.

Y sin embargo, había momentos extraños en que se tambaleaba la firme determinación de mantener a buen recaudo lo que era sólo suyo y no pensaba compartir con nadie, y menos con esa intención de «salvar» del olvido. Esas recuperaciones insólitas eran como flashes que iluminaban con la contundencia de lo vital unas zonas de su conciencia que habían permanecido en penumbra tanto tiempo que hasta le resultaba mágico poder distinguir en ellas poco más que el contorno borroso de los muebles apilados. Había descubierto que esa claridad repentina que le devolvía gestos, caras, nombres, imágenes, sonidos, era tan luminosa como efímera, porque después del breve fogonazo, lo iluminado, lo fugazmente recuperado, desaparecía en el vacío, como si algún dios le hubiera proporcionado el privilegio de despedirse de los recuerdos que se habían afincado en un olvido, deliberado a veces y con identidad propia en otras ocasiones, pero ya para siempre.

Así, por momentos, de pronto venía el sobresalto entre gozoso y acongojado de una falda de flores que llevaba su madre cuando él era muy pequeño, y veía con precisión el dibujo de claveles de un desvaído rojo sobresaliendo de unas cestas, que constituían el estampado que se movía al ritmo en que su madre (y de pronto la veía: tan joven) trajinaba por la cocina mientras él permanecía sentado en un banco de madera. Y entonces veía sus zapatillas en tonos marrones y beige, con cordones, al final de sus piernas de niño chico, y estaba realmente allí en aquella cocina de la casa de la calle de la Fe, *cascos de caballo en el asfalto, eran cascos de caballo,* y podía oler el aceite cuando alcanzaba su punto máximo de calor, justo antes de que su madre, con un cuidado exquisito, dejara caer las patatas cortadas en unas tiras largas, anchas y aplastadas. Era todo tan real, de repente, que podía oír los sonidos de la calle tan próxima desde aquel primer piso oscuro siempre en su memoria y ahora

extrañamente iluminado, tanto que podía ver que la pintura de la cocina era de color verde oliva hasta más o menos un metro y medio desde el suelo y luego, hacia arriba, tan blanca. Con la nitidez recuperada de modo providencial, podía ver que en los azulejos blancos, que sólo ocupaban un trozo de pared que coincidía con el espacio de la cocina de carbón y del fregadero de granito, había unas salpicaduras de aceite, y sabía que en cualquier momento su madre se daría la vuelta, se giraría hacia él para mirarlo y vería, *y no quería verlo,* los ojos llorosos, el rostro golpeado, la tristeza sin nombre que tanto se había esforzado en olvidar. Sólo que no, allí estaba sentado, y su madre se volvía, y estaba sonriendo, y su cara no tenía moratones, y sus ojos brillaban, porque seguramente también hubo días felices, y la veía agacharse en el suelo para coger a su hermana Inés, que aún vivía y gateaba por el suelo de baldosas de cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez, y la sentaba en el banco a su lado y le decía, pronunciando su nombre, *su nombre,* que la sujetara para que no se cayera al suelo, que enseguida estaría la cena. Y entonces Andrés Braña cerraba los ojos para intentar atrapar aquella imagen inédita en su memoria, con el temor de que estuviera a punto de desvanecerse y la perdiera para siempre. Y por un momento se preguntaba si no debería escribir todo eso, sólo por el placer de leerlo cuando ya se hubiera perdido, por saber qué y quién había sido, al menos mientras mantuviera la destreza suficiente para seguir siendo capaz de interpretar unos signos escritos que sabía con certeza que un día serían incomprensibles garabatos, tan confusos como su propia y destartalada memoria.

Porque *qué* y *quién* había sido era tan confuso, que ni siquiera con la memoria íntegra se sentía capacitado para entenderlo, para descifrarlo, y mucho menos para perdonarse.

Que Gustavo Bartomeu y Efrén Rubiera no se podían ni ver era algo de lo que únicamente los más próximos podían ser conscientes, porque ambos mantenían en público una relación educada y cordial. Coincidían en el Círculo Católico y se saludaban con una leve inclinación de cabeza. También se saludaban a la salida de la misa de los domingos, a la que Efrén Rubiera acudía ocupando un lugar entre los bancos destinados a los hombres, los situados a la derecha del pasillo central, porque había renunciado, sin que hubiera modo alguno de convencerlo de reconsiderar su decisión, al reclinatorio tapizado en terciopelo que Montañés y don Gustavo ocupaban delante de los bancos, en un lugar que dejaba clara su superioridad sobre el resto de los fieles. Aunque no se lo dijera a nadie y se amparara en la grima que le ocasionaba la cercanía del terciopelo, ésa era justamente la razón por la que se negaba a aquella estúpida distinción. Nadie podía saber, sin embargo, que la causa por la que Efrén Rubiera ocupaba los bancos no era exactamente la misma en los últimos tiempos y que, de hecho, había sustituido su posición habitual en el extremo del tercer banco por una en el extremo del pasillo en el banco sexto. Aunque la misa

era la ocasión para mirar con el rabillo del ojo a cada cual, mientras don Macrino musitaba sus oraciones en latín, nadie fue capaz de percibir que la mirada del médico se iba con mucha frecuencia hacia los bancos de la izquierda, los que ocupaban las mujeres, especialmente el tercero, donde solía situarse Camino acompañada de su madre. Rigurosamente vestida de negro, con la mantilla que desde la cabeza se prolongaba hasta los hombros, ignoraba las miradas que podían haber incendiado su vestido negro, el único que se había hecho desde la muerte de Xelu para ir a misa. Efrén Rubiera conocía de memoria cada pliegue, cada curva, la longitud exacta de los brazos, el modo en que el cuerpo se movía obedeciendo las diferentes posiciones exigidas por la liturgia. Sabía cómo inclinaba la cabeza cuando estaba de rodillas durante la consagración, el modo de alisar el vestido cuando se sentaba para que no formara arrugas, en qué instante iba a cambiar el apoyo del cuerpo sobre una u otra pierna, y cuándo existía la posibilidad de que, de forma inadvertida, le mostrara el perfil de su rostro. Se pasaba la misa entera aguardando el momento en que Camino se acercara a recibir la comunión. Vivía para esos segundos en que podía seguir su paso avanzando hacia el altar, y si tenía suerte y conseguía que nadie estorbara con su presencia, podía disfrutar de ver cómo se arrodillaba, el modo en que abría ligeramente la boca para que don Macrino depositara la comunión en su lengua, cómo se incorporaba y volvía lentamente a su banco. Adivinaba la forma de sus piernas, enloquecía con sus caderas, amaba su espalda, descansaba la mirada al llegar a los hombros y emprendía luego el ascenso por su pelo, la melena oscura de Camino a duras penas contenida en un moño que siempre terminaba por ceder ante la rebeldía de los rizos. Al llegar a la nuca, Efrén siempre pensaba en lo mucho que deseaba ocupar los circuitos del pensamiento de Camino. Quería estar en ella, que no tuviera más remedio que pensar en él, porque ése y no otro era el argumento recurrente y casi obsesivo con el que podían resumirse sus cavilaciones.

El médico y el ingeniero nunca se habían llevado bien. El primero aborrecía el exacerbado clasismo de don Gustavo, que sumaba a su condición de directivo de la empresa su parentesco lejano con el Marqués, su insoportable catalanismo (a veces Efrén Rubiera sentía que estaba rodeado, porque el madrileñismo de Montañés era también insufrible), su despectiva mirada hacia todo lo que le rodeaba, consciente de su papel y su posición en aquel perdido pueblo del sur asturiano en el que cumplía, sin que nadie lo supiera, una especie de destierro por algunos asuntos dudosos en los que se había visto implicado en Barcelona por su afición a las putas y al juego. Su tía lejana había hablado a su hermano, el marqués de Comillas, de la necesidad de encarrilar a aquel muchacho, después de que les hubiera dado a sus padres un disgusto espantoso que incluía un piso que tenían en las mismas Ramblas jugado y perdido en una noche de farra que terminó en un duelo de consecuencias desconocidas. Gustavo empezó por trasladarse rápidamente a Madrid, más que nada por poner tierra por medio, y allí, bajo la tutela de algunos de los hombres de confianza del Marqués, terminó la carrera que había dejado colgada en Barcelona y

fue sometido a un proceso de reeducación que si bien lo convirtió en un hombre nuevo, respetable, serio y observante de la ley de Dios y de las leyes de los hombres, no pudo sin embargo con alguna de las aficiones más secretas que, a falta de poder practicar, se limitaba a imaginar con todo lujo de detalles. A Gustavo Bartomeu le gustaban las mujeres muy jóvenes.

A lo mejor por eso, justo cuando se le propuso encargarse de la explotación de la Sociedad Hullera Española en el Coto de Aller, propiedad del Marqués —no sólo su protector, sino también su redentor—, no dudó en casarse previamente con Juana, una muchacha que aún no había cumplido los dieciocho años, de familia catalana afincada como él en Madrid, con la misma añoranza de las calles barcelonesas que él mismo, y con un cuerpo rotundo y flexible que alimentaba lo inmoderado de sus pensamientos nocturnos.

Cuando Gustavo Bartomeu llegó al Coto de Aller, Bustiello era una iglesia a punto de terminar, un casino que se iniciaba y un proyecto del Marqués del que los más escépticos pensaban que, como mínimo, era una locura, y más cuando el propio Claudio López Bru sonreía bajo su bigote canoso, como los niños que saben que en su zapato los Reyes Magos han dejado cosas tan maravillosas que nadie podría creerlo, y añadía que aquello, Bustiello, era sólo el principio, y a continuación se lanzaba a adelantar su proyecto de viviendas con forma de cuarteles a lo largo de todo el valle. Su mujer y él se instalaron en Ujo, en una casa pequeña que le hizo considerar una posible renuncia al puesto: no estaba acostumbrado a estrecheces que ni su familia de Barcelona ni las familias de los colaboradores del Marqués, con quienes había vivido en Madrid, habrían tolerado jamás. La casa, situada en las proximidades del edificio de las oficinas de la empresa, tenía una gran galería en la que los días de primavera era una gloria estar, pero el sistema del agua corriente era tan precario, el retrete tan espantoso y, lo peor de todo: había un corral con gallinas y un cerdo lo suficientemente cerca como para que el apestoso olor se colara por todas partes. Y esas gallinas y ese cerdo, para colmo, eran suyos. Iban incluidos con la casa. Con todo, terminó por quedarse cuando vio los planos del chalet que le correspondería como ingeniero y que estaba previsto que se construyera en los meses inmediatos.

Para cuando se instalaron, sin embargo, ya tenían a Marcial, su primer hijo, y Gustavo Bartomeu empezaba a asumir como ciertas dos verdades: la primera, que no iba a poder marcharse de aquel valle y de aquellas minas, por tanto lo mejor que podía hacer era aceptar que no había otra, y la segunda, que la cintura de su mujer, Juana, ya no volvería a ser la misma, no volvería a tener aquel aspecto impúber que tanto le entusiasmaba, así que la ensoñación, la imaginación y la existencia de su mundo interior eran lo único que podía salvarle del tedio que se colaba sin remedio en su vida.

Y de algo debió de servir aquella resolución encaminada a ponerle algún tipo de arreglo a la inapetencia que le provocaba la figura de Juana, cada vez más redonda y

más alejada del junco con el que se había casado, porque antes de que falleciera tras una espantosa enfermedad, le había dado dos hijos más: Francisca y Eusebi.

La etapa de viudez de don Gustavo el ingeniero duró más bien poco. A pesar de su gesto tan grave, de la exhibición de su luto con un brazalete negro que tampoco destacaba gran cosa sobre su atuendo invariablemente oscuro, sorprendió a propios y extraños con un nuevo matrimonio: el que se llevó a cabo con su cuñada, la hermana pequeña de su mujer, exactamente igual, incluso en edad, que la Juana de la que él se había enamorado. Aunque en otras circunstancias las malas lenguas habrían comentado la realidad relativamente perturbadora de ese matrimonio, ante la formalidad, la mesura, la prosopopeya y el juicio que siempre emanaban de don Gustavo, tan piadoso, tan recto y tan austero en la mirada como tacaño en las sonrisas, todo el mundo consideró que qué mejor para los niños que su propia tía para sustituir a la madre muerta.

Había, por tanto, en Gustavo Bartomeu elementos suficientes para que Efrén Rubiera no soportara en modo alguno su presencia. Un experto en fingir, como era el médico, detectaba esa misma actitud en los demás con una extraordinaria fiabilidad. Y él sabía que el ingeniero no era quien parecía ser. Y como esa impostura estaba claro que no se debía a razones como las que el propio Rubiera ocultaba, la conclusión es que si aparentaba ser de ese modo, se debía a que era muchísimo peor. Y eso no tenía que ver necesariamente —aunque también, porque por habitual que fuera aquello, y más en aquella tierra, Efrén nunca terminaba de entenderlo— con el hecho de que tanto en Juana, como en la propia Montserrat, hubiera encontrado moratones y marcas al reconocerlas alguna vez en la consulta. Era otra cosa, más sutil y más terrible. Y la proximidad del lado oscuro, de una perfidia que se escapaba de la simple picardía para encontrar acomodo en una sustancia fuliginosa que a Efrén se le antojaba más próxima a la depravación, le producía algo que se parecía al espanto.

Por su parte, Gustavo tenía muy calado al médico. No se le habían escapado determinadas actitudes de Efrén Rubiera que distaban mucho de ajustarse a la conducta del hombre que se suponía que era. Aquella idea peregrina, por ejemplo, de que sus hijos asistieran al colegio de los frailes, con los hijos de los obreros. O aquella insolencia de compartir los bancos de la iglesia con el resto de los fieles, desdeñando el bonito reclinatorio que le habían hecho, con sus iniciales finamente enlazadas labradas en la madera. O que en su casa se hubiera negado a tener ningún tipo de criado interno de los que la propia empresa se encargaba de suministrar y se arreglara con una asistenta un par de horas al día a la que pagaba de su propio bolsillo, y ello a pesar, le constaba, de que su mujer, Benilde, no compartía esa decisión tan estrafalaria. Tenía la impresión de que aquel médico no era trigo limpio, pero algo en el fondo de sí mismo que tenía que ver con el desasosiego —cuando los ojos azules de Efrén Rubiera se clavaban en los suyos, cosa que ocurría muy raramente, y un pánico incontrolable le producía la sensación de sentirse despojado

de cualquiera de las defensas que tan útiles le resultaban en su forma de relacionarse con los demás— le decía que desenmascararlo le produciría, a la postre, muchos más sinsabores que satisfacciones.

Por tanto, aquel domingo de julio a la salida de misa, ambos se saludaron con la cortés frialdad acostumbrada, con sus respectivas esposas colgadas del brazo. Y ninguno de ellos sospechaba los esfuerzos que hacía el otro para que la figura de Camino, impresa en la retina de ambos, no se asomara para dejar al descubierto el amor torrencial del uno y el deseo torpe y lujurioso del otro, después de que, con la inapelable terquedad de lo palmario, se hubiera hecho un hueco en sus vidas y amenazara con reducir a cenizas las más sólidas de sus decisiones.

A Aida le encantaba viajar sola en coche. Programaba la música que quería escuchar y la grababa en mp3 en un CD, que le garantizaba varias horas sin preocuparse, y dejaba que las canciones y la carretera se confabularan para proporcionarle un estado de algo que, a veces, incluso se parecía a la felicidad. Viajar en otoño, además, era particularmente gozoso. Ya desde que salía de Gijón por la autovía minera, los colores iban definiendo los distintos tipos de vegetación que constituían la compañía para el viaje, y ya desde antes de llegar a Pola de Lena, la variedad desde el verde de las hojas perennes hasta el rojo más intenso, incluyendo toda la gama de ocres, amarillos, dorados, marrones, le producía siempre la urgencia de sacar su cámara de fotos y atrapar la belleza que luego, cuando veía la imagen en la pantalla del ordenador, nunca se parecía ni remotamente a lo que le había sacudido.

«Cuando Asier», una de las asignaturas pendientes que nunca llegaron a aprobar tenía que ver con los árboles. Con la identificación de los árboles como juego de competición. Le parecía absolutamente vergonzoso no saber el nombre de todos los árboles, no ser capaz de reconocer más allá de media docena. Cada vez que salía de la ciudad se proponía que la próxima vez que lo hiciera podría decir qué haya tan bonita, en lugar de qué árbol tan bonito... Así que se esforzaba mientras sonaba Van Morrison y se iba diciendo: vegetación de ribera en el valle, un poco más arriba los castaños, los robles y los abedules, y ascendiendo, el roble albar, el rebollo y, por encima, formaciones de hayas y tejos, antes de recuperar el matorral próximo a las crestas calizas de la montaña. Y se sentía como la niña que se ha aprendido la lección y progresa adecuadamente.

Pero todo eso, el placer cromático, el placer musical, el placer de la serenidad que le proporcionaba conducir en soledad, se había ido directamente al carajo, porque su madre se había empeñado en acompañarla. No se lo podía creer, iba a encontrarse con Bruno y su madre viajaba con ella.

Finalmente, que Bruno y Aida se encontraran («A ver si quedamos para cenar uno

de estos días», tan repetido en conversaciones telefónicas y correos) lo decidió el Congreso de los Diputados.

Para el último día de octubre estaba previsto el debate para aprobar el Proyecto de Ley de la Memoria Histórica y Aida quería estar allí. Sabía que no iban a poder estar todos los que, desde cualquier rincón del país, no querían perderse el momento en que —todo apuntaba a que así sería— quedara aprobado, por fin, el paquete de medidas que intentaría paliar, sin llegar a compensar jamás, la injusticia tan terrible que durante décadas permanecía para vergüenza de cualquier democracia, pero ella estaba dispuesta a esgrimir su condición de periodista y conseguir la acreditación en el caso de que la tribuna de invitados no pudiera acoger todas las solicitudes.

También su madre estaba empeñada en acudir para ser testigo de ese momento y no era la única. Tanto la gente de la Asociación como los miembros del partido, que en realidad venían a ser los mismos, aguardaban ese instante con verdadera ansiedad y quien más, quien menos deseaba verlo con sus propios ojos, así que consideraron que sería una gran idea, independientemente de que luego pudieran entrar o no, coger un autobús y vivir lo más cerca posible lo que no podía definirse de otro modo que no fuera «histórico».

Costó convencerla de que si llevaba su coche no era porque no quisiera ir con todos ellos en el autobús, por Dios, que no era eso, sino porque quería aprovechar para quedarse un par de días en Madrid, y que para ello había cogido una semana de las vacaciones que se le adeudaban después de un verano interminable y agotador.

Así que su madre se empeñó en ir con ella, y conseguir que permaneciera callada era una misión poco menos que imposible. Y más con aquel estado de agitación y nerviosismo que la proximidad de la aprobación de la ley le procuraba, y que había conseguido que en el habitáculo de su Megane fuera subiendo una marea de palabras, viejas historias, dolorosos recuerdos propios y ajenos, que Aida había oído desde que nació y que se sabía de memoria, mezclándose con el «Moondance» que se obstinaba en sonar como antídoto de presente que aliviara tanta pena y tanta lágrima, y tanta cabeza rapada, tanto cara al sol, tanta muerte, tanta ausencia, tanto silencio, tanta hambre.

Iba a encontrarse con Bruno y no le había dicho nada. Quería llegar al hotel y, una vez allí, llamarlo, o mejor aún, esperar al día siguiente, a que pasara la sesión parlamentaria, y sólo después de ver a su madre marcharse en el autobús de las emociones desatadas de vuelta a Asturias, pararse dos minutos a pensar. Y llamar entonces.

Su madre iba hablando de cómo purgaban a las hijas de los rojos con aceite de ricino, y de los piojos que se ocultaban en las costuras de la ropa, y de tanta miseria, y ella no podía evitar que su pensamiento discurriese por las dudas de si debería haberse hecho la cera o no. Trataba de recordar cómo estaban sus piernas y cuándo

había sido la última vez que se la habían hecho. ¿Tres semanas? Sí, como mínimo. No quería ni imaginarse cómo estarían entonces. Jimena siempre le decía que no tenía razón cuando ella planteaba que la forma más sencilla para evitar el famoso «¿y por qué coño me habré acostado yo con este tío?» consistía en acudir a la cita sin depilar. Esa circunstancia la colocaba inevitablemente en el «ya quedamos otro día» y quedar para otro día suponía, como mínimo, pensárselo mejor. Jimena no estaba de acuerdo y argumentaba como razón el «por si acaso». Así que mientras su madre rememoraba por enésima vez los recuerdos de niña, y la historia común, la historia de vencidos en la que había crecido, con su interminable colección de agravios y pesares, de dolor y desgarro, la muy solidaria, comprometida, roja y políticamente concienciada Aida se debatía entre la decisión de que entre Bruno y ella no pasara nada, y la altísima probabilidad de que sí que ocurriera, lo que se concretaba en que o bien compraba crema depilatoria, o pedía hora en algún sitio donde le hicieran la cera aquella misma tarde. Y luego, que ocurriera lo que tuviera que pasar.

En los escasísimos huecos que dejaba la perorata de su madre, acertó a descubrir la voz de Carly Simon y no pudo evitarlo: a grito pelado acompañó el «You're So Vain»:

—*I had some dreams, they were clouds in my coffee, clouds in my coffee, and... you're so vain, you probably think this song is about you, you're so vain, I'll bet you think this song is about you, don't you?, don't you?...*

Los ojos verdosos de su madre la miraron con extrañeza durante unos segundos en los que también fue capaz de permanecer en silencio. Luego siguió mirando la carretera y sólo comentó:

—Anda que también... Vaya música que traes... ¿No tienes, qué te digo yo, algo de Quilapayún?

A pesar de que era muy joven, Camino acumulaba ya en su corazón el dolor suficiente para que ninguna emoción le fuera ajena. Podía leer en la mirada de la gente y adivinar sin demasiada dificultad no lo que pensaban, pero sí lo que estaban sintiendo. Por eso la mirada de Efrén aquella tarde de junio en que se detuvieron los planetas perfectamente alineados en la antojana de su casa era como una página escrita con letra clara y sin borrones. Camino sentía las emociones de los demás, la preocupación, el miedo, el dolor, la desesperación, la ilusión, la angustia, los celos, la esperanza, la envidia, todo el retablo de los sentimientos de la gente se exponía ante ella cada vez que salía de la casa de El Pedroso, cuando iba a misa o al economato, que eran las únicas ocasiones en que abandonaba su casa, si se excluía el camino que hacía a diario hasta la casa de Pomar para recoger a Claudia por la mañana y devolverla por la noche. Cada persona que la miraba a los ojos entregaba, sin tener ni la más remota idea de ello, la radiografía de sus gozos o sus pesares, generalmente

más de los últimos que de los primeros. Sin una sola palabra, Camino descifraba los misterios de los corazones que se encontraba: los sabía con la certeza de las cosas verdaderas. Y eso sucedía desde la muerte de Xelu.

Antes había sido una mocina normal y una neña normal, y nada hacía presagiar que aquella capacidad para «entender» a la gente fuera uno de esos dones que las hadas madrinas otorgan en la cuna de los recién nacidos. De hecho, casi nadie en el valle solía recibir la visita de un hada madrina, y si no los *agüeyaban,* ya podían darse con un canto en los dientes. Lo único que siempre la había hecho peculiar había sido su nombre, tan infrecuente en la comarca como que la mayor parte de la gente ignoraba que alguien pudiera llevar el nombre de algo tan cotidiano como lo que pisaban a diario. Entonces Concha les explicaba que se llamaba Camino, como la Virgen del Camino, de León, adonde había ido poco antes del nacimiento de la niña, porque su hermana estaba ofrecida, y ya puestos, ella le había pedido que si podía ser, intercediera ante el Señor para que lo que llevaba en su vientre fuera una niña, porque después de cuatro varones, deseaba fervientemente un apoyo en una casa con tanto trabajo y tantos hombres que atender. Así que fue una niña y le pareció muy lógico imponerle el nombre de la advocación mariana que había dado curso, con éxito, a su petición, descartando el suyo, Concepción, que en cuatro ocasiones ya había tenido que desechar. No sabía que ponerle ese nombre (María del Camino, obviamente, se apresuró a puntualizar el párroco, un don Macrino recién llegado) suponía tener que explicar una y otra vez por qué aquella niña no se llamaba de un modo normal: Conchita, Angelines, Celestina, Encarnación... Llamarse Camino también era una complicación a la hora de los diminutivos, y aunque durante bastante tiempo hubo intentos de llamarla Caminín, la decisión de aquella mocosa que apenas hablaba y protestaba enérgicamente —«¡¡Llámome Camino, Caminín no!!»— fue tan tajante en su exigencia a la hora de reivindicar su nombre, que nunca se la conoció por otro que no fuera Camino, ni siquiera Camino la de Concha o Camino la de Ramiro, que era una denominación inevitable para identificar de quién se hablaba exactamente en el caso de los nombres repetidos. Ella era Camino, y todo el mundo sabía quién era, como sabían que de niña era la más hábil saltadora de cuerda, que nunca le tocaba dar porque jamás perdía, y que su voz destacaba siempre cuando en la iglesia se cantaba el Kirie, el Agnus Dei o el Sanctus. Ella era Camino y Xelu se enamoró de ella cuando apenas había dejado de saltar a la cuerda y mantenía la flexibilidad de junco de entonces, como si no hubiera dejado de ser una niña, y a ella le pareció bien, porque era un rapaz trabajador y formal, y aunque era muy alegre nunca lo habían visto borracho, y fue muy feliz a su lado y tuvieron a Andresín, y Xelu le había dicho que iban a irse a una casa nueva, que seguro que el Marqués les daría una, que ya había hablado él con el director, con Montañés, y ella cosía visillos para las ventanas de aquella casa que nunca llegaron a tener porque la mina se lleva por delante las vidas y también los sueños.

Camino leía las emociones que sentían los demás, pero lo que se encontró en la mirada de don Efrén, el médico, era nuevo, diferente a cualquier otra impresión que hubiera podido percibir jamás. Aquella forma de mirarla mientras permanecía inmóvil, pegado al suelo, no tenía nada que ver con las más violentas vibraciones que le hubiera provocado nadie desde hacía varios meses. Sentir lo que sentía el médico resultó ser, en aquel instante en que Andresín se había quedado plácidamente dormido mientras mamaba, la alteración más importante que nunca se le había ocurrido que podría experimentar. Y si alguna vez, cosa que no hizo jamás, le hubiera dado por contarle a alguien lo que había sentido, seguramente lo habría explicado diciendo que el mundo había estallado y había empezado a llover estrellas, algo tan incoherente, como inaceptable resultaba para su moral comprender que aquello tan indescriptible, aquella conmoción, como si estuviera a punto de desmayarse, seguramente era el amor, aquel del que había tenido noticia por una novela que tenía escondida debajo de su colchón y que le había traído su prima con mucho secreto de la casa donde servía en Oviedo. Y si ya era malo que una viuda reciente como ella se enamorara, peor aún era que lo hiciera de un hombre que estaba casado.

Y sin embargo, nada sucedió. Es decir, todo sucedió. Pero ninguno de los dos pudo decir si aquella conversación la habían tenido realmente o sólo se habían mirado, aunque ella supo que él le decía «Tengo que verte» y él tuvo la certeza de que ella le respondía «Sí, tenemos que vernos» y, como en la más cursi de las novelas de amor, ya no fue necesario nada más para saber que se habían enamorado, y que aquello iba en serio.

A Bruno le apetecía mucho ver a Aida para convencerse de que aquello que llevaba sintiendo desde el encuentro en la cafetería del hotel Alcomar, meses atrás, era cierto, o ver si como en otros casos se trataba sólo del resultado de alguna de sus invenciones. Porque Bruno era muy dado a inventarse vidas para compensar la que tenía, que no le gustaba nada de nada. Se justificaba diciéndose a sí mismo que lo hacía porque era actor, pero en el fondo sabía con certeza que esas invenciones tenían un solo motivo: que no era feliz.

«La felicidad está sobrevalorada» era una máxima que Bruno trataba de aplicarse para que su propio desamparo no se convirtiera en el verdugo de sus días. «La felicidad, desde un punto de vista puramente intelectual, es una entelequia», remataba. Y por si alguien dudaba de aquellas convincentes razones, afirmaba: «Sólo pueden ser felices los tontos, en su bendita ignorancia».

A lo largo de su vida la palabra *felicidad* se había ido vistiendo con diferentes trajes. No estaba muy seguro de si aquello que sentía de niño de la mano de su padre en el Retiro, los domingos por la mañana, era felicidad. Seguramente la felicidad era

aquella montaña de juguetes que había cada mañana de Reyes en su zapato. O la primera vez que vio el mar en San Sebastián. A lo mejor la felicidad era el cosquilleo en el estómago cuando al borde de los siete años, Margarita, la niña más guapa del parque, le dijo que sí, que quería ser su novia. A lo mejor la felicidad era el infinito silencio de una noche en la que las estrellas se pusieron de acuerdo por millones para asomarse en aquel rincón de la Sierra donde habían acampado. O los primeros besos de cada una de las novias de la adolescencia. No, ni siquiera los primeros besos. Para ser exactos, si lo que estaba tratando de identificar era la felicidad, ni siquiera estaba en el beso, aunque fuera el primero. No. La felicidad era el segundo anterior al beso. Y era así de corta.

A lo mejor la vida del actor maduro (maduro, eh, no viejo) enamorado de la periodista de provincias también era una interpretación en la que llevaba trabajando desde el instante mismo en que ella se sentó frente a él y lo miró con unos ojos azules que parecían justo el espejo de los suyos propios. Y como toda buena interpretación, se la había creído. Lo justo solamente, eso sí, como siempre abordaba él su trabajo con los personajes, que eran él y a la vez dejaba ver que estaba fuera, como si sobre el escenario o delante de las cámaras hubiera dos, el que era y el que no era, el real y el fingido, y la suma de ambos era el papel, era su juego, era su vida.

Esa dificultad para separar las dos cosas, para abstraer, le permitía vivir una existencia tan leve como múltiple. Y como tenía algo de patológico desdoblamiento, le protegía, sin embargo, de la obsesión que generalmente procura el amor cuando comienza. O cuando ni siquiera se sabe si es amor.

Por todo esto, Bruno tenía verdaderos deseos de volver a encontrarse con Aida. Y ello a pesar de que la larga retahíla de mujeres que constituían su biografía amorosa había ido dejando un sedimento de amargura tenue, tanto, que ni siquiera le incitaba a una rebelión sentimental, como si vivir fuera ir asumiendo que la soledad es el único de los destinos posibles en esta singladura que es la vida. Como para no ser escéptico: si lo miraba bien, la única persona que realmente había conseguido una verdadera y genuina revolución en su corazón había sido la fugaz existencia de Margarita en el parque de los días de pantalones cortos y helados de vainilla en cucurucho de barquillo.

Aunque él solía repetir que los actores no ligan tanto como se piensa la gente, sí que era cierto que una tras otra mujeres de todas las estaturas, todos los colores de pelo, de diferentes profesiones, países y de todas las provincias habían ido sucediéndose en su cama sin hacer nunca parada en su corazón. O casi nunca. Aparte de Marisa y de Macarena, había vivido durante un tiempo (menos de un año) con Miriam y con Nicole. Y a Nuria también la consideraba novia, aunque en sentido estricto hubiera sido la más amante de las amantes, porque su condición de casada con un empresario catalán, posiblemente descendiente de los más moros de todos los árabes, con muy mala hostia y peor sentido del humor, dificultaba tanto los

encuentros, que cada uno de ellos, puente aéreo mediante, la convertía en la más festiva, clandestina, milagrosa y fugitiva de las relaciones posibles. Pero ni siquiera ellas, las esposas oficiales o las novias más o menos estables, habían conseguido apartarlo del convencimiento cada vez más inconmovible de que eso del amor total, el amor verdadero, que tantas veces había tenido que interpretar, era una impostura tan incuestionable como las lágrimas que había aprendido a derramar sin ningún esfuerzo, como los besos sin lengua ni saliva, que el público consideraba tan apasionados.

Le apetecía mucho ver a Aida, lo pensaba desde el mismo instante en que se despidieron en el hotel, justo mientras subía en el ascensor hacia su habitación, con la huella invisible que había dejado la mano de ella en su propia mano al despedirse. Lo había pensado al día siguiente, en el viaje de vuelta a Madrid por carretera. Y no había dejado de pensarlo a lo largo de aquellas semanas que se habían convertido en una extraña ceremonia de correos y conversaciones telefónicas en torno a la cual, aunque era indispensable que ella jamás lo imaginara siquiera, se organizaban sus horas, se medían sus distancias, se dibujaban las sonrisas que conseguía esbozar o se torcía el gesto de la contrariedad.

Aunque no tuviera expectativas, se repetía una y otra vez. A estas alturas de la vida, y con una existencia tan usada como la suya, la posibilidad de sorpresa o de ilusión se había quedado relegada a un recuerdo tan impreciso como lo que alguna vez había sido la felicidad, si es que había existido y no era una mentira, una pura invención con la que la gente establecía los límites de su capacidad para la especulación intelectual, una mentira con la que engañar la insoportable tendencia a la repetición hasta la náusea de los días y las inercias.

La última mujer de su vida —cuyo nombre, Esmeralda, ya tenía que haberlo puesto en lo peor— se había largado con viento fresco justo antes de empezar el verano, después de un viaje por las islas griegas que había evidenciado que salvo aquella pasión inicial, inexplicable a la luz de los acontecimientos posteriores, nada tenía en común y nada podía tener con la directora de una sucursal bancaria, soltera, adicta al spa, con la mirada puesta en una posible prejubilación, o en su defecto en un ascenso, que jamás había oído hablar de Lacan o de Chomsky, por quien Bruno sentía una contradictoria y paradójica admiración. En Ios, delante de la tumba de Homero («¿Homero? Ése era uno de los griegos antiguos, ¿no?»), descubrió el desdén en la mirada de ella, que no entendía por qué diablos desperdiciaban un día de playa en Manganari por recorrer tortuosas carreteras en una moto para llegar a aquello que a Bruno parecía interesarle tanto y que no era más que un montón de piedras. En Kalimera, por la noche, mientras bebían con silenciosos sorbitos sus copas, escudada la ausencia de conversación en el sonido de aquella pequeña banda de jazz, él supo que ella se iría y hasta se sintió aliviado cuando la oyó decir, interrumpiendo un solo de saxo que a él había conseguido arrancarle del suelo y trasladarlo directamente a

algún lugar muy arriba, que no veía mucho futuro en aquella relación. Él, que había bebido ya más whisky del que le permitía mantener a raya su tendencia al sarcasmo, la miró con impostada piedad y, con la sorpresa del daño que las palabras le causaban a él mismo, dijo adornándose de la más cínica de las sonrisas:

—¿Futuro? ¿Y qué coño es el futuro cuando se ha pasado la frontera de los cincuenta y cinco años?

Capítulo 3

Francisca, la hija de don Gustavo el ingeniero, era lo más parecido a una amiga que Sidra había tenido en toda su vida. Tampoco había muchas más opciones en un rincón del mundo en el que las posibilidades de la relación entre iguales se limitaban a dos o tres familias. Aun así, Sidra admiraba profundamente a Francisca porque era muy guapa, muy fina y, sobre todo, pasaba gran parte del año fuera de Bustiello, interna en un colegio de monjas de Barcelona, y en verano se iba con sus primas a San Sebastián. Allí habían coincidido un agosto en que Benito Montañés había accedido a los ruegos de toda la familia, patrocinados en gran medida por el interés de su propia mujer, que a pesar de su procedencia bilbaína profesaba una devoción especialísima por la playa donostiarra y el veraneo que se organizaba en torno a ella. Y allí Sidra, al borde de los trece años, había padecido una de las mayores decepciones de su existencia: los días, las semanas previas al viaje había elaborado tal cantidad de planes para vivirlos con su amiga Francisca, que el modo en que fue recibida por ésta la decepcionó profundamente, rodeada por una cohorte de primas, amigas, todas mayores que la propia y acobardada Sidra, más guapas, más altas, con unos vestidos impresionantemente modernos. Para que todo fuera todavía mucho más humillante, todas ellas intercalaban en sus conversaciones frases en francés que ella, que manejaba un pobrísimo vocabulario imbuido por la seño, que jamás había pisado suelo francés, con la única función de dotarla de uno más de los inservibles conocimientos de adorno que una chica de sociedad ha de tener, no era capaz de descifrar jamás y siempre la hacían sospechar, ya que aquellas frases iban seguidas de risas, que o bien eran bromas privadas, que le estaban vedadas, o, mucho peor incluso, se estaban riendo de ella.

Con todo, y pese al desastre inicial, el resto del verano se encarriló con la suficiente fortuna como para quedar en la memoria de Sidra como el mejor de toda su vida. Tanto que muchos años después, cuando los acontecimientos y las desgracias ya habían dibujado el mapa de los despropósitos, ella seguiría guardando en el cofre de los tesoros intangibles el recuerdo del mar, las tardes por el paseo, la libertad de verse por primera vez libre de sus hermanos menores, la liviana inconsistencia de un vestido blanco, el peinado que le hizo la prima mayor de Francisca, y con el que se vio tan guapa, las olas rompiendo en la orilla, la lluvia mojando los planes, lo lejos, lo remotamente lejos que quedaba Pomar.

Francisca se casó muy pronto, antes de los dieciocho años, con el hijo de uno de los ingenieros de Duro Felguera, y Sidra no pudo ir a su boda, que era lo que más le habría apetecido en el mundo, porque la familia aún seguía de luto por la muerte de Ángeles Ariznabarreta. Durante algún tiempo, Sidra fantaseó con aquella boda, aunque tenía la certeza de que no podría acudir. Pensaba que lo que siempre decía Dorotea de que una boda hacía otra boda podía cumplirse perfectamente en aquel caso, y tal vez Marcial se fijaría en ella, y con un poco de suerte querría que fueran novios, y se casarían y por fin ella abandonaría aquel valle que detestaba, para instalarse con su marido en Madrid, donde él estudiaba para ser abogado y en donde sin ningún género de dudas tendrían una vida venturosa: la que en definitiva le pertenecía de no ser por aquel accidente en el curso de su existencia que se llamaba Pomar y que, si alguien no lo remediaba, de ser una pura circunstancia se convertiría en el más crónico de los males que podían aquejarla.

Todo eso, sin embargo, pertenecía al pasado. Marcial había quedado eliminado como pretendiente, sin que él hubiera tenido jamás ni la menor idea de que lo era, en la previsora y cada vez menos esperanzada mente de Sidra, que empezaba a asumir que iba a ser difícil encontrar un marido adecuado, del mismo modo que tener una amiga había sido un empeño de resultados muy poco satisfactorios.

Desde que Germán irrumpió en su vida, ceremonioso y tocado por la extravagancia de un atuendo insólito, Sidra era otra. No había vuelto a verlo desde el mediodía de aquel domingo y el verano empezaba a cerrar un capítulo en torno a las rutinas que constituían la vida en Pomar. Ella, sin embargo, habitaba un mayo constante, apenas prestaba atención a los desmanes de las trillizas; no regañaba nunca a Manuel, que estaba a punto de ingresar en la Escuela de Capataces; se ocupaba de Claudia sin protestar; había dejado de ser tan exigente con Dorotea; se probaba peinados delante del espejo, y hasta vivía un poco atolondrada.

Curiosamente, el único que pareció advertir aquel cambio fue Manuel. Lánguido y de aspecto enfermizo, con aquellas gafas sobre los castigados ojos, y siempre encerrado en sus silencios, supo ver en su hermana mayor las huellas del embobamiento que Germán había dejado tatuadas con una sola mirada y una sola sonrisa. Sin embargo, no le dijo nada. En Pomar no se hablaba de sentimientos, y aunque hubiera sido así, no se imaginaba a sí mismo diciéndole a Sidra que entendía cómo se sentía. Sobre todo porque no estaba muy seguro de entenderlo.

Manuel había cumplido quince años y sólo conocía del amor lo que había ido aprendiendo en los libros de poemas y en las novelas que también formaban parte de su alimento libresco. Camuflada entre sus mamotretos de estratigrafía, clandestinamente se colaba la poesía de Verlaine, porque Manuel sí tenía un francés perfecto, y la de Whitman, que marcaba su credo particular y secreto: «Creo que una hoja de hierba no es menos que el día de trabajo de las estrellas y que una hormiga es perfecta, y un grano de arena y el huevo del régulo son igualmente perfectos, y que

la rana es una obra maestra, digna de los señalados...», y algunos libros de Oscar Wilde. Todos ellos hablaban y le hacían sentir cosas que nada tenían que ver con lo que veía a su alrededor: el amor que salía en los libros no se parecía a los novios que estaba acostumbrado a ver, y no parecía que la culminación del noviazgo, la boda, obedeciera a los dictados de las palabras que de forma paulatina moldeaban su capacidad para sentir, tan lejos de todo lo que le rodeaba.

Manuel nunca había tenido novia, ni siquiera pasaba por su cabeza esa posibilidad. Abstraído en cálculos y geometrías, su corazón salía al recreo para enterrarse directamente en las páginas de la *Espasa* que ocupaba la vitrina central de la biblioteca y que era el orgullo de Benito Montañés. La *Espasa* le proporcionaba la respuesta a cada una de sus preguntas, y gracias a los conocimientos que le aportaba, en aspectos tan variopintos, descubrió incluso cosas sobre sí mismo que estaba seguro de que nadie de los que le rodeaban, y muchísimo menos su padre, sería capaz de mostrarle.

Por eso, aunque veía en Sidra algunos de los evidentes síntomas del amor, tampoco estaba muy seguro de que ella pudiera entenderle si le decía lo que pensaba. Y sobre todo si, para ello, le hablaba de lo que sentía.

Lo que no sabía Manuel era de qué modo él mismo se convertiría en actor sustancial en aquella obra de teatro, de la que aún no se habían repartido los papeles y quedaba por decidir el género al que pertenecía.

Tuvo la ocasión de sospecharlo el primer día de clase en la Escuela de Capataces en Mieres, cuando su propio desconcierto, aliado con la timidez insuperable que regía su conducta, se tropezó de frente con un tipo de aspecto atildado.

—Tú eres el hijo de Montañés...

—Y tú eres...

—Soy Germán Espina. Conozco mucho a tu padre porque soy el tesorero del Sindicato Católico. Nos vimos hace unos meses, no sé si te acuerdas, estabas con tu hermana, con tus hermanas, en el Centro, en Valdefarrucos...

Como para no recordarlo. Si los domingos de primavera lucía aquel traje imposible, el comienzo de curso no era menos inspirador para Germán: sus pantalones de cheviot, su camisa azul celeste, su chaleco y aquella gorra de cuadros escoceses lo convertían en el más peculiar de los alumnos de la escuela, por lo general muchachos más bien rudos que trataban de escapar de la aspereza de la mina robándole horas al sueño para mejorar sus condiciones de vida, animados por los frailes de La Salle, especialistas en detectar entre sus alumnos aquellos especialmente dotados para los estudios. Ése no era el caso de Germán: sobrino del máximo dirigente del Sindicato Católico, había pasado la mayor parte de su infancia y su adolescencia viviendo en ciudades como Roma, París o Berlín, donde su padre se

había ganado la confianza y el aprecio del marqués de Comillas en el mismo momento que éste se hizo cargo de las acciones de su progenitor, el primer marqués de Comillas, en el Coto de Aller, gracias a la sintonía de ambos en lo que Claudio López Bru consideraba asuntos fundamentales y que tenían que ver, lógicamente, con la relación entre lo terrenal (la empresa) y lo trascendental (la religión y la vida eterna).

Con el aval y el encargo expreso del marqués de Comillas de supervisar que cualquiera de las decisiones —hasta las más ínfimas— que se tomaban en las delegaciones de sus empresas en diferentes ciudades de Europa estuviera en consonancia con el espíritu que ambos compartían, Genaro Espina se había convertido en una especie de ángel guardián evaluador y censor de todo cuanto acontecía en ciudades que, aunque avanzadas en algunas cuestiones, absolutamente imitables, albergaban siempre la amenaza del pecado. Y esa amenaza de pecado fue la que movió a Genaro Espina a remitir a su hijo, cuando aún no había cumplido los dieciocho años, al reducto salvador de Moreda y a la tutela de su cuñado Vicente, sólido baluarte de la doctrina de Jesucristo, y de los planteamientos empresariales, en el valle. De poco habían servido las protestas de Germán, que, aunque su padre no tenía ni la menor idea, había aprendido lo suficiente de aquel periplo: y no sólo a hablar fluidamente varios idiomas.

Todo aquello, unido a lo estrambótico, por moderno y poco visto, de su indumentaria, convertía a Germán en un personaje peculiar que concitaba admiración, desprecio, burla, envidia y toda una amalgama de contradictorios sentimientos que lo colocaban siempre en el centro de las polémicas. Con todo, los años vividos fuera de España le habían transformado en un tipo no sólo muy listo, que era algo que traía ya de serie, sino en alguien con habilidades extraordinarias a la hora de manejar tanto personas como situaciones, capaz por ello de reconducir cualquier circunstancia hacia la posición que le fuera más favorable. Y una vez ahí, que se rieran de sus pajaritas, o de su gorra de cuadros escoceses. Y curiosamente, consciente de ese poder y de las interesantes posibilidades de ello, Germán había encontrado a su vida en el Coto de Aller muchas más ventajas de las que en un primer momento, mientras deambulaba con desesperación por la Rue du Jour en busca de Jean-Pierre en el exterior del Lapin Agile, con el pensamiento extraordinariamente laberíntico gracias a la absenta clandestina que aún se destilaba pese a la reciente prohibición, había podido siquiera imaginar. Así que pasaba los días acariciando aquella sensación de vida secreta, de estar pero no estar, de pertenecer a otra parte y sin embargo vivir como si fuera uno de ellos. La gente normal que quisiera camuflarse entre sus conciudadanos optaría como primera medida por no destacar a simple vista. Él no. Él hacía justo lo contrario, seguramente porque le gustaba pensar que no era un tipo normal. Establecía una clara diferencia: su vestuario, para el que había traído una buena cantidad de prendas y

complementos, y que literalmente había desbordado la capacidad de los armarios de la casa de su tío, y que cada temporada se enriquecía con las aportaciones que le llegaban en misteriosos paquetes desde París; su discreto perfume, algo insólito en la comarca; sus maneras. En una inspección apresurada cualquiera podría concluir que Germán era un cursi de cojones o, casi con mayor probabilidad, un maricón. Pero ocurría que esa primera impresión entraba en contradicción cuando se establecía contacto con él. Germán, sin duda alguna, era uno de ellos. Ni lo que decía ni cómo lo decía diferían gran cosa de los planteamientos ideológicos y vitales de los miembros más destacados de la comunidad. Y ahí, justamente ahí, era donde Germán disfrutaba muchísimo, porque se sabía un auténtico impostor. Por lo pronto, ya le habían confiado la tesorería del sindicato, y no habían considerado que cabía la posibilidad de que fundiera *les perres* en aquella estrafalaria ropa que se empeñaba en llevar.

También, a su manera, Manuel era un impostor, tratando de pasar desapercibido cuando había en él una mezcla de delicadeza y languidez, una exquisitez en el trato bastante insólita, una permanente ausencia, como si, al margen de su cuerpo, la cabeza explorara sus propios territorios, lo que le hacía inconfundible entre aquella colección de muchachos con callos en las manos y una raya negra en el párpado inferior de los ojos que no había forma de arrancar, como si subrayara la negrura de lo que la mirada acostumbraba a contemplar.

No fue por tanto ninguna sorpresa que, a pesar de la diferencia de edad y de curso, entre ambos surgiera una corriente de simpatía que, entre otros, hizo extraordinariamente feliz a Sidra, sobre todo cuando Germán empezó a convertirse en una visita frecuente en Pomar.

> De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
> Enviado: domingo, 4 de noviembre de 2007 21:05
> Para: brunobranha51@gmail.com
> Asunto: De vuelta
>
> ... el sol amarillo, tu sonrisa, descubrirte al otro lado de la calle antes de que me vieras tú a mí, una Coca-Cola bebida a medias, tu forma de apartarte el pelo de la cara, tu voz tan sabida dibujándose en el aire frente a mí, la alegría de verdad, la reproducción del gato de Klee en la pared, mi teléfono sonando, mi teléfono vibrando, mi teléfono en silencio parpadeando, tus dedos investigando dónde coño se apagaba mi teléfono, las indecisiones, el helado de stracciatella, la camiseta de Custo que identificaste, la perfección del primer beso, la perfección absoluta de todos los demás, el pendiente que perdí, el perro enano que se te enredó en las piernas, el sonido de la puerta de la habitación al cerrarse detrás de nosotros, el Retiro por la mañana, *El País* leído a medias, la luz colándose por las rendijas de las persianas, tus labios, una gotita de sudor que se quedó suspendida en el borde mismo de tu ceja izquierda, la constelación de la Osa Mayor en tu espalda, los

celos retroactivos que te produjo la historia de Asier, los celos que me comieron por dentro cuando me hablaste de aquella chica francesa, justamente de aquélla y no sé por qué, tu forma de extender la mermelada en el croissant, la marca que me dejaste en el cuello como si fuéramos adolescentes, el pañuelo que me puse para que los de recepción no se hicieran películas, tu forma de abrazarme protectoramente cada vez que cruzábamos una calle, cogernos de la mano sin cogernos del todo, las horas en el banco del parque, tus amenazas de presentarme a tu padre, tus amenazas de presentarme a tus hijos, la ternura con la que hablas de Morgana, la ternura cuando hablas de Lisis y de Óscar aunque creas que no se te nota, lo larguísimo que se hizo el tiempo sin ti cuando te fuiste a tu casa para ver cómo estaba tu padre, dibujarte mientras dormías, el lunar de tu rodilla izquierda absolutamente gemelo con el que tengo yo en la derecha, como si tu rodilla fuera la imagen en el espejo de la mía, tu barba de tres días, que pinchaba tanto, tu cara suavísima después de afeitarte para no pincharme, tus canas, las luces de la ciudad en el retrovisor mientras conducías por la noche, las fotos de tu cartera, la tosta de queso gorgonzola con nueces, la trompeta de Art Farmer sonando en tu coche, tu modo de abrazar, dormirnos después de amanecer, tus secretos, los míos, el intercambio de cromos de la infancia, el modo en que me dijiste te quiero después de dos días juntos, tu risa, tu forma de caminar, tu chaqueta de cuero, el modo en que te quedaste mirando a la estatua humana con forma de dama victoriana, tu pasión por toooodos los músicos callejeros, comer pipas sentados en un banco, tu forma de mirar el cielo y decir va a llover un instante antes de que empezara a diluviar, tu falso enfado cuando te dije que no sabía si te parecías más a Tito Valverde o a Santiago Ramos, oírte silbar mientras te duchabas, los retazos de tu historia desperdigados sin orden en los brevísimos días compartidos, la inexactitud del tiempo, tu olor maravilloso, los itinerarios para un viaje que algún día haremos, la pulsera de cuero que me pusiste en la muñeca exactamente igual a la que te pusiste tú, la sonrisa ruborosa cuando aquella mujer te reconoció por la calle, los dedos de tus pies, tu Nesquik para desayunar, que supieras el significado del *hic et nunc* que llevo tatuado en mi pie, la forma en que lo besaste, la pasión, susurrar debajo de las sábanas como niños que se cuentan un secreto, las historias que imaginamos juntos, tocar tu cara con los ojos cerrados para aprenderte al tacto, tu interés por cada cosa de mi vida, tu deseo de conocer Pomar de mi mano, descubrir que sabes montar a caballo, los besos diminutos en mi espalda, la pereza que nos dejó sin salir de la cama en todo el sábado, las risas con la peli porno del canal de pago de la tele, reírnos con una vieja actuación de Faemino y Cansado que reponían en alguna cadena, la cadena de lugares comunes y frases hechas que enlazamos entre risas como si fuera una competición, tu voz tarareando *Buonanotte fiorellino* antes de quedarme dormida, tus invenciones, mis silencios, el modo en que enredabas tus dedos en mis rizos, la noche del viernes en el café Central escuchando a aquella banda de jazz, la hamburguesa en el McDonald’s, tu boca, mi boca, la sintonía, los miedos domesticados, tu imagen haciéndose pequeña en el retrovisor de mi coche cuando me fui, esto que aún sigue en mí y que no sé qué es, pero se parece tanto al amor.

¿De verdad hemos estado juntos sólo cuatro días?

Aida

No hay más que formular un deseo con la más firme de las determinaciones y la certeza de que se cumplirá, para que el universo entero se ponga en marcha, y los planetas inicien la alineación adecuada y las casualidades comiencen a producirse en una secuencia que tiene más que ver con la magia que con cualquier otra circunstancia.

Camino y Efrén vivían aquel amor extraño, aquella pasión silenciosa y desmedida arropados por sombras, ocultos por castaños milenarios, jugándose la vida y, lo que era peor, la honra, a las horas más intempestivas y del modo más apresurado. Tenían la ventaja de que, bendecidos por algún dios generoso, ambos habían desarrollado la extraña cualidad de hablarse sin necesidad de palabras, y en un instante que se cruzaran sus ojos podían transmitirse todas las frases con que engañaban las enormes dificultades.

Sin apenas palabras sabían que se amaban y que eso no había nada ni nadie en el mundo que pudiera cambiarlo. También sabían que encontrarían el modo de estar juntos, como quien sabe que el día sigue a la noche. Por eso, cuando sucedió lo que no pasaba de ser un pequeño acontecimiento pero para ellos tenía dimensiones gigantescas, sólo suspiraron aliviados, conscientes de que se había cumplido el deseo.

Fue Benito Montañés, sin sospecharlo siquiera y movido por su propia desazón, quien ejerció de inocente taumaturgo. Se presentó en la consulta de Efrén y entró casi a la vez que llamaba débilmente a la puerta, tras la cual el médico auscultaba a un candidato perfecto al retiro por enfermedad, que no paraba de toser.

—Si no te importa, Montañés, ahora termino...

Se suponía que eso debería indicarle que saliera de la consulta y esperara fuera, pero para Benito Montañés aquello era impensable. Que esa gente dispusiera de un consultorio médico era un regalo del Marqués, y él era su máximo representante en la zona, así que ni se le ocurría que existiera alguna razón por la que no pudiera permanecer allí.

—Es un asunto importante, Efrén. De máxima importancia. Y delicado. Tiene que ver con Camino.

Efrén Rubiera, que se estaba lavando las manos, sintió que el corazón se le paralizaba. Así que aprovechó para disimular echándose agua a la cara en un gesto que, aunque chocó al director, atribuyó a aquellos días especialmente cálidos.

Se preparó. Aquel valle era una portería. Alguien los había visto a pesar de las precauciones que tomaban. Unos ojos testigos de los besos, de la mirada de Camino, de aquella forma de quererse tan nueva y tan antigua, alguien que se ocultaba en las mismas sombras que los protegían a ellos, y el sudor frío, el vértigo, no por él, por ella y por todo lo que se le venía encima...

—Bueno, lo diré a bocajarro, querido Efrén. Como sabes, hasta ahora Camino se está encargando de alimentar a mi hija pequeña.

—Sí... —pues para querer decirlo a bocajarro, Efrén se preguntaba por qué Montañés daba tanto rodeo.

—Pero ahora, ya ha pasado mucho tiempo, y aunque estamos muy contentos con ella, hay cosas...

—Hay cosas... —ahí estaba, ahora se lo decía, ahora le hablaba de aquello que se había convertido en su vida y que se convertiría sin duda en la losa que enterraría a Camino para siempre.

—Hay cosas que no pueden prolongarse *ad aeternum*... Y a Camino, nosotros la queremos mucho, es como de la familia...

—Claro... —como no se lo dijera pronto le iba a dar un ataque al corazón.

—Y he pensado que, en vista de la situación en la que está, y como ella es muy buena chica...

¿Muy buena chica? ¿Es? No, no ha dicho *era*... La frase correcta habría sido: «Era muy buena chica, pero ahora está hecha una puta».

—Vamos, Efrén, que tengo que pedirte un favor.

Definitivamente, las cosas no iban como el médico pensaba. O estaba dando unos rodeos innecesarios, o no iba a hablarle del pecado en que habían incurrido.

—De cara a que no quede desasistida, porque ya sabes que la pensión que le quedó por Xelu Barea es muy pequeña, y como ella es muy apañada, y a ti no te vendría mal...

Un ataque al corazón: a Efrén Rubiera iba a darle un ataque al corazón.

—Vaya, que quería saber qué te parecería a ti que le diéramos un trabajo aquí contigo. Te vendría bien tener una ayudante, alguien que sea hábil. Ya sé que sería mejor una enfermera profesional, pero este consultorio es lo que es, y Camino es buena chica, muy trabajadora, cumple muy bien y es muy lista. Aprenderá rápido las tareas que puedan descargarte a ti de trabajo y ella percibirá un salario...

Como la cara de Efrén era el mapa del desconcierto, Montañés se apresuró a aclarar:

—Naturalmente, no irá a costa del presupuesto del consultorio. Si tanto tú como yo le presentamos al señor Marqués como perentoria la contratación de Camino, no dudará en considerar la situación y en disponer lo más justo, como tiene por norma en su vida.

Efrén Rubiera apenas podía pensar. No podía estar sucediendo algo tan bueno. No

podía ser verdad que Camino y él pudieran pasar horas y horas juntos, sin tener que ocultarse, sin... No podía estar pasando.

Aun así, buscó intentando capturar algunas de las palabras que andaban por su cerebro en un movimiento centrífugo para conseguir formular una frase, y cuando por fin las tuvo todas, tratando de que no le temblara la voz y que su gesto fuera lo más tranquilo y circunspecto, concedió:

—Si a ti y al Marqués os parece bien, seguro que así será. Por mi parte, sabes que puedo realizar mi trabajo solo sin ningún problema, pero comprendo que a veces hay que sacrificar la independencia y la libertad que supone trabajar solo, sobre todo si se trata de hacer un bien a una persona que está en una situación difícil...

Y Benito Montañés y su atribulada conciencia respiraron con alivio.

Han pasado tantos años, y Paloma quiere morir en un lugar desde el que pueda ver un tren, anotó Aida en la Moleskine roja. Y a la vez sintió un extraño alivio, la sensación de haber cumplido el deseo de alguien, aunque no había sido fácil encontrar una residencia con vistas a una vía de ferrocarril, que contara con una habitación libre desde cuya ventana fuera posible ver pasar los trenes. Al final, después de desesperarse con el Google Earth, había dado con una posible, ya casi en Candás. Aida sabía que su madre pondría el grito en el cielo y encontraría muchas más razones para visitar aún con menos frecuencia a su tía, con la que a pesar de todo no se llevaba nada bien. Inés, la madre de Aida, le reprochaba secretamente a Paloma que nunca se hubiera decantado del todo por la izquierda, y hubiera permanecido en una extraña ambigüedad. Aida no entendía en absoluto la postura de su madre y se empeñaba en discutir con ésta el carácter más bien tirando a heroico de Paloma, y las actitudes que siempre había mantenido. Pero Inés era tajante: ni siquiera París y todo lo que eso pudiera haber significado, nada. Su tía nunca había conseguido librarse de la sombra de Pomar.

A pesar de todo aquello, Aida estaba contenta y la sonrisa de oreja a oreja de Paloma cuando abrió la puerta de su habitación y la encontró sentada sobre un sillón tapizado con flores de color malva la confirmó en la certeza de que había acertado en la elección de la residencia. Parecía una niña feliz.

—¿Sabes qué flores son éstas? —dijo señalando el sillón en el que estaba sentada.

Aida negó con la cabeza: lo de las flores era otro de sus tropiezos con la botánica, como lo de los árboles.

—Ay, esta neña, tan lista y que no sabe nada... Son trinitarias, mujer.

—¿Trinitarias? En mi vida había oído ese nombre, te lo juro. También es raro que se haga una tela para tapizar con unas flores tan raras.

—Raras... Cuánta ignorancia. Son buganvillas...

—Eso ya me suena más.

—Son las mismas, pero se llaman de distinta manera. En Pomar teníamos una que trepaba por la parte de atrás. Llegó a cubrir casi toda la pared, y una de las ramas dio en extenderse por el tendejón donde se guardaba toda la herramienta y los aperos... Me acuerdo de Migio, el pobre, que estaba harto de tener que subirse a una escalera para sujetarla, porque no sé si sabes que las buganvillas, en contra de lo que la gente cree, no son enredaderas. Sólo se apoyan. Y hay que sujetarlas con alambre.

—Oye, Paloma... ¿Tú sabes que hoy hablas mucho más rápido?

—Ya me he dado cuenta. Hasta he hablado sola un rato, por la pura novedad. Igual he mejorado y todo... Yo creo que son los trenes...

—Pues mira qué bien. Si tienes ganas de hablar, no sabes las ganas que tengo yo de escucharte.

—Eh, eh, eh. De eso nada, monada. Mejor me cuentas tú, que me parece a mí que algo tienes que contar... ¿Has vuelto con el vasco?

—No es vasco, Paloma; se llama Asier, pero no es vasco... Y no, no he vuelto con él. Ya sabes que no vamos a volver.

—Pues algo hay. A ver si te crees que me la das. Seguro que en Madrid pasó algo... A las niñas cuando se enamoran se les nota hasta en el brillo del pelo.

—Venga ya, Paloma, que tengo más de cuarenta años...

—Una neña, lo que yo te diga...

La anciana interrumpió su discurso para quedarse mirando fijamente por la ventana: a lo lejos un tren que parecía de juguete rompía la quietud del paisaje. Aida conocía la pasión de Paloma por los trenes, todo el mundo lo sabía. Y vagamente conocía el origen.

—Un día tienes que contarme...

—Algún día que me pilles en racha. Algún día te hablaré de él, pero no hoy. Hay cosas que de momento se quedan para mí. Yo si quieres te hablo de tu abuela y de Andresín cuando eran neños...

Ni Andrés ni Claudia fueron conscientes nunca del amor que en torno a ellos, con voluntad de fiebre y desafío y, apremio de eternidad, iba de los ojos de Efrén a los ojos de Camino. El consultorio tenía adosada una pequeña vivienda que desde un principio le fue adjudicada a Camino, y aunque sus padres pusieron el grito en el cielo, ella se instaló allí de un modo más permanente de lo que en un principio

podría parecer. Allí tenía a los niños gran parte del tiempo, pero como vivienda y consulta se comunicaban, ellos correteaban por la sala de espera del consultorio y por el consultorio mismo, con la naturalidad con que se comparten los escenarios de la infancia. Al tiempo que aprendían que la lluvia mojaba, que había que tener mucho cuidado cuando Camino los llevaba cogidos de la mano para no rozar las ortigas que tenían la mala costumbre de invadir los bordes del sendero, o que había que besarle la mano a don Macrino cuando se encontraban con él de paseo, pero no cuando iba con un monaguillo que tocaba la campanilla, que entonces había que pararse y quedarse en silencio y hacer la señal de la cruz, y no sorprenderse por que algunas mujeres se arrodillaran aunque el camino estuviera lleno de barro tras la lluvia. Y al tiempo que aprendían el nombre de los animales y de las flores —los zapatinos del Niño Jesús, de color amarillo, las flores blancas de pan con queso, las primeras en aparecer al final del invierno—, aprendían también lo que era el algodón, la jeringuilla, el microscopio, el estetoscopio y el alcohol, y hasta sabían decir Rhodine, éter acetílico. Y todo lo que había en torno a ellos participaba de aquella misma vocación de inevitable normalidad. Aunque aquella normalidad tuviera la consistencia del incendio.

Seguramente porque se amaban, o porque ambos, gracias a la extraordinaria sensibilidad con que la biografía de cada uno de ellos había ido alimentando su personalidad, habían conseguido desarrollar un lenguaje tejido en las miradas por fugaces que fueran, el caso es que sus días transcurrían en dos planos independientes. Si en secreto mantenían una conversación interminable, y sin cruzar ni una sola palabra que no atendiera a las necesidades del trabajo se prometían amor eterno, se proponían juegos, se evocaban instantes, se acrisolaban lealtades, se certificaban entregas y se licuaban por dentro, nada de lo que trascendía llevaba escrita la más leve sombra de pecado.

Porque pecaban. Continuamente de pensamiento, y de obra siempre que podían, con la más exquisita de las discreciones y, sin embargo y a pesar de todo, Camino continuaba viviendo sin la más insignificante sombra de culpa, y de ningún modo se había planteado abandonar la comunión, ni siquiera confesarse, consciente de que lo que le estaba ocurriendo tenía tanto de sobrenatural, que a la fuerza tenía que estar bien visto a los ojos de cualquier dios. Que Efrén estuviera casado era algo remoto, ajeno a aquella impetuosa erupción de lava tan dulce como violenta que brotaba en el más incognoscible rincón de su alma o de su cuerpo, porque no era fácil distinguir la una del otro en aquella sinfonía de sensaciones inéditas que la acompañaban desde aquel día de la antojana. Ninguna de las personas que acudía al médico en la consulta habría podido ni remotamente imaginar que entre Camino, tan viuda, tan formal, tan callada, y don Efrén, tan casado, tan padre y tan respetable en su condición de médico, como respetado por la humanidad que desprendía («Ye tan llanu, don Efrén, ye un médicu que da gusto...»), pudiera haber el más ligero de los

pensamientos inapropiados, que por otro lado eran los dueños del aire que respiraban varias horas al día.

Camino había aprendido rápidamente todos los detalles que contribuían a que la atención a los enfermos fuera tan eficaz como poco esperable en una zona como aquélla. Su inteligencia natural, su habilidad y sobre todo la extraordinaria sensibilidad que como un don había desarrollado tras la muerte de Xelu, y que le permitía la lectura de lo más recóndito de las emociones de las personas que tenía ante ella, estaban convirtiendo la labor de Efrén en algo que trascendía lo puramente profesional, que de por sí él siempre había vivido con pasión, para convertirse en mucho más que eso, en una suerte de sacerdocio, en algo parecido a una misión a la que se entregaba con toda su alma porque, y eso sólo lo sabían los dos, hacerlo era entregarse incondicionalmente al amor de Camino.

En el valle todos se hacían lenguas de lo *entendíu* que era el médico, pero también de lo dulce que era Camino, a quien todos conocían, y aunque sabían de sobra que carecía de cualquier titulación oficial, no dudaron en empezar a llamarla «la enfermera». La atención a los enfermos, la dedicación y el cariño con que los trataban eran tales, que a nadie le parecía raro que médico y enfermera pasaran todo el tiempo juntos, de modo que hasta las visitas domiciliarias se realizaban conjuntamente y no era extraño ver a Camino montada a caballo con el médico cuando acudían a Grameo o a Carabanzo, sin que nadie fuera capaz de detectar la deflagración que se producía en el mismo instante en que Efrén le daba la mano a Camino para ayudarla a subirse al caballo, ni de ver el más mínimo estremecimiento en el momento en que se producía el levísimo contacto de la mano de ella en la cintura de él para mantener el equilibrio, los dos sobre la misma albarda, a mujeriegas ella, tan recatada, tan inquebrantable en su decoro. Como quien más quien menos estaba agradecido del trato que ambos profesaban a enfermos y a familiares, a nadie se le ocurría pensar ni remotamente que podía haber algo entre ellos, lo que resultaba inexplicable, porque Camino era una viuda jovencísima y preciosa, y no eran pocos los rumores que acompañaban siempre a cualquier mujer en esa situación.

Quizá contribuyó a que ninguna turbiedad empañara la imagen de Camino el pánico mortal que aquel año se extendió por el valle. El mal de moda, como llamaban con envidiable vocación de trivialidad a la que sería conocida como la gripe española, y que en Asturias se llevó por delante la vida de unas dos mil personas. En aquellos meses interminables en que la enfermedad provocaba tanto miedo que una vez que entraba en una casa ningún vecino ni familiar se acercaba ni de lejos por miedo al contagio, la aparición de Efrén y Camino se consideraba algo parecido a un milagro y a nadie se le ocurría pensar nada más allá del poder curativo que parecía extenderse por la casa en cuanto ellos entraban protegidos por unas mascarillas que les habían suministrado en el sanatorio, de las que utilizaban en el quirófano, y era

como si Dios se hubiera personificado en las miradas compasivas sobre la tela de la mascarilla, en el gesto dolorido cuando nada podían hacer por los enfermos más que confortar a los familiares.

Pero era difícil pensar mal de Camino al verla instruyendo a los familiares de los enfermos acerca de cómo administrar las medicinas, y más aún, cómo mantener la higiene necesaria, o consolando cuando la ciencia no podía hacer nada, acompañando, tratando de conciliar los remedios aplicados como resultado de la sabiduría popular (el llantén, la flor de malva, la manzanilla, el té, los vahos de eucalipto) con los remedios de botica, siempre tan próxima, tan de ellos mismos, y a la vez tan tocada de un halo especial, que más de uno pensaba que era un ángel. Un ángel que calzaba madreñes.

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado: martes, 6 de noviembre de 2007 4:20
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: A vueltas con el insomnio

Querida Aida:

Aquí estoy, despierto desde hace casi una hora, y eso que esta noche sí conseguí quedarme dormido. Lo hice mientras Grissom resolvía un caso en Las Vegas, y me acordé de ti porque tienes razón, creo que tiene los pies muy pequeñitos o algo, pero es cierto que camina raro. Me acuerdo de ti muchas veces, por montones de tonterías. Siempre que veo algo, o leo algo, me pregunto qué opinarías tú, y te imagino arqueando las cejas y abriendo mucho los ojos. Eso de arquear las cejas lo hace mucho mi padre también, sobre todo cuando, como te ocurre a ti, quiere expresar la incredulidad que le suscita que su interlocutor no entienda lo que dice.

Siempre me preguntas qué es lo que me ocupa las horas cuando no duermo, que es lo mismo que preguntarme por qué no puedo conciliar el sueño. Es una forma como otra cualquiera de indagar en la naturaleza de mis preocupaciones, o de mis culpabilidades. Y sí, hoy podría decirte que parece que mis hijos se han puesto de acuerdo para tejer en torno a mí una red semejante a una tela de araña viscosa. Morgana está mala otra vez y su madre vuelve a estar histérica porque la ha llevado a urgencias y yo no estaba allí. En el Hospital Provincial de Huesca. Debe de ser que tengo que tener, por mi condición de padre, un sentido de la adivinación que ni la bruja Lola, porque la primera noticia que tuve de que estaba enferma (un catarro, no más) fue cuando Maca me llamó ya de vuelta a casa. Adivinación y, además, los superpoderes de Supermán para volar raudo y veloz hasta Huesca con mi capa. Vamos, que no sé qué coño espera de mí, pero cualquier excusa es buena para que me sienta como una mierda de padre, incluso cuando no hay ni el más mínimo motivo para ello. Lo de Morgana no deja de ser una tontería, ya lo sé. Es peor lo de Óscar, y aunque me he jurado que no voy a dejarme chantajear emocionalmente y estoy acostumbrado a que sus veladas

amenazas de suicidio se evaporen en cuanto le hago una transferencia extra a su cuenta, hoy lo he visto muy desanimado. Ya he renunciado a preguntarme qué va a ser de su vida: sé que es suya, y que si he apostado por proporcionarle toda la libertad para decidir, ahora no vale que no me guste el camino que sigue. Sí, ya sé qué vas a decirme, y tienes razón: no se entiende mucho eso de la libertad sin independencia económica. Y sí, que va a meterse enseguida en la treintena y que yo a su edad... Sí, sé todo eso. Y hasta me hago propósitos de cerrar el grifo y que se busque la vida. Pero luego resulta que es mi hijo y no puedo, por mucho que tú me digas y yo sepa que si por lo menos consiguiera verlo feliz... pero no parece la fórmula. La última es porque el bajo de su grupo, que es muy alto, por cierto, se ha echado una novia en plan serio, y lo deja. Abandona la formación de Peterpanes, que nunca hubo un nombre de grupo que mejor definiera a esta panda de niños crecidos sin crecer. Óscar lo vive como una traición, no sé si porque entiende que la música es una especie de sacerdocio o porque le da una pereza horrible ponerse a buscar otro bajista. Qué tragedia, ¿verdad? Pues sí, ya ves.

Con todo, lo peor del día ha sido una llamada de Lisis. Ya te digo que a veces parece que se ponen de acuerdo para que me maldiga porque en el oficio de padre no hay posibilidad de dimisión. No te dije nada cuando hablamos hace un rato, porque si empiezo no acabo y bastante tenías tú hoy con tus problemas con el jefe de publicidad.

Pero sí, cariño. Tengo una hija que hoy está radiante y feliz porque la han seleccionado para un *reality* de famosos. Un *Gran Hermano VIP*, por lo que me ha dicho.

Definitivamente, como padre no he podido hacerlo peor.

Y yo que quería tratar de convencerte para que te pienses lo que te dije de escribir la biografía de mi padre... Ya ves cómo se transforman las cosas.

Te quiero,

Bruno

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado el: martes, 6 de noviembre de 2007 5:32
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Re: A vueltas con el insomnio

Mira tú qué tontería: acabo de despertarme con una pesadilla horrible y he abierto el ordenador. Bueno, en realidad el ordenador permanecía abierto: anoche ni lo apagué porque después de hablar contigo todavía seguí un rato buscando documentación sobre las Misiones Pedagógicas de las que hablamos, aunque no tengo ni idea de qué diablos estoy buscando. Bueno, eso, que me desperté y vi tu correo y te llamé, pero ya habías apagado el móvil, y no me pareció muy oportuno llamarte al fijo, no sea que se despierte tu padre, y además, a lo mejor después de escribirme te quedaste dormido. Sería bueno eso. Quiero decir: no estaría mal tener la facultad de tranquilizar tu espíritu y hacerte dormir.

El caso es que ahora soy yo la que se ha desvelado y sí, lo reconozco: que tu hija

ingrese en un Gran Hermano de esos es como para quitar el sueño, pero no es eso lo que me lo ha secuestrado a mí. Han sido las imágenes de la pesadilla, porque he soñado con la guerra y con un edificio destruido y un sombrero lleno de polvo y sangre entre los cascotes. Sé que a medida que avance en la búsqueda de la historia familiar, acabaré teniendo que sumergirme en el tiempo terrible de la guerra, y me da pánico, pero ahí está el nudo que ha venido a estructurar mi vida y la ceremonia de confusión en que tanto mi abuela como mi madre y como yo misma hemos vivido siempre. Es tremendo cuando toda tu vida se apoya en un enigma y encima en torno a él se construye algo que se parece a una leyenda.

A lo mejor un día te hablo largo de todo esto, aunque ya te lo he mencionado en alguna ocasión. De las circunstancias, quiero decir, de la pura anécdota que, a pesar de todo, creo que es lo que menos te interesa, o al menos ésa es la sensación que tengo cuando te hablo de algunas cosas mías, que pareces impacientarte hasta que llego a lo que tú consideras esencial, que es el hecho de calibrar cómo me afecta a mí, o cómo lo siento yo, o cómo... Y a mí, la verdad, a veces eso me desespera, porque no puedo evitar pensar justamente en los detalles, en los hechos por diminutos que sean (en especial los diminutos), que son los que de verdad escriben lo que somos. A ti te gusta saber cómo me sentía yo en aquella casa con la sombra de mi abuelo tutelando nuestra existencia, el modo en que esa figura tan ausente como heroica marcó mi forma de pensar y de sentir, pero a mí me apetece contarte cómo era exactamente el tono de voz de mi abuela cuando cada vez que mencionaba a mi abuelo añadía «que en paz descanse» y luego hacía un silencio breve en el que musitaba algo ininteligible y que con los años descubrí que era una maldición para aquel que le había arrancado la vida y todos sus descendientes. También me gustaría hablarte de cómo fue la existencia de mi abuela recién llegada a Gijón a punto de dar a luz a mi madre y de la suma de penalidades que tantas veces oí contar, de aquella buhardilla de la calle Adosinda, y las latas en las que recogían el agua de lluvia que se filtraba del techo, y de cómo mi abuela tuvo que morder su orgullo y aguantar que mi madre tuviera que ir a un colegio de monjas para seguir manteniendo su trabajo en el cine Robledo, pero supongo que por eso estoy en esta aventura de indagar en la historia de la familia, para conseguir poner por escrito todos esos detalles, los que siempre quedan solapados y que aunque tú también los pasas de largo cuando me preguntas por mi biografía, son los que guardan la esencia insobornable de lo cierto.

Me hace gracia que me hayas planteado lo de escribir la biografía de tu padre y no entiendo por qué no puedes hacerlo tú. Quiero decir, escribir (a la vista está) no es particularmente difícil, por lo menos no es inabordable. Puedes hacerlo, y estaría bien que lo hicieras, y de paso cambiabas un poco el chip y le ponías distancia a Diógenes Morán, que aunque sea el primer personaje que consigues con una continuidad de más de tres capítulos en *El comisario,* me parece a mí que te está llevando más energía de la que se merece. Yo, si quieres, te echo una mano después, con el estilo y esas cosas, aunque también te digo que no es imprescindible. Eso de escudriñar, investigar, rebuscar en la historia de la gente (aunque la coartada sea que en realidad estamos indagando en nuestra propia historia) no tiene mucho más misterio que el descubrimiento. No es preciso darle una forma merecedora de pasar a los anales literarios, te lo aseguro.

Pero decía que me hace gracia lo de escribir la biografía de tu padre, porque no se

me ocurre alguien más ideológicamente opuesto a mi abuelo, y sus circunstancias tan distintas, y sus biografías, y el mundo que hay detrás del uno y del otro. Creo que sería demasiado para mí. No sé si sería capaz de empatizar con su historia, no sé si podría arrancar de mi cabeza el pensamiento dañino de que forma parte de quienes asesinaron a mi abuelo, aunque sí, ya sé que éste es un pensamiento esquemático y muy simple. Pero también creo que me entiendes.

Aun así, a lo mejor tampoco él tiene ningún interés. Si a ti no te cuenta apenas nada, ¿por qué iba a contárselo a una extraña como yo? Y luego está el asunto de la enfermedad: ¿son fiables los recuerdos de una persona con alzhéimer aunque sea en un grado incipiente? Y (esto es lo peor, porque forma parte del conjunto de pensamientos que me acechan con voluntad de destrucción), sobre todo, ¿a alguien le importa que lo que uno recuerde sea cierto o no? ¿No es el recuerdo la mejor herramienta para edificar una vida cuya autenticidad no sólo es cuestionable sino también imposible?

Son demasiadas preguntas para una noche desierta. Y, francamente, preferiría pensar en otras cosas, como en la forma en que me miras y me enciendes...

... bien, creo que voy a intentar dormir aunque sean ya las cinco y veinte. Lo único bueno que tiene trabajar en un periódico es que hasta las diez y media no es necesario aparecer por la redacción.

No te preocupes demasiado, a lo mejor Lisis no entra finalmente en el *reality*. Yo no he visto nada por ahí, y hasta que no se haga público me imagino que habrá mucho movimiento de representantes, pactos y condiciones. Entre los nombres que se barajan (he entrado en la página de Telecinco para mirarlo) no está el de Lisis, pero es cierto que sólo se mencionan cuatro o cinco. Crucemos los dedos. O no, no lo sé. A lo mejor tampoco ocurre nada porque lo haga, después de todo es su elección y no sé, igual tenemos demasiados prejuicios no ya con los programas de televisión: también con la vida...

Ay, no me hagas caso que la cabeza empieza a darme vueltas y seguro que digo un montón de tonterías.

Te quiero,

Aida

El verano, tan lento siempre en Pomar, se hizo en aquella ocasión interminable. Sidra se asomaba a los días como si aguardara noticias del paraíso y sólo encontraba el eco de la vulgaridad de lo que la rodeaba.

Pensaba con desasosiego en Germán, a quien no había vuelto a ver desde la mañana de aquel domingo en Valdefarrucos, en el local del Sindicato Católico, pero conservaba, por una de esas fechorías de la memoria, un inconmovible repertorio de gestos, muchos de los cuales seguramente eran el resultado de sus propias elucubraciones, y del juego incierto de su imaginación. Y aunque aplicaba su capacidad de racionalizar las circunstancias y de convertir en renglones derechos en su conducta el desorden de su conciencia, la mirada se iba inevitablemente carretera

arriba cada vez que se asomaba a la galería que daba al este, al lugar por el que siempre esperaba, inútilmente, ver aparecer a Germán con un traje claro de lino (de americano, decía Montañés con sorna) y con la turbadora sonrisa que no podía desprender de su pensamiento.

Y sin embargo, para evitar ser descubierta, engañaba al tiempo tratando de mantener un control sobre sus actos, sometiendo las horas a la rigidez de las tareas, de las obligaciones, y multiplicaba su celo por el buen funcionamiento de la casa. Vigilaba escrupulosamente la limpieza de los cuartos, el encerado de la madera de los suelos, el brillo de la plata, la inexistencia de una sola mota de polvo en todos los bibelots que su madre había dejado repartidos por las estancias y que tanto desesperaban a Dorotea y a Reme, aunque esta última preparaba su boda para principios de septiembre y parecía que todo le daba más o menos lo mismo, tanto, que la dedicación de Sidra le pasó tan desapercibida como aquella extraña luz que se desprendía de su mirada y en la que la pasión indomable había encontrado un hueco para infiltrar su veneno y derramarse por las costuras que se abrían inevitablemente en aquel traje de contención cada vez más frágil.

Por más que aquel verano fuese el de la espera y la ensoñación para Sidra, tuvo otros ingredientes para el resto de los habitantes de Pomar. Y no sólo porque Benito Montañés estuviera particularmente taciturno. De hecho, desde los sucesos de Moreda no había vuelto a levantar cabeza y paseaba su pesimismo a caballo cuando visitaba las distintas minas del coto, y a pie cuando se dirigía al Círculo Católico, por la vía de la maquinilla algunas tardes, y cuando charlaba con don Gustavo el ingeniero de las noticias que llegaban y que no contribuían precisamente a tranquilizar: el obrerismo combativo que parecía haber encontrado una vía de inagotable enfrentamiento con la fundación del Partido Comunista, que no daba sensación de peligro porque sus miembros eran gente muy joven, estudiantes y obreros, pero detrás, ay, estaba Moscú, y aquel Lenin que sin duda alguna era un enviado del demonio. También le preocupaba, y de ello hablaba con Gustavo tratando de que éste, conocedor de Cataluña, arrojara algún tipo de luz sobre sus tribulaciones, el crecimiento del movimiento anarquista, y aunque sabía que el marqués de Comillas ya había tomado cartas en el asunto y el somatén ya estaba actuando, no las tenía todas consigo. La Sociedad Hullera Española que él dirigía empezaba a parecerse a una isla cada vez más amenazada por los embates del oleaje marxista.

Ajenas a esas preocupaciones vivían las trillizas, o al menos dos tercios de ellas, porque Paloma, aunque participara de los juegos y los enredos a los que las tres se entregaban, iba siempre tras de sus propios pensamientos, y lo de aquel verano no era excepción. El mes de mayo había sido pródigo en piedad mariana y don Macrino les había hablado de las apariciones de Fátima que habían tenido lugar un par de años antes. Era cierto que el Papa aún no se había pronunciado al respecto de la

autenticidad de las apariciones, pero se sabía que era cuestión de poco tiempo que las admitiera como tales. La inocencia demostrada por los pastores y la circunstancia de que la Virgen hiciera especial incidencia en la necesidad de rezar el rosario a diario —que era una práctica que don Macrino defendía con entusiasmo—, así como la circunstancia nada desdeñable de que entre los divinos mandatos se incluyera el de rezar por la conversión de Rusia —asunto que también tenía sumamente preocupado a don Macrino, que veía en el marxismo la encarnación del mismísimo demonio—, convertían aquellos espectaculares fenómenos en una manifestación incuestionable de lo más alto. Había tenido una discusión con el médico, del que el cura sospechaba que era más bien tibio en asuntos de fe, por más que acudiera puntualmente a todas las manifestaciones religiosas, como no podía ser de otro modo en el coto del marqués de Comillas. Decía don Efrén, con un tono que parecía albergar una duda metódica y que a don Macrino le sonaba a rechifla, que qué curioso resultaba que la Virgen eligiera a unos inocentes pastores y no a un profesor de Teología, con el que habría podido expresarse de un modo mucho más concreto y, además, habría podido responder a las preguntas que sin duda alguna le haría éste encaminadas a desentrañar los grandes misterios de la divinidad. Don Macrino insistía, como hacía con los niños en la iglesia, en que la Virgen elegía siempre a los más humildes para hacerse presente y Efrén, que estaba visto que le andaba buscando las cosquillas, volvía a atacar diciendo que era un poco raro que a la Virgen le interesara Rusia precisamente, la conversión de Rusia, con la cantidad de países que había en África sin cristianar. Y entonces, ya un poco enfadado, terminaba por responder que no fuera mentecato, que los pastores no sabían ni qué era Rusia, y que pensaban que la Virgen se refería a una mujer que se llamaba así y que seguramente era muy pecadora y había que rezar por su conversión.

Con su habitual tendencia a la declamación pomposa y a la descripción retórica cuando se trataba de hablar a los niños (mucho más receptivos que Efrén Rubiera, desde luego) de los misterios del Señor y su Santísima Madre, había narrado con todo lujo de detalles el modo en que la Virgen se había aparecido a aquellos tres pastorcitos, cuyos nombres (Lucía, Francisco y Jacinta) se hicieron tan familiares a todos los niños que escuchaban con atención, como conmovedor les resultó el hecho de que los dos más pequeños hubieran fallecido poco tiempo después de la aparición de aquella mujer bellísima en una encina en el monte donde cuidaban sus ovejas. Almudena y Begoña empezaron entonces a manifestar una inclinación mística que las llevaba a encontrar indicios de apariciones en cualquier sitio.

—Si cierras los ojos muy fuerte muy fuerte, y los abres de repente y miras hacia el monte, se ve a la Virgen —decía Begoña.

—Pero al monte, ¿dónde? ¿Encima del castañeru?

Paloma las miraba con más recelo que otra cosa.

—Yo no quiero que se me aparezca la Virgen, que luego te da la gripe y... —y se callaba, porque Paloma no podía pronunciar la palabra *muerte* ni conjugar el verbo en ninguna de sus personas ni tiempos, y cuando rezaba el padrenuestro, se callaba al final del padrenuestro, «... ahora y en la hora de nuestra... amén».

Los años anteriores, la muerte, vestida de epidemia de gripe, se había llevado a un buen número de personas; algunas conocidas, como dos hermanos de Migio, y la madre de Dorotea. También se habían muerto niños y todos hablaban de alguna casa que se había cerrado porque la enfermedad temible había entrado y se había llevado a todos los miembros de la familia en apenas una semana.

Pero Paloma no hablaba de ello, ni mencionaba a la muerte y desde luego no tenía ningún interés en que se le apareciera la Virgen, que ya se había visto las consecuencias que ello traía. Ahora bien, cuando sus dos hermanas llegaron a la conclusión de que el sitio donde sin duda se aparecería la Virgen sería en La Santa, Paloma empezó a interesarse por el asunto. La Santa era como todo el mundo denominaba a una imagen de la Inmaculada que el marqués de Comillas había hecho colocar en 1904 con motivo del año mariano, sobre un pedestal de cinco metros de altitud, en lo alto del Cuitu Ramón, que constituía un mirador fantástico sobre los concejos de Aller y de Lena. Cada 15 de agosto, el día de la Santa, se celebraba una romería a la que acudían las familias del valle dispuestas a pasar un día de fiesta, comiendo al aire libre y bailando. El día de la Santa era una fecha especial para todos los habitantes de la zona porque marcaba el final del verano. A partir del 15 de agosto las interminables tardes se escurrían antes en la sombra de la noche, y empezaba a refrescar. El día de la Santa era, también, una fiesta propicia para poner en marcha noviazgos y para poner a prueba otros en el trayecto de subida o de bajada, más bien en esta última, que solía producirse a una hora en que la luz de la tarde, declinante y huidiza, se aliaba con las sombras cómplices de los castaños frondosos que apenas dejaban que se colara la sospecha de que existía algo por encima de las ramas que convertían en túnel determinados trayectos perfectamente conocidos y medidos por los mozos. Para variar, la romería de la Santa era una celebración que las niñas de Pomar nunca habían podido disfrutar. En vida de Ángeles Ariznabarreta la posibilidad de subir hasta lo alto de la montaña no formaba parte de su concepto de diversión y, después de su muerte, Montañés se refugió en el archiconocido luto que lo eximía de cualquier contingencia que pudiera relacionarse con la alegría. Sólo la eventual presencia del Marqués, que siempre prometía acudir y nunca lo hacía, conseguiría, entonces sí, que la familia se organizara en torno a una cesta de abundantes viandas, que Migio cargaría al hombro, y emprendiera la subida a lo alto de la montaña. Pero como el Marqués cancelaba una y otra vez su asistencia, las trillizas nunca habían subido a la Santa y hacerlo constituía algo parecido a una epopeya.

—¿Y si subimos?...

La pregunta de Almudena traducía el anhelo secreto de las dos. En realidad de las tres, porque Paloma, que tenía escaso interés en asistir a una aparición mariana, sí que veía en la posible escapada hasta la Santa algo más en consonancia con sus propias aspiraciones y con su avidez exploradora...

—Sidra nos mata...

—Sidra no se va a enterar —Paloma ya había cogido el mando de la aventura en ciernes y en su cabecita de niña rubia con tirabuzones ya comenzaba a tomar forma de posibilidad real lo que antes sólo podía considerarse una fantasía inalcanzable—. Además, es por una buena causa. No es una travesura. Es para ver a la Virgen.

Las otras dos asintieron con seriedad y Paloma pensó que mientras lo creyeran, mientras sus hermanas estuvieran del todo convencidas de que la Virgen se aparecería en cuanto ellas la invocaran, la exploración de los ignotos territorios que separaban Pomar de la Santa estaba asegurada.

A partir de ese momento todo fue conjura. Las trillizas, casi siempre ajenas al resto del mundo, se encerraron más en su propia trinidad mientras planificaban qué día subir, cómo hacerlo, qué tiempo necesitarían y todos los pormenores de su próxima aventura que, en parte por la clandestinidad cómplice habitual en ellas, y en parte porque Sidra estaba a lo que estaba, pasó totalmente desapercibida en Pomar hasta el mismo día en que las tres iniciaron la subida al Cuitu Ramón, dispuestas, al menos Almudena y Begoña, a asistir a una aparición como mínimo tan buena como las de Fátima.

Gracias a lo que podría considerarse una alianza láctea, Paloma consiguió que Chano le explicara cómo subir hasta la Santa arrimando por La Forcá, y tirando hacia arriba hasta llegar a Serralta, donde, ya las había prevenido, habrían de tener cuidado porque había unos perros sueltos que custodiaban las dos casas, y seguir subiendo hasta llegar a la pequeña explanada adonde años atrás habían llegado unas parejas de bueyes portando la pesada imagen de la Inmaculada que presidía el valle de Aller y el de Lena, pero para entonces (en realidad, esa extraña sensación ya las había perseguido desde el momento en que pian pianito, como decía siempre su padre, habían salido de Pomar, caminando por la vía de la maquinilla) ya tenían la impresión de formar parte de una de las historias que contaba don Macrino, como si a medida que la cuesta se hacía más pronunciada, ellas mismas ascendieran por un territorio de ficción: dos de ellas en busca de la santidad y la otra practicando para lo que sería (de eso estaba segura) su vida aventurera en África, entre cocodrilos y orangutanes y toda clase de bichos que Paloma esperaba ver salir de detrás de un castaño en cualquier momento, de tanto como había conseguido meterse en el clima imaginario que había alcanzado la aventura.

No se les apareció la Virgen. Lo intentaron por todos los medios. Hicieron sacrificios, arrodillándose sobre piedrecitas, se colgaron de las ramas de los árboles

tratando de aguantar lo más posible, rezaron, miraron al cielo por todas partes, cerraron los ojos y los abrieron de repente a ver si aprovechando la situación la Virgen se había aparecido para darles la sorpresa e intentaron por todos los medios convencer a Paloma para que se incorporara a aquella ceremonia de invocación.

Pero Paloma no estaba por la labor. Por primera vez podía contemplar el valle en toda su extensión, hasta Moreda mirando hacia el este, Lena hacia el sur y Mieres si miraba hacia el oeste. Pero lo más fascinante de todo era mirar hacia abajo, ver las casas de Bustiello en perfecta formación, como si hubieran sido diseñadas y construidas con precisión de geómetra, tan pequeñitas desde allí arriba. El mundo de Paloma, el mundo de las niñas de Pomar, parecía un escenario de un juego y por un momento ella se sintió tan poderosa que tuvo ganas de gritar, pero en aquel momento las voces de Almu y de Begoña berreaban la canción que les había enseñado don Macrino que hablaba de la dichosa Cova da Iria donde la Virgen tenía por costumbre aparecerse a los pastorcillos. Lo de cantar debía de ser el último intento de las niñas de emular por todos los medios a los pastores, pero fue también la forma de que apareciera una mujer que, desde luego, si era la Virgen, tenía un aspecto más bien aldeano: la cara redonda como una manzana y vestida de oscuro, con pañuelo en la cabeza y una bolsa de tela colgada del brazo de donde salía un hilo de lana con el que al parecer estaba tejiendo. Incluso las dos niñas, en su arrebato místico, comprendieron que aquella mujer no era la Virgen, por mucho que no parara de decir: «Alabado, alabado, y estes nenes, de dónde salen estes nenes tan guapes. Ay, madre, pero si son tres y son iguales, alabado, alabado». La mujer, que se llamaba Nisia y era de Grameo, según les contó, señalando al pueblecito que estaba al otro lado del valle, justo a la misma altura de donde se encontraban, cuidaba unas ovejas por allí y no tuvo mejor ocurrencia que decirles, con una voz experta en la narración de terribles cuentos de miedo, apariciones, difuntos y seres malignos, que volvieran rápido a casa, que había lobos y que ella misma había tenido que defenderse de ellos con la aguja de hacer calceta que llevaba.

Ni siquiera la valiente Paloma miró hacia atrás mientras corrían cuesta abajo huyendo de unos lobos que de pronto se hacían reales y parecían perseguirlas mientras gritaban, se enganchaban los vestidos en las zarzas, resbalaban y sentaban el culo para levantarse inmediatamente, todo ello sin dejar de gritar, jadear y culparse unas a otras por haber emprendido aquella aventura tan peligrosa.

El peligro, no obstante, no fueron los lobos aquella tarde de principios de agosto. Su atolondrada carrera no sólo no se frenó sino que se volvió enloquecida cuando al pasar por Serralta los perros las persiguieron, seguramente alentados por tanto miedo que emanaba de ellas, y se mantuvo en los mismos términos aun cuando los perros, que bien podían haber sido lobos, quedaron atrás y las casas de La Forcá, y la apariencia de normalidad de Bustiello, su rutinaria actividad de jueves, acogieron su pánico y sin detenerse y sin pararse a pensar ni un solo segundo, se lanzaron a

atravesar la vía de la maquinilla sin mirar más allá de su ansiedad: faltó apenas un suspiro, ese hilo tenue que separa la vida de la desgracia, para que las tres perecieran arrolladas por la máquina. Ninguna de ellas lo pensó en aquel momento, pero a pesar de todo la Virgen, seguramente saturada por tanta oración, tanto cántico, tanta invocación y tanto sacrificio de naturaleza peregrina, había terminado por hacer su propio milagro. Porque algo de sobrenatural había en la mirada aterrorizada del jovencísimo maquinista, que hizo que Paloma jamás fuera capaz de olvidar sus ojos.

Claro que, como los auténticos milagros pasan desapercibidos, las trillizas sí tomaron como tal el hecho de que a pesar del desastre que era fácil adivinar a tenor del destrozo en los vestidos, las coletas despeinadas y la confusión en el rostro, Sidra las mirara como quien está a miles de kilómetros, y les dijera sólo:

—Dónde os habréis metido que estáis como gitanas... Hala, a lavaros y peinaros, que hasta que no estéis bien limpias, no pienso dejar que os comáis ni uno solo de los caramelos de azúcar requemado que ha hecho Dorotea...

—Caramelos de azúcar *requemao...* —dijo Begoña con la mirada arrebatada, y añadió en voz baja para que la oyera únicamente Almudena—: Justo, justo lo que le había pedido a la Virgen...

Sidra, habitante ocasional de un universo desconocido, no estaba para fijarse en aquellos asuntos menores de sus hermanas. Su mente permanecía ocupada con la imagen de Germán, y como éste no pasó de ser alguna mención mínima en las conversaciones de su padre con don Gustavo y muy poco más, Sidra se refugió en los laberintos de su propia imaginación y fantaseó durante semanas con lo que sería su vida cuando se casaran, porque, naturalmente, iba a casarse con Germán, y tendrían cuatro niños, dos niños y dos niñas, para los que ya tenía previstos los nombres y el color de los ojos. Y a la vez que deambulaba por los territorios de fantasías en las que se mezclaba el desvarío que proporciona el amor inconcreto y frágil con la férrea disciplina que se deriva de un intachable sentido del deber y de la mística doméstica, encontraba tiempo para encerrarse en su cuarto y sacar de debajo del colchón los trozos de periódico que había recortado de los ejemplares del *ABC* que traía su padre de cada viaje a Madrid y en los que se iba publicando por entregas *El secreto de la marquesa,* un folletín que la propia Sidra completaba en su imaginación a la fuerza, porque sólo disponía de capítulos sueltos.

Sidra también fantaseaba con fiestas, vestidos preciosos, sombreros, peinados y todo aquello que consideraba que era el mundo al que pertenecía, que seguramente estaba más allá del polvoriento valle en el que transcurrían los días de su vida. Montañés, poco dado a cualquier tipo de expansión festiva y mundana, en particular desde que había podido refugiarse en la excusa del luto que abrazaba a su familia como un miembro más tras la muerte de su esposa, había terminado por desaparecer de las listas de invitados a las escasas fiestas que la limitada burguesía de la zona

podía organizar. Y eso para Sidra era una causa de especial mortificación.

Por ello, la tarde en que las trillizas ni vieron a la Virgen ni a los lobos, pero tanto la una como los otros las impresionaron en lo más hondo, Sidra estaba particularmente ajena a nada que fuera la invitación que le había llegado para la fiesta del santo de doña Agustina, la dueña de la fábrica de chocolate de Ujo. Y por primera vez, su padre había dicho que sí, que podía ir, que no podía hacerle un feo así a don Pepito, el marido de Agustina, que gozaba de la amistad del Marqués en un grado que a Benito Montañés le habría gustado disfrutar y con quien compartía muchas horas de adoración nocturna en la iglesia de Bustiello.

Y para ella la posibilidad de asistir a una fiesta se parecía demasiado a la felicidad como para perder el tiempo con fruslerías como las trastadas de las trillizas.

Andrés Braña perseguía la perdurabilidad de sus recuerdos con una mezcla que cada vez se iba revelando como más y más contradictoria, de hastío y de urgencia. Quería y no quería. Le aterraba la posibilidad de perder todo lo que había sido él mismo, y a la vez miraba de reojo el calendario del futuro mientras tres palabras, las tres palabras terribles en su inocencia de las que había huido durante toda su vida, iniciaban una ofensiva destinada a acabar con sus últimas rebeldías.

—Total, para qué.

A lo mejor era el momento de rendirse. De abandonarse al totalparaqueísmo. A lo mejor era el momento de descansar de tanta vida y dejarse llevar despacio arropado por las nieblas de la desmemoria hacia la muerte.

Lo malo es que no era tan sencillo. Antes de que eso sucediese, igual era un buen momento para decidir qué hacer con aquel puñado de recuerdos que crecía como una marea enfebrecida y que sólo le pertenecían a él. Podía optar por condenarlos al olvido, lo que resultaba relativamente sencillo, porque no había vestigios de los que deshacerse, ni un solo papel, ni una foto: nada que contara historias de otro tiempo sepultado también en el polvo que genera la memoria cuando se pierde.

Esta opción, la del olvido y ya está, chocaba de frente con una idea peregrina que de un tiempo inconcreto (y que quizá podía situarse en los momentos inmediatamente posteriores a recibir el diagnóstico) a aquella parte trataba de imponerse en el torturado campo de batalla en que se había convertido su conciencia.

—Memoria histórica a mí. Ja.

Contarlo todo, escribir toda su historia, ahora que ya nada importaba. Igual hasta merecía la pena ver la cara de sorpresa de Bruno cuando conociera facetas de su biografía que nunca habría podido imaginar.

La primera vez que su hijo le planteó la posibilidad de escribir unas memorias, a

Andrés Braña le dio la risa. Luego se enfadó con el mundo por ese empeño incomprensible de recuperar tiempos pasados, pero pronto se dio cuenta de que en realidad se estaba enfadando consigo mismo y con la vida, porque ya no es que fuera a morirse, lo que dada su edad era más que probable, es que la muerte iba a ser más cruel con él, porque iba a ir despojándolo de cada uno de los momentos que habían sido su vida, de un modo gradual, hasta acabar convirtiéndolo en un espacio vacío donde únicamente podía establecerse el desamparo.

Por eso empezó a pensar que igual no era tan mala idea, pero no se fiaba del talento inexistente de Bruno para la escritura, así que inició él mismo la redacción de algunos de sus recuerdos más remotos: las calles del Madrid de su primera infancia, los territorios de la conciencia recobrados, olores y sabores, sonidos. Recordar ya era trabajoso de por sí, pero además escribirlo se convertía en agotador.

Y en deprimente.

Un día descubrió que había escrito *golpe* en lugar de *galope*, y le echó la culpa al Word y a esa manía suya de corregir aunque nadie se lo pida, pero era sólo el principio: cuando volvía a leer lo escrito descubría horrorizado faltas de ortografía monstruosas, palabras equivocadas, errores gramaticales. Esa dificultad convertía en obsesión lo que hasta unas semanas atrás no había sido más que una idea extravagante, y cuanto más difícil le resultaba la escritura, más profundamente lo devoraba el deseo de poner por escrito su vida, y con más esfuerzo se concentraba ante la pantalla del ordenador. Antes de apagarlo, revisaba una y otra vez lo que había escrito tratando de encontrar errores en las palabras, ausencia de letras, giros equivocados, tiempos verbales inadecuados, hasta convencerse de que el texto quedaba impecable, para descubrir, la siguiente vez que paseaba sus ojos por las líneas, horas más tarde, o un día después, una conjura de letras indisciplinadas, una rebelión sintáctica, una rebeldía semántica, como si las palabras se burlaran de él, como si durante su ausencia establecieran alianzas destinadas a volverlo loco.

Aun así, y con la más voluntariosa aplicación, escribió sobre su infancia. Describió con precisión las calles del barrio al que nunca había vuelto, el viento en las esquinas, los balcones con geranios esmirriados, y hasta la mirada de su padre, el chaleco oscuro, el pantalón de dril, los zapatos buenos, cuando se lo llevaron los guardias, el mismo día del entierro de su madre, apenas una hora después de volver del cementerio. Fue la última vez que lo vio, porque no quiso acercarse a la Modelo a pesar de los intentos de Jacobo Ordóñez, el maestro que se ocupó de él hasta que se hizo mayor. Había conseguido incluso escribir las palabras que convertían en real aquella imagen vaga y a la vez imborrable en su cabeza de un charco de sangre en mitad de la cocina, sangre roja entre el blanco y negro de las baldosas que eran como un tablero de ajedrez y el pelo negrísimo de su madre, mojado, teñido de rojo. Habló también de las pesadillas de niño en casa de Jacobo Ordóñez, cuando se despertaba entre gritos en mitad de la noche soñando con que llegaba a la cocina y veía a su

madre tirada en el suelo boca abajo, con la sangre empapando la blusa blanca de los domingos, la que tenía aquella especie de bolero de organdí cristal sobrepuesto, y entonces él hacía lo que no había podido hacer en la realidad, paralizado por el pánico: se agachaba como en cámara lenta, y cogía a su madre del brazo y la giraba y entonces podía ver su cara, la que no vio la mañana de aquel domingo de desgracia, y su madre le sonreía como siempre y él despertaba gritando, hasta que llegaba Matilde, la mujer de Jacobo, y el propio maestro con su pijama de rayas azul marino, y lo consolaban y Matilde decía pobre niño, pobre niño, pobre niño.

Escribió también acerca de la muerte de Inés, y la memoria desertora jugó a desenterrar en su huida las piezas más ocultas y le regaló envuelto en veneno el recuerdo del pequeño cadáver de su hermana en aquel ataúd rodeado de velas y de flores, y las vecinas que le decían que aquélla era su hermana y él no era capaz de ver a Inés en la figura que parecía una imagen de la iglesia de San Lorenzo, igual de estática, igual de pálida a la luz de las velas y de los vecinos, que se llevaron a su padre cuando apareció por casa, porque venía borracho, y las vecinas decían que qué poca vergüenza, que ni con la niña muerta, aquel ángel.

Y aunque lo uno había sido anterior a lo otro, en su memoria todo formaba parte de un tiempo similar, el anterior, el de la infancia derrotada, los caramelos Solano que Jacobo Ordóñez llevaba siempre en el bolsillo, los sabañones, la calle, su chaqueta de punto gris y el jersey azul de punto de trigo que le tejía Matilde, la mirada perdida en imaginarias rutas por el mapa de Europa que había en la escuela. Y su casa, aquella de la que la desgracia lo arrebató, apenas podía separarse en la memoria de la casa del maestro donde vivió desde los once años; salvo en algunos momentos, cuando recobraba de repente aquella claridad indescriptible que le permitía distinguir los detalles más nimios y entonces abría el documento de Word donde escribía y trataba de traducir en palabras las sensaciones que su memoria era capaz de percibir como si estuvieran sucediendo allí mismo.

Escribió también acerca de Preciosa Duarte, y sus ojos de noche infinita; y sobre las bragas de Humbelina, la sobrina de Matilde, que era de un pueblo de Toledo, de Santa Cruz del Retamar —cómo era posible que recordara el nombre tantísimos años después—, y que pasaba largas temporadas con ellos, que no tenían hijos; Humbelina, que era un par de años mayor que él y se bañaba los sábados en una improvisada bañera en la cocina, y Matilde cerraba la puerta para que él no entrara, lo que era bastante absurdo, porque la niña —extemporáneas coletas y cara de manzana en un cuerpo que presagiaba pecados mortales— encontraba siempre el modo de evidenciar en el tacto, furtivamente, lo que su tía ponía tanto empeño en hurtarle de la vista. También pudo atrapar una tarde de particular sensibilidad evocadora la mirada de Felipón, el gato de Matilde, gordo y perezoso sobre un cojín de ganchillo aprovechando un rayo de sol que se colaba por los visillos de la ventana del comedor y conseguía algunas veces que estirara sus patas, su cuerpo entero,

como si el placer no tuviera más nombre que aquel rayo de sol; y el rumor del viento en las espigas cuando una primavera pasaron unos días en el pueblo de Humbelina; y el sabor de un queso contundente y una mermelada de ciruelas y un pan de indescriptible miga, que se mezclaba con las sensaciones inimaginables que el secreto de las noches dejó en su piel de adolescente y con la fragilidad de las amapolas.

Escribió también de Preciosa Duarte y de sus ojos de noche, y empezó a esbozar imágenes de los paseos de principios de otoño, de la Escuela Normal donde se hizo maestro, y de la mirada de Jacobo Ordóñez, tan orgulloso de él como si fuera su propio hijo, del vuelo de faldas en primavera, y de París en 1930, y por tanto de Corinne, justo antes de la República, y de Federico, y de Pablo y de Simón y de las banderas, y las furgonetas y el mono azul. Empezó a escribir sobre las carreteras polvorientas y los libros. Y sobre Preciosa Duarte y sus ojos de noche, que volvían a visitar su recuerdo una y otra vez.

Pero un día Andrés Braña encendió su PC, cliqueó sobre el documento de Word que con el nombre de «memoria.doc» había dejado en el escritorio y, cuando el pequeño rectángulo en la pantalla le solicitó la contraseña (había puesto buen cuidado en escribir todo aquello que el olvido dejaba por el camino de modo que permaneciera visible únicamente para él), no pudo recordarla. Probó con alguna de las que utilizaba para sus cuentas de correo. Probó con su fecha de nacimiento. Con la real. Con la otra. Probó con el nombre de Humbelina, por si acaso. Por supuesto, con el de Preciosa Duarte, pero todo fue en vano. Durante horas escarbó en su memoria, trató de forzarse hasta extremos extenuantes, indagó, probó, combinó nombres y fechas, números y letras. El documento permaneció inaccesible.

Andrés Braña sollozó entonces, aprovechando que estaba solo en casa, y entendió que con la maldita contraseña olvidada quedaban sepultados ya para siempre todos aquellos colores, días, todas las miradas, los olores, las calles, el dolor y la belleza que nunca más serían de nadie.

Entonces pensó que aunque fuera lo último que hiciera (de hecho, sería lo último que hiciera) iba a conseguir que su historia quedara escrita. Y como el niño que aguarda la llegada de su madre para contarle los avatares y las desventuras acaecidas en su ausencia con la urgencia del necesario consuelo, aguardó a que apareciera Bruno del rodaje para decirle que sí, que le parecía bien, y que si no era muy caro (y qué coño, también si lo era), quería que aquella amiga suya escribiera su biografía.

—Asturiana, dices que es, ¿no?

—Sí, de Gijón.

Sin que ella tuviera ni la más mínima conciencia de ello, Camino había sido la involuntaria responsable de que el ingeniero Bartomeu volviera a frecuentar con

entusiasmo juvenil los prostíbulos.

La gente no cambia, decía siempre Efrén Rubiera, y aunque no se refería específicamente a Gustavo, nadie mejor que el ingeniero encarnaba la rotundidad de aquella afirmación. Por mucho que hubiera conseguido crear en torno a su persona una apariencia de respetable seriedad, tan acorde con su puesto en el organigrama de la empresa y en su comunidad, la conciencia es un océano de imprevisibles reacciones, de mareas tan azarosas como salvajes, y no basta que uno intente mantenerla a raya: desde lo profundo del abismo, siempre termina por manifestar la inexorabilidad de su vocación de desastre.

Gustavo Bartomeu se había regenerado a los ojos de su familia y de aquellos que eran dueños del secreto de sus andanzas catalanas: aquel itinerario de pasos perdidos por los espacios en que el deseo más primario y los intentos de atrapar el azar escribían la biografía de la ciudad canalla y pecadora. Nada más garantista que vivir bajo la protección de alguien abonado a la santidad como el marqués de Comillas, como antídoto a la pecaminosa trayectoria de juventud.

Nada más incierto, sin embargo.

El ingeniero vivía una mentira permanente, alimentada por la inclasificable conciencia que traía de serie, y por más que a los ojos de todo el mundo, empezando por el propio Marqués, su conducta resultara intachable, y sus juicios sobre las acciones ajenas censuraran cualquier atisbo de salir de la rectitud del camino de obligatorio tránsito para mantenerse en la virtud de cualquiera de sus semejantes, fuera preeminente miembro de la élite de la empresa o el último de los guajes de la mina, en la profundidad oscura donde su alma inventaba excusas para dibujar abismos, resultaba ser más condescendiente con la debilidad, que como una maldición no conseguía expulsar y ya se había resignado a admitir como incómoda compañera.

Para domeñar esa bestia oscura y temible, cuyos efectos nadie mejor que él conocía, Gustavo Bartomeu conjuraba el desastre estableciendo una rígida disciplina de horarios y costumbres, que como generosos jalones contribuían a mantener la apariencia de normalidad tan imprescindible como irritante. Así, no hacía ni la más mínima concesión al entusiasmo ni en su atuendo, ni en la seriedad de sus gestos, ni en la gravedad de sus afirmaciones. Su puntualidad era tal, que muchos de los vecinos establecían sus horarios, especialmente el menudeo de minutos que se escapaban al escrutinio de las campanas, gracias a la presencia del ingeniero en determinado punto del pueblo, de los caminos o de los espacios. «Acaba de pasar don Gustavo hacia el Círculo Católico, tienen que ser las cinco menos diez.» Su rectitud era también materia para el temor entre los trabajadores: su simple presencia, o el anuncio de su llegada inminente, ponía en posición de firmes incluso a aquellos que encontraban el modo de sustraerse al control de los vigilantes más

fieros.

Tanto sus tres hijos como primero Juana y luego Montserrat, conocían el rigor de sus principios y las consecuencias que la más mínima alteración podía acarrearles y tenían asumido como inevitable que la risa era una extraña a la que no se podía invitar, al menos cuando Gustavo Bartomeu andaba cerca.

Pero las corrientes subterráneas a veces hacían demasiado ruido, y las pasiones apremiaban tanto que la satisfacción liviana que suponían los encuentros apresurados con su esposa primero, y el refugio de la imaginación para su propio abastecimiento después, empezó a resultar tan insuficiente como enojosa.

Fue entonces cuando la rotunda presencia de Camino comenzó a perturbar sus horas de insomnio, con tal vocación de obsesiva entrega a las fantasías, que él mismo empezó a asustarse. Pensaba en ella, en sus caderas, en su boca, y se masturbaba con una furia que no encontraba consuelo ni en la repetición obstinada de los gestos y los ritmos, ni en la innovación de las técnicas, los espacios, ni la duración de los ritos solitarios. Trataba de llegar un poco más allá, elaboraba fantasías detalladas al milímetro, odiaba brutalmente al médico, no porque sospechara la existencia de un amor incandescente, sino por ser el afortunado mortal que tenía la suerte de gozar de la proximidad de aquella mujer, que por primera vez rompía lo que él consideraba un gusto inmutable por las mujeres apenas púberes.

Aquel camino de pasión implacable, que amenazaba con echar a perder el edificio de respetabilidad tan penosamente construido, empezó a revelarse como a todas luces peligroso cuando se descubrió a sí mismo persiguiendo, primero con los ojos y luego con sus propios pasos como artífices, a la ayudante del médico.

Y la tarde en que reconoció en la mirada extrañada y, sobre todo, asqueada de Camino que ésta había leído en lo más profundo de su pensamiento el modo en que sus manos la recorrían, mientras trataba de mantener la compostura en la desierta sala de espera de la consulta de Efrén Rubiera, donde había acudido pretextando un inexplicable dolor en una rodilla, supo que tenía que poner freno a aquello o, sin remedio, acabaría por ponerse de manifiesto que bajo su recta apariencia vivía el más lascivo de los humanos.

Y eso que ir de putas le salía a Gustavo Bartomeu particularmente caro, y no en dinero, que también, sino en esfuerzos por ocultar una circunstancia que un ámbito como el de la vida en Bustiello resultaba casi imposible de disimular para cualquiera de los obreros controlados con mano de hierro en su moralidad por el implacable cuerpo de los guardas jurados, tanto más para aquellos que por inapelable decisión del Marqués se erigían como modelos de conducta y virtud intachables, lo que invalidaba cualquier intento de satisfacer sus deseos con las escasas mujeres que podían ejercer su oficio en la zona, y ni siquiera en las casas de mala nota de Mieres, donde sin duda alguna sería identificado. No. Tenía que ir más lejos. Como mínimo a

Oviedo.

Curiosamente, lo que favoreció sus propósitos fue justo la habilidad que había adquirido ejercitando la imaginación como vía alternativa. Y así, maquinando, inventó un encuentro casual en Oviedo con un carmelita barcelonés que había sido trasladado a la comunidad de la parroquia ovetense del Carmen. Sin que nadie le solicitara ningún tipo de detalle al respecto, se obstinó en contar a quienes quisieran (y también a los que no) cómo tras aquella conversación en la que se habían puesto al día de las novedades de sus vidas tras dejar la ciudad natal de ambos, había encontrado en él al mejor director espiritual, tanta era la conexión que entre los dos se había establecido, y consideraba de lo más conveniente viajar a la capital con cierta frecuencia para descargar su atribulada conciencia de pecador.

—¿Pecador usted, don Gustavo? Ande, ande, no me diga tonterías: pecadillos de nada. Y veniales todos —se extrañó don Macrino, el único que, acostumbrado a aquella sucesión de menudencias tan carentes de interés como repetidas con puntualidad exquisita a lo largo de los años, manifestó algún tipo de desconcierto ante aquella ocurrencia que Gustavo Bartomeu repetía en los últimos días...

—Todos somos pecadores, don Macrino, usted lo sabe mejor que nadie...

Fue también el único que sintió un cierto agravio, ante el miembro del rebaño que parecía haber encontrado mejor pastor con quien aliviar su conciencia. Pero como ello no suponía ningún menoscabo en su participación activa en las liturgias, que al fin y al cabo eran la parte visible, y como tampoco se perdía nada, porque aburrido en el confesionario era un rato, tampoco le dio muchas vueltas.

Y entre tanto, Gustavo Bartomeu encontró el camino libre de cualquier sospecha para frecuentar el más caro de los prostíbulos ovetenses, el más discreto y el que contaba con el aliciente extra de disponer en su catálogo de bellas señoritas de algunas extraordinaria y pecaminosamente jóvenes.

Mantener el orden, mantener la cordura. Era una especie de mantra que Aida repetía por dentro muchas veces a lo largo del día, pero habría podido ser, por lo que ella sabía, el mantra de otras mujeres de la familia. Le habían contado que la prima Begoña, la Vasca, como la llamaba Dorotea, era una maniática del orden. Lo era Sidra también, de siempre, y lo fue Almudena después de todo aquello, como una forma de salvación. Como una forma de mantener la cordura.

Cada vez que los fantasmas acechantes sin remedio (y superada la fase de absoluto embobamiento con Bruno, el terreno estaba abonado para ello) conseguían su propósito de materializarse, Aida vaciaba sobre la cama un cajón de lo que fuera: de su escritorio, de la cómoda. O se iba a la cocina y empezaba a poner orden en el cajón de los cubiertos. O sacaba los libros de las estanterías e iniciaba aquella tarea

que nunca terminaba de colocarlos por orden alfabético de autor. Lo que fuera con tal de no dejarse ganar por el desconcierto en que siempre la sumía el remolino de pasiones y de dudas, cada vez que el miedo le ganaba la partida.

El orden, con su vocación salvífica, no servía de gran cosa en la Moleskine roja, un árbol de palabras indefensas con ramas demasiado inextricables, y los días, con sus propios agobios, el tiempo que se diluía, la sucesión de despertadores sonando y las mil preocupaciones del trabajo, el ir y venir de un lado para otro, la nevera vacía, la sensación de desatender lo importante para ocuparse de lo urgente, y aquella necesidad de tiempo, tiempo, tiempo.

—¿Tú qué diablos haces con un tío tan mayor?

Asier la miraba desde el abismo oscuro de aquellos ojos que había amado tanto.

—¿Mayor? Hombre, me lleva doce o trece años...

—Mayor. Ya te digo.

—Pues mira, a ti nunca te pareció tan raro que yo te llevara diez años, si mal no recuerdo.

—Vas a comparar.

Aida miró con curiosidad a Asier. Si no fuera por lo que era, podría jurar que hablaba desde un inexplicable resentimiento. O desde los celos.

Estaban en la sede de la Asociación, navegando por los listados de muertos y desaparecidos en la guerra civil, comprobando los datos que se habían incorporado gracias a la colaboración de familiares. Casi veinte mil muertos catalogados; de ellos, muchísimos sin constancia del lugar al que habían ido a parar. Aida se asomaba cada cierto tiempo a la ficha de su abuelo, con los datos que ella misma había aportado, con la inútil esperanza de que algún internauta hubiera añadido alguna información, la más mínima pista que permitiera acotar el terreno en el que podía estar enterrado. Pero siempre era en vano.

—De todos modos, no creas que lo tengo muy claro. Lo de Bruno, quiero decir. Es un poco complicado.

—¿Por la distancia? —preguntó Asier, apartándose los rizos de la cara mientras trataba de mejorar, librándola de arañazos y manchas de tiempo en el ordenador de al lado, una de las fotos que les habían hecho llegar de un joven minero [muerto] en Oviedo, en la Revolución del 34.

—No, no, qué va. Por él mismo. Todavía no sé muy bien cómo es, me tiene desconcertada. Y tampoco sé si le importo de verdad o no. A veces me aturulla con la pormenorizada exposición de sus sentimientos. Y otras no hay modo de sacarle una palabra.

—Eso también lo decías de mí. Va a ser cosa tuya, ya verás.

No. No tenían nada que ver. A veces pensaba que Bruno le gustaba mucho por lo poquísimo que se parecía a Asier, pero otras, echaba de menos la ternura explícita, el huracán de palabras, el esfuerzo por mostrar los sentimientos con que Asier siempre la había envuelto. Y entonces ella aún se quejaba y le reprochaba lo parco que podía ser a la hora de radiografiarse por dentro. Bruno podía decir te quiero, pero era imposible saber qué encerraban exactamente aquellas ocho letras, y si Aida trataba de encontrar un significado concreto para cada momento, se estrellaba contra la infranqueable pared de su silencio o, peor aún, con algún comentario desabrido acerca de su adolescencia mental, tan necesitada de confirmaciones afectivas.

—Me gustaría que esto saliera bien. No sabría decirte por qué, pero siento cosas muy diferentes por este hombre. Contradictorias.

—Mira qué bien. Con lo que te molan.

—No, en serio. Es muy extraño. Por un lado me parece el tipo más ajeno, desconocido, cómo decirte, como lleno de incógnitas... Y por otro lado, la proximidad con él es como...

—Uy. Tus «es como...».

—Sí, tonto. Es una sensación de confortable familiaridad. Es como si lo conociera de siempre.

—No digas bobadas, Aida. Siempre que nos enamoramos tenemos la misma sensación. Es una fantasía muy bien organizadita, y además queda de maravilla para decírselo a la otra persona: «Es como si te conociera desde el principio de los tiempos»... Con la bonita variante de... «¿Tú estás segura de que no nos hemos conocido en otra vida?». Desengáñate, los seres humanos somos estúpidamente previsibles.

Asier tenía razón y todo se reducía a la escasa originalidad a la hora de enamorarse que somete todo a la tonta convicción de estar inventando un mundo que ya está inventado.

Nada de extraordinario, por tanto, en la historia de aquel amor extraño con Bruno: la repetición de las liturgias una vez más, la conjura del desastre, la imperdonable ignorancia de que detrás de las palabras se oculta la ceniza de los días, la espada de los celos, la costura descosida de la pena.

—¿Has visto? —preguntó Asier, señalando en la pantalla las dos fotos, la original y la que acababa de conseguir.

Aida asintió celebrando su pericia. Y se perdió en la mirada de aquel muchacho de boina calada tratando de adivinar si en el momento de la foto podía imaginarse siquiera que jamás volvería a ver a los suyos y que su cuerpo terminaría por doblarse

en dos, agujereado y vencido en una calle cualquiera.

La decadencia, como una finísima e ineludible capa de polvo, estaba cubriendo la mirada de Benito Montañés. Aunque nunca había sido lo que se dice la alegría de la huerta, en los últimos tiempos una sensación de ruina ocupaba su conciencia sin que supiera muy bien a qué obedecía. Se pasaba el día masticando la certeza de que todo se iba a pique, pero si alguien le hubiera preguntado a qué se refería exactamente, a duras penas habría podido describir aquel estado de su alma que desdibujaba los contornos de todo aquello que lo rodeaba.

Quería pensar que tal vez todo ello tenía que ver con la muerte de su mujer y la sensación de soledad que había ido tiñendo desde entonces los días y las cosas. Pero no era verdad, porque tampoco con ella la vida era una juerga. De hecho, a veces trataba de hacer memoria de los días felices y no encontraba otro eco que un formidable vacío del que intentaba librarse haciendo un inventario de lugares comunes, remitiéndose a gestos que seguramente presintió más que otra cosa, a la enumeración de nacimientos de los hijos. A poco más.

Efrén Rubiera le había hablado en varias ocasiones de la melancolía y empezaba a creer que podía tratarse de eso. ¿Qué otra cosa, si no, podía ser aquel abismo en el estómago al despertarse que ya no lo abandonaba hasta entregarse de nuevo al sueño y que no se curaba con ninguno de los remedios de Dorotea ni los del propio médico?

—Yo estoy bien —le había dicho en la consulta—, es todo esto, que es puro desorden.

Pero aunque el médico le sugería que se explayase, a Benito Montañés le costaba mucho explicar que nada de lo que le rodeaba le parecía guardar la geometría adecuada. Le preocupaba el cariz que tomaban los acontecimientos: el modo en que las ideologías peligrosas prendían en los corazones ignorantes de los obreros, por más que los suyos parecieran inmunes al veneno bolchevique, marxista y ateo. Las noticias en los periódicos no dejaban de ser inquietantes. En sus viajes a Madrid aprovechaba para leer algún periódico liberal como *El Heraldo* y la confusión se instalaba en los circuitos de su pensamiento. Asustaba pensar que aquella amenaza infame, aquel aliento del mismísimo diablo, fuera contemplada con tanta tranquilidad por algunos sectores. Pero Madrid era distinto. En todo.

En Madrid, incluso, podía permitirse, no sin un gran arrepentimiento posterior, alguna expansión de tipo carnal, y más de una vez había visitado discretos establecimientos que aplacaban sus escasas concesiones a la lujuria: aquel tropel de pensamientos que como una marea comenzaban a adueñarse primero de su imaginación, después de su voluntad, a continuación de su propósito y, una vez

ejecutados, de la amargura de su remordimiento.

A veces, en esos días que con algún encargo de la empresa volvía a su ciudad, llegaba a participar del espejismo de que nunca se había ido de allí y Bustiello era una palabra solamente, la referencia a un irrelevante y remoto punto en el mapa. Eso sucedía mientras contemplaba los primeros escaparates de la Gran Vía, y los sombreros, los guantes, las telas o los objetos de piel atraían no sólo su atención: también una extraña apetencia de lujo, que apenas dos minutos después le parecía absolutamente pecaminosa. Entonces pensaba en sus hijos, que permanecían en Pomar, en la austeridad en que había querido educarlos siempre, y se sentía avergonzado de aquella autoindulgencia que se regalaba y que unida a los desahogos prostibularios constituía el material adecuado para buscar el confesionario de alguna iglesia y deshacerse de su mala conciencia antes de emprender el camino de vuelta.

Viajes a Madrid aparte, la vida de Benito Montañés no tenía mayor aliciente que las comunicaciones cada vez más espaciadas del marqués de Comillas, que apenas respondía a los largos informes que diariamente redactaba el director. Se decía que la salud de don Claudio no era demasiado buena, y sólo a eso podía deberse el aparente desinterés que, unido al desbordante crecimiento de la marea marxista que cercaba el Coto de Aller, constituía para Montañés un signo más que inequívoco de que el fin de los buenos tiempos estaba próximo.

Para desmentir esa afirmación, la producción de las minas era cada vez más abundante, las viviendas crecían en forma de cuarteles a lo largo del valle (Santa Bárbara, Cuarteles del Segundo en Caborana, Villaconsuelo...), la labor de los Hermanos de La Salle cada vez era más visible, don Macrino colaboraba desde la parroquia a que la vida diaria se desarrollara en el orden y el temor de Dios, los economatos funcionaban a pleno rendimiento garantizando la alimentación de los obreros y sus familias, y la gripe comenzaba a ser un recuerdo.

—No debería meterme, Montañés —le dijo una de aquellas tardes Efrén Rubiera a la salida del Círculo Obrero, justo antes de pretextar una visita urgente que tenía que hacer a un enfermo de La Estrada, y que le impediría acompañarle, vaya por Dios, a la Exposición del Santísimo, que empezaba a congregar a mujeres enlutadas y hombres con disimulado cansancio delante de la iglesia—, pero tal vez debería pensar usted en la posibilidad de buscar una mujer buena y casarse de nuevo...

Benito Montañés, por un segundo tan sólo, consideró la posibilidad: por su mente desfilaron a toda velocidad imágenes de Ángeles y las efusiones breves bajo las sábanas, los torpes requerimientos matrimoniales de Begoña, las carnes pecadoras de las putas madrileñas. Por un instante, incluso pasó por su mente la mirada de Camino.

Todo ello le llevó a negar con la cabeza y a disculparse rápidamente: acababa de

ver a don Pepito, el de la fábrica de chocolate de Ujo, y quería hablar con él acerca de la fiesta a la que acudiría Sidra con motivo del santo de Agustina.

El invierno había adelantado su llegada, pero en la residencia donde vivía Paloma el calor de la calefacción perfilaba un estío inacabable, lo que justificaba la levedad de la blusa de color salmón que lucía la anciana en franco contraste con el grueso jersey de Aida, su bufanda y el abrigo negro, de los que procedió a desprenderse en cuanto cruzó la puerta.

—No sabes qué frío hace...

—Pues algo de nostalgia del frío sí que tengo... Aquí es como si viviéramos en las calderas de Pedro Gotero, como decía Dorotea.

—Me habría gustado conocer a Dorotea. Tenía que ser un personaje.

—Lo era, ya lo creo. Durante años vivió por y para la familia, por todos nosotros. Era una criada de las de antes. Y ya te veo torcer el focicu... que los de tu cuerda enseguida os ponéis a hablar de esclavitud y de servilismo... Es todo más sencillo, Aida: Dorotea nos quería como si fuéramos de la familia.

—Pues para ser de la familia, no parece que os ocuparais mucho de ella. Al final, quiero decir.

—Mira, neña, te lo he dicho miles de veces: la guerra es muy mala por muchas cosas, pero entre otras porque te enseña lo egoísta que puedes llegar a ser. Yo no creo que sea verdad eso de los grandes altruismos, qué va, más bien me da a mí que los héroes de guerra lo son por casualidad, no por intención. Sobrevivir es tan complicado que bastante tiene uno consigo mismo.

—No, yo no creo que sea así. Hay acreditados comportamientos realmente generosos y...

—Tú has leído mucha novela y has visto muchas películas de progres subvencionados.

Aida sonrió ante la expresión.

—Progres... No habrás vuelto a escuchar la COPE, ¿verdad?

—Bah, anda, déjate de tonterías. A ver si te crees que escuchar a unos o a otros va a cambiar lo que pienso... Tengo demasiados años en estos huesos ya. Y aclaro: cuando Dorotea enfermó, yo ya ni siquiera estaba en Pomar, deberías saberlo. Y siempre creí que la decisión de irse con su hermana fue suya. Estaba todo manga por hombro, y ella tenía la sensación de que sólo estorbaba, así que se fue a casa de su hermana, en Revallines, y allí estuvo los últimos años de su vida. Y por si te interesa saberlo, dos días antes de que se muriera, yo estuve visitándola, que fue cuando

volví de París, aunque más me valía no haberlo hecho, que hay cosas que una desearía no haber escuchado.

—¿Ah, no? Y no vas a contármelo, claro...

—Tendrás que esperar a que esté muriéndome, y la verdad, no tengo muchas ganas de momento. ¿Ves el ópalo? Está perfecto. No hay riesgo de muerte.

—Venga, va, Paloma, no seas así, cuéntame.

—Mira, de todo aquello no queda nada. De la familia de Pomar sólo quedo yo, qué importa ya nada. Viejos secretos de familia sin más, que no llevan a ningún sitio, créeme.

—Me parece estupendo que a mí me consideres totalmente ajena.

—No he querido decir eso, Aida. Tú eres familia, claro, pero a lo que me refiero es a que yo soy la última de *aquella* familia. No queda nadie de aquel tiempo, fíjate tú que el otro día mirando el periódico vi la esquela del hermano pequeño de Chano, el de Toña. A quién le importa ahora qué pasó entonces, por qué sucedieron las cosas de aquel modo...

—A mí me importa, claro que me importa. Y si lo que te dijo Dorotea tenía que ver con mi abuelo, ya ni te cuento... ¿Era algo de mis abuelos?

—No. De tus abuelos sabes todo lo que se puede saber. No creo que Claudia se guardara nada, que la pobre se quedó tan, ¿cómo decís ahora?, traumatizada con todo aquello, que sólo hablando y hablando hasta ponerle la cabeza loca a cualquiera parecía que conseguía aplacar la fiera que la comía por dentro.

—El resto de la familia también me importa. Hay muchas cosas sobre las que siempre se ha pasado de puntillas, y para escribir sobre ello tengo que empezar por entender. Cómo no me va a importar.

—Pues no debería. Más vale que te quedes con la imagen de Pomar en las tardes de verano, cuando todos éramos pequeños, y tu abuela jugaba con Andresín vigilada por Camino, y Almu, Bego y yo nos poníamos finas de cerezas, y Manuel se sentaba debajo de la galería con un librote siempre. El tiempo feliz, neña, vale más quedarse con la imagen del tiempo feliz.

—Con tiempos felices no se escribe la historia. Es una faena, pero es así.

—¿Y a quién le importa la historia? Da igual que vivas tantos años como llevo vividos yo, todo pasa, todo termina por olvidarse; quienes fueron personas que lloraban y se reían y tenían planes y granos, y pasaron miedo y dolor de barriga, y tuvieron éxito, todo, todo se queda en nada. Al final, en el mejor de los casos, son sólo nombres.

—Por eso justamente, por eso hay que rescatar las cosas del olvido...

—No digas tonterías, Aida. No sirve de nada. Y sobre todo, no sirve para nada. ¿Tú crees que conocer la historia nos salva de cometer los mismos errores?

—Ya, bueno... En eso tienes razón, pero igual nos permite entendernos mejor. Quiero decir, a nosotros mismos, y con un poco de suerte unos a otros.

—Ni te contesto a eso. Parece mentira que tengas más de cuarenta años y sigas con fantasías tan juveniles...

—Vaaaaaaaaale, Paloma. Vale. Considéralo entonces, qué sé yo... ¿una concesión al cotilleo?

—Eso sí que te lo creo más, ya ves. Pero hay cosas que no sé si como cotilleo siquiera... Hubo demasiado dolor. Ya te digo, Aida, quédate con la imagen de los veranos, cuando no había sucedido nada todavía...

—Vamos, que no vas a hablarme de lo de Manuel, ni de lo de Sidra, ni de lo tuyo...

—Mira, neña: si te detienes en los veranos que te digo, lo que te queda es la fotografía de la felicidad. Imagínate: Sidra con la mente en otro sitio, porque todos sabíamos que estaba coladina por Germán, ay, Dios, cuánta pena vendría después, pero entonces todavía no, puedo verla con el pelo recogido tirante, tirante hacia atrás, doblando las sábanas que han estado tendidas al verde, con Reme, nosotras tres subidas a los árboles, aunque empezamos a ser algo mayores para eso, es el verano de los once años y Almu y Bego ya no le encuentran la gracia, últimamente ellas se pasan más tiempo con las monjas del sanatorio que otra cosa, y eso que a Almu le dan miedo las escayolas, vete tú a saber por qué, pero esa tarde estamos las tres en nuestros árboles, lanzándole pepitas de cerezas a Manuel, que está sentado con uno de sus libros debajo de la galería. Tu abuela y Andresín están sentados en el jardín de atrás y Camino está jugando con ellos a dar palmitas con una canción. Por encima de Les Figares, en aquellos praos que no me acuerdo cómo los llamaban, hay un montón de gente que anda a la hierba, con los garabatos, haciendo montones, porque aunque hace buen día es posible que llueva durante la noche y no quieren que la hierba se estropee antes de secar del todo. Y en la parte de atrás del sanatorio hay algunos heridos de la mina, que los han sacado a tomar el aire, y desde donde estamos la blancura de las escayolas y de las vendas destaca especialmente. Dorotea canta en la cocina una canción que habla de molinos y molineras, tiene la ventana abierta y huele a pisto, un pisto que hacía ella y no se parece nada a lo que dicen por ahí que es pisto: ella lo hacía con patata y cebolla y pimientos verdes y tomates y con unos taquinos de jamón. Y luego batía un par de huevos y lo mezclaba todo al final...

—Yo siempre hago el pisto así, que es como lo hacía la abuela...

—Pues eso, tu abuela aprendió de Dorotea...

—¿Y el bisabuelo?

—El bisabuelo viene caminando por la vía con Efrén, que lleva su maletín. Han estado en el Círculo y habrán hablado de huelgas y de política. No hablaban de otra cosa, así que seguramente esa tarde también hablan de eso. Mi padre cree que el médico es un tipo extraño, que si no fuera porque no es sospechoso, pensaría que es de la cáscara amarga, eso, o que tiene espíritu de contradicción, que siempre tiene que andar buscándole las vueltas a las cosas. Pero todo el mundo lo adora, al médico digo, porque no se ha visto jamás a nadie tan entregado a los enfermos, ni tan sacrificado, y se paran debajo del árbol en el que estoy yo, y yo procuro no moverme, que a mi padre no le gusta nada que seamos tan pericos, dice que dónde se vio que unas señoritas anden trepando como monos, así que intento no hacer ningún ruido y los oigo hablar, Efrén está bromeando con mi padre, le dice que por qué no se apunta él también a la rondalla, que sería muy buen ejemplo, y mi padre le dice que no sea ganso, que cómo va él a ponerse a tocar un laúd o algo de eso, y a mí se me queda en la memoria esa palabra, *laúd,* porque es bonita y no la he oído antes, y Camino se acerca entonces a ellos, con Andresín en brazos, a Claudia la ha dejado con Manuel, que sólo parece descender de las alturas por las que anda con sus libros cuando tiene a Claudia, y tu abuela lo adora. Camino es guapísima, siempre lo fue, y a mí me parece que Efrén la mira como si fueran novios, me gusta creer que lo son, aunque él esté casado. A mí su mujer no me gusta nada, es un poco fuina, como dice Dorotea, siempre con la mujer de Bartomeu, a quien Dios confunda...

—Eh, eh... Espera... ¿Por qué dices eso de a quien Dios confunda? ¿Al ingeniero, no?

—Coses míes, rapacina. O a ver si una no va a poder tener manía a su suegro... Motivos tenía, te lo aseguro. Pero ¿ves? Ésas son las cosas que no merece la pena recordar... Prefiero quedarme con esa imagen: Efrén, que lleva al neñu a recostrines, y Camino, vía arriba, como si fueran una familia... Fue el último verano feliz de Pomar... El último de la vida de Manuel.

En noches como aquéllas, con la compañía del insomnio y de los sonidos del silencio, a Bruno le daba mucha pereza pensar que tarde o temprano tendría que afrontar todo lo que estaba ocurriendo en su vida. Por el momento prefería centrarse en la existencia de Aida y aquella extraña historia de amor que mantenían y en el trabajo: además de los capítulos de *El comisario,* tenía sobre la mesa un proyecto para una obra de teatro y un pequeño papel en una película de un chico nuevo (últimamente en el cine todo eran «chicos nuevos»). Se decía a sí mismo que tenía que trabajar y que ya pensaría, pero en el fondo era del todo consciente de que cerrar los ojos ante la evidencia del deterioro de su padre no iba a frenar los efectos que la enfermedad traía consigo. Tarde o temprano tendría que afrontar que no podría cuidar de él, y habría que buscar una residencia, o contratar ayuda especializada. En momentos como ésos (y en otros muchos) echaba de menos haber tenido algún

hermano, aunque fuera únicamente para valorar la situación, para conocer su punto de vista y para, en definitiva, sentir que estaba haciendo bien las cosas.

El médico había dicho que era posible que el proceso fuera lento. No se sabía si ello era debido a la intrincada estructura mental de Andrés Braña o a otras razones mucho más indescifrables, pero cabía la posibilidad de que los olvidos fueran aún, durante un tiempo, asumibles y a eso se agarraba Bruno para dejar pasar los días sin tomar decisiones.

No iba a ser fácil, en cualquier caso. Bruno no había dejado de tener en ningún momento la extraña sensación de vivir a la sombra del padre. Daba igual que los años no hicieran otra cosa que confirmar lo lejana que quedaba la infancia y la dependencia de aquel hombre alto y guapo como un actor de cine: era como si, a pesar de tanta rebeldía, de tanta contestación, de hacer de su capa un sayo, por inexplicables razones no hubiera conseguido cortar el cordón umbilical. Como si realmente no hubiera crecido y sus exabruptos de desafío a la autoridad paterna sólo revalidaran la incapacidad para vivir sin él.

En noches como aquéllas, cómplice del insomnio y del silencio, Bruno entraba en el despacho de su padre, se sentaba en su silla y dejaba que sus ojos recorrieran los anaqueles repletos de libros, como tantas veces había hecho de niño. Aunque se habían sumado numerosas estanterías, a él le resultaba particularmente sugerente recorrer con la mirada y a veces hasta con los dedos los lomos de los libros que asociaba a sus años de infancia: todos aquellos tan antiguos que el título (dorado sobre fondo granate o verde) apenas podía leerse. Otros con las flechas y el yugo desapareciendo ya del cartón de la cubierta, también abocado a la consunción. Los tomos de la *Espasa* que tanta curiosidad del niño Bruno hubieron de satisfacer durante años, algunas enciclopedias de la vida animal, de medicina, de minerales. Libros y más libros en ofrenda ahora al polvo, pero muy pronto al olvido.

Y las fotos: la juventud de su madre, con peinado de arriba España y aquellos cuellos de la camisa, tan discreta, un poco feúcha, posando para un fotógrafo al borde de los veinticinco años, cuando casarse empezaba a ser una misión imposible, hasta que apareció él, Andrés, con porte de galán, tan guapo, tan camelador. Fotos de la boda, fotos de Bruno de pequeño, de la mano de su prima Aurora, con los abuelos, con un coche que le trajeron los Reyes una vez. En el colegio, con pantalones cortos, una foto con la tarta del séptimo cumpleaños, y del curso que tuvo que llevar gafas, qué tortura, cuando empezó el bachiller. Una foto, seguramente de las últimas de su madre, en aquel viaje que hicieron a París el mismo año que se murió. Hasta ahí. Ni una foto más, ni de Bruno adulto, ni de los nietos. Las imágenes sobre las que se posaban los ojos de Andrés Braña cuando estaba en su despacho se limitaban a una época, a una franja de tiempo muy concreta.

Todos tenemos un tiempo nuestro, pensaba Bruno. Terminamos por hablar de

nuestra época para referirnos a ese tiempo que fue, si no el mejor, el que reconocemos como propio. El resto son planes o recuerdos. Y el tiempo de su padre se llamaba Piedad, a pesar de que Bruno habría jurado que no habían sido un matrimonio particularmente enamorado. Pensando en ello, en noches como aquélla no podía evitar sentirse conmovido, casi proclive al llanto. Había aprendido a no echar de menos a su madre del mismo modo en que creía que no tenía lazos demasiado fuertes con su padre. Pero no era cierto ni lo uno ni lo otro, y con el insomnio acariciando, tan pausado, las horas del reloj, sentía de pronto algo que comenzaba a parecerse al desamparo. Y temía empezar a sentir que en él iba a cumplirse aquella frase que Andrés Braña solía repetir: a medida que te hagas mayor irás entendiendo cuánta razón tenía tu padre. No quería darle la razón en nada a su padre: no tenían nada que ver, se había pasado la vida huyendo de la sombra de Andrés Braña, que siempre amenazaba con asomarse en cualquiera de sus actos y a la que engañaba indefectiblemente por el procedimiento de hacer siempre lo contrario de lo que creía que habría hecho él.

Nunca llegaría a saber Bruno que sus intentos de huida no hacían otra cosa que acercarlo a la esencia de aquel hombre que, con una biografía imprecisa y una privilegiada inteligencia, era su padre.

Y en aquel despacho, en noches como aquélla, dejaba que las preocupaciones se alejaran del presente de *realities* y músicos sin talento y catarros y reproches y silencios, y se refugiaba en una nostalgia inexplicable que tenía como destinatario un tiempo desconocido, una gente que era su sangre de la que nunca había sabido nada, una infancia, la de su padre, tan ajena como ignorada, una vida que se escapaba por los sumideros de la memoria y que ya nunca sería suya.

Iba a apagar la lámpara, que iluminaba con una luz tan cenceña como escurridiza la habitación, cuando reparó en unos libros que había sobre la mesa. Reparó especialmente en uno cuya antigüedad saltaba a la vista, *Primeras canciones* de Federico García Lorca. Su padre, con un libro de un rojo tan rojo como Lorca, qué descubrimiento. Tenía pinta de ser una primera edición, y Bruno abrió la primera página para descubrir con un sobresalto que estaba dedicado por el propio Lorca: la firma inconfundible, que él había visto reproducida en numerosas ocasiones, con las iniciales tan altas, junto a una fecha, 2 de julio de 1931. Y el pierrot dibujado al principio de la dedicatoria. «Ángel, angelillo de alas brunas. Ángel, que sabe volar (Preciosa dixit) más allá de las nubes. Ángel, de palabras para el pueblo, carreteras y conciencia. No dejes que nadie cercene tus alas, digo tus sueños...»

Su padre tenía un libro dedicado por García Lorca a un tal Ángel.

Y tras la sorpresa inicial, a Bruno se le puso el corazón en un puño: en qué capítulo oscuro de la vida de su padre, en qué saqueo de qué biblioteca, habría obtenido aquel botín. Quién sería aquel Ángel y de qué modo habría muerto.

Quiso pensar que aquel libro tendría un valor en el mercado. Pero el escalofrío de las imágenes de tanto horror como de pronto se dibujó ante él nubló cualquier otro pensamiento. Y descubrió que en lo que quedaba de noche era altamente improbable que pudiera conciliar el sueño.

Aunque había otros de menor calado sociológico como los servicios religiosos, en los que coincidían las unas y las otras, y el economato, punto que podría presentar elementos para el conflicto de no ser por lo que intimidaba la cercanía de la autoridad empresarial, las mujeres de Bustiello y de todo el Coto de Aller tenían dos lugares de reunión, dependiendo de la clase a la que pertenecieran. Así, las mujeres de los mineros solían encontrarse en los lavaderos que por orden del Marqués se habían construido en cada núcleo de población. La construcción de esos lavaderos, muy agradecida por todas ellas, no dejaba de ser una forma de hacerse perdonar por haber inutilizado el río (negro de lavar el carbón cualquier día de la semana) para algo tan sencillo como siempre había sido lavar la ropa. Los lavaderos, que tenían carácter mixto, puesto que también funcionaban como fuente en la que se llenaban los calderos que servirían para todos los usos de la casa, estaban siempre muy concurridos, pero los sábados, que había que lavar la ropa de la mina, aquello podía prolongarse hasta la noche. Allí se resolvían las diferencias que provocaban la vecindad y las carencias, a veces por procedimientos poco ortodoxos que incluían tirones de pelo, moños deshechos y una buena colección de improperios. No era necesario que la afrenta fuera muy grande: bastaba una palabra pronunciada en un tono sospechoso, una observación malintencionada acerca de las prendas, que eran objeto de furiosos restregones contra la lavadera de piedra y, sobre todo, cualquier mención al desarrollo de la vida cotidiana de puertas adentro, especialmente a lo que se comía o se dejaba de comer en cada casa, para que las chispas se encendieran. Toña, el ama de cría de Paloma, y Aurelia la Trapera ya habían llegado a las manos (y a los pelos) más de una vez. Los redioses de Toña se elevaban por encima del rumor del agua y de las conversaciones y sobresaltaban a algunas mujeres, más calladas, más temerosas, concentradas en el jabón Chimbo y en lo rojas que se ponían las manos con el agua fría. Estas últimas sabían que cualquier cosa que se dijera en el lavadero terminaban por reconocerla los guardas jurados, que no se sabía muy bien cómo, pero parecían tener orejas desperdigadas por todos los rincones, hasta los más indómitos. Sólo así podía entenderse que los asuntos más cotidianos, los conflictos más domésticos, aparecieran luego en cualquier conversación con el capataz cuando un minero acudía a solicitar un favor, cambio o mejora en sus condiciones laborales. El lavadero, por tanto, servía de punto de encuentro, pero también de zozobra, porque la desconfianza acababa haciendo nido y nadie sabía quién de las que reían o cantaban podía ser la que se fuera de la lengua, o cuál era el misterio que podía explicar que las informaciones tuvieran esa vida propia y terminaran en

conocimiento de tan impensados destinatarios. En el lavadero se tejían historias fabulosas, y se deshacían sin ningún tipo de miramiento las biografías más decentes a partir del más diminuto elemento perturbador, de la sospecha más leve que convertía en una perdida a quien hasta diez minutos antes hubiera sido una santa, todo ello mientras se establecían silenciosas competiciones para determinar quién era la más limpia y qué ropa quedaba más blanca. En el lavadero también, mientras se hacían méritos para convertir las manos en el domicilio de todos los sabañones del mundo, se suministraba información fidedigna acerca de noviazgos incipientes, de enemistades furibundas, de intimidades tan difíciles de mantener en un ámbito tan dado a la libre circulación del aire y los misterios. Aunque había agua corriente en la casa, durante algún tiempo las criadas de Pomar acudían al lavadero, porque, según decían, «se amañaban mejor» para dejar la ropa limpia, pero pronto dejó de ser así, porque ni a Ángeles Ariznabarreta primero, ni a Sidra después les hacía maldita la gracia que, por ejemplo, su ropa interior se expusiera, seguramente porque eran conscientes de las notables diferencias de calidad con la que podían estar lavando el resto de mujeres, en público. Lavar la ropa en casa disminuyó notablemente el nivel de rumores y chismes que circulaban por la cocina, aunque resultara del todo imposible impermeabilizar las paredes para que no se colaran las últimas noticias de los avatares de unas vidas que en realidad a nadie que no fueran las criadas y eventualmente las trillizas, fascinadas siempre por cualquier historia del género que fuera, parecían interesar. Otra cosa es que Sidra siguiera con auténtica curiosidad las habladurías que iban y venían, y ello a pesar del gesto hosco con que respondía cuando en su presencia se hablaba de los pequeños infortunios y las contadas alegrías que marcaban los días de los habitantes de la zona.

Si el lavadero era el escenario que marcaba la confluencia de todas las frustraciones y de las inciertas dichas de las mujeres de los obreros, la casa de Agustina, la dueña de la fábrica de chocolate, era el punto de encuentro de las mujeres de la burguesía de la zona con carácter amplio, porque por su situación en Ujo podían acudir tanto de Bustiello como de Mieres y de Turón; y la de Montserrat, la mujer de Gustavo Bartomeu, el ingeniero, para reuniones tan restringidas que en realidad se reducían a la propia Montserrat, Benilde (la mujer de Efrén Rubiera), Amparito (la viuda del médico anterior) y Norina (la hermana de don Macrino, que pasaba largas temporadas viviendo con él en la Rectoral). A veces también Eloína, la comadrona, formaba parte del grupo, pero ni ella parecía estar del todo integrada, ni al resto de las mujeres les resultaba cómodo conversar con aquella mujer que hablaba de su trabajo, siempre relacionado con asuntos tan desagradables y que inevitablemente hacían referencia a partes del cuerpo y procesos tan innombrables como intocables. Ángeles Ariznabarreta había formado parte de las asiduas tanto a una como a otra casa, pero tras su muerte, Sidra, como heredera natural, no había llegado a incorporarse, porque no dejaba de ser extravagante que alguien tan joven formara parte de un círculo en el que podían ser tratados algunos temas, siempre con

la discreción y el turbador sonrojo que trataba de ocultar, sin éxito, un brillo travieso en la mirada. Las reuniones en el chalet del ingeniero solían celebrarse casi todos los jueves a la hora de la merienda, en el saloncito con galería que hacía esquina y que permitía tener una visión casi general del pueblo a través de la cristalera: la iglesia, el colegio de los frailes, que permanecía ligeramente oculto por la iglesia desde aquella perspectiva, el Círculo Católico, el puente que cruzaba el río y conducía a la carretera, las casas del poblado y al fondo el sanatorio, o al menos parte de él. A Montserrat le gustaba mucho llamar a aquella habitación *sun parlor,* lo que resultaba bastante incomprensible para las demás, especialmente para Amparito, que terminó por llamarlo *zamparlo,* creyendo que tenía algo que ver con la profusión de galletas y bizcochos que acompañaban al café y al chocolate que siempre ofrecía alguna de las jovencísimas doncellas (las más finas de toda la comarca, seleccionadas con esmero por Montserrat para que pasaran la supervisión final que siempre hacía Bartomeu, impecablemente vestidas con uniforme y cofia) cuando daban las cinco y media de la tarde. Para entonces, las mujeres abandonaban los sillones de mimbre y sus labores de ganchillo o la lanzadera con la que Benilde siempre estaba trabajando sus famosos tapetes de frivolité, y se dirigían a la mesa redonda, siempre inmaculadamente vestida con manteles blanquísimos que terminaban con manchas inoportunas de chocolate, sobre todo en la zona de influencia de Norina, que pese a sus esfuerzos no podía evitar tener los modales más toscos del grupo, lo que torcía el gesto de la doncella, que ya se veía frotando y frotando hasta hacerlas desaparecer.

La mesa de la merienda, por discreción, estaba retirada de la exposición pública que suponían los grandes ventanales de la galería, pero seguía permitiendo la observación de las calles del poblado, el transitar de las personas, los juegos de los niños delante de la iglesia y la entrada y salida de los socios del Círculo Católico. La irrupción en el campo visual de cualquier elemento humano servía siempre de excusa para iniciar una conversación que invariablemente versaría sobre la necesidad de vigilar las buenas costumbres, porque la juventud, ya se sabe, si no se está encima de ella... Hablaban también de sus respectivos orígenes: de la infancia catalana de Montserrat y su adolescencia madrileña; del Valladolid provinciano y frío de Benilde, quien tenía mucho éxito entre sus contertulias cada vez que sacaba a relucir la leyenda del Sillón del Diablo, con todos sus macabros componentes de crimen infantil: estudiante de origen portugués guapo (no se sabía si era guapo, pero Benilde había descubierto que atribuirle una belleza inexplicable generaba entre quienes escuchaban la historia un respingo de dimensiones mucho más llamativas), espantosas mutilaciones, rastros sanguinolentos y, sobre todo, la constatación posterior de que quien se sentaba en aquel sillón, descrito por Benilde hasta el más mínimo detalle de la madera de cedro y el respaldo de cuero, o bien se moría en los días siguientes o adquiría toda la sabiduría del mundo, pero como ésta venía del diablo, a cambio el Maligno se lo cobraría en actos malvados. Benilde, a pesar de ser vallisoletana de varias generaciones, había conocido esta historia gracias a su marido,

fascinado durante su primer año de estudiante de Medicina por aquella vieja leyenda que conseguía estremecerlo cuando estaba en la sala de autopsias. No eran los únicos ambientes provincianos evocados entre cadeneta y puntilla y picots dobles, torcidos y entrelazados: Amparito hablaba de su infancia en el caserón de la calle San Francisco de Oviedo («Para mí siempre será la calle San Francisco, y no la José Tartiere como la llaman ahora», repetía con insistencia cada vez que la mencionaba) y de los paseos por la plaza Porlier y el Campo y el paseo del Bombé. Entre tanta rememoración de paisaje urbano, Norina ponía la nota divertida que se deslizaba a través de sus frases con inevitable acento langreano y hablaba de su pueblo de la montaña, y lo hacía dibujándolo en tonos tan luminosos que los aparentes esplendores de cualquier ciudad evocada palidecían ante la nostalgia arcádica que ella era capaz de imprimir a sus palabras.

Había algo de niñas pequeñas con necesidad de impresionar a las demás en las conversaciones del *sun parlor*. De superar el estupor que la historia recién contada hubiera creado en el auditorio. De impresionar con los paisajes o los monumentos que en alguna ocasión se habían contemplado. De llegar más allá en el conocimiento de la maldad humana a la que cada una había asistido. Pero sobre todo, el implícito concurso llegaba a su punto culminante en el instante mismo en que alguien mencionaba sufrimientos, enfermedades, penas o disgustos. Ahí no había ningún tipo de miramiento, y siempre se buscaba, a veces con una audacia insospechada, conseguir el primer premio, aunque fuera, y todas tenían plena consciencia de lo efímero del galardón, sólo por una tarde.

En una de aquellas tardes de *sun parlor* sin sol con chocolate y unos melindres que sabían particularmente a anís, porque a la casa del ingeniero se había incorporado como cocinera una gallega de Silleda, la casualidad, como siempre sucede, empezó a tejer los hilos de la desgracia, aunque nadie pudiera imaginar que la inocente observación de Norina traducía los más soterrados y violentos demonios:

—Qué guapines son les nenes del director, les trillices... —dijo señalando a través de la ventana a Paloma, que aquella tarde de verano y después del último estirón parecía no caber en el vestido de tafetán azul claro con volantes—. Fíjate, Montse, cómo se-y cai la baba al tu hombre mirando pa ella, ne...

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado: jueves, 8 de noviembre de 2007 15:22
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Agotado

Entiéndeme bien. He escrito agotado porque es así como me encuentro después de estar rodando desde las cinco de la mañana. O antes. Sea como sea, he pasado la noche en blanco, porque cometí el error de acostarme pronto pensando en que

tendría que levantarme antes de las cuatro y fue un empeño inútil. Primero, porque la relación de mi padre con el mando a distancia de la tele es bastante conflictiva en los últimos tiempos y tiende a dar al botón del volumen cuando quiere cambiar de canal. Y como ve que no cambia, sigue y sigue dándole y no hay quien lo aguante. Y luego sonó el teléfono, a pesar de que había tenido la precaución de desconectar el de mi dormitorio, pero a mi padre se le fue el santo al cielo y después de descolgar me gritó a grandes voces que me pusiera, que era Óscar. Y claro, salté de la cama, porque no es normal que Óscar llame y menos al día siguiente de haberle hecho un ingreso. Parece que su madre está hospitalizada, esta vez puede que sea serio, no pinta nada bien y fue más que suficiente para terminar de desvelarme. La llamé hace un rato y me ha contado que están haciéndole pruebas, pero parece que podría ser el páncreas y está aterrorizada. Ha llorado mientras me lo contaba y yo no he sabido muy bien qué decir.

Marisa y yo nos conocimos en un grupo de teatro que no creo que te suene, aunque tú sabes muchas cosas, se llamaba Los Goliardos, teatro independiente, con gente que luego serían la hostia, como Almodóvar o Carmen Maura y otra gente que se quedó en nada, como sucede siempre. Marisa era muy guapa, muy como me gustaban a mí las mujeres entonces: el pelo muy largo, oscuro y liso y muy delgada. Y sobre todo era muy divertida, nos reíamos tanto... Aún no teníamos veinte años ninguno de los dos, y ahora pienso en todo aquello y la tentación de la indulgencia es enorme. Hubo un tiempo en que no, en que odiaba pensar en cómo y quiénes habíamos sido entonces, cuando descubríamos al mismo tiempo a Bertolt Brecht (San Bartolo Brecht), a Bakunin y el sexo, a Dylan y las drogas. Me mataba la inocencia, era como un escupitajo, y durante muchos años me ponía malo pensando en ello. Ahora no. Ahora, cuando pienso en ello, no sólo no me reconozco, es que tengo la sensación de que ese que tiene mi nombre es un personaje de algún libro que leí hace mucho y que recuerdo vagamente. Y Marisa, ni te cuento.

Mi padre adoraba a Marisa, no me preguntes por qué. Supongo que contribuía a ello que era hija de unos conocidos suyos, y que por alguna razón misteriosa creería que terminaría por meterme en vereda. En el fondo él pensaba que lo de Marisa era temporal, un sarampión, pero lo mío tenía más de permanente. Si Marisa era un poco, como decía él, cabra loca, era cuestión de tiempo que retornara al camino recto. Lo mío en cambio era más complicado: o alguien me hacía volver al reino del sentido común, o estaría definitivamente perdido. Como ves, ni Marisa ni yo volvimos jamás al buen camino.

Se supone que cuando rompes con una mujer con la que tienes hijos queda un vínculo imborrable: la leyenda esa de que cuando ves a tus hijos la ves a ella. Pero no es verdad. Yo nunca me acuerdo de Marisa cuando hablo con Lisis o con Óscar, a no ser que la mencionen. Es como si perteneciera a otra vida.

Algún día te contaré en qué momento y por qué decidimos separarnos, hoy estoy demasiado cansado, y a lo mejor tampoco te interesa.

Me siento triste, Aida. Y muy mayor.

Bruno

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado el: jueves, 8 de noviembre de 2007 17:34
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Re: Agotado

Hola:

Acabo de llegar al periódico y he visto tu mensaje. Lo siento muchísimo, Bruno, de verdad. No sé qué decirte: ojalá todo vaya bien. Lo cierto es que oyes la palabra *páncreas* relacionada con algo por lo menos preocupante, y ufff, te echas a temblar. Como mínimo piensas en Rocío Jurado. Yo qué sé. A lo mejor no es tan terrible como parece, supongo que ella estará muerta de miedo, y puede que cuando vayas por allí y te enteres mejor, descubras que igual no es para tanto. No sé.

Yo he estado comiendo con Jimena. Solemos hacerlo un par de veces al mes y nos ponemos al día de todo lo que nos va pasando, aunque hoy ha sido ella la que me ha sorprendido contándome una historia extraña, no por insólita, o sí, quiero decir, la historia es la más vieja del mundo: que aún suceda y que le pase a ella ya resulta más inconcebible. Resulta que se ha liado con un compañero suyo del hospital, un traumatólogo que la ha vuelto del revés con un rollito así como poético y sentimental, muy palabrero. Que estuviera casado es lo más aparentemente trivial del asunto. Pero ya ves. Tan adultos, tan vividos, y resulta que a Jimena se le ha presentado la mujer en la consulta para dejar clarito quién es dueño de quién. Y ella es dueña del traumatólogo, faltaría más, que para eso llevan casados desde tiempo inmemorial. Jimena no da crédito y cuando le he preguntado si la había echado de la consulta a escobazos, me ha contestado que eso es lo peor de todo: que por un lado le temblaban las piernas como si fuera adolescente y su madre la hubiera pillado en falta, pero por otro sentía una compasión tan enorme por aquella mujer que había descendido a la indignidad de ir a marcar su territorio ante otra mujer, que le dieron ganas de llorar, y se limitó a decirle que no se preocupara, que en lo que a ella se refería, se había acabado desde ese mismo momento. Y mientras enrollaba con una pericia que siempre me sorprende los espagueti de Gepetto, de pronto se ha echado a reír y me ha dicho que había estado en un tris de decirle (porque en los momentos más dramáticos, o más solemnes, a ella le ocurren esas cosas, que la cabeza se le va a lo más absurdo o a lo más hilarante, o a lo más ridículo) que no dejaba de ser gracioso que estuvieran rivalizando por un tío que encima la tiene pequeñísima y que folla de pena. Y yo, que no me esperaba esa salida, he explotado de la risa justo cuando estaba bebiendo agua y ha sido un escándalo.

Ya ves. Tienes tú razón: el sentido del humor es lo que nos salva siempre. A Jimena la pura reflexión acerca del tamaño, en mitad de una situación tan absurda como preocupante (nunca sabes por dónde puede salir una mujer celosa y qué cuchillo lleva en el bolso), la colocó de nuevo en el nivel de la cordura y pudo permitirse el lujo de exhibir una complicidad cariñosa con la mujer del traumatólogo, al que, por cierto, está deseando decirle cuatro cosas. Si uno tiene la suficiente decisión como para iniciar una relación estando casado, comprometido o lo que sea con otra persona, lo menos que debe tener es la responsabilidad de no

poner a esa persona a los pies de los caballos y como mínimo mantener la privacidad de sus correos y de sus mensajes de móvil, garantizar esa privacidad, quiero decir. Cómo se puede ser tan gilipollas. Nos pasamos el resto de la comida de muy buen humor, a pesar de todo, recordando un episodio bastante similar que me pasó a mí hace años y concluyendo entre risas que esto nos pasa por ser unas zorras. Por cierto, esta última frase fue oída por el camarero, que me imagino yo que estará acostumbrado a oír de todo, pero la verdad es que nos miró con cierta inquietud.

No sé por qué te cuento todo esto. Supongo que es por la misma razón por la que puedo hablar horas y horas contigo y desgranar todas las tonterías con que se van escribiendo los días. Por la misma razón por la que te cuento los líos del periódico, mis pánicos o mis proyectos. Porque te has ido convirtiendo en lo más importante de mi vida, y me da rabia decirlo así, porque es una afirmación solemne que queda diluida entre todas las palabras. Pero es eso.

Esta noche hablamos y me cuentas si has ido al hospital y eso. Llegaré un poco tarde a casa, porque tengo que pasarme por la Asociación y ahí sabes cuándo entras pero nunca cuándo vas a salir, y aunque siempre voy con un pesimismo natural, no puedo evitar una cierta curiosidad infantil, como si alguien fuera a revelarme un secreto importante, y todo porque Pablo me ha llamado y me ha dicho que ha dado con un tío de la zona de Sobrescobio que tendría información sobre una fosa que podría haber allí. Pero es todo tan vago, que no sé. Ya te contaré.

No te preocupes, seguro que lo de Marisa no es tan terrible y todo sale bien.

Un beso,

Aida

Durante muchos días, Sidra le dio vueltas a un ejemplar de *La Última Moda* que le había suplicado a su padre que le trajera de su último viaje a Madrid. En cuanto supo que su padre la autorizaba a acudir a la fiesta de doña Agustina, en Ujo, revisó su armario para concluir que sus vestidos eran una porquería. Desde la muerte de su madre los vestidos de las niñas los hacía Matilde, una modista de Santa Cruz que se daba muy buena maña, y la propia Sidra había reciclado algunos de su madre con la ayuda de Dorotea para ella misma.

Pero esto era diferente. A esta fiesta quería ir guapa, porque sentirse guapa de pronto, después de la mirada de Germán aquella mañana de domingo en Valdefarrucos, se había convertido en la principal de sus preocupaciones. Y aunque no creía que existiera alguna posibilidad de encontrarse con el muchacho, quería entrar en sociedad vestida como una auténtica señorita.

Entre todos los vestidos que aparecían en la revista, el favorito de Sidra era uno de raso de Bengala de coral rosado, con una especie de túnica sobrepuesta que se ajustaba a la cintura, desembocando en unos paniers que caían a los lados en forma

de concha. Y con la revista acudió a ver a Matilde para que se lo hiciera.

—Ay, fía, el pintar como el querer...

Matilde veía enormes dificultades para hacer aquel vestido, por no hablar de que tenía serias dudas de encontrar en los establecimientos ovetenses (en Mieres ni pensarlo) aquella tela de raso de Bengala que decía la descripción del vestido.

—¿Qué quieres decir con eso del pintar como el querer?

—Qué voy a querer decir, Sidra, que a ver cómo queda eso puesto, neña. Mira esti otru: si encuentro crespón georgette de esti, que ya esté plisáu, pa los volantes, así fininos sobre la falda y pal cuello, pue quedar muy guapu, ya verás. Crespón georgette y piel de seda, así en mate. Vas a tar preciosa.

Y lo estuvo. Francisca, que pasaba aquellos días en casa de su padre el ingeniero, se quedó mirándola con admiración cuando le enseñó el resultado la víspera de la fiesta.

—Estás guapísima, Sidra. Y eres muy valiente, ya sabes que la que con verde se atreve por hermosa se tiene. ¿Con qué sombrero lo vas a poner?

Revolvieron por los armarios buscando un sombrero apropiado, pero ninguno parecía gozar de la aprobación de Francisca, quien finalmente, como tenía recursos para todo, improvisó una especie de turbante con un pañuelo de tafetán negro.

—¡¡Sprit!! —exclamó Francisca señalando uno de los sombreros de Ángeles Ariznabarreta—. Es sprit auténtico.

—Son plumas, ¿no?

—Sí, son plumas pero del osprey, un pájaro bellísimo. Por lo visto el sprit son unas plumas especiales que les salen cuando están empollando los huevos. Hay que quitárselas en ese momento, y claro, son carísimas.

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

—Mujer, a mí me lo cuenta todo Emiliano, que cada vez que viaja a Londres viene con montones de cosas nuevas. Fíjate que esto me lo contó precisamente porque hace unos años en el Parlamento quisieron prohibir los sombreros que llevaran sprit, porque decían que era una crueldad arrancarles las plumas a los osprey esos.

—Bueno, pero son pájaros, ¿no? Qué más dará. Ya les saldrán otras...

—¿Sabes qué vamos a hacer? Cogemos esta rosa de tela de este sombrero, y a este otro le arrancamos los sprit, y lo cosemos todo en el turbante. Vas a estar preciosa. ¿Y zapatos? ¡Ni hablar! Ésos ni se te ocurra, voy a dejarte unos míos que te quedarían que ni pintados con este vestido. Además, no tienen tacón, porque, hija, con esta altura que tú tienes no va a haber hombre que quiera acercarse a ti.

Algo debió de ver Francisca en la cara de Sidra, un temblor levísimo y delator, para que de pronto se la quedara mirando de hito en hito...

—Ay, Sidra... Que tú estás enamorada...

—Que no, qué voy a estar... Tú estás tonta.

—Pero cómo que no, si te has puesto como la grana... Dime quién es, anda, dímelo...

Pero Sidra no soltó prenda, por más que todo aquello que estaba sintiendo amenazara con ahogarla por dentro. Veía a Francisca tan guapa, tan distinguida, tan de mundo, que no podía evitar pensar que todo aquello que sentía por Germán, que le parecía tan enorme, no dejaría de ser materia para, en el mejor de los casos, la broma por parte de su amiga. Intentó cambiar de conversación rápidamente y le preguntó por su vida en Barcelona, por sus amigas, por los paseos y los escaparates, por las fiestas. Y se quedó sorprendida cuando la oyó decir que a veces sentía nostalgia de Bustiello, que se acordaba de cuando era muy pequeña y se asomaba a la galería («Al *sun parlor,* como ahora lo llama mi tía Montse») las mañanas que amanecía todo helado y los cristales tenían una película de hielo que casi crujía bajo los dedos y ella dibujaba soles con los rayos que ocupaban todo el cristal, y allí los dejaba, hasta que salía el sol de verdad, lo que en Bustiello, tan metido en el valle, tampoco era tan sencillo, y los soles dibujados en los cristales se diluían.

—¿De verdad tienes nostalgia de Bustiello? No me lo puedo creer... Si es feísimo...

—Sí, pero los recuerdos que tengo de Bustiello vienen de muy atrás, de cuando vivía mi madre, con mis hermanos y cuando mi padre todavía no... Y todo eso, nena, que pareces tonta... ¿Cómo no se va a recordar con cariño la infancia?

Sidra pensó durante un minuto si recordaba con cariño la infancia, pero por más que escudriñó, no fue capaz de hallar otra cosa que un deseo irrecusable, emboscando cualquier otro atisbo vital, de huir de aquel valle, de aquella casa, del rumor del río oscuro, del polvo suspendido en el aire, de la miseria a la que sus ojos nunca querrían acostumbrarse en cuanto salía de los muros de Pomar.

Y aunque la presencia de Germán en su pensamiento apaciguaba y calcinaba a partes iguales con la promesa de algo grato que estaba por venir, tuvo una certeza instantánea, como un fulgor o un golpe de viento, y en cualquier caso como una presencia helada: jamás iba a conocer lo que era la felicidad.

Matías era el nombre del informante que se había puesto en contacto con Pablo a través de la web de la Asociación. Era profesor de matemáticas en un instituto de Zamora, pero de niño había pasado temporadas en Sobrescobio, porque su padre, aunque se había marchado de allí poco después de la guerra, procedía de aquella

zona, y allí pasaban, cuando era pequeño, gran parte de los veranos, ayudando a los abuelos a recoger la yerba. De aquella época tenía grabada con la nitidez con que a veces se adhieren al cerebro algunos recuerdos una tarde de julio que acompañaba a su padre y a su abuelo por el monte hacia un prado que estaba particularmente alto, y en un momento determinado su padre se había dirigido al abuelo y le había dicho: «Aquí fue donde mataron a aquellos anarquistas de Gijón, ¿eh?», y el abuelo había señalado con la guiá a algún punto al otro lado de la sebe recubierta de espinera. «Sí, enterráronlos allí. Pensé que ya nun te acordabes de eso», y su padre había respondido: «Hay cosas que no se olvidan nunca». A Matías todo aquello le había producido un escalofrío y aquella noche había soñado con «la guerra», que era una circunstancia que poblaba de terrores su infancia, porque siempre oía hablar de ello, especialmente cuando iban a Sobrescobio. Contaba, en aquel correo que le envió a Pablo, que cuando había empezado todo aquello de la memoria histórica y las fosas, siempre estaba pendiente de si recuperarían los cadáveres de aquellos anarquistas de los que había oído hablar aquella tarde, y más de una vez había querido que su padre le contara aquella historia, pero chocaba con un muro, porque no había forma de sacarlo de un lacónico «Hay que dejar las cosas en sus días».

—Esa frase me suena. Es de una canción —dijo Aida.

—¿De una canción? —preguntó Pablo.

—Sí, espera, que no me acuerdo... Es una canción de Víctor y Diego, eso seguro, pero no recuerdo el título.

—¿Víctor y quién?... Bueno, da igual, déjate de canciones. Lo que cuenta es que su padre por lo visto no ha querido hablar jamás de aquel asunto, pero este tío, el Matías este, dice que oyó claramente que hablaban de unos anarquistas de Gijón, que los habían matado y que estaban enterrados allí.

—A ver. Pero alguien del pueblo lo sabrá. Quiero decir, aparte de su padre. Esas cosas se saben.

—Esas cosas se callan. O se callaban y vete tú a saber si no se habrán ido muriendo los que lo supieron un día. Los muertos no eran de allí, nadie los buscó, punto final.

—Canción última...

—¿Qué?

—No, no se llama «Canción última», pero creo que estaba en ese disco... Es que no me acuerdo de cómo se titula la canción donde está eso de «hay que dejar las cosas en sus días».

—Tú estás de la cabeza, Aida, la verdad. Lo que te decía: que el padre de Matías vive en Oviedo. No es que esté muy bien, tiene algo de demencia, pero yo creo que si pones la sonrisa encantadora que sabes poner y vas a visitarlo, a lo mejor a ti te

cuenta algo. Puede sentirse conmovido por que busques a tu abuelo y eso.

—Tengo que mirar un mapa.

—¿Para ir a Oviedo?

—No, hombre, no. Para ver dónde queda exactamente Sobrescobio; quiero decir, por lo que sé, mi abuelo y los demás salieron de Gijón y llegaron a Blimea. Se supone que desde ahí emprendieron la marcha para llegar a Cabañaquinta, donde los esperaban, y lo lógico sería pensar que subirían por Laviana. Sobrescobio queda más al este... No sé.

—Pudieron haber cambiado de idea. Pasaba mucho.

—Ya. ¿Te crees que no lo he pensado? Si no hubiera sido porque tengo un testimonio que los sitúa en Blimea, visto lo visto, lo más sencillo habría sido que hubieran intentado la huida desde Gijón, por mar.

—No todo el mundo pudo subir a bordo de los barcos. Los que se quedaron en tierra tuvieron que arreglárselas como pudieron. La desbandada tuvo que ser de aúpa. Y además, hubo mucha gente que pensó que no era una buena idea lo de escapar por mar: ahí estaban los buques, el *Cervera* y el *Júpiter,* y de hecho interceptaron a más de un barco. Porque ésa fue otra, muchos descartaron la huida por mar porque coincidió que había una luna llena que pa qué.

—Si de todos modos, da lo mismo. Yo sé que llegaron a San Martín y estuvieron en casa de un maestro comunista que luego fusilaron. Su hija se acordaba perfectamente, hablé con ella hace unos años y me lo confirmó. Y también sé que los esperaban en Cabañaquinta.

—Ya, cari, ya lo sé. Estuve contigo hablando con, cómo se llamaba, bueno, el tipo aquel que luego estuvo en un campo de concentración en Francia, que nos contó...

El teléfono de Aida interrumpió la frase de Pablo con el politono de «Like a Rolling Stone», lo que hizo a éste enarcar una ceja y sonreír mientras hacía el gesto inequívoco de túcadadíaestáspeorAidita y bebía un trago de cerveza...

—Tengo que irme. Era de la residencia donde está mi tía abuela. Por lo visto se ha puesto bastante mal.

El vínculo que se había establecido entre los tres era tan intenso, que a nadie le extrañaba que cuando Camino no tenía trabajo con el médico, apareciera por Pomar y se llevara con ella a Claudia, o incluso que en alguna ocasión se quedaran los dos niños en la casa de Montañés si a Camino la requería con urgencia Efrén Rubiera para ir a atender a algún enfermo a domicilio. En su cabeza, y en su corazón, la niña tenía una confusa idea de familia. Sentía que su hermano era Andrés, pero sabía que aquellos niños grandes y bulliciosos eran sus hermanos de verdad. La figura de la

madre era Camino y hasta podía sentir que Efrén —que en algunos ratos en los que no había gente en la consulta jugaba con los dos, y les enseñaba en un globo terráqueo de escayola los nombres de los países, los números y las letras, de modo que antes de los cuatro años ambos escribían y leían con soltura— era lo más parecido a un padre. Y tenía unos abuelos, «los güelitos», como los llamaba Andrés. Porque tenía que ser su abuelo aquel hombre tembloroso que parecía estar a punto de ahogarse a cada paso, pero que sentando a un niño en cada una de sus rodillas, decía siempre: «Ay, probitinos, miós neños, probitinos...». En la casa de Pomar tenía más lío con las figuras paternas. ¿Era Sidra su madre? ¿Y aquel señor tan callado, con bigote, era su padre? ¿Y quién era la señora que siempre andaba por la cocina?

De todos los miembros de la familia de Pomar, había uno por el que Claudia sentía verdadera devoción: Manuel. Tan tímido, tan quebradizo, embozada la mirada tras los cristales de las gafas, era, sin embargo, el que más tiempo y afecto le dedicaba, y a pesar de que siempre parecía estar en otro sitio, en cuanto aparecía la niña se convertía en un mago capaz de sacar un caramelo de La Agustina de detrás de su oreja o de jugar con ella a aserrín aserrán hasta hacerla estallar en carcajadas o, para absoluta satisfacción de la niña, Manuel se dejaba peinar (a ver cuándo cortas ese pelo, solía decir sin demasiado éxito Benito Montañés a su vástago, que en el fondo soñaba con llegar a ser un personaje como su idolatrado Walt Whitman, y aun así no conseguía que en su cara floreciera la barba y el pelo siempre estaba amenazado por la severidad de la mirada de su padre) y hasta poner lazos en la cabeza.

—Ay, Manuel, por Dios bendito, que nun te vea tu padre con eses faches... ¡Claudia! Deja de facer burla del tu hermanu...

Las recriminaciones de Dorotea hacían escasa mella en Manuel, que era capaz de hacer lo que fuese con tal de conseguir que la niña se riera de aquel modo que conjuraba todos los miedos y todas las tristezas. La risa de Claudia era la plena constatación de que cualquier vaticinio de inevitable tristeza, derivada de sus fúnebres orígenes, había fracasado estrepitosamente. En realidad, la risa era el vínculo secreto que la unía a Andrés. Los esfuerzos de Camino, su empeño tan tenaz como rebelde de impedir a toda costa que aquellos dos niños ungidos por la desgracia y por la muerte se alimentaran de la desdicha como principal ingrediente, se habían traducido en que desde que eran bebés y pasaban tanto tiempo juntos compartiendo serón, nanas y pecho, desarrollaron una especial destreza para practicar la risa como principal vehículo de comunicación. Sonreían en espejo: bastaba que uno de ellos insinuara el gesto que precedía a la más diminuta de las sonrisas, para que el otro la continuara, la ampliara y, en cadena, ambos terminaran riendo a carcajadas. Claudia y Andresín se reían como quien nunca ha sentido el miedo, y a Manuel esa risa de su hermana le parecía el mejor antídoto para sus propias pesadumbres.

Manuel deambulaba por el calendario del desamparo y a duras penas mantenía su equilibrio apoyándose en la contundencia de las palabras escritas en los libros y en la impalpable, en la etérea alacridad que se derivaba de la risa de Claudia. Miraba de reojo a Sidra, y su circunspección, mudada en desorden a duras penas contenido, le producía el efecto de una amenaza, de la cercanía de una bomba a punto de estallar. Sabía, porque no había sido difícil deducirlo, que su hermana bebía los vientos por Germán Espina, y no podía determinar qué era lo que le daba más miedo de todo aquello.

Germán se había convertido en su mejor amigo; en realidad, en su único amigo, porque Manuel nunca había encajado ni con los hijos de Efrén Rubiera, ni con los de Gustavo Bartomeu, y no digamos con el resto de niños que poblaban Bustiello y sus alrededores. Estos últimos le producían un intolerable temor que se traducía en ocasiones en pánico. Tenía la certeza de que cada vez que salía del reducto protector de Pomar, estaba expuesto, como mínimo, a que llovieran piedras desde el lugar más insospechado, o a que alguien pasara a su lado corriendo a toda velocidad y le propinara una colleja de las que quitaban el sentido. Con los años había terminado por acostumbrarse a cobrar sin ningún tipo de motivo y a callar, porque más que los golpes le horrorizaba que su padre pudiera enterarse: temía más que al más afilado de los guijarros aquella mirada que mezclaba a partes iguales el desprecio, la acritud y la vergüenza.

Germán era diferente. Con él tampoco es que hablara demasiado —seguramente no había nadie en el mundo que consiguiera sacarlo de la afonía emocional que lo incapacitaba para hablar de sus cosas—, pero al menos lo escuchaba con interés. Germán había vivido en París y en otras ciudades europeas y cada una de las palabras con las que aludía a los más pequeños detalles de lugares, plazas, personas, establecimientos, jardines o monumentos hacía que en el pensamiento de Manuel las páginas leídas y el mundo imaginado se convirtieran en reales, tomaran vida. Germán no leía a los poetas, pero al menos no se había reído de él por hacerlo y a cambio le hablaba de cabarets y de vida nocturna, de absenta y de gente que se inyectaba morfina con unas jeringuillas que se vendían en joyerías y cuyo uso, para absoluta perplejidad de Manuel, que se sentía aterrorizado cada vez que tenían que ponerle una inyección, constituía una de las principales fuentes de placer y evasión para los decadentes artistas parisinos.

—Es que el extranjero es otro mundo —terminaba por concluir siempre Germán, que había dejado que su mirada se perdiera como si pudiese traspasar las paredes y con un suspiro levísimo parecía retornar, y como si en sus ojos se hubieran depositado los paisajes y las calles evocadas, trasladaba a la mirada hambrienta y triste de Manuel el equipaje de recuerdos que traía consigo.

Manuel sabía que el extranjero era otro mundo. Y Germán era el embajador que le acercaba con sus descripciones brillantes a una patria ajena y sin embargo más

propia que el país en que vivía. Le gustaba pensar, con aquella solidez permanentemente embozada tras su cortedad, que él era ciudadano del mundo, un concepto que le parecía tan original, tan novedoso que su propia formulación le hacía sonrojarse.

En realidad, Manuel sabía que ni siquiera era necesario cruzar una frontera para habitar otro universo: lo era cualquier cosa que saliese de los límites del territorio del Marqués. Incluso Mieres, adonde acudía a diario para sus clases en la Escuela de Capataces, parecía disfrutar de un aire diferente. En los poemas que escribía en un cuaderno secreto que ocultaba en el fondo de su armario del cuarto amarillo, Manuel lo llamaba libertad y Germán era una especie de gestor, un muñidor, la persona que con su sola presencia, con su estrambótico atuendo, su sonrisa seductora y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda (el de la mejilla derecha, Manuel se había fijado, por alguna asimetría inexplicada era imperceptible), y sobre todo con los colores de sus palabras, hacía real y verdadero lo que hasta entonces sólo era patrimonio de las páginas de los libros.

Y sin embargo, a pesar de todas las emociones felices que la cercanía de Germán le proporcionaba en tanto que le abría una ventana por la que entraba una brisa tan redentora como inquietante, a pesar de disfrutar por primera vez del placer de la amistad, Manuel tenía la sensación de caminar por campos minados y no era capaz de averiguar por qué. Seguramente tenía que ver con aquella mirada anhelante, próxima a la súplica que descubría siempre en los ojos de Sidra, que empezaban a estar tan transparentes como su propia piel cuando se mencionaba el nombre de Germán. O con el pánico que se adueñaba de él si coincidían en la biblioteca o en la sala de billar los tres, cuando Germán estaba en Pomar, porque siempre tenía la sensación de que Sidra se desmayaría en cualquier momento.

A Benito Montañés, aquel amigo de su hijo, que además era el tesorero del Sindicato Católico, no acababa de convencerlo. Y aunque el atuendo, tan insólito por aquellos pagos, ya lo predisponía frontalmente en contra, el director tenía la sensación de que era otra cosa —tan difícil de definir como de someter a cualquier clasificación— lo que le ponía en guardia ante aquel muchacho, que por otra parte gozaba de la mejor de las acreditaciones, porque el propio Marqués le había indicado en alguna ocasión que estuviera pendiente del hijo de su buen amigo Espina. Había algo que no le gustaba y una vez se lo había dicho con más prevención que otra cosa (nada más lejos de su intención que cuestionar ni por asomo cualquier opinión de don Claudio) a Bartomeu, mientras ambos cruzaban el puente que unía Bustiello con la carretera:

—Pues no sé yo, pero hay algo en Germán Espina que me da... mala espina.

No era intencionada aquella concesión al retruécano, pero no pudo evitar una sonrisa.

—¿Mala espina? Mira, Montañés, y siento decírtelo porque tengo la impresión de que lo mismo termina por ser yerno tuyo o algo, o si no ya me dirás qué busca, con tanto andar por tu casa con la excusita de los estudios, pero lo que pasa con ese tipejo es muy sencillo.

—¿Sí? —Benito Montañés seguía digiriendo lo que el ingeniero acababa de sugerir.

—Sí, hombre, Germán Espina no es más que un chisgarabís. Y como dicen por aquí, no sé si no será un poco manfloritu.

Aunque nunca había sido miembro, digamos, numerario y consideraba que no estaría jamás a la altura de los personajes que la frecuentaban, Efrén Rubiera asistía con asiduidad a la tertulia La Claraboya, que se reunía en el Español, en Oviedo. Aquel café, en la calle Cimadevilla, reunía a lo más vanguardista de la cultura asturiana desde que en torno a 1913 Fernando Señas y Eduardo Martínez Torner habían ido aglutinando a intelectuales y artistas que parecían tener en común tanto el afán discutidor como una tendencia a la miopía que los llevaba a usar, a la mayoría de ellos, lentes de diversos modelos. De hecho, el nombre de la tertulia procedía de que sus imágenes, las de las caras de los contertulios, vistas desde fuera tras el ventanal del café, parecían una claraboya formada por vidrios inquietos y brillantes.

A Efrén le gustaba aquel ambiente en el que filosofía, arte y política suscitaban encendidas discusiones entre los contertulios habituales: el poeta Antonio Gamoneda, cuyo libro *Otra más alta vida* era objeto de controversia; el escultor Víctor Hevia, a quien le habían encargado la realización de sendas esculturas del gran Clarín y de Campoamor destinadas al Campo San Francisco y en torno a cuya ejecución todos los miembros parecían tener una opinión muy precisa; el paisajista Eugenio Tamayo; Juan Uría Ríu, apasionado por la historia; Eduardo Martínez Torner y sus hermanos: Fernando, el gran erudito, y Floro, que combinaba su faceta de publicista con la de catedrático, o al revés. También participaba un curioso personaje, un peluquero intelectual llamado Calzón; el literato y filósofo Fernando Vela; los profesores José Ramón P. Bances y Valentín Andrés; el sacerdote, músico y crítico Secundino Magdalena, y el abogado Guillermo Castañón, que vivía en Pola de Lena y con quien Efrén compartía a veces viaje en tren prolongando de ese modo las conversaciones.

Escuchando sus razonamientos, su retranca, la apasionada defensa de sus ideas, Efrén asistía complacido a la metamorfosis de su propia persona y volvía a imponerse quien en realidad era: el ser que se ocultaba bajo la apariencia de médico bastante convencional en el Coto de Aller, aparente cómplice del paternalismo empresarial, para manifestarse como verdaderamente era y sentía. Y aunque la mayor parte del tiempo se dedicaba a escuchar, algunas veces hasta intervenía, y oír

su propia voz abogando por la necesidad de la eliminación de la religión en las aulas, o defendiendo postulados próximos a un pensamiento que en su mundo habitual nadie dudaría en calificar de bolchevique, le producía un extraño placer, como quien peca con toda la conciencia y toda la voluntad, como quien transgrede.

En realidad, a Efrén Rubiera le gustaba vivir en la cuerda floja, ponerse a tiro para luego esquivar el golpe, conocer el sabor acre del peligro. En la tertulia le habrían dicho, de haber conocido todas las circunstancias de su existencia, que en realidad su yo más profundo, que era el más real, luchaba por hacerse presente: jugaba porque quería ser descubierto, desenmascarado de una vez, quería mostrarse como era, porque el fingimiento no dejaba de ser agotador.

Porque a ver, si no, cómo podía explicarse que el perro que recogió siendo cachorro en una cuneta y que lo acompañaba a todas partes a pesar de su cojera se llamara Bakunin. Sabía que era jugar con fuego, a pesar de que en Bustiello todo el mundo daba por bueno que el perro se llamaba así (Vacunín) porque aquello de la vacuna de la viruela, que había que vacunarse sin falta, no se le caía de la boca a su dueño.

A Efrén Rubiera le gustaba volver de vez en cuando por Gijón a visitar a su madre, que continuaba viviendo en la vieja casa de la barriada de pescadores: por mucho que él insistiera en que se mudara a una de las casas bonitas que se estaban construyendo en los aledaños del barrio del Carmen, no había forma de arrancarla de aquellas calles vociferantes y sucias, de sus vecinas desgreñadas, de las riadas de niños, de los ruidos de la cercana fábrica de tabacos, de las blasfemias tabernarias, de las sardineras envueltas en el humo de sus cigarros que enfilaban la Cuesta del Cholo después de la subasta del pescado en la lonja. A Benilde no le gustaba nada acompañarlo a Gijón: el olor del mar le producía náuseas y, acostumbrada a la humilde limpieza de los habitantes de Bustiello y a la sumisión de su gesto, todos los gijoneses le parecían una amenaza: eran amenazadoras las miradas de los obreros vestidos con aquellos blusones y alpargatas, eran amenazadores los gestos de los pescadores, le daban pánico los niños sucios y con mocos, y le horrorizaban aquellos chavalillos que en el muelle se lanzaban al agua cada vez que alguien tiraba una moneda sólo por el placer de verlos bucear para atraparla. Toda esa sordidez, por no hablar de aquellas mujeres pintarrajeadas que acudían a comprar a las Tiendas del Aire delante del palacio de Revillagigedo y que se veía a las claras a qué se dedicaban... Ni siquiera aquel paseo por el bulevar de Begoña le compensaba de tanta fealdad. El paseo por Begoña era la única concesión que Lía le hacía a su hijo cuando la visitaba. Se ponía su vestido de domingo y de su brazo cruzaba la Plaza Mayor, la calle San Bernardo, el Parchís, la calle de la Merced, para enfilar luego el paseo, que recorrían en silencio. Efrén sabía que para su madre ésa era la ocasión de observar atentamente a todos los paseantes: sus vestidos, sus sombreros, su forma de moverse, su procedencia social, incluso ponía atención a las conversaciones. Si era

uno de los escasos días en que Benilde condescendía y lo acompañaba a Gijón, Efrén aprovechaba el silencio de su madre para tratar de tender puentes con su mujer y conseguir una brizna de simpatía por aquella ciudad que amaba. Después entraban en el café Dindurra, o en la heladería de Verdú en la calle Los Moros, o en el café Colón, y Lía tomaba siempre una leche merengada a pequeños sorbos, como para prolongar aquel placer de compartir el tiempo y el azúcar con el hijo del que había tenido que separarse tan pronto.

Si Benilde no lo acompañaba, después de dejar a su madre charlando con las vecinas, tras el paseo a Efrén Rubiera le gustaba acercarse hasta el estadio de El Molinón para ver jugar al Sporting y disfrutar con las evoluciones por el campo de Villaverde, Corsino y un jovencísimo y prometedor Meana y perderse después por las sidrerías del barrio de la Arena compartiendo con los aficionados el apasionado relato de las más recientes proezas, como la goleada al Athletic de Bilbao en dos partidos consecutivos, o los cinco goles que le habían endosado al Athletic Club de Madrid en el Metropolitano durante la minigira madrileña del otoño anterior, y terminar cantando aquellas canciones que tanto le interesaban a Torner y que lo acompañaban en el viaje de vuelta a Bustiello, *Una vez dixisti que sí, otra vez dixisti que non...* y *Chalaneru chalaneru, qué lleves en la chalana...*

Efrén raramente salía al mar cuando iba a Gijón, a pesar de que conocía a todos los pescadores del barrio, pero la mirada se le iba siempre cuando enfilaba las proximidades de la iglesia de San Pedro, hacia el este, porque sabía que más allá de la zona de Estaño, ya cerca de Villaviciosa, en algún punto impreciso del fondo permanecía el cadáver de su padre, que el mar no había devuelto, la parte que pudiera quedar de él después de haber sido alimento de los peces.

En momentos como aquéllos, venía la tristeza con un equipaje de años perdidos y cristales rotos y toda su conciencia era un desorden que le llevaba a preguntarse quién diablos era él, quién era Efrén Rubiera y cómo era posible vivir aquella vida de jirones y mentiras, de anhelos y despropósitos.

Ese permanente equilibrio en el borde del precipicio podía ser buenísimo para la adrenalina, pero terminó por complicar las cosas en su relación con Camino. Porque que trabajaran juntos y por tanto pasaran gran parte del día juntos no extrañaba a nadie. Que ella además formara parte de la rondalla que él había creado en el Círculo Católico podía considerarse también inocente. Pero algo debía de haber en la mirada que sorprendió Norina, la hermana de don Macrino, cuando entró en la consulta para que Efrén Rubiera le curara aquella tos que no se le terminaba de quitar, porque le faltó tiempo para acudir a casa del ingeniero y decirle en un susurro a Montserrat, su mujer:

—Ah, ne... así entre tú y yo, ¿a ti nun te parez que lo del médico y Camino nun ye del to trigo limpio?

A Sidra, tras su brillantísima aparición en la fiesta de doña Agustina, la de la fábrica de chocolate, donde fue muy comentado lo acertado de su atuendo, comenzaron a lloverle invitaciones para acudir a reuniones, meriendas y bailes. Conseguir que Benito Montañés le permitiera participar de ellos ya era otra historia y casi siempre la victoria no lo era tanto: la condición inexcusable era que lo hiciese acompañada de Manuel, a quien le daba cien patadas enfundarse su traje con la camisa de cuello rígido y acompañar a Sidra a lo que a él le parecía el no va más del aburrimiento. Nunca sabía muy bien qué pintaba él allí, que aparte de estrechar manos sin hacer mucho esfuerzo en retener el nombre de las personas que le presentaban, no hacía mucho más que encontrar un rincón discreto donde pasar lo más desapercibido posible. Si la casa tenía jardín, la situación mejoraba: siempre era más fácil perderse entre los setos y fingir un desmesurado y convincente interés por la botánica. Cualquier cosa menos tener que bailar.

Sidra, en cambio, se mostraba radiante en aquellas fiestas, y tras sus timideces iniciales, empezaba a sentirse en su elemento. Había adquirido una destreza más que suficiente para bailar con cierta gracia y ya casi no la ponía nerviosa tener que saludar a aquellas personas que le presentaban. Sus vestidos, siempre resultado de la aplicación de una suerte de sincretismo entre su deseo, los figurines que conseguía que su padre le trajera de Madrid cada temporada y la visión práctica de Matilde la modista, tamizado todo por el recuerdo y a veces los consejos de Francisca, llamaban la atención en aquel cuerpo, el de Sidra, que no había heredado las robusteces de la madre y en cambio parecía hecho a propósito para la caída de aquellos vestidos de los primeros años veinte.

En aquellas fiestas en las casas de los Guilhou, o los Bernaldo de Quirós, y en ámbitos más domésticos, las divertidas reuniones en casa de doña Agustina en Ujo, Sidra buscaba siempre con la mirada a Germán, pero era raro verlo aparecer. La consecuencia inmediata de esa ausencia se traducía en que todos los chicos que la sacaban a bailar parecían transparentes y eran sólo la ocasión para poder ir escrutando todos los rincones del salón mientras giraba en el baile. También se debía a la ausencia de Germán la inexplicable tristeza que se instalaba en su garganta en la vuelta a casa, cuando se acomodaba en el coche (un Minerva de 1911 con motor sin válvulas) que en los últimos años formaba parte del reducido parque móvil del Coto de Aller, después de que Benito Montañés se hubiera decidido a comprárselo al yerno de Numa Guilhou —que había celebrado con la compra de un elegantísimo Ford la decisión del Rey de nombrarlo conde de Mieres—, y que Migio había aprendido a conducir para horror de Dorotea, que cada vez que veía que el criado convertido en chófer subía al automóvil encendía una vela a la Virgen Milagrosa. Entonces, Sidra se debatía entre una nostalgia prematura de la fiesta que acababa de abandonar, como si la recordara del modo que uno añora lo sucedido mucho tiempo

atrás, y la pereza desasosegante que le producía la vuelta al enclaustramiento de Pomar. Y aunque no se lo quisise confesar ni siquiera a ella misma, en el fondo también sentía la decepción de que Germán no hubiera aparecido por la fiesta, lo que terminaba por sumirla en una tristeza desconocida que iba avanzando a medida que la carretera se hacía más tortuosa y todo eran baches, de modo que cuando llegaba a Pomar parecía venir más bien de un funeral y Dorotea, aunque no se atrevía mucho, porque Sidra cada vez estaba más lejos de la niña silenciosa a la que había visto crecer, siempre rezongaba por lo bajo diciendo cosas como «Ay, rapacina, si parez que vienes de un veloriu, ya pues poner buena cara, que como te vea tu padre así de atristayá, nun va a dejate volver a ninguna fiesta». Y Sidra entonces, sin fuerza siquiera para corregir los atentados al castellano de Dorotea, se encerraba en su cuarto y se despojaba despacio de su vestido y de sus zapatos y nunca era capaz de entender dónde se había quedado la chica ilusionada y feliz que se peinaba horas antes delante del espejo y que tenía en los ojos todas las promesas de una tarde.

A veces pensaba en reunir el valor suficiente como para dirigirse a Germán en alguna de aquellas visitas que el joven hacía a Pomar para estudiar con Manuel o para jugar al billar, y preguntarle si acudiría a alguna de aquellas fiestas, dejándole ahí la sugerencia. Si, como ella imaginaba, él no era ajeno a los sentimientos que la encendían, seguro que lo tomaría como una abierta invitación. Pero eso era lo malo. Quizá la tomara por una fresca, como decían en la cocina. Otra opción era decírselo claramente a Manuel, que siempre protestaba porque tenía que acompañarla: «Por qué no se lo dices a Germán, y así no te aburres tanto». Pero Manuel era listo y seguro que descubriría en el temblor de su voz (cómo decir el nombre de Germán sin temblar como una vara de avellano) que ella albergaba sus propias intenciones. Y no era cosa de confesarle a su hermano, aquella especie de pasmarote que vivía sólo para los libros y para los vahos de eucalipto, cómo era de enorme el incendio que la abrasaba por dentro. Qué sabría él de amor.

Capítulo 4

Lisis había conseguido romper cualquier récord: en poco más de diez días encerrada en una especie de glamuroso hotel de los líos, vigilado por decenas de cámaras para solaz de los espectadores del *reality*, se había liado con un cantante cubano especializado en ritmos veraniegos, se había peleado por el cubano en cuestión con una *stripper*, lo que le había permitido demostrar que su vocabulario no tenía nada que envidiar al de la choni más poligonera, había jugado con la ambigüedad lo suficiente como para dejar entrever que tras la pelea podía haber iniciado un romance con la *stripper* al que no sería ajeno el cubano, y había conseguido ser expulsada por la audiencia con el noventa y ocho por ciento de los votos. Lo peor de todo, al menos desde el punto de vista de Bruno, era que su hija estaba encantada de su actuación. Bueno, eso había sido lo peor de todo hasta que, visitando a Marisa en el hospital, descubrió que ésta estaba todavía más encantada. El *reality* había servido también para que Óscar, de un modo que a su padre no conseguía entrarle en la cabeza de ninguna manera, se hiciese un hueco en lo más lamentable de la porquería televisiva: había acudido al plató durante el tiempo de encierro de su hermana para defenderla, y de paso promocionar su grupo, que había pasado a llamarse Peterpanes Reloaded, y había terminado por tener un altercado con la hermana de la *stripper* y el novio de ésta, que también de un modo inexplicable se había convertido en exnovio a manos de Óscar.

Bruno había intentado que su padre no se enterara de los devenires «artísticos» de sus retoños: por mucho que quisiera, no podía evitar pensar que todo aquello, la confusa ceremonia del despropósito, era el resultado de la pésima educación que había sido capaz de procurarles. Y como tantas veces, los «si...» (si hubiera pasado más tiempo en casa; si no hubiera estado ocupado follándome a todo lo que se movía; si hubiera querido un poco más a Marisa; si hubiera impuesto límites; si no les hubiera dado todo lo que pedían; si...) estiraban sus brazos asfixiantes y sin remedio estrangulaban las posibilidades de conciliar el sueño de cada noche. La sola idea de que su padre se enterara del papelón que estaban haciendo sus dos nietos como protagonistas de lo que más detestaba de la de por sí odiada programación televisiva le producía a Bruno una inquietud espantosa, como cuando de niño temía *aquella* terrible mirada que su padre le dirigía en momentos muy concretos y que tenía la virtud de arrojarlo al abismo de la culpa.

Para sumar otro «si...» a la colección interminable de Bruno: si hubiera estado un poco más pendiente de su padre, habría podido intuir el universo de confusión y delirio por el que transitaba aquellos días, y que tenía que ver con una paradójica mejoría (su conocimiento de la enfermedad le permitía no engañarse; ya sabía que sólo presagiaba desastres posteriores). Habría sido testigo del temblor que entre la ilusión y la desesperanza acompañaba los pasos de su padre, que parecían medir las estancias como si buscaran respuestas o pretendieran atrapar de un modo inapelable cualquier vestigio cómplice de la memoria que se ocultara en la madera del suelo, en los marcos de las puertas, en el reverso de los cuadros, en las vitrinas o en el mármol.

Difícilmente habría prestado atención al desmesurado monumento a la estupidez que edificaban a lo largo del día comentaristas con pluma, misses venidas a menos, princesas de barrio venidas a más y cuñadas de folclóricas con los más diminutos avatares de aquella ficción televisiva y chocarrera de la que sus nietos eran partícipes. En primer lugar porque ignoraba la ocupación exacta de las horas de éstos, y en segundo lugar porque de haber sabido cuál era por aquellos días, sencillamente habría encogido los hombros y habría vuelto a perderse por los laberintos de su propio pensamiento.

Habría vuelto a encerrarse en su despacho, a solas consigo mismo, con aquella voz suya que un día acarició las palabras más hermosas de la tierra mezcladas con el aire de tantos pueblos, para hablar frente a la *webcam* de su portátil y empezar a enhebrar aquellos fragmentos de memoria que el tiempo, tan asesino como a veces extrañamente benévolo, parecía empeñado en regalarle, aunque fuera en forma de paréntesis de destino incierto.

De ese modo, y aunque al principio tuvo que librar una batalla contra su propio recelo, porque no dejaba de parecerle una especie de exhibición impúdica aquello de verse en un pequeño recuadro de la pantalla con sus arrugas de diario, los labios finos, el mentón provocador y el escepticismo teñido de desdén, hablando de cosas y personas perdidas en los días remotos y en los años dilapidados, terminó por encontrarle su gracia a aquellas sesiones en que aprovechando las ausencias de Bruno («hacer» aquello tenía algo de vocación secreta, casi masturbatoria) se grababa a sí mismo redimiendo del olvido los fragmentos diminutos y decisivos que dejaban constancia de cuál había sido su paso por este mundo. Y lo hacía con la convicción de que la partida ya estaba resuelta en derrota, pero, tal vez por eso, asistía al nacimiento de una rebeldía antigua y disparatada de arrancarle al vencedor algunas plumas, como si no quisiera que el olvido se fuera de rositas, después de condenar a la nada todo aquello que él había sido. Por eso, aquellas sesiones iban siendo cuidadosamente archivadas en una carpeta que había llamado «Editoriales y artículos de opinión de *La Razón* y *Libertad Digital*», convencido de que en el hipotético caso de que a Bruno le diera por husmear en su ordenador, ni siquiera contemplaría la posibilidad de abrir aquella carpeta que su padre no se atrevía a

guardar con contraseña ante el temor de volver a aquel estadio que tanto pánico le había provocado y del que —de modo temporal, estaba seguro— había conseguido escaparse.

Andrés Braña disfrutaba por tanto en días como aquellos, en los que su hijo convivía con la enfermedad de Marisa y el insoportable rubor que lo habitaba gracias a las gracias televisivas de los niños, de una extraña isla en la que convivían los más antiguos de sus recuerdos con los más próximos, y con aquellos que tanto empeño había puesto en olvidar, sin que la jerarquía habitual estableciera diferencias: la percepción de un plato de sopa de letras en la mesa de la cocina forrada de hule verde de la casa de Jacobo Ordóñez, el caldo tan amarillo y los diminutos círculos que la grasa del pollo dibujaba en la superficie, compartían protagonismo con el vuelo de la falda de Preciosa Duarte y el polvo que sus tacones levantaban en las tablas del escenario provisional en la plaza de Socuéllamos, con los calcetines de perlé de Bruno en los domingos de sol, y con los pendientes de jade que llevaba Piedad la tarde aquella en que se acostaron por primera vez y ella se los quitó con un cuidado extremo, como si sus dedos, al redimir las orejas del peso de la leyenda, dejaran caer el último de los velos que protegían el recato aprendido en años interna en las Damas Negras.

También con el sonido del último disparo antes de ser de nuevo para seguir siendo.

Volver a frecuentar las casas de putas trajo consigo, para Gustavo Bartomeu, la recuperación de otros viejos vicios. Algunos habían permanecido más o menos custodiados por el corsé de lo que uno aprende a llamar imposible, pero vivos en el fondo de su deseo y hasta de sus propósitos. Otros, especialmente los que tenían que ver con el juego, los creía desterrados y los consideraba como uno de esos errores de juventud que forman parte del catálogo de vergüenzas biográficas que hay que aprender a soslayar para sobrevivir sin que el espejo devuelva una imagen demasiado bochornosa.

Después de probar fortuna en algunas casas más o menos discretas de la capital, Gustavo Bartomeu había terminado por recalar en el prostíbulo de Nuncia Chaves, una madame portuguesa a la que le gustaba tanto cantar fados como reconstruir virgos a base de cal y clara de huevo en muchachas que acudían a ella después del desengaño, convertido en bebé abandonado en la inclusa, que les habían procurado los señoritos a cuyas casas habían acudido a servir. Nuncia Chaves, que aún era una mujer bellísima, era la amante oficial de Bartolomé Fresno, un senador vallisoletano famoso por su virulenta germanofilia durante la guerra, que en múltiples ocasiones, cuando llegaba a la estación dispuesto a tomar el tren hacia Madrid para cumplir con sus obligaciones en el Senado, cambiaba el billete en el último momento y viajaba al

norte, al vicio de la piel de Nuncia y de las calles empedradas mojadas por el orbayu ovetense que, mezclado con ginebra y con la voz de su amante cantando en portugués, terminaba por sumergirlo en una tristeza que sólo conseguía superar apostando en una mesa de juego.

Fue en una de ésas cuando Bartolomé Fresno y Gustavo Bartomeu se conocieron. En casa de Nuncia Chaves se reunía lo más selecto de quienes practicaban con denuedo la virtud pública y el vicio privado. Eso había colocado a Bartomeu en una situación un poco fastidiosa: temía que el pacto de silencio que coincidir en tan pecaminosos espacios confería a las relaciones se rompiera en algún momento y a oídos del Marqués llegaran sus escarceos fuera del matrimonio y sus preferencias. Aun así no podía evitarlo y semana tras semana, con la coartada de la dirección espiritual, volvía a la casa de Nuncia Chaves, volvía a la piel de adolescentes luminosas, y volvía también a las apuestas en las que, seguramente gracias a esa posible y dudosa templanza que los años proporcionan, no solía perder mucho más de lo que ganaba.

Pero un día ganó mucho más de lo que pensaba, aunque al principio no podía ni imaginar qué era aquello, y maldijo en voz baja, porque para una vez que la suerte mostraba su sonrisa más generosa, el premio no eran billetes de curso legal, con la buena salida que tenían, sino algo mucho más misterioso, que el propio Bartolomé Fresno se encargó de desvelarle una vez consumada la victoria.

—No sabe usted lo que ha ganado, mi querido amigo. He puesto su valor sobre la mesa, pero me he quedado corto. En realidad, es algo que no tiene precio.

Por la cabeza de Gustavo Bartomeu pasaron ideas apresuradas, erráticas, condenadas a la nada de forma inmediata.

—Está tal y como me llegó desde Madrid. Se lo gané a un conde cuyo nombre, por discreción, no mencionaré. Sólo le diré que además del proyector hay dos cintas. Y no le digo más. Bástele saber que difícilmente podrá sustraerse al hechizo de su contemplación.

Bartomeu había encontrado en Bartolomé Fresno a la horma de su zapato. Si había alguien más redicho que él, que en realidad no lo era tanto —sólo se limitaba a torturar la sintaxis hasta retorcerla y hacerla aullar de dolor—, ése era el senador Fresno.

Así se instaló, en el sótano de la casa del ingeniero, un clandestino proyector de cine. La familia y el servicio tenían terminantemente prohibido bajar a aquel lugar, y era tal la autoridad que Bartomeu había conseguido imponer, que jamás ni esposa ni hijos ni criados osaron contravenir y ni siquiera preguntarse por qué era tan tajante en aquella orden. De haberlo hecho y si hubieran tenido las claves para el manejo de aquella máquina, se habrían quedado boquiabiertos: en la pared blanca se

proyectaban imágenes absolutamente impensables: muchachas apenas púberes se entregaban con descaro a los juegos más impúdicos mientras sonreían a la cámara, conscientes, sin duda, de estar siendo vistas, y de no ser porque el invento del cine y su aplicación puramente erótica eran tan novedosos, podría decirse que disfrutaban de aquella exhibición.

Y nadie se preguntó por qué Bartomeu comenzó a pasar tanto tiempo encerrado en el sótano. Tanto, que incluso sus visitas a su director espiritual en Oviedo, tan rigurosamente puntuales, empezaron a estar mucho más espaciadas.

Aunque desde el ingreso de Paloma en el hospital Jimena ejercía de sombra de Aida y de apoyo incondicional, había querido hacer aquello sola, y con una sensación de cierto miedo, como cuando de niña la intimidaban las casas en las que había muerto alguien, subió los escalones que separaban el portal del primer piso de la calle San Bernardo. Si lo pensaba bien, era la primera vez que entraba en aquella casa para encontrar el vacío habitando las estancias. Recordaba cuando de niña llamaba al timbre y de forma casi inmediata el sonido de una vibración la conminaba a empujar el viejo portón de madera, y subía las escaleras a saltos para llegar delante de la puerta y oír los pasos de Paloma sobre las baldosas del pasillo, los tacones que siempre se ponía cuando había alguna visita, por muy familiar que fuera, porque, decía, a ver qué era eso de recibir a cualquiera en zapatillas.

—¿Hola, hola...? —decía entonces la niña Aida aguardando una respuesta...

—¡¡Caracola!! —respondía Paloma mientras abría la puerta.

Aquel saludo había sido el santo y seña de todas sus visitas a aquella casa que tanto le gustaba: los techos altos, los balcones que daban a la calle y en los que sus años de niña de coletas coleccionaron miradas que se perdían en dirección al Ayuntamiento y a la intuida plaza del Parchís y acababan deteniéndose en quienes entraban o salían de Novedades Eloína. Ya entonces jugaba a adivinar quiénes eran los viandantes que caminaban por las aceras, y adónde iban o de dónde venían. Sería que ya entonces tenía la curiosidad de periodista.

Paloma vivía en aquel piso desde que se casó con Nicodemo, su segundo marido. Aida recordaba vagamente a aquel hombre, que era notario y que caminaba con dificultad por la malformación de sus piernas, pero tenía grabada la forma de sus extraños zapatos con plataformas desiguales que le ayudaban penosamente a mantener el equilibrio. Del modo en que los niños ignoran las historias de amor que pueden ocultarse entre aquellas personas que no tienen la edad o el aspecto de los príncipes y las princesas de los cuentos, o en su defecto de los protagonistas de las series de televisión, Aida siempre había creído que la relación de su tía con Nicodemo era algo del todo convencional, y sólo años más tarde, tras su muerte,

había descubierto lo mucho que se habían querido.

El eco de caracola de Paloma permanecía en la casa, a la que no había vuelto desde que ésta la abandonara para irse a una residencia y quitarse así de todas las preocupaciones. Su madre se encargaba un par de veces al mes de ir, recoger el correo del buzón (básicamente liberarlo de la publicidad), airear un poco y muy de tarde en tarde limpiar. Paloma no había contemplado ni de lejos la posibilidad de vender o alquilar y, como consecuencia de ello, el tiempo se había quedado detenido en un calendario sin hojas en el que no era posible transitar.

Aida ensayó el llanto sin querer. En el hipotético caso de que Paloma saliera de aquélla, lo que parecía bastante improbable, era seguro que el final no estaba tan lejano, porque nadie, ni siquiera ella, atesoraba el secreto de la eternidad. Así que se sintió como en el ensayo general del día en que volvería a entrar en aquella casa y Paloma ya no estaría allí. Pero tampoco estaría en ningún sitio.

A lo mejor habría tenido que esperar a ese momento, pero la curiosidad era más fuerte, y al fin y al cabo Paloma no había dicho nada de «cuando yo no esté». Se había limitado a decirle que en el altillo del armario de tres cuerpos de su dormitorio, dentro de una maleta, había una caja: y que quería que la tuviera.

—Todo lo demás podéis darlo a los traperos, pero esa caja quiero que sea para ti.

Aida tuvo la sensación de que de aquella casa ya habían desaparecido cosas: la alfombra del saloncito de la entrada, por ejemplo. Y una figura de Lladró que a ella le espantaba particularmente. Y la cafetera carísima que Paloma, adicta incorregible al café, se había comprado poco tiempo antes de marcharse a la residencia. Tenía la impresión de que si aparecía por casa de su madre, casi con toda seguridad encontraría la alfombra cubriendo el parqué rayado de algún cuarto, la cafetera en la cocina y hasta la pastorcilla de porcelana con cara de tonta. Por fortuna, la excusa de dar una vuelta a la casa no había llevado a su madre a sospechar la existencia de algo de un mínimo valor en la maleta de piel marrón, y allí estaba, una caja de cartón que seguramente había contenido alguna vez unas botas y que Paloma había forrado con un papel de regalo con figuras de pierrots y arlequines.

Si Aida fuera la protagonista de una novela o de una película, lo más probable es que no hubiera abierto la caja hasta estar tranquilita en su casa, pero aquello era la vida real y ella tenía una curiosidad que rayaba lo patológico, así que se sentó en el suelo del cuarto y levantó la tapa.

Se había preguntado muchas veces a qué reduciría su propia vida si tuviera que guardar sus recuerdos, la memoria de una vida entera, en una caja, y durante mucho tiempo ese pensamiento le resultó inquietante, especialmente cuando contemplaba de qué modo se acumulaban los testigos de momentos más o menos importantes de su vida en las estanterías, en los cajones, entre las páginas de libros, en cajas. Tenía la

manía de guardarlo todo, desde las entradas de cine de determinadas películas hasta los billetes de avión, las fotos, conchas, piedrecitas, pendientes desparejados, recortes, cartas, cuadernos a medio escribir, cajitas, calendarios, regalos absurdos, agendas; como si todas aquellas cosas atesoraran el tiempo y sólo mirándolas fuera posible descifrar los misterios de la existencia y entender qué había sido su vida y cuál era el sentido de sus pasos sobre la tierra.

Pero a medida que los años transcurrían, esa circunstancia se había vuelto aún más perturbadora, porque con el correr del tiempo, cada vez que Aida iniciaba la ardua tarea de hacer limpieza en cajones, se encontraba con pequeños objetos, fragmentos de pasado imperfecto, que no la remitían a ningún sitio. Así, a veces, para su propio espanto, llegó a encontrarse algún poema de amor sin firma y no fue capaz de identificar a la persona que se lo había escrito: ni por su caligrafía, ni por la conmovedora torpeza de lo expresado. Tampoco recordaba quién le había regalado aquellos gemelos, ni por qué lo había hecho, o a qué remota tarde correspondía aquella hoja arrancada de un castaño de Indias y quién la acompañaba que había hecho tan indispensable conservar un testimonio vegetal de algo que parecía haberse perdido en el olvido.

Todo ello llevaba al consolador pensamiento de que era el tiempo con su implacable capacidad de selección quien determinaría el contenido exacto de su caja de recuerdos. Cuando ella misma tuviera la edad de Paloma, seguramente se habrían filtrado historias y emociones de tal modo, que sólo tendrían cabida un puñado de minúsculos jirones de días que fueron imprescindibles y se habían vuelto simples sombras.

Sentada en el suelo del cuarto de Paloma, con la espalda apoyada contra el armario y la caja abierta a sus pies, sin atreverse a abrir ni aquellos cuadernos con pinta de diarios infantiles, ni aquellos mazos de cartas atadas con lazos de raso, ni a mirar aquel puñado de fotos, Aida se preguntó cuáles serían exactamente las piezas con las que alguien (y sobre todo quién) podría completar el impreciso, el incorrecto puzle de su vida.

A Benito Montañés la primavera de 1923, como había sucedido con las dos o tres anteriores, no le estaba sentando nada bien. Recorría el Coto de Aller a caballo, con la mirada particularmente alerta, escudriñando sin saber muy bien qué era lo que buscaba. El cuerpo de guardas jurados le tenía al corriente de cualquier incidencia entre los obreros o sus familias, y le constaba que no se habían producido en los últimos meses demasiados intentos de «invasión» del Sindicato Minero en el reducto de la Sociedad Hullera. Pero no se podía bajar la guardia, porque el enemigo siempre acechaba. Los últimos acontecimientos, después de la horrible primavera de 1920 con sus nefastas consecuencias, le producían una inquietud indeterminada. Por un lado,

qué razón tenía Julio César con aquello de *divide et vinces*, porque, aunque no estaba muy seguro de la victoria, no podía negarse que su archienemigo Manuel Llaneza vivía horas bajas. Su sindicato, aquel maldito SOMA que Dios tuviera a bien confundir, había pasado de casi treinta mil afiliados que tenía en 1919 a siete mil quinientos, según cifras que le habían hecho llegar recientemente. Eso sí que era perder apoyo. Lo malo del asunto es que una parte muy importante de esas deserciones habían servido para engrosar las filas del Sindicato Único de Mineros, aquel engendro comunista, o anarquista, o lo que fuera, que enarbolaba la bandera revolucionaria y andaba todo el día con la repugnante palabra *sóviets* en los labios.

La consecuencia más inmediata de semejante situación era que ellos, los del Sindicato Católico, parecían haber dejado de estar en el permanente punto de mira. De momento andaban entretenidos en sus propias rencillas personales, ahí, dirimiendo las diferencias entre socialismo y comunismo, como si las hubiera, y no pudiera todo resumirse en que todos ellos eran hijos del mismísimo diablo y un peligro para la sociedad.

Aun así, Benito Montañés no se fiaba. Tenía la sensación de que todo esto era pasajero, que pronto los enemigos dejarían de enredarse entre sí y volverían a atacar, y temía que entre los suyos se hubiera relajado la actitud de alerta: eso sería terrible, ya lo decía el evangelio, aquello de las vírgenes prudentes con sus lamparillas de aceite encendidas. Bueno, ésas esperaban a su señor, allí de lo que se trataba era de esperar al enemigo, así que mejor una buena cachiporra preparada que una lámpara de aceite, pero la actitud era la misma: alerta, siempre alerta.

La gente del Sindicato Católico parecía muy tranquila y esto le tenía profundamente preocupado. Déjalos, déjalos que se maten entre ellos, solía decir la gente próxima a Madera. Parecía como si no fueran conscientes de que llegaría un día en que los unos y los otros, por enemigos que pudieran parecer en este momento, terminarían por enfrentarse a la religión, que era, estaba claro, su enemigo común, aunque ellos hablaran de patronal y otras zarandajas. Eran los hostiles a Dios, el diablo mismo vestido con ropa de mahón, y tarde o temprano retomarían la batalla. Y entonces tendrían que estar preparados.

Esta conversación, mantenida con cierta frecuencia en la sede del Sindicato Católico en Valdefarrucos o en Moreda, convertía a Benito Montañés en una especie de agorero, sólo secundado por los miembros más veteranos del sindicato. Los más jóvenes parecían ver la situación como algo divertido, como una partida de cartas, y manejaban los datos que iban obteniendo de bajas en uno u otro sindicato, de declaraciones cruzadas, de animadversiones personales, de chismes en torno a la figura de unos dirigentes u otros, como quien asiste a un espectáculo.

Y mientras tanto, Benito Montañés lo sospechaba, la guardia estaba bajando. Y no sólo en lo laboral y sindical. La moral estaba llegando a horas verdaderamente bajas,

y así se ponía de manifiesto en los informes que a diario le hacían llegar desde el cuerpo de guardas jurados. Se detectaba una relajación en las costumbres: no todas las tabernas cumplían con el rigor habitual con la hora de cierre, lo que se traducía en un número mayor de borrachos por la calle (cuantas más horas de posibilidad de consumir vino, más vino consumido y más borracheras) y, como consecuencia, más peleas, más conflictos familiares y más absentismo laboral. Por otro lado, ya lo decía don Macrino con muy buen criterio, la blasfemia se había instalado como práctica habitual en una zona en la que con gran trabajo, amenazas diversas y mano dura, había conseguido ser prácticamente desterrada. Por no hablar de que había un par de viudas cuya mala vida era de dominio público. Como contra esto último no había muchas medidas que tomar, Benito Montañés había resuelto hacer lo de siempre: conseguir que llegara la información a algunas de las mujeres de los «habituales» de las viudas en cuestión. Ya se encargarían ellas, organizadas o no, de tomar cartas en el asunto, como había sucedido en otras ocasiones: una buena tunda de palos y antes de tres días, con los ojos morados y el cuerpo dolorido, abandonarían el pueblo para siempre, cubiertas por la vergüenza y la ignominia.

Cuando a Benito Montañés le daba por pensar a lomos de Hércules, las cavilaciones se engarzaban unas con otras, como cuando sacaba las cerezas de un cesto, y cada una arrastraba a la siguiente, y así tras las preocupaciones puramente sindicales, la cabeza se le iba a asuntos de enjundia mucho más personal. Claro que, con la celeridad con que acostumbraba a pasar sobre todo aquello que tenía que ver con la familia, intentaba no detenerse demasiado en los silencios de Manuel, aquel desconocido que tenía por hijo; ni en la evidencia de que su hija Sidra tendría que encontrar un novio para casarse porque ya iba siendo hora; ni en lo asilvestrada que estaba creciendo Claudia; ni en el hecho de que dos de las trillizas se pasaran el día con las monjas del sanatorio, lo que era bueno y no, simultáneamente; ni en Paloma, que parecía haber crecido mucho más que Almu y Begoña, que seguían siendo tan niñas. Pero todo eso, que en realidad dejaba en manos de Dios, que sabía más que nadie, palidecía cuando le mordía la conciencia porque tenía la sensación de que había cosas que se le estaban escapando, que tal vez no estaba vigilando adecuadamente aquel rebaño. ¿Aquel rebaño? ¿Por qué se mortificaba de ese modo? ¿Acaso no era tarea de don Macrino velar por la espiritualidad y la moralidad de todos y cada uno de los habitantes del Coto de Aller, en especial de los trabajadores que dependían del Marqués?

Ésa era la clave y a Montañés se le encogía el estómago cuando lo pensaba, porque lo que realmente le producía una mezcla inaudita de temor, culpabilidad y abismo era la sospecha de que no estaba cumpliendo del modo en que debería hacerlo. Como si algo se le escapara y no estuviera respondiendo a la confianza que el Marqués había tenido la generosidad de depositar en él. Dirigir la Sociedad Hullera no consistía sólo en garantizar el máximo provecho de los yacimientos de carbón. Eso

también, claro, pero esa parte era la sencilla. La tarea que en verdad hacía diferente y especial su cometido era la estricta vigilancia de los seres humanos que componían aquella empresa. Don Claudio se lo había explicado muchas veces: «Es obligación moral de quienes poseemos los medios económicos alentar el cumplimiento de la ley de Dios de aquellos que dependen de nuestra gestión. No se trata de animales de carga, sino de seres humanos, de hijos del Altísimo y, como tales, no ha de preocuparnos únicamente que reciban un salario por su trabajo: también hemos de procurar que sus almas encuentren las condiciones más favorables para no desviarse del camino hacia la gloria eterna».

Don Claudio. No había una persona en el mundo con más méritos para ser declarado santo. Si la opinión de Montañés contara, cosa que ya sabía él que era imposible, porque doctores tiene la Iglesia, no debería ni aguardarse a su fallecimiento para ello, y esa palabra que cruzó por la mente de Montañés como un destello hiriente añadió una sombra de preocupación aún mayor a la colección de malestares que le acompañaban aquella tarde: la salud del Marqués no pasaba por su mejor momento precisamente, y Benito Montañés vivía con angustia aquellos tiempos que se le antojaban próximos al final de la vida de un hombre singular, y, a la vez, el declive de una época, el final de una utopía.

También él se sentía al final de todo. Llevaba meses, tal vez siglos dejando que las cosas ocurrieran por pura inercia, viviendo de las rentas que le procuraba el trabajo de años, el rigor que durante décadas había aplicado maquillaba la desgana de los últimos tiempos y nadie era capaz de vislumbrar cuánta desidia habitaba en los bolsillos de Montañés, que ni siquiera era capaz de ponerle ganas y voluntad a la carta-informe diaria que dirigía a don Claudio cada noche, sobre todo desde que empezó a tener la sospecha de que éste ni siquiera se molestaba (y en lo que al director se refería estaba perfectamente en su derecho de hacerlo, que para eso no estaba lo que se dice sobrado de salud) en leer los párrafos que la indolencia, como una visita incómoda, se encargaba de dictar.

Por momentos, acompasando el ritmo de su pensamiento al sonido de los cascos de Hércules, Benito Montañés trataba de animarse pensando en la gran labor que se había hecho en las últimas décadas. La obra del Marqués era visible en viviendas, economatos, colegios, sanatorios, iglesias... Él, modestamente, había sido su instrumento y había intentado que los planes de don Claudio hallaran acomodo en un valle que, de no haber sido por ello, estaría condenado a rendirse a la nefasta influencia del marxismo, el ateísmo y la sevicia.

Desde donde se hallaba, el Tercero de Conveniencia, miraba hacia el valle y trataba de imaginar cómo sería aquello si el Marqués se hubiera limitado, como el resto de los empresarios, a sacar de la tierra toda su riqueza, sin preocuparse del bienestar de los obreros. Y de paso demostrando una innegable miopía para sus propios intereses. Montañés recordaba una reunión celebrada algunos años atrás con

una comisión que había visitado los distintos emplazamientos mineros asturianos y leoneses: «... todo cuanto hagan los patronos en este sentido, todo lo que hagan por atraer y educar al obrero haciéndole seguro su oficio, no sólo responderá al cumplimiento de ineludibles deberes morales, sino que resultará conveniente a sus negocios».

—Más que eso —había señalado don Claudio atusándose el bigote—. Todo lo que hagamos que procure el bienestar a los obreros aplacará su natural tendencia a la avaricia, disminuirá su rebeldía y dejará su espíritu lo suficientemente en paz como para poder dedicarse a lo que, no lo olvidemos, queridos amigos, es en realidad nuestro gran objetivo —Montañés recordaba de qué modo se había dibujado la sorpresa entre los distintos patronos sentados ante aquella gran mesa de nogal, puesto que cuando todos esperaban y asumían palabras como *beneficio económico, producción* o *rendimiento laboral,* el Marqués se había descolgado con una aseveración indiscutible—; lograr que todos estos hombres, todas estas familias cuya protección nos ha sido encomendada, no abandonen el camino hacia Dios.

Las partidas que el Marqués había ido disponiendo en las últimas décadas para la construcción de viviendas para los obreros eran consideradas de una incuestionable generosidad por parte del resto de los empresarios del carbón. Y aunque don Claudio trataba de explicar que era necesario favorecer las condiciones de vida si no querían, por un lado, que el demonio del marxismo se inmiscuyera con sus vanas promesas de una vida mejor, y por otro, si pretendían tener obreros más sanos y más útiles, con más capacidad para aguantar las jornadas laborales y los endobles, lo que no siempre decía el Marqués ante los demás, reservando para Montañés la confidencia, era que consideraba imprescindible mejorar las condiciones de las viviendas, porque tal como estaban, eran, en su mayoría, una inagotable invitación al pecado: en una misma casa convivían miembros de distintas familias y se mezclaban en un espacio reducido hombres, mujeres y, lo que era más grave, jóvenes y niños que pronto aprendían a jugar, a beber, a blasfemar, perdiendo de ese modo la inocencia para iniciar un camino de pecado y de falta de pudor.

Para mejorar la forma de vida de los trabajadores, el Marqués había encontrado un aliado perfecto en Efrén Rubiera. Si había una persona preocupada por la higiene, la salud y la alimentación de los obreros, ése era el médico, aunque a veces fuera un tipo tan peculiar que se empeñaba en cosas tan peregrinas como prohibir el tabaco a los que ya tenían la mina metida en los pulmones, porque decía que no podía ser bueno. También tenía una cruzada destinada a incrementar el consumo de carne: «Comiendo borona y patatas difícilmente se puede picar en la mina», por lo que recomendaba que las familias que dispusieran de espacio criaran por lo menos un cerdo, que con poco más que la esllava salía adelante casi sin darse cuenta y era una fuente importante de grasas y proteínas, absolutamente imprescindibles para abordar el trabajo de la mina. Efrén Rubiera había hecho grandes avances también en

el desarrollo de hábitos higiénicos. Aún había obreros a los que les costaba entender que era necesario lavarse todo el cuerpo después del trabajo y que no era suficiente con las manos, la cara y los pies, pero poco a poco iban aprendiendo que había que establecer una cierta distancia entre las viviendas y los habitáculos destinados a los animales, que el cucho era muy útil para la huerta y los prados, pero amontonarlo delante de casa era abrir la puerta a las enfermedades. Su última idea tenía que ver con una propuesta que le había hecho llegar al Marqués señalando la conveniencia de instalar en el exterior de las minas, en algún tipo de tendejón que se habilitaría al efecto, un sistema de duchas de regadera. En la petición incluía un esquema que demostraba la sencillez del artefacto: una tubería que iría colocada en el techo convenientemente agujereada para que pudiera ser usada por unos ocho o diez mineros al tiempo. El invento, o mejor dicho su aplicación para los obreros, por mucho que Efrén Rubiera incluyera una sólida documentación del éxito que su uso había supuesto en cárceles y en los barracones del ejército, resultó sin embargo bastante escandaloso para el Marqués, que no quiso ni oír hablar de hombres desnudos compartiendo espacio.

Bien mirado, no debería sentir aquella tristeza absurda, aquella dentellada de fracaso, porque no era cierto. Él, con su trabajo, había contribuido al progreso de una comarca, al beneficio de una empresa, a —no lo dudaba— la salvación de muchas almas, y a sacar adelante a una familia, la suya propia. No iban a cambiar las cosas, porque con el Marqués o sin él, serían capaces de mantener un control implacable y una disciplina que ya se sabía imprescindible.

Lo único era que aquello no le gustaba un pelo, porque en la última semana ya había visto el letrerito escrito al menos en otras dos ocasiones. Una de ellas había sido en Ujo, en un muro cerca de las oficinas, y otra en el pretil de la carretera, un poco más arriba de Les Figares. En ambos casos podía ser obra de cualquiera. Pero allí, en el Tercero de Conveniencia, en una llábana justo al dar la curva de la Minona, volvían a estar aquellas palabras escritas con una piedra de carbón que, por una razón que iba mucho más allá de lo puramente denotativo, le roían por dentro, como si estuvieran preñadas de amenaza:

Ni un céntimo menos. Ni un minuto más.

Después de soñar con ello durante meses, Sidra iba a conseguir finalmente tocar el cielo impreciso y dulce de uno de sus sueños más queridos. La primera vez que la idea le rondó la cabeza estuvo a punto de descartarla, porque le pareció una locura, pero no lo hizo, porque descubrió que en el grueso muro de la prudencia el deseo había conseguido abrir una pequeña ranura por la que podían escaparse chifladuras como aquélla. Y también supo que el hecho de acariciar una fantasía a veces era

suficiente como para convertirla en real.

Así que se armó de argumentos, razones inapelables, complicidades esenciales y terminó por plantearle a su padre, más como una idea ajena que propia, el plan de celebrar una verbena en Pomar, con motivo de la fiesta de San Isidro.

Era un propósito tan descabellado, pero formulado con una seriedad y una decisión tan serena y tan indiscutible, que Benito Montañés se vio no sólo concediendo el permiso, lo que ya le habría resultado increíble, sino involucrándose en su organización, convencido de que después de todo no era tan mala idea hacer presente en aquel valle la ciudad a la que sentía que nunca había dejado de pertenecer. Sidra no hacía otra cosa que traducir aquel anhelo, aquella pasión por una ciudad que apenas había visitado en un par de ocasiones y que sin embargo sentía como propia, de modo que Bustiello, Pomar y todo el valle eran una suerte de condena o de exilio.

Después de disfrutar de varias fiestas en las casas principales de la zona, Sidra sentía que podía organizar sin demasiado temor su propia verbena. Sería una fiesta memorable para todas las personas que frecuentaba en los últimos tiempos. Sería también una fiesta inolvidable y decisiva para ella, porque algo le decía que aquella noche su historia con Germán, la historia que iba tejiendo en su cabeza con los hilos casi invisibles de sus encuentros ocasionales, las miradas intuidas y los gestos que se empeñaba en descifrar con voluntad de agente de servicio secreto, avanzaría lo suficiente como para transformarse en algo más: estaba segura de que la verbena de San Isidro rubricaría el inicio de su noviazgo con Germán.

En la biblioteca había una reproducción de gran tamaño de un cuadro de Goya que a Sidra le había resultado siempre seductor y que, por lo que ella sabía, representaba una verbena en la pradera de San Isidro pero, aunque por un momento tuvo dudas, enseguida descartó que pudiera servirle como referencia para la organización de la fiesta que esperaba que resultara el mayor éxito de la zona. Más que el arte puro que se concretaba en la pintura, habría que recurrir a un arte menor: la zarzuela. Y a la memoria, porque si algo había hecho Sidra a lo largo de los años, había sido escuchar a su madre, a Ángeles Ariznabarreta, en sus lamentos por la civilización (madrileña) perdida. Tenía dudas, de todos modos, de la fiabilidad de la fuente: su madre era vasca y los años de Madrid habían sido tan escasos que no era posible que aquel caudal inagotable de anécdotas, datos, descripciones pormenorizadas de calles, fiestas y representaciones teatrales conformara la materia que escribía la historia de aquel periodo.

Pero Sidra tenía intuición y la suficiente imaginación como para trazar un dibujo aproximado de lo que quería. Y si no era muy fidedigno, tampoco importaba gran cosa: al fin y al cabo, sus invitados no es que fueran expertos en la materia y seguro que no discriminaban demasiado.

Durante meses Sidra buscó toda clase de documentación que le permitiera hacerse una idea clara de lo que quería. Y una vez que hubo confeccionado una larga lista, procedió a establecer las oportunas complicidades para llevar a buen puerto lo que se proponía. Sabía que recurrir a su padre era la última de las opciones: si quería que éste no empezara a asustarse ante los requerimientos que una correcta organización suponía, lo mejor era que se lo diese todo hecho a falta de que únicamente se encargara de la oportuna subvención.

Así, primero se encargó de convencer a Dorotea de la elaboración de rosquillas.

—¿Listas y tontas?

—Sí, y francesas y de Santa Clara —concretó Sidra.

—Ay, rapacina, pero cómo crees tú que yo... Yo lo que sé hacer son rosquilles de anís, de les de toa la vida... Y en el libru, en el *Nieves,* nun pon na de eso.

—Bueno, pues da igual. Tú haces rosquillas de anís, pero lo importante es que parezcan rosquillas tontas y listas y de Santa Clara y francesas...

—Y eso, total, quién lo va a saber. Si los que van a venir bastante saben lo que son unes y otres...

—Los invitados puede que no, Dorotea: pero nosotras sí lo sabemos. Y lo importante es que todo sea perfecto. Mira, tú haces las rosquillas y luego unas las dejas como están y a otras les damos un baño de esos que a veces haces tú para cubrir los bizcochos, que quedan blancos con una capa durita... ¿Sabes cuáles te digo? Pues eso. Y ahí ya tenemos las rosquillas listas. Y luego otras las cubres de merengue...

—¿De merengue? Menudu pifostiu...

—No seas así, Dorotea, de merengue, pero duro.

—Pues nun sé yo... Únicamente si-y añadimos azúcar de eso, cómo se llama, glas, moliéndolo bien...

—Seguro que te saldrá muy bien, ya verás. Y luego sólo nos quedan las francesas. Ésas creo que van recubiertas como de almendra molida...

—Oye, Sidra, de verdá, neña, ¿nun será bastante facer les listes y les tontes y les de Santa Clara? Mira que yo con los franceses nun quiero na...

—Vale. Luego sólo nos faltan los barquillos...

—Ay, no, eso sí que no. Barquillos sí que nun tengo ni idea. Los únicos que comí fue una vez en el Campo San Francisco, en Oviedo, que los llevaba un paisano en un cacharru así grandón, con una ruleta...

Sidra anotó: «Barquillero Campo San Francisco». Eso era algo que podía resolver su padre, porque al fin y al cabo consistía únicamente en pagarle al buen hombre y

convencerlo de que se pusiera una gorra, un pañuelo y una chaqueta...

El resto era cuestión de ir moviéndose de la manera adecuada, tocando en las puertas oportunas. Efrén Rubiera podía resolverle el asunto del organillo... aunque para ello tuviera que favorecer su ánimo pidiéndole como enorme favor algo que no es que fuera muy acorde con la celebración: un pequeño recital de la rondalla... Ese simple requerimiento pondría al médico de su parte, y la música de evocación madrileño-verbenera estaría garantizada...

Para conseguir que Matilde, la modista que ya se había convertido en cómplice de todas sus ideas, se pusiera a hacer trajes de manolas a destajo, apenas fue necesaria ninguna maniobra. Tenía que agradecerle a Sidra que su fama se hubiera extendido entre las jóvenes de las buenas familias gracias a los vestidos que le hacía para las fiestas, y si además en esta ocasión la invitaba junto con su hermana, que era maestra en Figaredo, tenía asegurada su implicación en aquel proyecto de convertir los jardines de Pomar en la más verbenera de las plazas madrileñas.

—Ten un poco de xeitu, Sidra. Les coses hay que faceles con cabeza, neña. Nun podemos ponenos a facer vestíos a mansalva. Una blusa blanca tienla to el mundo. Y si me apures, faldes que den el pegu, también. La cosa ta en el pañuelu y la flor. Y el mantón. Eso sí: el traje tuyu de manola y el de les nenes van a dar que hablar hasta el añu que vien...

Con lo que nadie contaba era con que de «les nenes» una de ellas se emperrara en que se vestía de chico.

—No es una fiesta de disfraces, Paloma. Tienes que ponerte un vestido de manola...

Tampoco nadie podía contar con los renglones que estaban escribiendo la desgracia que sólo Sidra sería capaz de leer.

Jueves, 24 de mayo de 1923:

Ayer papá me trajo este regalo porque fue a la feria de la Ascensión a Oviedo y yo quería ir con él pero no me dejó porque soy pequeña y fue Manuel con él y entonces iban a traerme un regalo y yo creía que serían bombones de Camilo de Blas, porque era una caja, y a las nenas ya les había dado el regalo suyo que eran cajas de bombones, pero Manuel se sonrió y me dijo que no, que lo mío no eran bombones y yo lo abrí y éste era mi regalo: un cuaderno muy bonito de color granate, muy suave, como si fuera de terciopelo y con unas letras doradas que dice mon journal, que según Manuel quiere decir mi diario.

Así que esto es un diario y Manuel me dijo que era más bonito que una caja de bombones, porque los bombones se terminan pero la vida no, y en un diario se

escribe la vida, lo que pasa, para que cuando sea mayor y lo lea me acuerde, y sólo se escriben secretos y eso me gustó, porque en esta casa no hay quien tenga secretos, y así los míos estarán bien guardados.

Así que ahora tengo que tener mucho cuidado y no hacer borrones, porque en un diario no se puede, y tengo que escribir muy bien, pero eso ya lo hago, porque Efrén me enseñó muy bien, a mí y a Andrés, y las monjas me riñen porque dicen que tengo mala caligrafía, porque no hago los rabos de las letras mayúsculas, pero me da igual porque Camino dice que escribo muy requetebién y Andrés también escribe muy requetebién.

Ahora que tengo un diario tengo que tener secretos. Y hay uno que tengo y que no sabe nadie, y es que el día de la verbena se rompió el espejo de la habitación de Sidra y nadie sabía por qué había sido, pero yo lo sé, que lo rompió Sidra porque tiró el estuche grande donde tiene todas las medallas y los anillos y los collares, lo lanzó mientras lloraba a gritos y hubo mucho ruido, pero nadie se enteró porque había petardos en la fiesta del jardín y yo me asusté, más que de los petardos, pero creo que me dio más miedo que el ruido ver cómo después Sidra se tiró encima de la cama y lloraba como si le doliera mucho mucho la barriga o como si le pasara algo muy gordo, y yo me quedé escondida para que no me viera, pero luego se arregló, se secó las lágrimas y volvió a bajar al jardín y no debía de ser algo muy gordo, porque siguió sonriendo con todo el mundo, pero yo me quedé con ese secreto que no le dije a nadie y ahora como tengo un diario, lo escribo. Y también escribo una cosa que me dijo Dorotea sobre la fiesta de ayer, para que no se me olvide, que tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: el Jueves Santo, el Corpus Christi y el jueves de la Ascensión. Y cuando lo estaba diciendo, entró Migio y dijo: «Por la Ascensión, cereces en Oviedo y trigo en León», pero es más bonito lo de los tres jueves que relucen como el sol.

Tendría que tratar de establecer las fechas, pero, no sé, es un esfuerzo de memoria importante. Y tampoco es tan sustancial, al fin y al cabo qué más da, no estoy haciendo historia ni nada de eso. En realidad, tampoco sé muy bien qué hago aquí, hablándole a un micrófono que llevo puesto como las telefonistas (o como esa cantante rubia americana, Madonna, o como se llame), ni para qué sirve. A lo mejor es porque el otro día estuve hablando con Joserra, que es terapeuta o no sé qué, y a veces me lo encuentro en La Sombra y Media, donde tomo el café de la tarde. Es nieto de Nicanor y me gusta mucho charlar con él porque... Bueno, da igual. Lo que decía, que el otro día estuvimos hablando de lo de cerrar círculos, y él dice que todo el mundo lo necesita para seguir adelante, incluso para morir. Que antes de morir hay que cerrar los círculos, porque si no, la vida queda a medias, y para cerrarlos hay que volver sobre los pasos, pero convertidos en otras personas diferentes, volver después de tiempo, de modo que la experiencia acumulada y la sabiduría nos

permitan, si no rehacer las cosas y corregir los errores, por lo menos afrontarlos desde aquel en quien nos hemos convertido, y que de ese modo redimimos nuestra historia, eso en el caso de que el agravio no haya sido demasiado grande.

Y yo creo que mis agravios son como para una condena eterna.

Ya he pensado que toda la parte de mi infancia y eso, al menos lo que recuerdo, se lo voy a contar a la amiga de Bruno, a la asturiana, cuando venga. Iba a decir que es la parte más amable de mi vida, pero tampoco es cierto, a lo mejor el origen de todo está en el dolor de la muerte de mi madre y... Bueno, no lo sé, tampoco voy a ponerme tremendo, porque no quiero, y a ella no sé si se lo contaré o no. Me gustará perder las horas rememorando calles, y paseos, y las clases del colegio y los juegos en la plaza y todo lo demás. Y también le hablaré de después: de Piedad y de cuando nació Bruno, y de la empresa, y de todo eso. Y aquí dejaré lo otro.

Y no voy a empezar a preguntarme por qué lo hago, porque entonces le doy al stop y no grabo más.

Los círculos. Cerrar los círculos, Andrés.

Andrés. Tiene gracia.

A veces pienso que estaría bien ser creyente de verdad. No esto de ir a misa como he estado haciendo durante décadas, como si realmente creyera una sola palabra de las que allí se dicen. Hacer el paripé se me ha dado de maravilla, las cosas como son. Pero decía que a veces pienso que estaría bien ser creyente de verdad y poder acercarme a un confesionario y empezar a decir. Empezar a confesar, a vaciar la conciencia. Cargar con secretos es un mal asunto, pero estar enfermo de alzhéimer, si es que realmente lo estoy, termina de fastidiarlo. Porque lo que sería una escena conmovedora y literariamente muy lograda, por mucho que esté más vista que el tebeo, se convierte en imposible: no podré contarle a mi familia la verdad en el lecho de muerte, justo antes de expirar. No me acordaré. Es una putada, pero hasta de esa concesión al melodrama me va a privar la enfermedad.

Esto, en cambio, es tan extraño. Estoy hablando solo. Ni siquiera tengo la audacia esa, tan cinematográfica, de mirar a la pantalla como si hablara a mi hijo, a mis nietos, desde el más allá. A ésos, por Dios. A este hijo mío que practica el pensamiento volátil, y que se cree tan listo. A ese par de gilipollas de nietos, incapaces de entender nada que esté fuera de la esfera de su propia estupidez, disfrazada de intensidad, o de banalidad pura y dura. A la pequeña, que qué va a entender... si es china. Ya, esto tendría que borrarlo, porque es políticamente incorrecto. Pero es que es china, y por mucho que lo piense y que crea que... es que no. Cómo me va a entender. Otra de las excentricidades de Bruno, de sus bandazos sin sentido. Tener una hija china y ponerle el nombre de una bruja celta.

En realidad, sólo me hablo a mí. A ti.

Mirándote ahí, escudriñando en tu rostro las líneas de tu historia, a lo mejor hasta me determino y soy capaz de llamarte por tu nombre.

Durante algunas horas aguantó el tipo, sonrió con la misma parquedad habitual en ella, charló, bailó. Fue amable y educada, atendió a todos los invitados, elogió trajes, agradeció elogios por la organización, fue especialmente cordial con doña Agustina, se preocupó de que no faltara ningún detalle y de que Reme y Dorotea controlaran el suministro de rosquillas. Ni siquiera torció el gesto cuando comprobó que, como una puñalada en el espíritu madrileño de la fiesta, su padre, que últimamente parecía haber sucumbido a algún extraño influjo, de procedencia desconocida pero de intensidad considerable, de lo autóctono, le había dicho a Migio que escanciara algunos culinos de sidra.

Todo aquello, el deambular por la fiesta atendiendo a unos y a otros, era sin embargo el resultado de una reacción automática, como si en su interior un interruptor hubiera activado el «modo perfecta anfitriona», mientras en su cabeza todas sus neuronas trataban de organizarse tras un cortocircuito que redujo a cenizas sus estructuras cerebrales.

Y luego los días pasaron con su vocación de humo y de mentiras. Y mantuvo la calma, mientras se refugiaba en las rutinas de la casa, en los suelos por encerar, en los cristales limpios hasta refulgir: organizó una limpieza general, lavó a mano todas las cortinas, sin que Dorotea pudiera hacer nada por impedirlo, desmontó las camas para limpiar los somieres, sacó los colchones a la antojana para varear la lana, aunque era una tarea que solía hacerse en el mes de agosto, y no dejó que Migio y Reme se encargaran de la pesada tarea de golpear la lana durante horas para sacarla de la pesadumbre del sueño invernal. Inició una campaña obsesiva por la limpieza y un marcaje sistemático de las trillizas y de Claudia, cuya cabeza se pasaba el tiempo revisando por si había cogido piojos, y ella misma comenzó a lavarse las manos y la cara de un modo tan obsesivo que Dorotea llegó a preocuparse porque ella sola podía hacer peligrar la reserva de agua del depósito: entre su propia higiene, la que imponía a los demás y aquella manía de lavarlo todo, había días que al final de la jornada Dorotea se las veía y se las deseaba para poder fregar en condiciones los cacharros de la cena. Pero nada frenó a Sidra: sacó de los armarios toneladas de inmaculada ropa blanca, volvió a lavarla y se pasó horas alisando arrugas con la plancha de carbón, domesticando puntillas y encajes, ordenando milimétricamente las sábanas y las toallas en los estantes.

Y todo lo hacía como si obedeciera el mandato inapelable de un dios desconocido, o como si se hubiera convertido en una autómata, de modo que sin hablar apenas, su cuerpo transitaba por la casa, ejecutaba movimientos y gestos, subía y bajaba escaleras, frotaba, pulía, retorcía, bruñía, fregaba, doblaba, planchaba, secaba,

limpiaba, barría, restregaba, ordenaba, enjuagaba, desempolvaba, raspaba, acicalaba, enjabonaba, baldeaba, abrillantaba, aclaraba, trapeaba, cepillaba, sacudía, trajinaba, azuletaba, escurría, lustraba, alisaba, plegaba, almidonaba, tendía, colocaba. Y no sonreía jamás.

Nadie le dio mucha importancia, aunque las niñas lamentaron el final de los buenos tiempos, porque, también a partir de la noche de la verbena, Sidra no sólo experimentó un cambio sustancial en su aspecto: empezó a recogerse en un moño en la nuca el pelo castaño de un modo tan tirante, que por momentos parecía que hasta los ojos se le achinaban, y redujo su vestuario a unas batitas de vichy para estar por casa y un vestido oscuro para ir a misa, que se convirtió de la noche a la mañana en la única salida que se permitía extramuros de Pomar. Lo peor fue el cambio en su carácter: de pronto, la extraña permisividad que habían disfrutado en los últimos tiempos se convirtió en un horroroso control de cuantas cosas hacían, decían, dejaban de hacer, proyectaban o eludían. Sidra siempre estaba al cabo de la calle, como si leyera sus pensamientos y pudiera prever sus intenciones.

—Se acabó lo que se daba —sentenció Paloma, que volvía a sentirse observada, fiscalizada y censurada hasta en lo más recóndito de sus deseos.

En la cocina se hablaba de desengaños. Algo así tenía que haberle pasado a Sidra, en opinión de Dorotea, y había sido en la fiesta. Y ella y Reme, y a veces Migio, daban vueltas y más vueltas a lo que había sucedido buscando algún detalle y no encontraban nada.

—A Sidra gusta-y el rapaz esti, el Germán, eso fijo, y a lo mejor echó moza, y ella enterose en la fiesta y...

—No, no, de eso nada. Germán ni se acercó a ninguna mocina, eso dígotelo yo, Reme, nun se arrimó a ninguna. Si anduvo tol ratu por ahí, na más que con Manuel, que nin sacaron a nadie a bailar ni na... Si hasta anduvieron por arriba, por la habitación del neñu, a lo suyo andarían, siempre con los libros, que van a ponese malos, tanto estudiar...

—Fía, Dorotea, pues yo nun sé qué y-pue pasar, pero pa mi idea que desengañu ye...

Y bajaban el tono, porque la hiperactividad de Sidra podía hacerla presente en la cocina, otro de los teatros de operaciones de aquel pacto que parecía haber firmado con la higiene, la limpieza y el orden. Así, sartenes, ollas, vajilla y cubertería, los vasos, las copas buenas, las mantelerías y los paños de cocina sufrieron la inspección y el celo de una Sidra dispuesta a amarrar como fuera aquello que por dentro amenazaba con anegarle el alma si no lo contenía con la fiereza de la voluntad más férrea.

Todo aquello que había convertido sus días en precipicio, y la simple posibilidad

de concederle una oportunidad al pensamiento, en amenaza. Todo aquello.

La curiosidad del corazón enamorado. La búsqueda. La puerta abierta lentamente. La sorpresa. La perplejidad. El desconocimiento. La incredulidad. Un nudo de brazos y de piernas y de bocas. *Aquello*. El estupor. El asco. La tiniebla. La huida silenciosa. La furia. Un espejo roto. Los celos. La autocompasión. Más asco. Y dolor. Muchísimo dolor.

Y el dolor, eso lo supo entonces, también se podía amarrar, neutralizar, ocultar bajo la consigna de hacer para no pensar. Y claro que hizo cosas, porque cuando toda la casa estuvo reluciente, inició, para incomodidad de Migio, una limpieza sistemática de la cocina de leña, el portalón donde se guardaban las herramientas, la carbonera y hasta quiso ponerse a limpiar la corripa y el gallineru, pero Migio consiguió que desistiera, asegurándole que los gochos eran axabalinaos y que podían ser agresivos.

Volvió de nuevo los ojos a la casa, después de haber dejado como nuevas las madreñas de toda la familia, que, con un poco de suerte, dormirían su sueño veraniego hasta que volvieran las lluvias, y ordenados por tamaño los clavos y las puntas, y se metió en la despensa. Revisó todas las provisiones y colocó las conservas, los tarros de miel, los botes de mermeladas, las guindas en aguardiente, en los anaqueles por orden alfabético. Guiada por ese empeño abecedario, emprendió para espanto de su padre la emocionante tarea de sacar todos y cada uno de los libros de la biblioteca, el único reducto donde no se había atrevido a imponer su régimen implacable de orden y limpieza, quitarles el polvo cuidadosamente, frotar hasta hacer desaparecer las manchas de humedad de las pieles de las cubiertas, y decidió que todos habían de ir colocados por el orden que les proporcionaba la primera letra del nombre del autor, con lo que en lo sucesivo un manual de estratigrafía escrito por Francisco de Juanes se convirtió en vecino de la historia del Buscón don Pablos, de Francisco de Quevedo.

Sólo Manuel, con la timidez superada por el horror que le causaba ver semejante desaguisado cometido en nombre del orden más absurdo, se atrevió a sugerir que quizá no era lo más adecuado, pero frenó en seco, paralizado por el pánico: los ojos de Sidra, como piedras de granizo que inexplicablemente se hubieran puesto a arder de puro odio, le hicieron entender que, después de todo, el hermético espacio en que Germán y él habían construido un paraíso tenía una fisura. Y Sidra la había descubierto.

A Bartomeu no se le terminaba de ir la obsesiva agonía en la que Camino, muy a su pesar, había conseguido sumirle, por mucho que frecuentara las pieles jovencísimas de las chicas que Nuncia Chaves ponía a su disposición haciendo especial énfasis en la procedencia decente de todas ellas, inocentes criaturas que

habían perdido la honra a manos de los señoritos de las casas en las que servían, lo que en parte también era bueno, porque ese tiempo que habían pasado como criadas había servido para refinarlas un poco y quitarles la tosquedad rural que casi todas traían consigo. El resultado de aquellas biografías escritas a trompicones en la piel de los días satisfacía a los clientes: aunque habían adquirido modales, y trataban de llevar a cabo las enseñanzas de Nuncia en las artes amatorias, en algún momento, de lo más profundo, surgía la muchacha campesina, la lugareña rozagante que todas ellas llevaban dentro, y el contraste con aquellos maquillajes aplicados por las manos expertas de Nuncia aceleraba el estallido de los más exigentes.

Eso, sin embargo, a Gustavo Bartomeu no le hacía maldita la gracia, porque siempre terminaba por ver en aquellos rostros y en aquellos cuerpos a Camino, así que cada vez exigía mujeres más jóvenes, que eran las que siempre le habían gustado, de caderas estrechas y aspecto aniñado, que se alejaran de la rotunda solidez de sus formas.

Justo el aspecto que su mujer, y ya era la segunda vez que le ocurría, estaba dejando de tener. El ingeniero se preguntaba cómo era posible que las mujeres se estropearan tanto. Cómo podían desaparecer de aquel modo los atisbos para convertirse en evidencias, cómo lo filiforme podía pasar a ser adiposo, dónde estaría el secreto que permitiera detener el tiempo como una fotografía en el instante mismo en que el cuerpo tenía cualidad de junco.

Sabía del peligro de esos pensamientos, que años atrás habían estado a punto de condenarlo al desastre, y para salvarse había tenido que lidiar como un jabato contra la más horrible de las tentaciones. De vez en cuando, en sueños, aún se veía a sí mismo, intranquilo y enfebrecido, dando vueltas en la cama, obligado a levantarse y caminar por el pasillo de madera brillante hasta la puerta del cuarto de Francisca, para mirarla dormir: desde muy pequeña dormía totalmente destapada y la turbación que le provocaban sus piernas desnudas, el camisón enrollado, el cuerpo en tránsito, su respiración, convertían a su entonces reciente segunda esposa en una mujer «mayor», a pesar de tener poco más de veinte años. Y aquella mujer «mayor» era la que terminaba por convertirse en la depositaria inconsciente de la furia enardecida con que volvía a la cama huyendo del demonio que tiraba de él y le conminaba a acercarse al otro lecho, virginal y apenas púber. Se decía entonces, y ese pensamiento le redimía, que lo único que le pasaba era que seguía enamorado de Juana, que siempre lo había estado, y que no hacía más que buscarla en otras mujeres: por eso se había casado con Montserrat, por eso le hechizaba el rostro (en sus pensamientos redentores sólo aparecía el rostro) de Francisca. Olvidaba que durante el matrimonio con Juana su imaginación había sido pródiga en desahogos, y que con la misma fiebre, pero con mucha menos culpabilidad, había espiado el sueño de más de una de las criadas adolescentes, y aquellas delirantes vigilancias habían terminado muchas noches del mismo modo, en el lecho conyugal, con su mujer bajo

su peso y la cabeza en el pequeño cuarto del servicio.

Nunca había confesado al detalle aquellos avatares de su existencia. A don Macrino se limitaba a decirle que había tenido pensamientos deshonestos, que era un término muy útil por la amplitud de su significado, y aunque el cura solía tratar de precisar:

—¿Impuros, hijo?

—Alguno impuro también, padre.

Lo cierto era que un pudor reverencial hacia la autoridad impedía al cura hurgar en los pormenores y terminaba absolviéndolo, totalmente convencido de que entre los mandos de la empresa todos los vicios eran menores, puesto que por encima de las debilidades se encontraba su evidente sacrificio por todos los obreros, su intachable moralidad pública, su ejemplar comportamiento.

Tampoco había hablado nunca de sus estallidos de furia y de cómo en numerosas ocasiones su mujer había sido destinataria de ellos, porque era particularmente sensible a las insidias de las mujeres, a su capacidad de llevarlo a la exasperación con sus tonterías. Eso era tan sólo un rasgo de carácter. Tenía que corregirlo, claro, pero ya procuraba que primero Juana y luego Montserrat no tuvieran que pasar la vergüenza de que se les notaran las marcas, no quería que nadie pensara que eran malas esposas, unas fastidiosas irritantes, que habían conseguido sacarle de quicio.

Y por supuesto, jamás le había hablado a don Macrino de ninguna de sus otras «debilidades», incluyendo la inexplicable pasión por Camino, que le había llevado a odiar aún más a Efrén Rubiera, aunque estaba seguro de que eso tanto don Macrino como el mismísimo Señor podrían perdonárselo, porque a la vista estaba que aquel medicucho no era trigo limpio. Tenía esperanza de que aquella chaladura se le pasara y para ello su actividad onanista frente a la pantalla del cinematógrafo del sótano se veía incrementada de día en día, hasta el punto de que ya había tenido que reparar con sumo cuidado las dos cintas, que se sabía de memoria y que se habían roto en varias ocasiones llevándose consigo fotogramas que de todos modos tenía grabados a fuego en su memoria.

Lo que ignoraba, y tal vez debería haber sospechado porque aunque su cerebro no sabía, los ojos ya habían visto, era que la obsesión por Camino iba a desaparecer fulminantemente. Y eso era una buena noticia. La mala, sin embargo, era que iba a ser sustituida por otra mucho más arrasadora.

Y eso lo comprobó la noche de la verbena cuando se alejó entre las sombras buscando un lugar discreto para liberar su vejiga y entrevió a un muchachito que hacía lo propio en cuclillas detrás de un boj. Un momento... ¿un muchachito en cuclillas? Sin ser visto, observó que la figura se subía los pantalones oscuros con cierta dificultad para abrocharse los botones, y que llevaba un chaleco, y la camisa, el

pañuelo blanco, la gorra de cuadros...

—¡¡¡Palomaaaaaaaa!!!

Gustavo Bartomeu se sobresaltó. Era la trilliza, claro, ya se había fijado que había cometido la excentricidad de disfrazarse de chulapo, con lo que a él le gustaba verla con aquella faldita plisada cuando saltaba a la comba, y ahí estaba, hecha un chicazo, con los bucles pugnando por escapar de su gorra, le había saludado con toda educación mientras masticaba rosquillas y se había paseado con sus dos hermanas colgadas una de cada brazo, ataviadas con sus faldas y sus mantones...

—Estoy aquí, Almu, no chilles, estaba haciendo pis...

—¿Haciendo pis? Tú estás loca, si se entera Sidra te mata... Cómo no has ido al cuarto de baño...

—Porque estaba que no me aguantaba ya de ganas... Y tenías que ver qué río acabo de hacer más enorme...

Y mientras las niñas se alejaban riendo, el ingeniero sintió una sacudida sísmica, un cataclismo imparable que le exigía ver con sus propios ojos aquel río que abría las compuertas de otro, el de la pasión más arrebatada, más inexplicable, más enloquecida.

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado: miércoles, 28 de noviembre de 2007 22:43
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: La memoria y el olvido

Siento lo desagradable que estuve por teléfono, pero estos días no doy para más, y seguramente esperaba cosas de ti (consuelo y eso) que tú tampoco estás en disposición de ofrecer. C'est la vie, me temo.

Las cosas en el periódico están poniéndose difíciles: la publicidad ha dado un bajón importante y todo son imposiciones. Sutiles, claro, pero imposiciones. Y la gente está muy descontenta: no han renovado el contrato a tres temporales, y eso nos ha dejado en cuadro. No creo que tenga un fin de semana libre en no sé cuánto tiempo, y eso es lo que más rabia me da, porque lo de irnos el puente de la Constitución a Taramundi era una buena idea, y, francamente, me haces mucha falta, aunque no sé yo, porque por otro lado Paloma sigue muy pocha, y el médico que la atiende, que de lo suyo sabe mucho pero que no está doctorado en tacto precisamente, me dijo ayer que qué quiero, que tiene noventa y seis años, que si pienso que va a llegar a los quinientos. Hijoputa.

Y si supieras la falta que me hace ahora hablar con ella. Ya te dije que en la caja estaban los diarios de mi abuela y unas cuantas cartas. Paloma apenas habla, y yo necesito que me explique muchas cosas, que me aclare detalles. Necesito saber por qué nunca supe de la existencia de esos cuadernos, por ejemplo, por qué los

tenía ella y no mi abuela. Y tantas cosas.

Ya sé que te dije que me pensaría lo de tu padre, y creo que lo voy a hacer, pero no ahora mismo. Ya te digo que viajar a Madrid en estos momentos es imposible y además, no sé si ahora mismo estoy yo para afrontar esa historia. Ahora casi no puedo ni pensar: en los huecos que habitualmente ocupan los pensamientos, ahora sólo cabe la pura acción: el periódico y el hospital. Voy de uno a otro como una zombi, y cuando llego a casa a veces hasta me quedo dormida en el sofá.

Repito que siento lo desagradable que estuve. De verdad.

Aida

Domingo, 24 de junio de 1923:

Ayer no pudimos ir a la hoguera porque se murió Manuel.

Mucho tiempo después, Sidra podría haberle contado a alguien, de haber tenido un interlocutor adecuado y confidente, que desde aquel día habría de recordar, en todos y cada uno de los que serían el resto de su vida, la sucesión de acontecimientos de la víspera de San Juan.

Le hablaría de su mirada de vidrio al enfrentarse al espejo por la mañana y encontrarse un día más con el sumidero de su propia amargura, la compañera inseparable desde la verbena de San Isidro, y del agua fría en la cara para espantar las lágrimas, implacablemente gobernadas. Hablaría de sí misma mirando tras los cristales de la galería y comprobando que allí estaba, fiel a su cita de cada año, el orbayu de San Juan, y que eso facilitaría las cosas: con un poco de suerte no habría que ir a la foguera que se había estado preparando con toda clase de leña, trastos viejos susceptibles de ser quemados y hasta mampostes que nunca se sabía de dónde salían exactamente, pero siempre aparecían por allí. La foguera se quemaría delante de la casa de Efrén Rubiera, que era muy dado a esas cosas, y estaba previsto que la rondalla interpretara algunas piezas de su repertorio. Aun así, lo que todos aguardaban era el momento en que, con las llamas ya un poco más bajas, los más osados saltaran por encima del fuego. Y claro, las trillizas estaban locas por ir, y Claudia hacía los coros y palmeaba, y no habría más remedio que ir con ellas para vigilarlas, que Paloma era bien capaz de saltar por encima de las llamas, de hecho algo de eso debía de estar planeando, porque los últimos días la había sorprendido poniendo unos palos como marca en el suelo para hacer saltos, cada vez más separados, con el fin de comprobar sus avances. Si llovía, tal vez pudiera librarse de esa tontería de la foguera y esa innecesaria confraternización con toda la gente de Bustiello.

Podría hablar también de cómo le sorprendió que en cuanto su padre salió hacia las oficinas de Ujo, Manuel bajara las escaleras silenciosamente. Llevaba una bolsa de

cuero que su padre solía utilizar cuando se iba a pasar unos días a Madrid, y tenía el aspecto de quien va a iniciar un viaje.

Sidra no había vuelto a dirigirle la palabra desde *aquello*, y aunque se moría de curiosidad por saber dónde diablos pensaba irse Manuel, en lo que a todas luces parecía una huida —nadie había mencionado nada de ningún viaje—, se mordió los labios y apretó bien fuerte el corazón, pero dejó que Manuel la viera, y comprobara que ella veía lo que iba a hacer, que ella, una vez más, sabía.

—Lo siento muchísimo, Sidra. Lo siento mucho.

No dijo nada. Y ya para siempre se arrepentiría de no haberle preguntado qué era exactamente lo que sentía, cómo podía decir que lo sentía sin tener ni idea de cómo eran las dimensiones de su herida, ni cuánto dolor cabía dentro. Se limitó a mirarle con su mirada favorita en el repertorio de las que expresaban rencor, pero por el camino se cruzó la tristeza y la mezcla debió de ser tan patética, que Manuel, inexplicablemente, siguió hablando.

—Ojalá algún día pueda explicártelo, pero ahora tengo que irme. Germán tiene serios problemas y voy a ayudarle.

—Pero... cómo te vas a ir... Y adónde, dónde vas a ir, Manuel...

—Hoy a Oviedo. Nos quedaremos en la pensión de la estación, pero mañana saldremos hacia Madrid: le ayudaré hasta que pueda volverse a París con su padre. Ya te he dicho que Germán tiene problemas muy graves.

—Pero... Pero...

Manuel, de pronto, parecía mayor, como si la decisión le hiciera más fuerte. Pero no era cierto, y al salir por la puerta (Sidra siempre recordaría su gesto, su fina chaqueta de cheviot, el pelo más largo y más claro que nunca, una palidez premonitoria) intentó sonreír, aunque había lágrimas, y lo que podría ser un gesto dulce se transformó en una especie de puchero que lo devolvía de golpe a los siete años.

—Tú tranquila, volveré pronto, en cuanto Germán pueda marcharse a París. Tú, por favor, no digas nada a nadie. No me has visto y ya está.

Sidra no dijo nada, tal vez porque había demasiado remolino de palabras y preguntas en su cabeza.

—Y lo siento mucho, Sidra. Sé que no tengo perdón, pero de verdad lo lamento mucho.

En ese momento tuvo la sensación de que Manuel era bien capaz de acercarse a ella y abrazarla. Parecía querer hacerlo y ella sintió un respingo: en la familia Montañés eso de los besos y los abrazos era un exotismo emocional, una debilidad insólita: directamente no existía. Y además, Sidra se moría de asco pensando que

Manuel podía acercarse a ella después de *aquello*.

Casi todo el mundo en la comarca, para bien o para mal, conocía a los Baizanes. Lo primero que sorprendía de ellos era su increíble corpulencia, y el hecho de que fueran tres tipos prácticamente idénticos. Dos de ellos tenían motivos para serlo, puesto que eran gemelos, pero el tercero guardaba un parecido asombroso por uno de esos caprichos de la genética y su selección de rasgos, puesto que el parentesco que lo unía a los gemelos era el de primo. La madre de los gemelos había muerto del parto y la abuela se había hecho cargo de ellos entre lágrimas de dolor por la hija muerta y angustia por ver cómo se iba a arreglar con lo exiguo de sus ingresos y aquellas dos bocas de las que el padre, primero por la muerte inesperada, y después por aquella afición suya al vino y a las partidas de cartas, no parecía muy interesado en hacerse cargo. Y como Dios asfixiar no asfixiará, pero aprieta que da gusto, cuando los gemelos no habían cumplido ni un mes, la tripa de su hija pequeña, la única que vivía aún en la casa familiar, se reveló de pronto de un insospechado volumen, porque con siete meses de embarazo no le parecía conveniente seguir fajándose de aquella manera, y se hizo patente lo que ya la madre venía sospechando y gran parte de los hombres del pueblo habían comprobado: que Mercedines, la del cabello ensortijado y los ojos embaucadores, estaba hecha un auténtico putón, y si hasta ese momento lo había sido por pura afición, tras el nacimiento de la criatura lo sería de un modo profesional, y si los del pueblo querían seguir disfrutando de la alegría con que se entregaba a los asuntos carnales, tendrían que pasar por el aro y las tarifas de Sabelina Miranda, la dueña de la casa de putas más famosa de Mieres. Así que muy poco después y sin apenas tiempo para curar la pena y el espanto por lo que venía a ser la culminación de una vida desdichada, llena de penurias y sinsabores, Queta, la del Tordu Baizán, se encontró con tres nietos que, lejos de alegrar su vejez, venían dispuestos, por lo pronto, a comer como limas. «Estos guajes son capaces de comer gorbizos», decía ella siempre mientras removía la harina de maíz, en la pota en la que preparaba fariñes y de la que los tres críos no dejaban ni los restos.

Los Baizanes crecieron en Piñeres, donde habían nacido, en una casa que estaba camino del cementerio, y domesticaron el pánico infantil que les causaba ver pasar los entierros asomados a los barrotes de madera torneada del balcón por el procedimiento de engañar al miedo jugando a ser más valientes. Cada uno de los tres porfiaba por, enfrentándose a cualquier terror que pudieran imaginar, vencer a los otros dos en apuestas absurdas que iban configurando el carácter bravucón que los haría famosos años después y toda su vida. Para ser exactos, los Baizanes habían crecido instalados en la jactancia como forma de superación y la mansedumbre como forma de supervivencia, porque en cuanto fueron descubriendo que a sus estómagos y a aquella vocación de estatura y corpulencia desaforadas no los satisfacía lo que

Queta, la del Tordu Baizán, podía ponerles en la mesa, hallaron el modo de complementar sus necesidades con las ollas de los vecinos, que podían dar gratis, pero eran mucho más proclives a la dádiva cuando obtenían a cambio servicios diversos. Así, combinando el desafío como su particular manera de relacionarse entre ellos y la necesidad de comer, desde muy pequeños, los Baizanes aprendieron a garabatiar y amontonar primero y a segar después, aun cuando parecía que no serían capaces de sostener un garabatu o el gadañu, a sacar el cucho de la cuadra, a sallar patatas, a cargar al hombro con la yerba, a llevar a los animales a los bebederos y a hacer cualquier recado, cualquier tarea que pudiera traducirse en un trozo de tocino (por el que los tres sentían auténtica veneración) o en escanda, y si era un combinado de ambos, mejor que mejor. Así, además de la sentencia de la abuela de que aquellos guajes eran capaces de comer gorbizos, se hizo muy popular la que pronunciaban con frecuencia todos los vecinos: «Los Baizanes comen a Dios por una pata». También se hicieron expertos en localizar los árboles frutales más fácilmente asaltables, los castaños que mayor carga de castañas depositaban en octubre, en qué zarza estaban las moras más gordas, y hasta a qué altura de la montaña podían empezar a encontrarse arándanos. Se hicieron monaguillos porque algo (vino, galletas, fruta de la huerta del cura) siempre se caía y, a fuerza de fingir docilidad y acatamiento para conseguir sus objetivos, llegaron a la conclusión de que ése era el orden, ésa la mejor manera de garantizar que las cosas funcionaran.

Así que en cuanto empezaron a trabajar en la mina (y esto fue muy pronto) se hicieron miembros del Sindicato Católico y se convertirían en la mano derecha (o tal vez sería mejor decir el brazo y el puño) de Vicente Madera, secretario del sindicato, como un cuerpo de guardia exclusivo, atentos siempre a cualquier amenaza y vigilantes extremos de los asuntos internos de la propia organización.

Los Baizanes tenían atravesado a Germán Espina por muchas razones. Para ellos estaba claro que se trataba de un marica, pero inexplicablemente el propio Vicente Madera y toda la plana mayor del sindicato y la empresa parecían no verlo, o sin más hacían la vista gorda como si el hecho de que fuera tan peculiar, tan evidente, constituyera justamente el desmentido de su condición sexual. Todo el mundo conocía la existencia de maricas en la comarca: el típico muyerina, que ya desde pequeño eludía jugar a lo bruto con otros niños y prefería estar a las faldas de su madre y jugar a los cocinetes con las niñas. Después de haber alcanzado un récord mundial de pedradas a lo largo de los años de infancia, dichos sujetos permanecían lo más ocultos posible: desarrollaban trabajos discretos, vivían con sus madres, a las que atendían hasta su muerte, iban mucho a misa, cuidaban de los sobrinos y ya procuraban no dar que hablar. Como Gerundino, el de Corigos, al que su padre quiso curar de lo suyo pagando a unos amigos para que lo llevaran a una casa de putas de la que salió llorando a lágrima viva; o Manolito, el de Caborana, del que se decía que hasta había intentado casarse para que nadie dijera nada, pero a última

hora dio marcha atrás y nunca más se le volvió a ver en otro trayecto que no fuera de su casa a la iglesia. O Servandín, el de Figaredo, que se hizo gaitero, después de una larga, y muy celebrada entre las beatas, trayectoria de declamaciones durante el mes de la Virgen. Germán Espina, no. Ellos sabían que era de la acera de enfrente, pero nadie más parecía ser consciente de ello, y se limitaban a decir que su atuendo, su atildamiento, su perfume y hasta su forma de hablar formaban parte de su condición de «francés», y cada vez que alguno de los Baizanes trataba de burlarse, comentando alguna excentricidad inequívocamente palmaria y probatoria, siempre había alguien que salía con la frasecita que tanto les molestaba: «No, ho, ye que Germán ye del extranjero. Y ya sabes, los franceses son tos muy raros». Incluso se hablaba de que si pretendía a la hija mayor de Benito Montañés, aquella pavisosa a la que ellos habían visto en varias ocasiones y de la que el pequeño de los Baizanes solía decir que le arreglaba él la risa de la cara si lo dejaran.

Ellos tenían claro que esa deferencia, esa consideración tenía que ver con el origen familiar de Germán. En un lugar en el que los ricos apenas existían, cualquier diferencia de estatus, por pequeña que fuera, se convertía en fractura social, al menos para los Baizanes, que además de en la arrogancia y en la mera supervivencia, vivían instalados en el resentimiento social: ser hijo de un dilecto amigo del marqués de Comillas lo convertía en intocable, y nadie cuestionaba ni su aspecto, ni el ejemplo que podía estar dando, ni su moralidad. Ni siquiera su lealtad. Los Baizanes habían tenido que trabajarse, y nunca mejor dicho, su puesto en el sindicato, la confianza de Vicente Madera, y aquel manfloritu, sin tener que demostrar nada, ahí estaba, y nada menos que controlando las cuentas.

Menos mal que a Germán Espina lo controlaban ellos.

Y cuando cogieron el tren en la estación de Ujo, la víspera de San Juan a mediodía, lo hicieron convencidos de que por fin iba a demostrarse cuánta razón tenían.

Nunca había tenido conciencia de estar pecando y no iba a tenerla porque de pronto a las señoras del *sun parlor* les diera por hablar barbaridades de ella mientras devoraban con mayor o menor decoro las delicias variadas que acompañaban las humeantes tazas de chocolate de La Agustina. Camino, que sabía leer el corazón de las personas y sus miedos y sus miserias, no podía sino compadecerse de cada una de ellas y de sus desdichas, empezando por Benilde, la principal damnificada y tal vez por ello la más venenosa a la hora de calificar su conducta.

Ausente la culpa, a Camino le habría traído sin cuidado la niebla de amenazas y presagios que la envolvía en cuanto caían sobre ella las miradas reprobatorias de aquellas mujeres, hasta ese momento dueñas únicas de la sospecha. Le daba lo mismo porque en los ojos de Efrén sólo leía un abecedario de amor, y con eso bastaba. Hasta que empezó a leer en él los signos inequívocos de la borrasca.

Efrén Rubiera, en conflicto permanente con el mundo, había hallado en los brazos de Camino el hueco donde resguardarse de sus propias dudas, del abatimiento que generaba en él aquel estar y no estar en el sitio adecuado, de ser un desclasado con mala conciencia y no encontrar en ningún sitio las herramientas adecuadas para poner solución. Durante años había anclado su destino a los ojos de aquella mujer y a la paz de su sonrisa, y de ella tomaba la fuerza para acometer los días como quien se cree que el caos puede ser domesticado. A su lado había vivido una existencia inexplicablemente tranquila, paralela a la otra, la que estaba tejida con los reproches de Benilde, con sus silencios, con la comodidad de sus camisas siempre a punto, con las cesiones que había tenido que hacer (y tener una criada, vieja aspiración de Benilde, no era la menor) aunque no se sintiera culpable, con los gritos de los niños, con las noches dando vueltas en la cama sin poder dormir mientras la imaginaba a ella durmiendo sola en la suya, preguntándose siempre si pensaría en él.

Alguien había partido en dos su vida: un corte longitudinal y perfecto que dividía su tiempo con Benilde y su tiempo con Camino y lo convertía en dos personas que eran el mismo y no lo eran, como si habitara dos universos paralelos separados por un velo finísimo e irrompible que los mantenía aislados, sin rozarse siquiera. Amaba a Camino sin palabras: abrazaba su cuerpo como si al hacerlo se sumergiera en un abismo de eternidad, como si tocara con las yemas de los dedos el libro sagrado donde se escriben todas las respuestas. Olía la piel de Camino y se encontraba de vuelta en el más remoto de los paraísos, en el instante en que el mundo estaba a punto de ser estrenado. Miraba a Camino mientras ponía una venda a un niño, o mientras humedecía los labios de un moribundo, y sentía que ella tenía la solución de todos los enigmas, del suyo propio. Escuchaba a Camino, su voz de plata cuando hacía los solos en la rondalla, y por debajo de su piel una legión de soldados invisibles iniciaba la ofensiva final de una guerra sin banderas ni botín.

Nunca se preguntó, aunque se lo preguntaba a diario, qué iba a ser de ellos y de aquella pasión incandescente, y de aquel amor tranquilo, de manos tibias y ojos sublevados. Nunca quiso pensar qué ocurriría si algún día la discreción que presidía cada uno de los pasos, el cuidado extremo que ponían cuando existía la más mínima posibilidad de ser vistos por alguien, se venían abajo.

Por eso le cogió de sorpresa el día que Benilde, sin más ni más, le preguntó si estaba enredado con Camino.

Tendría que haber previsto esa situación, pero no lo había hecho, no había querido hacerlo, y por tanto carecía de la seguridad dudosa de las escenas ensayadas, y negó, como se niegan siempre esas cosas, por salvar su pellejo, pero también por evitarle el daño, hasta que de pronto se vio ante ella, su mirada reseca y oscura, las canas que se esforzaba en ocultar entre los mechones castaños del moño, la firmeza con la que empuñaba el tirador del armario ropero donde procedía a guardar unas sábanas recién planchadas, la frente despejada, y se sintió pequeño. Y miserable.

Aida movió el cursor hasta la izquierda arriba en la pantalla y dio a guardar. El párrafo que acababa de escribir le había dolido como la firma de una sentencia a muerte.

Joder. Todos los tíos son iguales.

Así que Efrén Rubiera había repetido la ceremonia de tantos hombres que en el mundo han sido y seguramente serán por siempre: balbuceos, negativas sin convicción, reconocimiento a medias, negociación, promesa de no volver a ver a la amante, gratitud por su comprensión, juramento de que jamás se arrepentiría de darle otra oportunidad.

Los datos que había conseguido acerca del médico la habían hecho formarse una imagen tan favorecedora, tan de prota de la peli, que ahora dolía comprobar que al final había hecho lo que hacen casi todos.

Volvió a abrir el correo electrónico que casi se sabía de memoria. Y lo imprimió para guardarlo doblado en la Moleskine roja.

De: Araceli Rubiera [mailto:ararub@hotmail.com]
Enviado el: jueves, 29 de noviembre de 2007 23:43
Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Re: Intromisión

Querida Aida:

Qué curiosa es la vida. Sí, soy Ara, la bisnieta del doctor Rubiera, al que tú te refieres en tu correo. Se nota que debes de ser una buena periodista, para haber sido capaz de rastrear hasta encontrarme. No sé si te podré ayudar con eso que me dices de que estás escribiendo la historia de tu familia. Mi abuelo y sus hermanos ya están todos muertos, y mi padre sólo recuerda algunas cosas de las que le contaba el suyo. A mi bisabuelo yo no llegué a conocerlo, se murió a finales de los cuarenta con el hígado destrozado, así que la imagen que tengo de él tiene que ver más bien con las fotos. Si mi marido me ayuda (yo para esto de Internet soy un poco manazas) te escanearé alguna foto superantigua que tengo por ahí. Creo que en alguna de ellas está gente de tu familia.

De las historias antiguas yo siempre oí hablar de Claudia, o sea de tu abuela, porque lo suyo fue una campanada, y eso se contaba mucho en la familia. También recuerdo que en alguna ocasión se habló de lo del hermano, de cuando se murió. Y poco más.

Pero de quien siempre se hablaba en casa era de Andresín. Mi bisabuelo quiso mucho a aquel niño, y a tu abuela. En realidad, yo creo que eran su otra familia, porque el doctor Rubiera, al menos durante una época, tuvo dos vidas.

Mi abuelo contaba que un día oyó a sus padres hablar. Parece que mi bisabuela se

coscó de la historia que tenía con Camino, que era una especie de enfermera que tenía, y le puso las peras al cuarto. Mi abuelo contaba que mi bisabuelo había agachado la cerviz, porque creo que la Benilde era de armas tomar: una castellana de esas duras como una piedra, que traía a la familia firme. Total, que él tuvo que apencar y a partir de ahí creo que le dio de lo lindo a la botella. No sé qué fue de Camino, porque creo que dejó de trabajar con él. En casa se contaba que cuando mi bisabuelo se quedó viudo —porque ya sabes cómo son estas cosas: él mucho alcohol y todo eso, pero como se dice en Asturias, «Muere el corri corri y queda el morri morri»— buscó a Camino, pero ella no debió de querer casarse con él. También tengo entendido que Andresín siguió siendo para él como un hijo, de hecho se hizo enfermero con él, y por lo visto se querían muchísimo. Te mandaré una foto que tengo de ellos, los dos vestidos con bata, en el sanatorio. Fue una pena lo de Andrés, porque era un chico muy guapo, muy alto, y por lo que siempre oí, muy buenísima persona. Después de que desapareciera, cuando la guerra, mi bisabuelo no levantó cabeza. Movió todos los hilos posibles para localizarlo, para saber de él, pero su rastro se perdió poco después de terminar la guerra en Asturias. Lo que yo sé es lo que supongo que sabrás tú: que pidieron desde Valladolid una confirmación, creo que se llamaba una «Garantía», porque se había incorporado a un batallón, o lo que sea, de nacionales, y necesitaban ratificar su identidad, así que enviaron una carta al cura para preguntarle si Andrés Barea era así o asá, que si la altura, que si el color del pelo. Y después de eso, nunca más se supo.

Siento que nada de esto aporte datos para lo que necesitas. He preguntado a mis hermanos y a mis primos, pero ninguno tiene constancia de cartas, ni diarios, ni nada. Ya sabes, los papeles viejos suelen acabar en la basura, y ya es milagro que se hayan salvado algunas fotos.

Me alegro mucho de conocerte. Yo vivo en Oviedo y para variar también soy médico, claro, y trabajo en el Instituto de Silicosis, donde estamos un montón de descendientes del doctor Rubiera. Se ve que en los genes nos pasó la preocupación que tenía él por los mineros y sus enfermedades. Si vienes por aquí, me encantará quedar contigo y tomarnos un café. A mí me pasa como a ti, que Bustiello es prácticamente un nombre, porque nunca estuve de cría, ya sabes, lo de las raíces y eso. Mi padre sí que estuvo de pequeño algunas veces en la casa de mi bisabuelo, pero yo sólo fui una vez, no hace mucho, cuando se puso en marcha el Centro de Interpretación de la Minería, o como se llame.

Me gustaría haberte servido de algo, pero creo que no es gran cosa.

Un abrazo,

Ara

La tenía ante sí como años atrás había tenido a Xelu, pero no era lo mismo. Camino se había quedado de pie delante de la mesa del despacho de Benito Montañés, de espaldas a la ventana a través de la cual se podía ver cómo los críos y algunos adultos daban los últimos toques a la que sería la hoguera más grande de la zona horas más tarde, y exhibía una mirada que mantenía un delicado equilibrio

entre la firmeza y el desafío, que su boca se esforzaba en desmentir con una sonrisa tenue, con la inocencia pintada en las mejillas, complicando aún más cualquier conclusión que uno pudiera sacar al mirarla.

Benito Montañés odiaba aquella situación. Jamás se le había pasado por la cabeza que Efrén Rubiera pudiera haberse enredado con Camino. No. Lo que jamás se le había podido pasar por la cabeza es que Camino pudiera enredarse con Efrén Rubiera. La veía ir a misa todos los domingos. Y comulgaba. Y le constaba que no había nada raro porque don Macrino, sin en ningún caso contravenir sus obligaciones sagradas con el secreto de confesión, le habría prevenido.

Pero Camino no lo había negado. Decía con toda la tranquilidad que no tenía nada de lo que arrepentirse, si acaso de haber confiado en un hombre que al final había resultado ser un cobarde, y Benito Montañés se echaba las manos a la cabeza y apelaba a la condición de padre y marido del médico y trataba de encontrar piedad en algún rincón de su alma para no ser duro con aquella mujer que había pecado profanando la santidad de un matrimonio, y en ese momento subía a la superficie el fantasma de su propia culpabilidad. Entonces, la figura de Camino, su pelo recogido, su cuerpo flexible y rotundo, su fina chaqueta de punto gris con los botones abrochados en la que se habían detenido como rocío gotitas de la lluvia suave que estaba cayendo y que ella había ido recogiendo en el trayecto hasta Ujo aquella mañana, sin paraguas, sin darse cuenta siquiera de que llovía, y las alpargatas, a las que había dado blanco de España un par de días antes, se le habían quedado negras con la lluvia y el polvo de la vía, Camino, entonces, se transformaba en Xelu con su boina girando en las manos, y Benito Montañés tenía la sensación de que todo era parte del mismo pecado, y que era de él de quien procedía aquel desastre.

Había silencio en el despacho, pero era porque el director no era capaz de encontrar una salida en el laberinto de contradicciones y culpas que la estúpida historia del médico y Camino le había enhebrado en la conciencia.

—Está claro que no puedes seguir con él. Trabajando, quiero decir.

—Mire, Montañés, yo puedo jura-y que nun tengo ninguna gana de ello. Pero tengo que da-y de comer al rapacín.

—Tienes la pensión del Montepío... —se detuvo ante la mirada mineral de Camino: los dos sabían que aquello no era suficiente—. Mira, Camino, tú sabes que yo te estoy muy agradecido, porque me criaste a la niña cuando falleció su madre, pero tienes que entender que tu comportamiento...

—Mi comportamiento...

—No sé, yo podría recomendarte para trabajar en algún sitio, sirviendo, en Oviedo, y lo haría, aunque tienes que comprender que para mí es un compromiso muy grande, porque estas cosas se saben, y claro...

—Yo no quiero trabajar en ningún otro sitio. A mí gústame lo que hago, y además hágolo bien y toa la gente ta muy contenta conmigo. Y en cuanto a... bueno, pue tener por seguro que la última que quier tener algo con él soy yo.

—Ya, mujer, si yo comprendo que tú estés arrepentida —Benito Montañés decidió hacer como que no veía la mirada furiosa que ella le envió y que estuvo seguro de que nacía en lo más profundo de sus entrañas—, pero tienes que darte cuenta...

Volvió a hacerse el silencio, y con él, el aire adquirió una densidad rara, de reto turbio, como si aquella situación pudiera prolongarse durante horas. Durante años.

—Mira. Haremos una cosa. Hablaré en confianza con don Pepito, el marido de doña Agustina, la de la fábrica de chocolate. Son gente de bien, muy generosos, muy buenos. Lo que hable con él se quedará entre los dos, y no trascenderá tu... —iba a decir «pecado», pero los ojos de Camino lo disuadieron de cualquier calificación—, bueno, que podrás trabajar en la fábrica y ganarás un sueldo para criar a Andrés.

—Yo no quiero eso, don Benito, de verdad. Yo quiero seguir cuidando a los enfermos... No me haga esto, por favor.

—Te buscaré una casa también en Ujo, para que no tengas que bajar andando todos los días. Y así, mejor para todos.

Camino aún insistió durante unos minutos más. En un momento determinado incluso pareció que iba a llorar, que era algo que a Benito Montañés le horrorizaba. Pero no lo hizo y finalmente cedió, aunque el director habría preferido que no lo hiciera jamás: no faltaban más que unas horas para que le llegara la más inesperada de las noticias, y siempre, hasta el mismo día de su muerte, recordaría las palabras de Camino justo antes de cerrar la puerta.

—Si quier que y dé les gracies, se les doy. Pero nun va tener sitiu en el corazón pa elles. Tien la tragedia en los ojos, Montañés, nun sabe cuánta pena me da...

Era como cuando hacían el sanmartín, una de las especialidades de los Baizanes, que se encargaban de acabar con el cerdo en un momento: con la fuerza brutal que acumulaban en sus enormes manos, apenas necesitaban más ayuda que su propia coordinación para tirar de la cuerda que le habían amarrado a las patas al pobre bicho y elevarlo con la polea para poder coralu sin la intervención de apenas nadie más, como no fuera para recoger la sangre. Habían alcanzado tal maestría que podían hacerlo sin casi mancharse, aunque al coraor (y les gustaba turnarse para ello, siempre compitiendo por ver quién era capaz de hacerlo más rápido, más limpio, más preciso) siempre le quedaran las manos pegajosas. Por la sangre.

Ellos no habían sido. Ellos los habían encontrado así y habían dado aviso. La dueña de la pensión diría que sólo habían subido ellos a la habitación, pero también

era cierto que ella no había estado todo el tiempo, que habría entrado alguien. Alguien, para robarles. Porque tenían dinero y a ver dónde estaba el dinero. Había sido eso: alguien que entró para robarles y ellos se defendieron o algo. Ya, sí, cómo no les iba a pasar, si no tenían ni media hostia entre los dos. Pobres. El disgusto que se iba a llevar la familia. Pero ellos no habían sido. Habían ido para recuperar el dinero que el mangante de Germán Espina (pobre, que en paz descanse) había robado al sindicato. Pensaba huir, ahí estaban los dos billetes que habían sacado para largarse los dos a Madrid. A gastarlo, seguro, en vicios. Pobre Montañés, qué disgusto iba a llevarse cuando lo supiera. No, el hijo de Benito Montañés no era así, era un buen rapaz, pero las compañías ya se sabe. Qué se podía esperar, si era del extranjero. En el extranjero son muy raros, hay mucho vicio. Sí, él tenía las manos con sangre, porque había querido taponarle la herida, pero sangraba como un coríu. No, los demás no lo habían intentado, habían ido a ver a Manuel Montañés, pero se ve que lo habían desnucado contra la cómoda. No, no respiraba. Pero ellos no habían sido. Ellos sólo querían recuperar el dinero, pero se ve que alguien los había ido a robar y ellos a lo mejor, al defenderse. Porque el dinero no estaba en la habitación. No, la dueña de la pensión no podía decir nada, la encontraron en la puerta justo cuando salía, que iba al Fontán, dijo. La dueña de la pensión parecía entrar y salir mucho, sí. Bueno, claro que gastaban navaja. Igual que todo el mundo. Para preparar el bocadillo en la mina, y una vez hasta para defenderse de un oso, subiendo por la noche por un castañeru, a lo más alto de la parroquia, para acompañar al cura a dar los santos óleos. Sí, podían preguntar al cura de Piñeres, que ellos eran muy de la iglesia. Desde pequeños. Y podían preguntar a Vicente Madera. ¿No estarían pensando que ellos...? No, hombre, por Dios. Ellos no habían sido. Cuando llegaron ya estaban muertos los dos. Es que la dueña de la pensión se ve que era mucho de entrar y salir, por eso no vio a nadie más. Sí, tenía sangre en las manos porque había intentado taponar la herida. Hombre, si lo hubiera apuñalado tendría sangre en la ropa, que la sangre salta mucho y lo mancha todo, y ni una gota. Bueno, un poco en un puño, pero eso era de haber intentado taponar la herida, aunque la sangre cuando sale, sale. Como cuando se hace el sanmartín. Bueno, sí, ellos estaban acostumbrados a corar los gochos. Pero ellos no habían sido. Podían preguntarle a Vicente Madera. ¿La navaja? Hombre, a lo mejor tenía algo... El viernes, sí, el viernes había matado una pita. Para su abuela que estaba enferma, para hacerle un caldo. A lo mejor no había lavado del todo bien la navaja, pero que se fijaran bien, que la sangre estaba seca. Bueno, pues tenía que estar seca. No, no había sido el viernes, seguramente había sido el mismo sábado, así que a lo mejor no estaba seca del todo. Pero ellos no habían sido. Ellos los encontraron así. Y les perres no estaban por ningún sitio, así que alguien habría querido robarles, y eso. No, ellos no. No era necesario que los registraran a ellos. Sí, claro. Tenían dinero, de una vaca que habían vendido. Precisamente aprovechaban el viaje para ingresarlo en el banco. Bueno, sí, es que la vaca era buena. Y con un xatín. Bueno, con dos. Por eso se la habían pagado bien.

Pero no, no era el dinero del sindicato. El dinero no estaba, seguramente alguien entró. Sí, la dueña de la pensión entraba y salía mucho. Pobres rapazos. Bueno, porque fueran maricones, tampoco era para que nadie los matara. Ah, bueno, no, el de Montañés seguramente no, el de Montañés era «un prubín», pero Germán Espina, seguro. Un mariconazo, no había más que ver cómo iba vestido. Un paisano como Dios manda no va nunca «de eses traces». Sí, ellos ya lo sospechaban hacía tiempo. Lo de que estaba sisando, lo de que era maricón parecía que nadie más quería verlo. Lo tenían en el punto de mira. Es que ellos se encargaban de la seguridad en el sindicato. Sí, venían a ser policías, como ellos que estaban siendo tan amables, aunque tan insistentes siempre con lo mismo, y por eso habían sabido localizarlos. Porque querían recuperar el dinero del sindicato. No, no, sólo por eso. Ellos nunca les habrían hecho nada.

La mirada de Germán, burlona, a lo mejor porque ya se sabía sin salvación, porque había visto la navaja. La cama medio deshecha, y el hijo de Montañés poniéndose la camisa. A saber qué habrían estado haciendo. La mirada de Germán riéndose de ellos. Vaya, a quién tenemos aquí, a los Maizones...

A ellos no los llamaba Maizones ni Dios. Al último que lo había hecho, en la escuela de Piñeres, le abrieron la cabeza con una piedra. Todavía se le podía ver la cicatriz asomando debajo de la boina y nunca había vuelto a levantar la mirada del suelo si tenían la mala suerte de cruzarse.

Les habían pedido el dinero por las buenas, y el de Montañés, cuando vio que la cosa se ponía fea, le dijo que se lo diera. Y va el mariconazo y le dice que ni hablar, moncher, o no sé qué. Y se enfrenta a ellos, a los tres:

—Sois unos hijos de puta. Aunque eso no es exacto del todo, porque hijo de puta en realidad sólo es uno de vosotros, a ver, a ver, cuál de los tres es el hijo de puta de verdad...

Se lo merecía. A él no lo llamaba hijo de puta nadie. Habría podido matarlo de un puñetazo porque no tenía ni media hostia, pero a los cerdos se les clava un cuchillo. Y aunque la navaja que tenía no era un cuchillo corón, también sirvió. Un golpe seco y luego moverla hacia arriba. Y hacia abajo. Una escabechina segura y sin mancharse. Y el hijo de Montañés que había querido intervenir. Un mierda, eso es lo que era, menos mal que uno de los primos le arreó un empujón y contra la cómoda. Con él no tenían nada, y lo sentía por el padre, que era un hombre recto, pero a lo mejor tendría que haber controlado un poco más a aquel hijo para ver con quién se le juntaba. Eso pasa por estudiar. Dejar estudiar a los hijos es un error. Mira cómo te salen luego. Ellos tres no habían estudiado y ni falta que les hacía. Pero a ellos no les llamaba Maizones ni Dios. Y a él no había nacido nadie que lo llamara hijo de puta y que no lo pagara con la muerte. Avisado quedaba el mundo.

Martes, 3 de julio de 1923:

Todas vamos de negro por Manuel. Nos han teñido casi todos los vestidos, menos los más bonitos, que Dorotea dijo que no, aunque Sidra dijo que sí y los suyos los tiñó todos y quería teñir los nuestros pero Dorotea dijo que no, y como Sidra sólo llora y llora, echó a correr por las escaleras y ya no la volvimos a ver en toda la tarde.

Ahora ya ha pasado más de una semana y hoy estoy en Revallines, que me trajo Dorotea a casa de su hermana, y estamos todos a la yerba, bueno, yo estoy sentada debajo de un castañar, a la sombra, y vigilo la cesta donde está la merienda para cuando terminen de hacer todos los montones. Yo estoy aquí y los cuento, y la hermana de Dorotea, de vez en cuando, se acerca y me pregunta cuántos llevan y yo le digo que catorce o quince, según, y se ríe porque dice que soy un ratón, y mira, escribiendo, y que si voy a ser escritora o algo. Yo le he dicho que es un diario, donde se escriben los secretos, pero a mí los secretos me dan miedo. Antes de morir Manuel, no, pero ahora parece que me he metido en una caja en la que todo el mundo sabe cosas que no me dice, y los secretos ya no me hacen gracia. Y todos lloran. Por Manuel, claro, y yo también, porque me acuerdo de cómo jugaba conmigo y ahora me da rabia porque no me acuerdo de todas las cosas que me decía, y tenía que haberlas apuntado todas en el diario para que nunca se me olvidaran, porque a lo mejor eran importantes.

Nadie quiere decirme nada, y aunque Reme habla conmigo, si pregunto por Manuel, lo que sea, o si lo nombro, todos lloran, y yo también, y además no está Camino, que sólo vino a casa cuando Manuel estaba allí en la sala de billar, que a mí no me dejaban entrar porque estaba muerto, pero todo el mundo entraba, y allí estaban papá y Sidra y las trillizas también y todos y yo no. Y le dije a Camino que me llevara con ella y con Andresín y me dijo que no podía ser y yo le dije que sí, que me llevara con todos, con Efrén, como antes, y ella venga a llorar y llorar también y allí me dejó, sentada en la escalera hasta que llegó Paloma y me llevó arriba, porque con todo el desbarajuste yo me hice pis, y esto sí que es un secreto, pero Paloma me dio ropa limpia y no me riñó, que si hubiera sido Sidra, seguramente me habría dado una paliza.

Sidra está muy rara desde que murió Manuel. Papá dice que no diga eso, que tengo que decir desde que Manuel se fue al Cielo, pero a mí no me da la gana. Dorotea me riñe porque no se dice no me da la gana, eso no es de niñas bien educadas, pero es que Dorotea también riñe a Paloma cuando la oye silbar porque dice que las niñas no silban porque si lo hacen llora la Virgen. Y Sidra está muy rara porque a veces da gritos en su habitación como si estuviera loca, y ya no limpia como antes ni hace nada, y el otro día oí a Dorotea decirle a Reme que donde ella estaba ya como estaba, que ahora trastornada del todo, y yo creo que fue porque al día siguiente de morir Manuel, o de ir al Cielo, o como se diga, papá

estuvo encerrado con ella en la biblioteca y lo oí gritar primero que por qué no se lo había dicho y luego que por qué le había dicho nada, así que no sé por qué la reñía, porque había dicho algo o porque no lo había dicho, pero como sea, salió de allí blanca como una sábana y ése fue el día en que se cortó el pelo y se puso una pañoleta negra en la cabeza que no se quita nunca, como la toca de una monja, aunque las tocas de las monjas son blancas y además son muy graciosas porque salen así para los lados y lo de ella es una pañoleta sin más y a veces no dice ni una sola palabra, aunque vea que estás haciendo algo que está mal, que antes siempre reñía y ahora no.

Yo lo que quiero es que sea invierno y no haga tanto calor y poder ir a la escuela de las monjas y que Paloma se ría y que papá no esté tan triste y que Almu y Bego no estén todo el día rezando rosarios sin parar, y que me dejen ponerme el vestido de color azul cielo que tiene unas mariposas pequeñas y un lazo atrás.

Yo lo que quiero es que Manuel no haya muerto.

A París llegué a los diecisiete años, con una maleta prestada por Jacobo Ordóñez y con el calor emocionado de su abrazo, que me acompañó mientras el tren cruzaba una España desconocida para mí en una interminable sucesión de fotogramas detrás de la ventanilla. Tenía que presentarme a un tipo llamado Jules no sé qué, que me aguardaría en la estación y que me alojaría en su casa mientras durara mi estancia en la ciudad. Jacobo Ordóñez, que fue mucho más que un padre para mí, quería que yo conociera el mundo, y había hablado con ese amigo suyo para que yo tuviera la oportunidad de conocer otro país. Si Jacobo, pobre, hubiera sabido que llegaría un día en que yo podría viajar a cualquier país del mundo en unas pocas horas, y no sólo eso, sino que, sin moverme de mi sillón, podría acceder a los datos y a cualquier cosa de cualquier sitio gracias a Internet... Pero entonces acabábamos de iniciar la década de los treinta y mi tutor, que había celebrado mi título en la Escuela Normal y se sentía muy orgulloso de que hubiera seguido sus pasos para convertirme en maestro, quería que fuera mucho más que él, y en su opinión eso se conseguía conociendo mundo.

Yo esperaba encontrar a niños por las esquinas tocando el acordeón, pero encontré a Corinne. Podría decir que con Corinne encontré el amor de verdad, pero no es exacto, digamos que era francesa y yo sólo había frecuentado a alguna chica española con mucho empeño, bastante oficio, poca emoción y no mucha fortuna. Corinne era la profesora de piano de los niños de mi anfitrión y de su mano conocí un París que no sé si era el que Jacobo Ordóñez quería para mí, pero a mí me sirvió para despertar a otra realidad que ya había empezado a intuir los últimos meses en la Escuela Normal con amigos como Julio y Joaquín, que una vez me habían llevado a la Residencia de Estudiantes y me habían dicho que aquel que tocaba el piano y que

parecía que había soltado el aceite de una lata de sardinas en la cabeza de engominado que llevaba el pelo era Federico, un autor de teatro muy importante y poeta. A mí me había parecido muy amanerado, y cuando se lo comenté a mis amigos se rieron y me dijeron, pero hombre, tú en qué mundo vives... Pues, bueno, aquel mundo en que yo vivía fue el que dejé atrás en París gracias a Corinne, que me enseñó no sólo lo buenísimo que era su francés, sino que me ayudó con el idioma, con la vida y con la ideología.

Corinne era sobrina de Marguerite no sé qué, una mujer que había sido amiga íntima de Ines Armand, o Inessa, como la llamaba ella. Ines Armand había sido la amante, amiga, confidente y compañera de Lenin, que para mí era un nombre del que había oído hablar referido a la Revolución de Octubre en Rusia, pero que Corinne veneraba como si fuera Dios. También veneraba a Marx y me dejó libros en cuya lectura yo trataba de concentrarme mientras me distraía una y otra vez con el recuerdo de sus rizos, de su piel y de su boca sabia. Creo que si ahora abriera un libro de Marx por alguna página, que Dios no lo quiera, seguramente tendría una erección. Un amago de erección.

Cómo no iba a hacerme marxista, entonces. Corinne hablaba con pasión de Marx, de Lenin, de Ines Armand, del feminismo, que a mí me parecía una palabra exótica y por supuesto intraducible, *la liberté des femmes,* decía ella, y yo le preguntaba que para qué y ella decía que para ser libres y no había quien la sacara de ese razonamiento circular.

De París podría hablar de los olores, tan distintos. De lo limpias que me parecían las calles, y lo grandes que eran los paseos, y de los escaparates, que yo me quedaba contemplando boquiabierto hasta que Corinne tiraba de mí riendo. Y de lo distinto que me sabía el pan. Y de los cafés adonde alguna vez iba con Jules (mira que no me acuerdo de cómo se apellidaba, y sí del nombre, y eso que siempre lo llamaba por su apellido, monsieur... monsieur no sé qué, no me acuerdo, qué se le va a hacer...), y de lo sofisticados que me parecían los juguetes de sus hijos, que nada tenían que ver ni remotamente con ninguno de los juguetes que yo hubiera podido ni siquiera conocer en mi infancia.

Corinne, que siempre iba vestida muy formal cuando acudía a casa de monsieur Leclair (¡Leclair!, acabo de acordarme, menos mal), con una blusa con lazada y una falda oscura, en cuanto salía y se iba a su casa se enfundaba en unos pantalones que era algo que en Madrid yo apenas había visto, y se ponía jerséis masculinos y hasta una gorra con la que ocultaba su pelo recogiéndolo debajo, de forma que cuando paseaba con ella parecía que lo hacía con un chavalillo. Por eso a mí no me gustaba que me agarrara de la cintura o de la mano, porque parecía que iba con un chico. Ella me llevó por los barrios obreros de París, donde tenía montones de amigos que vestían como ella y gritaban como ella, y bebían como ella, y aunque entendía a medias lo que allí se hablaba, me iba creciendo una marea y la música de *La*

Internacional me erizaba la piel y empecé a pensar que yo era tan revolucionario como ellos, tan comunista como Corinne, hasta tan feminista como Inès Armand, con la que llegué a soñar algunas noches sin haber visto jamás su cara. Un día le dije a Corinne, en ese instante en que uno puede decir las mayores tonterías o callar las verdades más absolutas, que cuando tuviéramos una hija la llamaríamos Inés, y ella me miró como si regresara de un país remoto y el cuarto (la cama con barrotes, los visillos tenues, la luna del armario) fuera el escenario de una obra vista ya muchas veces, y me dijo sólo: «*Que tu es si jeune, mon chéri...*», y a mí me fastidió mucho, porque es cierto que ella era una mujer tres o cuatro años mayor que yo, pero había en su forma de mirarme algo de piedad tierna, que en ese momento no me gustó ni un pelo.

Y lo más gracioso es que realmente lo era, era las dos cosas: comunista y *si jeune*. En aquellos meses París se había metido dentro de mí como si su espíritu libre y revolucionario hubiera colonizado todo mi sistema celular y yo mismo hubiera mudado no la piel, que eso sería muy superficial, sino la sangre, y si en la de don Antonio Machado —cuyo libro *Campos de Castilla* me acompañó durante el viaje en tren después de que Jacobo Ordóñez me lo entregara como regalo en la estación— había gotas de sangre jacobina, en la mía estaba redivivo el mismísimo Robespierre.

Volví a Madrid antes de la Navidad de 1930, y como si los meses no hubieran pasado más allá de las diferencias en los atuendos, un abrigado Jacobo Ordóñez que ya llevaba la muerte escrita en la cara me recibió con un enorme abrazo.

—¿Te has aprendido La Marsellesa? —me preguntó.

—Me he aprendido *La Internacional* —contesté sonriendo. Y él me sonrió con una mezcla de orgullo, de temor y de pena.

—Se avecinan buenos tiempos, hijo, sólo que yo no sé si lo veré. Pero confío en que, si no es así y estos pulmones no resisten hasta la primavera, o hasta cuando sea, saludes tú a la República con toda mi alegría sumada a la tuya...

Todos tenemos una francesa en nuestra biografía. Y todos tenemos una revolución que perdimos. Eso quise decírselo a mi hijo cuando era joven y quiso marcharse a París en busca de no se sabía qué mayo florido. De las revoluciones sólo quedan cenizas, eso tendría que haberle dicho, y de las novias francesas, como mucho un rastro de perfume, una foto sepia, casi ni un recuerdo. Pero a Bruno habría sido igual decirle so que arre, así que para qué. Desde que nació se ha pasado toda su vida creyendo que descubría América, como si las cosas estuvieran ahí para ser estrenadas por él y los demás no tuviéramos ni la más remota idea de los mundos desconocidos por los que transitaba, ignorando que los demás ya conocíamos de memoria todos los recovecos de esos caminos. Además, decirle eso llevaba aparejado el riesgo de que le diera por preguntar, y menuda pereza contar, y menudo desasosiego. No, mejor no. Mejor hablar a la nada con corazón de silicio o de lo que sea que tenga el disco duro

de este ordenador.

Cansa hablar solo. Parece que no, pero cansa. Así que por hoy voy a dejarlo, porque además me parece que hoy viene la chinita por aquí con Bruno y ésa lo revuelve todo. Y me llama «abu», lo que me deja raro, porque no puedo ver a nadie más ajena a mi sangre que esa niña. Bueno, supongo que sería peor si fuera negrita. En realidad, Bruno es mi hijo y también me parece marciano, lo más alejado de mí. Seguramente, si lo pienso bien, la única hija realmente mía, si yo hubiera sido yo, habría sido aquella Inés imaginada tantas veces en la piel de Corinne. Aquella Inés...

—Lo he vuelto a hacer.

—Has vuelto a hacer qué —le preguntó Jimena en una de aquellas sesiones del Savoy que ya empezaban a ser habituales después de la cena mensual de las guerrilleras.

—Ya sabes. Montármelo con Asier.

—Qué novedad, Aida, pordiosbendito... —Jimena bebió otro trago de la caña y se rio—. En realidad, no haces más que confirmar lo que decía mi abuela Eustasia...

—Tu abuela bastante tenía la pobre con ese nombre.

—Culos conocidos, cien años son amigos.

—Serás burra...

En el pequeño escenario del Savoy, un negro que parecía directamente extraído de un bar de Nueva Orleans antes del Katrina arrancaba lamentos a una trompeta brillante bajo la atenta mirada de un público entregado.

—Bueno, y qué.

—Pues bien. Con Asier siempre bien, ya te lo he dicho.

—Que no, no me refiero a eso. Digo que qué pasa con que te lo hayas vuelto a montar con tu ex. Si mal no recuerdo, no es ni la primera vez ni será la última.

—Desde Bruno sí. Eso es lo que me preocupa. Cuando él apareció, yo qué sé, me ocupó tanto espacio en la cabeza que ni se me ocurría. Y ya ves. Igual no era tan importante.

—No me mezcles las cosas, Aidita, por Dios... Que los veinte años ya los dejamos atrás, qué tendrá que ver una cosa con otra... Te acuestas con Asier porque tenéis una larga historia detrás y una gran amistad delante y pasáis tiempo juntos y... él está como un queso, y por qué no.

—¿Será que no estoy enamorada de Bruno?

—Eh, eh, eh, no mezcles el amor en esto. Peor es lo suyo, lo de Asier, que hace

nada que se ha ido a vivir con esa novia suya. No te agobies, mujer. Acostarse con un ex no cuenta.

—Parecemos dos tíos hablando.

—Ya era hora, qué quieres que te diga. Y sobre si estás o no estás enamorada de Bruno... a mí casi me preocupa más saber si él lo está de ti. Y si me apuras, me parece que es eso justo lo que te preocupa. Y si me apuras más, creo que precisamente por eso te encamaste con el Rizos otra vez...

—Bueno, encamarme, encamarme, en sentido estricto...

Jimena se echó a reír:

—Ay, Dios, no me lo cuentes que me temo cualquier cosa... La pareja acróbata ataca de nuevo...

Pero había pensado en Bruno. Incluso en mitad de la batalla, con la boca de Asier sembrando el desorden por todo su cuerpo, y los brazos de cárcel recuperada y el jeroglífico irresoluble de sus piernas, incluso entonces, cuando el deseo y la locura, había pensado en Bruno y eso no se lo dijo a Jimena, que no podía terminar de entender aquella pasión extraña, prendida con los alfileres de la distancia, enhebrada con las voces en el teléfono y el deseo de ser cualquier otra cosa, de inventarse vidas y destinos. No podía decirle a Jimena, a pesar de todo, que se moría de miedo de que Bruno no la quisiera como ella parecía abocada a quererlo, que la asustaba su silencio de algunas veces, o que después de aquellos primeros tequieros vehementes y actorales, fuera casi imposible oír de sus labios ni una sola palabra de amor, y el modo en que eso la convertía a ella en una incontinente, como si quisiera suplir y pintar el aire con las doscientas formas de decir te amo, para que no quedara un resquicio contaminado por la duda, que, paradójicamente, no hacía más que crecer y crecer. Tampoco le había contado a Jimena la conversación con Asier, la risa de él colándose por las rendijas de sus miedos con su equipaje de despreocupación y alegría, sus reconvenciones, ya clásicas, acerca de la edad de Bruno, su incapacidad para permanecer callado ni un instante, la recuperación, ficticia y puramente momentánea, de los territorios antiguos, su sentido del humor.

—Sabes qué es lo que pasa, Jimena... Que cuanto más quiero huir de Bruno, más me amarro a él.

—Ya. Y más se escapa, y entonces más lo quieres retener, lo que le lleva a querer poner distancia, y eso te provoca una enorme ansiedad que te hace cometer las mayores gilipolleces, que a su vez generarán en él más deseos de huida. Así somos los seres humanos, cariño.

Benito Montañés enterró una parte de sí mismo en el panteón del cementerio de

Santa Cruz con el cadáver de su hijo. La tristeza que llevaba acumulándose en su corazón, día a día en los últimos años, sin que conociera muy bien ni el origen ni la razón última, se desbordó y anegó cualquier rincón de su espíritu de tal modo que en el empeño por negarse, dejó de comer y apenas pronunciaba palabra. Dejó de escribir sus informes diarios para el marqués de Comillas, que por otra parte hacía tiempo que, con las noticias que tenía acerca de la salud de don Claudio, y su propia intuición, se habían convertido en un empeño inútil.

Las últimas palabras que se le oyó pronunciar en el cementerio se convirtieron en las únicas que se podían descifrar de un bisbiseo ininteligible y estrafalario que acertaba a pronunciar cuando se le preguntaba algo. «Yo soy el siguiente», decía como respuesta a cualquier requerimiento. «Yo soy el siguiente», como una jaculatoria que queda desprovista de sentido a pesar de lo inequívoco del mensaje por la repetición muchas veces extemporánea. Benito Montañés predecía que sería el siguiente y al hacerlo de forma reiterada trataba de conjurar cualquier desastre, cualquier muerte fuera del orden.

Ésa fue también la explicación que dio cuando encargó, junto con una estatua de un ángel de grandes alas en actitud suplicante, que en la cabecera del mausoleo se esculpiera en el mármol «Familia de Benito Montañés», y ni la tímida reticencia expresada por don Macrino ni la supersticiosa admonición de Bartomeu lo apearon de la determinación que parecía haberse instalado en su voluntad.

—Pero, Montañés, vamos a ver... Ya sé que es «familia de...», pero es que usted aún está vivo.

—Sí, pero yo soy el siguiente, así que mejor de ese modo.

Y en ello, más que una reflexión que surgía de la evidencia de la edad, y la muy nombrada por la zona «ley de vida», había un deseo. Porque Benito Montañés, desde el instante en que don Macrino se personó en su casa acompañando al capitán de la Guardia Civil del cuartel de Mieres y a la sombra de la desgracia que sobrevolaba su conciencia desde el mismo segundo en que se escapó de los ojos implacables de Camino y se agarró a su garganta como una mano de hielo que ya nunca iba a abandonarle, no entendía nada.

Hablaban, pero no era capaz de entender por qué su hijo estaba muerto. No sabía cómo era posible que el muchacho que él había dejado en su cuarto esa misma mañana estuviera muerto en Oviedo. No entendía qué tenían que ver los Baizanes, aquellos gigantones de los que se hacía acompañar siempre Vicente Madera y los demás directivos del sindicato. No sabía por qué le miraban con más piedad de la esperable cuando él trataba de indagar qué había pasado. No entendía qué pintaba Germán Espina en aquello y por qué estaba también muerto. Y cuanto más preguntaba, menos entendía, porque las palabras que veía dibujadas en el aire desde el instante en que salían de la boca del capitán de la Guardia Civil se enredaban entre

sí y no acertaba a encontrar ningún sentido.

En los días sucesivos, la piedad se adueñó del corazón de los dirigentes del Sindicato Católico y, primero por no destrozar aún más a aquel hombre que tanto había hecho por la empresa de la que vivían todos, y después porque la versión creada favorecía la imagen del propio sindicato, se encargaron de que la historia, aunque no dejaba de ser incongruente, se repitiera hasta que no quedara nadie con ninguna duda: Germán Espina viajaba a Madrid con los fondos del sindicato para cumplir unos encargos (nunca se especificó cuáles eran esos encargos y, de un modo inexplicable, a nadie se le ocurría preguntar por ello) y lo acompañaba Manuel Montañés, que aprovecharía el viaje para ver a unos familiares. Los Baizanes, en un exceso de celo, y como ignoraban el encargo que se le había hecho a Germán y del que por la discreción que exigía la naturaleza de dicha misión no se les había informado, habían creído equivocadamente que Germán, que era el tesorero, y por tanto tenía autoridad para mover el dinero, pretendía levantar los fondos y desaparecer con ellos. Todo había sido un lamentable error que se había saldado con la muerte de los dos muchachos, pues éstos habían plantado cara, creyendo, también equivocadamente, que los Baizanes pretendían robar aquel dinero. Un horrible malentendido.

La historia, no obstante, no aclaraba algunos extremos, pero tampoco era necesario.

Y tampoco consolaba gran cosa, al menos al atribulado corazón de Benito Montañés, a quien haber perdido a su único hijo por un malentendido no le apaciguaba el corazón ni calmaba sus pensamientos.

Para colmo, Sidra, hecha un mar de lágrimas, hipando, en un estado de confusión verbal a juego con su incapacidad para entender nada, había irrumpido en la biblioteca para decirle que ella sabía que Manuel se había ido pero que le había dicho que no dijera nada y ella entonces no se lo había dicho pero luego sí se lo dijo a ellos, pero no por él, por Germán, y que todo había sido por lo de la fiesta, pero que ella no quería y no sé qué de un espejo roto, y Benito Montañés que no entendía nada y tan pronto le gritaba que por qué no se lo había dicho, como que por qué se lo había dicho, aunque no supiera de qué estaba hablando ella, ni qué decía él, porque lo único en lo que podía pensar sin que pudiera explicarse por qué le daba por tener semejantes pensamientos era en que aquella hija suya, que definitivamente se iba a quedar para vestir santos, se había dado unos tijeretazos en el pelo y su melena había desaparecido y su cabeza era una colección de trasquilones indescifrables.

Y que no iba a poder con aquel dolor.

De repente parecía que el director había empequeñecido, y su imponente figura, que siempre había suscitado el temor entre los trabajadores de la empresa, se reducía a una sombra oblicua de lo que un día había sido. Como si ya hubiera empezado a

irse.

Efrén Rubiera estaba seriamente preocupado por el estado de Benito Montañés, que de un modo primero apenas perceptible y a medida que pasaban los meses del todo evidente, lo había convertido en una sombra de sí mismo. Y la muerte de Manuel parecía ser, sin ninguna duda, la gota que colmaría el vaso de su resistencia.

Todo era desorden en los últimos tiempos; para Efrén Rubiera todo había sucedido a la vez, como si la tranquilidad con que discurrían las cosas, la calma que se había establecido en su existencia y que ni siquiera la epidemia de gripe de años atrás había conseguido alterar, se hubieran venido abajo y de pronto una pieza mal colocada en el puzle hiciera saltar por los aires la armonía del conjunto.

No era que Camino fuera una pieza mal colocada, pero tenía que reconocer que a medida que pasaban los días conseguía convencerse de que había hecho lo que tenía que hacer, y si una parte de sí mismo cuestionaba aquella afirmación, se aferraba a la mirada de Benilde, a la casa con niños bulliciosos, a la estabilidad, a su propia supervivencia en la empresa. Por qué causarle ningún daño a la mujer que había dejado su tierra, su vida, su familia, para acompañarlo sin protestar, que había sacrificado por las ideas de él, que a ella le resultaban tan incomprensibles, las comodidades de las que gozaban las mujeres de Bartomeu o de Montañés. Había hecho lo que tenía que hacer, y aunque a Camino le deseaba lo mejor...

Pero no. No era cierto. Podía contarse las historias que quisiera, podía adornar con mentiras de romance antiguo los motivos de su decisión, pero él sabía por qué había roto con Camino, por qué la había abandonado sin explicaciones, sin mirar los ojos de ella anegados en llanto como en una novela romántica. Ella, que había decretado el final de todas las lágrimas una noche, delante de una bocamina, y había postergado la tristeza como un lujo innecesario que no podía permitirse, del mismo modo que nunca se había permitido ni un perfume caro y se conformaba con el jabón Heno de Pravia, ni siquiera el agua de colonia de Calber, ni una sola crema para la cara, ni polvos de Maderas de Oriente. Como tampoco se permitía la ropa de colores alegres a pesar de que ya hacía años que había muerto Xelu.

Había llorado por Efrén, por lo abrupto de aquel punto final, por lo injusto de sentirse abandonada, por compasión consigo misma, porque de pronto se veía como una mujer de una copla cualquiera, seducida y desechada, olvidada como un juguete que ya no suscita ni interés ni diversión. El destino inevitable de «la otra».

Pero el llanto duró muy poco. De un modo desconocido empezó a crecer en ella una decisión que ya había tenido ocasión de atisbar pero que se reveló como imparable, en cuanto consiguió domeñar la tentación ínfima de permitir a la culpabilidad hacerse un hueco en su alma. Y aunque no le puso nombre, aquel

sentimiento, la dignidad, fue capaz de plantarle cara a la devastación que amenazaba como una cascada de nubes oscuras.

La dignidad no habría podido sin embargo con la furia que por momentos la poseía, la constatación de la cobardía como único motor, si no fuera porque tampoco era eso, o porque le concedía el beneficio de la fe que siempre había tenido en él, seguía sin conocer la verdadera razón que había llevado a Efrén Rubiera a explicarle que lo suyo no podía continuar, sin apenas mirarla. Con palabras torpes y con frases en las que no podía reconocerlo. Más que nada, porque entre ellos nunca había sido necesario hablar. Y Efrén decía cosas que parecían arrancadas de un catálogo de lugares comunes. Tan corrientes, tan ajenas, que Camino no conseguía entender, y sentía ganas de reír, y a la vez un ejército de desdicha extendía sus efectivos por todos los rincones de su conciencia. Y sentía un dolor muy raro, que quería doler, pero no, porque era de mentira.

Porque Efrén tenía que estar mintiendo cuando decía todas aquellas estupideces.

Y mentía. Hablaba de no hacer daño a personas que no lo merecían. Hablaba de que Andresín pronto entendería lo que pasaba y sufriría por ello. Y los niños le dirían cosas en la escuela. Y era mejor para ella. Y habían sido muy felices, pero eso no podía seguir. Y otra vez que Benilde esto y Benilde lo otro. Que no se lo merecía. Que había que vivir con las decisiones que uno tomaba en la vida, y que él se había casado y había construido una familia.

Pero Efrén no le dijo la verdad: que sabía por qué había puesto punto final a aquella historia que siempre fue inofensiva y feliz. No le habló de aquel instante mínimo, mientras Benilde abría la puerta del armario, aquel pensamiento que cruzó por su cabeza como un pájaro oscuro y que contribuyó a que de su cara huyera la sangre y la palidez se manifestara como el signo inequívoco de la culpabilidad asumida que hizo a Benilde sonreír por dentro mientras ensayaba la mueca de dolor por la evidencia del engaño.

No le contó a Camino y jamás le contaría a nadie que tuvo la certeza de que debía dejarla porque por un instante se descubrió a sí mismo haciendo el cálculo de los miligramos necesarios de cloruro de potasio; no muchos, porque Benilde era muy menuda.

Y sintió que podía firmar el horror.

Paloma abrió los ojos un instante y volvió a cerrarlos. Estaba muy cansada, pero consiguió elevar la mano izquierda a la altura de su cara, y entonces volvió a abrir los ojos y suspiró con alivio. El ópalo estaba claro. No se iba a morir.

Aida, sentada junto a la ventana, tecleaba en su agenda electrónica y la miró cuando la oyó suspirar.

—Te has despertado...

Los días eran una sucesión de despertares, algunos sobresaltados, otros como si su conciencia fuera extraída con fórceps en un alumbramiento interminable. Dormitaba gran parte del día y a veces, durante la noche, pasaba horas desvelada, haciendo cálculos de si el día que estaba a punto de amanecer sería el de su muerte, elaborando un cuidadoso inventario mental de las personas a las que se encontraría cuando aquello terminara y todo lo que le gustaría decirles, o preguntarles, o contarles del mundo que dejaba.

A veces se acordaba de don Macrino, de sus vívidas descripciones del Cielo y del Infierno y de los bancos de la iglesia de Bustiello y de su mirada de niña impresionable fijándose atentamente en las vetas de la madera mientras figuras angélicas o espantosos seres del averno tomaban forma fantasmagórica en aquella iglesia en cuanto salían de la boca del cura, y ella no quería levantar los ojos del reclinatorio, porque tenía la sensación de que si lo hacía, algunas criaturas del más allá revolotearían nublando la luz que se colaba por las vidrieras y en el lugar de don Macrino, en el ambón, estaría el mismísimo Señor, que a Paloma le suscitaba verdadero espanto. Luego, aunque los años la hicieron escéptica en muchas cosas, continuaba yendo a misa los domingos, y repetía las viejas oraciones aprendidas de labios de Dorotea, las más remotas que alguna vez le enseñó su madre, las repetidas en tardes de flores a María, rosarios, letanías, novenas, escapularios, misas, vísperas, viacrucis, exposición del Altísimo, triduos, vigilias, funerales, breviarios, misales, imposición de medallas, devocionarios, celebraciones de los Tarsicios, de la archicofradía del Niño Jesús, de los congregantes de la Santísima Virgen y de San Juan Bautista de La Salle, de Acción Católica, de Adoración Nocturna, la cera de las velas, la Academia Mariana, la comunión general del primer viernes, el incienso, las flores blancas, la Exposición solemne del segundo sábado, los rosarios de cuentas brillantes, de cuentas gastadas, de cuentas que se le pedían a un dios que casi nunca respondía... Y todas aquellas palabras que formaban parte de su vocabulario normal y que ningún niño, pensaba Paloma, conocería ahora: estola, cíngulo, alba, casulla, la credencia, la sede...

—He soñado con Bego y con Almu... —acertó a susurrar.

Aida se sentó a su lado y le tomó la mano, como invitándola a que continuara si tenía fuerzas para ello.

—Mira, no te vas a morir, ¿ves? —Aida le mostró el anillo y Paloma asintió con infinito cansancio: las dos sabían que era lo primero que miraba en cuanto abría los ojos.

—Soy la última de la familia, Aida, ¿te das cuenta? La última...

—Vaya, vaya, muy bonito —la reconvino Aida sonriendo—, y entonces yo qué. ¿Y

mi madre? ¿No somos de la familia nosotras?

—No, sí, ya lo sé. Soy la última de la familia de Pomar. En cuanto yo me muera, ya no quedará nadie que se acuerde de todo aquello.

—¿Te he contado que me ha escrito la bisnieta de Efrén Rubiera? La localicé para preguntarle, por si ellos sabían algo.

—¿Algo de qué? ¿Qué iban a saber ellos?

—De mi abuelo... Que a lo mejor...

—De tu abuelo no sabía nada nadie, Aida. Lo sabía tu abuela y mira pa lo que sirvió. Para llevar una vida de sufrimientos.

—Pero mira, me enteré de que por lo visto a Efrén le puso su mujer las peras al cuarto, para que rompiera con Camino...

—Anda que también, neña... Vaya novedad. Eso ya te lo dije yo. Menuda era la Benilde: un bicho, una cazurra seca como un palo, muy fuina, acostumbrada a conseguir lo que quería pero siempre por detrás, con artimañas... y ya ves, con Camino no le sirvió de nada. No consiguió que Camino se marchara de vivir del pueblo. Y no consiguió que bajara la mirada, ni que se achantara. Camino siguió siendo la misma, y para nosotros mejor, porque empezó a trabajar en la fábrica de chocolate de Ujo, y cada vez que volvía, por la tarde, andando por la vía, nos asomábamos y siempre sacaba del bolsillo cachinos de chocolate que nos sabían a gloria, y que nos había cogido de los recortes. Pero siguió viviendo en la misma casa en la que vivía, y encontrándose con Benilde tan tranquila, que a la otra la llevaban todos los demonios, incluso sé que volvió a insistir a mi padre para que consiguiera que se marchara de allí. Pero se equivocó. Mi padre, después de lo de Manuel, se quedó en nada, como ausente. Nunca más levantó cabeza.

—Es que lo de Manuel tuvo que ser muy gordo...

—Ay, no te lo puedes ni imaginar. Y eso que antes no era como ahora, que se muere casi por casualidad. Antes la muerte era lo normal: se morían los recién nacidos, y los niños pequeños, que si pulmonías, que si tuberculosis, que si... Y se moría la gente mayor, y en la mina, y las mujeres se morían del parto. La muerte no era como ahora, que es como una excepción. Ojo, fue muy gordo, pero sólo en casa. En quince días apenas nadie se acordaba de ello. Ya se habían matado dos más en una explosión en Melendreros, y a un chaval que estaba a punto de casarse lo aplastó un vagón. Y aquel verano se ahogaron dos niños en el río. La gente tenía dramas de sobra a los que apuntarse, y al fin y al cabo, nosotros no éramos exactamente «de los suyos». Y eso se demostró después, cuando el 34... Aunque, si quieres que te diga la verdad, lo de Manuel cambió todo, porque ya nunca supimos quiénes éramos ni quiénes eran los nuestros.

—Bueno, eso parecía muy claro... Formabais parte de la clase...

—Déjate de clases, Aida, que no es tan simple. Sí, éramos de los ricos de la comarca, pero en el fondo teníamos en contra a toda la gente que apoyaba a los Baizanes. Y eran muchos.

—La derecha más radical...

—No exactamente. Mi padre era más de derechas que nadie, y toda la familia, pero aunque el Sindicato Católico trató de templar gaitas y convertirlo todo en una especie de malentendido, que no se sabía si los Baizanes habían sido asesinos, o si se habían pasado en lo de salvaguardar al sindicato, con un juicio que fue una risa, casi ni tuvieron defensa, pero parecía como si todo estuviera ya escrito, y en el fondo quedó la cosa de que algo raro había. Y no estuvieron mucho tiempo en la cárcel.

—¿Por lo de Primo de Rivera? ¿Hubo algún chanchullo?

—Yo creo que sí. En realidad, siempre lo hubo. Chanchullos, quiero decir. Unas veces unos, y otras otros... Hasta entonces quien movía los hilos de todo, en Bustiello y en Madrid en lo que a las decisiones de la comarca se refería, era el Marqués, y por tanto mi padre. Pero todo eso fue cambiando poco a poco. Cada vez pintaban menos los que antes pintaban todo, ¿entiendes? El poder empezaba a cambiar de manos. Y los que lo recogían, o se lo agenciaban, eran mucho más crueles. Se estaba cociendo todo lo que vendría después.

—Vaya, te veo muy roja hoy.

—¿Roja? No, Aida, no. Pero cuantos más años tengo más claro veo todo. Ahora lo pienso y me doy cuenta de que todo fue sucediendo como consecuencia de otras cosas y generando a su vez los cambios. Bueno, la vida es así, ya lo sé. Pero mira, ¿cómo se dice cuando quieres decir que una cosa significa otra?...

—¿Qué una cosa significa otra?

—Sí, mujer, eso de la poesía... Espera a ver... Una comparación...

—¿Una metáfora?

—Eso, una metáfora. En realidad, lo de Manuel fue como una metáfora: la muerte de un orden antiguo a manos de un orden nuevo. O a ver si te crees que fue casualidad que los Baizanes se apuntaran a la Falange en cuanto se fundó... Anda que no andaban los tres chulos con las camisas azules y los correajes... En nada de tiempo ya nadie se acordaba de que habían matado a Manuel y a Germán. Por eso te digo que a veces no sé de dónde éramos nosotros.

—¿Y qué soñaste con Bego y con Almu? —Aida estaba empezando a sentir un desasosiego que no le gustaba nada, como casi siempre que rozaban determinados temas.

—Soñé que estábamos las tres sentadas al piano, como hacíamos hasta que murió Manuel, que después ya no se volvió a tocar el piano nunca más, que no sé por qué, porque él no lo había tocado en su vida, pero Sidra decretó que a aquel piano no se le volvía a levantar la tapa, y no hubo tutía. Eso sí, ella sí que tocaba, pero el órgano en la iglesia de Santa Cruz, porque no volvió a ir a la iglesia de Bustiello, en realidad, ni a la iglesia de Bustiello ni a ningún sitio, sólo salía para tocar el órgano en la iglesia de Santa Cruz, que decía que iba allí y no a Bustiello porque estaba más cerca, y era verdad, aunque yo sé que no era por eso: todo lo que hizo Sidra en lo sucesivo no tenía ningún tipo de explicación, salvo lo que decía todo el mundo, que se había vuelto loca con la muerte de Manuel y la de Germán, porque a ella Germán le había gustado mucho. Lo que te estaba contando, en el sueño volvíamos a tocar las tres, una pieza muy sencilla que nos habían enseñado de pequeñas: tin, tan, tan, tan tan, tin tan... y yo veía las manos de ellas y me parecía que yo iba a equivocarme, que se me iban a enredar los dedos, y las miraba, así de perfil, íbamos siempre peinadas igual, pero a mí siempre se me salían mechones, porque era muy malcuriosa y cuando volvía a mirar al teclado las manos suyas ya no eran sus manos, eran sólo huesos, como las manos de un esqueleto...

—Hala, hala, no digas tonterías...

—Ya tengo ganas de verlas a las dos. Morirse no debe de ser tan malo. Siempre me ha dado pánico la muerte, y me ha tocado a mí ver morirse a toda la gente que quería. Bueno, menos a ti y a tu madre. Pero todos los demás, a todos los he ido viendo morir. O desaparecer, que es peor. Ya habría querido tu abuela ver morir a tu abuelo y no esa agonía de toda la vida sin saber dónde está...

—Tú no vas a morirte en mucho tiempo. Al menos mientras tengas tantas cosas que contarme. Y hay muchas cosas que quiero saber. ¿Por qué no me hablas de Antón?

Paloma miró a Aida desde mucho más abajo de aquella superficie acuosa que eran sus ojos...

—Antón...

Benito Montañés, envuelto en aquella niebla de confusión y deshoras que lo acompañaba desde el momento en que supo de la muerte de su hijo, apenas tuvo conciencia de que en la historia de España se escribía un nuevo capítulo cuando, a mediados de septiembre de aquel mismo año, Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, se sublevó contra el Gobierno y dio un golpe de Estado con el apoyo de la mayoría de las unidades militares. Algo leyó en *El Carbayón*, sin darle mucha importancia, ausente de la vida y de las circunstancias que en cualquier otro momento le habrían tenido sumamente interesado en el devenir de los

acontecimientos. En el Círculo Católico, donde no pasaba desapercibido que el intachable Benito Montañés no se afeitaba con la diligencia ni frecuencia que en él eran seña de identidad, permanecía con el periódico abierto y con la mirada perdida, aunque Efrén Rubiera le quitara el diario, interesado como estaba en la evolución de las investigaciones en torno al espectacular atraco que había tenido lugar en Gijón a manos de un grupo de pistoleros. En la tertulia de La Claraboya había mantenido encendidos debates en torno al asunto y lo que más seducía al médico era que no se trataba de un atraco sin más, sino de una acción de un grupo anarquista, probablemente el de Los Solidarios, que comandaba Buenaventura Durruti. A ese grupo se le atribuía la muerte del mismísimo Eduardo Dato y del cardenal Soldevila en Zaragoza, y la conciencia oculta de Efrén Rubiera, la que le recordaba con frecuencia de qué lado estaba su corazón y el color de su sangre, sentía una íntima satisfacción que entraba en franco combate con su personalidad de naturaleza pacífica y su decidida apuesta por la vida por encima de todas las cosas. «Una revolución sin víctimas —se decía siempre—, dónde hay que firmar para que sin una gota de sangre se consoliden los principios de la Revolución Francesa, esa asignatura pendiente de la sociedad española...».

Pero aunque el periódico seguía ofreciendo jugosas informaciones en torno a los detalles del atraco al Banco de España y de la huida de los pistoleros, y del fallecimiento del director de la sucursal cuatro días después del tiroteo, la noticia de portada era el golpe de Estado y lo sería en los días sucesivos. Efrén intentó en vano interesar a Montañés en el asunto, incluso pinchándole con la poca relación que existía entre Miguel Primo de Rivera y don Claudio y el modo en que esto podría influir en el desarrollo de la actividad empresarial, pero a Benito Montañés le daba igual. Parecía no importarle nada de lo que le rodeaba, como si todos los contornos de las cosas, de los edificios, de los paisajes, de las personas, se hubieran borrado y ante sí sólo tuviera manchas informes entre las que de vez en cuando podía distinguir algún rostro. Y por eso cuando oía a Efrén Rubiera referirse a no sé qué golpe de Estado militar, trataba de retener en su memoria el significado de las palabras, y una vez conquistado ese territorio intentaba establecer un pensamiento, alguna cadena de vocablos que significara algo, pero a cambio, sólo podía mirar al médico como si lo viera por primera vez y decir: «Yo soy el siguiente».

Nada le importaba porque su cabeza era un laberinto que recorría a trompicones sin tener ni la más mínima noción de quién era él mismo ni de adónde se dirigía. Excepcionalmente, entraba a través de un insospechado tragaluz, que como una rendija se abría en su conciencia, un pensamiento fugaz que le devolvía a la realidad de su vida, a las coordenadas de su biografía, y solía coincidir con la apremiante necesidad de lo inmediato. Así, de pronto miraba el reloj de bolsillo y se persuadía de que era la hora de volver a su casa, o de pronto recordaba que tenía que firmar aquellos papeles que había sobre su mesa, o apuntalaba en su pensamiento el firme

propósito de hacer tal o cual tarea.

A veces ni siquiera recordaba que Manuel había muerto y se descubría elaborando los planes en los que llevaba años paseando su pensamiento: pronto su hijo se incorporaría al cuerpo de ingenieros y capataces de la empresa y él se sentiría tan orgulloso de aquel muchacho inteligente y callado, y justo en ese momento, cuando comenzaba a esbozar una sonrisa de satisfacción, el hielo en forma de garra que se había quedado abrazando su garganta desde el instante mismo en que le dieron la noticia apretaba y apretaba y entonces, para su vergüenza, los ojos se le llenaban —otra vez— de lágrimas.

A veces, cuando la lucidez hacía acto de presencia, aunque fuera de forma transitoria, recordaba la existencia del resto de la familia, de la casa de Pomar, de que tenía cinco hijas que dependían de él, y entonces sentía un cansancio tan infinito, que repetía «yo soy el siguiente, yo soy el siguiente», casi como una súplica, con el secreto deseo de que el mismísimo Señor de los cielos tuviera a bien llevárselo cuanto antes, porque no podía enfrentar la tarea de sacar adelante a aquellas hijas. Si por lo menos Sidra se casara, si por lo menos... Si por lo menos... Buceaba buscando alternativas para descargarse de la responsabilidad y de nuevo el letargo, el olvido como un blando colchón donde se dejaba caer, a la espera de que el tiempo transcurriese.

Y el tiempo tiene sus propios planes al margen del deseo o la conveniencia de quienes pretenden atraparlo sin comprender que en ese empeño sólo consiguen quedarse con los pedazos de las páginas de un almanaque.

Quizá impresionadas por la muerte de Manuel, convenientemente adoctrinadas por las monjas del sanatorio, rebozadas en sus propias creencias y con la orientación de don Macrino, que sonreía con satisfacción cuando hacía cuentas del número de vocaciones que había conseguido en su parroquia, Almudena y Begoña decidieron que querían hacerse monjas. Aún no habían cumplido los catorce años pero se mostraban firmes en su decisión cuando se lo dijeron a Dorotea, que fue la primera en saberlo. Ni siquiera se atrevieron a decírselo a Paloma, porque aunque secretamente no había nada en el mundo que desearan más que el que ella decidiera acompañarlas al colegio donde comenzarían el largo trayecto (la postulación, el noviciado, los primeros votos, los votos de tres años) hasta llegar a profesar, sabían que no parecía muy probable que Dios la hubiera tocado con la bendición de la vocación de religiosa.

Gustavo Bartomeu repartía su tiempo de ocio entre el sótano, donde se dedicaba a la contemplación —y las circunstancias que de ella se derivaban— de aquellas dos películas que se prolongaban en su imaginación hasta extremos impensables, y el Círculo Católico, donde leía los periódicos. Pero su mente peregrinaba por otros parajes menos precisos y sin embargo estimulantes, y ello mientras en apariencia

realizaba cualquier tarea.

Se había alegrado íntimamente de la ruptura de Efrén con Camino y si bien durante algún tiempo eso le hizo albergar la esperanza de ser el siguiente en los brazos de la joven viuda, pronto tuvo que ceder ante la evidencia de que aquello no iba a ser posible. No tuvo más que ver la mirada con la que Camino fulminó cualquier ensoñación secreta el primer día que se encontraron delante de la iglesia. Aunque la especialista en leer las conciencias de los demás a través de sus ojos era Camino, por una vez hizo el esfuerzo por escribir también, para que fuera leída por el ingeniero, la firme decisión de que podía ponerse como quisiera, pero jamás pondría sus manos sobre ella.

De todos modos, la chifladura por Camino había pasado a un segundo plano desde la noche de la verbena de San Isidro, cuando su mirada y su deseo se habían vuelto hacia Paloma, que, rozando la pubertad, se aproximaba más al argumento que alimentaba su concupiscencia.

Por tanto, el ingeniero Bartomeu tenía una nueva ocupación con la que entretenía su ocio: espiar a Paloma del modo más discreto posible, hacerse el encontradizo con ella, contemplarla de lejos mientras saltaba a la cuerda, acompasando los saltos de su corazón a la circunstancia mágica de que el vuelo de la falda se hiciera cómplice de sus deseos, escuchar las conversaciones donde se la mencionaba y, en definitiva, vivir una historia clandestina con ella, sin que ella tuviera ni la más remota sospecha de ello.

A él le bastaba. Su fantasía era la mejor de sus aliadas en la medida en que no todos sus deseos eran sencillos de satisfacer sin provocar o bien daños o bien escándalos, así que construía historias imaginarias en las que Paloma era justo como él deseaba: una aprendiz entre timorata y desvergonzada a quien hacía partícipe de cuantas variantes se le ocurrían y que solían culminar en la satisfacción individual a mitad de camino entre el desasosiego y el hastío.

Como se había pasado gran parte de sus años domando al demonio interior que llevaba siempre consigo, sabía que a veces no era fácil mantener la apariencia de hombre serio y respetable cuando por dentro le bailaban pensamientos más propios de un canalla intemperante y lascivo, que sonrojarían a aquella panda de meapilas que constituían la sociedad de Bustiello y en general de toda la comarca en la que ejercía su influencia el marqués de Comillas. En particular, desde que era Paloma la quimérica destinataria de sus efusiones, dicho sea en la más estricta de las acepciones, cada vez que se encontraba con Benito Montañés sus sentimientos oscilaban como un péndulo entre la vergüenza y la insolencia. Saberse dueño único del secreto se manifestaba en un sentimiento de audacia que fácilmente se neutralizaba por el profundo temor a verse descubierto. Pero el director ya no era el mismo. La agudeza de la mirada que tanto respeto infundía en todos se había ido

borrando en los últimos años y la muerte de su hijo había acelerado hasta extremos impensables aquella evaporación del mundo real de quien fuera el más notable personaje de la comarca, por mucho que quienes le conocían bien sospechaban que detrás de aquella apariencia cardinal y a veces excesiva se ocultaba un ser humano con más tendencia a transmutarse en botarate de lo que sería conveniente. Por eso, en los últimos tiempos a Gustavo Bartomeu ya no se le creaba esa contradicción culposa de tener pensamientos obscenos en torno a una niña, que empezaba a dejar de serlo, en presencia de su mismo padre.

Curiosamente, el ingeniero, tan proclive a la lascivia, nunca tuvo fantasías con el carácter triple de Paloma y sus hermanas. Siempre sintió que mientras que Begoña y Almudena (para él, «las otras dos») eran unas insulsas, incapaces de suscitar la menor desazón carnal, Paloma tenía algo, como si llevara escrita, o así le gustaba imaginar a Bartomeu, una vocación secreta de lodazal.

Montserrat, que tenía sus propias estrategias para obtener lo que quería, y la insistencia cargante no era la menor de ellas, había conseguido al fin que Bartomeu ordenara talar el fresno que crecía desaforadamente en uno de los laterales de la casa. Insistía en que su sombra le resultaba molesta y no le servía que viniera Ramonín el de El Pedroso a arrancar las hojas en verano para el ganado. Quería el árbol fuera y a Bartomeu no se le escapaba que la única razón tenía que ver con el hecho de que un fresno le parecía un árbol vulgar, demasiado autóctono, cuando ella estaba deseando que el pequeño jardín de que disponía la casa tuviera el empaque que proporcionan árboles exóticos, siempre que no fueran palmeras, que ya las había en el sanatorio, o aunque no fueran exóticos, un magnolio, una adelfa, qué trabajo le costaba, cualquier cosa menos aquel fresno, por Dios...

Así que el fresno se convirtió en mangos para fesorias y otros utensilios y Gustavo Bartomeu descubrió con regocijo que, gracias a ello, desde el cuarto del segundo piso que utilizaban para guardar la ropa de fuera de temporada (y eso sí que era exótico en un lugar como Bustiello), con la ventana libre del obstáculo del fresno, podía ver la casa de Montañés. Y sobre todo: podía ver el cuarto de las niñas con bastante precisión si utilizaba aquellos prismáticos que Bartolomé Fresno (qué feliz coincidencia lo del apellido) le había regalado en una ocasión para que observara a los pájaros y que habían dormido el sueño de la desidia (¿observar pájaros?, qué majadería...) en el fondo de un cajón.

De este modo, Gustavo Bartomeu se encerraba por las noches en el cuarto de los armarios, y con cuidado sacaba los prismáticos y se acercaba a la ventana para, protegido por la oscuridad, observar la iluminada ventana del cuarto violeta de las trillizas y así embozado asistía a sus movimientos, a sus juegos, a la naturalidad con que Paloma se quitaba la ropa para ponerse un camisón, mientras que sus hermanas hacían toda clase de malabarismos y contorsionismos para que ni siquiera entre ellas hubiera la más mínima concesión a la inmodestia.

Fue así como, oculto en las sombras, fue testigo de la última noche que pasaron las tres hermanas juntas antes de que dos de ellas se marcharan a Valladolid para iniciar el noviciado. Y de las noches solitarias de Paloma y su tristeza conmovedora. Y de su historia, su terrible historia con Antón.

Domingo, 14 de octubre de 1923:

La misa del Pilar fue muy bonita, fuimos papá y las trillizas y yo, y estaba también Andresín que es como si fuera mi hermano, ahora que ya no tengo ninguno es todavía más hermano que antes, y me dio la mano y nos sentamos juntos en un banco, al lado de Camino. Menos mal que no estaba Sidra, porque si no, me habría reñido, porque las familias tienen que estar juntas, pero ella bien que no fue, y mejor, que desde que lleva ese pañuelo en la cabeza parece una vieja.

La misa del Pilar fue muy bonita porque estuvieron las monjas del sanatorio cantando unas canciones muy bonitas y al final don Macrino se dio la vuelta y dijo que teníamos que dar gracias a Dios porque una vez más el Altísimo había rozado con su dedo divino a dos almas escogidas y pronto esas dos almas escogidas (que eran Bego y Almu) iniciarían un camino de santidad y entrega. O algo parecido, porque yo me emocioné mucho y no me enteré bien, pero le di una patada a Andresín y le dije: «Son mis hermanas», y Andresín me sonrió y entonces vi que ya se le ha caído un diente y yo quiero que a mí se me caiga uno también. Y todo el mundo felicitaba a papá a la salida de misa, y a las niñas les dieron muchos besos, a las dos, pero a Paloma no, que ahora todo el mundo piensa que es la más mala de las tres y por eso ella no va a hacerse monja, pero Paloma es buena.

Así que ahora estamos todos muy tristes porque las niñas que van a ser santas y van a pedir a Dios por nosotros se marcharon ayer y fuimos a despedirlas a la estación, y todos lloramos mucho, y se marcharon con sor Esther y con sor Encarnación y antes de coger el tren estaban cuchicheando las tres como dice Sidra, y yo me acerqué y las oí prometer a Paloma que cuando escribieran cartas, como se las van a leer las monjas, van a hacer una cosa secreta que es que si están mal, porque no les dan de comer y eso, que es lo que Paloma tiene miedo, para que no se enteren las monjas del sitio ese al que van, cuando escriban van a poner rayita en la letra q. O al revés, espero que Paloma se acuerde de que si ponen rayita es si están bien o están mal, porque yo con toda la emoción no me acuerdo.

Ahora la casa sí que está vacía. Papá está encerrado en la biblioteca, Sidra anda por casa de un lado para otro, y en la cocina Dorotea y Reme apenas hablan, y Migio ya no silba mientras cabruña, y Paloma no hace más que llorar, y yo ya no sé si es por Manuel, o por las niñas, o por qué, pero se pasa el día en la habitación mirando por la ventana y en su ventana no hay mucho que ver, porque la habitación violeta da a las vías y para ver la máquina de carbón tampoco hay tanto

que ver.

«Las flores de los difuntos se llaman crisantemos y en el jardín tenemos muchas y de colores, no sólo blancas.» Aida sonrió brevemente al leer lo que su abuela había escrito ochenta y tantos años atrás y recordando, por esas asociaciones tontas, a aquel novio que tuvo justo después de romper con Asier, uno de los primeros de aquella larga y prescindible lista, que un día, cercana la fecha de Todos los Santos, se le presentó en el café Central, donde habían quedado, con un ramo de crisantemos. De colores variados, sí, pero crisantemos. El chico, con poca idea, seguro que pasó por una floristería y pilló lo primero que encontró. Y aquellos días había muchos. Y más baratos que las rosas. Aida recordaba su cara cuando a la salida del café, ella con su ramo de crisantemos en la mano, se encontraron con Amaya, una de las guerrilleras, que miró las flores, la miró a ella, miró de reojo a su acompañante y le preguntó si iba al cementerio. En otras circunstancias se habría reído: la nada inocente pregunta de Amaya (estaba segura de que lo hacía con intención), la cara como la grana de aquel chico cuyo nombre había olvidado... Pero a veces a Aida le daba lo que ella denominaba un ataque de sensibilidad conmiserativa, y en esos momentos se compadecía de todo el mundo. «Empatía, eres muy empática, por eso te quiere todo el mundo.» Eso decía siempre Asier, pero los dos sabían que no era cierto. Que ni era empática ni la quería todo el mundo.

Por eso le preocupaba el viaje a Madrid que estaba a punto de iniciar. Iba a conocer a Andrés Braña, el padre de Bruno, para entrevistarle, para escribir fragmentos de sus memorias, lo que él quisiera contarle. Y tenía la certeza de que no iba a empatizar con un hombre tan manifiestamente ajeno a todo lo que era su vida. Tan enemigo. La salvaba el pensamiento de que era una profesional. Había entrevistado a lo largo de su carrera a un montón de personas que no le gustaban y lo había hecho bien. Pero Andrés Braña era el padre de Bruno y le daba tanto miedo la posibilidad de que con él no funcionara lo de la sensibilidad conmiserativa, como que sí funcionara y se encontrara comprendiendo a un tipo que formaba parte de lo que siempre había odiado. O debía de formarlo, por más que Bruno no tuviera ni idea de cuál había sido el papel de su padre en la guerra; de hecho, desconocía tanto de su historia que confiaba en la maestría de Aida para averiguar quién había sido Andrés Braña.

Y con Bruno la relación era cada vez más complicada. Aquello se había convertido en un vaivén emocional, en una atracción de feria vertiginosa a la que no acababa de tomarle las riendas. Casi todos los días, en algún momento pensaba que tenía que romper con él, y casi todos los días se arrepentía de haberlo pensado siquiera.

La conmovía la escritura irregular de su abuela, la tinta que clareaba en algunos sitios, a medio camino de la disolución, y le gustaba encontrarse con las tachaduras

de la niña Claudia, sus vacilaciones a la hora de escribir una palabra con b o con v, el modo en que a veces introducía letras mayúsculas en mitad de una palabra, sus zetas con un lazo ampuloso, la curvatura de la rayita horizontal de la t. Se preguntaba si a su abuela le ocurriría lo que siempre le había pasado a ella cuando escribía: que por mucho que emborronara páginas, lo escrito no era más que la punta del iceberg de lo que sentía o pensaba. De hecho, llevaba mucho tiempo sin escribir diarios porque había descubierto, leyendo algunos de años atrás, que lo escrito no era más que un apunte apresurado de todo lo que recordaba que le bullía dentro en el momento de la escritura.

La conmovía y le resultaba admirable. Cuando su abuela escribía aquellas cosas, no había cumplido aún los siete años y eso confirmaba aquel orgullo que siempre había exhibido de lo *adelantada* que había estado siempre gracias a lo mucho que Efrén les había enseñado a ella y a Andrés, en aquellos primeros años de paraíso de alquiler que habían vivido. Lo que el médico nunca había hecho con sus propios hijos se lo había tomado como un deber insoslayable y disfrutaba enormemente comprobando cómo avanzaban ambos en su dominio de la lectura y de la escritura, cómo eran capaces de realizar operaciones sencillas sin contar con los dedos y sin escribir palitos, con qué soltura se manejaban haciendo girar el globo terráqueo de escayola para identificar sin equivocarse países remotos o provincias de España. A su abuela siempre le parecía que Aida aprendía muy poco en el colegio y trataba de dedicar a su instrucción el tiempo y el esfuerzo que no había dedicado a su propia hija en aquellos años horribles de dolor, privaciones y miseria. Gracias a aquella dedicación del médico, Aida podía ahora acceder a detalles de la vida de su familia que le resultaban enternecedores.

Como imaginar a Sidra, el último día de octubre, cortando con cuidado los crisantemos más bonitos, los más perfectos, los que no habían sido injuriados por las fuertes lluvias de los días anteriores. Procurando mezclar los colores de forma que predominara siempre el blanco, aunque incluyera los amarillos, los de color burdeos, los de color rosa y los insólitos azules. Como seguirla escaleras arriba, ver de qué modo entraba en su cuarto y se arreglaba ante el espejo el pañolón que cubría su pelo trasquilado y parte de la frente, y colocaba sobre la chaqueta gruesa que le había tejido Dorotea una toquilla de color negro y se ponía las madreñas y, con las flores en la misma posición en que las llevaría la novia que nunca iba a ser, caminaba vías abajo y cruzaba el puente de Dos Amigos y luego salía a Les Figares y avanzaba por la carretera, sintiendo que desde las ventanas de las casas la espiaban en silencio, apartando un poco los visillos, hasta llegar a las escaleras que iniciaban la subida al cementerio, el camino silencioso y cuajado de oricios vacíos de castañas, y giraba a la derecha en el sendero que luego subiría hasta Grameo, para tomar el ramal al cementerio, y abría la verja que sólo estaba entornada para encontrarse en la soledad de la tarde la compañía de todos los que habían poblado los días de aquella

parroquia: los muertos en la mina, los muertos de enfermedades, los niños que se llevó el tifus, las jóvenes madres muertas de parto, los de los pulmones reventados, las familias enteras que habían dejado casas vacías durante la gripe, los tuberculosos, todos aquellos que durante años habían habitado las pesadillas más terribles de Sidra, a quien la muerte, como a Paloma, le provocaba auténtico pavor, y también las historias de aparecidos que se contaban en la cocina, principalmente las que tenían que ver con la Güestia. De hecho, Sidra jamás comía higos y miraba con suspicacia la higuera que crecía a un lado de la casa, porque recordaba la canción que cantaba Migio para meterles miedo a ella y a Manuel cuando eran pequeños, la que decía que cantaban los espíritus que componían la Güestia, y que salían del cementerio en procesión, tocando campanillas, salmodiando y llevando huesos humanos encendidos como si fueran velas. *Cuando tábamos vivos, andábamos a figos, ahora que tamos muertos, andamos por estos huertos.* Incluso le había pedido a su padre que por favor cortara la higuera, aunque no le había explicado que le aterraba la posibilidad de despertarse alguna noche y ver a la Güestia rondando debajo de su ventana. Decían en la cocina que cuando la gripe, se veía a la Güestia casi todas las noches rondando en torno a las casas donde había enfermos, como si estuviera reclutando almas en pena. Y que en Grameo una noche se había movido la sebe que separaba los prados de Emiliano y de Inocencio, tras la muerte de este último, y que ello se debía a que Inocencio había robado un pedazo de terreno a Emiliano y para abandonar la Güestia y descansar en paz tenía que restituirlo. A Dorotea le gustaba mucho repetir una y otra vez la historia de un *miedo* que había en el camino que iba de Grameo a Caborana pasando por Revallines. Dorotea llamaba «miedo» lo mismo a un suceso inexplicable, que a la presencia de un fantasma, o a un lugar donde se había producido algún episodio aterrador. Aquél en concreto le había pasado a su tío Jamín una tarde como aquéllas, próximo el día de Difuntos, al pasar por delante de una cuadra, cuando una voz cavernosa y lúgubre le había sobresaltado diciéndole: «Hombre que pa Caborana vas, en cama de felechu dormirás. Dile a Susana que ha muerto su hermana». Si bien lo de la cama de felechu resultaba un mensaje no demasiado inteligible, lo verdaderamente perturbador de aquello, aparte de que la voz había surgido de la nada, y no podía identificarla ni atribuirla a ninguna persona conocida (por no hablar de que la forma gramatical utilizada no era ni remotamente pensable en ningún vecino), era que, de vuelta en Grameo, dos días más tarde llegó con el retraso propio de la distancia y la incomunicación la noticia de que la hermana de Susana la de Tomás había fallecido atropellada por un tranvía en Camagüey. Dorotea contaba que desde entonces su tío Jamín no utilizaba aquel camino (donde había un *miedo*) aunque así tuviera que dar la vuelta al mundo. Y ella tampoco.

Pero gracias a las anotaciones de Claudia, Aida veía ahora a Sidra sin ningún temor en el cementerio vacío, avanzando por los senderos estrechos entre tumbas de tierra, casi todas sin ningún tipo de losa, sólo con cruces en las que se distinguía un nombre o una fecha, hasta llegar a aquel espacio enorme en el que se situaba el

panteón de su familia, el de la «Familia de Benito Montañés», con sus cadenas cercándolo, inmaculadamente blanco, y las dos lápidas que ya estaban ocupadas, la de Ángeles Ariznabarreta y la de Manuel Montañés. Sólo en ese instante Sidra fue consciente de que había preparado un único ramo de flores y pensó en deshacerlo, en dividirlo en dos, pero su propia falta de previsión empezó a removerle por dentro un rosario de recriminaciones y la marea de los remordimientos, de la culpa, del dolor, brotó incontenible, rindiéndola a la evidencia de las lágrimas, de los hipidos, de la pena implacable. Lloraba todos los días durante horas, pero no se le iba aquella angustia terrible. Más de una vez había pensado en ir a confesarse con don Macrino, lo que fuera con tal de liberarse de aquella alimaña que la mataba a dentelladas por dentro. Soñaba muchas noches con lo mismo: veía la mirada de Manuel, lo escuchaba diciendo «Tú por favor no digas nada a nadie. No me has visto y ya está». Y, encadenados a esa mirada, había tres pares de ojos inquisidores y conminatorios que preguntaban por Germán. No por Manuel, por Germán. Y ella de Manuel no había dicho nada, pero aquéllos querían darle su merecido a Germán, eso decían: que se había llevado el dinero y tenían que encontrarle. Ella no sabía lo que iba a pasar. Pero quería. Quería que a Germán le dieran su merecido. Por el dinero, y también por aquella noche y aquella visión que no podía quitar de su cabeza, aquello que no podía entender pero que era muy malo. Que tenía que ser pecado. Aquello. Pero ella de Manuel no había dicho nada. *Tú por favor no digas nada a nadie,* y ella de Manuel no había dicho nada. Sólo de Germán. Que le dieran a él su merecido. Además, se marchaba con el dinero. Eso era malo, era un pecado y era un delito. Lo de la noche de San Isidro también era malo. Pero no quería que lo mataran.

Aida podía imaginar a Sidra llorando amargamente ante el panteón níveo de «Familia de Benito Montañés», pero no sabía la razón de aquel llanto inconsolable, porque de las anotaciones del diario de Claudia no podía concluirse nada. Faltaban años todavía para que una tarde de una primavera, cuando ya todo era pasado, en la antojana de la casa de Revallines, debajo de la galería, Dorotea le contara a Paloma el modo en que Sidra había detallado a los Baizanes dónde podían encontrar a Germán Espina, y cómo éstos habían salido a grandes zancadas, uno de ellos mirando el reloj de cadena que guardaba en el bolsillo del chaleco, calculando el tiempo que les quedaba para poder coger un tren en Ujo y llegar a Oviedo.

Durante muchos meses, Efrén fue incapaz de mirar a Camino a la cara, aunque se la encontrara de frente, cosa que podía suceder porque ella se negó sistemáticamente a aquella suerte de destierro que Benilde, mujer agraviada, había querido decretar para la amante de su marido. Aunque en un principio Benito Montañés le había aconsejado la conveniencia de, «por su bien», vivir en Ujo —ya que iba a empezar a trabajar en la fábrica de chocolate—, ni siquiera lo consideró como posible. Vivía en

su casa, con su madre —que había quedado viuda la primavera anterior y cuya estabilidad mental no andaba muy allá— y con su niño, y no pensaba cambiar las cosas. Y Benito Montañés, tras la muerte de su hijo y su propio desplome emocional, no volvió ni a mencionar el asunto, y aunque Benilde había seguido insistiendo en la necesidad de alejar a aquella mujer de un pueblo decente como era Bustiello, los acontecimientos derivados del asesinato de Manuel Montañés no dejaban demasiado espacio para la preocupación por la vida de los demás y, entre tanto, las aguas retornaron a su cauce.

Camino, en cambio, miraba a Efrén cada vez que se cruzaban, o en los ensayos de la rondalla —que ella también se había negado a abandonar, aunque Efrén se lo había suplicado—, buscando sus ojos, tratando de encontrar el hilo invisible que la condujera al fondo de su corazón, para poder calibrar entonces el peso de su cobardía, pero él esquivaba cualquier cruce de miradas, y hasta físico, porque un día en que ella lo vio venir enfrente por las vías, cuando volvía por la tarde de trabajar en Ujo, y el encuentro iba a ser irremediable, asistió a la ceremonia de exaltación de la cobardía al contemplar cómo Efrén Rubiera daba media vuelta y aceleraba el paso para entrar en Pomar con la excusa de visitar a Montañés.

Lo que no sabía Efrén Rubiera cuando hizo aquel giro para no encontrarse con Camino es que ésta visitaba a Benito Montañés casi todas las tardes, y aquel día, para evitar que el médico sumara a la indignidad de la cobardía el pánico de un inexistente acoso, rompió la que se había convertido ya en una de sus rutinas. En realidad, había empezado visitando a Claudia y a las trillizas, tras la muerte de Manuel. Les llevaba trocitos de chocolate, de los recortes que quedaban en la batidora, aquella especie de mesa alargada donde se ponían los moldes llenos de pasta para que se fuera batiendo, mientras que las chocolateras, a los lados, extendían, arreglaban y cepillaban el chocolate, justo antes de cargar los moldes en tableros para ponerlos a enfriar. Se sentaba con ellas en la escalera y, aunque intentara lo contrario, casi siempre se limitaba a compartir su silencio. A veces trataba de contarles cosas divertidas que ocurrían en la fábrica. Les hablaba del ruido de las máquinas y de los silbidos con los que se comunicaban.

—¿Y por qué ya no curas a los que están malos con don Efrén? —preguntó Claudia un día.

—Porque yo no soy enfermera.

—Pero lo eras...

—Bueno, ayudaba a don Efrén porque vuestro padre me lo pidió, pero ahora me pidió que trabaje en la fábrica de chocolate, porque a don Efrén le van a poner un enfermero.

—Pero tú...

Camino siempre trataba de zanjar la conversación.

—¿Y qué tal está vuestro padre?

Y como nunca sabían qué decirle, la acompañaban a la biblioteca, donde Benito Montañés masticaba las tardes musitando una letanía en la que se mezclaban jaculatorias imprecisas con propósitos incoherentes y estériles lamentaciones.

Aquél había sido el inicio de un inexplicable consuelo escrito con las líneas oblicuas de la pena y del desconcierto compartidos. Camino se sentaba al lado de Montañés, y se limitaba a mirar su rostro atónito, como si el fin de los tiempos lo hubiera sorprendido en mitad de una fiesta y aún no supiera cuáles eran los modales apropiados para enfrentarse a la desolación. Se concentraba de tal manera, que las hebras grises, cada vez más escasas en su pelo, desertor y níveo, adquirían personalidad propia e individual, y le contaban la historia de las desdichas y las renuncias, y los desgarros de los que en ocasiones ni siquiera había tenido conciencia plena su dueño. Camino recorría muy despacio, con su mirada abismal, la frente de Benito Montañés y conocía sin quererlo realmente los nudos de sus pensamientos, las imágenes fugitivas de otros tiempos que venían a enredar en la tristeza de los días y se colaban a veces por aquellos ojos que un día pudieron enamorar a Ángeles Ariznabarreta y ahora se hundían poco a poco en una especie de charcos cenicientos, que terminaban con cualquier atisbo de vida. La nariz perfecta tenía ahora una tendencia al moqueo, que a veces se traducía en un constante *surniar* que habría desesperado a Sidra (más de una colleja se habían llevado sus hermanos tiempo atrás por aquel motivo), y otras, sin más, goteaba como un grifo averiado, lo que llevaba a que su bigote, impresionante en otro tiempo y una fracasada colección de briznas grises y blancas en la actualidad, se empapara acentuando aquel aspecto de desconsuelo, que terminaba de concretarse en los labios, pálidos y finos, casi desaparecidos, como si aquel constante bisbiseo se los tragara por el sumidero de una boca en la que faltaban algunas piezas dentales, cuya ausencia, de todos modos, no era sencillo detectar, porque, bien mirado, casi nadie en toda la comarca recordaba haber visto al director riendo abiertamente. Ni siquiera sonriendo.

Benito Montañés parecía no hacer mucho caso a la presencia de Camino, que se sentaba una tarde y otra a su lado y se limitaba a mirarlo silenciosamente, y sólo al tercer día, cuando ella hizo ademán de levantarse para irse, de algún remoto lugar de los interiores de Montañés surgió la fuerza suficiente para que su mano derecha, nudosa y con las venas abultadas, fuera capaz de elevarse desde el dril del pantalón en que se apoyaba con indolencia hacia la mano de Camino, en un gesto que ella, a pesar de la lectura meticulosa que hacía de su conciencia, no supo interpretar si venía de la gratitud o la súplica. En cualquier caso, se quedó unos minutos más, y a partir de aquel día, la visita consistía en un tiempo en que ella se sentaba a su lado, tomaba

su mano y así permanecían: ella mirándolo y él perdido en las nieblas de sus propios delirios, tratando de entender la devastación que para uno la muerte y para la otra el indescifrable desamor habían diseminado como una infección deletérea por cada una de las moléculas que los componían.

Capítulo 5

Dorotea se había quedado sola en el servicio de la casa, porque Reme, en estado, había decidido dejar de servir, y Migio había dejado de pernoctar en la casa donde en tiempos mejores se alojaban hasta seis personas pertenecientes a la servidumbre. Como a ella le daba miedo dormir sola en aquella especie de pabellón dotado de tres dormitorios, una pequeña cocina y un retrete, le había solicitado a Benito Montañés habilitar el cuartito donde planchaba, y llevar un somier y un colchón y quedarse a dormir en la casa. Aunque el volumen de trabajo se había reducido considerablemente, la desazón le había ido arrancando el color de la cara y cada vez se parecía menos a la mujer de caderas anchas, sonrisa enorme y palabra fácil que había puesto alma de hogar en las vidas de los niños de Pomar.

Ella no sabía estar callada. La cocina siempre había sido una algarabía de cacharros, huevos batidos en el plato con un tenedor, chisporroteo de aceite, tapas de cacerolas que al levantarse inundaban el aire de olores caprichosos y benditas exhalaciones, el sonido del carbón incorporándose a la cocina para seguir siendo llama, los suspiros («ay, Señor») cuando mazaba para hacer la mantequilla, el tarareo constante, que podía convertirse en canción en cualquier momento: *Tararara, tararara, cosa que la mar no tiene...* y sobre todo, por encima de ruidos, olores, el gato Lucas ojo avizor siempre a ver qué pillaba («¡Ay, otra vez el gatu de los demonios, será castrón!...»), el calor, y cualquier otra circunstancia, las voces. Las voces de los niños que habían ido creciendo y que Dorotea medía en la marcación de la cocina, haciendo una incisión con un cuchillo en la madera, repitiendo siempre las mismas frases: «Ay, Sidra, qué altona yes pa ser mujer, nun vas a encontrar un mozu en la vida tan altu como tú», o «Esti nenu nun crez ni pa la de tres», «Parez mentira, oye, que nacieron les tres el mismu día y Paloma siempre ye más alta que les otres dos». «Ay, fía, Claudina, tú también tas creciendo mucho, dentro de na, tos mozos...», las voces de los niños reclamando más azúcar en las rebanadas de pan con mantequilla de la merienda, las voces de los niños preguntando, las voces de los niños peleando entre ellos, las voces de los niños interrumpiendo las historias y los chismes que alimentaban las horas, las voces de los niños que la perseguían como fantasmas inmisericordes en aquellas tardes, de después de «fregar la cacía», cuando se sentaba en la silla baja de enea, sobre el cojín de ganchillo, y no sabía qué hacer y se quedaba mirando fijamente un punto del vacío, incapaz de otra cosa que rememorar la vida de aquella cocina que se diluía en el silencio como se escapa el agua por el sumidero.

A Dorotea no le gustaba pensar que la vida es un valle de lágrimas. De natural optimista, se había quedado soltera porque, como ella decía siempre: «Los que me vinieron nun los quise, y los que quise nun me vinieron», y su forma de bailar, su risa y algo que tenían de perturbadores sus ojos grises y sus mejillas arreboladas la habían convertido en una mujer a la que los años sólo habían conseguido ganarle la batalla de las canas, que cada vez hacían más inexacto definirla como una morena, y las arrugas que escribían una geografía de risas frecuentes, ya pretéritas, y palabras en su cara. Pero con todo, empezaba a creer que cuando la desgracia entra en una casa, no hay forma de echarla ni a escobazos.

Y en Pomar la desgracia había entrado tal vez en el mismo instante en que el alma de Ángeles Ariznabarreta se elevaba volando sobre el Cuitu Ramón, donde estaba la Santa, que era el lugar por el que Dorotea siempre se imaginaba que subían al cielo las almas de los difuntos. Aquello parecía una desgracia normal, hasta fácilmente asumible en una comarca acostumbrada a tantísimo sufrimiento, pero sin que nadie fuera consciente de ello, se estaban escribiendo ya en aquel momento los renglones de la desolación. Y lo que faltaba por llegar...

Porque el optimismo y la vitalidad de Dorotea empezaban a estrellarse con la tozudez de la desdicha. Había tanta tristeza en el aire, que no era posible conjeturar otra cosa que una suma de pesadumbres para los días venideros. Con el señor que estaba como estaba, con Sidra medio loca salmodiando por los pasillos, pasando de la risa desbocada al llanto desquiciado, con Paloma taciturna y llorosa, una sombra desangelada del torbellino que había sido, y Claudia como un perro sin dueño de acá para allá, casi siempre enganchada a uno de los libros, seguramente inapropiados para ella, que solía coger de la biblioteca, a veces haciendo peligrosos equilibrios en una banqueta, a ella no le quedaba en el fondo de los bolsillos ningún arcoíris portátil para iluminar las horas macilentas.

Y no era sólo la tristeza, que, con todo, Dorotea se sentía capaz de combatir aunque fuera cocinando empanadas y tartas de cabello de ángel con las calabazas que habían crecido verdes y más pequeñas entre los monstruos de color naranja en la huerta. Había algo más que le producía una inquietud sorda, una ansiedad indomable. No sabía por qué era, pero tenía que ver con la presencia cada vez más habitual de Gustavo Bartomeu en la casa. Del mismo modo que cuando llegaba Camino por las tardes parecía que por la casa se extendía una marea de serenidad (Dorotea no daba pábulo a aquella tonta historia que relacionaba a Camino con el médico, y en el caso de que así fuera, en el fondo se alegraba, porque Benilde siempre le había parecido una especie de mustadiella), cuando era el ingeniero el que desplegaba la inutilidad de su prosapia y su sinuosa fraseología, a Dorotea se le encendían todas las alarmas. Y se *arrespigaba*.

—¡¡¡Dorotea!!! Ay, Dorotea... Ay... —Paloma irrumpió llorando a voces en la cocina, el rostro churretoso como cuando era una niña pequeña—. Que yo no comí

moras, de verdad... Que no las comí, te lo prometo...

—Pero qué dices, criatura, cómo vas a comer mores, eso ya lo sé yo, si tamos en noviembre, ónde tan ya les mores...

—Sí, de verdad que no las comí... ¡¡¡y estoy sangrando!!! Como Colasín: no sabes cómo sangro...

Por un segundo, Dorotea no pudo reprimir la risa. Recordó aquella historia con que había asustado a los niños cuando eran pequeños para que no se metieran a comer moras como locos en las zarzas de las vías: la historia de un imaginario Colasín —tan útil a la hora de ejemplificar toda suerte de desgracias que les sucedían a los niños cuando eran díscolos, o no rezaban lo suficiente, o hacían enfadar a los mayores, o hacían cosas prohibidas— que había ido a moras desobedeciendo a su mamá y por comer moras se había puesto malo y echaba sangre por todas partes.

—¿Por todas partes? —habían preguntado las trillizas asustadas.

—Por tos los furacos que tien una persona: por la boca, por la nariz, por les oreyes... y por abajo. Por tos...

Y entonces sintió una ternura inmensa por Paloma y la abrazó contra sí dejando que las lágrimas empaparan su mandil de cuadros verdes: aquella niña acababa de enfrentarse, con la habitual ignorancia de la época, a su primera menstruación.

Tenía en la pantalla uno de los adjuntos que acababa de abrir de un nuevo y brevísimo correo de Ara Rubiera. Había escaneado algunas fotos viejas y allí tenía ante ella una de la rondalla en la que alguien había escrito con bolígrafo «1928». Ara le indicaba que el que estaba vestido con una especie de traje regional, con montera picona, chaleco y calzando madreñas, era su bisabuelo, Efrén Rubiera. Sorprendía verlo vestido de aquella guisa mientras que los demás iban enfundados en elegantes trajes con pajarita, el pelo engominado y una seriedad en el rostro que casaba mal con el ambiente de alegre algarabía que se extraía de la profusión de instrumentos musicales. Diecisiete hombres, cinco mujeres y dos muchachos. El de la derecha, que está de pie, decía Ara, era Andrés, el hijo de Camino. Y Camino, la que está sentada justo a su lado. Aida amplió hasta el límite la foto: sí, eran madre e hijo, se parecían, no sólo en la raya del pelo, que se diría hecha con un calco: también en la nariz, y el mentón, en los pómulos y en el dibujo de las bocas, que no sonreían, pero aun sin hacerlo, terminaban por transmitir algo parecido al sosiego. Camino vestía de blanco (o de cualquier color lo suficientemente claro como para parecerlo en una foto en blanco y negro), como el resto de las chicas, con un vestido que por lo visto debía de ser uniforme, porque parecía el mismo modelo para todas: los brazos desnudos, las piernas se adivinaban cruzadas para facilitar la postura con la guitarra, y los dedos de la mano izquierda señalaban un fa sostenido menor, lo que no dejaba de ser raro,

porque el resto de los integrantes estaban poniendo un do, o un mi mayor y algunos un re. Estaba claro que no estaban tocando, pero a Aida le llamaba la atención que, a la hora de «ponerse para la foto», a Camino le hubiera dado por poner un fa sostenido menor. Ella era la única que no miraba al fotógrafo, tenía la mirada perdida en un punto situado a la izquierda de la imagen, en algo que la fotografía no captaba. Andrés era un muchacho muy serio: un crío de once años que parecía haberse despertado una mañana con el cuerpo crecido en un pantalón corto a todas luces insuficiente. Con cara de bueno, como seguramente siempre había sido. Sin la menor idea de en qué tipo de laberinto se iba a ver metido un día, sin más hilo de Ariadna que el camino de la pérdida y el olvido.

Había dos fotos más. En una de ellas se veía a Efrén Rubiera acompañado de Andresín, ya un joven alto y bien parecido, con el pelo muy oscuro y los ojos enormes y claros. Los dos vestían una bata de sanitario, y posaban en lo que se diría una sala de curas. Al fondo se veía una de las aparatosas tocas de las monjas del sanatorio. Efrén Rubiera debía de haber sido un tipo guapo, porque aunque en esa foto ya no era joven, mantenía un aire de galán, seguramente acentuado por la perilla, el escaso pelo peinado hacia atrás y unas gafas que dejaban adivinar aquellos dos abismos que tenía por ojos. Sonreía y se apoyaba en uno de los brazos de Andresín, que los mantenía cruzados delante del pecho.

La otra foto recogía un grupo numeroso de personas y alguien había escrito: «En la Santa, 1930». Ara confesaba no conocer a ninguno de los que estaban allí, pero suponía que alguien de la familia tenía que estar para que esa foto hubiera sobrevivido hasta llegar a aquel día. Aida amplió en el ACDSee hasta conseguir el máximo posible y recorrió con cuidado cada uno de los rostros. Sabía que era imposible que en esa fecha pudiera haber estado su abuelo, pero aun así, no podía evitar indagar concienzudamente: y llegó a la conclusión de que aquella mujer con pinta de loca cubierta con un pañolón anudado en la cabeza tenía que ser Sidra. Y el corazón se le paró, porque acababa de descubrir a su abuela Claudia sentada con gesto enfurruñado y un flequillo cumplidos ya los trece años y a una tristísima Paloma con un moratón en la cara (podía ser alguno de los efectos del paso del tiempo en la foto, pero parecía un moratón alrededor de uno de sus ojos), y sobre los hombros un brazo que pertenecía a un hombre de sonrisa torcida, inexplicablemente vestido con corbata sobre una camisa que debía de ser negra, en franca disonancia con el resto de las personas, que se veía a todas luces que estaban merendando en el prado de la fiesta (empanadas, botas de vino, hogazas de pan, alguna vuelta de chorizo, sobre un gran mantel de cuadros), y que, o al menos eso le parecía a Aida, tenía una cara de hijo de puta que no se la saltaba un gitano.

De: Bruno Braña [mailto:brunobranha51@gmail.com]
Enviado el: miércoles, 5 de diciembre de 2007 5:20

Para: aida.g.montanes@gmail.com
Asunto: Lo he decidido

Querida Aida:

Salgo (mira qué horas) para los estudios y en cuanto terminemos de rodar (sí, vale, se dice grabar, pero qué quieres, soy un antiguo, para mí toda la vida será rodar), carretera hasta Gijón.

Me da igual si podemos o no podemos ir a Taramundi. He mirado y aún hay plazas, aunque no me he atrevido a reservar. Me encantaría hacerlo, pero no tengo ningún problema en instalarme en tu casa y pasarme contigo los días del puente, aguardándote si tienes que ir al periódico o yendo contigo al hospital a ver a Paloma. Me da lo mismo. Quiero estar contigo.

Este tiempo ha sido particularmente duro y no sólo porque tú parezcas haber desaparecido y vendas tan cara tu presencia. La quimioterapia de Marisa se me está haciendo muy cuesta arriba y la mayor parte de las veces me pregunto qué hago allí, como no sea suplir las ausencias de sus hijos (es decir, de mis hijos). Óscar ni aparece, porque, claro, a él los hospitales le deprimen y los tratamientos más, y Lisis no ha acompañado a su madre ni un solo día, aunque la llama por teléfono, que a Óscar la depresión debe extendérsele también al móvil. «No tengo saldo», me dijo el otro día cuando le pregunté por qué no llamaba a su madre. No sé por qué te cuento esto.

Lo que quería decirte es que necesito estar contigo, y salir de esta ciudad. Y mirarte. Tanto, que aunque en algún momento se me ocurrió la posibilidad de llevarme a mi padre conmigo para que os conocierais, es tan enorme la necesidad que tengo de olvidarme de todo y perderme en ti, que me alegré mucho de que él ni siquiera lo contemplara como posibilidad. A lo mejor en otra ocasión.

Bueno, te dejo, que pasan a recogerme en nada. Esta noche estaré a tu lado.

Te llamo en el viaje,

Bruno

—Igual mañana te traigo a Bruno. ¿Te parece mal?

Paloma respiraba con una cierta dificultad, pero Aida había observado que el trabajo de hacer que el aire circulara por sus pulmones era mucho más duro cuando permanecía en silencio, inexplicablemente: como si los pensamientos a los que se entregaba, ese deambular insomne por los territorios de la memoria y el olvido, le exigieran un esfuerzo mucho mayor que la aparente liviandad con que respondía a las preguntas de Aida. Más aún: cuando peroraba parecía no tener ninguna fatiga y su discurso se volvía tan ágil como había sido siempre.

—¿Bruno es el madrileño? El que te pone la piel de un fino... Claro, claro que no me parece mal.

—Lo más gracioso es que pensó en traerse a su padre con él. Está empeñado en que yo escriba su biografía, una especie de memorias, y a mí me da como no sé qué...

—A ti, qué, Aida... Como si no supieras hacerlo.

—Ya, ya sé que sé hacerlo, pero no sé si quiero. ¿Qué crees que me va a contar un fulano que pertenece al bando de los ganadores?

—Hala, ya salió la nieta de Claudia. Qué manía, hija, siempre dividiéndolo todo en bandos. Pareces tu madre, que es peor todavía de lo que era tu abuela...

—Sí, es que es cierto. ¿Qué historia crees que me va a contar? Pues nada: lo malos que fueron los rojos, que vete tú a saber, y lo mucho que tuvo que sufrir y trabajar para sacar adelante el país, bueno, el país no, la patria, codo con codo con toda la gente de orden. Un vencedor. No sé si quiero escuchar sus batallitas. A lo mejor me dan ganas de vomitar.

—Tú ya pasas de los cuarenta, ¿verdad? ¿Y cómo rediós puedes ser tan tonta? —a Paloma la expresión que acababa de pronunciar la hizo toser de la risa—. Ay, neña. Mira que a veces eres simple... Eso van a ser los genes: tu abuelo que era un rojazo, tu padre sindicalista y tu madre, que no era tonta, pero tu abuela la volvió imbécil perdida metiéndole en la cabeza todas las ideas de tu abuelo...

—¿Sabes que cuando la abuela lo veía en la tele decía siempre que se parecía al abuelo? Bruno, quiero decir —a Aida le gustaba muy poco cuando Paloma la llamaba claramente panfletaria, porque en el fondo tenía la sospecha de que algo de razón llevaba, así que lo mejor era dar un giro en la conversación—. Siempre estaba con lo mismo, ya sabes cómo era sacando parecidos a todo el mundo. Ibas con ella por la calle y te volvía loca, venga que si este que viene de frente es igual que no sé quién, o ay, nena, mira, ésa tiene que ser... no, no puede ser, si Carmina tendría ahora noventa años, pues va a ser familia, porque es igualita a Carmina la del Sordu...

—Ah, claro, es el que me dijiste que es actor. No me extraña. Tu abuela siempre fue así. Ya de cría veía parecidos a todos. En realidad, vivía comparando: esto se parece a, esto es como, fulanito tiene un aire a... Me acuerdo de que Andresín se reía, cuando tenían doce años o así y le decía que ella nunca encontraba nada original, que buscaba los parecidos, y que él se pasaba el tiempo buscando lo que había de excepcional en cada cosa y en cada persona. Así fue, que cuando llegó tu abuelo la deslumbró del todo: porque no se parecía a nadie.

—Ya sabes: el amor es eso, según tengo entendido... —sonrió Aida, cayendo de pronto en la cuenta de que Bruno no tenía nada en común con nadie que ella hubiera conocido jamás.

—El amor no existe. Es un invento, te lo aseguro. Y te lo digo yo, que otra cosa no, pero... Bueno, para qué vamos a hablar. Está en nuestra cabeza, lo inventamos, le colgamos a una persona todo lo que necesitamos para ser felices. Y el otro, el pobre,

no tiene nada de eso, así que mientras somos capaces de mantener el engaño, oye, pues la cosa va bien, pero luego llegan los desencantos, porque en algún momento se te cae la venda de los ojos y te das cuenta de que ese hombre excepcional es un pobre diablo.

—Venga ya. Sólo tendría que decirte un nombre, un solo nombre y no podrías seguir manteniendo lo que dices.

—El primer amor es otra cosa. Eso es lo único que es de verdad. Y tú no te aproveches de que tengo muchos años y muchos achaques... Que hablábamos de ti, no de mí —Paloma hizo una pausa y parecía que iba a dejar de hablar, pero emitió algo que se parecía al preludio de un suspiro—. Ay, cómo me gustaría verte casada antes de morirme...

—Eh, eh... No empieces. Yo no me voy a casar nunca. Y con Bruno, menos.

—Pues a mí me gustaría verte vestida de novia. De la casa de Pomar nunca salió ninguna novia para casarse. Bueno, yo, pero eso no cuenta, porque fue una boda tan rara... Todo el mundo pensaba que era que iba en estado y por eso nos casamos así, casi de madrugada y sin fiesta ni nada, porque estábamos de luto. Ahora que lo pienso, en Pomar siempre estuvimos de luto...

Aida no interrumpió. Había aprendido que Paloma no funcionaba como cualquiera de las personas que entrevistaba, a quienes era capaz de sacarles cualquier confesión haciendo la pregunta oportuna en el momento preciso. A ella había que dejarla hablar. Y tenía la sospecha de que aquella tarde, mientras diciembre dejaba convertidos en una procesión de palitroques los árboles de delante del hospital y la montaña un poco más lejos se desleía en un muestrario antológico de ocres y grises bajo un sol triste de conmiserativa moderación, Paloma contaría.

Martes de Navidad de 1923:

Hoy es el día más triste, porque todos teníamos que estar contentos y todo ha sido llorar, ya desde ayer por la noche, que fue la Nochebuena y aunque Dorotea quería quedarse con nosotros Paloma le dijo que no, que fuera con su hermana a Revallines y con todos sus sobrinos, que allí se reúnen y cantan villancicos. Ahora parece que la que manda es Paloma, que ya es bastante grande, porque va a cumplir catorce años, pero tampoco es verdad, tampoco manda, aquí la única que sabe qué hay que hacer es Dorotea. Papá apenas habla, Sidra está loca de remate y Paloma tiene una mirada tan triste, y Dorotea también suspira y dice con lo alegre que era todo cuando los niños... y entonces hace como un puchero y trata de no llorar.

No sé si el niño Jesús nos ayudará. Yo le pedí hoy en la misa con los ojos muy cerrados para concentrarme mucho para que lo cumpla.

Esta casa está tan triste que hasta pasaron de largo todos los niños que andaban pidiendo el aguinaldo y cantando. Los vi desde la galería, venían como disfrazados de pastores y uno intentó abrir la portilla para entrar y los demás le dijeron no, ahí no, ahí no entramos, y se marcharon hacia el puente para pasar a Les Figares.

Los tiempos en que las niñas de Pomar tenían una institutriz habían pasado a la historia, y la incorporación de nuevas monjas y la habilitación de uno de los edificios que componían el conjunto del sanatorio como colegio de niñas, unidas al escaso interés que Benito Montañés tenía por la educación de sus hijas, habían traído como consecuencia que, cada mañana, tras la marcha de Almu y Bego, Paloma cogía de la mano a Claudia y las dos caminaban por las vías hasta llegar al puente de Dos Amigos y luego, una vez en la carretera, subían hasta llegar al colegio. En los últimos tiempos, Paloma estaba tan triste que había dejado de perseguir lagartijas, que por otra parte a Claudia la aterrorizaban, y casi siempre iban en silencio. A Paloma le gustaba caminar por el raíl del tren haciendo equilibrios o saltando a la pata coja de uno a otro, pero ahora ya casi nunca lo hacía, y si Claudia trataba de hacerlo, imitando otros días que recordaba como más felices, Paloma la agarraba del brazo y le decía que se estuviera quieta y se dejara de tonterías.

—Te ha mirado.

—¿Quién?

—Te ha mirado y te ha sonreído, pero no lo has visto y yo sí.

—¿Quién me ha mirado, qué dices?

—El maquinista.

—Qué tontería. A lo mejor no sonreía, a lo mejor ponía una mueca de enfadado contigo porque ibas haciendo el tonto en la vía hasta que tiré de ti.

—Pues vale. Como tú digas. Pero el maquinista te ha mirado, ha sonreído y es tu novio.

Paloma rezongó un *estaniñaesimbécil*, y no volvió a pensar en ello, pero al día siguiente, cuando volvieron a encontrar la máquina justo en el mismo sitio, Claudia tiró de su abrigo.

—Ya verás como hoy te sonríe también.

Y aunque no quiso mirar, miró. Y aunque no sabía si quería ver, vio. Y los ojos oscuros del muchacho se quedaron de tal manera grabados en los suyos que el resto de la tarde y de la noche no pudo apartarlos, e hiciera lo que hiciera, la perseguían, parecía estar observándola desde algún punto justo a su espalda. Alguna vez incluso se volvió repentinamente, convencida de que estaba detrás de ella, aunque era imposible, porque subía por las escaleras de su casa, camino de su cuarto.

—¿Y a ti qué te pasa?

La voz agria de Sidra la sobresaltó.

—¿A mí? A mí nada...

—¿Cómo que no? ¡Estabas sonriendo! A saber qué estarías pensando, pero nada bueno, seguro.

Sidra parecía haber envejecido quince años en los últimos meses. Su pañuelo negro, unas veces más tosco y otras más elegante, no dejaba ver ni un solo cabello, y de paso, intensificaba la palidez y una extraña inflexibilidad de los músculos de la cara, como si viviera en una continua anticipación de los rigores del infierno. Hablaba sola, como si rezara, aunque no parecían oraciones identificables, y había adquirido costumbres pintorescas, como pellizcarse sin parar. No salía de casa más que para ir a misa a Santa Cruz, donde tocaba el órgano y apenas se relacionaba con nadie. Y aunque parecía estar ausente de todo, a Paloma y a Claudia las tenía en su punto de mira: en cuanto las veía sonreír, ahí estaba, implacable.

Y Paloma, enigmáticamente, había comenzado a sonreír. Era como si la sonrisa blanca del joven maquinista hubiera salido volando detrás de ella, como también lo habían hecho sus ojos, y le contagiara las ganas de sonreír también. Porque desde aquel mismo momento, Paloma empezó a sentirse acompañada, escoltada por una presencia invisible y que ella percibía tan real como los objetos y las personas que la rodeaban. Tenía un secreto, y volvía a sentir algo que, para su sorpresa, se parecía a la felicidad.

Así que no pudo dormir. Y al día siguiente, en cuanto salieron a la vía, oteó la presencia de la máquina y cuando la vio venir, el corazón empezó a brincar, mientras disimulaba mirando en dirección a las espineras, que ya iban teniendo brotecitos apenas perceptibles. Sólo cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, miró. Y la ilusión se hizo pedazos en su rostro: el maquinista era un tipo oscuro y con una gran panza...

—Pareces tonta: está en el relevo de la tarde.

—¿Qué dices, enana?

—Que digo que pareces tonta. Tu novio está en el relevo de la tarde.

Había esperado toda la noche, dando miles de vueltas en la cama, preguntándose qué le pasaba, por qué aquel revuelo de mariposas en su cabeza, por qué aquel alboroto de estrellas, sin respuestas posibles, mientras crecía un deseo al que no sabía ponerle nombre, una marea extravagante que tan pronto la mecía como la arrojaba al abismo, desvelada, esperando el amanecer, asomándose cada poco a la ventana con la impaciencia desquiciada por que fuera de día, y ahora resultaba que no bastaba con esa espera: tenía que aguardar a que pasaran las horas en el colegio, haciendo cuentas absurdas y problemas que sabía hacer ya desde que tenía diez años, y tenía

que pasar la mañana, y el recreo, con la novedad de acabar de descubrir que no le apetecía saltar a la cuerda, *Cuándo vendrá el cartero, qué carta traerá...* y la caligrafía, y el rezo del ángelus a mediodía: «*Angelus Domini nuntiavit Mariae, et concepit de Spiritu Sancto*», y volver a casa para comer, y engullir las patatas a la importancia, confiando en que si comía deprisa el tiempo pasaría más rápido, y que no se le notara, que Sidra no le leyera el pensamiento, y peinarse, para ir al colegio por la tarde, pero mirándose al espejo un poco más, preguntándose por primera vez si sería tan guapa como siempre le decían, odiando sus coletas y pensando que tal vez parecería mayor si llevara el pelo suelto, y salir por fin, calculando muy bien la hora, contando los pasos, con la mirada puesta en la curva por la que tenía que aparecer la máquina, y temblar, y cruzar los dedos con el pensamiento, el sonido, sí, era cierto, venía, asomaba ya por la curva, y las piernas que no la sostenían y esta vez sí, ya adivinaba la silueta, y preguntarse si debería mirarlo o no, y responderse que le daba igual, que quería mirar a aquel hombre que la había tenido veinticuatro horas poseída por una sensación tan nueva, tan incomprensible, que necesitaba mirarlo, ver cómo era, ver quién era, y sí, le estaba sonriendo, ya sonreía desde que las vio y Paloma, la intrépida Paloma que nunca había tenido miedo, que podía pelearse con quien se pusiera por delante, la campeona a la hora de lanzar piedras y cazar lagartijas, la que mejor trepaba a los árboles, apenas podía caminar porque las piernas le temblaban de un modo desconocido. Sólo lo miró, tratando de que nada de aquel oleaje extremo que la revolvía por dentro se manifestara en su rostro y pudiera ser leído.

Y él la miró y sonrió, y tenía una dentadura increíblemente perfecta. Y tenía un hoyuelo en una mejilla. Y en esos detalles andaba, cuando apenas se dio cuenta de que Claudia echaba a correr en dirección contraria, como para alcanzar al maquinista, y gritaba:

—¡¡¡Se llama Paloma!!!!

Tuvo que esperar al día siguiente, envuelta en una resaca de confusión y de incomprensible felicidad, pero la respuesta llegó. Justo cuando pasaba a su lado, el maquinista sonrió aún más y gritó:

—¡¡¡Yo llámome Antón!!!

Va Bruno y me dice que si me voy con él a Asturias. A Asturias. Que va a ver a esa novia suya, o lo que sea, la periodista que va a escribir mis memorias. Se notaba de todos modos que muchas ganas no tenía, el otro día lo oí hablar con ella y me dio la impresión de que andan por una de esas crisis de los amores a distancia.

A Asturias. Me dio la risa y no. Es decir, aunque no pude evitar algo así como una pena, la dentellada en el corazón que siempre me arrea el lobo de, yo qué sé, iba a decir de la culpa, pero no quiero decirlo, en realidad me dio un poco la risa. Porque

mi hijo se ha pasado la vida, y ahí sigue, como si nada, pensando que va abriendo a machetazos selvas vírgenes y no se da cuenta de que bajo sus pies hay asfalto. Mi padre, a quien Dios confunda, a veces decía una frase que siempre recuerdo, porque soy incapaz de arrancármela, no porque me resulte particularmente sabia, sino porque ahí está, como las cosas inútiles que no somos capaces de olvidar: «Cuando tú vas, yo estoy de vuelta». Y con mi hijo, siempre es así. Por todos los caminos que él va, ya estoy yo de vuelta. Y me parece que eso ya no lo arregla nadie, porque con cincuenta y ¿ocho?, sí, cincuenta y ocho, ahí sigue. Tal cual.

Pero no fui y él se marchó ayer y me quedó la casa sola para mí. A cambio está llamándome cada dos por tres, y esta tarde incluso se pasó la Lisis por aquí, supongo que con instrucciones de su padre, porque hasta me dio un beso. Como si a mí me importara. Ya dejé de ser abuelo hace mucho tiempo. Se me acabó la ternura para con ellos en el mismo momento en que fui capaz de ver qué pedazo de siesos eran los dos. Lo malo no es que sean consentidos, egoístas, vagos, inútiles, superficiales y absurdos. Lo peor de todo es que no tienen ni humor ni brillo. Nada. Aburridos como... como... Bueno, da igual, no encuentro nada que sea lo bastante aburrido para compararlos. Como setas, mismamente.

Así que aquí estoy, con la casa para mí, y gracias a ello he salido al Supercor y me he comprado todas las mierdas que Bruno no me deja comer. Flanes a mansalva. Bollos. Dónuts. Y hasta me he traído unos chorizos tiernos que pienso freírme con patatas y huevos. Espero que Bruno no investigue demasiado, porque a todos los efectos, me comeré el puré y el pescado que me haga Mariutza, o como se llame la rumana, que yo la llamo Maruja y me quedo tan pichi. Pero en cuanto ella se marche, yo a lo mío. Sólo me faltaba, con lo que me queda, limitar mi comida a lo que los médicos me digan.

Con la casa para mí, podría aprovechar para mil cosas, pero, no sé por qué razón, me da por pensar que tendría que aprovechar este silencio para seguir confesándome. Aunque luego me siento aquí delante, veo mi cara en el recuadro de la pantalla y me cuesta. Podría confesar con un cura, pero, con la cosa del secreto de confesión, sería como si se quedara para mí. Claro, que tampoco sé si quiero que salga de mí.

Esto es muy complicado y me da mucha pereza. Hay un tiempo del que tengo que hablar y no sé por dónde empezar a hacerlo. Porque es duro, porque lo he guardado durante años, porque siempre he creído que determinadas cosas están mejor donde están: o sea, dobladas y guardadas en el fondo de un armario.

Bien. Se trata de tomar aire. Y de empezar a contar la historia de las verdades anudadas. Se trata de no apartar la vista de mis propios ojos en la pantalla, que no me miran a mí, porque para eso yo tendría que mirar al agujerito ese que se supone que es la cámara y entonces no podría mirar a la imagen. No lo había pensado, pero

eso está bien: no es como un espejo. Me miro a mí que estoy mirándome a mí mismo. Es una buena metáfora para empezar a hablar de cómo era Madrid aquel día en que empezamos a creer que otro mundo era posible, porque, con toda la inocencia bendita y todo el entusiasmo, ajenos a todo lo que sucedería antes de que terminara la década, saltamos de júbilo y llenamos las calles, porque habíamos parido la Segunda República...

Paloma aprendió las infinitas posibilidades placenteras que se derivaban de la pronunciación de los fonemas que componían el nombre de Antón. Aquella combinación nasal alveolar por partida doble, particularmente fascinante al colocarse delante de la *t*, eje central del nombre, que la contagiaba de la oclusión sorda y dental de ésta, y de las vocales: la *a*, que abría el mundo como un telón de teatro o un ventanal, y la *o*, que, gracias a aquel acento, clausuraba sin remedio y con contundencia, a la manera de una cerradura en la que el universo entero se terminaba en el instante mismo en que la *n* final, prolongada como si necesitara atraparlo para siempre, le dejaba un rumor de cosquillas en algún punto confuso entre la boca y la nariz.

Escribía poemas torpes en que el nombre del maquinista rimaba siempre con corazón o con ilusión o con carbón, y los borraba enseguida si los escribía en su pizarra, cuando estaba en el pupitre de la escuela y sor Esther hablaba de cómo Dios le había dicho a Noé que recogiera una pareja de animales de cada especie, y ya no se le iba la cabeza como antes, que, a partir de las palabras de la monja, ella encontraba dudas por todas partes, porque a ver Noé, con lo mayor que era en la ilustración de la enciclopedia, a ver cómo había hecho para capturar a todos aquellos animales: ni lagartijas se lo imaginaba ella cazando, como para haber tenido tiempo para viajar a la selva a buscar leones, o serpientes. Para cuando hubiera terminado, ya habría dejado de llover... Y ahora todo era Antón, su nombre irrebatible, la palmaria decisión de defender su secreto hasta la muerte. Escribía el nombre de Antón en todas partes, en el vaho que se formaba en los cristales de la ventana de su cuarto por las mañanas, cuando la primavera aún guardaba memoria del invierno y reproducía, cada vez con menos entusiasmo, la ceremonia de la helada nocturna. Y ponía buen cuidado en disimular después las letras, uniéndolas con palitos imprescindibles para enmascarar lo escrito, para convertir en un jeroglífico irreconocible el nombre que amaba, porque había que estar alerta: los ojos de Sidra acechaban siempre, rastreaban, fiscalizaban. Los ojos de Sidra, que hundían sus raíces en el desconsuelo, la amargura y la locura, por un incontrolable proceso químico se manifestaban con un único objetivo: la implacable persecución de todo aquello que se pareciera a un reflejo siquiera de lo que podía ser la felicidad. Escribía su nombre en el pretil de la carretera y lo tachaba después para que nadie pudiera leerlo. Escribía su nombre con las migas de pan que quedaban sobre el mantel después de la cena, disimulando las

letras. Escribía su nombre en su cabeza, rescatando las letras sueltas de cualquier frase que alguien dijera, abstraída en el laberinto de su propio pensamiento, que la había convertido en una extranjera en su propia casa, en una extraña entre los suyos, que tampoco estaban en condiciones de evaluar su conducta, en una habitante del territorio de una fábula que se iba inventando, enhebrando las horas con el único objetivo de encontrarse camino de la escuela con la máquina de carbón, de vuelta ya de Sovilla, con los vagones vacíos, después de dejar su carga en el lavadero. Paloma aprendió el lenguaje de las vías a la vez que masticaba los fonemas de su nombre, a interpretar los sonidos, a calcular las distancias, a distinguir los bufidos del animal metálico que formaba parte inexcusable del paisaje de su vida y siempre había contemplado con la mayor de las indiferencias, a contar las traviesas apenas visibles por debajo del polvo de carbón que se iba acumulando, a imaginar cosas a las que ni siquiera se atrevía a poner nombre, y a soñar durante horas enteras, escapándose de una realidad insoportable que había convertido la casa de Pomar en una especie de panteón portátil que acumulaba muerte, desidia, amargura y devastación.

Así que Paloma vivió durante semanas, durante aquella primavera inverosímil, en un universo paralelo, mientras su cuerpo deambulaba por la casa y se lavaba la cara con el agua más fría porque le daba la impresión de que su piel brillaba más si lo hacía así, y se peinaba con la mirada puesta en unos ojos que no eran los suyos —y sin embargo, la miraban más de lo que ella sabía mirarse—, pero a la manera en que flotaba la sonrisa del gato de Cheshire en la ilustración de un libro que Claudia había adoptado como su libro de cabecera, su mente viajaba por otros mundos diseñados a la medida de su deseo. Y siempre estaba Antón, con quien en todo ese tiempo (desde aquel día de finales de febrero en que sólo la pronunciación de su nombre parecía haber sentenciado la profundidad de sus sentimientos, pasando por un marzo que trajo consigo más lluvias de las que nunca se recordaba, y un abril desmesurado de días risueños) no había intercambiado otra cosa que miradas y sonrisas bajo la atenta complicidad de Claudia.

Bastaban. Tenía suficiente con su mirada, que la conmovía hasta extremos imprevisibles cada tarde desde la locomotora que tiraba de los vagones, el hoyuelo en la mejilla izquierda, la sonrisa tan blanca, la cara siempre ligeramente tiznada, la chaqueta de mahón, la camisa gris y sus manos, que a veces le hacían un gesto de saludo, para alimentar las horas de las clases tediosas de las monjas en aquel último curso en el que lo único que parecía importar era conseguir la perfección en el arte del bodoque, el bordado de Parma, el punto de Palestrina, el mallorquín, el *hardanger* y el *smock.* Y Paloma siempre había odiado bordar, así que con las manos puestas en modo automático, permitía que su mente vagara y su imaginación, siempre tan fértil, ideara modos y maneras, dibujara futuros imprecisos, conjurara la vida, que en la casa de Pomar parecía haber huido por la puerta de atrás dejando a su paso un estropicio de derrumbe y congoja. Paloma era feliz, en mitad de aquel páramo de

desconsuelo en el que se movían el resto de los habitantes de la casa, el resto de los habitantes del mundo.

Y entonces, Claudia enfermó.

Empezó por un catarro que no terminaba de curarse, una tos testaruda y agrietada, y don Efrén, después de examinarla cuidadosamente, torció el gesto y dictaminó que tenía que reposar, comer mucho y bien, tomarse un montón de remedios que hizo traer desde una farmacia de Mieres, y no asomar la nariz a la calle.

La enfermedad de Claudia trajo consigo un nuevo argumento para enarbolar la bandera de la fatalidad, que poco a poco se aproximaba al rango de maldición y que tenía a Dorotea pensando seriamente si no sería preciso decirle a don Macrino que bendijera la casa y a sus habitantes, porque no parecía otra cosa que el demonio hubiera entrado en aquel recinto sumiendo en la desgracia a todos los que allí vivían. Sidra andaba en pensamientos similares, pero tamizados por sus propios desajustes, lo que la llevó a establecer una serie de rutinas a medio camino entre la devoción cristiana y los ritos paganos, con velas encendidas por todas partes, que Dorotea se encargaba de apagar especialmente por las noches, convencida de que la siguiente hecatombe familiar, en el caso de que Claudia se salvara, sería seguro un incendio devastador. Benito Montañés, por su parte, acentuó la frecuencia de su jaculatoria favorita: «Yo soy el siguiente», para que no hubiera ninguna duda y al ángel o al santo (él nunca tenía muy claro qué funciones correspondían a cada cual) que se encargaba de ese negociado no se le pasara el orden de la entrega del alma al Señor. En lo que a él se refería, tenía muy claro que ya no podría enterrar un hijo más.

La única que permanecía ajena, en su mundo de ensoñación, era Paloma, que se sentaba en la cama de Claudia, jugaba con ella, le leía libros, le contaba cosas y no sentía ni el más leve temor de que peligrara su vida. El amor y la ilusión tienen la extraña particularidad de minimizar los miedos hasta extremos que podrían confundirse con la inconsciencia, y que, en general, suelen resultar bastante más útiles.

La enfermedad de Claudia tuvo una consecuencia inesperada: como dejó de ir al colegio, Paloma hacía sola a diario el recorrido desde la casa de Pomar hasta el sanatorio, donde estaba acondicionado uno de los edificios como escuela de niñas. Y por tanto, cuando se encontraba con Antón y la máquina, iba providencialmente sola. Y eso cambió sustancialmente las cosas.

Le dijo a Jimena que aquellos dos días de Taramundi fueron geniales. Dijo *geniales,* pero estaba pensando en *felices,* aunque el pudor impedía expresarlo así. A Aida, ser feliz le daba como vergüenza, y confesarlo, más aún. Así que le dijo a Jimena que habían sido dos días geniales que taparon los agujeros de dudas y temores que

llevaban meses desordenándole el deseo y la conciencia. No le comentó, porque le pareció una tontería, el extraño mutismo de Bruno cuando volvían en el coche tras una observación de ella y la frialdad con la que él pronunció la palabra *boutade* para definir aquel comentario que tuvo que ser trivial, ya que ni recordaba de qué hablaban, porque aquella nota discordante había quedado sepultada por la sensación de felicidad inquebrantable. Le habló de las horas paseando por caminos en los que las hojas de castaño crujían heladas bajo los pies. Y de la sonrisa de Bruno entusiasmado con el molino de Guxo, y su imparable verborrea durante las cuatro horas de ruta que se habían tirado caminando desde Bres. Le habló también de cómo le gustaba escuchar a Bruno, el calor que nacía de sus palabras y la envolvía como una prenda de lana dulce y familiar. Y aunque supo que Jimena pensaba que claro, como que era actor, no iba a saber envolverla con su voz, no le decía nada porque nada podía quebrar el estado de felicidad que aquellos días le habían procurado. Le habló de la chimenea de la habitación, de las horas envueltos en una manta, de cómo la hacía sentir Bruno, tan diferente a todos los hombres, tan ajeno y a la vez tan próximo, como si viniera del mismo lugar del que ella procedía, como si en otra vida, como si... Le habló sin cansarse de las horas interminables del desayuno contemplando el valle y del sabor de la mermelada de arándanos; del modo en que inventariaban sus vidas entre besos y de la necesidad urgente de vaciar en él su biografía entera; la irrenunciable carga familiar de ausencias y mitificaciones; la relación desapasionada de novios que Bruno insistía en clasificar abriendo una carpeta mental para cada uno de ellos, aunque los dos sabían que era una impostura; el relato pormenorizado de sus constantes miedos a la guerra cuando era niña, a que volvieran los malos; y aquel sueño en el que veía a su padre, siempre tan ausente, marcharse a lomos de un caballo blanco; de su miedo a los indios cuando era pequeña y veía películas en la tele; de las amigas que fueron quedando prendidas como mariposas en las páginas de su pasado; del primer chico que la besó en el patio del colegio y del día que se hizo pis en clase; de su profesora de matemáticas en BUP y las dudas que tuvo entonces acerca de su sexualidad, porque soñaba con ella y la enloquecía su perfume; de la tele en la salita con el tresillo de escay y del olor a imprenta, a tinta recién nacida que salía del cuarto de su abuela, donde se amontonaban carteles, octavillas, ejemplares recién editados y que luego se venderían de *Mundo Obrero;* de las primeras medias que se puso y la carrera que se hizo antes de salir de casa y de sus lágrimas volviendo a meterse en unos vaqueros viejos, convencida de que lo de ser pija estaba claro que no iba con ella; de Nicaragua y de Asier, sobre todo de Asier, aunque sentía que lo último que quería era hablar de él y seguramente por ello no mencionó detalles, los pormenores de aquella historia extraña con el joven fotógrafo desaliñado e irresistible que había puesto alegría en su vida y la había hecho bailar por todas las habitaciones de la casa que habían compartido... Pero todo esto no se lo contó a Jimena, le dijo sólo que habían inventariado sus vidas, y ocultó que cuando Bruno le hablaba, tumbados los dos

sobre la cama en la madrugada imperturbable, a veces una sola palabra y el modo en que la pronunciaba la enganchaban y se la llevaban con ellos como si fuera a lomos de un hipocampo por el fondo marino, perdida entre algas y burbujas, sólo guiada por la voz, por el sonido cóncavo de la conocida voz de Bruno, y hasta se había quedado dormida mientras Bruno le contaba algo acerca de la búsqueda de los paraísos en Ibiza, mecida por la cadencia de su voz, rebelándose, y rendida sin embargo, a la implacable victoria del sueño. Y que en algún momento le pareció oírle decir te quiero, pero seguramente estaba soñando.

También le habló de todas las risas, que habían sido muchas: de Bruno tratando de pronunciar palabras en asturiano, de su incapacidad, similar a la de todos los madrileños y los foráneos en general, de hacer coincidir sustantivos y artículos: «las castañes», «una fabe», y de que una de las huéspedes del hotel lo reconoció y le pidió un autógrafo y luego le dijo que siempre lo confundía con Santiago Ramos, y que ella se había reído, porque ya era una vieja broma entre ellos, y luego se habían quedado muy serios, porque de pronto se daban cuenta de que ya había «viejas bromas» entre ellos, y ya empezaban a tener historia.

Le habló a Jimena de cómo Bruno le había calentado las manos heladas mientras paseaban por el puente de la Escaderna, justo antes de iniciar aquel camino escalonado que los había llevado a la cascada donde se habían hecho aquella foto que también le enseñaba, como los otros cientos de ellas, en la pantalla del portátil, y en la que Bruno, con chaqueta de cuero y un jersey de lana de color crudo y vaqueros negros, le pasaba el brazo por los hombros a una Aida con la nariz enrojecida y los ojos brillantes.

—Gladys, la chica paraguaya que viene a casa a limpiar —comentó entonces Jimena—, siempre me decía que mi hijo Quique iba a durar mucho tiempo con su novia, con Sandra, ¿la recuerdas?, ya sabes, cuando iban al instituto el año pasado. Ella dice que cuando mira a una pareja siempre sabe si van a durar o no. Que se sabe porque los amantes así para toda la vida proceden de un mismo cuerpo y se han desgajado y han vivido muchas vidas hasta volver a encontrarse. Y cuando se encuentran, si te fijas bien, se parecen: por eso, porque han sido una sola persona y vuelven a serlo. Sí, vale, con Quique falló estrepitosamente, pero ¿sabes qué, Aidita? Tú y Bruno tenéis un aire, qué digo aire, os parecéis un montón, tía... Esta historia es para siempre, te lo diría Gladys, pero te lo digo yo, que vale lo mismo.

Martes, 6 de mayo de 1924:

Escribo muy poco en el diario porque leo mucho. Y Paloma me pone cuentas y me pone copias y dictados y nunca tengo ninguna falta. Pero lo que más hago es leer, todos los libros: de cuentos y de animales, y de la geografía y de todo lo que puedo. Y de la Espasa, que le digo a Sidra que me traiga uno de los tomos que

tiene papá en la biblioteca y ella me dice de qué letra y yo le digo que me da igual, pero a veces se le olvida y no me lo trae y entonces tengo que llamar a gritos a Dorotea para que me oiga si está en la cocina, y si viene Dorotea siempre viene con algo, para no hacer el viaje en balde según dice: leche de la que ordeña Migio, que me deja bigote, y un buen pedazo de ese bizcochón amarillo que hace con muchos huevos, para que me ponga bien, y hasta que no me lo tomo todo no me trae el libro.

A mí me gustan los libros de la Espasa, me da igual de qué letra porque en cada uno encuentro millones de cosas que me gustan, y aunque la letra es pequeña, yo lo leo igual, y a veces para que entre más luz Dorotea aparta los visillos y los pasa sobre las contraventanas, y entonces se ve mejor.

Pero no hay mucho más que contar, aunque ya llevo aquí en casa más de dos meses, sin ir a la escuela. Ahora por lo menos no sangro al toser, que antes me asustaba mucho cuando me pasaba, pero don Efrén dice que todavía tengo que guardar reposo y comer mucho para ponerme fuerte, y menos mal que leo porque, si no, menudo aburrimiento de casa, menos Paloma que está muy contenta y yo sé por qué y es un secreto. Yo sé que está de novia con Antón y a mí me pone contenta, pero tenemos que tener cuidado de que nadie se entere, así que cuando ayer casi descubre Sidra que Paloma se había escapado por la noche, tuve que ponerme a armar un buen jaleo tosiendo y tosiendo, que casi me da un ataque de verdad por hacer como si tosía y de tanto forzar me salió un poquitín de sangre, y entonces claro, todos en mi habitación y yo haciendo tiempo para que a Paloma le diera tiempo a volver y colarse por su ventana. Hoy le he dicho que tenga mucho cuidado porque yo no voy a poder taparla siempre.

Entre las numerosas y casi siempre convergentes perversiones de Gustavo Bartomeu, observar los comportamientos privados de las personas era tal vez su favorita, en tanto que le permitía la posterior recreación de escenas y las consiguientes ramificaciones imaginarias en su pensamiento.

Por ello, asomarse cada noche a la ventana de la última planta de la casa y espiar la iluminada habitación de Paloma con sus prismáticos Bausch and Lomb proveía al ingeniero de un catálogo de imágenes que su capacidad para montarse historias transformaba en inequívocos signos de comportamientos procaces. Que Paloma no cerrara las contraventanas y su silueta detrás de los finos visillos dejara un espacio para la fabulación la convertía en una niña perversa que visitaba sus fantasías combinando la más infame lujuria con la más poética ensoñación. Así, Gustavo Bartomeu aliviaba sus urgencias genitales y de forma inmediata escribía mentalmente versos octosílabos con rima consonante y esquema métrico de quintilla, que era la única composición que le sonaba, aunque nunca encontraba el quinto

verso que redondeara sus sentimientos tan excelsos como enlodados habían sido los efluvios masturbatorios.

Gustavo Bartomeu estaba hecho un lío, en definitiva.

Para intentar poner un poco de sosiego en aquella imaginación desbocada y en las consecuencias de ésta, visitaba con frecuencia la casa de Pomar, con la excusa de ver a Benito Montañés y comprobar la evolución de aquella postración tan aparentemente incurable, pero también para ver de cerca a Paloma y cerciorarse de que todo era una extravagancia impropia de una persona de su edad y gobierno. Así, muchas tardes acudía a la casa, abría la portilla de madera y no podía evitar un sentimiento de abandono que, como un perro indolente, deambulaba por el pequeño jardín de delante de casa, y que no tenía que ver a la fuerza con el descuido sino con una tristeza ocre que colgaba como flecos invisibles de las ramas de la forsitia y de la camelia, y se deslizaba por la pared amarilla de la fachada, confundiéndose con la melancolía de la buganvilla. A veces se encontraba con Camino, que salía de hacer su propia visita a la familia, pero la visión de la mujer había dejado de perturbarle, solapada por la inexplicable fuerza con que se imponía la pubertad de Paloma, aquel arrebato de redondeces esbozadas y ojos de luz recóndita. Lo malo de todo aquello era que cualquier encuentro con ella solía saldarse con un saludo cortés e indiferente y una rápida desaparición por cualquier puerta, o un veloz trote escaleras arriba, casi siempre seguido de la voz avinagrada y condenatoria de Sidra, reconviniéndola por el ruido y la inconveniencia de su acelerado ascenso.

Con Benito Montañés trataba de establecer algún tipo de conversación mientras con el rabillo del ojo vigilaba el trozo de escalera de madera que podía contemplarse a través de la puerta entreabierta, y por donde esperaba que en cualquier momento, con un vuelo de organdí o de franela, aparecieran las piernas de Paloma, saltando impetuosas y sutiles dispuestas a convertirse en el argumento de sus sueños. Le hablaba de minucias relacionadas con la empresa, pero la indiferencia continuaba siendo la única respuesta del director, que parecía obstinado en predecir la inmediatez de su muerte. Sabía que en Madrid se estaba considerando la posibilidad de jubilarlo, puesto que su cometido en la Sociedad Hullera se limitaba a un paso fugaz por la oficina, en la que deslizaba la vista por papeles que ni siquiera leía y firmaba lo que le decían que tenía que firmar. Pero este extremo, que también estaba en suspenso debido a la mala salud del propio Marqués, no solía mencionarlo, como también se callaba que él mismo se encargaba de revisar y supervisar la escasísima actividad laboral del que en otro tiempo fuera fidelísimo servidor de la empresa. Las consecuencias de la jubilación de Montañés podían hacer que el tablero del Coto de Aller experimentara movimientos que, si no se andaba listo, le afectarían sin duda.

Por eso, además de por el incendio que le provocaba la presencia de Paloma y los encendidos rescoldos que se llevaba en su memoria para atizar pasiones nocturnas, acudía con frecuencia a Pomar, del mismo modo que vigilaba cada uno de los pasos,

cada uno de los papeles, cada una de las órdenes o las decisiones que se cocinaban en el despacho del director en el edificio de oficinas de Ujo.

Vigilaba de cerca a Benito Montañés y vigilaba con prismáticos las idas y venidas por el cuarto de Paloma. Conocía de memoria todos sus movimientos, el modo en que se cepillaba el pelo castaño, el momento sublime en que se quitaba el vestido y se ponía el camisón, y durante un instante su cuerpo tenía consistencia de luna, y aquella tendencia extraña de la criatura a asomarse a la ventana durante horas, antes de meterse en la cama y apagar la luz.

Por eso le pareció tan raro que, avanzada la primavera, una noche Paloma, en lugar de ponerse el camisón y cepillarse el pelo, se pusiera una ropa inesperada: una camisa, un pantalón y la melena recogida en una gorra, que, si no se equivocaba, era la misma que llevaba la noche de la verbena de San Isidro casi un año atrás.

Lo sorprendente no había sido eso. Gustavo Bartomeu se quedó de piedra al comprobar que, tras ataviarse de aquel modo, Paloma apagaba la luz. Aquello era muy raro. ¿Se vestía de hombre para acostarse? ¿Para acostarse? No. Forzando mucho la vista, el ingeniero de la imaginación desorbitada había comprobado que Paloma abría la ventana, se reblagaba y se deslizaba por la pared como un gato, aprovechando (ya se fijaría cuando fuera de día) alguna bajante del canalón. Trató de seguir su sombra con los prismáticos, pero la noche no era demasiado clara y, por mucho que intentó escudriñar, lo único que pudo ver fue la máquina del carbón, que aminoró su marcha al pasar por delante de Pomar, seguramente porque aquella inconsciente habría cruzado sin mirar y habría estado a punto de suceder una desgracia.

Antes de terminar de anotar en la Moleskine el nombre de Antón, Aida estornudó tres veces seguidas. Acababa de sentarse en su mesa del periódico con el frío de la calle todavía inscrito en la bufanda que estaba tratando de desanudar. La lluvia parecía haber desobedecido a su memoria de milenios y a la más elemental ley de gravedad y había adoptado la horizontalidad como única trayectoria, todo con el aparente objetivo de dejarla convertida en una especie de pollito empapado, en el breve trayecto desde el café Diario. El mar de diciembre en aquella mañana lluviosa prolongaba su movimiento acuoso en el mismo aire y no quedaba muy claro dónde estaban las fronteras entre una cosa y otra, y en la duda los barcos del muelle en un bamboleo inconstante y caótico ni se atrevían a recordar que una vez habían sido blancos y relucientes y el mar había sido azul.

Salvo el temporal, que había dejado alguna información anecdótica centrada en las salidas de bomberos que cubría un fotógrafo, el día se presentaba mortalmente aburrido, así que mientras aguardaba una llamada que le permitiría cerrar la página de Municipal, Aida anotó algunas cosas y su cabeza se fue de la realidad lluviosa de

diciembre a la primavera de 1924, a la casa de Pomar y a las furtivas escapadas de Paloma por las noches para encontrarse con Antón.

Años atrás, cuando la ruptura con Asier la sumió en un estado confuso en que se mezclaba el dolor con la urgencia de recuperarse a sí misma, la parte de ella que parecía haberse ido para siempre enganchada en los rizos del fotógrafo, Paloma, sin que se supiera muy bien si por una cuestión de solidaridad femenina o porque necesitaba hablar de aquellas cosas que siempre habían sido patrimonio de lo secreto, le desveló la biografía sentimental que se iniciaba justamente en la máquina de carbón que pasaba por delante de la casa de Pomar, y en aquel muchacho que a ella, entonces una adolescente de catorce años, le parecía tan mayor y que tendría poco más de veinte. En aquel momento, como muchas otras veces en su vida, Aida había caído bajo el hechizo de la seducción de las historias que están pidiendo a gritos ser contadas, ser convertidas en una de esas novelas que atrapan, cautivan y arrebatan a los lectores. Después, como casi todas las cosas, lo había ido dejando pasar, creyendo que algún día retomaría la idea, y escribiría la historia de los amores de Paloma, seguramente una mañana como aquella de diciembre, con temporal tras los cristales, seguramente sentada en la mesa del periódico en la que pasaba la mayor parte de su vida.

Entonces, en esa mañana que tal vez era aquella misma, Aida empezaría a contar cómo los días de la enfermedad de Claudia habían traído consigo que los encuentros a distancia (él a bordo de la máquina, ella caminando por las vías) entre Paloma y Antón fueran ganando en una intensidad que sólo podía manifestarse en el incendio que dejaban en el aire las miradas, en la brevedad de las palabras que no iban más allá de un hola que alimentaba noches enteras de fantasía, en el modo en que Antón aminoraba la marcha cuando la veía desde lejos, para quedarse durante unos segundos más con su imagen, y advertir que llevaba el pelo húmedo, o que tenía las mejillas más sonrosadas, o que se había cortado el flequillo. Y contaría también la angustia de aquella tarde cuando ella oteaba la vía por donde tenía que venir él y no venía, a pesar de lo medidos que tenían los tiempos, y la enorme sorpresa cuando el sonido esperadísimo le llegó, pero por detrás, porque él lo había pensado todo, y había acelerado los ritmos para que la salida de Paloma camino del colegio lo pillara justo bajando en la misma dirección, y la audacia impensable cuando aminoró la marcha hasta detener casi la máquina y estiró el brazo para darle la mano, y hacerla subir. Tendría que contar entonces el rubor de ella, el modo en que le temblaban las piernas y se le agitaba el corazón cuando se vio subida en la máquina, y la intensa turbación de sentirlo tan cerca, aquella mezcla innominada de sensaciones, el pánico a ser descubierta y la felicidad desconocida, y aquel rumor de amapolas o de nubes, el estado de flotación cuando, llegados al puente de Dos Amigos, apenas unos metros más allá, él volvió a aminorar para dejarla allí y ella de pronto, de nuevo en el suelo, no supo si había tocado el cielo o si aquellos ojos y aquella blanquísima sonrisa

que llevaría inscritos en el corazón ya para siempre eran el presagio del mismo infierno.

Aquella ceremonia de brevedad inusitada y de intensidad inexplicable se repitió durante tres o cuatro días, aunque Paloma había sido muy precisa: fueron tres días, un miércoles, un jueves y un viernes. «El sábado sólo íbamos al colegio por la mañana, para rezar más que nada, y el domingo lo pasé en la galería, muerta de impaciencia por que llegara el lunes y pudiéramos encontrarnos.»

Pero el lunes había traído consigo su propia fatalidad, y Sidra, que nunca salía de casa, se había empeñado en acompañarla justo a esa hora porque quería ir al sanatorio a hablar con la superiora de algún asunto relacionado con Almu y Bego. Paloma le había dicho que se había sentido morir. Después de cuarenta y ocho horas contando los minutos, febril para volver a encontrarse con Antón, había sentido que el mundo terminaba en aquel mismo instante. Y Aida había sonreído entonces, porque recordaba esa misma sensación, la urgencia, la convicción plena de que si no veía a Asier justo en ese momento, caería fulminada, la incapacidad para ver que detrás de esa hecatombe mayúscula hay otros días, otros encuentros y tanta vida.

«Como no veíamos la tele porque no existía, pensábamos mucho», le había dicho Paloma, y aunque se había sentido próxima al desmayo cuando acompañada por Sidra oyó a su espalda el silbido de la máquina antes de dar la curva, y aunque no se había vuelto, había sido capaz de dibujar en su imaginación el gesto de desilusión del maquinista al ver la figura oscura y severa de su hermana. Así que la tarde en el colegio, mientras bordaba de manera mecánica lo que sería un mantel más para un ajuar interminable, su cabeza había tenido su propio itinerario y había sido lo suficientemente audaz como lo era hasta hacía muy poco tiempo a la hora de trepar a las ramas más inaccesibles. Se sabía de memoria los horarios de la máquina, y por las noches, hasta que él terminaba el turno, a medianoche, se pasaba las horas en la ventana aguardando el sonido inconfundible de los vagones, tratando de adivinarlo en la locomotora, intuyendo la luminosa sonrisa, las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos, el mentón desafiante, las manos. Y con la decisión suicida generada por la desilusión del encuentro frustrado de la tarde, había salido por la ventana y se había descolgado desde el primer piso hasta el suelo, agarrándose a los alambres que sujetaban la buganvilla a la pared y saltando de ahí a las ramas de la camelia más grande. El vestido se le había enganchado y en su prisa por llegar a la vía se había hecho un desgarro que ya pensaría en cómo justificar, porque en aquel momento lo urgente, lo que hacía que su corazón estuviera a punto de estallar, era llegar a la vía y avanzar lo más posible hacia Bustiello, lo justo para esperar la llegada de la máquina en la curva, a medio camino entre su casa y la del médico.

Paloma se emocionaba recordando aquella noche, el modo en que se plantó en mitad de la vía en cuanto intuyó el rumor que la anunciaba de lejos, sin pararse a pensar que si Antón iba despistado era posible que ni siquiera la viera hasta que

estuviese encima, que podía morir a lo tonto. Sólo quería verlo, estar con él, subirse a la máquina, sentirlo cerca.

Él le dijo que estaba loca, pero la abrazó tan fuerte que no sabía si estaba soñando, y sin soltarle la cintura avanzó con ella sin dejar de atender las exigencias de la locomotora, hasta que estuvieron cerca de Sovilla y entonces le dijo que se agachara, que bajo ningún concepto se le ocurriera salir de aquel hueco, mientras él efectuaba las maniobras encaminadas a dejar el carbón en el lavadero, entre comentarios triviales y risas con los obreros encargados de la maniobra. Fue él también el que le dijo que las cosas había que hacerlas bien, y que si los pillaban se podía armar la marimorena, pero fue ella quien desplegó las estrategias y apuntó la posibilidad de vestirse de chico, porque ella estaba dispuesta a escaparse cada noche para estar con él. Sin embargo, fue él quien, conociendo los riesgos, accedió a los encuentros y los convirtió en el centro de su existencia. Y cuando al día siguiente, ya vestida con la ropa de Manuel y con una chaqueta de mahón suya que él le echó encima, convenientemente tiznada, la besó en la boca y le dijo que era la primera vez que besaba a un chico, se sorprendió del cataclismo que las palabras de ella, el temblor sonrosado de sus mejillas, la voz que parecía llegar de algún lugar próximo al paraíso, iban a dejarle para siempre:

—Yo también.

Hablaban por teléfono casi todos los días y los correos electrónicos habían sido sustituidos por sms telegráficos, algunos incluso tiernos, pero desprovistos de la pasión por la palabra de los primeros tiempos. Aun así, a ratos Bruno se debatía entre una ternura plácida, un deseo feroz y una colección de indicios que presagiaban cansancio, la repetición exacta de los pasos que habían conducido al naufragio en cada una de sus historias de amor. A veces se moría de celos, imaginando la vida de Aida, tan ajena y tan lejana, y bastaba que ella lo llamara dos veces seguidas para presentir el agobio asesino rondando por los callejones de su corazón.

Los días que habían pasado juntos en Taramundi habían sido maravillosos, pero la realidad era Madrid, sus calles gastadas, el rodaje de la serie y, lo que era peor, lo que venía después del rodaje, es decir, la nada. La realidad era el deambular de su padre por la casa buscando con desesperación las gafas que llevaba colgadas al pecho, y la sensación de pérdida, no sólo de la figura paterna, que se diluía lenta pero implacablemente, sino también de su propia referencia histórica, como si las ramas paternas de su árbol genealógico hubieran sido desgajadas por un huracán incomprensible. Y aquel silencio insoportable que se instalaba entre ellos y que era hijo del miedo de ambos a lo que se avecinaba, como si callando y haciendo poco ruido fuera posible conjurar la inevitable derrota. La realidad era visitar a Marisa y

sentarse a su lado en el pequeño piso de Fuencarral, el mismo que habían compartido en los primeros años, por cortesía de los padres de ella, y encontrarse allí con detalles olvidados de su vida cotidiana: el bote donde guardaba el café con dibujos de pájaros exóticos, un imán de la nevera con forma de las máscaras del teatro que se habían comprado en un puestecito callejero en Roma, los cojines de raso granate que se trajeron de Marruecos, una benditera que ella quiso comprar en Sintra y que a él le parecía horrorosa. Y prendidas en las paredes, invisibles y secretas, las claudicaciones, los temores, el desamparo. Todo lo que veinticinco años atrás ya existía y se había convertido en inclemente hasta expulsarlo de allí, en complicidad con la cada vez más insoportable tendencia a la bebida de ella, y los gritos y los reproches. Tanto tiempo después, entraba en aquella casa y en algunos momentos no era capaz de explicarse que hubieran pasado tantas vidas, aunque el rostro anguloso de Marisa, sin maquillaje y con el pañuelo en la cabeza que evidenciaba más que ocultaba los estragos de la quimio, fuera la prueba irrefutable de que el tiempo había transcurrido y nada de lo que habían sido permanecía allí: si acaso la sombra, el recuerdo inconsistente, la pena.

Una de aquellas tardes habían coincidido inexplicablemente los cuatro, y habían reproducido una ficción de familia que se prolongó en una cena con sashimi hotategai, tempura maki y langostinos con salsa de pimienta, que habían subido del Jazmín. Aquella noche, que rieron y hablaron como nunca lo habían hecho, Bruno tuvo la sensación de que se había producido una fisura en el tiempo y había accedido, por uno de esos milagros imposibles de la física, a su otra vida. A la que habría tenido si la historia con Marisa no hubiera sido aquel fracaso estrepitoso, si hubiera permanecido a su lado, si los niños hubieran crecido con la sensación de nido que les había sido arrebatada.

Luego, cuando Óscar y Lisis se fueron, Marisa le había pedido que se quedara y había sentido el llanto próximo al tomarla en sus brazos, el cuerpo enflaquecido de ella temblando en antiguos ritos, y una existencia entera desfilando en imágenes apresuradas, que no explicaban nada, que anudaban las derrotas a las promesas, y a los miedos, y al vacío. Como si el sexo guardara la memoria de la vida y albergara siempre el augurio del porvenir.

Pero el futuro había sido un amanecer en fuga, la vuelta a casa por calles desiertas y el móvil en silencio en el que latían con una vida propia tejida con deseo y celos cinco llamadas perdidas de Aida y un sms que decía, únicamente, «te quiero».

De las recomendaciones de Efrén Rubiera para la enfermedad de Claudia, sólo una se incumplía con cierta frecuencia. La habitación se aireaba mucho, la alimentación de Claudia era impecable y las medicinas se administraban puntualmente. Sólo el régimen de visitas (poco tiempo, a distancia prudencial y después de que la

habitación se hubiera aireado) se saltaba a la torera por parte de Paloma, que entraba con frecuencia a ver a su hermana, a leerle libros y a hablarle en secreto de Antón y de sus escapadas. Pero no era la única. Si las niñas de su clase se limitaron a enviarle un rosario y una estampa de Santa Luisa de Marillac, hubo alguien que se hizo asiduo visitante de la casa de Pomar, casi siempre a hurtadillas: Andresín, su hermano de leche, acudía a la salida del colegio y se colaba en casa, la mayor parte de las veces sin que lo supiera su madre, que llegaba un par de horas más tarde del trabajo en la fábrica de chocolate.

Andrés compartía con Claudia la pasión por saber y rivalizaba con ella en asuntos tan vitales como quién de los dos conocía un mayor número de nombres de especies de mariposas («Aunque sepamos muchas, nunca las podremos saber todas: ¡¡hay más de cien mil!!», decía Claudia, que lo había leído en la *Espasa*) o en rapidez a la hora de identificar capitales de países de África, o de qué río era afluente el Aulencia.

Andrés coleccionaba cicatrices de pedradas y estampas de santos, que le daban los frailes por buen comportamiento, en la misma proporción. En la comarca, entre los niños, era habitual que quienes destacaban por su inteligencia, o por su atuendo, o por la valoración que de ellos hacían los mayores, incluso por su dinero, se convirtieran en objeto de persecución. A Manuel también le había ocurrido, pero Andrés había desarrollado sus propias estrategias para vivir en un medio hostil, y su carácter, mucho más abierto, tolerante y sonriente, le había ido granjeando poco a poco las simpatías incluso de los que le habían hecho blanco de sus burlas. Y además, a él le importaba muy poco. La única niña cuya opinión le concernía era Claudia. Y Claudia lo adoraba.

A Andrés le gustaba estar con Claudia, pero también le gustaba, y mucho, la casa de Claudia, especialmente la biblioteca y muy especialmente la gran enciclopedia *Espasa* que Benito Montañés había empezado a comprar alrededor de 1908 y que ya llevaba más de cincuenta volúmenes. Cada uno de ellos era una puerta abierta al conocimiento, que tanto Claudia como él mismo respiraban igual que si fuera el aire que les permitía estar vivos, y coger el primer tomo y abrirlo por la primera página y leer en voz alta:

> *A.— Primera letra del alfabeto castellano y primera de las vocales. Es el alef de los hebreos, el álif de los árabes, etc.; aar, en rúnico; alph, en etíope; az, en serbio, etc. Se consideró la más noble, antigua y excelente de las vocales y su sonido es el primero que profieren los labios del niño y el primero que se escapa a los hombres en las exclamaciones de sorpresa, dolor, gozo, etc.*

—Me gusta la letra *a* —decía Claudia.

—Y a mí, porque es el principio de todo.

—Y porque sí. Yo voy a casarme con alguien que tenga un nombre que empiece por *a*.

Entonces Andrés se ruborizaba y Claudia se reía, y volvían a hundir la cabeza en las páginas de la enciclopedia para descubrir el mundo que se extendía al otro lado de las palabras, al otro lado de la ventana del cuarto de Claudia, al otro lado de Pomar y del coto del marqués de Comillas, porque aprender les permitía viajar a otros lugares y a otros tiempos y no había nada mejor en el mundo que compartir aquellas páginas porque estaban recorriendo, a través del papel, el universo entero.

De vez en cuando Claudia hacía un gesto para que Andresín se apartara, y él, que ya conocía el procedimiento, se iba a la ventana y la abría mientras Claudia tosía, y la dejaba abierta un buen rato, una vez seguro de que la niña estaba convenientemente tapada para no coger frío, y se ponía un pañuelo en la nariz y la boca hasta que consideraba que había transcurrido el tiempo suficiente para que los «bichinos» —como llamaban entre ellos a los microbios que suponían que volaban por el aire cuando Claudia tosía— se hubieran diluido, o desaparecido volando por la ventana. Andrés solía ponerle la mano en la frente para calcular si tenía fiebre, y prestaba mucha atención a los frascos de jarabe que ella tenía que tomar. Cuidaba de que se comiera toda la merienda que le subía Dorotea en una bandeja, aunque a veces le daban tentaciones los trozos de bizcocho que quedaban en el plato cuando ella daba por satisfecho su apetito. El trozo de bizcocho de Andrés hacía tiempo que había desaparecido junto con la taza de leche que también venía en la bandeja para él, pero aun así intentaba no siempre con éxito que la niña terminara la generosísima ración que Dorotea le había asignado.

Como Andrés quería mucho a Claudia, había preguntado a Efrén Rubiera en qué consistía su enfermedad y le había pedido que le enseñara alguno de sus libros donde pudiera leer sobre ello. Efrén Rubiera supo entonces que aquel niño, al que quería como si hubiera sido suyo y que venía a ser el último vínculo que le unía a Camino, llevaba un médico dentro, más incluso que sus propios hijos, que aunque terminarían por estudiar Medicina, mientras eran pequeños no manifestaban ni de lejos aquella curiosidad que convirtió a Andrés en visitante asiduo a aquella consulta, escenario de los momentos más felices de su infancia con Claudia, con su madre y con el médico, como si hubieran sido una familia.

Mientras Paloma deambulaba por paisajes que su fértil imaginación se encargaba de diseñar con un predominio de nubecitas de colores, corazones flotantes y flores, surcados por vías en las que una reluciente locomotora ponía rumbo a un lugar desconocido donde era posible que una niña de catorce años hija del director pudiera ser la novia de un maquinista de veinticuatro, Claudia asistía al diminuto milagro del cariño incondicional de Andrés, la constatación de que, desde siempre, tal vez por

aquel escaso mes que le sacaba, el sentido de la protección se imponía, y así sería siempre, a cualquier otro sentimiento.

Por tanto, Andrés adoraba a Claudia, y eso era algo que Aida tenía como cierto, aunque sabía de la decepción que había supuesto para su abuela no poder contar con él en los momentos terribles, aquella desaparición que tampoco podía reprocharle por las circunstancias en que se había producido.

Tampoco sabía Aida, aunque podía adivinarlo, que el odio de su abuela hacia Sidra había empezado a gestarse mucho tiempo atrás, seguramente aquella misma tarde en la que irrumpió hecha una furia en el cuarto cuando Efrén le ponía una inyección bajo la atenta mirada de Andrés, que repartía su dedicación entre tomar de la mano a Claudia para que no llorara y fijarse en el modo en que Efrén efectuaba la maniobra con la jeringuilla que previamente Dorotea había estado hirviendo en un cazo de agua en la cocina.

—Pero esto qué es... ¿Qué hace aquí este niño viéndole el pompis a Claudia? ¡¡¡Qué poca vergüenza!!! Ya te estás marchando y no vuelvas más... Degenerado... No hay más que degeneración y pecado en esta casa...

Y Paloma, que subía entonces por las escaleras, flotando en una nube con la memoria de las manos de Antón por su cuerpo la noche anterior, sonrió por dentro, antes de entrar dispuesta a enfrentarse con Sidra:

—No lo sabes tú bien.

Lunes, 23 de junio de 1924:

Hoy he salido de casa por primera vez, porque era el cabo de año de Manuel y fuimos todos a Santa Cruz, a la iglesia. Casi me muero de calor, porque me abrigaron como si estuviera nevando y me puse un poco mala en el kirieleisón, creí que me iba a caer redonda, pero aguanté porque estaba con papá y con Sidra y Dorotea estaba muy lejos, en otro banco, y fui valiente, y además había tantos curas con don Macrino que me moriría de vergüenza.

Todos estaban muy serios, pero no lloraba nadie, porque ya dijo Sidra que somos la familia Montañés y que nadie nos vea llorar nunca, que los Montañés lloramos en casa, así que yo tampoco lloré, aunque me acordaba mucho de Manuel, que jugaba conmigo, pero se me está olvidando casi su cara y su voz, la voz sobre todo, porque la cara la miro en una foto que hay en el comedor y me acuerdo, pero la voz no.

Había mucha gente en la iglesia, y como hacía tanto calor y a mí me habían puesto tanta ropa, yo estaba sudando y vi a Andrés que estaba de la mano de Camino, pero no se acercó a mí porque estaba Sidra, que el otro día le dijo cosas

muy feas y a mí no me importa que me vea el pompis, no sé por qué se enfadó tanto y por qué me riñó después y decía que era pecado, y Paloma le dijo que estaba loca, y Efrén entonces le dijo: Paloma, no digas eso nunca, y le dijo a Andrés que no llorara, que él no había hecho nada malo, que era su ayudante, pero desde que pasó eso Sidra no lo deja entrar a verme a no ser que esté ella delante, pero el otro día Andrés me tiró una piedrina en la ventana para que abriera, y cuando abrí me dijo que me apartara y me lanzó una piedra envuelta con un papel y en el papel me había escrito una carta en la que me decía que cuando estuviera Sidra delante habláramos con nuestro idioma secreto, y me lo enseñó y es que hay que decir todas las sílabas diciendo antes de cada una «ti». Es el idioma de la ti, y cuando lo decimos deprisa nadie se entera, y el otro día yo le dije a Andrés delante de mi hermana: «tiSi tidra ties titon tita», y Andrés se rio mucho y Sidra ni se enteró, sólo dice que estamos idiotas.

La gente nos preguntaba por Almu y por Bego y entonces papá les dijo que cuando procesen o profesen o no sé qué, bueno, cuando se hagan monjas del todo, se llamarán de otra manera: Almu se llamará sor Manuela en honor a su hermano, y Bego sor María de los Ángeles, por mamá.

Y vino la prima Begoña, la de Bilbao, y ahora se ha quedado con nosotros unos días, y me pareció raro que papá dijera eso, porque nunca habla, pero luego ya no volvió a decir ni pío, y menos mal que lo dijo porque yo no sabía que las niñas que van a ser santas ahora se llaman de otra manera y yo que las seguía llamando igual...

Aida llevaba dándole vueltas a la cercanía de las entrañables fechas y cómo iba a hacer con Paloma, porque le apetecía llevarla a casa, y por otro lado estaba deseando irse a Madrid con Bruno, que le había hablado de que era un buen momento para conocer a su padre, por no hablar de que tal como estaban las cosas en el periódico, tenía serias dudas de poder disponer de más de dos días, y con eso planificar un viaje era bastante absurdo, porque, para colmo, los controladores aéreos amenazaban con volver a tocarles la pandereta a todos los que intentaran ganar tiempo volando, que también eran ganas, en sus desplazamientos. Malditas fiestas. Tener una abuela roja, un padre sindicalista y una madre comunista se había traducido por un desprecio sistemático de la Navidad durante casi toda su vida. Recordaba los años de la infancia y el especial empeño de su madre en no hacer nada especial, aunque siempre venían a casa compañeros del partido y traían botellas de coñac y de sidra de El Gaitero, y organizaban partidas a la brisca. Su abuela se iba pronto a la cama en Nochebuena, la mayor parte de las veces apenas iniciada la ceremonia de los naipes y el alcohol, y Aida solía acompañarla: a través de los tabiques estrechos oían la algarabía de niños y panderetas en el piso de al lado y su abuela se quedaba muy callada jugando con una bola de cristal en cuyo interior había una reproducción de

algún monumento de una ciudad europea donde vivía alguna de aquellas personas que sobre todo en verano los visitaban, y que ponía la nieve necesaria en el decorado de la fecha, nieve que en una ciudad con mar, por muy al norte que estuviera, nunca hacía acto de presencia.

Aida, asomada al borde de los siete u ocho años, le había preguntado a su abuela si no celebraban las Navidades porque eran rojos, y que por eso no cantaban villancicos como los vecinos, ni había más excesos gastronómicos que una cena un poco más cuidada y un par de tabletas de turrón. Y su abuela le había hablado de la época en que aún no era roja, de las Navidades tristísimas en Pomar desde el instante mismo de que guardaba memoria: ni siquiera antes de la muerte terrible de Manuel recordaba alegría el día de Nochebuena, porque allí estaba su padre siempre tan circunspecto, y don Macrino a quien casi siempre invitaban a cenar, y el modo en que ella envidiaba a los niños del pueblo, aquel grupo de alborotadores que pedían el aguinaldo por las casas revestidos (su abuela conservaba esa palabra y jamás hablaba de *disfrazarse*) de pastores y de zagalas, mientras que ellos, con sus vestidos de domingo, permanecían en casa guardando la compostura y cantando villancicos a dos voces perfectamente empastadas, *Adeste fideles, laeti triumphantes, venite, venite in Bethlehem,* mientras Sidra o alguna de las trillizas tocaba el piano, tan ajenos al bullicio de los peces en el río, desafinados y gritones, desacompasados y felices cuyo eco se iba alejando por la vía abajo. Entonces también la abuela se ponía particularmente triste, porque recordaba que la última vez que vio al abuelo, éste le había prometido que pasarían las Navidades juntos los tres, ellos dos y la madre de Aida, Inés, que para entonces estaría a punto de nacer. Y ella le había dicho que por las Navidades lo mismo daba, que ellos eran comunistas (la abuela para entonces ya se sentía tan comunista o más que su novio) y libertarios y lo que hubiera que ser, y las Navidades eran un invento de los curas y los burgueses, pero que lo que quería era que volviera pronto para recogerla y marcharse los dos juntos a Madrid, donde sus compañeros resistían, o a donde fuera, a Francia, donde se marchaba ya mucha gente, huyendo de las cosas que sabían que estaban pasando a medida que los nacionales iban tomando distintas plazas, para reorganizarse y volver, lo que tuviera que ser con tal de estar juntos. Y la abuela entonces cerraba otra vez los ojos, para mostrar un par de lagos oscuros de agua brillante al abrirlos de nuevo, y volvía a repetir que él le había preguntado si iba a esperar, y ella le había dicho que sí, hasta que regreses, dijo, te esperaré hasta que regreses.

Después de la muerte de Nicodemo, el marido de Paloma, ésta, a lo mejor porque se sentía sola, o porque necesitaba estrechar lazos con su única hermana, con la única familia que le quedaba, se había empeñado en invitarlos a todos por Nochebuena en su casa de la calle San Bernardo, y las Navidades habían tenido desde entonces un aire de prestado, que resultaba muy seductor, sobre todo cuando, después de la cena y la sobremesa, Paloma insistía en que dejaran a la niña quedarse a dormir allí, y

como ella contribuía enormemente fingiendo un cansancio y un sueño que estaba lejos de sentir, su madre terminaba por permitir que pasara allí la noche y se marchaba con su marido y con su madre, caminando desde la calle San Bernardo a Cura Sama, por la plaza del Parchís, bajo las bombillas encendidas de la iluminación navideña municipal, mirando de reojo en los escaparates de las tiendas de Menéndez Valdés la ropa que nunca se compraría porque creía firmemente que la austeridad en el atuendo casaba con la firmeza ideológica, y la madre de Aida en ideología rozaba sin la menor duda el fundamentalismo, de tal modo que antes de despedirse de su tía Paloma —con los *tupperwares* de cordero que ésta les suministraba, porque una vez más había cocinado cantidades industriales— le decía muy clarito que ni se le ocurriera llevar a la niña a misa al día siguiente. Paloma hacía entonces grandes aspavientos, «Por Dios, mujer, cómo crees que yo iba a hacer eso», y cerraba la puerta y entonces comenzaba la otra Navidad, la que Aida vivía como si se hubiera trasladado a un país extranjero y viviera en una deliciosa frontera entre lo propio y lo ajeno, algo que no le pertenecía y a la vez sí, aunque fuera con un carácter interino. Era entonces cuando se permitía, lejos ya de la mirada más o menos fiscalizadora de su madre, tan crítica con todo, incluso de su abuela, tan desabrida para esas cosas, admirar todos y cada uno de los detalles que Paloma colgaba del árbol de Navidad, un exotismo para Aida, aquellas bolas de distintos tamaños que reflejaban su cara con deformidades divertidas cuando se acercaba a ellas, y el espumillón, y aquellos paquetitos que Paloma preparaba primorosamente envolviendo en papel de plata cajas de cerillas de las grandes y poniéndoles cintas de colores, de modo que parecían regalos pero no lo eran. Los regalos estaban en otro sitio; en el dormitorio que Paloma preparaba para ella, sobre la cama, había siempre libros envueltos en papeles de colores con grandes lazos: libros de Los Cinco, libros de la colección Violeta de la editorial Juventud, libros de la colección Historias, de Bruguera. El primer año que se quedó a dormir en Nochebuena en casa de Paloma, había también un regalo especial: un pijama estampado con caras de Papá Noel, «El pijama de Navidad —dijo Paloma—, para cuando te quedes a dormir aquí todos los años», y del que no quiso deshacerse nunca, a pesar de que con los años apenas podía meterse en él, y con el que le gustaba desayunar al día siguiente Cola Cao y casadielles que hacía Paloma con la misma receta que muchos años antes había hecho Dorotea: «El hojaldre se consigue amasando y doblando la pasta como si hicieras la señal de la cruz: de arriba abajo, y estirar, y luego de izquierda a derecha y así tres veces», y venga mantequilla entre cada una de las capas de masa, sabiendo que luego saldrían a dar un paseo por el Muro si no hacía mucho viento y que seguramente entrarían en alguna cafetería que estuviera abierta y ella podría tomarse una Coca-Cola sin tener que oír el suspiro de contrariedad de su madre y luego comerían las dos las sobras de la cena mientras veían la tele y Paloma volvería a contarle que los catalanes celebraban el día de San Esteban, que es el siguiente a Navidad, y que ella lo sabía porque en casa de Bartomeu ese día se celebraba con canelones y panellets, y sólo a media tarde, y con

los bolsillos llenos de mazapanes y polvorones, volvería a su casa en la calle Cura Sama y otra vez se sorprendería de que los techos fueran tan bajos, como si regresara a un territorio antiguo que en el día recupera su dimensión. Pero antes, en casa de Paloma, Aida, lejos ya de sus padres y de su abuela, dedicaba mucho rato a observar el nacimiento, que Paloma ponía todos los años y que ellos miraban despectivamente, aunque el primer año la abuela se había detenido a mirarlo y se le habían llenado los ojos de lágrimas: «Pero si esto es Pomar y Bustiello», había dicho, y era cierto, Paloma había recreado el paisaje de sus orígenes: las montañas, el río, las casas alineadas de Bustiello que había comprado de corcho pintado, todas iguales, una casa más grande, alejada, que era Pomar, y la casa del médico y la del ingeniero y lo que había sido el Círculo Católico, y, por coherencia bíblica, el portal de Belén en el lugar que habría ocupado la iglesia. «Pero cómo puedes acordarte de todo», decía la abuela admirada, y Paloma le enseñó entonces una foto que tenía, arrugada y viejísima, que estaba hecha desde Grameo, desde la Pena Grande, pero no le contó que había sido Vincent Lamartine quien se la había dado, tantos años antes, porque el tema de los Lamartine era mejor ni tocarlo. Allí estaba, como una maqueta, lo que había sido su infancia en una foto sepia agrietada. Y allí estaba, no demasiado ortodoxo, un belén montado a partir de la foto y la memoria. Fue entonces cuando Aida, intuyendo la historiadora que sería un día aunque se dedicara al periodismo, dijo: «Anda, pero si has puesto vías de tren, si cuando aquello no se habían inventado». Pero ni su abuela ni Paloma le hicieron ningún caso. Se habían cogido de la mano y las dos lloraban silenciosamente, aunque entonces Aida no pudiera ni imaginar que lo hacían por aquel otro nacimiento hecho pedazos sobre el suelo, aquel desbarajuste de figuritas de barro descabezadas, musgo y regodones pequeñitos, papel de plata del chocolate de La Agustina y aquel trenecito de hojalata que una Paloma jovencísima había incluido asomando detrás de las montañas y que generó la furia y la primera paliza de Eusebi. Aquel hijo de puta.

El amor clandestino y voraz de Paloma y Antón había adquirido una extraña estabilidad sustentada por el secreto, la planificación elaborada y el método. Ayudaba a ello la rutina como forma de vida, los horarios inalterables y sobre todo la confusión, que como un viento sin dueño estiraba sus brazos por Pomar y envolvía la tribulación de cada uno de sus habitantes: la estéril preocupación de Dorotea, el reconcentrado deambular por los territorios de la enajenación y la culpa de Sidra, la certeza de la inmediatez de la muerte de Montañés, o, tal vez por contraste y porque también participaba del secreto de los furtivos encuentros, aquella felicidad inexplicable de Claudia en la que se mezclaba la enfermedad y el infinito universo que se extendía tras las páginas de los libros.

Sólo una persona en todo el coto permanecía atenta —y también intrigada— a las escapadas nocturnas que al menos dos días a la semana protagonizaba Paloma

transformada en un chavalillo que disimulaba las redondeces cada vez más rotundas de su cuerpo con chaquetas informes y pantalones, y con la melena recogida bajo una gorra. El destino de aquellas fugas nocturnas se escapaba a la comprensión y a la capacidad para la elaboración de teorías de Bartomeu. En más de una ocasión y pretextando los más peregrinos argumentos a una Montse aún despierta, había salido desde su casa, vías abajo y a oscuras, hasta llegar a la altura de la casa de Montañés, pero ni rastro de Paloma. Y se había propuesto guardar el secreto sin levantar la liebre: era una presa que quería cobrarse por sí mismo y de nada servía irle con el cuento de las escapadas nocturnas de su hija a Montañés, que muy probablemente ni siquiera sería capaz de calibrar la dimensión exacta de la aventura de Paloma, cualquiera que ésta fuese. Además, qué diablos: tenía auténtica curiosidad por saber qué se traía entre manos, aunque estaría por asegurar que se encontraba con alguien, y la cita tenía lugar siempre tomando como referencia el paso de la máquina de las once menos diez, porque unos minutos antes Paloma salía por la ventana, como si fuera un gato.

Gustavo Bartomeu trataba de imaginar con quién demonios se encontraría aquella muchacha que habitaba en lo más incandescente de su deseo, y con sólo pensarlo, los celos y a la vez la extraña excitación de la posibilidad de asistir como espectador de los juegos de ella con algún torpe muchacho de la zona lo colocaban en el disparadero de la concupiscencia más hambrienta. Necesitaba verlo con sus propios ojos, pero temía que la impresión dislocara algún resorte de su cerebro. Por eso se limitaba a observar con sus prismáticos las huidas periódicas de Paloma y a imaginar de qué modo se entregaba al placer en aquellas dos horas que solían transcurrir (había hecho guardia pacientemente) hasta que la luz volvía a encenderse y Paloma se quitaba la ropa de muchacho, se ponía su camisón y se acostaba en su cama.

Mientras esto sucedía y transcurría la primavera y parte del verano, Sidra seguía transitando por un universo confuso y desmedido de culpabilidad y desazón que se concretaba en aquel pañuelo que jamás volvió a dejar ver el color de su cabello y en aquella suma de cortes y arañazos que nadie se explicaba que pudiera hacerse como consecuencia del azar más pertinaz. Espiaba cualquier movimiento de la casa y de sus ocupantes y perseguía los atisbos de sonrisa con una saña volcánica y violenta a la que no eran ajenos ni siquiera los gatos que, tumbados al sol, indolentes y felices, suscitaban la furia y seguramente la envidia de aquella mujer condenada a la desdicha ya para siempre. Padecía asimismo un insomnio tozudo e ingobernable, que, por suerte para Paloma, acontecía de madrugada, hacia las dos de la mañana, en que se despertaba y daba vueltas en la cama, mordida por la pena y por la culpa, hasta que, pasadas las tres, se levantaba ya y comenzaba a deambular por la casa limpiando sin hacer ruido la plata o las ventanas, o abrillantando la madera del pasamanos. Cuando empezaba a amanecer, salía y regaba las plantas y daba de comer a las gallinas y se incorporaba al trajín normal de la casa, de modo que cuando

llegaba la noche, mucho antes que cualquier otro habitante de Pomar, caía rendida en la cama y permanecía, por tanto, ajena a las gozosas excursiones de su hermana.

Por su parte, Montañés, cuando ya septiembre iniciaba la transición hacia el otoño, recuperó de forma inexplicable una conciencia, difusa, eso sí, pero que constituía un avance en aquella melancolía implacable que lo había conducido al abismo de la sinrazón y el quebranto. Fue lo suficiente como para, sin abandonar la certeza de lo que pronosticaba como inminente fin, tomar algunas decisiones de carácter práctico que compartió con Gustavo Bartomeu y que pasaban por su firme decisión de que, en el momento en que se produjera su fallecimiento, fuera el ingeniero quien se convirtiera en tutor legal de las niñas, incluyendo a Sidra, de cuya inestabilidad mental nadie dudaba.

A la luz de tal idea, Gustavo Bartomeu movió los hilos adecuados con los representantes del marqués de Comillas para que le hicieran llegar a éste la decisión de adelantar la jubilación prevista ya de Benito Montañés, a quien se le otorgaría como gratificación por los servicios prestados la propiedad de la casa que hasta entonces tenía carácter usufructuario en su condición de director. Esa decisión incluía también —ahora que la empresa, tras las primeras décadas de puesta en marcha, tenía su propia inercia— que fuera Gustavo Bartomeu quien desempeñara las funciones de director además de las de ingeniero.

Para cuando esto sucedió y llegó en forma de documentos acreditativos, tanto la propiedad de Pomar para Benito Montañés, como el nombramiento de Bartomeu como director, éste ya había descubierto que Paloma se subía a la locomotora de la máquina muchas noches y allí, amparados por la oscuridad y la costumbre de las vías sabidas de memoria, los dos muchachos se entregaban al misterio de quererse entre traqueteos y carbonilla, a veces hasta que la velocidad se reducía y se quedaba casi parada.

A Gustavo Bartomeu le habría gustado ser testigo presencial de aquellos encuentros, como asistía a la proyección de otros momentos grabados en un celuloide cada vez más astillado de tanto uso, pero como no podía se limitaba a imaginar, y aunque por un lado eso no dejaba de proporcionarle satisfacción, ésta era momentánea y crecía a un ritmo imparable la necesidad de tener para sí lo suficientemente próxima a Paloma. Había hecho averiguaciones: Antón Fernández vivía en la Primayor, su padre había muerto en un accidente en Melendreros, en una acción heroica, al intentar, él, que ya se había salvado, rescatar a unos compañeros (y había conseguido sacar a tres de ellos, incluido el vigilante). En una empresa como la Sociedad Hullera del marqués de Comillas, los heroísmos paternos repercutían en la consideración que los hijos tendrían durante su vida laboral, y además, Antón había manifestado siempre una excelente predisposición, una enorme responsabilidad y, como solían decir mucho por allí, aunque a Bartomeu no le gustaba nada, «era un trabajador serrano». Así que, porque una niña ligera de cascos se le metiera por las

noches en la máquina, por muy hija del director que fuera, ningún reproche podría hacérsele. Era menor, sí, pero era mujer y estaba señalada con la marca indeleble que la primera mujer, Eva, había dejado a las de su género como estigma: la capacidad sibilina para tentar y arruinar al hombre.

El ingeniero movió algunos hilos para intentar trasladar a otro destino al maquinista; pero sin enseñar sus cartas, y no quería hacerlo, le resultó imposible. Todos estaban encantados con su rendimiento, con su carácter y con su valía. Entonces trató de conseguir un ascenso para él, pero también fue en vano. Cuando uno de los capataces le preguntó abiertamente si tenía algún problema con Antón, dio por finalizadas las gestiones encaminadas a separar al maquinista del objeto de su pasión y comprendió que tendría que separar a Paloma de Antón.

Y entonces, un domingo de principios de noviembre, cuando no se hablaba de otra cosa que del novio que parecía haberse echado Camino —un turronero que se llamaba Francesc y que había llegado en septiembre desde Alicante para encargarse de la producción de turrones en la fábrica de chocolate—, el ingeniero Bartomeu entró en Pomar y tras advertir, con su prosa inextricable y un poco leguminosa, que no era portador de buenas noticias, asestó a Benito Montañés el golpe definitivo y convirtió el paraíso de Paloma en una ciénaga de la que nunca estuvo muy claro que hubiera podido salir del todo.

Domingo, 9 de noviembre de 1924:

Ahora que ya estoy casi bien del todo, y seguramente pronto volveré a ir al colegio, se armó la marimorena porque pillaron a Paloma. No sé cómo fue, pero el caso es que el ingeniero se enteró y vino y se lo dijo a papá. No sé qué le dijo, porque estaban los dos solos en la biblioteca, pero el caso es que llamaron a Paloma y oí a papá gritar aunque no entendía lo que decía, y Sidra llegó corriendo a ver qué pasaba y entró en la biblioteca y yo quise entrar, pero no me dejaron y entonces oí que Sidra empezaba a chillar que Paloma era una cosa muy fea que no se puede decir y que tiene cuatro letras y empieza por p, y lo decía gritando mucho, y no sé qué de hacer pecados y que era una maldición, que el diablo había entrado en aquella casa. Entonces salió el ingeniero y a mí me pareció que sonreía, ni siquiera me vio porque yo estaba sentada en la escalera.

Paloma está encerrada en su cuarto y Dorotea me ha dicho que papá ha dicho que no va a volver a salir de ahí hasta que sea mayor de edad, pero que yo no me preocupe, porque a papá se le pasará. También me ha dicho que lo que ocurre es que Paloma ha hecho una cosa muy fea y que tiene que confesarse y que Dios lo perdona todo, así que papá la perdonará también. Sidra no hace más que subir y bajar las escaleras y cuando pasa por delante de la puerta de Paloma escupe y dice bajito esa palabra tan fea y luego se echa a reír y dice cosas que no entiendo y que

seguramente nadie puede entender. Y papá está encerrado en la biblioteca y ha venido don Macrino y los dos estuvieron hablando mucho rato y al salir papá estaba más tranquilo, aunque muy triste, y también pasaron los dos de largo sin verme siquiera, y en la puerta don Macrino le dijo a papá que no se preocupe, que hablará con la madre general y le explicará «las causas que concurren», y papá le dijo que, a ser posible, que estuviera con sus hermanas, y don Macrino le dijo que sí.

No sé muy bien de qué hablaban, pero me dio miedo. En esta casa no hacemos otra cosa que sufrir y sufrir.

Menos mal que vino Andrés y estuvimos hablando de los planetas del Sistema Solar y cuáles de ellos estarán habitados, y le conté lo que había pasado y entonces Andresín sacó del bolsillo de sus pantalones un cromo del álbum de botánica, el de la rúsula vomitiva, que me faltaba y nunca salía en ninguna de las tabletas de chocolate, y a él se lo consiguió Camino en la fábrica, porque es muy difícil y Andrés me dijo que me lo traía para enseñármelo, antes de pegarlo en el álbum, pero que quería que fuera para mí, y yo creo que fue porque me vio triste, y para que no se me olvide lo bueno que es Andrés conmigo, en vez de ponerlo en el álbum voy a pegarlo aquí.

—No te imagino de monja, la verdad.

Paloma sonrió un instante: estaba incorporada en la cama, con la espalda apoyada en varios cojines y con un aspecto de reina madre delicada y hasta bondadosa.

—Ni yo, qué quieres que te diga, pero hay que reconocer que la cosa estuvo bastante cerca. Por fortuna, por entonces todas las cosas iban mucho más despacio, ya sabes: carta va, carta viene... Para cuando volvió don Macrino con la respuesta de la madre general, ya había pasado una semana y, como dicen en la tele, sí, los acontecimientos se habían precipitado.

Aida conocía lo suficiente la historia como para entender que por entonces todo funcionaba de ese modo, pero ello no dejaba de producirle una enorme indignación aunque fuera con carácter retroactivo.

—A Antón nadie le dijo ni pamplona, y a mí, aunque entonces me alegró, no deja de parecerme un poco injusto. Era tan responsable como yo, él más, porque yo era una cría de catorce años, pero eso nadie se paró a considerarlo. Ya lo decía Sidra: yo era una puta que se le había tirado encima. Otra más que venía a demostrar que el mismísimo demonio campaba a sus anchas por Pomar. Yo entonces no entendía por qué decía otra más, nunca supe a qué se refería, porque, oye, si hubiera sido después, con lo de tu abuela...

—Y Antón siguió llevando la máquina como si tal cosa...

—Sí. Nunca más volví a hablar con él y no sé qué pensaría cuando en la siguiente cita no aparecí y ya no volví nunca más. Entonces pensé que seguramente supuso que me habían encerrado, que nos habían descubierto. Pero vete tú a saber, igual creyó que yo ya no quería nada con él. En los últimos años me ha dado por pensar que tendría que haber hecho por verle, por decirle lo que pasaba. Pobre. Igual me estuvo esperando, quién sabe.

—Tendrías que haber intentado hablar con él, aunque fuera tiempo después...

—Ya, ya lo sé. Pero tú no sabes cómo eran aquellos tiempos y cómo era todo. Sentía tanta vergüenza por lo que había hecho, que, sobre todo al principio, sólo quería olvidar que había existido. Y para cuando yo conseguí espabilar un poco, a él ya lo habían matado. Es curioso, porque cuando lo supe, no sentí nada. Eran unos días de tanta muerte y tanto horror, que estaba como anestesiada, pero me acuerdo de que yo estaba con tu abuela en Pomar, fue al principio de la guerra, cuando llevaron a la gente a fortificar, y estábamos sentadas en el banco de piedra de delante de casa, me acuerdo de que tu abuela estaba pelando membrillos que teníamos en un cesto, me acuerdo perfectamente del olor, qué bien huelen los membrillos, y de que estábamos discutiendo si para hacer dulce había que pelarlos o no, en Pomar siempre los pelamos, pero, claro, yo ya llevaba varios años conviviendo con los catalanes y la Montse no los pelaba y se lo estaba diciendo a tu abuela y entonces pasaron por las vías dos mujeres de La Forcá y venían contando que en Mieres unos falangistas salidos de la nada habían empezado a pegar tiros contra un grupo de los que el comité de Figaredo había reclutado para fortificar por Belmonte, y habían matado a un rapaz de Taruelo y a otro que como si fuera de aquí, dijo una de ellas, porque mira que pasó veces por esta vía, de maquinista. Y Claudia preguntó que qué maquinista había sido, y aunque no dijeron el nombre, por todos los datos era Antón. Y, ¿sabes?, no sentí nada especial más allá de la impresión que siempre proporcionan las tragedias, que ya ves, Claudia lloró como una magdalena, prubitina, no sabía que tendría que haber guardado lágrimas para sí misma, y yo nada, ya te digo. Pero años más tarde un día... Bueno, esto no lo he contado nunca, estaba en París y por una historia que sería muy larga de contar, cogí un tren que tenía que llevarme a un pueblo en las afueras, y no sé por qué, en un momento me llegó un olor, llevaba la ventanilla abierta y entre el humo, no sé, no sé qué fue, igual la primavera misma, no me digas, pero me dio un arrebato de nostalgia y me acordé tanto de Antón que empecé a llorar su muerte como si acabara de recibir la noticia en ese mismo instante: hacía veinte años de nuestra historia y siete u ocho de su muerte, y yo llorando en un tren francés por aquel hombre que tengo grabado en la memoria como si lo tuviera delante de mí ahora mismo.

—Un día tienes que contarme de París, Paloma.

—Qué te voy a contar, mujer, si tú ya lo conoces, si has estado allí.

—No hablo de las calles y de la torre Eiffel. Tienes que contarme cómo fue tu vida allí.

—Cómo iba a ser, Aida, pues normal.

No había forma jamás de sacarle a Paloma ni una sola palabra de aquellos años misteriosos que había pasado.

—Por cierto, que no sabes qué sorpresa. Hoy ha estado aquí una vieja amiga, Valeria, Valeria Santaclara. Menuda alegría. Estuvo mirando la residencia porque parece que va a instalarse aquí.

—¿Valeria Santaclara? No tengo ni idea de quién es.

—Es que nos conocimos en París, por eso me he acordado. Ella es de aquí, bueno, de Gijón, que nunca me doy cuenta de que estamos fuera del concejo... Su padre era médico, el doctor Santaclara. Me acuerdo de que Efrén hablaba a veces de él, un hombre muy nombrado. Ella tenía una hermana que se llamaba Gadea. Anda, que menudas parrafadas que nos vamos a echar las dos, creo que la semana que viene ingresa aquí.

—¿Y qué hacía ella en París? ¿Cómo os conocisteis? —preguntó Aida sospechando que por ahí tenía tal vez la fisura en la voluntad de secreto de Paloma por la que podría colarse.

—Bueno, ella estaba allí de paso, pero ya sabes qué ocurre, los extranjeros en otro país nos conocemos todos enseguida. Y luego, un día, cuando yo ya estaba casada con Nicodemo, nos encontramos por casualidad por la calle y nos vimos algunas veces. ¿Nunca te había hablado de ella? Bueno, tampoco es que sea muy amiga, pero me gustó mucho verla aquí. Y me hace ilusión pensar que va a vivir en la residencia.

Aida tomó la mano de Paloma y aprovechó para mirar el ópalo, clarísimo, de su anillo. Ahora que había dado con un hilo del que tirar para indagar en la vida parisina de su tía abuela, quería volver al punto de la narración que le interesaba: los días de aquel noviembre en que Gustavo Bartomeu informó de sus andanzas con Antón y las consecuencias de ello.

—¿Tú crees que lo tenía todo previsto? El ingeniero, digo.

—Claro, neña. Claro que lo tenía. Quería quedarse con Pomar, eso de todas, todas. Y con el puesto de mi padre en la empresa. Por eso desde que mi padre empezó a ponerse mal, después de morir Manuel, no hacía más que rondar por allí, como un bicho carroñero de ésos. No lo podíamos ni ver y a mí me daba un poco de asco, porque cuando me lo encontraba me miraba de un modo raro, y además siempre hablaba tan pomposo, y con aquel barrigón, que los botones del chaleco parecían siempre a punto de estallar, y el pelo siempre aplastado, y el bigote que se enroscaba continuamente. A mí desde el primer momento me dio repelús. Y luego supe que,

además, era un cerdo.

Desde finales de verano comenzó a circular por Bustiello el rumor de que Camino estaba de novia con un forastero. En una zona en la que era frecuente la inmigración, y los gallegos y los llamados cazurros acudían en un número importante al llamado de los sueldos de la mina, si alguien mencionaba esa palabra, *forastero,* estaba claro que no se refería a ningún orensano o cacereño de los que podían estar de posaderos en cualquier casa de los pueblos cercanos (jamás, como es lógico, en el ejemplar poblado de Bustiello). No. El forastero a que se referían tenía un oficio tan exótico como turronero y se había instalado en Ujo, adonde lo habían traído don Pepito y doña Agustina para encargarse de la producción de turrones, que por primera vez iban a elaborar en la fábrica de cara a las Navidades. Venía de Alicante, se llamaba Francesc y era un hombre guapo por el que habían suspirado todas las operarias de la fábrica y al que parecía que Camino —que no sólo era viuda, y por tanto una candidata de segunda a la hora de conseguir marido, sino que además ya estaba más cerca de los treinta que de los veinte— había conseguido pescar.

Camino apenas se había fijado en él cuando apareció por la fábrica, con su camisa blanquísima arremangada hasta los codos, aquel pelo castaño claro con un mechón cayendo sobre la frente, los ojos brillantes que cambiaban de color según la luz que incidiera en ellos, en una gama desde el marrón hasta el verde, y la ceja derecha marcada por una cicatriz que, según supo más tarde Camino en aquellos interminables paseos de los domingos, había sido cortesía de una certera pedrada en su infancia en Denia, en los años en que aprendió el oficio de combinar del modo adecuado la almendra tostada en el punto exacto y la miel pura de abeja. Ella no se fijó en él, pero él sí lo hizo. Desde el primer momento no pudo quitar los ojos de aquella mujer con el pelo oscuro en fuga del gorro blanco y de las peinetas de carey con que se lo recogía en un moño.

El verano, con aquel escándalo de días soleados que trajo agosto, no había conseguido deshacer, como hacía con el polvo transformándolo en un espejismo de arcoíris flotante, los nudos que en torno a su decisión la mantenían en un estado impensable para ella, aunque a simple vista nadie hubiera notado la diferencia. Hacía las cosas de un modo absolutamente diligente en el trabajo, se ocupaba de su hijo y de su madre viuda, de la pequeña casa de El Pedroso, pero sólo cuando se sentaba al lado de Benito Montañés en las tardes y cogía las manos que él había dejado caer como un peso muerto sobre las rodillas, soltaba las amarras que mantenían su corazón anclado en una especie de limo y lo dejaba ir, en silencio y sin preguntas. Y en ésas estaba, en el empeño de tratar de poner un poco de sosiego en su corazón devastado por lo que ella consideraba la mayor de las traiciones, inesperada y feroz, cuando un día, a la salida del trabajo, aquel de quien decían que iba a hacer turrón, un dulce nada frecuente en las casas de la comarca, se acercó a ella y le preguntó si

podía acompañarla.

Camino no fue consciente de la cantidad de codazos que esa pregunta generó entre sus compañeras, y lo primero que le dijo fue que tenía prisa.

—Yo también sé caminar rápido. Y además, tengo hasta bicicleta, y si tanta prisa tienes, puedo llevarte en la barra.

A Camino le chocó que la tuteara. Nunca se habían cruzado palabra en la fábrica, y además le parecía muy joven. En realidad, la pilló tan de improviso que para su extrañeza se encontró exhibiendo una sonrisa que llevaba meses huida de su cara, y admitiendo la compañía del muchacho durante un buen trecho, primero por la carretera, hasta Sovilla, y luego vías arriba. Antes de llegar a Pomar, le pidió que se diera la vuelta, y él, con aquel acento tan ajeno a la gente con la que se relacionaba, le dijo que sí, pero que volvería a acompañarla al día siguiente y en lo sucesivo no hubo día en que no hiciera con ella parte del recorrido, para volver luego en su bici hasta la casa de doña Agustina en Ujo, donde se hospedaba. A ella nunca la abandonaría la sensación de aquel primer paseo con Francesc: una felicidad ingrávida, como si no fuera del todo cierto, como si estar al lado de aquel muchacho despreocupado y tierno, que silbaba melodías desconocidas, fuera lo mismo que abrazar el aire.

A Efrén Rubiera la noticia del noviazgo de Camino (en realidad, aún no tenía más estatus que el de acompañante) le sacudió por dentro como si, de pronto, un lobo hambriento se hubiera alojado en sus entrañas y las arrancara a bocados. Se moría de celos y de tristeza y la cama compartida con el cuerpo durmiente de Benilde se convirtió en una cárcel en la que su insomnio se hacía dueño hasta del último pliegue de las sábanas. Temía más que a la muerte el momento en que sin duda la vería con aquel joven del que todo el mundo hablaba maravillas. A sí mismo se contaba la gran mentira de que todo aquello que le ocurría era el fruto de la desazón que le provocaba pensar en lo duro que podría ser para Andrés, a quien él tanto quería, que su madre pudiera casarse de nuevo. Pero en el fondo no conseguía engañarse. Era el deseo abrasador del perdido cuerpo de Camino, y el otro deseo más profundo y menos gobernable del alma de la mujer, aún más incendiario, lo que transformaba en antesala del infierno cada una de las noches desde que Benilde, que a saber cómo había hecho para enterarse tan pronto del chisme, le espetó un día, mientras él leía en *El Noroeste* que había traído de su última visita a Gijón un artículo titulado «La población obrera en las minas y sus condiciones de vida» (en el que podía comprobarse contando los espacios en blanco de qué manera la censura militar había pasado las por otra parte timoratas, sin duda, opiniones del periodista):

—Ya ves, ya tiene novio. Lo pronto que se ha olvidado de ti esa puta...

A medida que fueron haciéndose mayores, los tres hijos de Gustavo Bartomeu

fueron abandonando el hogar. Marcial lo hizo para estudiar Derecho en Madrid, donde terminó por casarse y ejercer su profesión. Raramente volvía por Bustiello, pero su llegada constituía un auténtico acontecimiento por lo espectacular de su automóvil, lo llamativo del atuendo de su mujer y la presencia de un niño más en cada nueva visita. Francisca, por su parte, vivía en Barcelona con su marido empresario, y sólo el pequeño, Eusebi, parecía no terminar de encontrar su sitio en la vida. Había pasado en Bustiello sus primeros y más dolorosos años, en los que supo de la pérdida de la madre, y como una dádiva inesperada los siguientes, que se caracterizaron por los mimos, los arrumacos y los melindres de su tía Montse, convertida en madrastra cuando apenas tenía edad para ello. Aquella profusión de contemplaciones, pamplinas y demás monerías por parte de Montse fue cortada de raíz cuando Eusebi empezó a tener las piernas demasiado largas para llevar pantalones cortos, por el procedimiento de enviarlo a un colegio de los salesianos en Valladolid, donde no se pudo hacer mucha vida de él, dado su carácter blando y su tendencia a la molicie y a un sentido fantasioso y poco realista de la vida. Después de intentar seguir los pasos de su hermano y fracasar sin llegar a concluir, tras repetir algunos años, el primer curso de Derecho, se había trasladado a Barcelona para incorporarse a las empresas de su cuñado, pero éste pretendía que Eusebi empezara por abajo, nada menos que trabajando en la más sencilla de sus fábricas, elaborando farolas ornamentales y, lo que era peor, modestas palomillas de pared, algo que a Eusebi no sólo le parecía aburrido, sino también intolerable. Así que el periplo barcelonés había durado poco y, con un amigo que se había hecho en los bares de moda de la Ciudad Condal, había tomado un barco y se había plantado en Italia, sin que se supiera muy bien qué tipo de aventuras perseguían, al menos él, porque su amigo estaba muy claro que viajaba a Roma con un objetivo muy definido: entrar en contacto con el incipiente movimiento fascista.

De toda aquella confusa peripecia italiana que había durado unos seis meses, incluido el tiempo de hospital, Eusebi había regresado con la cabeza llena de pájaros y un conocimiento teórico no muy útil de la organización de estructura triangular de los Camisas Negras (tres escuadras, un manípulo; tres manípulos, una centuria; tres centurias, una cohorte, etcétera) y un mucho más firme ideario en el que en una amalgama bastante enigmática se mezclaban la voluntad, la razón, la acción y el pensamiento, el Estado y el individuo, pero sobre todo algunos términos que eran del agrado de Eusebi particularmente: la virilidad, el compañerismo, el nacionalismo y, por encima de todo, las expediciones punitivas, que aunque sólo las conocía de referencia, puesto que en su condición de mero espectador no había podido participar en ninguna, suscitaban en él un extraño hormigueo, una excitación inexplicable.

Además de todo aquello, Eusebi volvió con una grave lesión en la cadera que le dejaría para el resto de su vida una cojera lo suficientemente importante como para

obligarle a usar siempre bastón, y una colección de dolores que modificarían su carácter lo bastante también como para pasar de caprichoso y consentido a huraño e insoportable. La lesión había sido el resultado de una aparatosa caída por las escaleras de la plaza de España después de una noche de más alcohol del recomendable, y no del encuentro beligerante con peligrosos elementos comunistas romanos, como él gustaba de alimentar la leyenda. Nunca dijo a nadie que la caída había sido el final de una serie de golpes proporcionados por Aldo Soracci, un *camicia nera scelta* que no veía con buenos ojos llevar unos cuernos tan evidentes como los que su mujer, una impresionante milanesa de buen ver y pocas luces, le había puesto sin ningún tipo de miramientos con el joven español, a quien sacaba casi veinte años. Ese episodio lamentable en la vida de Eusebi había terminado por marcar su biografía amorosa y se coronaba como el colofón de una serie de amores desgraciados, extemporáneos y siempre con mujeres de mucha más edad, que habían dejado su corazón a la intemperie y que ahora, además, condenaban sus pasos al desorden y cercenaban para siempre la escasa seguridad en sí mismo que había conseguido atesorar después de una infancia de caprichos y besuqueos, que, ya lo había pronosticado con acierto su padre, no iban a hacer de él otra cosa que un chisgarabís.

Venía con los ojos llenos de marciales desfiles, y la cabeza repleta de palabras y signos. Sus conocimientos en materia política no eran muchos, a duras penas podía mencionar los nombres de dos o tres miembros del Gobierno, pero no era necesario porque su pensamiento era tan esquemático como categórico. Despreciaba la según él inconsistente dictadura de Primo de Rivera y se hacía lenguas, comparándolo hasta la extenuación, de Benito Mussolini.

Gustavo Bartomeu no entendía muy bien aquel fervor de su hijo: los conversos de nuevo cuño son siempre desconcertantes. Pero cuando pasaron las semanas y el chico sólo quería llevar como atuendo camisas negras y el estribillo que repetía, entre lamentaciones por el dolor, estaba plagado de palabras en italiano de no muy cristalina interpretación y referencias continuas al fascio, y, sobre todo, no parecía tener ni la más remota idea de lo que iba a hacer con su vida, decidió tomar cartas en el asunto.

Y como si de una iluminación se tratara, con la nitidez con que se contemplan las verdades incontrovertibles cuando se desvelan, el ingeniero vio de pronto que había un modo para que todo encajara como un puzle: sus pretensiones sobre Pomar, la estabilidad de su hijo y, por encima de todo, la proximidad (aquel mentecato de Benito Montañés estaba decidido a meter en un convento a la criatura) de Paloma.

—He estado pensando, Eusebi... Ya tienes veintitrés años.

—Veintidós. Hasta enero no cumplo veintitrés.

—Da igual... —Bartomeu contempló con impaciencia el modo en que su hijo se

miraba y remiraba en el espejo mientras se atusaba aquel bigotillo escasamente poblado que se había dejado en su periplo italiano—. Pues veintidós: lo mismo me da porque a esa edad tus dos hermanos...

Eusebi se giró de improviso.

—Ya te he dicho que con esta cojera no me parece lo más adecuado que me fuerces a colocarme en algún sitio...

—No es eso, botarate...

—Mal empezamos, eh, padre, mal empezamos si piensas pedirme algo y no se te ocurre otra cosa que insultarme...

Gustavo Bartomeu tomó aire con disimulo. La cosa no iba a ser tan fácil. Aquel hijo suyo era imbécil.

—No, hijo mío... No te has dado cuenta, pero lo decía cariñosamente... —sonrió tratando de que no se le notara la ira que le crecía por dentro—. No me refería a tu trabajo, que en eso ya están haciendo por conseguirte una pensión de la empresa.

—¿De la empresa? Pero si yo no he trabajado nunca en la empresa...

—Por ser hijo mío, cojones... —el ingeniero estaba empezando a impacientarse de verdad y aquello no era lo más útil para sus propósitos. Se colocó a su lado frente al espejo del armario del cuarto, donde ambos se hallaban, y comenzó él también, en un arranque solidario y cómplice, a arreglarse su poblado bigote—. No, Eusebi, no me refiero a eso. Es que digo yo que, en tu situación, tal vez estaría bien que encontraras una chica guapa y buena y pensaras en casarte.

Eusebi lo miró con una cierta extrañeza. Casarse era lo último que entraba en sus planes.

—¿Y en quién has pensado? Porque tú cuando dices algo así es porque ya lo tienes previsto, que como dice la tía Montse, tú no das puntada sin hilo...

Bartomeu suspiró y por un momento tuvo dudas de la consistencia y de lo acertado de su idea y temió estar ante la bofetada que la evidencia suministra en el rostro de la ilusión, pero consiguió sobreponerse: no podía perder de vista que estaba hablando con el más tonto de sus hijos, y eso sí que era una evidencia.

—¿Te acuerdas de las trillizas de Montañés?

Eloy Govezanes vivía en un piso soleado de La Corredoria, invadido por los gritos de una legión de niños que a la hora en que Pablo y Aida llamaron al timbre apenas les permitieron oír la respuesta del hombre en el altavoz del portero automático.

—Los días que hay sol, esto ye un sindiós —sonrió el hombre mientras abría la

puerta de aquel primer piso que inesperadamente parecía un catálogo de Ikea—. Ahí los tengo a tos, ahí debajo dando voces como salvajes. El pisu nun yera caru, pero de haber pensao que tendría aquí debajo toa la reciella del barrio me parez a mí que diba compralu Rita la cantaora.

Aida exhibió su mejor sonrisa tratando de ganarse la simpatía de Eloy. Tenía la idea de un hombre serio y hasta huraño, poco dado a la charla y menos a compartir recuerdos, pero aquel hombre, con el grueso pantalón de pana verde y el jersey de cuello alto también verde, con gafas de montura fina y zapatillas de cuadros, parecía de lo más expansivo. Y era hasta muy guapo a pesar de que debía de tener más de setenta y cinco años.

—Matías nos dijo...

—Sí, sí, ya me dijo Matías que vendríais a verme y no sé yo muy bien para qué, esta misma mañana se lo he vuelto a repetir —a Aida le sorprendió enormemente aquel giro imprevisto en el modo de hablar de Eloy: sin la más mínima transición había pasado del asturiano más genuino al castellano más estándar. Y ni una ni otra lengua parecían tener la más mínima impostura—. También me dijo que por lo visto sois periodistas.

—No, no, sólo yo soy periodista —se apresuró a aclarar Aida. Se pasaba la vida disculpándose por ello y ya estaba acostumbrada—. Pablo Lucas es profesor de la universidad.

—Me gustan los periodistas —sonrió Eloy—. Bueno, los periodistas de verdad, no esa panda de verduleras y maricones de los programas de la tele. Y ahora que lo pienso, no todos los periodistas me gustan, hay alguno que me resulta verdaderamente estomagante, como César Vidal. Dios, es que era verlo en las tertulias de la Campos y me daban ganas de hostiarle esa cara de pánfilo sin parar.

Pablo rio: esas mismas palabras se las había dicho él a Aida en una ocasión. Pero Eloy estaba serio:

—Ya, ya sé que da la risa, pero esos tipos son peligrosos. Él, y el Jiménez Losantos y toda esa ralea que no sé en qué piensan cuando se dedican a azuzar a la gente de esa manera. Y luego hablan de Gabilondo: ya quisieran tener la mitad de la ecuanimidad de ese hombre. Yo soy oyente de la SER, y bien orgulloso, oiga. ¿Cerveza? Yo voy a hacerme un té, que lo tomo siempre a esta hora. ¿Queréis té? Tengo también infusiones de no sé cuántos tipos de sabores, que me trae siempre mi nuera.

—Cerveza está bien, gracias.

—Los profesores también me gustan —añadió mientras con un cuidado exquisito colocaba unos posavasos sobre la mesa antes de poner las botellas de cerveza—. Mi hijo Matías es profesor: de matemáticas, pero bueno, eso ya lo sabéis, que lo conocéis.

—Eloy, no nos gustaría robarle tiempo, pero querríamos que nos hablara... Bueno, su hijo ya le habrá explicado.

—Sí, algo me dijo. Y la verdad es que nunca he querido hablar de ello, porque... Bueno, porque sí, porque no se podía hablar. Pero ¿sabéis qué?, últimamente esta panda de fachas del PP, el Aznar y los otros, me tienen tan hasta los huevos, que me dije: bueno, pues por qué no. Lo único es que si sacáis esto en el periódico...

—No, no, de momento no es para el periódico —aclaró Aida un poco preocupada: a ver si iba a resultar que lo que le soltaba la lengua a Eloy era la posibilidad de verse en las páginas del periódico—. Pablo, bueno, y yo misma, formamos parte de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y...

—Pues eso, entonces mejor. Yo no quiero salir en ningún sitio. Eso se lo dejo a Belén Esteban y a la Campanario. Si es por lo de la Memoria Histórica, mejor que mejor. Bastantes años callamos todos ya. Yo no sé si habrá más gente que sepa esta historia, y a veces hasta pienso si no lo habré soñado. Pero no. Ojalá hubiera sido un sueño.

Eloy Govezanes rememoró para Aida y Pablo la historia que nunca se había convertido en palabras. Se vio a sí mismo con apenas siete años subiendo camino del Llaímo, después del puente de la Segoviana, a mano derecha, con escarpinos y madreñes.

—Mi padre había subido a una cuadra que teníamos en un prau que se llamaba La Sombrona, que está a casi una hora de distancia. Yo siempre quería ir con él, pero desde que empezó la guerra, casi nunca me llevaba. Para mí, la guerra era eso: no poder ir con mi padre a ordeñar, prescindir de aquellos ratos tan buenos que pasaba con él, cuando me montaba a recostrines para que no me ortigara las piernas, o cuando cogía la tapa de la lechera y ordeñaba en ella para darme leche a mí. La guerra era también alguna noticia confusa, comentarios, y mucho silencio porque delante de los niños no se hablaba de esas cosas. Y las lágrimas de mi madre, que vivía aterrorizada por que mi padre tuviera que ir, como se fueron otros. Pero mi padre se libró porque tenía un brazo mucho más corto que el otro, una malformación, y alegó que no iba a poder disparar el fusil y después de hacerle mil pruebas decidieron dejarlo. Del pueblo se llevaron a unos cuantos y a veces llegaban cartas y a veces llegaban heridos. Pero me estoy desviando.

—La mañana aquella...

—Era octubre, eso sí lo recuerdo, cuando el aire les castañes, porque me acuerdo de que hacía calor. Mi padre no había bajado de ordeñar y yo no hacía más que mirar hacia el camino. Y cuando ya no pude aguantar más, escapé monte arriba a buscarlo. Ahora pienso en ello y no sé si aquel temor que me atenazaba mientras subía lo invento por lo que sucedió después o era sólo porque sabía que estaba

desobedeciendo las órdenes muy claras sobre salir de los alrededores de mi casa. Pero el caso es que cuando ya estaba llegando oí voces y me quedé quieto. No pude entender qué era lo que decían, pero permanecí inmóvil ocultándome como pude detrás del tronco de un castaño y allí esperé un rato. Las voces se acercaban, y yo tenía muchísimo miedo, así que casi dejé de respirar, aterrado por que me descubrieran, aunque no tenía ni la más remota idea de quiénes podían ser. Casi no me atreví a mirar cuando pasaron a mi lado sin verme, charlando animadamente aunque mi confusión y mi pánico apenas me permitían entender alguna palabra suelta. Uno dijo: «Pues pa tener un brazucu tan cortu, daba-y bien a la pala», y los otros rieron a carcajadas. Eran tres y recuerdo sus botas solamente, porque yo estaba tumbado en el suelo detrás del árbol y medio cubierto por los arbustos. Seguí allí mucho rato, paralizado de miedo, convencido de que a mi padre le había ocurrido algo malo, y pensé en volver al pueblo y dar aviso. Pero, no sé muy bien por qué, seguí subiendo y antes de llegar a La Sombrona me encontré a mi padre sentado junto a una sebe, llorando. Nunca lo había visto llorar y, por lo que yo sabía hasta entonces, los padres no lloraban nunca. Las madres sí, pero los padres no lloraban, ni siquiera en los entierros. Y mi padre estaba sentado, llorando. Tenía las manos llenas de tierra, como cuando andaba por la huerta, y las miraba sin sacudírselas en los pantalones, como lo había visto hacer tantas veces. Estaba tan raro, que ni me riñó cuando me vio aparecer, yo creo que casi no se extrañó. Tenía la lechera vacía y cuando le pregunté, me dijo que aún no había ordeñado, que teníamos que subir, pero no hizo como otras veces, ni siquiera me cogió de la mano. Al llegar a La Sombrona estuvo mucho rato lavándose las manos en el bebederu que teníamos allí y permaneció en silencio todo el rato. Si no le pido que me dé leche, ni se acuerda, porque era como si estuviera perdido en sus propios pensamientos, casi ni me veía aunque pasara los ojos sobre mí. Luego, al bajar, se paró en el sitio en el que le había encontrado y me dijo muy serio que lo que iba a decirme no podría contárselo jamás a nadie. Y después me agarró y me levantó para que pudiera ver por encima de la sebe. «¿Ves? Ahí mataron a tres esta noche.» Yo lo único que vi fue tierra como removida, y me acordé de cuando a mi padre se le murió el burro y lo enterró debajo de los ocalitos. La tierra estaba igual. Le pregunté a mi padre que por qué lo sabía él, y me dijo que le había tocado a él enterrarlos y yo no podía evitar pensar en mi padre, cuando cavó la fosa para enterrar al burro. Y luego, como si hablara consigo mismo, empezó a decir: «Hijos de puta... Los hicieron cavar su propia tumba», y yo le pregunté si no los había enterrado él, y cuando me contestó tenía los ojos llenos de lágrimas: «A mí sólo me tocó taparlos».

—¿Y no supo nunca quiénes habían sido?

—Falangistas, claro. Pero no del pueblo. Seguramente de la zona y puede que uno fuera Demetrio Solana, que fue luego famoso por su crueldad: una muestra de lo que hace la venganza. A un tío suyo que era cura lo mataron cuando el 34, y ya veis...

—No, yo decía los fusilados. ¿Nunca se supo, nadie reclamó, eran de por allí?...

—No lo sé, la verdad. De por allí no creo. Yo sólo le pregunté a mi padre si eran rojos, y él me dijo que sí, que eran unos anarquistas de Gijón. Yo entonces quise saber qué hacían allí si eran de Gijón, y él me dijo encogiéndose de hombros que, por lo que había escuchado, habían salido de Gijón cuando la tomaron y querían escapar a Francia, por el monte, como tantos estaban haciendo. Y en eso mi padre aprovechó para decir que ni se me ocurriera volver a salir de la antojana de casa, porque era muy peligroso andar por cualquier parte aquellos días. Y luego añadió que, por lo que les había oído decir a los que le obligaron a cubrir con tierra a los fusilados, habían intentado huir cuando los tuvieron encerrados en la cuadra de Juanón y uno de ellos debía de haberlo conseguido, porque algo habían dicho de que ya caería, que ellos, y todos los asesinos de curas y monjas como ellos, tenían los días contados.

Aida se había quedado quieta y, como siempre le sucedía, las imágenes transmitidas por las palabras de Eloy habían tomado forma de un modo tan real que casi le parecía ver a víctimas y verdugos en aquella misma habitación. Del parque ya no subían gritos de niños y el sol había desaparecido. Pablo requirió información sobre el punto exacto donde estaba la fosa, desplegando un mapa de la zona, y Aida se acercó a un estante en el que había un montón de vinilos: música clásica, Serrat, Beatles, Raimon, José Afonso, Zitarrosa, Joan Baez y... sí. Aida sonrió con un disco de Víctor y Diego en las manos.

—No era en *Semblanzas,* menuda fan lamentable estoy hecha... —le dijo a Pablo. Y luego, señalando el tocadiscos, le preguntó a Eloy—: ¿Puedo...?

El hombre asintió y a través de los altavoces sonaron las notas de una canción: ... *para qué alimentar una agonía... Hay que dejar las cosas en sus días...*

Eloy levantó la cabeza y le sonrió a Aida:

—No es cierto del todo, yo también lo pensaba, pero mi hijo tiene razón. No siempre hay que dejar las cosas en sus días...

Viernes, 20 de marzo de 1925:

Mañana, que empieza la primavera, se casa Paloma.

Un día Paloma se despertó y ya era la flamante esposa de un tipo al que apenas conocía. Acababa de cumplir quince años y la boda la había librado del convento, pero la había condenado sin remedio a un desamor de consecuencias devastadoras. Sólo años después, en aquel paréntesis inesperado y azul que fue su vida parisina, lograría desatar los nudos de aquella maraña en que se vio envuelta, y desandar los pasos del laberinto que inició el mismo día en que los ojos de Antón la radiografiaron

por dentro desde la locomotora de la máquina del carbón. El mismo que algunos años antes se había quedado hechizado con aquella niña que huyendo de lobos imaginarios en una carrera desbocada desde la Santa se le había plantado en medio de la vía y de este modo se había abonado a sus pesadillas ya para siempre, en una mezcla de pánico y fascinación que no le abandonó ni en el instante mismo en que una bala le atravesó la cabeza años más tarde y se lo llevó de este mundo acunado por el olor de Paloma, la ternura de Paloma, la piel de Paloma.

Pero hasta que eso sucediera, Paloma, experta en rebeldías, se dejó hacer con la íntima convicción de que el pecado cometido (en sentido estricto habían sido muchos pecados y muchos días, aunque cuando se confesó a don Macrino se había limitado a decir «algunos», sin especificar por más que éste insistiera en conocer el número exacto) tenía unas dimensiones tan extraordinarias que cualquier cosa que pudiera pasarle como consecuencia de ello no sólo se la tenía merecida, sino que debía aceptarla sin ningún tipo de reticencias. Y sin preguntas. Por primera vez en toda su vida, Paloma renunció a aquel principio fundamental de su existencia que consistía en cuestionarlo todo, en exponer con vehemencia su punto de vista, en hacer méritos, en definitiva, para justificar la fama, adquirida a lo largo de los años, de impertinente y descarada.

Por eso se dejó hacer. Por eso abandonó el encierro en su cuarto, decretado tres semanas antes, para salir al banco de la antojana y recibir la visita de Eusebi, que llegaba caminando apoyado en el bastón por las mismas vías por las que Paloma había visto llegar y pasar tantas veces a Antón, tachando mentalmente ese nombre de su cabeza con la esperanza de ser así capaz algún día de tacharlo de su corazón y de la memoria de su piel encendida. Por eso asistió con fingido interés a la conversación de aquel hombre que empezó a visitarla cada vez más con mayor asiduidad y que traía una noche inconsistente en los ojos, como si siempre hubiera bruma. La mayor parte de los días lo hacía acompañado de su padre, que permanecía sentado en otro banco, el que estaba al lado de la puerta, pasando frío todos, porque a pesar de los pesares, no estaba bien visto que un pretendiente, aun siendo conocido de la familia como era la circunstancia, entrara en casa. Pero a aquel invierno le había dado por ser inclemente y mezclar heladas y lluvias con una inhabitual frecuencia, así que un día, el tercero o el cuarto de aquel extraño ritual, Benito Montañés salió de su marasmo y, ya puesto, salió también a la puerta y dio la orden de que todo el mundo dentro, y tanto Paloma como Eusebi, además de Sidra, que estaba feliz en su papel de seria y circunspecta carabina, y Gustavo Bartomeu, que no se sabía muy bien el porqué de aquella obstinación en observar la escena, entraron y se situaron en el saloncito de abajo, al lado de la biblioteca. Y así siguió siendo cada día, hasta que a finales de febrero un atisbo de primavera incierta se acostumbró a pintar de un sol tenue pero indispensable la fachada de Pomar y el banco de la pequeña antojana acogió de nuevo aquellas torpes conversaciones no exactamente de enamorados.

A Paloma, Eusebi le daba un poco igual. Vivía en un estado de confusión en el que se mezclaba la vergüenza con el desconcierto y se dejaba ir sin mover ni un solo músculo, convencida de que si manifestaba cualquier deseo, por mínimo que fuera, la respuesta inmediata tendría forma de maleta de cartón y billete de tren hacia un convento frío y descorazonador. Así que obedecía dócilmente a cuanto le decían, escuchaba a Eusebi, le sonreía con timidez al menos una vez en cada cita y procuraba hablar lo mínimo posible, entre otras cosas porque no tenía ni la más remota idea de qué podía decir. Por eso, cuando aquel chico que se autoproclamaba novio suyo empezó a hablar de la boda, siguió sin inmutarse, sin atreverse a plantear ni la más mínima reticencia, y un buen día se vio ante don Macrino vestida de novia con una sencillez extrema que venía determinada por los acontecimientos infamantes de su biografía y porque el luto por Manuel había pasado a ser alivio, y no estaban bien vistos ni los excesos indumentarios ni las celebraciones. Por no hablar de que si uno se fijaba en la forma de llorar de Dorotea, aquella boda tenía más de funeral que de esponsales.

Tiempo después, cuando la vida se convirtió en aquel calvario innombrable de gritos, desdén y golpes, había llegado a la conclusión de que las personas pueden ser buenas o malas, tontas o listas, pero siempre, si uno abre bien los ojos, siempre hay un momento, un detalle, que da la medida exacta de ante quién estamos, incluso si esta persona hace lo posible por fingir ser otro. Y no es que Eusebi lo hubiera hecho: no tenía ningún interés en mostrarse de un modo que no era, porque no consideraba que lo que se traía entre manos exigiera tanto esfuerzo. Pero aun así, Paloma tendría que haber salido huyendo (esto lo pensaba después) aquel día en que a un topo le dio por asomar su hocico romo en aquel montículo de tierra revuelta que marcaba el lugar exacto en que las galerías subterráneas por donde zascandileaba conectaban con la superficie. A Paloma le había hecho gracia y llamó la atención de Eusebi para que lo viera. Por eso se quedó boquiabierta cuando su ya futuro marido agarró una piedra de grandes proporciones del muro y sin ningún tipo de vacilación aplastó, junto con el pequeño roedor, cualquier atisbo de esperanza de los escasísimos que en aquellos meses Paloma había sido capaz de atesorar.

Como en una de aquellas novelas que Bruno detestaba, la nevera de Aida volvía a estar vacía. Tampoco importaba tanto: últimamente su casa venía siendo una estación de paso en la que se duchaba, dormía y se cambiaba de ropa. El periódico y Paloma se llevaban casi todo su tiempo y actividades tan cotidianas como hacer compra, poner una lavadora o fregar en condiciones se habían convertido en una ocupación bastante exótica. Así que le había dado un toque a Jimena por si podían quedar a comer y ésta le dijo que sí, que había quedado con Valle, otra de las guerrilleras, en Ciudadela y que podía incorporarse. Y que como era miércoles, tenían aquel extraordinario arroz con centollo que las volvía locas.

Así que allí estaban, comentando por enésima vez los avatares de sus vidas, entre lo sentimental y lo laboral, del traumatólogo ya prácticamente olvidado de Jimena a las dificultades por las que pasaba la relación de Valle con su marido, y de ahí a las turbulencias y las intrigas entre el personal del hospital, pugnando en nivel de complicación con las dificultades del periódico de Aida y las diferencias notables entre la gestión de una empresa pública y una privada, y frente a todo ello la desesperanzada estabilidad de la existencia de ama de casa de Valle, los niños que empezaban a dejar de serlo, el aburrimiento atroz.

—¿Y Bruno?

A Valle le hacía ilusión que una amiga suya estuviera enrollada con un actor, aunque no fuera ni Antonio Banderas ni Javier Bardem, ni siquiera uno de los protagonistas habituales de las series de televisión. Pero a veces lo descubría en un papelito breve en *Aquí no hay quien viva* o en *Los hombres de Paco* y se ilusionaba como una niña pequeña.

—Psé. Bien y no. No lo sé...

Aida sabía con certeza que preguntarse por cómo iba la relación con Bruno equivalía a meterse en un laberinto. Le gustaba estar con él, se sentía feliz cuando hablaban interminablemente por teléfono, vivía amarrada al deseo de su cuerpo de un modo insólito porque en lo que recordaba de su biografía amorosa siempre se había sentido atraída por hombres mucho más jóvenes. Pero había algo que no terminaba de encajar, como si una amenaza de desastre hubiera encontrado su hueco en las perspectivas que, alguna vez que le daba por pensar en el futuro, tejían con vocación de confusa maraña.

—Bruno es un tío encantador —aseveró Jimena, que una vez superadas las reticencias del inicio de la relación apostaba decididamente por el actor—. Un poco inconsistente, sí, pero encantador.

—¿Inconsistente? —Aida abrió los ojos como platos, sorprendida no de esa afirmación sino de lo inesperado que le resultaba que Jimena hubiera encontrado el adjetivo que identificaba perfectamente lo que ella sentía a veces con respecto a Bruno y que nunca había llegado a verbalizar.

—Sí. Es como esa gente que hace las cosas de mentira. Jurarías que tienen una extraordinaria seguridad en sí mismos, y hasta pudieran parecer originales. Pero en realidad se están limitando a reproducir el guion que se han escrito de su propia vida. Impostura total. Y no pienso hablar, porque el campeón de la inconsistencia es el puto traumatólogo. Que por cierto, por lo visto vuelve a vivir una luna de miel con su mujer, mientras le tira los tejos a una enfermera de Neumo.

—No sé, Bruno es... Bruno. Inconsistente, pero no se parece a nadie. Al menos a nadie que yo haya conocido hasta ahora. Lo que ocurre es que... yo qué sé. No es él,

soy yo. Tengo la vida muy rara.

—Tú has tenido la vida rara desde que te conozco, Aida, y lo menos hace ya quince años —dijo Valle—. Y creo que Zapatero, con lo de la dichosa memoria histórica, ha venido a complicártela más aún.

Jimena miró con aprensión a Aida. La conversación se ponía peligrosa y temía que, según y cómo la pillara, aquello se tornara cuando menos violento. Pero providencialmente apareció Herminio, el *maître,* siempre encantador en su trato con ellas, a preguntarles cómo iba todo, y a comentarle a Aida que, como era periodista, a lo mejor le interesaba saber que acababa de entrar a comer, con la encargada de la programación de Ámbito Cultural, un escritor madrileño de moda. Aida se lo agradeció, pero le indicó que ya tenía concertada una entrevista para la tarde, que iba a presentar un libro suyo. Ese tiempo, esa intervención tan oportuna, evitó que Aida respondiera a Valle con la beligerancia que el cuerpo le había pedido sólo un instante antes.

—En esto no vamos a estar nunca de acuerdo, Valle, es una batalla que doy por perdida. Yo sólo quiero encontrar a mi abuelo: localizar sus restos, y llevarlos a la tumba del cementerio de Deva donde está mi abuela. Y poder cambiar la inscripción de la lápida.

—¿Poner su nombre también?

—Sí, y no sólo eso. Mi abuela se empeñó en que pusiéramos, además de su nombre y la fecha y eso, tres palabras: «Hasta que regreses». No sabes las ganas que tengo de poder quitar esa lápida, porque esas tres palabras se han convertido en una especie de pesadilla.

—Yo no digo nada, Aida, entiéndeme. Yo sé que eso es duro, pero a veces creo que remover todo el pasado... De qué sirve, por Dios... ¿No es mejor olvidar? Todos tenemos muertos en la familia. Yo crecí oyendo contar la historia de un tío abuelo mío y de su hijo. El hijo era seminarista y fueron a buscarlo a casa en los primeros días de la guerra y el padre dijo que si se llevaban a su hijo se lo llevaban a él también. Y se lo llevaron. Nunca más se volvió a saber, no se sabe dónde están, aunque hay quien dice que los tiraron junto con otros muchos a un lago, el de Isoba, pero no se ha llegado a saber. Esas cosas es mejor dejarlas estar, porque si vuelves sobre ellas, sólo aumentas el sufrimiento, no dejas que las heridas se cierren.

—No creo —Jimena terció con la intención de conducir la conversación, y por tanto la comida, por el cauce que parecía que podían tomar las cosas si se mantenían en el límite del respeto—. Mira, en mi familia, y debe de ser de las pocas, no hay tragedias de esas que condicionan, pero no creo que haya que dejar estar las cosas.

—Hubo muertos, y sufrimiento, y desaparecidos en los dos lados.

—Ya, pero se trata sólo de poder enterrar a los muertos... —argumentó Aida,

tratando de suavizar, porque el dolor tenía los brazos mucho más largos, pero lo último que deseaba era polemizar con Valle.

—Te estoy diciendo que a mi tío abuelo y a su hijo...

—Sí, Valle, sí. Pero ellos forman parte de los héroes. Siempre se les ha reconocido así. Joder, si hasta el Papa los va a canonizar... Por no hablar de que, si mal no recuerdo, a tu tía abuela, de aquélla, le pusieron un estanco. Que no compensa, ya lo sé. Pero al menos, siempre, a ellos y a los otros, se les ha respetado, y hasta glorificado, si me apuras. Sus nombres están, seguramente, en esa lápida de los Caídos por Dios y por España que todavía está en la fachada de las iglesias.

—Bueno, claro, pero es que ellos no habían hecho nada...

—Nadie había hecho nada como para acabar de ese modo. Pero unos empezaron primero... Y luego está el pequeño detalle de que unos murieron en la guerra y otros como consecuencia de la eliminación sistemática. Cuando ya no había guerra y el Régimen se dedicó a...

—Eh, eh, eh... —Jimena entendió que ya era el momento de poner coto, porque, como siempre, aquella conversación continuaría, pese al cariño que se profesaban y la buena voluntad, por los incontrolables derroteros de la falta de entendimiento casi secular.

—Vale, vale —admitió Aida—. No quiero discutir. Además, ahora estoy bastante contenta, y aunque no quiero hacerme ilusiones, tengo la impresión de que esta vez puede que al final encuentre a mi abuelo.

Valle oprimió su mano con cariño.

—Joder, Aida. Sabes que aunque te diga todo esto, te entiendo. Y ojalá esta vez sea la buena y puedas enterrar a tu abuelo con su mujer después de tantísimos años.

—Con su novia. ¿Sabías que nunca se casaron?

A Montse, la mujer de Bartomeu, nunca le gustó Paloma. Nunca le había gustado, ni de niña, cuando era la tercera parte de aquel trío encantador de tirabuzones y vestidos impecables con lazos de terciopelo a juego que, cada vez que ellos acudían de visita —en aquellos tiempos en que ella acababa de casarse con su cuñado y visitaban Pomar, cuando Ángeles Ariznabarreta recibía los domingos por la tarde a sus iguales de la comarca—, se sentaban ante el piano e interpretaban a seis manos piezas sencillas que arrancaban aplausos de la concurrencia. Ni siquiera entonces. Montse tenía un extraño sentido de la simetría que entraba en conflicto con el par de centímetros que Paloma les sacaba a sus hermanas, o el hecho de que la lazada de su vestido estuviera torcida y las puntas de sus zapatos de charol siempre tendieran a cuartearse más que las de sus hermanas. Tampoco le gustaba, pero esto ya eran

apreciaciones puramente personales, su pericia a la hora de trepar a los árboles y aquella pasión de niña por las lagartijas, por lanzar regodones al río y conseguir el mayor número de ondas concéntricas, sus peleas con los niños del pueblo y lo escasamente piadosa que era su actitud en misa, cuando solía distraerse contando el número de personas que ocupaban cada banco o haciéndoles muecas a sus hermanas para hacerlas reír. Pero por encima de todas aquellas antipatías, lo que Montse de verdad no era capaz de entender era por qué a su marido le había entrado aquella manía con casar al niño con ella, qué prisa había en casar a Eusebi, y menos con aquella rapacina que acababa de dejar el colegio de las monjas y que no parecía la persona más adecuada para encargarse del cuidado de un hombre con las necesidades de un tullido.

—Hombre, tullido, tullido... No puede denominarse de modo tal el que no deja de tener un control si bien no completo sobre las partes de su cuerpo que sin embargo han tenido alguna complicación sea por accidente o por enfermedad.

Como su marido hablaba poco y cuando lo hacía practicaba una suerte de discursos incompatibles, no ya con el sentido común, sino con la más elemental lógica de la construcción gramatical sencilla en la que Montse se desenvolvía, nunca llegó a saber por qué aquel empeño, pero sospechaba que algo tenía que haber y, como tantas cosas, lo dio por bueno, sin pararse a indagar demasiado en los últimos acontecimientos de la biografía de Paloma, su historia clandestina con el maquinista, un secreto que logró serlo por primera vez en la comarca, puesto que quienes supieron de ello nunca tuvieron interés en darlo a conocer porque hacerlo no habría favorecido sus propósitos, y a quien ni le iba ni le venía, don Macrino, estaba amarrado por el secreto profesional, porque aunque la historia no le hubiera sido confiada en un confesionario en sentido estricto, se le había solicitado la mayor discreción y él, cuando se trataba de los secretos de gente como Montañés, o cualquiera de los responsables de tantas vidas y tantas almas, lo consideraba prioritario en la lista de razones para estarse calladito.

Así pues, aunque Montse desconocía las razones últimas de aquella boda, tenía la suficiente antipatía por Paloma como para no recibirla con los brazos abiertos en una casa en la que tampoco entendía por qué diablos tenían que instalarse, en lugar de quedarse en Pomar, donde con el cuadro que había, no estaría de más que el nuevo matrimonio contribuyera a la estabilidad.

Pero como las opiniones de Montse importaban muy poco, a ella sólo le quedaba la opción de la charleta en las meriendas del *sun parlor* con Benilde, Amparito, Norina y Eloína, a las que en ningún momento consideró incorporar a Paloma, por mucho que la hermana del cura le hubiera dicho, con aquella tendencia suya a la miopía a la hora de entender los resortes más profundos del comportamiento humano, que, como era de la familia, bien podía agregar a la muchacha, pero Montserrat había respondido tan desabridamente con aquello de que de familia no

tanto, que la condición de nuera no se adquiría por la bendición de un cura, por santo que fuera don Macrino, que había que ganarla con tiempo, o si no, a ver si no le había costado a ella ganarse su puesto de madre de tres niños. Y sí, aunque dijeran lo contrario, era lo mismo.

Lo cierto era que en la cabeza de la segunda esposa del ingeniero se libraba una batalla en la que la confusión no terminaba de ser vencida por el sentido común o por la buena voluntad. En realidad, no le daba la gana de querer a Paloma, y aunque no tenía muy clara la razón, poco a poco empezaba a abrirse paso la evidencia de que algo que se parecía a los celos era lo que impedía que pudiera regalarle a la mujer de Eusebi algo más cariñoso que una mera sonrisa forzada cuando no tenía más remedio. Ella se contaba la patraña de que su niño, su Eusebi, necesitaba algo más que una cría. Adoraba a Eusebi desde el mismo instante en que nació, y a la muerte de su hermana Juana fue ella quien ocupó rápidamente su lugar en la cama del padre, lo que no dejaba de ser un trámite, pero sobre todo en el corazón del pequeño, a quien había mimado hasta extremos patológicos. Ni Marcial ni Francisca, que eran algo mayores, habían concitado todas las variedades de carantoñas que se le ocurría regalar a aquel niño un poco débil y cada vez más y más caprichoso. Pero también Eusebi, justamente por el amor inconmensurable que le profesaba, había sido una fuente inagotable de disgustos y malestar, no por su falta de correspondencia, que siempre había existido, sino por los alejamientos impuestos por Bartomeu, encaminados, no sólo a que en la mollera tan poco permeable de su hijo entraran conocimientos, sino también al fortalecimiento de aquel carácter blandengue y mimoso.

Sólo Gustavo Bartomeu parecía encantado de tener a Paloma en casa y Montserrat lo interpretaba como la satisfacción que le provocaba ver al pequeño de sus hijos estabilizado después del susto que se habían llevado con su aventura italiana. En realidad, era el único que protagonizaba algo parecido a la felicidad, o a lo que fuera, porque Montse vivía envenenada por la presencia de aquella niña que se supone que tenía la exclusiva o al menos la mayoría de las acciones del cariño de Eusebi. Éste, tras quitarse el peso de encima que había supuesto su matrimonio con aquella criatura como condición implícita impuesta por el padre para terminar de tramitar la sustanciosa (y bastante fraudulenta) pensión que le permitiría exhibir con dignidad su cojera, había retomado su vida normal, que incluía frecuentes visitas a Mieres, donde era conocido en el café Carolina a última hora de la tarde, con su ginebra compuesta en mano, mientras don Saturnino Mendoza, director de la Banda Municipal, tocaba el piano, como prólogo a la actuación de las que se anunciaban como mejores artistas de varietés, y en locales de más dudosa reputación a medida que transcurrían las horas y el alcohol se hacía amigo inseparable de la piel madura de las mujeres que de verdad le excitaban: aquellas que en el fondo de su corazón sabía que se parecían más a su madrastra que a la niña que se había convertido en

una esposa que lo aguardaba en la cama y contenía la respiración los días que él consideraba oportuno aprovechar la presencia de aquel cuerpo.

Y entre todos los habitantes de la casa del ingeniero estaba Paloma, que seguía sin abandonar aquel estado de sonambulismo, como no fuera para sustituirlo por otro puramente transitorio de estupor que la devolvía a una realidad que ni entendía, ni se creía, como si la hubieran arrancado de un sueño y la hubieran colocado en mitad de un planeta desconocido. Sólo recuperaba una pequeña parte de sí misma cuando algunas tardes, acompañada siempre del ingeniero, que ya tenía buen cuidado en no dejarla sola en el trayecto que se hacía a través de las vías entre su casa y Pomar, volvía a encontrarse con el regazo de Dorotea, que olía a todos los aromas de la cocina de su infancia; con la risa de Claudia, frecuentemente interrumpida por los restos de una tos cada vez más floja; con el silencio y abatimiento de su padre; con la errática conducta de Sidra; con las manos grandes de Migio, que andaba por la huerta y le sonreía con más ternura de la que nunca había sospechado. Entonces, cuando volvía, subía una y otra vez la escalera barnizada hasta la extenuación por Sidra, y recordaba tantas horas sentada con sus dos hermanas en el tercer escalón y la forma en que se deslizaban por el pasamanos, y tenía la sensación de que en algún momento, aunque no pudiera entender exactamente cómo se había producido, alguien le había arrancado la vida y la había puesto a secar al sol hasta convertirla en aquella colección de harapos que, como en un revoltijo sin sentido, rellenaban su piel y ocupaban lugares tan capitales como aquel en el que una vez estuvo el corazón.

Domingo, 19 de abril de 1925:

Hoy ha llegado don Gustavo a decirle algo urgente a papá y papá nos ha dicho que tenemos que rezar mucho porque se ha muerto don Claudio, que era mi padrino y que por eso yo me llamo Claudia, que es nombre de ciruela, por más que me digan. Papá estaba muy triste, más todavía, pero hablaba algo, no como cuando Manuel que no decía apenas nada y con el señor Marqués le dio por hablar y decir que se ha muerto un gran hombre y un gran santo y que qué será ahora de todos nosotros, y entonces Sidra sacó el rosario que lleva siempre en el bolsillo y dijo: a rezar, y sólo rezamos ella y Dorotea y yo porque papá se metió otra vez en la biblioteca, y mientras rezábamos yo empecé a pensar que a lo mejor ahora hay guerra porque papá siempre decía que si no fuera por el señor Marqués, esto sería un nido de comunistas y yo sé que los comunistas son malos, a lo mejor todos no, pero la mayoría sí, y si ahora nos falta el señor Marqués, no sé qué va a pasar, y todo eso pensaba que ni me enteré de que me tocaba a mí empezar el padrenuestro porque era el segundo misterio, y Sidra me arreó un pescozón que todavía me duele, y cuando acabábamos de terminar salió papá con el sombrero puesto y el abrigo que todavía lleva aunque ya sea primavera, y dijo que iba a ver a don Gustavo, porque ahora lo principal es pensar en que hay que hacer una estatua

para que las generaciones futuras sepan cuánto agradecimiento se le deberá a don Claudio López Bru por los siglos de los siglos.

A ratos, Bruno era adorable.

Pero había fantasmas inesperados que se atrevían a poner en tela de juicio que se tratara de una relación modélica patrocinada por la distancia, aquellos 393,5 kilómetros que separaban su casa en Gijón de la de Bruno en la calle Lagasca, en la capital del reino, y que Aida, en alguna de aquellas tardes de lluvia y viento azotando los cristales de su despacho en un invierno que parecía haber licuado las nubes de forma permanente, se había tomado la molestia de medir en el Google Earth, en línea recta, claro: el itinerario perfecto que recorrería en cualquiera de aquellas noches en que el deseo se colaba por el hilo del teléfono y la urgencia de las manos de Bruno explorándola, volviéndola del revés, la necesidad ineludible de sus ojos escrutando el fondo de sí misma, se volvían insoportables y entonces soñaba que tenía alas supersónicas y cruzaba aquellos 393,5 kilómetros en cuestión de segundos.

La distancia incrementaba el deseo, las ganas de volver a verse. También ponía a veces una languidez en las conversaciones, en los relegados correos electrónicos, como si por momentos se aburrieran de estar tan lejos, sin que ninguno de los dos se atreviera a mencionar la posibilidad remota de conciliar los avatares de sus existencias y las ramificaciones de éstas: laborales, familiares, vitales, el periódico, los rodajes, los quebraderos de cabeza de su responsabilidad como redactora jefe, la ausencia de proyectos y el hecho de que conseguir un papelito de nada fuera el resultado de largas peregrinaciones, de deshoras, de más copas de las que resistía un hígado que empezaba a cumplir los años de dos en dos, el estado de salud de Paloma, la preocupación de Bruno por su padre, la enfermedad de Marisa, los hijos, la soledad de la casa de Gijón, la búsqueda, el peso de la historia, todo aquel revoltijo de sí mismos que iba configurando lo que eran cada uno y lo que eran juntos, si es que eran.

La proximidad —los fines de semana robados, tan escasos que podían contarse—, en cambio, generaba extrañas situaciones que podían pasar del paraíso al abismo sin que se supiera muy bien cuál era la razón. Aida no entendía por qué una frase suya, dicha al desgaire, era capaz de provocar en Bruno de repente una avalancha de tristeza y por tanto de mutismo que podía prolongarse durante horas y que parecía ir desembocando en una ira contenida si ella se empeñaba en preguntar la razón por la que estaba así. Al principio daba por descontado que eran problemas de ajuste, el incontrovertible hecho de la diversidad, y se repetía que en cualquier relación es necesario aceptar las diferencias y que a medida que se cumplen años y la vida empieza a estar tan usada que se hace más rala por donde menos lo esperas, como las telas baratas, se acumulan los gestos ofensivos, las manías estúpidas, los tics que nos

escriben la existencia dejando borrones en cada línea. Trataba de no darle importancia al hecho de que a veces Bruno se metiera en la cama con calcetines, o a que cuando estaban juntos y ella iba al baño se encontrara la tapa levantada, o a que a veces, sólo algunas veces, él empezara a comer antes de que a ella le trajeran su plato. Se reía tanto cuando él estaba en vena y le contaba anécdotas de una vida entera, que pasaba por alto aquella costumbre de él de interrumpirla antes de que terminara las frases dando por hecho (y equivocándose en la mayoría de las ocasiones) que ya sabía lo que iba a decir. No daba importancia a nada de eso porque era consciente de que seguramente él podría hacer también una lista con las cosas que no le gustaban de ella, empezando por sus uñas siempre recortadas y sin pintar; o que nunca se decidiera a la hora de pedir en los restaurantes y terminara por decir con una indolencia que a él le parecía ofensiva que cualquier cosa, que lo que él había pedido estaba bien; o el gesto que sin duda alguna ponía (y él ya se lo había hecho notar) cuando él le hablaba de alguna de las mujeres de su vida y ella, aunque no quisiera, sentía un pellizco en el corazón.

A pesar de todo ello, no podía evitar una sombra de preocupación, y algunas noches hasta de pánico, cuando sospechaba que debía de ser algo más que eso. Algo tenía que haber en aquel empeño que acompañaba a Bruno en los últimos tiempos de encontrar en el comportamiento de ella, o en su forma de expresarse, intenciones que no eran tales; como si hubiera un empeño en estropear los días memorables, o en concluir de forma abrupta una conversación, y dejarla con la amarga impresión de que era ella, y sólo ella (su torpeza, su parece-mentira-que-siendo-tan-lista-como-eres-te-descuelgues-con-esa-tontería), quien saboteaba los buenos momentos y los condenaba a ser guardados en el cajón de los días que sólo olvidados se redimen. Y entonces, con el teléfono aún en la mano después de que él hubiera colgado sin duda sorprendido desagradablemente por algún comentario de ella que no era capaz de identificar, se daba cuenta de que había algo que no estaba bien. Que con toda probabilidad él tenía razón y ella no hacía otra cosa que equivocarse.

Porque Aida se había enamorado como una adolescente y no podía entender en qué momento tal catástrofe se había producido, en qué instante había dejado de tener control sobre la situación, dónde se quedaron perdidas las piezas de la armadura de lata que con tanto esfuerzo había construido, y cómo fue que un día se encontró irremediablemente extraviada en un laberinto del que ignoraba tanto el camino de la salida como la puerta por la que había entrado, aunque, si lo pensaba bien, tal vez todo fue tan progresivo, tan imperceptibles los pasos que la fueron llevando, que tuvo que bastar sólo una mirada de él en la penumbra una de aquellas tardes de hotel en que dejaban que la luz de la pantalla de la tele se encargara de iluminar el deseo para acabar irremisiblemente enganchada a Bruno, yonqui de su voz desapacible, de aquellos besos que, pasado el delirio del encuentro, dosificaba con la avaricia de un usurero y que ella mendigaba con ojos hambrientos.

Y aunque a veces Bruno era un ser adorable, un cómplice perfecto de piruetas verbales y risas verdaderas, Aida empezaba a sospechar que quererle iba a ser más difícil de lo que parecía, porque ya no era una cuestión de ajustar las diferencias: ahora que inexplicablemente éstas parecían hacerse más insuperables a medida que pasaban las semanas, como si de nada sirviera ese complicado mecanismo de pulir las aristas, de hacer más confortables las discrepancias y conciliar los contrastes por el procedimiento de atribuirles un componente de originalidad o hasta de pintoresca personalidad. Todo eso no sólo era un empeño inútil, sino que solía devenir en un inagotable semillero de malestares de diversa duración.

A ratos, Aida era desgraciada.

Benito Montañés dejó la pluma sobre el papel secante y la tinta oscura quedó inmediatamente absorbida con avidez. Miró entonces sus manos y por un momento no fue capaz de reconocer en aquellos animalillos temblorosos, en los dedos enflaquecidos con las falanges oscurecidas por unos vellos largos y enredados, aquellas otras manos de los tiempos felices en que recorría toda la zona por la que crecía la empresa y negociaba con inteligencia la compra de todos los prados que se hacía preciso conseguir para que las tareas avanzaran, a unos campesinos a los que se acostumbró a pagar como a ellos les gustaba, en copinos de duros, porque era aquel cestillo con lo que organizaban sus medidas, fuera para la harina en el molino o las castañas. Aquellas manos que eran observadas con una mezcla de codicia y de desconfianza por los vendedores, que nunca estaban seguros de si debían o no quitarse la boina ante aquel hombre, que era el vicario del Marqués en aquella tierra, la representación misma de quien transformaba en una riqueza insólita, industrial y de progreso lo que había sido bucólico y agreste, cuando rasaba las monedas que constituirían el pago, y que a los habitantes de aquellos pueblos les parecían demasiado grandes y demasiado fuertes para un señorito que sólo realizaba actividades de oficina, estaban ahora ante él, como si ellas constituyeran la rúbrica de los años que habían sido su vida.

Con trabajo había conseguido escribir la memoria de aquel día, y aunque no era capaz de releerlo, tenía la vaga sensación de haber mencionado el viento cálido de principios de octubre, preludio del «aire les castañes», repartiendo un catálogo de hojas amarillas por entre los pies de los muchos congregados aquel domingo, y el sonido de las campanas, que a él le pareció que exhibían una alegría impropia de la solemnidad del instante, porque estaban allí para honrar la figura de aquel hombre santo y ejemplar, que había entregado su alma a Dios algunos meses antes. No había sido capaz de mencionar a todas las autoridades asistentes, pero puso buen cuidado en citar a los familiares del Marqués que habían llegado desde Barcelona, mencionando la elegancia en el porte y la distinción que todos ellos mostraban. Tampoco recordaba con exactitud los discursos pronunciados, encargados todos ellos

de glosar la figura egregia de Claudio López Bru. Él mismo había esperado durante semanas que Gustavo Bartomeu le ofreciera la ocasión de pronunciar algunas palabras, pues aunque no era la oratoria una de sus virtudes —tenía que reconocer un cierto miedo escénico—, era él, en definitiva, quien había tenido un contacto más estrecho con aquel hombre cuya memoria quedaría honrada para siempre por aquella escultura que lo representaba en bronce. Pero Gustavo Bartomeu se había decantado, a la hora de organizar los discursos, por él mismo como director; por don Macrino, que, encargado de realizar la bendición, pronunció, además de las oraciones correspondientes, unas palabras que complementaban —redundando— la larguísima homilía que había protagonizado minutos antes en la misa que se había celebrado, y por uno de los sobrinos del Marqués, que se limitó a dar las gracias por el honor. El discurso de Bartomeu, pronunciado con una emoción a todas luces impostada, sumó a la precaria inteligibilidad, por una construcción sintáctica indescifrable, una extensión tal, que hasta para los más discretos se hizo inevitable exhibir un gesto cercano al fastidio cada vez que la mirada se escapaba anhelante hacia el reloj de la iglesia. Posteriormente se había hecho una ofrenda floral que a Benito Montañés le había parecido redundante, puesto que eso era lo que la propia estatua constituía (el obrero esculpido en piedra, de grandes pies y cuerpo poderoso, que en mangas de camisa ofrecía un ramo de flores al busto de bronce del Marqués, en un acto que parecía espontáneo, como si lo hubieran pillado en mitad de su faena, ya que el pico, la pala y la lámpara de mina estaban a su lado), y que, sin embargo, a Bartomeu le había parecido «alegórica», como se empeñó en repetir hasta la saciedad cada vez que los representantes de cada una de las explotaciones se abrían paso para depositar flores y ramos de laurel a los pies de la escultura. Y, Montañés tenía que reconocerlo, se habían producido momentos emocionantes cuando el numeroso público rompía espontáneamente en aplausos cada vez que se nombraba una mina y dos obreros vestidos de domingo avanzaban con artísticas composiciones florales (destacaba una en forma de cruz con las iniciales de la Sociedad Hullera Española), mientras el espacio que circundaba la estatua, limitado por aquella verja realizada con picos y palas, que Bartomeu también había catalogado como alegóricos, iba reduciéndose de manera paulatina. No se esperaba Montañés que el fin de fiesta de aquel desfile de obreros tuviera que ver con su familia, y por eso se sorprendió cuando el acto se coronó con la irrupción de Miguelón el de Entrebú, el imponente minero que había servido de modelo al escultor Alfredo Mariñas: lo hacía ataviado con la misma ropa con que había posado, la camisa arremangada y, en lugar del ramo de flores, con la pequeña de los Montañés, la amadísima ahijada del señor Marqués, como la definió Bartomeu, a la que elevó por los aires situándose justo del otro lado de su figura en piedra, de modo que por un instante, y sin una cámara que inmortalizara tal momento, Miguelón el de Entrebú estaba en su versión humana y su versión en piedra en una ofrenda dual al marqués de Comillas, con un ramo de flores pétreas e imperecederas y con una niña con un precioso vestido de organdí en

tonos azulados que Sidra, orientada por la modista amiga, había cosido hasta el detalle del último de los bodoques, y que a su vez portaba una flor, una sola flor que había depositado junto con un beso que rozó el bigote metálico mientras el público emocionado y agradecido prorrumpía en unos aplausos que a Montañés, superada ya la sorpresa de ver a su propia hija formando parte de un efímero grupo escultural, seguían pareciéndole demasiado festivos para la solemnidad que un acto así requería. De todos modos, lo peor estaba por llegar, porque entonces apareció Efrén Rubiera al frente de la dichosa rondalla, y allí empezaron a cantar, primero con gran fervor el *Bendita la reina de nuestras montañas,* que tenía un pase —al fin y al cabo, era el *Himno de Covadonga,* y el señor Marqués siempre había sido un devoto de la Virgen—, pero el número fue a más cuando continuaron con el *Santa María, en el cielo hay una estrella que a los asturianos guía,* y si Bartomeu no hubiera fulminado con la mirada a Efrén Rubiera, la cosa se habría prolongado, quién sabe si con cualquier cancioncilla de las que conocía todo el mundo, con lo que aquel acto de inauguración de un monumento a la memoria de un hombre santo y cabal habría terminado como una romería, una prueba más de que los tiempos cambiaban inexorablemente, y que el orden cada vez era más difícil y la gente más impredecible, porque el mal —y él había tenido la desgracia de constatarlo en su propio hogar— ganaba terreno a la cordura, al equilibrio, a la integridad y a las buenas costumbres.

Por todo aquello, Benito Montañés se miraba las manos después de haber escrito la memoria de aquel día en la que detallaba sus impresiones, y sentía un enorme cansancio. No de las horas precedentes, tan densas como inexplicables, sino de toda su vida: aquella sucesión de años amontonados uno sobre otro con tanta disciplina como había aprendido a hacerlo, y seguramente con la misma dosis de inconsciencia. Se levantó y miró a través de los cristales, apartando los visillos bordados: el río bajaba con poca agua y bajaba limpio, sin duda porque con la inauguración los trabajos se habían mantenido al mínimo en las distintas explotaciones valle arriba, con el fin de que fuera multitudinario el homenaje. Vio a Camino, que paseaba por la carretera, al otro lado del río, con aquel muchacho forastero. Parecía feliz y este sencillo pensamiento sirvió para redimir inexplicablemente todas las horas de espanto y remordimiento que se acumulaban en los cajones secretos de su alma. Las montañas, demasiado cerca, como paredes infranqueables, apuntando a un cielo que se teñía de la amenaza de las primeras sombras. Vio correr a Claudia y a Andresín, persiguiéndose por la pomarada, y sintió que la enfermedad de su hija ya era pasado, y él mismo pudo respirar mejor. Pensó en sus dos hijas, que después de profesar iban a ser destinadas a Oviedo; y en Paloma, a quien había visto aquella misma mañana en la inauguración, con el pelo corto y una palidez que le hizo albergar una extraña esperanza de que tal vez estuviera ya en estado, del brazo de su marido, y tuvo el lenitivo pensamiento de que todo se encauzaba. Vio a Migio, que salía de ordeñar y se acercaba a la casa con la lechera, y a Dorotea, que volvía de visitar a su hermana en Revallines y pronto se pondría a preparar la cena. Sintió que la opresión que

desde años atrás convertía su pecho en una cárcel se diluía despacio y la aceptación de que el mundo seguía girando, que las noches más oscuras alumbraban los días más luminosos, que Dios ya se las ingeniaría para mantener el orden que los hombres parecían empeñados en subvertir, y que las aves del cielo y los lirios del campo, y un extraño optimismo que crecía, como si todo fuera posible, y estaba pensando entonces en su hijo Manuel, cuando la imagen del chico débil y demasiado hermoso para este mundo se le confundió con la de otro niño que cruzaba una calle en una ciudad lejana y llevaba en una mano una peonza, y de pronto le miraba, como miraban en el cinematógrafo del Círculo Católico los actores a quienes los contemplaban, y se sorprendió al darse cuenta de que aquel niño que se había fundido en la memoria con la imagen de su hijo muerto era él mismo en su infancia madrileña, ajeno a la vida que tenía por delante, y justo en el instante en que el muchacho, sin dejar de mirarle, exhibía una sonrisa y lanzaba con inesperada energía la peonza, Benito Montañés se desplomó, inmediatamente después de dibujar en el aire un inexplicable *pero qué bonito es todo, qué día tan precioso...* fulminado por el peso de una existencia cuyo sentido durante una fracción de segundo estuvo a punto de adivinar en las pupilas de aquel niño remoto que llevaba el secreto de los días perdidos enredado en los mechones de su pelo rubio.

Sólo un rato más tarde, después de certificar el fallecimiento de Benito Montañés, y mientras Sidra lloraba desconsolada sin soltar la mano ya fría de su padre, Efrén Rubiera reparó en el papel prolijamente escrito con garabatos imposibles de descifrar, simples trazos, líneas y borrones, y en el que sólo era posible leer al principio, y bajo la fecha del domingo 4 de octubre, un inexplicable encabezamiento, perfectamente caligrafiado: «Mi muy estimado señor Marqués, digno de mi más alta consideración:».

Capítulo 6

—Este año subimos, Paloma, ya verás.

—Ay, neña, no sé, no sé... Pero mira, no quisiera morirme sin ver al Sporting otra vez en Primera...

—Si subimos, que vamos a subir, te llevo a Gijón a celebrarlo con la Mareona, que anda que no están dando caña este año...

—Si subimos, soy capaz de ir a la fuente de Begoña, con toda la chavalería, Aida, de verdad que sí. No sabes qué ganas tengo...

—Si sube, voy yo contigo y me meto en la fuente también. Igual no está tan difícil: ayer, sólo la Real Sociedad marcó, el resto de los rivales para subir... Ni los del Salamanca. Y el Elche perdió. Y el Celta.

—Ya, ya lo sé. Además, estuve escuchando que la gente ta muy esperanzada con Bilic. Yo creo que vien con la espina esa de cuando tuvo la otra vez, no me acuerdo el añu, que entrenaba Marcelino, ¿acuérdeste?, que nun subimos, y por muy poco.

Aida sonrió. A Paloma bastaba sacarle el tema del Sporting para que se le iluminaran los ojos.

—... y más nos vale —continuaba diciendo—, porque entre los tobillos de Barral y ahora Kike Mateo, que también anda con lesiones... A ver qué nos haz el croata, ho, que esti equipín tien que subir a Primera. De ésta, yo creo que Preciado lo consigue. Nunca tuvo un entrenador así el Sporting. En la vida.

Cuando hablaba del Sporting, Paloma se abandonaba a un acento tan playu que nadie diría que había crecido en la confusa mezcla lingüística del castellano del hogar y el asturiano de la cuenca. Parecía más gijonesa que nadie y era como si...

—¿Sabes que a veces pienso que tú has vivido muchas vidas? Quiero decir, es como si una sola no te alcanzara para todo lo que has vivido, como si te reinventaras cada vez, y hubieras sido muchas en lugar de una sola.

—No creas. Es la misma vida, pero cosas distintas. Aunque puede que tengas razón: no sé muy bien en qué me parezco ahora a la Paloma que jugaba en Pomar, o a la que se casó con Eusebi, o a la que se fugó a París.

París. Aida volvió a anotar mentalmente el nombre de la ciudad y de los años que

constituían el gran enigma de la vida de Paloma. Algún día hablarían de ello. Algún día, cuando hubiera desenmarañado el confuso revoltijo de sus propias preguntas.

—¿Y nunca te has preguntado cuál de ellas es la verdadera Paloma?

—Ay, neña, qué coses tienes. Paréceste al loco de la colina, cuando haz les entrevistes... —Paloma recobró tras la ocurrencia una inusitada seriedad—. La verdad es que no tengo ni idea. Llegas a vivir casi cien años, total, para no terminar de saber quién recoña eres.

—En el diario de mi abuela no hay ninguna mención a todo lo que te pasó mientras estuviste casada con Eusebi.

—Cómo la iba a haber... ¿Tú crees que yo iba a decirle a alguien que aquel hijo de la grandísima puta me daba unas tundas que se fundía el misterio? Siempre creí que los golpes que llevaba los tenía merecidos, porque aunque en el momento fueran desproporcionados, no se me olvidaba que yo estaba allí por lo que estaba. Porque Bartomeu y Eusebi habían tenido a bien redimirme del pecado gordísimo y de la vergüenza infinita de «lo que había pasado» con Antón, así que, sin rechistar. Nunca se lo dije a nadie. Bueno, sí, una vez se lo dije a don Macrino, fui a confesarme y le dije que mi marido me pegaba y ¿sabes qué me dijo? Que tenía que rezar a Dios para que me diera sabiduría para no provocarlo y fuerza para soportar con resignación sus salidas de tono, y que tenía que entender que él era un hombre con grandes dolores por lo de su cojera y que era lógico que si yo no me comportaba como era debido, él tuviera una reacción así. Me puso una penitencia mucho más gorda que de costumbre, y hala. Ahí se quedó todo.

—Qué cabrón...

—Na, Aida, entonces era todo así. Era lo normal. Era muy habitual ver a mujeres con moratones, aunque procuraban no salir de casa, no ir al lavadero a no ser a horas muy raras, porque se morían de vergüenza. Ir marcadas por los golpes del marido era ir proclamando a los cuatro vientos no que estaban casadas con un animal, sino que no eran buenas esposas. Había algunas que se jactaban de eso justamente: «A mí, el mi hombre nunca tuvo que poneme la mano encima...», lo exhibían como superioridad moral frente a las otras, que eran, evidentemente, peores personas, porque habían merecido que las zurraran. Ya ves.

—¿Y no hubo ningún momento que, yo qué sé, que pensaras en marcharte de allí o...?

—Todos los días de mi vida pensaba en marcharme, desde aquella primera vez que Eusebi me dio con el bastón, cuando no hacía ni una semana que nos habíamos casado, que creí que me había abierto la espalda. Pero ya me dirás dónde iba a ir. Soñaba con escaparme muy lejos, a África, como cuando era pequeña y me dedicaba a fantasear que me ponía ropa de hombre y me recogía el pelo debajo de una gorra y

hasta me pintaba bigote y salía de casa sin que nadie me viera y llegaba a la estación y allí cogía un tren y me iba. Soñaba con trenes continuamente.

—¿Y cuando se murió el bisabuelo?

—Uy, las cosas no hicieron más que empeorar. Es cierto que Bartomeu nunca se había andado con muchos miramientos, porque daba por hecho que mi padre, como así era, tenía los días contados, y campaba a sus anchas por Pomar. Ahora lo pienso y me da un poco lo mismo, porque cuando tienes mi edad, una de las cosas que aprendes es que al otro mundo no te llevas nada, pero da rabia pensar que esa casa podría ser tuya ahora, y que no lo sea porque él se hizo con ella de un modo tan miserable.

—Ya, esa historia la única compensación que tiene es que él tampoco lo disfrutó mucho...

—Sí, pero quedó para la familia. Y aunque por lo menos tengo el consuelo de que Eusebi tampoco lo disfrutó, no tenía por qué ir ni para Marcial, ni para Francisca, ni para Montserrat. Pomar era nuestro y ahora tendría que ser tuyo.

—No voy a hacerme mala sangre por eso, la verdad, cosas de ésas pasaron tantas... Yo me refería a que si cambiaron las cosas en algo en tu relación con Eusebi.

—Sí cambiaron. El día que enterramos a mi padre, Eusebi se marchó a Mieres y yo me quedé en Pomar con tu abuela y con Sidra, que nos daba mucho miedo porque estaba desquiciada. A las tres de la mañana oímos golpear la puerta y nos sobresaltamos, y era Eusebi, que venía a buscarme para que me fuera a casa con él. Le dije que no, que me quedaba allí, y del golpe que me arreó me di contra la bola de la escalera, una bola pulidísima de madera brillante que había al final del pasamanos. Yo intentaba no llorar nunca cuando me pegaba, porque eso le enfadaba todavía más, pero aquel día lloré sin parar, y no por el golpe: en aquel momento me eché a llorar porque me acordé de que allí, en la bola, era donde mi padre dejaba siempre colgada la chaqueta cuando llegaba del trabajo, que siempre iba Dorotea detrás recogiéndola. Mi padre acababa de morir y aquel hombre me estaba pegando. Tu abuela salió de la habitación al oír los golpes, pero le dije que no pasaba nada, que me iba a la casa de Bartomeu, y me vestí y me fui, llorando todo el tiempo, por las vías arriba. Y le preparé una tortilla francesa, que el señorito quería una tortilla francesa cerca de las cuatro de la mañana, y... bueno, ya sabes, luego pues todo, para qué vamos a acordarnos de eso. Pero sí, las cosas cambiaron a peor, a muchísimo peor. Y entonces fue cuando empecé a pensar seriamente en matarlo.

Migio había tenido una novia en Carabanzo, una mocina rubia y de piel blanquísima que se murió al principio de la semana en que tendrían que haberse casado si a ella no la hubiera atrapado con garras insidiosas y mortales una

tuberculosis, y desde entonces la pesadumbre se había hecho un hueco permanente en su forma de mirar, de moverse, de sonreír sólo con los ojos y con una brevedad insobornable. Eso había sido muchos años atrás, cuando él acababa de llegar de servir en el ejército y había empezado a trabajar en Cutrifera, de caballista, y tenía otros planes que aquello a lo que después se dedicaría: cuidar de los animales y las plantas —y curiosamente, también de las personas, aunque nunca hubiera sido contratado para eso— de la casa de Montañés.

Migio llevaba en Pomar desde poco después de nacer Sidra, y tenía un inquebrantable cariño, silencioso y torpe, por todos los miembros de la familia. Desde su deambular por la huerta o por la cuadra, podando el boj, ordeñando las vacas, sallando patatas o injertando cerezos, observaba con prudencia los ires y venires de cada uno, conocía y callaba secretos, y guardaba en los bolsillos de su discreción la clave de los pequeños misterios de la casa y la intuición suficiente como para saber de qué iban los grandes, los aparentemente irresolubles. Los niños estaban acostumbrados a su sombra protectora, su estatura salvadora para ayudarlos a trepar, su milagrosa capacidad para hablar con los animales y apaciguar a los perros, el modo en que interpretaba los cantos de los pájaros y las nubes del cielo, sus palabras escasas y sentenciosas, su pericia para hacerles los mejores silbatos con madera de boj, pero también la naturalidad con la que, del mismo modo que gobernaba a los animales y a la naturaleza, se había hecho con la tarea de conducir el Minerva en el que llevaba y traía a Montañés cuando éste debía trasladarse a Mieres o a Moreda, y hasta a Oviedo había ido con el coche a pesar del pavor que le daban las calles con tantos otros vehículos que parecía siempre que se le iban a echar encima sin remedio. O era capaz de resolver cualquier problema que hubiera en la casa con alguna cañería, con la máquina de coser de Sidra o con el tiro de la cocina de carbón.

Además de todo ello, y de forma secreta, Migio se había encargado de enseñar a nadar a los niños en el río, o al menos de vigilar que lo hicieran en condiciones de relativa seguridad, en aquellos veranos interminables, y había llorado en silencio por cada una de las desgracias de aquella familia, aunque lo hubiera hecho en el reducto secreto de su cuadra mientras les pasaba el cepillo a las vacas o echaba a mamar a los xatinos.

Sin que nadie se percatara de ello, porque Migio tampoco iba hablando por ahí de sus actos y mucho menos de sus intenciones, había adquirido la costumbre de plantar un árbol por cada uno de los niños que nacían, y así, en las inmediaciones de la casa de Pomar había una camelia de flores blancas que había plantado para Sidra, un sauce llorón para Manuel, tres perales para las trillizas (que luego demostraron tener mucha más querencia por las cerezas) y, cuando nació Claudia, como no podía ser de otro modo, plantó un ciruelo. De la variedad de las ciruelas claudias, naturalmente.

Migio nunca confesó a nadie esa circunstancia. Formaba parte de sus pequeños secretos, y así no tenía que dar explicaciones de por qué cuidaba con esmero y con inexplicables mimos aquellos árboles, sin que nadie se imaginara que cuando se murió Manuel le entrara aquella manía por acariciar el sauce, del mismo modo que antes se sentía complacido cuando, de entre todos los árboles, Manuel solía elegir justamente aquél para sentarse a leer bajo su amorosa y triste protección, o que desde que Sidra enloqueció, la camelia no tuviera jamás ni una sola hoja seca ni una flor marchita, como si por el procedimiento de mantener impecable su árbol fuera capaz de establecer el orden en la cabeza de aquella niña que había visto crecer con más piedad que simpatía. Tampoco sabía nadie por qué cuando llevó a Montañés a visitar a las niñas al convento (aquel viaje legendario más allá de Pajares), además de aquel cargamento alimenticio de chorizos, huevos, una empanada, un par de pollos y una manteca que había mazado Dorotea la tarde anterior, sin que nadie le dijera nada añadió unas peras en un cesto entre hierba seca para que aguantaran el machaque de los baches. De los perales de Almu y de Bego, que no tenían ni la más remota idea de que eran los suyos, los que Migio cuidaba y a los que daba los mimos y las carantoñas que en su condición de sirviente nunca se atrevería a darles a los niños Montañés, por supuesto.

Tampoco nadie se preguntó por aquella manía que le entró el verano siguiente a la boda de Paloma —cuando él ya leía en sus ojos la desdicha acumulada y se debatía entre romperle las piernas (o la pierna y media, para ser rigurosos) a Eusebi y callar como tenía por costumbre— que le llevaba a recoger las peras amarillas del peral que sólo él sabía que había plantado para Paloma, y que curiosamente había resultado ser más alto que los otros dos, y apremiar a Dorotea para que le hiciera una de aquellas compotas que tanto le gustaban, porque casualmente él tenía que pasar por casa de Bartomeu, que le habían pedido que cortara el seto, o que arreglara la portilla de la entrada, y así se la llevaba, que seguro que Paloma estaría muy contenta.

También por esa razón sonreía por dentro, sin separar los labios, cuando veía a Claudia y a Andrés devorar las ciruelas apenas comenzaban a madurar y jugar a quién sabía qué promesas secretas a la sombra del árbol que él había plantado años atrás ante la mirada ligeramente reprobadora de Dorotea, como si fuera tan urgente plantar un árbol justo en aquel momento, en aquella casa en la que acababa de morir la señora, tanto tiempo atrás, que parecía que había pasado una vida entera.

—Pues aquí estamos, jefe, Lagasca, cuarenta y... Aquí, y si ese gilipollas quiere hacer el favor de mover la furgoneta, hasta lo dejo justo en el portal...

Andrés Braña pagó con dificultad al taxista, haciendo un enorme esfuerzo para no equivocarse con los billetes: últimamente le ocurría que se liaba con los colores y ya había renunciado a calcular cuánto tenían que entregarle como vuelta. Ya hacía

semanas que se limitaba a guardar de nuevo en su monedero lo que le daban, abandonándose, a la manera de Blanche DuBois, a depender de la generosidad, o al menos de la conciencia, de los extraños.

Definitivamente, ya no estaba para andar solo, prueba de ello era que para conseguir salir del taxi (cómo era posible que un coche se convirtiera en una trampa y que ninguno de los muchos botones que oprimía sirviera para nada) había vuelto a tener que depender de la amabilidad de un extraño, el taxista, que era joven y muy alto y llevaba un fular de color azul al cuello y un pendiente en una oreja. Rojo y maricón, había sentenciado para sus adentros Andrés Braña. Eso había sido media hora atrás, cuando lo recogió delante de la residencia. Gemma Nierga en la radio estaba en animada charla con Juan José Millás, aunque lo cierto era que Andrés Braña no había prestado mucha atención, porque bastante había tenido con atender al laberinto de sus propios pensamientos.

—Si le parece, vamos a ir por la M-30, es más distancia, pero ganamos tiempo, que por la Castellana a esta hora podemos eternizarnos. Si le parece bien, claro.

—Sí, sí, como usted vea.

A Andrés Braña le daba exactamente igual, porque volvía con el universo entero girando de manera caótica y desacompasada en su cerebro. Ni siquiera recordaba cuánto le había cobrado el otro, el que lo había recogido en el portal de su casa a las dos y media de la tarde, en cuanto Bruno se había ido a ver a Marisa, y él, como un adolescente fugitivo y aventurero, se había enfundado en su pelliza y había dado al taxista una dirección de la calle Islas Bikini, ni qué ruta habían seguido para llegar allí. Hacía tiempo que la mayoría de las calles de la ciudad que amaba y odiaba a partes iguales le resultaban mucho más desconocidas que las de cualquier lugar del mundo que uno pisa por primera vez, y eso, que al principio le producía desasosiego y hasta rebeldía, había terminado por asumirlo como algo inevitable y a veces incluso encontraba un extraño placer en la sensación algodonosa y tenue de vivir en un limbo del que, mientras conservara al menos memoria suficiente como para poder indicar su dirección, de nuevo la amabilidad de los extraños podría devolverlo al universo doméstico por el que todavía se manejaba sin dificultad. Aunque todo se andaría.

Internet era el mejor de los inventos, de eso Andrés Braña estaba seguro, y gracias a la Red y seguramente también gracias a los milagros, había cogido aquel taxi y le había dado la dirección de la calle Islas Bikini al taxista y había hecho el trayecto de ida envuelto en una amalgama de sentimientos confusos que se habían apoderado de él en el instante mismo en que localizó gracias a una red social, Facebook, que acababa de lanzar sus servicios en español, a uno de los sobrinos de Preciosa Duarte y le había informado no sólo de que vivía, lo que ya era absolutamente inesperado, teniendo en cuenta que estaba cerca de los cien años, sino de que residía en Madrid,

de donde no se había movido en los últimos cuarenta, después de pasar dos años en la cárcel y más de veinte en México, donde había montado una academia de baile español. Así, un millón de siglos después de aquel primer encuentro en un camerino improvisado en los locales del Ayuntamiento, en cuya plaza mayor habían instalado el escenario, él se encontraba en un taxi en el que la voz de una mujer invisible indicaba que en la siguiente rotonda girara a la derecha y la ciudad se parecía al escenario de la película que, desbordados por la más incandescente de las pasiones, jamás pudieron imaginar mientras se besaban del único modo que el instinto —y el recuerdo de Rodolfo Valentino y Vilma Bánky en *El hijo del Sheik*— les había enseñado.

La ida, aquel viaje hacia la residencia de las Hermanas Josefinas de la Santísima Trinidad, había sido en realidad un trayecto tan temido como insoslayable hacia los confines de la memoria, que había aguardado durante el tiempo que transcurrió desde que tuvo la información y hasta el instante mismo en que cruzó la cancela de entrada en la residencia y una monja con una inmaculada camisa blanca, sobre la que llevaba un chaleco de punto de color beige unos tonos más oscuros que la falda, tomó nota de su nombre y del de la persona que venía a ver.

—¿Preciosa Duarte? —la monja tenía un inconfundible acento peruano que confirmaba lo que proclamaban sus rasgos—. Claro, sí, cómo no, aquí la conocemos como María. Sus sobrinos nos contaron que fue bailarina y ése era su nombre artístico. Dice usted que es familiar suyo...

—No, no, soy un viejo amigo de la familia... Y en realidad, no era su nombre artístico, la verdad es que se llama así, una historia muy antigua, ¿sabe?, su padre...

—Pues mire —la historia debía de ser tan antigua que a la joven monja no le interesaba gran cosa—, está en el jardín de atrás, que el poco sol que hay en diciembre hay que aprovecharlo. Es nuestra residente de más edad. ¿Le ha traído gominolas? Le encantan las gominolas.

—No, no le he traído gominolas —y de repente sintió las manos insoportablemente vacías. Unas flores tendría que haber llevado, qué menos que unas flores—. Por el azúcar, pensé que...

—Ni pizca de azúcar tiene. Está muy bien, aunque no sé si lo reconocerá, porque tiene muchas lagunas en la memoria. No es que tenga alzhéimer, no. Pero no se acuerda de muchas cosas, claro, que, a ver, con esa edad y con tanta vida, lo raro sería que se acordara de todo.

Se acordaba de todo. Andrés Braña lo supo en cuanto ella lo miró, desde la silla de ruedas en que estaba sentada, el escaso pelo blanco peinado con mimo por la voluntaria que la acicalaba por las mañanas y probaba con ella las barras de labios, los lápices y las sombras que compraba en los chinos y que sólo después de testarlos

en la delicada piel de la anciana utilizaba ella misma. Se acordaba de las carreteras polvorientas, de los monos de color azul de sus compañeros y de las guitarras rasgando el cielo del atardecer sobre los escenarios al aire libre, de los pueblos que se sucedieron como páginas sin escribir, del modo en que se amaban en el silencio ardiente de las noches, de los aplausos de mujeres vestidas de negro que amamantaban a sus hijos mientras contemplaban extasiadas las faldas de volantes de las bailarinas, de los proyectos que habían hecho —países extranjeros, avenidas interminables sombreadas por árboles urbanos centenarios, grandes teatros para ella, universidades americanas para él— mientras paseaban por una chopera que bordeaba un río que pasaba por un pueblo, aunque jamás pudieran decir qué río era, ni qué pueblo, pero sí de qué modo habían rodado por el suelo. Sobre la hierba. Bajo los árboles. Y el sonido del agua. Y los besos.

Se acordaba de todo, pero no dijo nada. Hacía mucho tiempo que apenas musitaba palabras más allá de un bisbiseo incomprensible, como si estuviera rezando. Las monjas decían que rezaba, pero a Andrés Braña le costaba creer que los años hubieran modificado el incontrovertible descreimiento que practicaba con la misma aplicación con que había rezado rosarios interminables de niña hasta que se juntó con las malas compañías, como decía su padre. Con aquel mariconazo de Federico, que ya le había echado el ojo cuando era pequeña, que hasta le había escrito un poema. Las malas compañías.

Tampoco Andrés Braña dijo gran cosa. Se limitó a sentarse a su lado y a mirarla mientras tomaba la mano de ella, pecosa y huesuda entre las suyas, también decoradas con manchas por obra y gracia de los años, y trataba de encontrar en sus ojos la memoria de aquella muchacha de piel perfecta y piernas espectaculares que había habitado las horas de sus días con la naturalidad del afluente que se incorpora a un río.

—Cuando os fuisteis al norte...

Andrés no sabía si la había oído bien, porque de nuevo los labios de ella, pintados con un *rouge* un poco excesivo, volvían a aquella plegaria incomprensible con que acompañaba el devenir de las horas.

Por un momento pensó que igual debería continuar lo que ella había dicho, o lo que él había creído entender. Igual era un buen momento para hablar de ello, ahora que la monja los había dejado solos y parecía mucho más interesada en charlar con una compañera, sentadas las dos en el banco de resina sin perder detalle de lo que hacían los residentes, aunque en la mayor parte de los casos consistiera en vegetar al sol. Igual era un buen momento para decirle que ése era justo el eje de su vida, cuando se fueron al norte, y cuando volvió a Madrid y no la encontró, y otro viaje al norte, y otro y otro, y luego la Revolución del 34 y luego la guerra. Pero cómo contarle a Preciosa Duarte, cómo confesar después de tantos años cómo había sido de

grande su traición, cómo confesar el catálogo de sus traiciones.

—Te busqué cuando volví a Madrid...

Ella le oprimió la mano sin dejar de mirarlo.

—Sí, pero sólo una vez.

A lo mejor no lo dijo. A lo mejor había sido él mismo, su conciencia atribulada la que pronunciaba aquellas palabras, porque en realidad estaban en silencio, abrazados a la inconsistencia de las certidumbres que cada uno por su lado habían ido acumulando.

—Está empezando a ponerse frío —las dos monjas habían ido empujando sillas de ruedas hacia el interior de la residencia y habían dejado para el final, disfrutando de los últimos rayos de sol, a Preciosa—. Hay que entrar. Vamos a darte la merienda, María. Le encanta tomar el café con leche —añadió dirigiéndose a Andrés Braña—. Si quiere, puede quedarse otro ratito con ella.

—No, voy a irme. Volveré en un par de días —aunque sabía que no iba a hacerlo.

—¿Has oído, María? —dijo dirigiéndose a ella como a una niña pequeña—, tu amigo va a volver a verte. Tienes que decirle que te traiga gominolas. Gominolas de ositos, que son las que más le gustan...

Él le dio un beso en la mejilla y por un instante percibió en ella una emanación antigua, una especie de hálito que venía de otros días, y toda su piel se estremeció como si la memoria guardase secretos que ni siquiera él mismo conociera.

—¿Quiere que le ayude a abrir la puerta?

Andrés Braña se sorprendió. Peleaba con las llaves y con sus pensamientos y no se imaginaba que el taxista permanecía aún fuera del coche, aguardando a verlo entrar en el portal sano y salvo. Hasta esbozó una sonrisa por dentro: lo mismo aquel tipo, a quien no le costaba mucho trabajo imaginar vestido como los maricones que salían en la tele, cuando terminara su turno y moviera sus graciosas hechuras por Chueca, pensaba que el hecho de que lo hubiera recogido justo delante de un geriátrico llevaba a la inevitable conclusión de que era un fugitivo, un residente que se escapaba de la vigilancia de las monjas peruanas.

—No, no, muchas gracias, ya puedo yo.

Acertó a ver cómo se encogía de hombros y entraba de nuevo en el taxi, justo después de que por fin aquella hija de puta de cerradura cediera a la obstinación de sus manos, más temblorosas de lo que recordaba.

Fue ya en el ascensor, mientras se miraba en el espejo, cuando comprendió que la última palabra de Preciosa sí que había sido pronunciada en voz alta, y no formaba parte de una conversación silenciosa que había imaginado mientras permanecían

sentados al sol dulce de diciembre.

—Ángel...

—Que no, María, que es Andrés —la monja la miró sonriendo—. Ya le he dicho que acordarse se acuerda de todo, pero, claro, confunde los nombres, son tantos años...

—No, no... Ángel...

Al principio, en el curso de algunas conversaciones, Aida había creído que Bruno odiaba la Navidad. Había sido a mediados de noviembre, un día que se acercó a El Corte Inglés y descubrió que en la planta -1 había un enorme espacio dedicado a toda la parafernalia de la decoración navideña: figuras de Papá Noel en sus múltiples variedades de tamaño, forma, funcionalidad y movimiento, trenecitos antiguos, estrellas, centros de mesa, calcetines de chimenea, figuras de nacimiento, árboles, iluminación, mesas puestas para la cena como si las hubiesen copiado directamente de las páginas de una revista de decoración, cajas de música, bolas, guirnaldas... Entrar de golpe desde la grisura de un martes mediocre y sin expectativas en la explosión de rojos, verdes y dorados del ambiente inequívocamente navideño la conminó a marcar el número de Bruno.

—No te lo vas a creer: ya está puesta la decoración de Navidad. Y aunque esto no se lo confiaría a nadie, a ti voy a decírtelo: no te imaginas qué felicidad me da.

A Bruno le faltó tiempo para informarla de que ése era el tipo de cosa que detestaba, así que ella haría bien callándose inmediatamente tal circunstancia. Como la gente es muy rara con el asunto de las Navidades, Aida sintió un poco de pena por él: en algún momento hablarían y él le contaría las experiencias negativas, los recuerdos tristes que se asociaban a esas fechas. Pero con el tiempo había sabido que no se trataba de eso: Bruno tenía una especial aversión a que le movieran las fechas en el calendario: no soportaba los escaparates con ropa de primavera cuando febrero y marzo eran aún la representación exacta del invierno. No soportaba los anuncios de la vuelta al cole a mediados de agosto, ni que la gente comprara lotería de Navidad en verano.

—A veces eres una cría, Aida.

Y a ella, aquello le gustaba, y eso a pesar de que en la voz de él había un matiz levísimo que alejaba la afirmación del cariño para adentrarse en los territorios de la reconvención. Sentirse una niña en brazos de Bruno era una de las cosas buenas de la vida. Era la primera vez que eso sucedía, porque hasta Bruno, era ella siempre quien hacía acopio de responsabilidad y adultez, cuando no ejercía directamente de madre de los hombres que habían pasado por su vida, así que por una vez estaba bien adoptar ese papel, porque además Bruno tenía bastantes más años que ella, once

para ser exactos, y esto también era nuevo. Un hombre mayor y protector para variar. O eso creía Aida. Porque en ocasiones, Bruno era mucho más crío que ella, aunque la sola mención de tal circunstancia habría servido para que él iniciara una de sus incontestables argumentaciones acerca de que él era como era y lo que ocurría es que a lo mejor ella no lo entendía y entonces no sabía muy bien en qué tipo de aventura se habían metido, lo que para Aida se traducía en que, veladamente, le estaba sugiriendo la posibilidad (horrible) de romper. Se amarraba a viejas costumbres para justificar algunas manías inexplicables. O recurría a la argucia gremial, que ya se sabe la cantidad de supersticiones que acumulan quienes pertenecen al mundo del teatro, para que ella entendiera que no se podían alojar en una habitación que estaba pintada de amarillo, o para que ella excluyera de su vestuario cualquier prenda de ese color.

—Estás llorando por un hombre. Aida Montañés, la tía más especial que he conocido jamás, llorando por un hombre...

—No seas idiota. Anda que no lloré por ti.

—Vas a comparar. Estás llorando por un hombre que te ha convertido en paradigma (mira, para que veas cómo aprendo a hablar como tú) de la mujer sometida a los deseos y a los caprichos de un tipo que es un inseguro, un egocéntrico y seguramente un mierda.

—No. Estoy llorando porque me hacía ilusión que viniera a pasar al menos el fin de año aquí, que ya entiendo que en Navidad quisiera quedarse con su padre, pero, joder, que en Nochevieja quiere quedarse en su casa sin más...

—Eso es porque no tiene ni idea de la cena que haces en fin de año.

—No seas payaso, te lo digo en serio.

—Y yo te digo en serio que no sé qué haces con un fulano así.

—No empecemos, Asier, no empecemos. No es él, soy yo. Estaré hormonalmente blandita, premenstrual o algo, vete tú a saber. Si no, de qué. Por qué iba a estar llorando por que un tío que me gusta lo que no está escrito rechace pasar conmigo el fin de año, porque dice que igual es muy arriesgado, que últimamente estoy bastante picajosa y termino por estropearlo todo. A lo mejor soy yo, entiendes. Tiene que ser eso.

—Hala. Lo que faltaba. A acumular culpas, venga, fiesta... No voy a permitirte que dudes ni una pizca, hostia. Es que me cabrea, porque tú no eres así. A lo mejor no te das cuenta, pero has cambiado desde que estás con él, y por simplificar, te diré que te has convertido en una triste.

—Venga ya.

—Además, hay otra cosa: este tío te trata mal. Repito: te trata mal. Si quieres darle

la vuelta a la frase y oír «te maltrata», es cosa tuya.

—Eso es obsceno: a ver si va a resultar que es un maltratador porque no viene a pasar la noche de fin de año conmigo y porque tampoco quiere que vaya yo.

—No, por eso no. Pero tú eres lista, coño. Y sabes que no es sólo eso. Venga, va, Aida, no llores, ven aquí...

Lunes, 16 de agosto de 1926:

Andrés y yo somos novios, pero lo importante es que nadie lo sepa, porque si lo sabe Sidra, me mata. Ayer cuando estábamos en la Santa, me dijo que quería ser mi novio y que cuando seamos mayores nos casemos, y yo le dije que sí y ahora que somos novios ya no me importa cuando Sidra me dice que tengo que bordar sábanas para mi ajuar, y le he dicho voy a bordar la C con una A y ella me ha dicho que ni hablar, que a saber con quién me voy a casar, pero yo no le hago ni caso, me gusta mucho el anagrama de la A y la C juntas, enlazándose la una con la otra y bordadas en realce o en hardanger. Ahora ya no me importa tanto, porque cuando estoy bordando en la galería pienso en que Andrés y yo nos casaremos cuando seamos mayores y aunque seamos novios también somos amigos y eso es lo bueno, porque seguimos jugando como antes y en realidad, ahora que lo pienso, lo mismo da. Y después de que nos hicimos novios en la Santa, cuando estábamos aquí en casa por la tarde, resulta que andábamos cogiendo ciruelas y había una que era como doble y la cogimos y Andrés dijo que eran dos ciruelas siamesas, que estaban unidas hasta el hueso y que eso éramos nosotros dos, que siempre íbamos a estar así de unidos, así que nos las comimos a mordiscos hasta el hueso, que eran dos, pero unidos y casi no se podían romper, pero Andrés lo consiguió y me dio uno a mí, y el otro se lo quedó él y dijo que eso era como un anillo de compromiso, que iba a ser siempre su talismán y que nunca se separaría de él, y yo le dije a Migio que si podía hacerle un agujerito para pasar un cordón y llevarlo colgado al cuello, y Migio se rio y me dijo anda que como te vea Sidra que llevas eso al lado del escapulario, como los bantúes, y yo le pregunté Migio, qué sabes tú de los bantúes y él me dijo poco, sólo que son de África, que lo vi un día en el cinematógrafo del Círculo Católico, son negros como el carbón y tienen los ojos muy blancos, y los dientes, y yo le dije que no, que no tenían los ojos blancos, y él me dijo que tenían muy blanco lo blanco de los ojos, y yo le dije que claro, que como los mineros cuando salen de la mina, y él me dijo pues eso.

Desde que murió papá, Migio sólo viene a algunas cosas por aquí, no como antes que estaba siempre, ahora se pasa casi todo el tiempo haciendo cosas para don Gustavo y aquí ya no tenemos vaca, y la leche nos la trae la criada de don Gustavo y me ha dicho Dorotea que a lo mejor también tiene que irse, aunque ella dice que por nada del mundo, que no va a dejarnos solas, pero no sé, porque luego

oí que Paloma hablaba con Efrén y le decía que a ver qué pasaba, que cómo era que su suegro siempre dijera que lo del Montepío de papá no daba para nada, y Efrén le dijo que iba a enterarse, pero que no se preocupara y Paloma lloraba y le decía, claro, de una loca y una niña, qué valiente aprovecharse de eso, pero Efrén le dijo que iba a enterarse, que eso no podía ser.

Apenas nadie era consciente del paso del tiempo, porque el tiempo, en un empeño tan engañoso como indomable, no pasaba. Los días eran tan iguales entre sí, que los únicos signos de que un día seguía al otro inexorablemente podían leerse en los bajos de los vestidos de Claudia que Sidra adaptaba sacándoles bastilla, en la sucesión de hojas secas, ramas desnudas, brotes, hojas y flores que a lo largo de los meses confundían la mirada desde la galería, o en la progresiva delgadez de Paloma, que no se parecía en nada a la muchacha rozagante y vital que trepaba a los árboles no tanto tiempo atrás.

Había quien llevaba la cuenta de los días, no obstante, por el sufrimiento que en forma de inapelables celos se le acumulaba en el corazón y por la necesidad irremediable de mantenerlos en secreto. Efrén Rubiera veía pasar por delante de la consulta a Camino, perenne novia de Francesc, que había terminado por instalarse con carácter definitivo en Ujo y que realizaba labores de contabilidad durante los meses que no supervisaba la producción de turrones y mazapanes en la fábrica de La Agustina. O se la encontraba en los ensayos de la rondalla, a los que ella acudía con la naturalidad de siempre, como si entre ellos no hubieran pasado ni el amor ni el olvido. De los avances en la relación ya lo ponía al tanto Benilde, que encontraba un placer venenoso en hacer recuento de cuanto chisme llegaba al *sun parlor:* dicen que el turronero le ha regalado un reloj a Camino, ¡y de pulsera!; dicen que a lo mejor Camino y el turronero se casan en primavera; dicen que a lo mejor Camino y el turronero no se casan porque él ya está casado en Valencia o donde sea, y no sería tan raro: todo el mundo sabe que a Camino le da por los hombres casados; dicen que si vieron a Camino entrar en la casa del turronero, qué poca vergüenza, aunque no sé por qué se extrañan, si yo les contara... Camino, Camino, Camino... Benilde utilizaba, consciente del filo ponzoñoso, el nombre como un puñal, y Efrén se refugiaba entonces en su despacho y sacaba la botella de brandy de González Byass que siempre guardaba en uno de los cajones de su escritorio y, como si se aplicara una dosis de una medicina imprescindible, bebía un trago con la esperanza de que el fuego que, cada vez con menos intensidad —porque la tolerancia tenía sus propias leyes—, se le atravesaba en la garganta se llevara por delante el nudo atroz que el desamor le había instalado con vocación de perpetuidad. Era Andresín, todo ojos y todo curiosidad, quien actuaba como lenitivo para aquella ineludible desazón, ejerciendo como memoria de los tiempos dulces y como motivación para el futuro, más allá incluso de lo que sus propios hijos, el mayor de los cuales ya cursaba

estudios de Medicina en Valladolid como había hecho él mismo, le habían procurado jamás. La presencia de Andresín zascandileando por allí le resultaba particularmente antipática a Benilde, que se había transformado en una especie de bruja en la imaginación del niño, que huía de ella como si tuviera el poder de convertirlo en sapo con sólo mirarlo. De todos modos, era tan grande su deseo de aprender, que ni siquiera la amenaza oscura y temible de la Canija, como la llamaba siempre Claudia —por quien Benilde también sentía (y seguramente por la misma razón) una honda antipatía que no ponía ningún interés en disimular—, era suficiente para impedir que las mejores horas de cada día tuvieran lugar entre palabras polisílabas con raíces griegas y pormenorizadas explicaciones del funcionamiento de huesos, músculos, nervios, tendones, arterias, órganos, cartílagos, tejidos y todo aquello que de forma misteriosa convertía en un mecanismo de milagrosa precisión un cuerpo humano.

Fue en el curso de alguna de aquellas tardes en las que Efrén Rubiera instruía a Andresín acerca de los mecanismos pulmonares, cuando éste, sin más, le preguntó qué podía hacer para que un hueso de ciruela se conservara por los siglos de los siglos. Superada la perplejidad inicial y tratando de sustraerse a la curiosidad, Efrén pensó largamente antes de responderle que lo ideal sería con ámbar pero no era plan, así que se lo comentaría a un artesano que conocía de Gijón, que soplaba vidrio y tal vez podría fundir un poquito, lo suficiente como para que el hueso de ciruela quedara envuelto y perdurable «por los siglos de los siglos». Por lo menos lo que durara el vidrio. Ver de qué forma se iluminaron los ojos del niño lo llevó a la conclusión de que, fuera cual fuera la razón por la que deseaba conservar aquel hueso, no podía dudarse de la importancia que le otorgaba.

El tiempo se había detenido en un limbo inverosímil en Pomar, y en Bustiello, pero fuera de aquella burbuja los acontecimientos se empujaban entre sí, apurando los minutos para hacerse sitio en la historia, y los aviones comenzaban a convertirse en algo habitual en el cielo, y Charles Lindbergh llegaba a París realizando el primer vuelo transoceánico sin escalas de la historia; empezaba a emitir la BBC; se producían las primeras llamadas telefónicas transatlánticas; un boxeador español (Uzcudun) vencía a un estadounidense por puntos, en Nueva York; el cine rompía a hablar con *The Jazz Singer*, donde intervenía Concha Piquer; en Londres se producían inundaciones con decenas de muertos; se alcanzaban récords de velocidad en coche que superaban los 300 kilómetros por hora; se descubría el efecto de la penicilina; Pío XI calificaba de inmoral que las mujeres recibieran cursos de Educación Física; se estrenaba el *Bolero* de Ravel; se creaban los koljós y los sovjós; comenzaba a disputarse la Liga de Fútbol en España (y el Barcelona gana la primera edición); se producía la matanza de San Valentín, ordenada por Al Capone, en Chicago; se estrenaba *Un perro andaluz* de Buñuel; el Jueves Negro, con la caída de la Bolsa de Nueva York, inauguraba la Gran Depresión; se fundaba el Opus Dei; Trotski solicitaba asilo político y finalmente era expulsado de la URSS; comenzaban a

concederse los premios Oscar; se publicaban los libros de García Lorca; se creaba el Estado Pontificio y la Ciudad del Vaticano...

Sí se habían detenido los días para Gustavo Bartomeu, que atisbaba cualquier gesto de una Paloma que deambulaba por la casa como si anduviera buscando un hueco en cualquier esquina para hacer un nido en el que cuidar de su tristeza, sonámbula y ajena, sepultando su apenas estrenada juventud bajo la losa implacable del desmerecimiento. Había desarrollado todas las estrategias para espiar cada uno de sus movimientos: aguzaba el oído cuando ella estaba en otro cuarto para interpretar el ritmo de su respiración, recreaba en su imaginación cada uno de sus movimientos al otro lado de la puerta del cuarto de baño y por las noches terminaba por conseguir su propia satisfacción casi al mismo ritmo que intuía el final de una secuencia rutinaria y expeditiva en el dormitorio donde Paloma se entregaba a Eusebi sin cuestionar en ningún momento la naturaleza del castigo que le había sido impuesto envuelto en celofán. Como si todo formara parte del argumento incuestionable de una existencia, la vida en la casa del ingeniero discurría por derroteros muy diferentes a las estrecheces que se vivían en Pomar. Montserrat repartía su empeño entre hacerle la vida lo más agria posible a Paloma y dotar a la casa de aires de mansión, que, a pesar de las notables diferencias con el resto de las casas de la zona, nunca tuvo, por más que se esforzó en tomar como referencia inmediata el palacio de Figaredo o la casa de los Guilhou, o incluso la de Agustina, la dueña de la fábrica de chocolate. La casa del ingeniero tenía los muebles más caros y más bruñidos, los suelos como espejos y los visillos bordados rematados por las vainicas más primorosas y las cortinas confeccionadas con las telas más originales y más caras. Nunca pudo decirse que Montserrat consiguiera aquel doble objetivo vital: su casa nunca pudo llegar a considerarse mansión, a pesar de las doncellas ataviadas al detalle, con cofias y delantales almidonados inmaculadamente blancos sobre vestidos oscuros, y a pesar de que el sonido de la campanilla desde cualquier lugar de la casa aligerase el paso de éstas subiendo o bajando escaleras; y tampoco consiguió nunca amargarle la vida a Paloma. Podía haberse ahorrado sin más los esfuerzos, porque la chica llevaba la amargura inscrita en el corazón y lo que sí habría resultado un empeño heroico habría sido justamente lo contrario: lograr que Paloma fuese feliz siquiera un solo día, en aquella casa en la que el tiempo se había detenido.

Volaba el calendario, sin embargo, allí afuera, más allá de los confines chatos de la comarca, donde sucedían cosas cuyos ecos llegaban como algo lejano, peligroso, ajeno. En Bustiello, el tiempo había encontrado un acomodo perdurable en las horas en el Círculo Católico, en la iglesia, los rosarios, la adoración nocturna, la fiesta de Santa Bárbara, don Macrino con el viático precedido por un monaguillo que tocaba la campanilla, el paseo por la carretera los domingos por la tarde, las flores a María, la rondalla, el ángelus, el turullu, el traqueteo de la máquina del carbón, la lluvia. Y

llovió tanto una vez, que el río se desbordó y entró por las calles de Bustiello, y unas Navidades hubo tanta nieve como nunca se recordaba, y también hubo viento, que doblaba los árboles y levantaba las faldas de las niñas, y cuando hacía calor todos decían que no recordaban que nunca hubiera habido tanta calina, y que qué galbana, y los días cada vez eran más cortos después del verano y en junio qué gusto porque las tardes daban para tanto, y los meses se sucedían en un tiovivo de sensaciones sabidas, esperadas, de patatas que se sembraban en la huerta, haciendo los riegos con precisión geométrica con la fesoria, y patatas que se sacaban sólo unos meses más tarde, un ir y venir de acciones repetidas, sincronizadas, inalterables, rotas si acaso por una inesperada tormenta, por una explosión de grisú o un derrabe, por una boda a destiempo, por una muerte inesperada, pero sólo esos pequeños acontecimientos que la rutina había domesticado se inscribían en la historia de aquella burbuja hermética, en la que las ideas que campaban a sus anchas por toda la geografía encontraban una muralla infranqueable.

Allí, el tiempo se había estancado: en las ropas negras y el imperturbable pañolón de Sidra, cada vez más inexplicablemente magullada, como si en el interior de sí misma albergara a un gato furioso que descargaba su ira en arañazos que a veces dibujaban un mapa de aflicción en su cara; en sus horas frente al piano, interpretando músicas que nadie conocía porque las improvisaba mezclando de aquí y de allá, sin que ni Dorotea, ni Claudia, las únicas habitantes de aquel reducto de la soledad, pudieran ni siquiera sospechar cuánto dolor, cuánta nostalgia, cuánta pérdida, cuánto llanto, cuánta devastación se agolpaba en sus dedos, en aquel disonante conjunto de sonidos que nadie podría llamar música sin tener la sensación de estar blasfemando.

En el resto del mundo aparecía Betty Boop y Mickey Mouse; Greta Garbo rodaba su primera película sonora, y Marlene Dietrich debutaba en *El ángel azul;* un huracán arrasaba la capital de la República Dominicana; se descubría la existencia de Plutón; Miguel Primo de Rivera se iba de España después de que se instaurase la Dictablanda con el general Berenguer como presidente del Consejo de Ministros; Ghandi desafiaba con la resistencia pacífica y la Marcha de la Sal; había un terremoto en Japón; el volcán Estrómboli entraba en erupción; en una penitenciaría de Ohio morían abrasados cientos de presos en un incendio, y la gran pasión aérea de la época tenía dos hitos: por primera vez una mujer, Amy Johnson, viajaba sola entre Inglaterra y Australia, y una vaca era ordeñada en el aire después de ser introducida en un aeroplano, noticia esta última que de haber sido conocida por los habitantes de toda la comarca, habría suscitado toda clase de comentarios, hilaridad y sobre todo incredulidad, «Quita, quita, el demonio, el demonio, qué coses se yos ocurre, una vaca en un avión, cómo coime van a meter una vaca en un avión...».

Andrés y Claudia repartían su tiempo entre los sueños de lo que harían cuando fueran mayores y la pasión insobornable por aprender. Andrés estaba empeñado en

que ambos serían médicos, como Efrén Rubiera, pero Claudia no terminaba de ver claro que ella también pudiera serlo y se conformaba con convertirse en enfermera: así trabajarían juntos, él curando a los enfermos y ella ayudándolo, y cuando no estuvieran en la consulta, los dos estarían investigando en un laboratorio que tendrían instalado en la parte de atrás y descubrirían la cura para todas las enfermedades. Otras veces imaginaban que ambos eran docentes: él daría clases en la universidad y ella sería maestra, porque por mucho que dijera Andrés, a Claudia se le hacía raro que una mujer pudiera ser profesora en la universidad, y prefería verse a sí misma como maestra en un colegio de niños, y cuando terminaran las clases, los dos se dedicarían a estudiar las estrellas en observatorios de esos que había en Norteamérica, donde sin duda alguna vivirían, lejos de Bustiello y de todo aquello. Por las noches, Claudia antes de dormir imaginaba ciudades más grandes que Oviedo, que era la población más grande que conocía, y pensaba en cómo sería vivir en una ciudad que tuviera mar, como Gijón, adonde había viajado una vez cuando era más pequeña, con Efrén Rubiera, en lo que le pareció una peripecia interminable, un laberinto de trenes, trasbordos, estaciones, calles desconocidas y escaparates novedosos, y el mar que se metía en la ciudad, o era la propia ciudad quien acercaba sus pies a que los lamieran las olas, y pensaba en Madrid como una especie de paraíso con avenidas enormes, y librerías donde perderse entre anaqueles de libros nuevecitos, y museos, y teatros. Cuando la excitación que le provocaba la amplitud del mundo (que un día no dudaba que podría conocer) no la dejaba dormir, abría una cajita de marfil de las muchas que andaban diseminadas por la casa (cada vez menos, porque Dorotea, para simplificar las tareas de limpieza, había optado por ir recogiéndolas en cajones donde permanecían entregadas al sueño del olvido) y contemplaba sus tesoros: el primer diente que se le cayó, una medalla que había sido de su madre y el hueso de ciruela idéntico al que Andrés siempre llevaba consigo en el interior de una bola de vidrio, como si fuera una bola de gua de las buenas. Cuando acariciaba el hueso de ciruela, o la medalla de oro de la madre que no llegó a conocer jamás, el oleaje que siempre tenía en su interior y que a veces se volvía tempestad se calmaba, como si una mano tierna la acunara y pusiera orden en la marea. Entonces se le iba aquella ansiedad de salir de Pomar, y aquel rencor sordo contra lo que conocía: contra la muerte que se había llevado a sus padres y a su hermano, contra Dios, que se había llevado a sus hermanas para dedicarlas a su servicio, contra la locura que tenía atrapada a Sidra en un paisaje de tinieblas y descalabros, contra la miopía de prácticamente todos los que la rodeaban. Y siempre concluía con un suspiro corto con el que conseguía consolarse: tenía a Andrés. Y estaba Camino. Y Efrén. Y Dorotea y Migio, que la querían. Y Paloma, aunque ya no fuera la misma. Tenía sobre todo a Andrés. Y ellos dos iban a quererse para siempre.

El tiempo había detenido su vuelo en las hojas de los castaños; en los tricornios de la pareja de la Guardia Civil que transitaba de vez en cuando por la carretera con la indolencia pintada en los bigotes que indefectiblemente lucían todos como si fuera

parte del uniforme obligatorio; en las piedras del río; en el ritmo de los horarios del *Zurrón,* el tren que hacía el trayecto entre Cabañaquinta y Ujo; en los baldes de ropa que llevaban las mujeres hasta el lavadero, y los cubos de agua transportados en la cabeza sobre un rodal en un equilibrio tan habitual como inexplicable; en los tañidos de las campanas; en los cromos del chocolate; en las peonzas; en las peleas a la salida del colegio de los frailes; en los vestidos que se estrenaban para la Cruz de Mayo; en las mujeres con cestos en la cabeza a la salida del economato; en el modo en que el sol se ocultaba cada tarde, sin ceremonia, sin rituales.

El tiempo no transcurría porque toda la comarca deambulaba por el calendario quién sabe si todavía protegida por la sombra del Marqués, benefactora como siempre y ahora particularmente milagrosa, circunstancia esta que otorga la santidad conseguida de forma certificada y oficial tras la muerte, aunque falte el sello vaticano, que nadie dudaba que sería cuestión de poco tiempo que se estampara sobre el nombre de don Claudio López Bru elevando, no ya a los cielos, donde todos lo suponían, sino a los altares, a quien había sido el más ejemplar de los patronos. Las admoniciones, más amenaza que otra cosa, salían a veces de la boca de don Macrino, asustadizo y receloso, acerca de los malos tiempos que se avecinaban para los católicos y la implacable persecución a que estaban siendo sometidos: «Lo de Diocleciano, una broma», sentenciaba con gravedad cada vez que tenía la más mínima ocasión, pero casi nadie hacía mucho caso más allá de santiguarse rápidamente como quien conjura un peligro. La endogamia que se practicaba en la burbuja en la que vivían garantizaba que las cosas siguieran inmutables, como habían sido siempre, como el Marqués en su incuestionable bondad había diseñado. Y el tiempo continuaba suspendido en el aire.

Y sin embargo, en algún lugar lejos de aquella cápsula indiferente y arcádica —mientras se estrenaba *Luces de la ciudad,* empezaba a funcionar el servicio telefónico entre Canarias y la Península, se transmitía un partido de béisbol en Japón desde el estadio donde se jugaba hasta la Universidad de Waseda, la primera competición deportiva por televisión, y en España había ciento cincuenta mil parados—, las elecciones municipales del 12 de abril daban la victoria a la candidatura republicana en cuarenta y una capitales de provincia. Dos días más tarde, y aunque en Bustiello apenas nadie le diera ninguna importancia, con la salida de Alfonso XIII del país, se proclamaba la Segunda República.

—Tienes mala cara, ¿has estado llorando?

—¿Yo?, no, qué va...

—Pues entonces va a ser que comes poco, neña. Tienes la cara como un gatín, ruina del todo... como si no tomaras caldo con sal...

—Uy, eso también lo decía mi abuela —Aida sonrió pensando en las batallas que tuvo que librar durante meses, en los tiempos atroces de la adolescencia, para mantener, frente a la implacable decisión de su abuela, que la talla de sus Levis no pasara nunca de los límites que se había impuesto—. Y te digo lo mismo que a ella: que no sabes cuánto como...

—Tanto trabajar... Será eso.

A Aida le gustaría a veces echarse a llorar en los brazos de alguien como Paloma y hablarle de aquella torpe pasión por Bruno, de los vaivenes sentimentales, de aquella vocación de montaña rusa que tenían sus emociones, del número de veces que había pensado en romper con él, de la tristeza infinita que la asfixiaba en cuanto parecía firmemente decidida a hacerlo, de los intentos vanos de olvidarlo en el abrazo interino de Asier, de sus posteriores arrepentimientos, de la euforia desordenada que se instalaba en su corazón cuando Bruno estaba contento. Y del miedo a ir borrándose poco a poco. Pero cada vez que sentía esa tentación, terminaba por amarrarse las palabras y estampar una señal de dirección prohibida en las tortuosas avenidas de su pensamiento, y entonces respiraba profundamente y se decía que había que ser gilipollas para perderse en esos abismos, con lo fácil que era concluir que lo único que le ocurría era que necesitaba un poco de sosiego: descansar del periódico, de las preocupaciones con Paloma, poder dedicar algo de tiempo a limpiar y ordenar su casa, recuperar las clases de yoga, o la piscina, o las caminatas hasta la Providencia. Y los fantasmas huían, pero no demasiado lejos: volvían a las sombras acechantes de los rincones. Y Aida, aunque por un instante conseguía engañarse, sabía que ahí estaban. Y que volverían.

Porque era cierto que había estado llorando y no quería que Paloma supiera que la razón última no había sido, sin que sirviera de precedente, Bruno, sino algo mucho más sutil relacionado con una soledad que jamás había creído que sentiría. Tal vez lo que algunos llamaban «desarraigo familiar», para referirse a otra cosa, pero que aquella mañana, mientras aprovechaba el día de fiesta en el periódico (qué alivio pensar que al día siguiente no habría edición), la situaba en un estado de flotación —justamente, sin raíces que la sujetaran al suelo— del que no era difícil concluir que aquella mañana de Nochebuena, mientras en la radio se hablaba de los millones de desplazamientos que estaban teniendo lugar, Aida se había sentido irremediablemente sola.

Nunca había echado de menos tener familia: ni hermanos, ni primos, ni tíos. Sólo la abuela, mientras vivió, y Paloma. Porque luego estaba aquella confusión de nombres y caras pertenecientes a la familia paterna que se resumían en unas cuantas fotos dormidas en la caja de cartón que una vez albergó unos zapatos Gorila donde iban a parar las fotos desechadas por no tener la calidad mínima o la relevancia suficiente como para formar parte de los álbumes que su madre había tenido la paciencia de hacer alguna vez, mientras entretenía horas de clandestinidad y espera.

De la familia paterna tenía el nombre de un pueblo en la provincia de Badajoz y algunas fotos y algunos nombres y un recuerdo neblinoso de una mañana fría, del aire transparente y helado, vencedor indiscutible contra un sol tímido y resignado a aportar su mejor luz, ya que nada tenía que hacer en la batalla perdida de la temperatura. Habían viajado durante la noche y recordaba una confusa discusión de sus padres, mientras ella transitaba entre el sueño y la vigilia, a propósito de la mala conciencia que a su padre le creaba llegar a su pueblo a bordo de su nuevo coche, el Renault 8 azul que acababa de comprarse y que, decía él, haría pensar a sus antiguos vecinos que era rico. Aida recordaba sus leotardos de color crema y su faldita tableada, y que una monja que era prima de su padre la cogió de la mano y la metió en la iglesia después de decirle a su padre en un susurro (que ella había llegado a oír) que ya le libraría Dios de no entrar en el funeral, que a ver si no era capaz de tener un poco de respeto en un momento como aquél. Había sido la única vez que había visto a sus padres en la iglesia y recordaba el gesto hosco de su madre, mirando al vacío, como tratando de demostrarle a todo el mundo que estaba allí, pero que no estaba, porque ella tenía alergia a los curas y a las iglesias, y mujeres enlutadas que le pellizcaban la cara, y la confusa sensación de que tal vez debería estar triste porque se había muerto su abuelo, pero no recordaba haberlo visto jamás, así que por mucho que se esforzó, no fue capaz de sentirse pesarosa. Y también recordaba que, en la iglesia, un monaguillo poco mayor que ella le había guiñado un ojo.

El flequillo demasiado corto y desigual de aquel niño la había perseguido durante toda la mañana mientras trataba de gobernar una tristeza desconocida que parecía no diferenciarse de la soledad, que amenazó incluso con desbordarse mientras hacía cola en Verdú para comprar un poco de turrón de Jijona, el que le gustaba a Paloma. Las familias se reunían y ella siempre se había reído de esa circunstancia, tan burguesa, tan consumista, tan absurda. Siempre bromeaba sobre la cantidad de crímenes que sin duda alguna se planificaban durante las cenas de Nochebuena sobre las personas odiosas de una cuñada, un suegro, un sobrino insoportable. Pero ese día, inexplicablemente (tenían que ser las hormonas, a ver, si no, de qué), las ausencias dolían. No las ausencias físicas porque, al fin y al cabo, que su madre hubiera decidido reunirse a cenar con algunos de sus compañeros del sindicato no la pillaba de sorpresa: hacía años que la ceremonia de cenar con Paloma se le hacía muy cuesta arriba y desde la muerte de su marido dos años atrás, había quedado muy claro que si alguna familia tenía Inés, no era otra que aquellos que la habían acompañado desde adolescente en la clandestinidad, en las visitas a las cárceles, en las manifestaciones, las carreras delante de los grises, los mítines y los proyectos. Dolían, sobre todo, las otras, las *inexistencias*, esa algarabía de niños gritando y barruntando trastadas, cocinas con grandes ollas humeantes, gente que parlotea, sobremesas interminables. Aida debía de estar un poco tonta, porque echaba de menos los hermanos y los primos, los cuñados, los sobrinos que nunca tuvo y nunca tendría. Una familia como la de Asier, por ejemplo, que para reunirse todos (los seis

hermanos y sus respectivas familias) tenían que habilitar mesas de todo tamaño haciendo filigranas incluso en el pasillo. Una familia, al menos, como la de Bruno, que le había dicho que iba a juntar a todos para cenar: su padre, Marisa, sus dos hijos y hasta Morgana.

Había estado llorando y Paloma podía adivinarlo sin demasiada dificultad, porque a pesar de los años, o tal vez por ello, era experta en lágrimas y en desconsuelo, pero prefería que ella pensara que se debía a cualquier otra cosa y no a que era la tontería esa de Nochebuena y estaba pasándola en una residencia, con una anciana que muy probablemente no llegaría a la siguiente y que era su único anclaje con la vida y con la historia, el último eslabón que la hacía sentir que formaba parte de una familia cuya memoria y cuya sangre se extinguirían cuando ella también desapareciera del mundo.

Sábado, 18 de abril de 1931:

Hoy sí que escribo el diario, porque tengo que dejar constancia de que el mismo día que cumplí los catorce años se proclamó la República. Eso me dijo Efrén, cuando me dio un beso para felicitarme. Me dijo, acuérdate bien de este día porque desde ahora tu cumpleaños será el día del aniversario de la República. Luego él y Andrés se pusieron a discutir sobre si debería considerarse que el día propiamente dicho en que había empezado la República era el día de las elecciones o anteayer que fue cuando se marchó el Rey. Cuando estábamos los tres hablando vino Camino y me trajo un frasco de agua de colonia Añeja de Gal y un pañuelo y por un momento allí estábamos los cuatro, como cuando Andrés y yo éramos pequeños, y me entró mucha tristeza, pero a la vez como si fuera feliz, que es algo muy raro que me pasa muchas veces, que puedo sentirme alegre y triste al mismo tiempo. Andrés me ha dicho que eso es cosa de mujeres y debe de ser verdad, porque desde que tuve el desarrollo, lo noto mucho. Aunque para ser sinceros, la mayor parte del tiempo estoy triste. Con Andrés no hablo todo lo que quisiera, por culpa de Sidra, que no lo deja entrar en casa a no ser que venga con Camino o con Efrén o con alguien. Siempre anda hablando del demonio y de que todos los miembros de esta familia estamos endemoniados y arderemos en el infierno. El otro día Andrés me guiñó un ojo y me dijo que no me preocupara, que pronto los científicos iban a descubrir que el infierno no existe y que Dios tampoco. A mí me dio un poco de miedo oírle decir eso, porque es un pecado lo mires como lo mires, es lo de «No tomarás el nombre de Dios en vano» y, aunque a mí me aburre mucho ir a la iglesia, no creo que haya que dudar de la existencia del Señor. Claro, que si fuera verdad que no existe, sería un alivio, más que nada por la pelma de Sidra. Dorotea siempre le dice a Sidra que no se preocupe, que ella está con nosotros y que no nos deja ni a sol ni a sombra, que somos muy jóvenes para cortejar, y Andrés y yo nos matamos a decirle que no estamos cortejando, que

somos amigos y ya, y ella dice, que sí, ho, como que yo soy tonta, que no se lo cree y, cuando le decimos que no necesitamos cortejar, que nosotros ya sabemos que vamos a casarnos desde hace mucho, ella se ríe y dice pues eso, lo que yo decía.

Además, Andrés se pasa el día con el médico, en cuanto sale del colegio de los frailes se va a su casa y se pasa allí mucho rato, aprendiendo, y eso que a la Canija la llevan todos los demonios. A Andrés le gustaría ser médico, pero Camino no podrá pagarle la carrera y por eso con Efrén aprende para poder trabajar al menos como enfermero, y hay que ver a Efrén cuando dice: Esti manguán ya sabe más que yo... con un orgullo... como si fuera su propio hijo. Y es verdad: Andrés sabe mucho y yo también me siento muy orgullosa de él.

La vida en la casa del ingeniero Bartomeu se tornó de pronto tranquila y apacible para Paloma porque Eusebi, ávido de nuevas aventuras, decidió marcharse un tiempo a Madrid a casa de su hermano, sin que se tuviera nunca muy claro el motivo del viaje y sin que nadie le pidiera demasiadas explicaciones: ni a Paloma, que en ningún momento se le ocurrió acompañarle, ni a Gustavo se les pasó por la imaginación reprocharle aquella espantada. Sólo Montse esbozó un puchero y anduvo sumida en una preocupación desmedida que pensó en hacerle pagar a Paloma castigándola con una indiferencia que no encontró más respuesta que una dosis aún mayor de la misma incuria, esta vez auténtica, por parte de ella...

Cualquier iniciativa que tomara Eusebi no dejaba de ser una novedad y un objeto de alivio para su padre, que no terminaba de entender qué diablos hacía con su vida aquel muchacho (aún lo veía como un muchacho aunque ya estaba más cerca de los treinta que de los veinte), a remolque siempre de su propia molicie, sin más actividad que lucir sus trajes perfectamente cortados en el Carolina y otros cafés de Mieres mientras participaba en intrascendentes conversaciones sobre política que siempre concluía con un lapidario «qué falta hacía aquí un don Benito Mussolini con dos cojones», y mantener lo más ocultas posible sus inclinaciones tras las cortinas de color granate del prostíbulo de Sabelina Miranda. Frecuentaba los cafés de Mieres porque Bustiello y el Casino, que era como se venía llamando al local del Círculo Católico, se le quedaban pequeños: naufragaba entre la pacatería de los capataces, los Hermanos de La Salle que con frecuencia se incorporaban a las conversaciones, el boticario de Santa Cruz, don Macrino, don Pepito el de la fábrica de chocolate o Eligio, el de Mercedines la viuda, que había estado a punto de cantar misa y había tenido que dejarlo todo para hacerse cargo de la ferretería y de los hermanos pequeños. Sus ideas, conservadoras y buenistas, le sacaban de sus casillas: se notaba que no habían salido de los confines del valle, que apenas leían los periódicos y cuando lo hacían los interpretaban con un exceso de confianza. Sólo don Macrino, apocalíptico y admonitorio, parecía dar alguna importancia a la que se venía encima con la instauración de la República, pero se diría que todo lo confiaba a la resolución

por parte del Altísimo de unos problemas que sólo se arreglarían aplicando mano dura. Cuando lo decía y comenzaba a enarbolar una tras otra las ideas que de forma tan esquemática como taxativa había metabolizado tras su estancia en Roma y su contacto con los cachorros del fascismo, miraba de reojo la mesa junto a la ventana que ocupaba un casi siempre taciturno Efrén Rubiera y le invadía una sensación de inquietud inexplicable ante el gesto de fastidio y el ligero cabeceo con que el médico parecía censurar sus intervenciones sin levantar la vista del periódico.

Así que casi siempre acababa bajando hasta Ujo Taruelo para coger el tren a Mieres y allí terminaba las veladas, tras encontrar algo más de apoyo a sus tesis, entre las piernas enfundadas en medias con ligas y enaguas de raso de alguna de las putas más bien maduras y de carnes generosas a las que tampoco se privaba de dar a conocer sus ideas acerca de cómo solucionaban, él y otros como él, el estado de caos en que sin duda alguna iba a convertirse la República, con tantos rojos acechando para acabar con la gente de bien y de orden, con los que creaban la riqueza y con la Iglesia, que siempre había sido la garantía de que todo funcionara como tenía que ser.

No fueron, por tanto, los requerimientos de su libido los que propiciaron aquel viaje a Madrid, sino los otros, aquella inquietud que se le había instalado en el pecho tras los días italianos, aquella necesidad de encontrar espíritus afines, la camaradería que había disfrutado en los bares de Roma, en una *gelateria* cerca de la Plaza Navona, donde se reunía con aquellos camaradas que no le pondrían cara rara si le daba por decir aquello de «Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado», siempre y cuando el Estado fuera como a él le parecía que tenía que ser y no aquella merienda de negros de la República. Era como la libertad, qué coño. Que no hacían más que confundirla con el libertinaje, como si fuera lo mismo. La libertad, ya lo decía él a quien quisiera escucharle (e incluso a quien no), es hacer lo que quieres, queriendo lo que debes. Así de simple, hombre. Pero había gente muy tozuda y para que lo entendieran habría que hacerlo de la única forma en que los necios entienden las cosas: a hostias.

Paloma sintió un alivio que se parecía mucho a la felicidad en el mismo instante en que vio cómo el coche del ingeniero cruzaba el puente de Bustiello hacia la carretera general, llevándose consigo a Eusebi con su par de maletas de piel hacia la estación de Ujo. Ignoraba cuánto tiempo iba a quedarse su marido en Madrid, pero estaba decidida a pasar cada uno de aquellos días del modo más feliz que se le pudiera ocurrir. Quería salir a pasear con su hermana Claudia, pasar tiempo en la casa de Pomar, ir a Oviedo de compras, leer tranquila en su habitación... La ausencia de Eusebi se presentaba ante ella como la mayor de las bendiciones. El mundo, Bustiello, incluso la casa del ingeniero, se habían convertido de pronto en un lugar grato y confortable. Pensó en cambiar la disposición de los muebles del dormitorio. En aprender a hacer ganchillo o frivolité, como las señoras del *sun parlor,* incluso en

compartir con ellas alguna tarde y hacer un tapete para la mesa camilla de su dormitorio. Pensó en cortarse el pelo. En comprarse tela y visitar a la modista para que le hiciera un vestido para estrenar sin que fueran las fiestas de la Cruz de Mayo. En pintarse los labios, aunque fuera sólo un poquito.

Tenía tantas ganas de saltar que le costó mantener el gesto apesadumbrado mientras consolaba a una llorosa Montserrat, que la apartó casi de un manotazo para correr a refugiarse en su cuarto.

—Tú no sabes querer al nen, no sabes quererlo... En buena hora se casó contigo...

Más de la mitad de las páginas de la Moleskine roja ya habían desistido de su vocación de inmaculado vacío y exhibían una profusión de fechas, nombres, frases y párrafos que sólo Aida podía descifrar y no siempre, porque entre los apuntes de lo más cotidiano —palabras en asturiano que de vez en cuando salían de los labios de Paloma y que ella no había oído en toda su vida, ni siquiera a ninguno de los amigos que militaban en el «yo doy la cara pola oficialidá», referencias de lugares que se proponía visitar a poco que tuviera ocasión para comprobar hasta qué punto la memoria de su tía abuela era fiable—, aparecía de pronto un expeditivo «hijodeputa», que podía ser tanto el comentario que nunca haría de viva voz ante alguna de las salidas de tono telefónicas de Bruno, como lo que de verdad cruzaba por su pensamiento mientras sonreía bobalicona y complaciente a alguno de los señoritos del periódico, seguramente al jefe de publicidad, con quien solía mantener unos diálogos que podían constituir por sí mismos un monumento impagable a la falsedad y la hipocresía como únicas formas posibles de manifestarse, por no romper en su cabezota de calvo-que-toma-medidas-y-se-afeita-ante-el-implacable-avance-de-la-alopecia cualquiera de los objetos que estaban habitualmente sobre su mesa.

En los ratos vacíos, mientras aguardaba llamadas vigilando de reojo el móvil indiferente en su mesa (tanto en lo profesional como en aquella cada vez más tortuosa relación con Bruno la dependencia del teléfono tenía visos de auténtica patología), a Aida le gustaba bucear por los fragmentarios renglones que habían ido dejando apuntes de una historia y muchas vidas. Quería sentarse ante el ordenador con tiempo para escribirlo todo, pero mientras lo posponía siempre a la espera de una señal, proponiéndose una enmienda inasumible —«Dejar de procrastinar de una vez», había escrito en una lista como primer propósito para el año que asomaba sus fauces, también en la propia Moleskine—, dejaba que su mente vagabundeara por los paisajes y las peripecias de personas que no había conocido y que, sin embargo, atrapaban su voluntad desde unos años irremediablemente perdidos, desde unas existencias dramáticamente rotas, exigiendo de ella que su voz no se silenciara, que convirtiera en palabras la memoria sentenciada a esa otra muerte, por fortuna mucho más fácil de esquivar: la del olvido.

Pero más que las palabras, las frases, las fechas, los datos, la Moleskine roja albergaba entre sus páginas jirones de tiempo invisible, imágenes transparentes, perceptibles sólo a los ojos y al corazón de Aida, que interpretaba esos espacios traducidos en sensaciones que la estremecían mucho más allá de las letras. Empezaba a sospechar que no sería posible escribir acerca de cada uno de los episodios que trenzaban la historia de aquellos personajes. Se había embarcado en la aventura para entender su propia biografía y poco a poco había ido descubriendo que, más que respuestas, lo único que iba a encontrar en aquella indagación baldía eran más y más preguntas, incógnitas que nunca iban a despejarse, enigmas cuyos brazos crecían interminablemente, ramificándose hasta el infinito. No sería posible atrapar ni una cienmilésima parte de todos aquellos granos de tiempo que, apilados uno sobre otro, habían terminado por convertirse en los días que la vida había asignado a aquella gente. Y aunque fuera capaz de contarlo, de narrar los episodios que en complicidad con ciclos y estaciones dibujan el viaje de las personas por la tierra, nada de ello traduciría las emociones, de ningún modo podría contar cómo eran los olores, ni el frío, ni la humedad, ni las lejanías, ni el dolor. Bucear en los incidentes, y en la sucesión de éstos —y más aún, en las horas vacías de acontecimientos y repletas de sensaciones entre uno y otro—, era abonarse casi necesariamente al fracaso.

Sentada en una mesa junto a la ventana en el Dindurra, mientras aguardaba al presidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos, con quien se había citado para conocer los pormenores de las elecciones que estaban a punto de celebrarse, Aida miraba a la gente que cruzaba presurosa el Paseo de Begoña con bolsas de regalos, desafiando al frío con profusión de guantes y bufandas de colores, y la cola que se había formado delante del Jovellanos, seguramente para comprar las entradas para el Concierto de Año Nuevo. Removió el café con la cucharilla mientras los ojos se le iban tras un nombre escrito en el cuaderno: Manena Fanjul, y pensó que cómo no iba a escribir acerca de ella, si aún la visitaba en sueños, unas veces con la risa espléndida y feliz, y el vestido de crepé con flores de color violeta y las sandalias con calcetines calados, aunque ya había cumplido los dieciocho años cuando la conoció Claudia, y la melena ondulada, y otras con el terror pintado en los ojos de gacela dulce, y con la mano arrancada de un golpe de bayoneta, y el muñón sangrante. Manena Fanjul trabajaba en la confitería Darling de la calle Corrida y se había enamorado de Salus, que era un encofrador cenetista, así que ella también se había afiliado y con él había aprendido en unos meses más acerca del mundo, de la historia, de la justicia y de sí misma de lo que las monjas del Patronato de San José y su familia le habían enseñado en toda su vida. A Manena la fusilaron en la tapia del cementerio de Ceares, después de un Consejo de Guerra en el que la encontraron culpable de haber vestido el mono de miliciana con pañuelo rojo al cuello, y de pertenecer al Socorro Rojo Internacional, y de formar parte del taller de costura de la CNT que se reunía a coser en el Círculo Mercantil, y de participar en toda clase de actos públicos portando la bandera anarquista, y que se la había visto en la quema de

iglesias, sin que en ningún momento se especificara qué iglesias, ni cuándo, y de no se sabe cuántos cargos más igual de merecedores de la muerte. Pero antes de todo aquello —antes de que le dieran dos tiros en la cabeza y tres en el corazón («¡Y la mano!, ¡¡¡le cortaron la mano!!!»), como repetía entre lágrimas su prima Toyina, que había ido con Engracia la de Cimadevilla, esperando inútilmente que entre los fusilados de aquella mañana de febrero que había amanecido con nieve no estuviera Manena—, antes de aquel espanto, la muchacha de la risa contagiosa, que disfrutaba colocando los pasteles de hasta cuarenta variedades en bandejas de cartón con blonda, cuidando siempre de que los más consistentes no aplastaran las melifluas composiciones de merengue, y que siempre olía a vainilla, había tenido tiempo para iluminar las calles y las vidas con la luz de sus ojos castaños y con la campana de su risa. Había tenido tiempo para enamorarse, para disfrutar de las olas de San Lorenzo en los veranos azules de la infancia, para volverse loca de alegría y palmear cuando veía caer los escasos copos de nieve que la ciudad con mar se permitía como lujo cada tres o cuatro años, para reírse con sus amigas, tiempo de aprender a tener esperanza y camaradas, de parir un hijo que se quedó dormido en su cuna la mañana que los soldados acudieron a llevársela de la casa de su madre, adonde había vuelto con el bebé cuando Salus se marchó, justo en el momento en que entraban los nacionales: que era mejor, le dijo, que por el niño, añadió, que lo más sensato sería que volviese a casa con su madre, hasta que él pudiera... la consoló, que volvería, claro que volvería, que esto era sólo una batalla que se perdía, pero que en Madrid... que en Valencia... que a ella nada le harían, qué iban a hacerle... que ella no había hecho nada, repitió, y que volvería, cuando aquello terminara, volvería a recuperar Gijón, a liberar la ciudad de los fascistas, y le dio muchos besos, y le dijo que ojito con enamoriscarse de otro mientras él estaba fuera, que era su mujer, que ella y el niño eran su familia. El niño. El niño dormía cuando se la llevaron, aunque su madre les dijo que ella no había hecho nada, que se equivocaban, pero ellos habían sacado ya un pañuelo rojo de debajo de la almohada de Manena, el que le dejó él cuando se marchó, con su olor, los restos de su sudor, con un catálogo secreto de momentos de intimidad que habían compartido.

Antes de que se la llevaran y de que tras el Consejo de Guerra que la condenó a muerte la sacaran de la celda y la metieran junto con otros once hombres —asustados unos, jactanciosos otros— en un camión que subió traqueteando la calle Ramón y Cajal hacia Ceares, Manena Fanjul había tenido tiempo de conocer a Claudia, de acogerla siguiendo las indicaciones de Salus, que le dijo que sí, que hiciera lo que le estaba pidiendo, que fuera a buscar a la mujer del Misionero, que así lo llamaban entre ellos, que fuera a buscarla a Mieres, porque el Misionero se iba con ellos, y la dejaba encinta y estaría mejor en Gijón, con ella, hasta que ellos volvieran, porque iban a volver, y echarían a los fascistas. Y Manena lo había hecho, se había plantado en Pomar y la había ayudado a salir de aquella casa, un domingo de noviembre de madrugada, cuando ya las dos empezaban a sospechar, aunque no le cedieran ni un

milímetro al desaliento ni a la desesperanza, que ni Salus ni el Misionero ni el Rembrandt iban a volver, porque quienes los esperaban para ayudarlos a pasar por el monte se habían hartado de aguardar escondidos en el punto convenido y, si no habían encontrado la forma de mandar algún tipo de aviso, la cosa no pintaba muy bien. Y hasta se había enfrentado a una loca, que por lo visto era la hermana mayor de Claudia, que desquiciada y a grandes gritos advertía de castigos eternos, de fuegos infernales para los habitantes de Sodoma y Gomorra, y las llamaba rojas y pecadoras, y amenazaba con que iba a tirarse por una ventana, para luego reír con unas carcajadas que daban más miedo aún.

—¡¡¡Están muertos!!! ¡¡¡Todos están muertos...!!! ¿Me oís? Muertos, muertos, muertos... Y vosotras también, vosotras estáis muertas... Ésta es la casa de la muerte...

Claudia no había dejado de temblar, la barriga ya muy prominente cubierta como podía bajo el abrigo de color beige que le quedaba muy estrecho, mientras caminaban vía abajo hasta llegar a Ujo, donde pensaban coger el tren, pero no lo hicieron porque la estación estaba llena de soldados, de nacionales, y aunque Manena repetía no nos va a pasar nada, nosotras no hemos hecho nada, ninguna de las dos se decidía y siguieron caminando otros seis kilómetros más, bajo una lluvia helada, cubiertas a duras penas por el paraguas de Manena, y allí, entre la gente, a pesar de que el número de soldados era igual o mayor, determinaron subirse al tren, después de esperar casi dos horas, temiendo que alguien les preguntara, con un rosario entre las manos que Claudia había cogido en casa antes de salir por si tenían que enseñarlo a alguien para espantar cualquier sospecha de desafectas al Alzamiento, moviendo los labios como si rezaran, para alejar la amenaza de la muerte como se aleja la amenaza del infierno, suplicando por dentro que ninguno de aquellos soldados que llevaban escrito en el rostro tanto cansancio como arrogancia les pidiera la cédula de identificación, que ellas no tenían.

Antes de que a Manena la obligaran a culatazos a subirse en un camión una madrugada de febrero, había tenido tiempo de instalar a Claudia en la casa de su prima Toyina, una muchacha de enormes ojos pardos y de soltería irremediable que repartía su tiempo entre su trabajo de taquillera en el cine de Los Campos Elíseos y el cuidado cada vez más absorbente de su madre, baldada en la cama desde hacía ya varios años. Claudia tendría protección en aquella casa y ayudaría al cuidado de la tía de Manena, y podría dar a luz a su hijo lejos de la locura de Sidra y las amenazas de los falangistas que, como setas, habían empezado a brotar en toda la comarca. Manena había tenido tiempo de colarse en el corazón de Claudia gracias a aquella sencillez con la que afrontaba la vida, a aquella alegría con la que pintaba a brochazos de colores los contratiempos y se empeñaba en mantener la esperanza porque sólo abrazándose a ella el universo entero tenía sentido. Si no se murió de tristeza Claudia en los años que siguieron, fue gracias a Manena, a su mundo, a las mujeres que ella le fue dando a conocer, parapetadas en el silencio como forma de

supervivencia mientras albergaban en lo más profundo la misma esperanza de que un día la pesadilla se terminaría, que volverían los suyos y recuperarían el sueño, que la lucha no se había acabado aunque en ese momento no hubiera más remedio que refugiarse en el secreto, cruzando los dedos para no pasar a engrosar el censo de la atiborrada cárcel de El Coto. Gracias a ella, también adquirió las nociones mínimas de cómo cuidar a un bebé, observando el modo en que ella amamantaba al suyo, de pocos meses, y lo bañaba, y combatía su dolor de oídos con aceite de oliva tibio, y el modo en que le cantaba en voz bajita, para que dejara de llorar y la vecina de puerta —aquella enlutada meapilas que puso la radio a todo volumen después de sintonizar una emisora con música el día que se llevaron a Manena Fanjul detenida— no protestara: le cantaba de un modo que a Claudia la conmovía hasta las lágrimas, porque algo muy adentro, un ejército de sentimientos alborotados, emprendía una revolución, y sentía el calor lejano del pecho de Camino, la sonrisa cómplice y perdida de Andrés, el olor de los sanjuanes y los bojes que rodeaban la antojana de la casa de El Pedroso, aquella infancia que era la única patria que le quedaba.

Era justamente en su hijo —en aquella intimidad gozosa de su pequeña mano abrazada a uno de sus dedos, en el olor dulcísimo de la leche regurgitada, en la piel recién estrenada, que en la memoria se le mezclaba con la memoria de la piel de Salus— en quien pensaba Manena, con todo el frío de la madrugada de febrero taladrando su cabeza rapada, y una rebelión inexplicable en todo su cuerpo, que se negaba a abandonar el camión cuando éste se detuvo y los soldados, sin muchas contemplaciones, obligaron a bajar a los que en cuestión de minutos se sumarían a los habitantes del otro lado de la tapia. Pero ella no se bajó. No lo hizo, aunque un soldado la golpeó en un hombro, aunque le gritaron. Aunque el cura le dijo, bájate, hija, que será peor si no lo haces, como si hubiera algo peor que la muerte. Aunque un soldado tiró de ella agarrándola por la cintura brevísima y por una de sus piernas. No había manera: una de sus manos se había aferrado, con la misma decisión con que su hijo se enganchaba a su dedo protector, a la barra del camión y no se soltaba. Por algún misterio de la fisiología, tendones y huesos se negaban a obedecer y a acompañar al resto del cuerpo a la segura muerte. La voluntad de Manena, su negativa a morir, el deseo inquebrantable de ver crecer a su hijo, a quien imaginaba dormido en su cuna cálida, bajo el embozo de la sabanita bordada con patos amarillos, sin saber que su hijo no iba a sobrevivirla muchos meses, porque el verano lo vería morir, sin que su abuela, rota de dolor por la muerte de Manena, incapaz de sobreponerse a la vergüenza, pudiera salvarlo de unas fiebres que seguramente eran meningitis. Volvía a oír la voz del cura, que de nuevo aquella madrugada estaba de más, porque ninguno de los condenados quería confesarse y uno de ellos hasta le había escupido, justo antes de llevarse un culatazo en la cara de uno de los soldados, pero Manena no podía interpretar el significado de lo que le estaban diciendo, y tampoco podía soltarse.

Así que a Manena Fanjul le cortaron la mano que no se soltaba de la barra del camión con una bayoneta, porque el que mandaba a los soldados del pelotón se hartó de pasar frío y quiso terminar cuanto antes con aquello, y mientras musitaba entre dientes un mira tú, tan valientes cuando matabais a los curas, eh, puta, y ahora te cagas de miedo... apremió a uno de los suyos a que acabara con aquello y la mano de Manena, finalmente, se soltó y cayó sobre la nieve, mientras ella sentía un extraño alivio, porque de pronto se dio cuenta de que estaba nevando, con lo que a ella le gustaba ver nevar en Gijón, y oía, justo antes de desmayarse y antes de recibir los disparos, la voz del cura: «¿Ves, hija?, ya te dije que te soltaras, que si no, sería peor...».

Efrén Rubiera vivió con una íntima agitación la llegada de la República. Aunque no pudiera manifestar otra cosa que desdén y preocupación por el cariz de los acontecimientos, para mantenerse en la línea de pensamiento de su ámbito, en el fondo sentía una alegría imprecisa, como si empezara un tiempo nuevo. En la tertulia a la que acudía en Oviedo, con menos asiduidad que en los años anteriores —casi siempre porque la pereza se instalaba en los resquicios que cada vez con menos esfuerzo dejaba practicables su voluntad—, había una efervescencia que él no dudaba en catalogar de esperanzadora, como si fuera posible que la nación, anclada en el siglo XIX, por fin pudiera dar, y de hecho estuviera dando, un firme paso hacia delante.

Había una iniciativa que a Efrén Rubiera le entusiasmaba particularmente: la que se empezaba a llevar a cabo desde Madrid inspirada por Manuel Bartolomé Cossío y en la que trabajaba con auténtico ardor el asturiano Luis Álvarez Santullano, inspector de Primera Enseñanza y colaborador de la Junta para Ampliación de Estudios y de la Institución Libre de Enseñanza, y cuyo nombre, aunque de entrada le remitía a la cíclica visita de predicadores de postín a las parroquias de la zona, por lo de Misiones, incluía a continuación una palabra que para el médico, que creía ciegamente en el poder de la educación, era mágica: Pedagógicas. En el decreto de creación de las Misiones se decía que se trataba de llevar a las gentes, «con preferencia a los que habitan en las localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos de avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos».

Junto con Luis Álvarez Santullano, hubo otros intelectuales asturianos fuertemente implicados en el proyecto, como Constantino Suárez, Alejandro Casona o Eduardo Martínez Torner. Con este último, aunque pasaba largas temporadas en Madrid, mantenía Efrén Rubiera una amistad inquebrantable, asentada en la pasión musical que compartían. Y fue esta pasión, precisamente, el vehículo en el que viajó el destino para que la vida de Pomar, aquella vocación de amores fatales y pasiones

contrariadas, sumase un argumento más a la crónica de su propia desdicha.

La existencia de las Misiones Pedagógicas era totalmente desconocida en Bustiello, en aquella burbuja impermeable a todo lo que no formara parte del orden de los días. Cuando Efrén Rubiera comenzó a hablar de ello en el Círculo Católico, apuntando la posibilidad de que el pueblo fuera incluido en la programación, la iniciativa se consideró como una extravagancia más de aquel Gobierno catastrófico en general, y una estupidez como una casa, cuando no un intento más de horadar la inquebrantable resistencia católica de Bustiello por parte de lo que tradicionalmente se conocía como «los de la cáscara amarga». Allí, de instrucción estaban más que servidos: los frailes de La Salle ofrecían una educación que sobrepasaba con mucho la media del país. Ya hasta el propio Montañés se lo había dicho al hermano Casimiro, y éste lo había hecho llegar en forma de carta al visitador de la Orden: «No pedimos a los Hermanos que enseñen tanto: con que los niños sepan las oraciones, mucha doctrina, leer, escribir y las cuatro reglas, es suficiente para nuestros mineros. Que ustedes venga a enseñarles álgebra y geometría, y dibujo, y teneduría... y luego no van a querer bajar a la mina ninguno, van a pensar que son señoritos...». A ver qué falta hacían unas Misiones Pedagógicas. Don Macrino se echaba las manos a la cabeza: no dejaba de ser una herejía denominar con el santo nombre de *misión* algo que, según había oído decir, estaba confabulado con el mismísimo demonio, puesto que ni lo impartían predicadores renombrados, como siempre había sido el caso, ni era doctrina ni religión lo que se daba a conocer. Bibliotecas... como si no tuvieran bastante con la del Círculo Católico, perfectamente provista por el Marqués con toda clase de vidas de santos y lecturas edificantes. Teatro... ellos ya tenían: divertidos sainetes con moraleja, niños vestidos de pastores que *echaban* poesías por Navidades... Hasta una rondalla tenían, que si bien en un principio había sido considerada una excentricidad propia del carácter estrambótico del médico, con el tiempo todos aplaudían su existencia y se sentían orgullosos cuando actuaban en Mieres, o en Moreda, o en Turón... Ah, vaya... La gran novedad... Resulta que los de las Misiones Pedagógicas llevaban a los pueblos el grandísimo adelanto del cinematógrafo... ¡A ellos! A ellos, que disponían de una sala de proyección con la que el Marqués había dotado al Círculo Católico desde el instante mismo en que se construyó el edificio, cuando el invento era total novedad en la capital. Además, decía Gustavo Bartomeu atusándose el bigote muy preocupado: a saber qué películas proyectarían. Porque no habrían de creérselo, pero tenía entendido que había cintas verdaderamente repugnantes, que pondrían los pelos de punta a cualquier buen cristiano...

Pero Efrén Rubiera podía ser muy tozudo, cuando se lo proponía. Y aunque el consuelo del alcohol constituía un alivio al que se abandonaba en algunos momentos, necesitaba combatir aquel vacío que llevaba años horadando su corazón y su voluntad y que por mucho que a veces se engañara creyendo que lo había

domesticado, como se amansa a la fiera más salvaje si uno se empeña en ello, siempre había una dentellada brutal que le devolvía de golpe la certeza de que Camino y aquel amor letal e inapelable no abandonaban los territorios interiores de su deseo. Para ello, para mantener a raya el dolor, se embarcaba en asuntos a los que se entregaba en cuerpo y alma, como la instrucción de Andrés, a quien había convertido ya en alguien que, sin ningún tipo de titulación, tenía tantos conocimientos como él mismo porque, como él, estaba dotado de una capacidad para el análisis envidiable, una incontestable agilidad mental y una extraordinaria sensibilidad. También se había embarcado en una cruzada personal para esclarecer qué estaba pasando con la situación económica de las hijas de Montañés y por qué el dinero procedente de la pensión de orfandad del Montepío les llegaba a través del ingeniero de un modo tan dosificado, por decirlo de una manera suave. Al menos, en ese asunto había conseguido que Dorotea fuera remunerada adecuadamente, y que fuese ella la encargada de acudir al economato a proveerse, por el sistema de apuntar en la libreta de la que se detraían los gastos, de todo lo necesario para que ni a Sidra ni a Claudia les faltara nada y se les asignara un sobre con dinero para otros gastos de forma mensual, con la promesa, de cuyo cumplimiento el médico no estaba demasiado convencido, por parte del ingeniero de que el resto de la paga, de una cuantía inusualmente alta, justificada por el alto cargo que Montañés tenía en la empresa, sería ingresado con total puntualidad en una cartilla de ahorro abierta en el Banco Herrero.

La rondalla era otro de los canales por los que el sufrimiento que a veces le retorcía el corazón encontraba salida. Y el empeño en hacer llegar a Bustiello aquel asunto tan fascinante de las Misiones Pedagógicas —de las que en la tertulia de La Claraboya y en el Ateneo Popular de Oviedo, que había empezado a frecuentar con regularidad, se hablaba con tanto entusiasmo— constituía su último clavo ardiendo para mitigar el escozor insoportable que le procuraba ver a Camino y a Francesc paseando por la carretera los domingos por la tarde, en lo que ya constituía el noviazgo más largo, perdurable y extraño, tanto por la edad de los novios, o tal vez sería más exacto decir de la novia, y la condición de viuda de ella y de forastero él, como por la serenidad que se advertía en sus pasos y en sus miradas, como si vivieran su historia ajenos al rosario de comentarios y conjeturas que su simple presencia concitaba. «Claro, es que no tienen ninguna prisa —le decía Benilde con maldad—: Cuando un hombre consigue de una mujer lo que quiere, porque ella es una fresca, ya no tiene ninguna prisa en casarse», añadía satisfecha, ignorando que lo último que pasaba por la cabeza de Camino era el deseo de contraer matrimonio con nadie.

En el diseño de los itinerarios de las Misiones Pedagógicas, incluir Bustiello no se consideraba, ni de lejos, prioritario. El espíritu del proyecto, destinado a borrar o al menos a minimizar las diferencias entre las opciones culturales de la España urbana

y la rural, no contemplaba la comarca de las cuencas como objetivo, por la incidencia tanto del nivel de educación obtenido gracias a la implantación de colegios de La Salle, como del nivel cultural alcanzado a través de los Ateneos Obreros promovidos por los sindicatos y partidos de izquierdas, pero Efrén Rubiera terminó por convencer a Eduardo Martínez Torner: ni las bibliotecas —uno de los principales objetivos de la institución, que llegó a poner en marcha más de cinco mil en todo el país— ni el cinematógrafo —que era lo más solicitado por lo que tenía de novedoso— eran estrictamente necesarios, pero el coro... al menos el coro... Y a Martínez Torner, mentarle el coro era tocarle la fibra más sensible, así que a finales del verano de 1932, en una programación que incluía recitales corales y el museo ambulante, las Misiones Pedagógicas desembarcaron en Bustiello. Y así, a finales del verano de 1932, a Claudia se le vino encima, como una avalancha imparable, todo el amor enloquecido y salvaje que cabe en los quince años.

Había algo en lo que coincidían todas las mujeres que habían pasado por la vida de Bruno, sin distinción de edades, procedencia, nacionalidad, carácter o tiempo de permanencia a su lado. Todas estaban de acuerdo en que Bruno sólo se quería a sí mismo. O para ser rigurosos, Bruno se quería a sí mismo tan por encima de todas las cosas, que podía llegar a ser cierta la afirmación de que sólo se quería a sí mismo, porque en relación a él, y al elevado concepto de sí mismo que tenía, el resto de las personas, afectos, situaciones, animales o cosas palidecían hasta hacerse invisibles. En cuanto a por qué esto era así, podía haber diferentes interpretaciones dependiendo del amor que esas mujeres hubieran sido capaces de sentir y el grado en que sus expectativas se hubieran visto defraudadas.

Si alguna vez las circunstancias lo ponían en situación de tener que explicar ese rasgo, no ya de su carácter, sino de su existencia entera, Bruno solía acudir a consideraciones filosóficas y hasta psicoanalíticas. Lo que fuera, con tal de confundir a la persona que tenía enfrente que, ante la confusa explicación, terminaba por concluir algo a lo que los avatares de su historia común ya tendrían que haberla abocado mucho tiempo atrás: por la razón que fuera (su condición artística, su solitaria infancia, su concepción del mundo, sus lecturas filosóficas, su marcada tendencia a la autodefensa, etcétera, etcétera), Bruno Braña era un maldito egocéntrico y estaba claro que sólo se quería a sí mismo.

Otra cosa muy distinta era que esa verdad última estuviera cubierta en la mayor parte de las ocasiones por una capa de indolencia o aparente desinterés que llevaba a la errónea conclusión de que Bruno era un tipo bastante inconsistente en lo emocional. Quienes así lo juzgaban, y eran muchas, se equivocaban de medio a medio. Quizá, el gran problema a la hora de establecer relaciones personales tenía que ver, para decirlo de una forma sencilla, con que Bruno era muy suyo. Tan suyo que jamás había sido, ni seguramente iba a serlo a no ser que a la lluvia le diera por

llover hacia arriba, de nadie.

Aida, y en eso era diferente a todas las mujeres que habían ocupado con carácter interino el corazón de aquel hombre, también lo pensaba; de hecho, lo sabía desde los primeros días, lo había intuido en su primer encuentro, en la cafetería del hotel Alcomar, mientras hablaban de los textos de Fontanarrosa que componían la obra, de la trayectoria del actor, del modo en que construía sus personajes o de las sensaciones que experimentaba cuando estaba sobre el escenario. Se había sentido orgullosa cuando al despedirse él le había dicho que era la primera periodista que no le preguntaba por la crisis del teatro y que sólo por eso ya era una mujer especial, pero aun así había contemplado con la distancia emocional que dan los años y el oficio la relativa sinceridad del elogio. Y durante un tiempo, los primeros meses, había sentido que poseía las claves para manejar la situación. Bastaba con dejarse llevar por aquella marea de palabras bonitas que él le regalaba desde la distancia, mientras ella iba hilvanando los detalles de lo cotidiano y se dejaba querer sin consecuencias aparentes, porque él estaba lejos y porque ella tenía mucho callo ya en los asuntos sentimentales. A pesar de todo ello, nunca se había sentido dueña ni del amor ni por supuesto de la voluntad de aquel hombre que sin que hubiera ninguna explicación se colaba hasta lo más profundo de su consciencia con la inexorabilidad de un juramento antiguo, como si más que conocerla la estuviera desvelando. Se había ido entregando sin remedio al amor de Bruno sin perder de vista en un solo instante que él no era uno más de los hombres que constituían las cuentas del rosario de su historia sentimental, y eso tenía un precio.

Y lo estaba pagando. Por cada momento de felicidad que Bruno sabía administrarle en dosis homeopáticas, una avalancha de desazones, miedo, inseguridad y tristeza ganaban terreno en el campo de batalla donde se libraba la razón última de su existencia.

—¿Quieres un caramelo de éstos? Me los trajo Bruno la última vez que vino.

Aida sacó del bolso una cajita redonda de lata, de La Violeta, en la que tintineaban flores azucaradas, y Paloma acercó sus dedos temblorosos hasta coger un par de ellas y metérselas en la boca.

—Ay, caramelos de violeta... Ay, Aida, no sé yo... Hacía que no los probaba... Ni te imaginas. Tu abuelo se los traía a mi hermana Claudia. ¿Y dices que te los trae Bruno? Pues a ver si se va a repetir la historia.

—Sí, ya, claro —sonrió Aida, divertida—. La maldición de los caramelos de violeta. Son muy típicos de Madrid, qué quieres. Será que ni el abuelo ni Bruno son muy originales. Dicen que Alfonso XIII les regalaba a sus amantes caramelos de éstos, de esa tienda... De todos modos, te diré que a mí Bruno me los regala porque

sabe que me encantan. Y a lo mejor a la abuela le pasaba otro tanto, así que vamos a dejarlo en eso. Aunque yo creo que con lo colada que estaba por él, como si le hubiera regalado almendras garrapiñadas... Y, oye, que estoy pensando que la cinta violeta que guardaba mi abuela... lo mismo era de alguna cajita de caramelos, y la tenía como recuerdo, casi como reliquia de mi abuelo...

—Tu abuelo era muy guapo. Pero guapo, guapo, como un actor de cine. Y tenía una elegancia que nunca habíamos visto por allí, porque no tenía que ver ni con la clase social, ni con el dinero, que estoy segura de que él no tenía ni un duro, o por lo menos nada que ver con los que nosotras estábamos acostumbradas a tratar. Pero, ay, hija, tenía mundo y la elegancia que da tener mundo. Y si había alguien que en aquel momento podía ser sensible a eso, era tu abuela. Anda que no tenía ella ganas de salir de Bustiello, de conocer otras ciudades y otra vida... Pero todo así, como soñando, porque al final, yo creo que si no hubiera pasado todo lo que pasó, se habría quedado allí, se habría casado con Andrés, y adiós a todo. Tuvo que llegar tu abuelo para que ella abriera los ojos y para que la vida le diera la vuelta.

—Mi abuela tendría que haber estudiado. Era muy lista...

—Claro que lo era, pero menudo panorama había en casa. Si al menos hubiera estado mi padre... pero no había con quién contar. Muchas veces pienso que fue culpa mía, yo tendría que haber tirado de aquello, y haber buscado apoyo en Efrén, que él sí que quería que estudiara. Pero el tutor, recuerda, era mi suegro. Y anda que tenía ganas él de que Claudia estudiara... Lo único que quería era que se casara y dejar de tener cualquier responsabilidad en el asunto. Así que, hala, tu abuela como yo: en el colegio de las monjas hasta los catorce años y, la mayor parte del tiempo, bordando...

—Pero la República llegó a Bustiello, incluso... Quiero decir que, a pesar de todo, las ideas republicanas fueron capaces de colarse y llegar a la gente... y supongo que mi abuela habría abierto los ojos incluso aunque no hubiera aparecido por allí mi abuelo...

—Uy, sí, claro que llegó la República. Don Macrino promovió una novena de desagravio del Amable Corazón de Jesús Sacramentado a raíz de que el presidente Azaña dijera en un discurso que España había dejado de ser católica. Madre mía, la que se armó con aquello, todo era profetizar poco menos que el fin del mundo, por mucho que el médico anduviera tratando de justificar a quien quería escucharlo que no, que lo que el presidente había querido decir... Y pasó una cosa muy curiosa, ¿sabes? De pronto algunas personas se quitaron la careta. Había algunos que ya sospechábamos que podían ser de la cáscara amarga. Por ejemplo, todos los de Toña, que en la mina eran famosos por ser contestones, trabajadores serranos, eso sí, pero un poco lengualarga, todavía me acuerdo de lo que decía Migio, que tenían la boca como un payarón, que en eso algo habrían heredado de los redioses de la madre. Y la

familia de Colás Teyera, que ya lo habían retirado y estaba con los pulmones reventados, pero no perdía ocasión a la mínima. De ésos ya lo podíamos imaginar, porque ya se sabía que no eran muy de la iglesia y eso, pero empezó a haber otros, porque ya lo decía don Macrino, que cuando una manzana podrida se deja en el cesto de las manzanas sanas... acaba pudriendo a gente que había estado todo el tiempo yendo a misa los domingos, que creíamos que eran de los nuestros...

—¿Los nuestros? ¿Tú de verdad tenías conciencia de quiénes eran los tuyos y quiénes eran los otros?

—Por Dios, neña, claro. Era como si hubiese una línea en el suelo, y se pudiera pasar de un sitio a otro sin problemas. Lo que ocurre es que sólo se marchaban los del lado nuestro: cruzaban al otro lado, y de pronto dejaban de saludarte, o peor, te decían barbaridades, cosas como que se nos iba a acabar el chollo y que si iba a venir el reparto. Y claro que hubo reparto. Pero de desgracias. Y de ésas alcanzó para todos.

—Así que Bustiello pasó de ser el paraíso a algo que se parecía bastante al infierno...

—Bueno, el poblado específicamente, no. Todos los que habitaban las casitas de la Hullera eran trabajadores y personas ejemplares, que para la empresa venía a ser lo mismo, nunca estuvo clara la frontera entre una cosa y otra. Pero en el mismo pueblo, en los alrededores... La gente empezó a enseñar la oreja, como que se envalentonaban, ¿sabes?, algunos dejaron de ir a misa, por ejemplo. Y decían cosas, burlándose: hablaban de que ahora todo iba a cambiar, que se habían acabado los privilegios, que ya no iba a ser lo de antes. Y claro que no fue lo de antes... Lo peor era ver que ya no te podías fiar de casi nadie, porque los que se declaraban, vale, ésos sí, pero luego notabas en gente que hasta ese momento, no sé, creías que eran buena gente, que de pronto te miraban como con odio. Y mira que yo apenas me enteraba de nada, pero la hostilidad se hizo un hueco y ya no hubo forma de que se fuera.

—Esas cosas no pasan porque sí, Paloma. Son el resultado de haber tenido a la gente sometida...

—Déjate de bobadas, neña. Qué sometidos ni qué. Durante años y años se había intentado mantener a salvo de las influencias exteriores a Bustiello, a la comarca entera. Las cosas eran muy sencillas: tú te portabas bien, cumplías con tus obligaciones y, el Marqués, la empresa, velaba por ti. No era tan difícil de entender. ¿Qué se metían en tu vida? Bueno, a lo mejor. Pero el resultado era que las cosas iban bien así. Los sueldos de la Hullera eran los más altos y las condiciones de vida, las mejores de toda la cuenca... Así que no sé dónde estaba el problema...

—¿Te suena lo de la libertad? —preguntó Aida con un poco de sorna, pero sin mucha acidez.

—Libertad, libertad... Así empezaron aquéllos. Con lo de la libertad, recoña. Querían libertad y se hartaron de ella. Y ya ves cómo la usaron.

—Hoy te veo un poco derechona, la verdad —Aida se acercó al transistor y comprobó que el dial estaba, efectivamente, en el 90.7—. A tope con la COPE, ¿eh?

—Bah. Tonterías. Estábamos hablando de tu abuelo, a todo esto, que fue una de las novedades que trajo consigo la República, y ya sé que si no hubiera sido por ello, tú no estarías aquí. Pero también para Claudia las cosas habrían sido de otra manera.

—Para Claudia y para todos —concedió Aida.

—Pues sí, pero lo que te decía, que me despisto: era muy guapo. Llevaba el pelo con un corte que no se veía por allí: los mechones largos, que los engominaba un poco, pero siempre se le acababa cayendo uno de ellos así por la cara. Y tenía una sonrisa preciosa. Y los ojos como tú. Me acuerdo de que Efrén nos había insistido mucho en que teníamos que ir al Círculo para la actuación, aunque aquellos días a mí no me hacía ninguna falta que me insistieran para nada. Eusebi se había ido y yo estaba tan feliz, tenía tantas ganas de salir y de vivir, que a la mínima me iba vías abajo a sacar a Claudia de casa para lo que fuera. Así que allí nos fuimos las dos. Todavía la estoy viendo a ella, quince añinos, la niña bonita, tan guapa, con aquel vestido que había estrenado por la Cruz de Mayo, azulín, con florines pequeñines en blanco y los cuellos redondos, de organdí... Estaba el salón del Círculo hasta los topes. Unos, los menos, porque al ser una cosa de la República, consideraban que había que apoyarlo, y otros, porque Efrén se había deslomado para convencer a todos de que era algo que merecía la pena y que el hecho de que se hiciera en el Círculo era bueno para todos... a pesar de la reticencia de don Macrino y de los frailes, que aun así, aparecieron por allí y se sentaron en las butacas de las primeras filas.

—Debía de ser un gran tipo. Efrén, quiero decir...

—Lo era. Para entonces ya estaba mayor, o yo lo veía mayor, fíjate tú, lo que quiero decir es que ya no era como cuando tu abuela era pequeña y Camino lo ayudaba en la consulta y con los enfermos. En aquella época sí que era un hombre luminoso. ¿Tú sabes que en la vida hay gente que es capaz de iluminar? Pues él era de ésos. Camino también. Y tu abuelo también lo era. Efrén era de esas personas que siempre piensan bien de todo el mundo, y siempre están pensando cómo hacer para que los demás estén bien. Mi suegro no lo podía ni ver. Siempre decía que algún día se sabría de qué pie cojeaba aquel pájaro. Como si en Bustiello se pudiera guardar algún secreto.

—Pero se guardaban. Eso que dices no es verdad, porque había secretos y tú mejor que nadie lo sabes.

—En Bustiello funcionaba mucho aquello de que si a las cosas no se las llamaba

por su nombre, no existían. Las insinuaciones, los sobreentendidos... no dejaban de ser, cómo te lo explicaría, concesiones a la imaginación. Pero a lo que iba. Yo todavía lo recuerdo, aquel concierto, quiero decir. Como si fuera ahora mismo.

Paloma cerró los ojos y se quedó en silencio. Aida tampoco dijo nada. Confiaba en que la anciana dejara que las palabras y las imágenes que circulaban por su memoria encontraran la salida a través de la voz y poblaran la habitación para que ella pudiera atraparlas, hacerlas suyas, darles otra vida en aquello que iba a escribir cuando fuera capaz de sentarse y ponerse a ello, cuando tuviera menos trabajo, cuando las cosas con Bruno fueran bien, cuando...

—Paxarinos que alegres cantáis, a la orilla de una fuente, que subís y baxáis de repente... a coyer los rayinos de sol...

Paloma tarareaba y su voz, que nunca había sido gran cosa, ahora, con los años, dibujaba temblores como el aleteo de un pájaro en su garganta, uno de aquellos que cogían los rayos del sol y que acudían a su memoria entre los ecos de aquel concierto, el salón de actos del Círculo Católico, aquella veintena de jóvenes que venían de Madrid y sin embargo cantaban —dirigidos por un hombre con el que Efrén parecía tener una gran confianza y a quien había presentado como el insigne maestro Torner— las canciones que siempre se habían cantado en las romerías, las que a veces se iniciaban en el lavadero y terminaban siendo coreadas por todas, y que volvían convertidas en piezas interpretadas a tantas voces que parecían otra cosa: mucho más serias, más cultas, como si fueran de iglesia, cuando todas las monjas del sanatorio y los frailes de La Salle cantaban en las misas de Santa Bárbara.

Con los ojos cerrados, mientras tarareas una canción, puedes ver más y mejor, pensaba Paloma, porque allí, de pronto, volvía aquella tarde en que Claudia se enamoró de aquel chico que no le quitó ojo en todo el concierto, como si todo el salón se redujera a una sola fila, la tercera, que era en la que estaban ellas, sentadas al lado de Montse, que difícilmente podía disimular su aburrimiento y cuchicheaba con Benilde a pesar de las miradas de censura que Efrén les dirigía desde un lado del escenario. Con los ojos cerrados, mientras tarareas una canción, ves mucho más y ves mucho mejor: vuelven las imágenes remotas y perdidas, dibujadas con contornos nuevos, luminosos trazos, y como ya se conoce el destino de las miradas cruzadas, del rubor en las mejillas de Claudia, la decisión en los ojos claros del chico alto que no deja de escrutarla, como si quisiera, a esa distancia que marca como insalvable el escenario, indagar toda su biografía, aprenderse de memoria los ángulos de su rostro, la impalpable sonrisa que adivina detrás de los labios que a veces se entreabren. Como ya se sabe qué va a suceder después, los detalles más nimios se convierten en decisivos, en la pieza clave que cambió la historia y el mundo. Con los ojos cerrados mientras tararea una canción, Paloma puede ver a su lado, de reojo, el modo en que el pecho de Claudia se agita al compás de una respiración que de pronto no tiene otro lenguaje que el de las corcheas y las fusas, escritas en el aire con

ella como única destinataria.

Aida sabía a grandes rasgos de qué forma se habían conocido sus abuelos. Siempre mendigaba algún detalle, algo que la acercara a la figura desconocida del hombre que la historia se encargó de sustraerle y, desde que inició la tarea que cada vez le parecía más absurda de escribir la memoria de la familia, su necesidad de encontrar algo, lo que fuera, se había convertido en una obsesión. Así que interrumpió el juego de los pájaros que, desafiando cualquier atisbo de futuro, se limitaban a cantar alegres a la orilla de una fuente, dueños ellos del secreto de la felicidad aprensible instantáneamente, en los rayos de sol tan efímeros.

—Y aquel mismo día...

—Sí, aquel mismo día, a la salida, tu abuelo se acercó a nosotras. Y le preguntó a Claudia si le había gustado el concierto. A mí me pareció que aquel chico era muy guapo, sí, pero también un caradura, que no estábamos acostumbradas a que de buenas a primeras un hombre se dirigiera a nosotras sin más, aunque se hubiera arrimado a Efrén para que nos lo presentara él, que se le vio a la legua, si además el médico al que no dejaba ni a sol ni a sombra era al director, que luego fue famoso, Torner. Pero, neña, tu abuela ya estaba tonta del todo, y la cara que le puso mientras le decía que sí podía traducirse por «No sólo me ha gustado el concierto: tú me gustas tanto que podría seguirte al fin del mundo y para siempre». Anda, que menuda bronca le eché después, mientras bajábamos caminando por la vía hasta Pomar...

—¿Bronca? ¿Por qué?

—Porque eso no se hace. A los hombres no les puedes mostrar lo que sientes, al menos al principio. O eso pensaba yo entonces, porque eso era lo que todo el mundo nos decía. Había que mostrarse distante, fría, inaccesible: eso hacía que se sintieran más interesados, por no hablar de que cualquier manifestación de interés hacia ellos podía ser considerado como falta de recato o de pureza. Ay, la pureza, qué palabra: no se les caía de la boca por entonces... Pero tu abuela, hija, parecía haber entrado en trance... Sólo hablaba de la sonrisa de tu abuelo y de sus ojos, ¿te has fijado en sus ojos? ¡¡Los tiene azules!!, pero azules enormes... Y cuando sonríe... ¿te has fijado en el hoyuelo?

Paloma le contó entonces que la referencia al hoyuelo le había hecho sentir una incomodidad extraña. Germán, que había enloquecido a Sidra, tenía un hoyuelo. Y Antón, cuyo recuerdo ella trataba de sepultar permanentemente, siempre se imponía en su memoria con su sonrisa blanquísima y un pequeño pocito a un centímetro de la comisura. Y ahora, el chico de las Misiones, también.

—Bruno también tiene un hoyuelo —reflexionó Aida sonriendo—. Va a ser que las Montañés tenemos una debilidad extraña, una fijación por los hoyuelos...

«Y por dejarnos seducir por hombres que no nos merecen», pensó, y no pudo evitar preguntarse de dónde le venía aquella afirmación.

Montse no había quitado ojo al encuentro que había tenido lugar, auspiciado por el propio Efrén Rubiera, entre las dos hermanas y uno de los muchachos del coro, el mismo que antes de que comenzara el recital se había encargado de llevar a cabo la lectura dramatizada de un poema muy raro que ni rimaba ni nada. Y antes, por la tarde, junto con una muchacha que vestía pantalones, había hecho reír a un montón de críos con un guiñol. Como si los niños de Bustiello nunca hubieran visto un guiñol... Qué se pensaban aquellos de la dichosa República... Había acudido al concierto porque en Bustiello, aunque no eran los habitantes de ningún remoto pueblo y disponían de cinematógrafo y biblioteca, entre otras muchas modernidades —gracias a la inconmensurable labor social que había llevado a cabo el Marqués, a quien Dios tuviera en su gloria—, tampoco es que hubiera mucha diversión, más allá de los acontecimientos promovidos por don Macrino o por las monjas del sanatorio, o por los frailes de La Salle. Que llegara una veintena de personas en un autopullman que ni siquiera había podido pasar el puente no dejaba de ser, como poco, material para suscitar interesantes comentarios en las tardes del cercano otoño, cuando retomaran las meriendas del *sun parlor*. Y por eso, tanto ella como Benilde y Amparito (que se les había unido más tarde porque había acudido acompañando a Eloína la comadrona, y se había quedado sola al haber sido ésta requerida por el marido de una parturienta, que a juzgar por la mala leche y la contrariedad que reflejaba el rostro de Eloína mientras cruzaba el puente para ir hacia Bandoreyo, iba a tener un parto como mínimo expeditivo) observaban atentamente todas las novedades que serían materia de largos comentarios posteriores.

A Eloína ya se lo contarían más tarde y, para ponerla al corriente de todo, le describirían al detalle cómo el muchacho alto se las había ingeniado para que Efrén Rubiera le presentara a las de Pomar, a Paloma y a Claudia, aunque se veía a las claras que el interés del madrileño era justamente esta última, porque desde el primer momento se la había comido con los ojos. Y ella, que parecía tan modosita, novia de Andresín de toda la vida, allí había estado tonteando y ruborizada hasta las orejas, aprovechando que el hijo de Camino se había quedado en el sanatorio haciendo guardia porque había tres heridos a quienes había alcanzado un derrabe en El Tarancón y Efrén estaba más tranquilo si Andrés andaba por allí. Le hablarían de que los críos de Bustiello, y también los mayores, habían manifestado un extraño nerviosismo ante la presencia de una especie de fotógrafo que con una máquina de retratar muy rara andaba, según alguien comentaba, haciendo fotografías, pero de cine, y Efrén Rubiera se había acercado a donde estaban ellas para decirles, guiñándoles un ojo, que se pusieran guapas que iban a salir en el cine, pero ellas no lo habían creído y en cambio la chiquillería, en su bendita inocencia, sí se habían

tragado el cuento y habían estado haciendo toda clase de muecas, mohínes, cuchufletas, dengues y chanzas, convencidos de que un día se verían en la pantalla del cinematógrafo del Círculo Católico. También le describirían con todo lujo de detalles aquel desparpajo con que las chicas madrileñas de aquel coro, de aquellas misiones republicanas, se relacionaban con los chicos, como auténticas frescas, riendo y bromeando sin ningún tipo de recato, un poco marimachos para ser exactos, pero no en el aspecto, que iban todas muy modernas (demasiado tal vez) con aquellos cortes de pelo como las que salían en el *Blanco y Negro,* no, eran marimachos en la forma de hablar, en la falta de pudor que manifestaban en su trato con los chicos. Como si fueran iguales. Y tanto Benilde como Montse y Norina no se privarían de señalar su malestar con aquella actitud, su disconformidad: si eso era lo que traía la República, por ellas podía quedarse fuera de los límites de su pueblo. Allí no hacía ninguna falta.

La República no traía sólo eso, que ya era bastante, porque implicaba un desorden inaudito, como si las fronteras se difuminaran, y lo que había sido siempre —los compartimentos definidos, los papeles repartidos, las funciones asumidas, el mundo tal como lo habían conocido desde el principio de los tiempos— estuviera llamado a dejar de ser, a convertirse en otra cosa. La República era, sin duda, un invento del demonio, la consecuencia directa de la permisividad propiciada por un puñado de gobiernos incapaces, blandos y sin criterio, y de la que tendrían que dar cuenta ante el Altísimo. Hijos de Satanás... Don Macrino musitaba ésa y parecidas letanías mientras caminaba despacio por la carretera. Se había cruzado con dos de las muchachas madrileñas del coro, y había tenido la impresión de que en aquella mirada que ambas le dirigieron, mientras caminaban agarradas por la cintura, demasiado abrazadas para ser decentes, y demasiado cariñosas para ser amigas, había una inquietante burla. Y él no estaba acostumbrado. En ningún momento se le ocurrió que el gesto divertido de las dos chicas tenía que ver con su propio rostro enfurruñado y con los movimientos que hacía con la cabeza para evitar que el primer viento de septiembre le arrancara la teja. Ese gesto, tan habitual, pasaba desapercibido para todos, pero suscitaba cuando menos una sonrisa en quienes no lo conocían. Así que don Macrino, enfadado con el mundo, con el presidente Azaña, con Alcalá Zamora y con todos los que permitían que la nación se fuera a la ruina moral y religiosa, lidiaba también con el efecto del viento, enfrentando la trayectoria en unos movimientos sincopados que tenían mucho de embestidas a un invisible enemigo. Y con esa gente decía Rubiera que había que ser condescendientes, hombre, claro, qué menos. Allí había estado él en un acto de la República, promovido por los mismos que, según se decía, habían comenzado una persecución sistemática de la religión, a la que parecían profesar un odio inexplicable. Menos mal que ya no estaba el señor Marqués para ver cómo la bandera republicana había presidido un acto en su querido Círculo Católico...

Aquella facultad inesperada que el dolor le había regalado a Camino, de modo que era capaz, aun sin proponérselo, de leer en lo más secreto del corazón de las personas, no la salvó del desgarro que se escribía con tinta invisible mientras se despedía de Francesc a principios de aquel octubre en la estación de Ujo. No sabía entonces que era la última vez que sus manos acariciaban la nuca de aquel hombre que durante algunos años había traído un equipaje de risas y de quimeras a su existencia y la había arrancado del dolor del desamor de Efrén Rubiera. Sin haber creído nunca que ello era posible, la tranquila alegría de Francesc, su acento inconfundible, aquel delicioso olor a almendra y miel que siempre llevaba impreso y aquella extraña colección de perros diminutos que lo acompañaban siempre cuando iba en bicicleta, como un flautista de Hamelín, habían sido bálsamo para la herida y serena felicidad.

Tampoco Francesc podía adivinar que el viaje a su tierra —que tenía como objetivo la provisión de materia prima para la elaboración de los turrones de la campaña de Navidad de la fábrica de chocolate de La Agustina— terminaría por confirmar que su personalidad era tan leve como despreocupada su alegría: una mezcla imprecisa de entusiasmo, liviandad, ilusión epidérmica, certezas volátiles. Que en definitiva Camino tenía razón cuando le decía que estar con él, que la vida con él, era como acariciar una pompa de jabón.

El currículum sentimental de desamores de Camino, que ya contaba con una viudez y un abandono motivado por obligaciones conyugales, se engrosó con la peregrina deserción de Francesc, que en las largas horas de viaje en tren hasta Madrid y con la compañía del por lo visto convincente misionero que pretendía a la hija pequeña de Montañés, había tenido tiempo suficiente para abrazar sin ningún género de duda la más radical de las doctrinas libertarias. Antes de llegar al puerto de Pajares, ya había adquirido los rudimentos básicos de la lucha de clases, a la que no era demasiado ajeno porque los años previos a su vida en Asturias había estado relacionado con faístas y, aunque él siempre había sido moderado, en la conversación con aquel joven y elegante miembro de las Misiones Pedagógicas se había convencido de que esa moderación no era otra cosa que el resultado de la pura ignorancia, la inconsciencia, la falta de conocimiento, así que a la altura de Busdongo se había hecho anarquista, y cuando entraban en la Estación del Norte, en Madrid, ya había anotado en un pequeño cuaderno cuadriculado que siempre llevaba consigo dos o tres direcciones de algunos amigos de Ángel Bravo, furibundos militantes de la FAI, y otros tantos treintistas, para que eligiera, que a todos parecía conocer y con todos mantenía excelentes relaciones. Después de cenar unas albóndigas en salsa en un bar cercano a la propia estación en compañía de su ya entrañable amigo y maestro, cuando por fin se instaló en el tren que lo llevaría a Alicante, la fábrica de chocolate de La Agustina, el encargo de almendras que había de supervisar, incluso

los brazos de Camino y sus ojos, que sonreían mucho más que su boca, eran ya una confusa nebulosa que, como los sueños que recordamos a medias, no conseguía imponerse a aquel universo de ilusión, revoluciones, algaradas, justicia social, lucha, utopía, colectivizaciones, anarquía, municipalismo libertario que, entonces no lo sabía, terminaría por arrancarle la vida sólo cuatro años más tarde, en los primeros días de la guerra civil, en una colina, justo en el instante en que, sin entender muy bien la razón de tanto olvido, se le ocurrió silabear el nombre de Camino como quien vislumbra, por un instante frágil y fugitivo, el paraíso.

Andresín, acostumbrado a ser adulto desde el momento mismo en que tuvo conciencia de estar en este mundo, supo en cuanto vio a Claudia que algo había ocurrido en el Círculo Católico aquella misma tarde que invalidaba todas y cada una de las promesas que se habían hecho. No tardó en saber, porque la propia Claudia se lo dijo, con la naturalidad con que solía compartir con él cada una de las cosas que le ocurrían —desde los cada vez más extravagantes delirios de Sidra, hasta sus avances aprendiendo a hacer empanada o las lecturas a las que se entregaba en cualquier momento—, que el joven integrante del Coro y Teatro del Pueblo de las Misiones Pedagógicas había sido muy simpático y desde el mismo instante en que había notado que la miraba ya no había conseguido quitárselo de la cabeza, para añadir después como quien espanta un mal pensamiento que, naturalmente, eso no quería decir nada, porque ella sólo tenía un novio y ese novio era Andrés. Así que el muchacho puso un dedo sobre sus labios para hacerla callar y sonrió con una tristeza que nacía de la profundidad de los afectos verdaderos:

—Tú calla, tontina. Ya iremos viendo.

Y, como si nada, empezó a contarle historias de los heridos del sanatorio, los últimos chismes de la apasionante guerra subterránea que se traían sor Esther y sor Esperanza, que a Claudia siempre la hacía reír por lo infantil de las pequeñas venganzas con las que las dos monjas entretenían los días, la evolución de la infección de un caballista que los tenía muy intrigados y los elogios que le había hecho sor Predestina, la cocinera, mientras él daba cuenta de un trozo de tortilla de patata que le había preparado. Pero no era fácil mantener argumentos de cotidianidad, la ceremonia de lo conocido.

—Fue más bonito... Si lo hubieras visto... Y mañana van a traer el museo. Me dijo Efrén que iban a traerlo hoy, pero que no había podido ser por no sé qué. ¡¡Y va a estar una semana entera!!

El entusiasmo pictórico de Claudia tenía su origen en la conversación que había mantenido con aquel misionero, de nombre Ángel y de irresistible sonrisa, que había tomado posesión de su pensamiento, y que era el encargado, junto con un par de compañeros, de permanecer al cuidado de la exposición que ocuparía las paredes del

Círculo Católico. En un arrebato de osadía inusitada, Claudia se había ofrecido a ayudar al montaje: había que cubrir todas las paredes con unos lienzos de color blanco para que destacaran los cuadros, y ella podía ayudar. La recompensa de los ojos brillantes de Ángel, y su aprobación, la habían hecho feliz.

—¿Te imaginas? —proseguía—. ¡Vamos a poder ver los cuadros de Goya y de Velázquez!

—A ver, Claudia... que no son los cuadros de verdad. Que son reproducciones.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero muy grandes. Como si fueran de verdad. Además, me ha dicho Ángel que están pintados por pintores muy buenos, ¿sabes?, y que son muchos, aunque no es la colección completa: aquí sólo van a traer una parte, porque Bustiello no estaba en el proyecto inicial, pero por lo visto don Efrén...

Y apenas podía contener aquel aluvión de palabras y de ideas, el ardor con que de pronto proclamaba su amor inquebrantable por la pintura, por *Los desastres de la guerra*, su ansiedad por que llegara pronto el día siguiente y que llegaran las dos camionetas en las que viajaban los cuadros, que le habían dicho que eran tan grandes que alguno ocuparía una pared completa, y pronunciaba *tamaño natural* y las palabras crecían, se expandían por el aire, y mencionaba el Retablo de Fantoches y los personajes del guiñol como si formaran parte de las conversaciones cotidianas que mantenían Andrés y ella, mientras los ojos miraban a un lugar indeterminado, como persiguiendo en el aire de la biblioteca, donde estaban, la memoria de los ojos de Ángel Bravo, a quien vería al día siguiente, ese plazo de tiempo tan largo, ese momento que le parecía tan lejano...

Era irremediable y Andrés lo supo con certeza. Había bastado una sola mirada, una sonrisa, un hoyuelo, unas palabras. Había bastado la vida que Ángel Bravo traía consigo en los pliegues de su chaqueta de pana marrón y su camisa sin cuello, en su corte de pelo insólito, en su galanura cinematográfica. Había bastado esa conexión imparable entre los deseos de saber, de conocer, de aprender, de vivir, de Claudia y la sonrisa del misionero, para que el mundo conocido —aquella sucesión de días, y de risas, y de secretos— quedara revocado por la avalancha de la pasión. Claudia se había enamorado y a él sólo le quedaba aquel calor inédito y silencioso que empezaba a brotar en algún punto inconcreto de su pecho, que se parecía al amor que siempre había sentido por Claudia, que remitía a los días azules, a la cuna compartida, a los arrullos de Camino, a las confidencias, a los universos descubiertos, a aquella secreta ceremonia de cuidar el uno del otro, a la certeza de que siempre estarían juntos y que, ahora lo entendía, al contemplar cómo le bailaba el corazón en las pupilas a Claudia, tenía mucho más de generosidad que de volcán, de protección que de romanticismo. Y aun así, dolía, pero como duelen los trabajos de parto cuando se alumbra a una criatura nueva: Andrés estaba pariendo un amor inquebrantable, noble y fértil. Un amor que no iba a terminarse jamás porque venía

desde los primeros días de su infancia: un amor de hermano, delicado y feroz, defensor e insobornable.

El Francés era un poco xirigatu, había dicho Paloma, quien como el resto de los habitantes de la comarca daba por sentado que el nombre de aquel forastero era puramente gentilicio, lo que no encajaba del todo con el hecho de que hubiera trascendido que era de Valencia «o por ahí abajo». Ya por pura curiosidad, porque al fin y al cabo no dejaba de ser una historia lateral en la reconstrucción de su memoria familiar, Aida había querido saber más de la desaparición de aquel hombre que había traído un poco de paz y de alegría a la vida de Camino, y entonces se había dado de bruces con la apabullante personalidad de su abuelo, que había sido capaz, y seguramente sin proponérselo, de borrar de la mente de Francesc la memoria de los años, los besos, las promesas, la vida que había dejado a medias, para enrolarse en una aventura ideológica, de lucha romántica, de utopías, y con todo ello había escrito a Camino una carta confusa y demencial en la que mezclaba el ardor político con el recuerdo tenue de los días de turrón y chocolate, el reconocimiento y veneración que parecía sentir por Ángel Bravo, el hombre que había abierto sus ojos y su corazón a la realidad de la existencia (y aquí se iniciaba un enredado discurso acerca de la injusticia, la revolución y la ideología), y sus confusos planes de ir a buscar a una Camino guerrera y camarada, construida sin duda en su cerebro, que fusionaba memoria, deseo y doctrina libertaria, sin que quedara muy claro si había alguna relación entre unos y otros aparte de la laberíntica asociación de las palabras. Más allá del ímpetu agitador y la profundidad filosófica de sus convicciones políticas, no había duda de que Ángel Bravo tenía que haber sido un tipo de cuidado, hábil, inteligente y particularmente diestro a la hora de influir en la gente y conseguir de ellos lo que quisiera, puesto que sin demasiado interés al respecto también era perito en convicciones ajenas, así que en la tarde de finales de enero, acodada en la ventana de su despacho en el periódico, que daba al puerto deportivo, perdida la mirada en el laberinto de mástiles, en la geometría imposible de la silueta de los edificios, Aida trataba de imaginar no sólo cómo habría sido el hombre cuyos genes la habitaban sin remedio, configurando color de ojos y tono de piel. También de dónde había salido aquella fuerza inusitada para conseguir volver del revés cualquier vida con la que se cruzaba, para modificarla, sin que los destinatarios —por un momento Aida se estremeció, porque el término que se situó en su pensamiento no fue *destinatarios*, sino *víctimas*, y esa palabra le produjo una sensación de frío repentino— tuvieran capacidad alguna para otra cosa que la de dejarse llevar por sus palabras implacables, por su mirada sin escapatoria. Tenía mucho mundo encima, le había explicado Paloma, o a lo mejor sólo era que era de la capital, «Pero no de Oviedo, que para nosotros entonces ya era más capital de la que podíamos lidiar, no, es que era de la capital de España, Aidina, y entonces aquello era como ser de Marte, del espacio

exterior y nosotras, a pesar de los pesares, ya habíamos perdido nuestros orígenes capitalinos que tanto nos habían diferenciado de la población autóctona: lo distinguido, lo madrileño, lo que nos separaba del resto de la gente de Bustiello, había ido difuminándose despacio desde la muerte de mi madre, y no te digo nada después de morir mi padre... La única que conservaba la memoria y la querencia de Madrid, una cierta sensación de pertenecer a otro mundo, lejano y casi aristocrático, ajeno a aquella permanente batalla entre el carbón y la ceniza, entre el verde de los árboles y los prados y el gris invencible de las minas, era Sidra. Y Sidra estaba como una maraca, cada día más aventada, más loca, quiero decir, lo de *aventada* se decía mucho en Bustiello, no me pongas esa cara, tanto hablar con los bablistas esos, vale, vale, los asturianistas, o como los quieras llamar, y no me digas que no sabes qué es lo de *tar aventáu*...». O sea que el abuelo, ese ser mitológico que había poblado desde siempre el imaginario de sus devociones laicas, tenía una mezcla de esas que causan estragos: una planta irresistible y un pico de oro que no dejaba ninguna posibilidad de huir. Así cualquiera. Qué inerme tuvo que haberse sentido Claudia, recién iniciada la adolescencia, con la cabeza llena de sueños y con el deseo de conocer, de saber, de escapar de aquel valle que oprimía las pasiones y las esperanzas con la clausura de lo inexpugnable de las montañas —verticales, inquebrantables—, ante los ojos azules de aquel hombre que venía con los bolsillos llenos de todo lo que ella deseaba. Qué fácil convencer a todos los que fueron sucumbiendo a su palabra fácil, a su encanto, a su sonrisa. Aida no podía explicar exactamente por qué, pero el episodio del viaje en el tren con Francesc, y la extraña decisión de éste de abandonar la placidez de su existencia, le producía un desasosiego oscuro. Era como si en el ordenado universo de su historia, en la lineal y sencilla sucesión de acontecimientos, se hubiera colado por una rendija un hálito de inquietud, inédito e indescifrable.

Aunque tal vez lo único que ocurría aquella tarde en que enero se despedía con una promesa de primavera engañosa no tenía que ver con el pasado, sino con ella misma, con aquel revoltijo de preguntas y mentiras que la habitaban sin remedio desde el instante mismo en que Bruno había entrado en su vida. No, no justo desde el instante en que entró, sino desde que tuvo conciencia de que había caído con todo el equipo: ella, que tan segura parecía, tan de vuelta de todo, estaba tan indefensa como en su momento estuvo Claudia bajo el imperio de los ojos del abuelo, también ella, ante la avasalladora presencia de Bruno. Pero lo suyo sí tenía delito, porque su abuela contaba quince años y ella más de cuarenta y un currículum sentimental como para garantizar que nadie sería capaz de hacerle daño. Y muchos libros leídos y muchas discusiones feministas y muchas convicciones y muchas batallas. Bruno nada tenía que ver con su abuelo, ni ella con Claudia, y encontrar en Ángel Bravo un ápice de aquella inteligencia manipuladora y a veces cruel que intuía en Bruno era sólo el resultado de sus propios miedos. De sus dudas. Porque igual todo se reducía a su propia incapacidad para decir basta, para dar puerta a aquella historia que a veces la sumía en algo parecido a la desesperación, a la sensación de que el mundo se

acababa de forma inminente, al malestar de sentir que estaba haciendo las cosas mal, que de nada servía ni la inteligencia que siempre había creído tener, ni los años, ni la experiencia acumulada en ellos, ni todas las lecturas de mujeres sabias e independientes, ni nada. Bastaba que Bruno la mirara de aquel modo (bastaba que ella creyera que Bruno la estaba mirando de aquel modo, porque las más de las veces todo se reducía a una conversación telefónica y sin embargo el poder de sus ojos atravesaba la distancia sin dificultad alguna) para sentir que su infranqueable reino, aquella fortaleza donde siempre se había creído a salvo, era un castillo de naipes, a merced de la simple respiración de Bruno. Y, entonces, todo era desastre y crecían los celos, misteriosos, próximos y retrospectivos, porque cualquier actriz, bailarina, cantante, modelo, presentadora de televisión o figurante en un anuncio podía ser o haber sido amante de Bruno, una de aquellas a las que aludía en las confidencias, salvaguardando siempre nombres porque él era un caballero y ellas mujeres conocidas o famosas, engordando de este modo la nómina de posibles y condenando a Aida a una barahúnda de sentimientos, precipitaciones, deseos y voluntades, a vagar en un laberinto intransitable que sólo la conducía al silencio; porque bastaba la más leve de las alusiones, el intento más sutil de explicarle a Bruno la dimensión de aquella tormenta, para concitar todo su desprecio, para acabar reducida a casi nada, a menos aún y, sólo entonces, de algún rincón de sí misma, el reducto que aún sobrevivía ajeno al poder de aquel hombre, venía la sospecha de que había algo en aquella incapacidad de rebelarse ante un daño que sabía cierto, de sobreponerse a sus pensamientos oscuros, y la obligación de admitir que no tenía ningún tipo de defensa ante él, que iba mal. Muy mal.

Estaba siendo un poco exagerada: que aquella tarde, como tantas otras, naufragara en su propia desidia emocional y culpara sin ningún tipo de duda a Bruno por ello no justificaba que estuviera rastreando en la memoria de su abuelo algún episodio de manipulación perversa: nada de eso formaba parte de la personalidad del principal de sus mitos, el santo laico de todas sus oraciones. Estaba obsesionándose y pensando cosas raras, porque, como decía Paloma, en realidad lo de Francesc había sido únicamente la constatación incontestable de que aquel muchacho siempre había sido «un poco tracalexu».

La neuróloga era joven y guapa y, casi con toda seguridad, residente. «Cómo va a estar uno tranquilo en manos de una mujer que puede ser tu nieta», pensó Andrés Braña, lamentando que su médico hubiera tenido la ocurrencia de largarse a hacer un crucero por el Mediterráneo («¡¡¡Por el Meditérraneo, pedazo de hortera, pordiosbendito!!!») justo cuando le correspondía su revisión.

—Vaya, Andrés, qué bien... Se acuerda usted del doctor Navarrés, eso es muy buena señal... Vamos a ver de qué más cosas se acuerda... A ver, repita: cuchara, caballo, manzana...

Andrés Braña elevó la ceja derecha y se cuestionó si debía responder a aquella tontería que la criaja aquella (¡si llevaba *brackets*!) ni siquiera se molestaba en disimular que formaba parte de un test. El MEC de Lobo que él mismo había consultado en Internet y se sabía de memoria. Esperaba que al menos la gilipollas aquella hubiera tenido la precaución de pasar las pesetas a euros cuando le hiciera la siguiente pregunta del test...

—Muy bien, ahora, imaginemos que tiene treinta pesetas y me va dando de tres en tres, vaya diciéndome cuántas le van quedando...

A Andrés Braña le apetecía decirle que hacía mucho tiempo que no tenía treinta pesetas, y que si tuviera treinta euros iba a ir dándoselos de tres en tres a ella, los cojones. Pero en lugar de eso se limitó a repetir la serie que tenía memorizada: 30, 27, 24, 21, 18...

—Muy bien, Andrés, muy requetebién...

Sólo le faltaba darle una palmadita en la espalda. O un azucarillo. Las miradas entre Bruno y la neuróloga eran elocuentes. Andrés no lo sabía, pero antes de la visita habían hablado por teléfono y la doctora, que había estudiado atentamente su historial, le había dicho a Bruno que, o mucho se equivocaba, o le estaban haciendo un diagnóstico erróneo. Ni siquiera el TAC era concluyente y todos los datos apuntaban a que los «olvidos» de Andrés eran los lógicos en una persona de noventa años. Y que había mucho alarmista, que a veces confundían la depresión con alzhéimer y que...

Otras pruebas más, que también se sabía de memoria («¿Qué es esto?», mientras él respondía con desgana que se trataba de un bolígrafo y se callaba que se trataba de un Pilot Ball de 0,5 de color negro que, por cierto, y eso lo tenía comprobado, escribía bastante peor que los Pilot del mismo tipo anteriores a este modelo), y la mirada de Bruno, entre aliviada y complacida en la silla de al lado.

—Vamos a terminar ya. Voy a enseñarle unas fotos y unas cosas que le he pedido a su hijo que traiga...

Andrés se sobresaltó. Esto era nuevo. La de los *brackets* tenía iniciativa, vaya por Dios.

De un maletín que le pasó Bruno, la joven médica sacó un puñado de fotos:

—Piedad, Bruno, mi suegro, mi suegra, un primo de Piedad, Bruno con dos años, Bruno cuando tenía cinco años...

—No hay ninguna foto de sus padres, ni de su familia...

—Se perdieron todas cuando la guerra, doctora. Ya sabe: los bombardeos...

—Ya —la muchacha revolvía en el maletín—. ¿Y esto?

—Es una pluma. Me la regaló mi suegro. No, fue Piedad. Pero es que era una pluma que había sido de mi suegro... Piedad era mi mujer. Ya se lo he dicho, ¿verdad?

—Sí, Andrés, vamos muy bien... Voy a enseñarle ahora...

Lo vio aparecer por el borde del maletín y lo reconoció al instante. *El* libro. Cómo diablos se le había ocurrido a aquel gilipollas de hijo suyo aportar como «material para el recuerdo» el libro de Federico que dormía el sueño del olvido en lo alto de su biblioteca... ¿Tal vez porque era el más viejo, deteriorado, de todos los que tenía y eso le hacía sospechar que venía de lejos en el tiempo? ¿Habría leído Bruno la dedicatoria y habría identificado la firma de Lorca? Seguro que sí. Pero no quería hablar de ello. Por qué demonios se habría portado tan diligentemente en todo el test, como si esperara la aprobación del maestro, el sobresaliente en el cuaderno de notas, la felicitación... Podía probar a desmayarse, pero no le parecía buen plan...

—¿Se acuerda de este libro?

—Déjeme que lo vea bien... Pues no, no tengo ni idea... No lo había visto en mi vida.

—Está en su biblioteca...

Andrés Braña compuso la cara de terror que mejor se le ocurrió para transmitir el pánico que le producía no recordar...

—No puedo acordarme. No puedo acordarme de nada... Estoy peor que la última vez, ¿verdad?

—No, hombre, no, no es eso, no tiene que preocuparse, en una biblioteca hay muchos libros, uno no tiene por qué acordarse de todos ellos... A ver, ¿verdad que se acuerda de las tres palabras que dijimos al principio?

«Cuchara, caballo, manzana», pensó. Pero se escondió bajo el gesto de estupor aterrorizado que tan buenos resultados le daba y se calló como una puta, mientras observaba con el rabillo del ojo la mirada preocupada que Bruno y la neuróloga de los *brackets* intercambiaban.

El ritmo lento, la quietud que como un tiempo estancado y frágil había dotado de textura de burbuja los confines de Bustiello durante algunos años, se quebró de pronto y, si había que ponerle fecha a esa ruptura, a la violenta irrupción de la realidad, la vida y la pasión como estallido, parecía claro que tenía que ver con la llegada de aquel autopullman cargado con las bulliciosas voces madrileñas, y con la furgoneta, al día siguiente, con las reproducciones de importantes cuadros que durante una semana fueron visitados con religiosa admiración por los habitantes de la comarca. Don Macrino mismo, superando su inicial desconfianza, porque qué cosa

buena podía esperarse de la República, había convenido en que el carácter religioso de alguno de los cuadros bien justificaba que el Centro Católico, el Casino, prestara sus muros para que, tras cubrirlos con unos lienzos de color neutro que hicieran resaltar más las particularidades de cada obra, todos los vecinos comprobaran la dulzura que Murillo imprimía a los ojos del Niño Dios Pastor, o el terrible dramatismo de *El martirio de San Bartolomé,* de Ribera.

Tenía que ver con la llegada de Ángel Bravo a Bustiello.

La vida es una suma de casualidades, como si alguien estuviera jugando con nosotros, escribiendo el guion de nuestra existencia y divirtiéndose como un niño. O como un dios. Una atea tan recalcitrante como Aida acababa de anotar esa frase en la Moleskine roja porque era cierto que no podía evitar sentir que alguien, un escritor con mala baba y cuestionable sentido del humor, se entretenía permanentemente en colocar elementos sobre la mesa y jugar con ellos como quien juega al billar y encuentra en la geometría de las carambolas un placer casi perverso. Así, el dios que juega al billar («Al *snooker,* Aida, no me lo mezcles, que no es lo mismo»), después de un descanso de años, se había despertado una mañana con ganas de marcha, y de pronto todo empezó a suceder. A la vez.

Desde la tarde emborronada de tedio y niebla sólida que llegaba del muelle como una pared y amenazaba con invadir el despacho en el mismo instante en que encontrara una rendija por la que colarse, Aida se imaginó aquel principio de otoño, el segundo de la República, el tiempo aquel de viento cálido, el aire les castañes, que devolvía la ilusión del verano: uno de aquellos veranos que se habían ido para siempre, aunque en aquel momento los habitantes de toda la comarca, acostumbrados a la inmutabilidad como única forma de vida conocida, aún no tuvieran ni la más remota idea.

Para cuando los cuadros se embalaron de nuevo cuidadosamente y fueron colocándose en la furgoneta que los trasladaría hasta su próximo y efímero destino, más de una vida albergaba el germen de los inmediatos cambios. La más evidente, tanto que se había convertido en el principal de los comentarios que circulaban desde cualquiera de las minas al lavadero, pasando por los cuchicheos a la salida del rosario, era la de Claudia Montañés que, era obvio, bebía los vientos por uno de los de las Misiones Pedagógicas, el que se había quedado durante una semana instalado en casa del médico, porque era el encargado del museo itinerante. *Mira la Claudia,* decían las mujeres mientras golpeaban contra la piedra del lavadero la ropa de la mina de maridos e hijos, *mírala a ella, no tenía bastante con tener a Andresín a sus pies, el rapaz mejor plantau de to la comarca, que hasta se dan un aire, Nun ye tan guapu como el misioneru, pero de altos allá se van, Y seguro que mejor persona, eso sí, Andresín ye oro molío, Pues allá ella, anda que y van a faltar a él moces que lu quieran, Aunque nun sean fíes del director, que, oye, qué más dará, Eso era antes, ahora, ni un real tienen les probes, Oye, oye, nun tendrán ni un real, pero son señorites y siempre apuntaron alto, ¿Alto?, qué risión,*

menudu panorama de familia, el rapacín muertu de esa manera, les otres dos a monjes, la mayor que ta alloriá en casa, la otra que se casó con el tarambana del fíu del ingeniero, y ésta... Cómo se nota que en esa casa faltó la madre y... La madre y ahora hasta les perres, ya ves, ahora probes como rates, Bueno, bueno, tampoco, ho, probes tampoco, nun me fastides, rediós, que yos habrá quedao buena paga... Más de uno juraba haberlos visto en los sitios más diversos, incluidos aquellos que por su especial umbría eran sobradamente conocidos por unos y condenados por otros. En lo que todos coincidían era en que el muchacho era guapo a rabiar y que Claudia, la pequeña de Montañés, era tonta perdida, que el madrileño sólo quería «reírse de ella», que era una expresión muy utilizada por allí a falta de la precisión que otros idiomas, como el italiano, albergan para casos similares, *sedotta e abbandonata,* así se iba a quedar la rapacina. Y seguramente con un bombo.

No sólo Claudia. La vida de Andrés cambió de raíz en el mismo instante en que comprendió que el amor, aquel sentimiento que se parecía y no se parecía a lo que él había sentido toda la vida por Claudia, había entrado como un tornado de consecuencias imprevisibles y seguramente catastróficas en la vida de quien había sido su otra mitad, una gemela apócrifa. Y empezó a vivir una dualidad extraña que iba del deseo inquebrantable de protegerla, como siempre había hecho, a la antipatía que tal vez generaban los inevitables celos y que él quería pensar que no, que se debía al propio Ángel Bravo, a alguna zona oscura que no terminaba de gustarle, la sospecha de que algo se ocultaba al otro lado de la sonrisa perfecta, los rasgos perfectos, el cuerpo perfecto, la palabra perfecta. Sus sentimientos fluctuaban también pendularmente entre la admiración inevitable hacia aquel hombre, encantador de serpientes, magnético y fascinante, y la sensación de peligro cierto que se alojaba en los tonos más graves de su voz y en un levísimo gesto, un movimiento sutil de los labios, un temblor imperceptible. Como si detrás de su boca pudiera albergarse, en correcta formación, un entrenado ejército de mentiras listas para su uso.

Esa mezcla de temor por Claudia, de hastío de escuchar una y otra vez las mismas encendidas y admirativas frases, de fascinación involuntaria y de desconfianza minuciosa, llevó a Andrés a concentrar su energía en dos direcciones: la medicina, que de la mano y bajo los auspicios de Efrén Rubiera se había convertido en el eje central de su existencia, y en un progresivo pero imparable alejamiento de los argumentos políticos que hasta ese momento había abrazado como ciertos, aunque sin militancia y siempre desde la moderación. Ahora, el simple hecho de escuchar a Ángel Bravo cuando hablaba de colectivizaciones, de reforma agraria, de revolución obrera, con aquel entusiasmo que le ponía un brillo en los ojos tan irresistible, llevaba a Andrés a retroceder ideológicamente a postulados más próximos a lo que constituía su origen y su medio natural. Como si ante el peligro que aquel hombre representaba para el corazón de Claudia, la protección fuera colocarse al otro lado de

la trinchera de las ideas. Así, poco a poco, Andrés encontraba en los argumentos que siempre había combatido el apoyo para sustentar su defensa sentimental, para cuestionar el discurso encendido del joven madrileño, que en apenas unos días había conseguido no sólo las caricias y los besos que Claudia siempre había manejado con la prudencia de la entrega a largo plazo: también la había ganado, sin más, para una causa que se situaba en un extremo del ámbito republicano. Mucho más lejos de lo que a Andrés le habría parecido jamás ni sensato ni sereno.

Camino aún no lo sabía, pero también para ella iban a cambiar las cosas, y no sólo por la desaparición de Francesc de su vida, tan inexplicable como inaprensible había sido siempre su presencia. El azar, o el guionista irónico que escribía los días de todos ellos, dispuso que una extraña enfermedad cuyo origen nunca se supo pero que parecía tener que ver con complicaciones intestinales y con el hecho de que ninguno de los alimentos que tomaba, pese a los remedios que su marido le suministraba, le parara en el estómago, acabara por llevarse a Benilde, aunque por entonces aún faltaban tres años y otras muchas historias para que eso sucediera. Antes de ello, y a pesar de su enfermedad, que poco a poco convirtió la enjuta adustez de su rostro en una mueca apergaminada, Benilde había constituido junto con el resto de asiduas del *sun parlor,* por iniciativa de don Macrino, un grupo de Mujeres de Acción Católica con el fin de «practicar la caridad, la regeneración cristiana de la familia y la moralización de una sociedad amenazada por la laicización y la corrupción de las costumbres», según figuraba en un folleto que les había suministrado. En realidad, venía a ser lo mismo que ya era: una serie de reuniones, con la merienda como eje, en las que se hacía una revisión sistemática de las noticias y rumores de la comarca, sólo que ahora, además, existía la justificación de un nombre, una organización y unos objetivos que trascendían. Bueno era don Macrino a la hora de adaptar a las necesidades específicas de los límites de su parroquia aquellas modernidades en las que la Santa Madre Iglesia a veces se extralimitaba. Un buen pastor siempre vigila de cerca de qué modo puede colarse el lobo, y no tenía él nada claro que aquello de la Acción Católica, en su empeño por contrarrestar el espantoso feminismo que amenazaba la sociedad, no terminara por meter demasiados pájaros en la cabeza de las mujeres, así que mejor mantener lo que ya había, aunque para ello, como siempre sucedía, hubiera que dar la impresión de que se cambiaban las cosas.

Los primeros días del otoño de 1932 compensaron la marcha de Francesc y de Ángel Bravo (que prometió volver dos meses más tarde para poner en funcionamiento en Asturias un proyecto de las Misiones Pedagógicas que tenía que ver con la formación de los maestros rurales y la recuperación de la música y los romances populares) con dos retornos inesperados.

Uno de ellos fue la visita fugaz de Eusebi. Con el pelo aún más engominado, si ello

era posible, y con camisas negras en su vestuario casi de forma exclusiva, se zafó como pudo de la besuqueante Montse, que no se creía lo que estaban viendo sus ojos, y limitó su estancia al tiempo justo para echarle un par de polvos a Paloma («Has engordado, Palomita, hay que ver qué buena que te has puesto...») y reunirse con algunos personajes de su calaña de Ujo, Figaredo y Mieres para ponerlos al corriente de lo que se cocía por Madrid y de la necesidad de hacer frente con los métodos que fuera necesario al desbarajuste que la República estaba generando en toda la nación. También mantuvo una encendida discusión con su padre a propósito del único asunto que parecía interesarle: la inminencia de un cambio que diera una vuelta a la situación.

—En eso tienes razón: las cosas deberían ser como antes...

—¿Como antes? No has entendido nada, papá. No van a ser como antes. ¿O vas a decirme que el desastre de gobiernos de las últimas décadas era un modelo?

—Bueno, pero había un orden, Eusebi. Con que se restablezca el orden...

—Habrá un orden nuevo. Una sociedad nueva. Una nación grande. Nada de partidos: un Estado fuerte, un sindicato vertical. No hay más. Tendrías que conocer a Ramiro Ledesma. Personas como él son las que necesita la patria y no esa colección de maricones marxistas... Tendrías que haberlo visto en el Ateneo, cuando dio la conferencia «Fascismo contra marxismo». ¡¡En el Ateneo, que es como ir a dar una conferencia a territorio enemigo!! Y allí estaba, además de los socios, que ya sabemos de qué pie cojean, una representación del Partido Comunista, preparada para abuchear al orador... ¿Crees que se achantó? ¡Ni hablar! Tenías que haberlo visto, qué gallardía, con la camisa negra y la corbata roja, y tenías que haberlo escuchado, de qué modo rebatió todos los insultos que le dirigieron...

—Pero, Eusebi, hay una cosa que no entiendo... Vosotros queréis que vuelva el rey, ¿no?

En ese momento, en la mirada de su hijo, supo el ingeniero que el mundo había evolucionado a un ritmo que él no podía seguir: que los tiempos eran otros y definitivamente habían cambiado, y que el muchacho atolondrado, inconsecuente e insustancial que desde niño había sido Eusebi y que casi con toda seguridad aún seguía siendo era, ya para siempre, un desconocido.

Hubo otro regreso cuya noticia se extendió como la pólvora por toda la comarca. Por esas cosas incomprensibles que seguramente tenían que ver con la legislación, o los resquicios de intemperie que las leyes patrocinan a veces, los Baizanes, aquellas moles amenazantes y temibles, estaban de vuelta.

(De la Moleskine roja, un día de enero.)

Simone de Beauvoir, Clara Campoamor, Christine de Pizan, Margarita Nelken, Victoria Kent, Mary Wollstonecraft, Virginia Woolf, Emmeline Pankhurst, Concepción Arenal, Sylvia Plath, Lucretia Mott, Lucy Stone, Elizabeth Cady Stanton, Susan B. Anthony, Carmen de Burgos, Viola Klein, Rosa Montero, Erica Jong, Édith Piaf, Flora Tristán, Aleksandra Kollontaj, Margarita Xirgu, Dolores Ibárruri, Hildegart, María Zambrano, Hannah Arendt, María Lejárraga, Tina Modotti, Frida Kahlo, Emma Goldman, Hipatia, Clara Zetkin, Katharine Hepburn, Dorothy Parker, Doris Lessing, Susan Sontag, Betty Friedan, Kate Millet, Hélène Cixous, Luce Irigaray, Julia Kristeva, Teresa de Lauretis, Louise Bourgeois, Joan Scott, Judith Butler, Rosi Braidotti, Mae West... Tantas horas de lectura, tantas palabras, tantas certezas, para acabar ahora llorando sobre la cama de un hotel lejano porque Bruno me ha gritado antes de salir dando un portazo, y he sentido algo como vértigo que también era miedo, me ha gritado a mí, que nadie me ha gritado jamás, eso no les ocurre a las mujeres que leen a Simone de Beauvoir y que están al tanto de las teorías performativas de Judith Butler y se saben de memoria párrafos enteros de *Una habitación propia.* Eso no les pasa a las mujeres que salen a la calle a manifestarse cada vez que hay una muerte por violencia de género, ni cuando hay que enfrentarse a quien sea por el aborto o por el matrimonio homosexual, eso no les pasa a las mujeres que dicen a mí no va a pasarme nunca, a mí no me maltrata ni Dios, a mí nadie me pega una voz, pero a mí me pasa, me está pasando, este vértigo, que lo llamo vértigo pero es miedo, así de sencillo o no, porque seguramente no es cierto, soy yo, en realidad no hay maltrato, no me ha pegado, ni me ha empujado, sólo fueron unos gritos, porque perdió los nervios, sólo eso, soy yo, en realidad hay algo que yo estoy haciendo mal y no sé qué es, por eso lloro y escribo para ver si así soy capaz de entender por qué, por qué me empeño en romper en pedazos el cristal —tan frágil— con que está construido todo esto, por qué digo cosas a destiempo, por qué no entiendo la naturaleza extraordinaria de lo que tenemos, por qué me empeño en destruir el paraíso, por qué cada vez que toco la felicidad termino por desbaratarlo todo, por qué me boicoteo, como si no tuviera derecho a ser feliz, y sobre todo, por qué no entiendo a Bruno, por qué.

Capítulo 7

—El amor nos deja sin argumentos y sin defensas.

Cuando Amaya, en una de las cenas guerrilleras de los jueves, había hecho esa aseveración después de su enésimo fracaso amoroso, en esta ocasión firmado por un italiano adornado por todos y cada uno de los tópicos que presagiaban el inevitable naufragio, Aida había respondido pensando en sí misma más que en la enamoradiza Amaya:

—El amor lo que nos deja es gilipollas.

Y sin embargo, ahí estaba, hablando con Paloma mientras febrero estiraba sus brazos hacia las promesas de una primavera incierta en las ramas de los árboles del pequeño jardín de la residencia —que anunciaban brotes, unas yemas tiernas y esperanzadas—, pronunciando la misma frase que, con la ligereza que a veces la caracterizaba, había criticado con contundencia.

—No defiendas a tu abuela. Las cosas como son, Aida, mi hermana se volvió tonta. Bueno, tonta no. Era como si la hubieran hipnotizado. Cómo se llama eso que hacen los marcianos o como se llamen, que dicen a veces en la radio...

—Abducido.

—Eso. Era como si tu abuelo la hubiera *aducido*.

—Abducido. Con be. Bueno, da igual, pero es que eso justamente es lo que pasa cuando te enamoras. Lo que yo decía: sin argumentos y sin defensas.

—Lo que tuve que escuchar durante aquellos dos meses hasta que tu abuelo volvió... No se le caía el nombre de la boca: Ángel, Ángel, Ángel... Podíamos estar hablando de lo que fuera, que ella siempre encontraba la excusa perfecta para mencionarlo. Si no era por lo que él había dicho en alguna ocasión, era por lo que seguramente pensaría, o por lo que ella iba a decirle cuando se vieran, o lo que harían juntos cuando tal o cuando cual, o la pormenorizada descripción de sus virtudes...

—Bueno, contigo desahogaba...

—¿Conmigo? Conmigo y con el primero que se ponía a tiro... Anda que... pobre Andresín, lo que tuvo que escuchar aquellos días... Mira que la quería él, como un

hermano, que es lo que siempre fue, o a lo mejor más que eso, a lo mejor la forma de querer de Andrés era la más sublime de todas...

—No creo. Si la hubiera querido como un hombre, como tú dices, habría luchado por ella...

—Pues ya ves tú: si las cosas hubieran sido de otra manera, ¿sabes qué te digo? Que tu abuela habría vuelto con Andrés.

—Venga ya... Si estaba colada por mi abuelo...

—Sí, pero lo que yo te diga. No hubo ocasión, porque la vida es como es, y en aquellos años todo dependía de circunstancias y de casualidades, más que de la voluntad, pero si no hubiera sido por la guerra, te digo yo que Claudia y Andrés habrían estado juntos. La historia habría sido muy diferente.

—Siempre tuve la sensación de que a ti mi abuelo nunca te gustó mucho.

—Gustar, gustar... Neña, cómo no me iba a gustar, si llamaba la atención... Pero a mí la verdad es que me daba mala espina, como si llevara escrita la desgracia en la cara; además, no me parece a mí que sea buena cosa que porque una persona llegue a tu vida, tú le des la vuelta a todo. Eso al menos es lo que decís las feministas...

—Eh, eh... No empecemos con eso, que cada vez que dices la palabra *feminista*...

—Bueno, ya sabes a qué me refiero: tu abuelo le volvió la vida del revés a mi hermana. Ella era una chica tranquila, que tenía una existencia tranquila...

—¿Tranquila? ¿Con Sidra cerca?

—Bueno, aparte de Sidra, que a temporadas la pobre era como un fantasma vagando por la casa y sin hacer daño a nadie. Luego le venían los arrebatos aquellos, que le daba por dar voces y hacerse daño... pero ya nos habíamos acostumbrado, y tu abuela ni te cuento, que desde pequeña la había visto así, y además Dorotea la entendía bastante bien... Eso, que Claudia tenía una vida tranquila: se habría casado con Andrés y... y ya ves, llegó tu abuelo y le llenó la cabeza de pájaros. Aquella semana que estuvo allí con lo del museo le hizo un lavado de cerebro que, para cuando se marchó, a mi hermana no la reconocía nadie: sólo hablaba de él y de la revolución y de la República y de unos nombres muy raros. Y todo por Ángel.

—¿Qué quieres?, era un hombre profundamente concienciado, políticamente intachable, vivía sus ideas con pasión... Es normal, Paloma. ¿Y cuando volvió?

—Uy, cuando volvió la cosa fue a mucho peor. Por lo pronto se le metió en la cabeza que quería estudiar Magisterio. Porque se lo dijo Ángel, claro, que ella ya había desistido de estudiar nada, a pesar de que Andrés se empeñaba en que lo hiciera, pero, hija, lo que decía Ángel iba a misa.

—Bueno, eso no era tan mala cosa.

—Sí, pero había problemas con ello. El dinero, por ejemplo, y además tenía que sacar el título de Bachiller elemental, que lo de las monjas y nada era todo uno, enseñanza primaria, y gracias. Así que, ayudada por Andrés, y sin grandes dificultades, porque la verdad es que lista era muy lista, Claudia aprobó la convocatoria de junio y con su título ya se podía matricular en la Escuela Normal.

—¿Y el dinero?

—Ésa fue otra batalla... Pero ahí, como casi siempre, Efrén tuvo mucho que ver. Él se encargó de sacarle los cuartos a mi suegro. Que bueno, en realidad eran nuestros cuartos, pero como los administraba él... Lo que le dijo ya es otro misterio, porque a mi suegro le daba cien patadas que una mujer estudiara. Me acuerdo de que un día se lo oí decir a Montse: hala, otra perdida más, la República no trae más que marimachos y putas. Y Montse se rio como un conejillo, qué mujer más desagradable, no puedes ni imaginarte...

A Aida le encantaba oír a Paloma explayarse, y aquel día estaba particularmente locuaz. Quería preguntarle por el papel de Montse, que a ella le parecía fundamental en todo lo que pasó después con Eusebi y con los Lamartine, pero también quería aprovechar para conseguir toda la información posible sobre su abuelo.

—O sea, que durante aquellos meses estuvieron sin verse. Quiero decir, desde...

—Él volvió en diciembre o por ahí, antes de Navidades, y estuvo un par de semanas, pero en Oviedo. A Pomar vino sólo dos días a ver a Claudia, un domingo y luego el día que se marchaba ya para Madrid, pero a ella esas visitas le sirvieron para alimentar su fantasía durante los meses siguientes. Y mira, le vino bien, porque gracias a lo ocupada que tenía la cabeza con Ángel y con lo de estudiar, no sufrió como yo por la vuelta de los Baizanes, que tenía una ira por dentro...

—Bueno, si habían cumplido la condena...

—No sé, tú que eres periodista a lo mejor podías enterarte de qué pasó, porque en realidad estuvieron muy poco tiempo en la cárcel... pero, claro, con la República era todo un descontrol, seguro que cambiaron las leyes y se redujeron las penas... No sé. El caso es que volvieron, y más ufanos que otro poco. Y nadie les tosía, que hasta se permitieron pasearse por Bustiello como si tal cosa... Enseguida supe, porque me lo dijo Andrés, que por lo visto andaban con la camarilla de Eusebi, los que luego fueron los primeros de la Falange en la comarca...

—Muy propio, claro.

—Ellos ya tenían experiencia: en realidad, siempre habían funcionado como cuerpo de choque del Sindicato Católico en las escaramuzas con los del Sindicato Minero y eso. Pero volvieron crecidos: se ve que las horas en la cárcel dan para pensar mucho, y si sólo tienes cosas malas en la cabeza, sólo puedes pensar mal...

—¿Y por qué no terminó la carrera la abuela?... Eso nunca lo he entendido.

—Pues no sé por qué no lo entiendes, porque bien fácil es, a veces pareces tonta, Aida. Hizo el primer curso y sacó muy buenas notas. Se quedaba de pensión en casa de la viuda de un conocido de Efrén, doña Ramonita; yo la vi un par de veces, muy bajita, redondita, y siempre subida a unos tacones muy altos, y con un lunar en la mejilla que por lo visto se lo pintaba, aunque yo nunca me fijé. La cosa es que Claudia estaba muy a gusto en su casa: no tenía hijos y la trataba de maravilla. Nos escribía cartas contándonos cosas de sus amigas de la Escuela Normal, de los paseos por el Bombé, de la Fuente de las Ranas, del Fontán, del paseo de los Álamos... Y también de los profesores. Estaba encantada.

—Ya, pero al año siguiente lo dejó.

—Es que al año siguiente... Ya lo sabes, neña. El año siguiente fue el de la Revolución...

Gustavo Bartomeu sintió algo parecido al alivio cuando de nuevo vio a su hijo marcharse sin que se supiera muy bien a qué iba o con qué propósito. La conversación que habían tenido la noche anterior sólo había servido para reafirmarle en la idea de que los tornillos de la cabeza de aquel muchacho seguían tan flojos como siempre. O más aún. Pero estaba claro: lejos de los ojos, lejos del corazón, y si no veía en qué andaba metido, no iba a sufrir por ello.

El mundo estaba loco, eso era algo que parecía no tener remedio, del mismo modo que Eusebi no iba a sentar la cabeza así viviera doscientos años. Ni la presencia de Paloma, aquella niña, aquel bombón que seguía protagonizando sus cada vez menos frecuentes delirios sexuales, había servido para que el menor de sus hijos estabilizara su vida y se dedicara a hacer algo, lo que fuera, de provecho. En lugar de eso, el tiempo que pasaba en Bustiello se diría que andaba en una conspiración permanente, reuniéndose con otros petimetres como él, casi todos más jóvenes y casi todos miembros de familias más o menos conocidas, y junto a ellos jóvenes oficinistas crecidos a la sombra de los Hermanos de La Salle y la Adoración Nocturna Española, celosos guardianes del orden establecido, o tal vez habría que decir nostálgicos del otro orden, de cómo eran las cosas antes de que la República comenzara a dirigir el destino de la gente, entrando en su vida y en su conciencia, persiguiendo cuanto de religioso se le ponía delante, aprobando leyes como la del divorcio, claro atentado a la familia, dando el voto a las mujeres. Incluso se hablaba del amor libre, que era una especie de aberración que sólo los animales, y no todos, porque había animales muy decentes, eran capaces de practicar.

Si al menos fuera así, pensaba Bartomeu. Si al menos todo consistiera en retomar la armonía de antes: cuando había rey, cuando vivía el Marqués, cuando el orden

regía las decisiones y los destinos. Pero había algo que no le gustaba en todo aquello: la vehemencia, la inconsistencia. La gente joven se parecía sospechosamente a su hijo, la sesera hueca y la boca llena de frases.

También tenían pistolas.

Se la había visto a Eusebi la noche antes y no había podido evitar un escalofrío. Él nunca había querido llevar una consigo, a pesar de que le constaba que incluso Montañés durante un tiempo había llevado una, con la excusa de que a veces se iba cuando aún era de noche a las minas que estaban en la zona más alta de los montes, y en más de una ocasión se las había visto con lobos y hasta con osos. Después de alguno de los confusos episodios de su juventud y los malos recuerdos que éstos habían dejado como un sedimento legamoso en su memoria, le horrorizaban las armas de fuego, pero aún le resultaba más perturbador ver una de ellas en manos de alguien con tan poca capacidad para el discernimiento como su hijo.

Así que, fiel a la máxima que había practicado siempre —los problemas que no se ven no existen—, sintió que respiraba un poco mejor cuando el tren se alejó llevándose consigo a su hijo, sus ideas estrafalarias y su pistola reluciente.

Pero no era sólo Eusebi el que con su actitud ante la vida y su militancia política le demostraba al ingeniero que los tiempos estaban cambiando. Su propia mujer, Montse, se había convertido en la cabeza visible del grupo de Mujeres de Acción Católica que don Macrino, en aquel empeño combativo (él decía que defensivo) contra las fuerzas del mal que encarnaba la República, había puesto en marcha. Y aunque no había mucho riesgo de que aquellas mujeres incorporaran a su ideario y sus actitudes algunos de los postulados que según había leído inspiraban el movimiento (demasiadas referencias a la insensata participación de las mujeres en la sociedad, ¡y hasta en la política!), el simple hecho de que tal cosa existiera ya le proporcionaba una extraña inquietud. En la mina, el mal había ido penetrando lentamente. Algunos de los operarios simpatizaban con las ideas de los del Sindicato Minero y poco a poco el Sindicato Católico, consciente de que su poder y su influencia habían dejado de ser totales para convertirse sólo en mayoritarios, exacerbaba el tono de sus mensajes y los enfrentamientos —verbales en su mayoría, aunque más de uno había llegado a las manos— eran cada vez más frecuentes. Y había palizas, unas veces a destacados miembros del Sindicato Católico. Otras, a elementos de la cáscara amarga. Cada una de ellas corregía y aumentaba la anterior, como en una venganza interminable, sin que se supiera ya quién había empezado y por qué. Hasta en el lavadero, las mujeres habían incluido, entre el rosario de improperios con que amenizaban las tardes de colada, alusiones de carácter político.

Y él se sentía tan viejo.

Para colmo, una de las últimas veces que había ido a Oviedo a visitar la casa de Nuncia Chaves, la muchachita que ésta le había suministrado jurándole y

perjurándole que era nueva en aquellos asuntos le había contagiado unas purgaciones que lo traían por la calle de la amargura. En realidad, el asunto era mucho peor, porque como por el humo se sabe dónde está el fuego y si se tira del ovillo, etcétera, la cosa se le había ido de las manos y Quinita, la criadita joven que entretenía sus ya escasos momentos de ocio sexual, se había contagiado y se había asustado tanto que había ido al médico, con lo que Efrén se había enterado y sin más ni más se había acercado a él una tarde en el Casino Obrero Católico para decirle que tenía que curar esa pequeña molestia que sin duda alguna tenía. También estaba muy interesado acerca de la suerte que pudiera haber corrido la legítima esposa, pero ahí el ingeniero tuvo que explicarle a regañadientes que no hacía uso de matrimonio desde algún tiempo atrás, debido a las frecuentes jaquecas que tenían atormentada a su mujer.

—Habrá que mirar entonces esas jaquecas —comentó el médico, y Gustavo Bartomeu supo en aquel instante dos cosas: que de algún modo lo tenía pillado por los huevos, y que además aquella situación le producía una íntima felicidad que se traslucía en el gesto, como si hiciera esfuerzos por que no se le escapara una sonrisa.

Como para ponerse a discutir con él cuando le vino con el cuento (qué casualidad, hombre, la tarde siguiente a suministrarle la primera dosis de medicina para curar las purgaciones) de que había que soltar cuartos para que la pequeña de Montañés, que en qué hora se le había ocurrido a él prometerle al padre que se encargaría de su tutoría, como si la maldita casa mereciera la pena, se fuera a estudiar a Oviedo.

A estudiar. La República estaba poniendo patas arriba el mundo que había conocido. A lo mejor tenían razón don Macrino y sus Mujeres de Acción Católica y todo aquello no podía ser obra más que del demonio. A lo mejor tenía razón el botarate de su hijo Eusebi y su colección de amigos de las camisas negras y el pelo engominado, y la solución era la que era. Pistolas incluidas.

En el diario de Claudia no había anotaciones desde el comienzo de la República. Ninguna mención al amor delirante por Ángel, ninguna anotación del tiempo que vivió en Oviedo... Sólo una entrada de agosto (sin día) del año 1933:

Aunque sé que mañana se me habrá pasado, hoy sólo puedo llorar y llorar, porque soy una idiota por tener celos, cuando Ángel me ha dicho hasta la saciedad que me ama y que está enamorado de mí. Dice que no estoy preparada para ser la compañera de un hombre como él, que sigo aferrada a mis costumbres burguesas. Yo le he dicho que no he sido una burguesa jamás, y se ha reído de mí. Las convicciones burguesas se llevan en la cabeza, no en la cartera, me ha dicho, y se ha marchado a Mieres, porque había una representación de teatro universitario de

Madrid, de un grupo que se llama La Barraca y que dirige un poeta muy conocido (también Andrés ha oído hablar de él) que se llama Federico y que es amigo de Ángel. Y yo creí que iba a llevarme con él, pero no me dijo nada, sólo se fue, me dijo que quería ver a sus amigos y yo me he quedado llorando porque lo normal es que si soy su novia, me presente a sus amigos de Madrid pero no, se ha ido y me ha dejado aquí. Por un momento pensé que a lo mejor se arrepentía y volvía a buscarme, pero no. Y ya estoy viendo que va a ser lo de siempre: cada vez que no estoy a su altura, me castiga. Desaparece, y pasan los días y no me escribe, o si está aquí no me visita. Y luego aparece como si tal cosa y si le digo algo, entonces sí que se enfada, porque dice que me paso la vida estropeando lo que tenemos.

Ya sé que mañana se me habrá pasado, pero hoy no puedo parar de llorar, porque yo pensaba que después de todo lo que hemos hecho ya éramos una pareja de verdad, compañeros, eso que él dice tantas veces, pero no, ha bastado que yo le preguntara sobre el grupo de teatro y si había chicas, que era una pregunta inocente, pero se ha enfadado en serio, y me ha dicho que no estoy preparada para entenderle a él, y ahora sí que estoy celosa de verdad. Y lo peor de todo es que esto no puedo contárselo a Andrés porque si me ve tan triste y llorando, va a decirme lo que me dice siempre, que Ángel es un caradura y no es cierto. Soy yo, que todavía no he aprendido lo suficiente. Soy yo que

Aida cerró los ojos a la vez que cerraba el diario de Claudia y apagó el mundo por unos minutos. Qué conocido resultaba todo aquello.

Pablo le contó que los trámites estaban en marcha. Habían empezado por localizar a los propietarios de lo que un día fue un prado y había terminado por convertirse en una confusa mata de zarzas, donde estaban enterrados los cuerpos de los anarquistas, y hacerlo había sido un proceso lento y complicado: un laberinto de herederos de los que apenas había más noticia que una historia de emigración a distintos puntos de Europa, con posteriores retornos. Una vez localizados, resultó que ninguno de ellos conocía la existencia de esa propiedad mínima en mitad de un monte, y desde luego no tenían ni el más mínimo documento acreditativo, así que la maquinaria burocrática se estancó hasta que la buena voluntad de un funcionario empezó a facilitar las cosas. Ahora estaban en la segunda fase, la de la aprobación del Consistorio, previo informe de la Delegación del Gobierno. Vamos, que en un par de meses, con un poco de suerte, podrían iniciar los trabajos. Quedaba menos para saber si uno de los tres enterrados en la fosa de Sobrescobio era su abuelo. Tendría gracia, por llamarlo de algún modo: Aida había hecho la Ruta del Alba por lo menos tres veces, así que cabía la posibilidad de que hubiera pasado tan cerca de los huesos de su abuelo... Pero estaba tan acostumbrada a que todo fueran falsas alarmas, que no

tenía muchas esperanzas de que esta vez fuera la buena.

Paseaban por el Muro y había comenzado a llover. Aida maldijo para sí: a quién se le ocurre salir de casa sin paraguas y con una chaqueta de ante... Inesperadamente, Pablo abrió su paraguas, de un color rosa chicle que dejó a Aida estupefacta.

—No hagas comentarios, que te veo venir...

Sonrió. Era bueno estar con Pablo. Era bueno estar con Jimena, con las chicas guerrilleras, con Asier. El mundo perdía de pronto aquel peso, aquella intensidad que la cercanía de Bruno otorgaba inevitablemente.

—Está bien que sonrías, ya llevaba tiempo preguntándome qué había sido de tus maravillosos dientes. Estás rara en los últimos meses, Aida. No creo que sea por lo de tu abuelo, aunque he visto a más de uno y de dos que les revuelve una barbaridad todo eso, pero no me parece... ¿Va todo bien en el periódico?

Qué ganas de contarle a Pablo aquella desordenada concurrencia de sensaciones. Pero por primera vez en su vida, tan comunicativa siempre a la hora de hablar de sí misma y de sus emociones, tan hábil para desmenuzar los sentimientos y ponerlos sobre la mesa para su análisis conjunto, se sentía atada de pies y manos: cómo hablar de lo que le estaba pasando con Bruno sin ganarse la incomprensión y la bronca de quienes la querían bien. Cómo explicarles.

—Son muchas cosas: el periódico me tiene mala, te lo juro. Y luego está lo de mi abuelo, todas las vueltas que le estoy dando a su historia, a toda la historia familiar. Me paso mucho tiempo charlando con mi tía abuela, de historias de antes, y leo todo lo que pillo relacionado con la época y con la zona. Que ando un poco sonada, en resumidas cuentas...

—Y tanto, bonita. Has adelgazado un montón, te has dado cuenta, ¿no?

—Ay, no me digas eso, hombre...

Era cierto. Para su desgracia había vuelto a adelgazar y sus piernas volvían a ser rectilíneas y puro hueso. Y por supuesto, había perdido el poco culo que tenía, lo que se traducía en que volvía a estar descontenta con su cuerpo y volvía a darle aquella vergüenza insoportable cuando se quitaba la ropa ante Bruno.

—Anda, cuántas quisieran.

—Sí, claro, no me jodas, si se me están poniendo las piernas como la Obregón...

—Oye, Aida. Con el tipo ese, con el actor... va todo bien, ¿verdad?

—¿Con Bruno? Sí, claro. Muy bien...

Sin saber muy bien de dónde le venía aquella inquietud, la sensación desagradable de no estar siendo del todo sincera con quien sabía que la quería mucho y bien, Aida comentó algo acerca de cómo era posible que en horas teóricamente laborables

hubiera tanta gente jugando al fútbol en la playa.

—Vivimos en una ciudad de prejubilados. Si preguntas a esos tipos tan atléticos que juegan como si las lesiones de menisco o las amenazas de infarto no existieran, seguro que la mayoría lo son, prejubilados de banca, de la mina... El paraíso del estado del bienestar... Ya ves: ni miedo a la lluvia tienen.

Con la excusa del paraguas, Aida se aferró al brazo de Pablo y se cobijó bajo un cielo de color de rosa. Resguardada, feliz y querida. No había ni problemas, ni amenazas. Ni miedo.

En Oviedo, Claudia vivió pendiente de la hora de la llegada del cartero, aguardando siempre noticias de Ángel. Daba igual que él no le escribiera: ella lo hacía cada día, escribía unas cuartillas a modo de diario, contándole todo lo que pensaba, lo que sentía, lo que hacía, y cada tres o cuatro días las metía en un sobre y las enviaba a una dirección de correo de Madrid que se sabía de memoria. Ángel contestaba muy de tarde en tarde: unas palabras con letra apretada, en las que daba cuenta de sus idas y venidas sin entrar en demasiados detalles: hemos estado en Valverde de los Arroyos, o en Puebla de la Mujer Muerta, en Pedraza, en Sierra de Segura, en el valle de Fornela, en Esquivias, en Riofrío... Y Claudia trataba de imaginarse, porque él no se lo indicaba, en qué provincia estarían esos pueblos de los que no había oído hablar en su vida, y se inventaba geografías a partir de las descripciones de Ángel, que solía limitarse a proporcionarle datos de las representaciones, del número de personas que se habían congregado, y también de la miseria a la que los dueños de las tierras sometían a la pobre gente. Y a partir de aquí, un párrafo que venía a ser el mismo, con muy pocas variaciones aunque se estuviera refiriendo a distintos pueblos y distintas provincias: la necesidad de una revolución, las bondades del sistema soviético, las expropiaciones, lo de colectivizar la tierra, la abolición del Estado y de la propiedad. A veces citaba a un tal Kropotkin y un tal Bakunin, y Claudia trataba de buscar entre sus libros y los libros de la biblioteca alguna información que le permitiera no quedar como una tonta cuando Ángel y ella volvieran a verse.

Porque se veían. La itinerancia de Ángel Bravo con cualquier iniciativa de las Misiones Pedagógicas lo llevaba a Asturias con mucha frecuencia (Claudia quería pensar que no era casualidad, que había algo de voluntad y por tanto de pulsión amorosa en ello) y aunque el tiempo volaba cuando estaba cerca de él, era tan intensa su voluntad de retener todos y cada uno de los minutos vividos a su lado, que la ausencia era una prolongación del tiempo que habían permanecido juntos. A la manera de una rumiante, Claudia recuperaba la esencia de las conversaciones, revivía los gestos, volvía a sentir los labios de Ángel, reconquistaba en la memoria los territorios de su cuerpo, paladeaba cada una de las palabras que él había

pronunciado y se proponía aprenderse aquello que había fingido saber, para que en el siguiente encuentro no quedara ni una sola duda de lo mucho que comprendía su discurso.

Y cuando Ángel no estaba, Claudia acudía a sus clases en la Escuela Normal en la calle Uría. Estudiaba asignaturas como Psicología, Metodología de las distintas materias (Matemáticas, Lengua y Literatura, Ciencias Naturales), Elementos de Filosofía, Labores, Música o Dibujo y se entregaba a todo ello con una única finalidad: llegar a saber tanto como sabía Ángel, o al menos lo suficiente como para no desmerecer demasiado en las conversaciones con él. El resto del tiempo se lo pasaba en la biblioteca, que estaba en el edificio de la antigua Casa de Comedias, y sólo los domingos se permitía la frivolidad de pasear con alguna de sus compañeras de clase. Aunque eso fue sólo al principio, porque poco a poco, y con las visitas de Ángel, descubrió un Oviedo clandestino: el de los anarquistas, el de los obreros de manos grandes y vocabulario tan distinto al que Claudia tenía como habitual en los mineros que había tratado, aunque fuera tangencialmente. Un día, en una de aquellas reuniones en las que se comía empanada de chorizo y se bebía vino, Ángel comentó que Claudia era de la cuenca minera y cuando ella, con un cierto orgullo, especificó que procedía de Bustiello, aquellos hombres prorrumpieron en carcajadas, que aún se hicieron más sonoras ante la cara de perplejidad que sin duda alguna manifestó, porque no entendía qué podía haberles hecho tanta gracia. Era tan generalizado aquel coro de risas que no se atrevió a preguntar, pero uno de los mayores, que se llamaba Bernardo y era carpintero, le dio la clave para entenderlo...

—Ay, hombre, Misioneru, que los de Bustiello no son obreros, ho, son siervos del Marqués...

Menos mal que Ángel le pasó un brazo por los hombros cariñosamente, para proteger su desconcierto, y con su irresistible sonrisa les aclaró que Claudia era una chica muy lista y de sierva no tenía nada. Que sería una llama viva del conocimiento y alumbraría el destino de tantos niños que necesitaban dejarse de frailes y monjas, de rezos y misas y aprender en condiciones: ciencia, no superstición; filosofía, no doctrina; igualdad, no privilegios.

Una de las personas habituales en aquellas reuniones que más simpatía le suscitaban a Claudia era Gustavo Lafuente, que era pintor y con el que Ángel solía mantener largas conversaciones ajenas casi siempre al tema de la política, y ello a pesar de que el hombre era una figura del comunismo local, puesto que había fundado el partido en Oviedo años atrás y sus hijos eran también conocidos militantes. Pero se transfiguraba cuando hablaba con Ángel del teatro, de los actores que éste conocía y a los que mencionaba con la familiaridad que da el trato frecuente, y que para él eran una especie de mitos a los que dedicaba sus días como pintor de los carteles del Campoamor. Gustavo Lafuente tenía una hija, Aida, de una edad aproximada a la de Claudia, que a veces aparecía por las reuniones, pizpireta y

sonriente, y casi siempre apremiada porque la estaban esperando. Aunque Ángel le decía muchas veces que tenía que hacerse amiga de ella, que pasaba demasiado tiempo estudiando y que no estaría mal que se relacionara un poco, a Claudia alguien como Aida, tan dueña de su vida a pesar de su juventud, tan radiante y con tanta capacidad para desenvolverse, la intimidaba.

Prefería la amistad de Candela, una maestra allerana que aparecía de vez en cuando en las reuniones que organizaba Ángel con objetivos puramente pedagógicos, y que eran en realidad su misión oficial en Asturias. A primera vista era tímida, pero Claudia intuía en ella una energía desconocida que la fascinaba. Había pedido una excedencia que la República le había concedido para completar estudios de música y canto y había entrado en contacto con las Misiones Pedagógicas porque estaba muy interesada en los trabajos de recuperación de la música popular, de la tradición musical oral y del valioso trabajo de transformación que personas como Martínez Torner proporcionaban a las coplas más sencillas que se cantaban por los pueblos más remotos. Candela era muy guapa de un modo que a Claudia nunca le había parecido que se podía ser guapa: con una melenita muy corta y muy lisa que enmarcaba el óvalo de su cara mientras que dejaba la nuca al aire, y que le recordaba los peinados que las revistas que traía de Madrid su padre cuando era pequeña asociaban siempre a las chicas de París, y además llevaba gafas, un adminículo que hasta que la conoció le parecía reñido con la idea de belleza, y estaba entrada en carnes y sin embargo aparecía flexible y vital, con una energía sobrecogedora y envolvente y una sonrisa que dibujaba arrugas inesperadas en su rostro, tan blanco como dado a encenderse si alguien le hacía un cumplido. Siempre había tratado a Claudia con una deferencia especial, como si la proximidad geográfica y los cinco o seis años que le sacaba la facultaran para ejercer de una especie de hermana mayor. Además, Candela conocía su origen familiar, y hasta los detalles de alguno de los avatares de su existencia, como la muerte de Manuel, porque también conocía —de hecho eran prácticamente vecinos suyos— a los Baizanes.

Candela fue la encargada de continuar el proceso de desgarro de la venda que Claudia había llevado toda su vida en los ojos, o al menos de las gafas de color de rosa que le habían mostrado una realidad encapsulada y feliz de su existencia, y que sólo de la mano de Ángel y todo lo que él le había llevado a descubrir había adquirido su dimensión exacta y las tonalidades de grises y marrones que se ocultaban tras el espejismo de sus vestidos, la buena educación, el respeto temeroso, el orden, los rezos y la jerarquía. Y ella que pensaba que aquel pensamiento crítico del que se sentía dueña, alentado y compartido con Andrés, favorecido por Efrén Rubiera, ya era la prueba de que tenía una visión realista de lo que la rodeaba... Qué lejos de aquel mundo que Candela le dibujaba de miseria, de piojos, de hambre muchas veces, de enfermedades, de niños muertos por pura desidia o falta de la atención adecuada, de ignorancia. Le resultaba difícil de entender porque ella había

visto otras casas, aparte de la suya, y la del ingeniero, y la de Efrén. Había estado en casa de Camino, en aquella vivienda pequeñita pero limpia como una patena y con geranios en la ventana, y conocía las casas del poblado. Casas de mineros. Y ahora Candela se reía cuando ella trataba de defender su realidad: las casas de los mineros, como ella decía, eran palacios comparadas con la forma de vida de la gente de verdad, de todos esos de los que ella apenas tenía conocimiento y que compartían los habitáculos en que vivían con animales apenas separados por una pared. No todos podían ir a la escuela, y menos en los núcleos que se escapaban a la zona de influencia de los frailes, y los niños desde muy pequeños destazaban terrones en los trozos de tierra que llamaban huertas y que servían para plantar algunas berzas que constituían el principal ingrediente de sus comidas. Niños (y mayores) que engordaban notablemente en el tiempo de las castañas, cuya consecución se convertía en la principal tarea para toda la familia, y que durante un par de meses en sus distintas variedades gastronómicas (asadas, pulguinas) componían el menú de todas las cenas. Claudia no sabía nada de eso, porque a lo mejor Ángel tenía razón y aunque no lo supiera, y le pareciera lo más ajeno a lo que ella había sido, no era más que una niña burguesa y consentida que lo había tenido casi todo mientras a su alrededor la gente pasaba toda clase de necesidades en la más absoluta invisibilidad.

Defendía entonces Claudia, con escasa convicción pero tratando de agarrarse a lo que fuera, la actitud del Marqués, su preocupación por el bienestar de los trabajadores, y se encontraba con el muro imperturbable de la realidad que Candela plantaba ante sus ojos, y ésta le hablaba de paternalismo industrial, que era algo que Claudia no había oído en la vida, y le desvelaba de paso aspectos de la biografía de don Claudio, y sobre todo referidos al enriquecimiento de su padre en su juventud, con barcos que trasladaban esclavos, y de la consecución de su título nobiliario, que ella siempre había pensado que era tan antiguo como podía ser el de los duques de Alba o de Medinaceli. Y aunque un atavismo inesperado y desconocido pugnaba por defender a ultranza las convicciones íntimas albergadas durante años y hasta inscritas en algún remoto punto de su ADN, Claudia no tenía más remedio que admitir que su vida durante aquellos dieciséis años no era más que una mentira vivida en un escenario prefabricado, y la otra vida, la de verdad, la que vivía y padecía el resto del mundo, estaba al otro lado de los setos de boj perfectamente recortados por Migio en Pomar, al otro lado del puente de Bustiello, en las casas perdidas por las montañas, en las barriadas que crecían sin alcantarillado, y con miseria. En un último esfuerzo por defender la parcela conocida de su indefensión ideológica, Claudia había esgrimido ante Candela, aquella tarde de sábado, en un café donde se habían reunido varios maestros para continuar de un modo más distendido la intensa sesión de trabajo sobre la mitología autóctona en la música popular, el último de sus argumentos: tal vez esa gente vivía así porque no aceptaba las condiciones que la empresa planteaba. Era su último cartucho, y ni siquiera estaba segura de su validez argumentativa, pero aun así la sorprendió la mirada

entre implacable y piadosa que le dirigió Candela mientras le decía:

—Y qué si así fuera, rapacina. Y qué. ¿No te das cuenta de que el paternalismo que practicaba tu Marqués no era otra cosa que sometimiento? ¿Me quieres decir qué pasa con la libertad? Porque lo de la libertad te sonará... ¿no?

Luego, tras aquellas reuniones, con la cabeza convertida en un laberinto de ideas que nacían, de ideas que se asentaban, que se doblaban en dos, que se difuminaban, que se cuestionaban, que se hacían trizas, que quedaban relegadas, que sobrevivían, Claudia volvía a la pensión de doña Ramonita, y la noche se convertía en un pasadizo interminable con demasiada información, demasiados besos, demasiada vida, y la madrugada la sorprendía dando vueltas en la cama, en una mezcla de inquietud y felicidad, una premura insoslayable, como si en cuestión de semanas estuviera viviendo todo lo que los años de quietud de Pomar habían dejado pasar. Su proceso de conversión ideológica la sumía en extrañas contradicciones: era la más tibia de los amigos que frecuentaba en Oviedo, y la más radical y roja si le diera por mantener una conversación con cualquiera de sus antiguos conocidos, incluyendo a Andrés y al médico. Doña Ramonita la miraba entonces, por las mañanas, cuando su rostro era el catálogo de consecuencias del insomnio y la desazón, y los excesos de palabras en la cabeza, y volvía a llenarle la taza del desayuno con una leche cremosa que le traían desde Latores, convencida de que aquella niña que le había confiado Efrén Rubiera estudiaba demasiado.

A Efrén Rubiera lo veía por Oviedo algunas veces. Pasaba a visitarla en ocasiones y se interesaba por sus clases, por sus profesores, por sus horarios. También hablaban de las ventajas que le ofrecía vivir en una ciudad como Oviedo, de las películas (pocas) que había ido a ver al cinema, los libros que leía y de modo inevitable, porque Claudia lo tenía permanentemente en cualquier conversación, de Ángel, de sus idas y venidas por España con las Misiones y de su opinión acerca de los más variados asuntos. Las frases solían empezar con un «Ángel piensa que» o «Ángel dice», que Efrén Rubiera parecía escuchar con la suficiente paciencia a pesar de que más de una vez terminaba por decirle claramente: «Vamos a ver, Claudia, que yo lo que quiero saber es qué piensas tú». Efrén, además, le suministraba las escasas noticias de Pomar y sus alrededores: le hablaba de las ocurrencias de don Macrino y su cada vez más furibunda defensa de los valores cristianos, con la organización sistemática de procesiones, novenas, actos de desagravio diversos que desafiaban las ordenanzas que restringían al interior de los templos las manifestaciones religiosas, y de cómo crecía el grupo de Mujeres de Acción Católica; le contaba, espiando minuciosamente cualquier reacción, las diversas aventuras de Andrés, su creciente pericia en el tratamiento de los enfermos, lo mucho que lo quería todo el mundo, y veía la sincera alegría de Claudia, pero ni un solo estremecimiento, ni un atisbo, por mínimo que pudiera ser, de que el nombre o el recuerdo de Andrés pellizcaran su corazón, que —eso parecía inevitable— pertenecía en exclusiva a Ángel.

Efrén también le contaba pequeños detalles de la vida de Bustiello: algún noviazgo, alguna boda próxima, el fallecimiento de alguna persona que muchas veces Claudia ni siquiera identificaba, que seguía sin saberse nada de Francesc, aunque Camino, como siempre, permanecía imperturbable, y la gran noticia de la inauguración del tramo del Vasco entre Ujo y Moreda, de forma provisional, porque al año siguiente se inauguraría la parte más importante de la obra: la que llevaba el transporte de viajeros por tren hasta Cabañaquinta. Y aunque a Bustiello no le cambiaba gran cosa la vida, porque la estación más próxima seguía estando en Ujo, el paisaje de Pomar se modificaba sustancialmente, porque quedaba encajonado entre dos vías de tren: la maquinilla del carbón por un lado y el tren de viajeros por el otro.

Cuando Efrén la visitaba, casi siempre le llevaba algo de Pomar por encargo de Dorotea, y que de forma inesperada conseguía sorprender a Claudia porque a pesar de la gama de colores que la ciudad le suministraba a diario, de pronto descubría la intensidad y variedad, por ejemplo, de tonalidades amarillas: el de las manzanas que se guardaban en el desván, el amarillo cremoso de una manteca de las que mazaba sacudiendo la lechera, previa colocación de un trapo alrededor de la tapa para evitar que se saliera el líquido, el amarillo maíz de un bizcocho de aquellos que le salían tan ricos, o una vuelta de chorizo, contrapunto de mil tonalidades rojizas, de las que ya no se hacían en Pomar pero que ella siempre tenía en abundancia porque traía de su familia de Revallines, y como complemento, el verde esplendoroso de unas lechugas de la huerta recién cortadas por Migio, o unos arbeyos todavía en sus vainas. Todas esas viandas eran saludadas con alborozo por doña Ramonita, a quien le encantaba tanto comer como cocinar y que parecía tener entre sus objetivos en la vida engordar a Claudia sólo por el simple placer de verla rozagante y lustrosa.

Pero el eje de las conversaciones que mantenían mientras paseaban bajo los tilos del Campo San Francisco o tomaban un café en el Pasaje («¿Sabías, Claudia, que aquí tuvo lugar la primera exhibición de cinematógrafo?») tenía que ver con la situación política. A Efrén no dejaba de sorprenderle en cada visita la creciente radicalización de los postulados de Claudia, como si en cuestión de meses hubiera recorrido el largo y precipitado camino que iba de la moderación (que en Bustiello ya se habría considerado rojerío puro y duro) al claro comunismo con tintes anarquistas, como si ni ella misma advirtiera las diferencias ideológicas entre una cosa y otra y simplemente se tratara de una impostación, como quien se viste con unas ropas que no son propias y se le nota en determinados movimientos, porque le tira de la sisa o le sobra en la cintura.

A Efrén Rubiera, además de los vaivenes sentimentales a los que parecía estar abocado tuviera la edad que tuviera, y que para su sorpresa seguían ocupando gran parte de sus pensamientos, le sucedía algo muy curioso con la política. Tenía la convicción de que sus planteamientos eran los mismos, el sustrato ideológico que sustentaba su existencia apenas había variado desde los primeros años de su

juventud, y tenía que ver con un profundo sentido de la justicia y con una capacidad de conmiseración por los seres humanos que en ocasiones consideraba incluso perniciosa, especialmente cuando conseguía penetrar de tal manera en su conciencia, que el sueño se veía interrumpido y el desasosiego horadaba cualquier resquicio de su estabilidad emocional. Durante años había sentido que sus dos niños (los hijos que sin ser biológicos formaban parte de aquella familia paralela y extraña que tenía con Camino) compartían su modo de entender la vida en lo que a la política se refería: rebeldes pero serenos. Y ahora se encontraba con que a Claudia, junto con la pasión arrebatada por Ángel, se le había introducido en el pensamiento, como un invasor a quien se le abren las puertas de par en par, sin preguntar de dónde viene y qué epidemias trae consigo, una colección de ideas deshilvanadas pero eficaces, y su posición avanzaba inexorablemente a lo más radical del espectro.

A veces tenía tentaciones de decirle a aquella muchacha que se estaba convirtiendo en una chíviri, más que nada para que ella supiera que también él estaba al tanto del lenguaje, pero no lo hacía, porque no tenía claro cuánto había de despectivo en el término, que, según tenía entendido, se utilizaba en Madrid para referirse a las chicas jóvenes que abrazaban las ideas y la militancia roja. Simultáneamente, y como si de una reacción se tratara, Andrés, que siempre iba un paso por delante de él en su visión zurda de la realidad —hasta el punto de que había manifestado su intención de votar al Partido Republicano Radical Socialista, alejándose de la intención de voto del propio Efrén, que en secreto (sólo Claudia y Andrés conocían la verdadera naturaleza de su ideología y la materialización de ésta en las urnas) seguía confiando en el partido de Azaña de Acción Republicana—, en los últimos tiempos parecía haber entibiado su discurso y atacaba con virulencia lo que consideraba que no pasaba de puras ocurrencias de comunistas y anarquistas y hasta de los socialistas. En lo único que ambos estaban de acuerdo, y a los dos les producía desasosiego que Claudia no compartiera esa preocupación con ellos, era en que la polarización a que se estaba llegando y cuyos ecos incluso se dejaban oír en Bustiello, porque ya eran numerosos los incidentes que tenían lugar por las cuencas, no podía traer nada bueno. Claudia le decía siempre que cómo no se iban a pedir las cosas a gritos, si ya se sabía el poco caso que los poderosos hacían cuando se pedía por favor, y aunque Efrén en parte le daba la razón, tenía una extraña visión cuando hablaba de aquellos asuntos con Claudia, como una marea de sangre que avanzaba. Y él se sentía cada vez más como el punto medio en donde podían encontrarse Claudia y Andrés, si no fuera porque parecía que ambos se empeñaban en seguir avanzando en direcciones opuestas.

La visita a la neuróloga había dejado a Bruno particularmente descorazonado. No sólo porque albergaba la esperanza de coger por sorpresa a su padre y obtener información acerca del libro de poemas de Lorca, que ya se había convertido en un

enigma que le obsesionaba, sino porque de golpe había comprendido que el proceso avanzaba. Lisis, a quien veía de vez en cuando en las pausas de su estrafalaria carrera del colorín más cutre, era mucho más práctica que él:

—Pareces tonto, Bruno —la última extravagancia de Lisis consistía en llamarlo por su nombre—. ¿Cuántos años tiene el abuelo? ¿Noventa? Pues, oye, ya está bien... Aunque pierda memoria, qué más te da, si total se va a morir...

La que parecía que al menos de momento no se iba a morir era Marisa. Había superado las fases de quimioterapia mostrando una resistencia insólita, una fuerza que no se sabía muy bien de qué secreto rincón de sí misma había logrado sacar, y llevaba un par de meses muy tranquila: había recuperado peso, por supuesto no bebía ni una gota de alcohol y Óscar se había trasladado a vivir con ella, aunque esto tenía que ver también con que el chico cada vez encontraba más problemas para pagar el alquiler del piso y con la cada vez más renuente (Óscar lo llamaba directamente tacañería) actitud de Bruno de sufragarle todos los gastos.

Aida estaría en Madrid la primera semana de marzo. Se había inventado un reportaje de los asturianos que habían sobrevivido a los atentados del día 11 y, a punto de cumplirse el cuarto aniversario, el viaje a Madrid tenía justificación laboral. Bruno confiaba en que alguno de aquellos días se produjera por fin el encuentro, y su padre y Aida se conocieran.

—¿Te acuerdas, papá, que te dije...?

Andrés Braña lo cortó en seco y consiguió modular su voz del modo más dramático que pudo.

—Soy un enfermo de alzhéimer, Bruno, haz el favor de no recordármelo cada vez que inicias una conversación conmigo...

—Es un decir, papá, no seas cafre. Te decía que si te acuerdas de que hemos hablado de mi amiga la periodista, que quería entrevistarte...

—Claro que me acuerdo, la asturiana. Y no es que quisiera entrevistarme, es que en algún momento convinimos en que podía ayudarme en la redacción de unas memorias que no sé muy bien para qué diablos quiero, pero que me parece que quiero. O que quería, porque ya sabes que no me acuerdo.

—Venga ya, papá...

—¿Y cuándo se va a producir tan importante acontecimiento interestelar? ¿La ocupada periodista ya tiene tiempo para un pobre viejo olvidadizo después de tantos meses?

—Así tenía que verte la neuróloga, coño, lo en forma que estás cuando quieres... Vendrá a principios de marzo. Aida, no la neuróloga. Lo digo porque a lo mejor te apetece hacer memoria estos días... Bueno, no quiero decir... Joder, que ya me

entiendes...

Lo entendía, claro, pero le encantaba jugar con Bruno. Siempre le había gustado saber que a pesar de que la inteligencia de su hijo era notable, no había habido un solo momento en que hubiera tenido esa inevitable sensación paterna de rendición ante la evidencia de que los hijos te superan. Andrés Braña necesitaba sentirse así, y sospechaba que, aunque ya no había muchas posibilidades de que eso se produjera, si un día sentía que no tenía el control, algo mucho más importante que todo aquello se desmoronaría sin remedio. Contemplar a Bruno era fascinante —tan parecido a él físicamente, tan coincidentes sus biografías sin que pudiera ni siquiera sospecharlo—, y a la vez atemorizaba, así que, ante aquel torbellino de sensaciones que lo llevaban a enfrentarse con una versión de sí mismo muchas veces insultante y casi siempre recriminadora, sólo cabía el control, sentirse por encima de él, mantener intacto el poder.

De todos modos, sin tener conciencia de la tormenta que ello desataba, Bruno había dicho dos palabras —*hacer memoria*— que a su padre le resultaban particularmente problemáticas, sobre todo cuando se trataba de una eventual entrevista. No quería que su cabeza le jugara una mala pasada: sólo contaría lo que quería contar, y los paréntesis que a la manera de agujeros negros ocupaban gran parte de su biografía, los años en los que se conjugaba la inocencia y la infamia sin que se supiera muy bien dónde empezaba la una y terminaba la otra, debían seguir ocultos. Entonces, para qué aquello. Para qué jugar a escribir unas memorias si no iba a hacer otra cosa que inventarse su propia existencia, perpetuar la gran mentira de lo que era y de quién era.

A la manera de las vocecillas que en los dibujos animados se materializan como angelino o demoniete y que se encargan de traducir las opiniones de eso que viene llamándose conciencia, algo le dijo por dentro que las cosas sucedían por alguna razón y a lo mejor él tenía que conocer a Aida.

—Pues espero que por lo menos tenga culo —y miró a Bruno interrogante, porque no estaba muy seguro de si este último pensamiento no lo habría dicho en voz alta.

—Tu abuelo mucha revolución y mucho cuento, pero la del 34 a él lo pilló en un pueblo de Salamanca cantando con el coro de las Misiones Pedagógicas, ya ves tú. No le tocó ni de lejos, que aquí tirando tiros y él cantando aquello de *Madrugaba el conde Olinos, mañanita de San Juan, a dar agua a su caballo a las orillas del mar,* que ya me contarás cómo iba a beber el caballo agua de mar, era una broma que teníamos siempre tu abuela y yo, desde el día del concierto del Círculo Católico, porque todos aquellos, tu abuelo incluido, lo cantaban tan tranquilos y nadie se había planteado nunca que aquello no podía ser... Bueno, que me pierdo, a lo que iba, que tu abuelo tanta FAI y tanto UHP y todo el trantrán, y a la hora de la verdad en la revolución na

de na, y no era porque no se supiese, que entre los rojos, y los que no eran rojos, claro, todos sabían que iba a haber una muy gorda. Si hasta en Bustiello se sabía, así que no me digas a mí, si tan revolucionario era, bien podía haber estado con los suyos, que se batieron el cobre de lo lindo...

—Un error de cálculo, Paloma. Tal como era él, anda que no le habría enrollado verse en una revolución como aquélla.

—Aquella revolución fue un espanto, Aida, no te engañes.

—Salió mal. Y hubo mucho incontrolado y...

—Lo que tú digas. Fue horroroso. Yo entonces no sabía en qué andaba tu abuela y no entendía muy bien por qué Efrén estaba medio loco, venía a casa cada poco a preguntarme si sabía algo de Claudia y yo qué iba a saber. También Camino me preguntaba por ella y se la veía preocupada. Un día, no me acuerdo cuándo fue exactamente, fue a verme por si Claudia se había puesto en contacto conmigo, que Andrés estaba empeñado en ir a buscarla a Oviedo y traérsela a Pomar, y yo me preguntaba que para qué, con lo revuelto que estaba todo: yo pensaba, ya ves qué inocencia la mía, que en Oviedo, lejos de la cuenca, estaba a salvo; para mí Oviedo era ese lugar maravilloso donde Claudia estaba haciendo lo que quería, estudiar, pasear, aprender, disfrutar de los cuidados de doña Ramonita, su vida allí era como una postal: se reducía a lo que contaba en sus cartas, y no entendía la mirada de angustia que tenía Efrén, así que terminé por alarmarme y mucho. Como para no estarlo, tal como aumentaba la gravedad de la situación con las noticias que nos llegaban y con lo que estábamos viendo. Todos los días mataban curas, y guardias civiles, y... En Moreda, en la sede del Sindicato Católico, fue terrible. A Dorotea le mataron a un primo suyo que era seminarista, un rapaz de La Felguerosa, que mira tú qué delito habría cometido, y los frailes de Turón y...

—Sé todo eso, Paloma. Fue una revolución, eran unos tiempos muy difíciles... Pero el Comité Revolucionario era muy claro. No tienes más que ver el bando que emitió los primeros días, hacia el 9 o por ahí, advirtiendo de que cuantos cometieran actos de pillaje serían pasados por las armas...

—Ya, claro, neña. Pero hubo lo que hubo y lo que se añadió, que eso también lo sé. Sumadas a las barbaridades que existieron, se inventaron otras y se aprovechó la situación para camuflar muertes que no tenían nada que ver con la política. La naturaleza humana es terrible... Durante muchos años, mientras creíamos que todo era tranquilidad, habíamos vivido en una olla a presión. Se habían cocido muchos odios y explotaron todos a la vez en la Revolución. Y también sé que la represión fue brutal, y eso siguió alimentando más y más odio. Cuánto odio, qué malos podemos llegar a ser los seres humanos...

Aida siempre había tenido una visión heroica de la Revolución del 34. Las

barricadas, las canciones, la estética de las banderas, la lucha codo con codo, imágenes que pasaban como los fotogramas de una película, con una banda sonora en la que se repetía lo de *El bien más preciado es la libertad, hay que defenderla con valor y fe,* y los sones de *La Internacional,* la épica de la rebelión, la utopía. Le gustaba conocer datos de las experiencias que habían tenido lugar en Gijón y en La Felguera: los comités de abastos que llevaban a la práctica lo de la socialización de la riqueza, la abolición de la autoridad, de la moneda y del capitalismo. Naturalmente que conocía los desmanes y sabía que los muertos en las batallas no se levantan tan tranquilos cuando se termina de rodar, porque en la vida no hay un director que a la voz de «¡corten!» dibuje la frontera entre lo real y lo ficticio. Pero la Revolución era una asignatura obligatoria en su educación de niña crecida a la sombra de un abuelo ausente, héroe y mártir de la causa y la libertad, mucho más que una palabra, se convertía en la mitología familiar en el fin último, en la justificación de la existencia, en la más absoluta de las verdades, en la gran vocación. A su abuela le gustaba hablar de aquel primer ímpetu, de la emoción de los días previos, cuando se aguardaba como se espera a los Reyes en la noche del 5 de enero, con los nervios a flor de piel, cuando se sabía que la cosa, la gran huelga, sería en cualquier momento y sólo se esperaba el inicio. Unas semanas atrás ya habían pensado que podía suceder, y Ángel había llegado con toda la furia revolucionaria en la mirada, dispuesto a eliminar a cuanto fascista se le pusiera por delante: la JAP, las juventudes de la CEDA, habían reunido en Covadonga a miles de militantes y todo hacía imaginar que podría tener consecuencias. Pero no pasó nada y Ángel volvió a marcharse. Esta vez, sin embargo, la cosa iba en serio: Teodomiro Menéndez, diputado socialista del ala moderada, había viajado a las cuencas y se sospechaba (en realidad, se supo) que llevaba consigo la autorización explícita de su partido en Madrid para iniciar en Asturias una acción que iba a desarrollarse en toda la nación. Ella se había pasado los días, según le contaba, tratando de ponerse en contacto con Ángel, que estaba en Madrid, para que volviera a Oviedo antes de que empezara todo, pero no lo había conseguido y todo aquel tiempo, aquellos primeros días de emoción desbordada, todo parecía posible y se supo que en las cuencas había sido un éxito y se trataba de agoreros y aguafiestas a aquellos que lamentaban que para conseguirlo hubiera habido que vencer la resistencia (y aquélla era la forma suave de decir que habían dejado muchos muertos en el camino) de los cuarteles de la Guardia Civil de Sama y de Ciaño.

Cuando las columnas del Caudal, del Nalón y de Ablaña —esta última dirigida por González Peña, que había sido alcalde de Mieres y de quien nadie dudaba que era el principal estratega de toda la operación— entraron en Oviedo entre el pánico de unos y el entusiasmo de otros, Claudia, que había participado ilusionada en el proyecto, lo vivió, sin embargo, con un hilo de amargura estrangulándole el corazón, porque quería compartir aquello tan importante con Ángel y nada sabía de él. Luego, el desarrollo de los acontecimientos, los días que estuvo como enfermera, el minero

al que le faltaba un trozo de oreja, que se le murió en los brazos y le dijo algo confuso —«Les mis nenes, ay, les mis nenes»— en el umbral mismo de la muerte y que ella nunca llegó a entender del todo, pero que la persiguió toda la vida, porque era su primer muerto de una guerra y ya nunca se le iría de la memoria el cerco quemado de la herida de bala que le había abierto un boquete al lado mismo del ombligo a aquel hombre del que ni siquiera había llegado a conocer el nombre y que quedó tendido en el pasillo del hospital donde se confundía el personal auténtico con las muchachas voluntarias y todo eran gritos, carreras y confusión. Por allí había visto a Aida, la hija de Gustavo el pintor, que parecía estar en todos lados, porque también formaba parte de las cocinas colectivas que se habían organizado para llevar alimentos y café a los compañeros de la primera línea. A ella le habría gustado ser como Aida, tan desenvuelta, sonriente y ágil, y trataba de imitarla en la forma de moverse y de contestar cuando alguien le decía algo, con aquella mezcla de insolencia y dulzura, como si hubiera adquirido todo el conocimiento de la edad adulta sin abandonar la infancia, porque tenía algo de niña frágil en mitad de aquella decisión y aquel descaro con que respondía a los requiebros, un desparpajo de barrio navegando en la inocencia. Recordaba la última vez que la vio, el mismo día en que el desánimo empezaba a convertir en mueca las sonrisas de la gente. El intento de los mineros de enfrentar las tropas de López Ochoa no estaba dando los resultados esperados y eso no era lo peor: lo auténticamente desolador eran las noticias que con cuentagotas llegaban del resto de España. Y si se conseguía separar la realidad del deseo —cosa que los más racionales de entre ellos eran capaces de llevar a cabo—, no era difícil concluir que, salvo casos muy aislados, el movimiento no había sido seguido en todo el territorio, y desde luego Asturias se había quedado sola (en mitad de la tierra, cantarían después) una vez más. Y aunque todos se repetían que no, que no iban a lograrlo, todos también temían que la entrada en la ciudad de la columna Galicia, del general López Ochoa, fuera inminente. A Claudia le aconsejaron que, si no sabía manejar una pistola, se quedara en su casa, porque lo que se necesitaba eran tiradores y no señoritas enfermeras. Esta recomendación la enfureció, y quiso ser como Aida más que nunca, que ella sí empuñaba armas y lo hacía, según había oído contar, con auténtica pericia. Pero se marchó, y cuando iba hacia la pensión de doña Ramonita, en la esquina de la calle Santa Cruz vio a Aida Lafuente por última vez con un grupo de compañeros: iban a incorporarse a la zona de la iglesia de San Pedro de los Arcos con un nido de ametralladora para hacer frente a las tropas de Yagüe, que entrarían en la ciudad casi sin duda. Reían y bromeaban, pero había algo de impostado en aquella bravuconería y Claudia, enfadada consigo misma, y con el mundo, y ansiosa por saber de Ángel, no fue capaz de detectar que en el fondo de los ojos de Aida, cuando la saludó con el puño levantado y sonriendo, se escondía la sombra de la muerte que ya la rondaba y se la llevaría un día más tarde.

Su abuela le había contado que supo de la muerte de Aida mucho después, porque aquel mismo día, cuando llegó a casa, aparte de una doña Ramonita asustada por el

cariz de los acontecimientos, se encontró con Efrén, que había desafiado mil peligros para llegar hasta Oviedo a buscarla. Sin hacer apenas equipaje, se la llevó con él de vuelta a Pomar con el encargo expreso de que ni se le ocurriera asomarse más allá de los límites de Bustiello, que habían pasado muchas cosas y muy gordas y que lo que se avecinaba iba a ser terrible. Y si alguien le preguntaba, ella había estado escondida en su casa en Oviedo, muerta de miedo y sin salir a la calle. Aprovechó también para recordarle que la revolución no era ningún juego y que había habido atrocidades que podrían llenar una enciclopedia universal de la infamia, pero que, con todo, aún quedaba lo peor.

—¿Lo peor? ¿Hay algo peor que todo lo que me estás contando?

—Sí. Lo peor será lo que venga de ahora en adelante.

Como tantas veces en su vida, Aida se preguntaba por qué diablos lo de la asertividad no iba con ella, y se respondía que tenía que ser porque no sabía decir que no, y aunque no le apetecía nada en absoluto, iba a encontrarse con el padre de Bruno, aquel fulano seguramente fascista, o por lo menos de derechas a rabiar, al que tenía que sonsacar los recuerdos que permanecían flotando en su memoria como trozos de galletas María en un café con leche. No le interesaba su vida, salvo lo que tenía que ver con Bruno, y eso más bien poco, porque por lo que tenía entendido no se parecían gran cosa, así que lo de buscar rastros genéticos que explicaran algo acerca del carácter o las reacciones o la personalidad de Bruno, igual no era lo más acertado.

Pero allí estaba: entrando en Madrid mientras en el coche sonaban cómplices pero desesperanzadas algunas canciones de Calamaro, bajo una lluvia fina, como si no hubiera conseguido dejar atrás el norte, y con una tristeza vaga, cuyo origen no podía descifrar del todo pero que tenía más ingredientes de los que aconsejaría la prudencia: la melancolía de la lluvia, una sensación de indefinida intemperie, el recuerdo de Paloma, cada vez más agotado su corazón y con menos capacidad para levantarse de la cama, su creciente descontento laboral, el modo en que las historias antiguas la invadían y, sobre todo, aquella explosiva mezcla que nunca se sabía cómo podía resultar cuando se encontraba con Bruno y que tenía una amplia gama de posibilidades: desde la felicidad más inesperada hasta el vértigo del miedo.

Y por delante tres días para realizar unas cuantas entrevistas que por suerte ya tenía programadas, para comer a besos a Bruno y para encontrarse con Andrés Braña y su historia, en una conversación que imaginaba plagada de autojustificaciones, de agresiones directas contra la izquierda y, por tanto, contra ella misma y todo lo que creía. Si no fuera porque se trataba del padre de Bruno, eso seguramente no le afectaría. A lo largo de su vida profesional se las había visto con gente de todos los colores y había conseguido salir adelante, aunque a veces no hubiera podido evitar

una furia que le crecía por dentro y que ella lograba disimular con su perenne sonrisa y la cara de niña buena que podía entrar en la categoría de angelical justo en el momento en que por dentro estaba a punto de estallar. A veces pensaba que todo aquello —el catálogo inacabable de su capacidad para fingir y no permitir que las emociones se colaran por ninguna rendija, cuando estaba furiosa, angustiada o simplemente contrariada— acabaría pagándolo con un cáncer, o con un infarto en cuanto dejara de estar protegida por el asunto de la sabiduría de la naturaleza que salvaguarda el periodo fértil de las mujeres. Pero toda esa capacidad para el autocontrol, por razones que no acertaba a desentrañar en todos sus extremos, se tambaleaba cuando pensaba en encontrarse con el padre de Bruno y no conseguía dar con más explicación que el amor que sentía por él, que en lo más íntimo solicitaba extenderse a todo aquello que Bruno pudiera amar. Y ella podía transigir con la frivolidad de Lisis, que ya había constatado en algún momento, con la complicación emocional y artística de Óscar y hasta con los caprichos, tan incontables como invisibles para su padre, de Morgana, pero no se sentía dueña de la suficiente empatía como para no irritarse con la presencia de un anciano que formaba parte, y por lo que sabía con más orgullo que recato, de lo que Aida odiaba con todas sus fuerzas.

Estaba entrando en la recepción del hotel cuando sonó su móvil. Trató de buscarlo en su bolso, pero para cuando consiguió dar con él, ya había saltado su buzón de voz. Un par de pitidos mientras recogía la tarjeta de la habitación le indicó que alguien había dejado un mensaje. Marcó el 123 y la voz de Pablo, excitada y con un rumor de bar de fondo, se coló como el último componente de aquel cóctel que le daba miedo y que amenazaba con romper su estabilidad.

—Aida, que ya está, que la semana que viene empezamos a excavar; ya están todos los permisos y estoy convocando a los voluntarios que van a echarnos una mano. No es para que te hagas ilusiones, pero igual esta vez sí que damos con tu abuelo, nena, igual esta vez sí...

La historia de Almudena la supo Claudia mucho después, la tarde en que Paloma y ella volvieron a encontrarse, ya en Gijón, cuando Inés había cumplido seis años y ambas sobrevivían a duras penas. Paloma había vuelto de París y su hermana sospechaba que detrás de la sonrisa enigmática pintada de *rouge,* y de la ropa, mucho más cara que el vestido de percal de tonos oscuros que ella llevaba y que ya tenía más años de los que parecía ser capaz de aguantar la tela, había una amargura que, al menos de momento, no daba la impresión de querer compartir. A Claudia tampoco le importaba demasiado: eran años muy duros, y su principal preocupación era llegar al final de cada día y que a su hija no le faltara un plato de comida. Gracias a Toyina, la prima de Manena Fanjul, había conseguido trabajo en el cine Robledo, y esto había sido providencial, porque muy poco tiempo después habían tenido que

dejar la casa que las había acogido, tras la inesperada y extemporánea boda de Toyina con un acomodador de Los Campos Elíseos y la muerte de la tía de Manena, a cuyo cuidado Claudia se había entregado con la misma solicitud con que lo habría hecho con su propia madre. Había logrado instalarse en una buhardilla de la calle Adosinda y el dolor de la ausencia de Ángel se complementaba con una furia ciega hacia todos aquellos que se lo habían arrebatado y habían hecho de su vida y de la de todos los vencidos un auténtico infierno: trabajaba, cuidaba de Inés, lloraba, comía poco, y los únicos momentos reseñables eran aquellos que pasaba en compañía de algunas de las mujeres que padecían una pena similar a la suya, que trataban de engañar, confundiendo la tosca realidad con la ilusión, con historias llenas de buena voluntad en las que siempre planeaba la esperanza de que un día los que se habían ido volverían y encabezarían una revuelta que sacaría a Franco del poder (y ya se vería luego la forma de ajusticiarlo, ideas no faltaban) y la República volvería al lugar que le correspondía. Mientras zurcían calcetines o ponían piezas a las sábanas, alimentaban la memoria de los muertos, la nostalgia de los ausentes, la pena inclemente por tantas cosas perdidas. Así que, aquella tarde, cuando finalmente se encontró con Paloma, de quien apenas había tenido noticias desde la huida de ésta a París dos meses antes de que ella misma saliera de su casa para refugiarse en Gijón, Claudia tampoco tenía particular interés en nada que no fuera su propia supervivencia y el sueño que como una pompa de jabón, precioso y frágil, acunaba la dureza de sus días. Aún le quedaba un cierto resabio con su hermana, por quien se había sentido abandonada en el momento más crucial de su existencia, y escuchó con un interés relativo aquel secreto que tenía sus raíces en los turbulentos días de octubre del 34. Paloma se había mordido la lengua para no añadir «mientras tú jugabas a las batallitas y a la revolución», y había continuado con la historia:

Sabían por don Macrino y por las monjas del sanatorio que Almu y Bego (sor Manuela y sor María de los Ángeles) se hallaban a salvo en domicilios particulares de Oviedo, porque así tenían trazado el plan ante una eventual situación como la que se estaba viviendo, y por tanto la preocupación, que se teñía con la sangre de los propios vecinos y conocidos que caían víctimas de los excesos revolucionarios, se centraba sobre todo en conocer el estado en que se podía encontrar Claudia. Cuando todo pasó, les llegaron noticias de que las niñas (siempre serían las niñas en la familia) habían retornado a su convento, que milagrosamente no había sufrido grandes daños. Pero un manto de silencio había envuelto desde entonces todo lo referente a ellas. Sólo sor Esther, la superiora del sanatorio, le había dicho a Montse que Almudena había sufrido mucho y que había que cuidarla especialmente. Paloma se había trasladado a visitarlas a Oviedo cuando ya había transcurrido casi un año y se había encontrado con una Bego con más silencios que palabras y una Almu ojerosa, pálida y demacrada, sumida en el más denso de los mutismos. «Con la ayuda de Dios mejorará —le dijo Bego—, tú no te preocupes, que Dios nos protege y nos cuida, preocúpate más bien de ti, que tienes el corazón revuelto, hermana, y no

encontrarás la paz hasta que no dejes a tu Señor morar en él, y cuida de la pequeña Claudia, que no sé en qué pasos andará, pero no parece que sean buenos. Paloma, cuida de nuestra hermana pequeña, que no se aboque al pecado y a la confusión».

Claudia había tenido tentaciones en aquel momento de reprochar, de decirle a Paloma que lo suyo había estado fino también, que ella era la puta oficial de la familia, pero que si se pensaba que largarse del pueblo justo cuando se marcharon los Lamartine —que todo el mundo había sumado dos y dos— dejando el cadáver de Eusebi a sus espaldas y que a saber en qué asuntos habría andado en París, y con quién... Pero no lo hizo: estaba cansada de tantas historias complicadas, de tantas muertes, de tanto dolor, de tanto abandono. En aquel momento remover un pasado que no tenía ni diez años le daba pereza; o decía que le daba pereza, aunque lo que de verdad sucedía era que le dolía profundamente.

Pero Paloma quería hablar. Quería compartir con su hermana el secreto que había conocido en el mismo momento de la muerte de Eusebi, aunque para ello tuviera que revivir el más dramático episodio de su vida. Aunque para ello tuviera que contarle antes a Claudia, en un juego de paréntesis que se abrían uno dentro del otro, la historia de Vincent y Didier Lamartine, los gemelos franceses que aparecieron un día por casa del ingeniero Bartomeu a recabar información porque andaban escribiendo una biografía del marqués de Comillas por encargo de un importante empresario de carbones al norte de París que había conocido a don Claudio López Bru muchos años atrás y había quedado seducido por su personalidad hasta tal punto que no había nada que deseara más que seguir su ejemplo y estaba tratando de llevar a cabo, con poco éxito, la implantación de su método. Como disponía de más dinero que neuronas dedicadas a encarar de un modo práctico la vida, no había encontrado nada más adecuado que enviar a sus sobrinos, un par de tunantes pelirrojos tan distintos como complementarios en su carácter y en sus aficiones (a Vincent le encantaba hacer fotos y a Didier, escribir), que se tomaron al pie de la letra la recomendación del viejo René Lamartine acerca de no imprimir ningún tipo de apremio a su cometido: quería un trabajo concienzudo e impecable, que siguieran las huellas del marqués de Comillas y de cada una de las obras que había realizado. De ese modo, el inicio de la guerra los había pillado en Comillas, retozando en la playa, conquistando lugareñas y admirando el Capricho de Gaudí, la Universidad Pontificia y toda la arquitectura modernista que llevaba la huella del Marqués; y ante la situación, dando cuenta de que su pasión por la aventura era tan grande como escaso su instinto de supervivencia, habían decidido acelerar su viaje a Bustiello, porque confiaban en que, dado el carácter que los mineros asturianos habían demostrado en la fracasada Revolución del 34, había grandes posibilidades de que este nuevo estallido de violencia (esta vez como consecuencia del golpe de Estado de los militares) les procurara abundante material para escribir y fotografiar lo que a ellos les gustaba de verdad, que no era precisamente la vida y los milagros del Marqués.

Con todo, aún aguardaron varios meses antes de tomar la decisión de viajar a Bustiello, adonde llegaron después de un largo periplo por la costa, en el transcurso del cual dejaron varias novias, algunos enemigos y la cuenta de alguna pensión sin abonar, y donde, para pasmo de Gustavo Bartomeu, se instalaron en su casa con la misma naturalidad con que hacían todas las cosas.

Tendría que contarle, y así lo hizo, más que nada por refrescarle la memoria, el tipo de infierno en que había vuelto a convertirse su vida con la vuelta de Eusebi tras la Revolución, dispuesto a poner en marcha, con la misma intensidad y entusiasmo que el asunto suscitaba en otras ciudades, las agrupaciones locales de Falange. De qué modo la golpeaba día sí y día también: si estaba contento, porque ella siempre se las arreglaba, a decir de él, para amargarle la fiesta con su falta de alegría; y si estaba contrariado, enfadado o triste, porque ella... daba igual, por lo que fuera. Los golpes —unas veces simples empujones; otros, bofetadas, y la mayor parte de las veces una combinación de ambos— eran tan cotidianos como lo era el rezo del rosario antes de la cena. Y aunque no confiaba en que Claudia la entendiera, Paloma le contó que en los gemelos había encontrado lo más parecido a los hermanos que le faltaban, y que no, que no se le ocurriera protestar, que ni ella (pendiente tan sólo de un Ángel lejano) ni Sidra, lejana ella en la profundidad de su mundo de tinieblas, ni por supuesto las niñas eran precisamente las hermanas que ella necesitaba. Y Eusebi al principio no tenía celos de que los Lamartine la trataran como a una hermana y bromearan con ella: poseía una convicción íntima, derivada de alguna extraña asociación de ideas, de que el color rojo del pelo era un síntoma evidente de mariconería, y eso, unido a su condición de extranjeros y a lo atildado de su atuendo si se comparaba con la sobriedad de la zona y su propia vestimenta —que era casi un uniforme en el que las camisas negras habían dado paso, un poco a regañadientes, eso sí, porque él seguía siendo partidario del color negro italiano, al azul mahón y los correajes—, no ayudaba a que viera en aquellos muchachos ningún tipo de peligro en la posesión de Paloma. Como Eusebi solía aprovechar la intimidad de su habitación para castigarla y ella no podía ni rechistar, porque quejarse o llorar era garantía de que los golpes arreciarían, los Lamartine, que andaban a lo suyo, tardaron en enterarse del tipo de animal que era el hijo pequeño de su anfitrión, aunque ya tenían sospechas de lo miserable de su condición sin necesidad de que ésta se adornara con las palizas que le suministraba a su mujer, Paloma no quiso entrar en detalles, pero simplemente le contó que fueron ellos quienes la animaron a marcharse, los que le hablaron de otras vidas posibles, de salir del país, de huir de Eusebi, de la guerra, de su historia y de todos los fantasmas que la habitaban. «No te importó dejarme a mí, que ya sabías que estaba embarazada, no te importó dejarme con Sidra», reprochó entonces Claudia, y Paloma sólo pudo callarse, porque no, no le había importado: llegó un momento en que sólo podía pensar en huir y en los días previos —mientras los Lamartine anunciaban su marcha, con las maletas inexplicablemente más llenas que cuando llegaron, porque Paloma había ido dándoles las prendas que constituían

su equipaje clandestino para la fuga— apenas había pensado en otra cosa que en huir. Pero Claudia se revolvía incómoda en la silla del café Dindurra, donde Paloma se había empeñado en entrar, a pesar de que ella ya le había dejado muy claro que no tenía dinero y que una cafetería era un lujo que no podía asumir. Había pedido un café con leche y por primera vez en muchos años había recuperado el sabor del café de verdad y no el aguachirle con que tenía que conformarse. Paloma había pedido algo de nombre muy raro como Coca-Cola o algo así, y la habían mirado con extrañeza, antes de decirle que no tenían, así que había pedido también un café, y a esta niña tan guapa, tráigale un orange, por favor, «Es que en París siempre bebía Coca-Cola, pero aquí se ve que con el racionamiento y eso...». «Yo no sé por qué me estás contando todo esto de los Lamartine y de tu huida a París, que por otro lado bien que te callas lo que hiciste allí, y a mí lo mismo me da, ya ves tú, pero lo que no sé es qué tiene que ver todo esto con Almudena», y Paloma le aclaró que tenía que ver y no, que fue justo el día en que se marchó cuando supo que a Almudena la habían violado durante la Revolución.

Benilde se murió apenas iniciado 1935, cuando los ecos de los disparos y la dinamita se atenuaban lo suficiente como para que empezara a oírse el rumor de las lágrimas que tanta muerte había sembrado. Durante años había arrastrado todo tipo de molestias digestivas que habían contribuido a agriar aún más su carácter y los últimos meses sólo parecía encontrar un ligero consuelo en la acumulación, como quien colecciona sellos o postales, de cuanta desgracia ocurriera, en particular si se traducía en una muerte. Había adquirido un regusto especial por conocer detalles de los sufrimientos ajenos, y cada fallecimiento de algún conocido, sobre todo si era inesperado, lo vivía como una victoria minúscula, el triunfo, tan insignificante para los demás como lenitivo para ella, de su propia supervivencia. Los últimos días vivió pendiente de la evolución de la enfermedad de Eloína, la comadrona, que no había levantado cabeza desde los días terribles de octubre, cuando a su sobrino, al que había criado como el hijo que nunca tuvo, lo encontraron muerto en la cuneta, en la misma curva donde estaba la carpintería, con un par de tiros en la nuca. Sólo después de que supo que Eloína había sido enterrada, y pareció convencerse de que Camino gozaba de tan buena salud que sería imposible establecer una competición con ella, su cuerpo accedió a darle una tregua, y durante unas horas descubrió la cantidad de cosas buenas que la vida le había proporcionado y pudo hacer un inventario de todas ellas hasta concluir que de tener una segunda oportunidad en la tierra, con toda seguridad viviría de otro modo. Eso fue justo antes de iniciar una agonía y de despedirse del mundo poniendo de manifiesto que el cuerpo humano es un catálogo de miserias en estado sólido, líquido y gaseoso.

Apenas tres días después del entierro, después de despedir a sus hijos, que se marchaban a Oviedo y Valladolid, donde vivían, sin encomendarse ni a Dios ni al

diablo, Efrén Rubiera se dirigió a la casa de El Pedroso, donde tantos años antes, que parecía que habían pasado varias vidas, se había enamorado perdidamente y para siempre de una Camino que amamantaba a dos bebés y les canturreaba bajito para espantar su propia tristeza y de paso imprimir en su memoria remota la existencia de un paraíso. No era primavera, y un aguanieve inclemente contribuía a que la noche conquistara minutos a la media tarde del domingo. Efrén Rubiera, el pelo escaso y blanco bajo el sombrero de fieltro negro y el paso mucho menos ágil, a causa del peso que los años habían ido acumulándole en el alma, esquivó con un gesto de indiferencia al Duque, el perro de raza indefinida y escasa entidad que le salió al encuentro, ladrando más con intención de saludar que de intimidar. La puerta dividida en dos partes se abrió en su mitad superior y el rostro de Camino emergió desde la penumbra. No se sorprendió, o al menos no dejó que se dibujara en su cara la sombra del desconcierto:

—Andrés está en Moreda, no creo que tarde mucho en venir.

Efrén Rubiera la miró tratando de reagrupar los efectivos de aquel ejército de decisión que le había empujado a semejante temeridad y que ahora huían como la sangre de su cara. Como pudo, reunió las palabras que había ensayado durante mucho tiempo.

—Hace once años, seis meses y diecinueve días que no pienso en otra cosa que en volver a estar contigo.

Camino aplacó, también como pudo, la tormenta que acababa de desatarse en su interior y compuso un gesto lo más neutro posible.

—¿Y cuánto tiempo hace desde que te has vuelto tonto?

—¿Tonto? No sé qué quieres decir...

—Tonto. O a lo mejor olvidadizo. Quiero decir... ¿desde cuándo se te ha olvidado que entre tú y yo no hace falta hablar?

En ese momento Efrén Rubiera sintió una amalgama tan explosiva entre el júbilo y el pánico que tuvo que apoyarse en la jamba de piedra. Camino salió, arropándose en la toquilla de color gris, y se sentó en el banco de la antojana, bajo el corredor.

—Siéntate —le dijo sólo.

Bruno era otro cuando estaba con su padre, y a Aida aquella comprobación le produjo una mezcla de ternura y de sorpresa. No era la primera oportunidad que el encuentro le había brindado para que los ojos se le abrieran con desmesura más allá de su propia voluntad. Antes, había sido el aspecto de Andrés Braña: lo impropio de su altura para quien, superados los noventa años, tiene que haberle rendido un tributo al desgaste óseo y al encorvamiento, y el atractivo indudable del que Bruno

era deudor, incluyendo el hoyuelo de la mejilla, de modo que vistos juntos parecían la misma persona con unos años de diferencia. El pelo todavía oscuro de Bruno anunciaba claros inexorables que en su padre se habían cumplido con forzosa exactitud, y los ojos, azules, eran idénticos. Aquél había sido el tema con el que Aida había tratado de romper la incomodidad de la situación.

—Pues anda, que los tuyos tampoco son oscuros precisamente... qué azules. Por el norte hay muchos descendientes de los celtas... Se ve que tú tienes la carga genética milenaria...

—Qué va. Los ojos azules, según dicen, los heredé de mi abuelo, y era madrileño, así que de celtas nada de nada.

También la había sorprendido la extraordinaria lucidez de Andrés Braña. No dudaba de que el alzhéimer ya habría instalado su campamento en el cerebro del padre de Bruno, pero se lo estaba tomando con calma: el brillo de la mirada, la vida que se adivinaba detrás del azul, la agudeza con que a veces parecía colarse dentro de su pensamiento como si en las palabras que Aida pronunciaba pudiera encontrar un hilo a través del cual indagar en lo más recóndito de sus intenciones.

—Bueno, da igual: herencia celta, o lo que sea, que a lo mejor es el clima y el paisaje, quién sabe, y además, el nombre: por Aida Lafuente, imagino, porque si hubiera sido por la ópera sería Aída...

A Aida le dieron ganas de decir que ni por ésas, que Aida Lafuente al fin y al cabo no era asturiana, sino leonesa: aunque hubiera vivido (y muerto) en Asturias, el nombre se lo pusieron en León, pero sonrió y lo dejó pasar.

—Resulta curioso que conozca la existencia de Aida Lafuente... Fuera de Asturias no se sabe mucho de ella.

—Yo tengo una edad, ya sabes. Y una larga historia.

—Pues eso está muy bien. Porque para eso estamos, para lo de la historia...

Andrés Braña volvió a fijar los ojos en los de Aida siguiendo una de sus estrategias favoritas: ocultar la certeza de haber cometido un error, fingiendo una indiferencia absoluta hacia sus propias palabras y trasladando cualquier inquietud al interlocutor a través de una mirada tan intensa como inquisitorial.

—Tengo alzhéimer, supongo que te lo ha dicho mi hijo.

—Sí, lo sé. Pero, francamente, no se le nota en absoluto... Y si me lo permite, le diré que conozco a poca gente que tenga su edad y mantenga esa...

—Oye, oye, una cosa: yo ya sé que no eres mi nuera, porque ahora lo de las parejas es una cosa muy rara y nadie se casa, ni nada, pero en la medida en que eres la novia de mi hijo (a no ser que ahora también lo de novios esté desfasado, que seguro) yo preferiría que me trataras de tú.

Aida sonrió. Y se dio cuenta de que por una razón que no podía descifrar del todo, y que venía a contradecir los juicios anticipados, lo hacía de verdad, sonreía sin tener que acogerse a la mueca que habitualmente exhibía para las ocasiones: Andrés Braña le caía bien.

Bruno los miraba con indisimulada curiosidad, desde un sillón cuyo tapizado ya proclamaba los años que había acogido el cansancio de sus dueños. Todo en la casa tenía un aire antiguo, como si las cosas, de indudable calidad, hubieran sido dispuestas en ese orden muchas décadas atrás y nada hubiera alterado su razón de ser ni su razón de estar. Nada de lo que veía, sin embargo, podía identificarlo con Bruno, y aunque procuraba ser discreta y no examinar inquisitivamente lo que la rodeaba, no se imaginaba a aquel hombre al que creía conocer viviendo en aquella casa de otro modo distinto a como podría hacerlo el huésped de un hotel, o alguien que está de paso. Sólo que la transitoriedad de Bruno ya duraba varios años.

—Aida es una periodista muy buena y escribe francamente bien, papá —dijo entonces Bruno, mientras cogía lo que parecían álbumes de fotos de la vetusta librería de castaño—. Tendrías que ver qué entrevista me hizo cuando estuve en Gijón. Ya sabes, la típica entrevista para la sección de cultura de Local, que todo el mundo resuelve con cuatro tonterías, pero Aida no...

Aida flipaba: Bruno estaba elogiándola. Y de qué manera. Esto era toda una novedad en aquella relación en la que, tras las primeras y seductoras consideraciones por parte de él, no había hecho otra cosa que acumular la sensación de estar haciendo mal absolutamente todo, al menos ante los exigentes ojos de Bruno.

—Ya, hijo, ya, ya lo sé, no seas plomo, ¿no ves que se está ruborizando? A ver, Aida, vamos a hacer una cosa, vamos a decirle a Bruno que o se está calladito o se va a dar una vuelta, que estamos hablando los mayores.

—Vale, vale, me voy a dar una vuelta y vuelvo en un rato. Por si te sirve de guía, ahí tienes unos álbumes de fotos. Y ni se te ocurra reírte de mi sonrisa desdentada en la primera comunión.

Era extraño estar allí, en la casa que había imaginado tantas veces, tan ajena a ella porque de alguna forma también le había parecido siempre ajena al propio Bruno, y sin embargo tan en el corazón de la vida de a diario de él, el paisaje por el que se paseaban sus ojos cada día, el escenario donde estaba situado cuando hablaban por teléfono. Allí estaba: rodeada de los objetos familiares, de fotos enmarcadas, de litografías y figuras de Lladró. Al lado de su padre, de quien tanto había oído hablar, por quien siempre había sentido una manifiesta antipatía y que poco a poco, sin embargo, conseguía seducirla desde la atalaya inaprensible de sus años, su inteligencia, su encanto.

No quería ni imaginarse lo que habría sido aquel hombre con veinte años, con

treinta, con cuarenta años. Santo Dios, si hasta con noventa resultaba enormemente atractivo...

—¿Por dónde le apetece, perdón, por dónde te apetece empezar?

—¡Me cago en la puta de oros, Paloma!, me cago en mi puta cabeza... Joder, joder, joder... Qué mi madre me pasa a mí con les señorites de Pomar, hostia puta...

Hacía media hora que todo era como una pesadilla y el boquete en el pecho de Eusebi, por el que la sangre había encontrado la forma de huir llevándose con ella la vida de aquel hombre, era otro elemento que sería onírico también de no ser porque manchaba, era pegajosa, olía. En realidad, Paloma llevaba varios días instalada en el escenario de algo tan irreal que bien podría ser un sueño, aunque si analizaba con cuidado la fecha exacta en que se inició aquella manera de transitar por la vida como de puntillas, como si pisara nubes en lugar de piedras y los contornos de las cosas fueran imprecisos y deshilachados, venía de muy atrás, seguramente del instante en que fue llamada a capítulo en Pomar, con el ingeniero Bartomeu y con su padre y Sidra gritando improperios. El día que el amor de Antón se convirtió en el pecado original el sueño había empezado a transformarse en una pesadilla que culminaba en ese momento, en las vías de la maquinilla, cerca de la casa de Pomar, donde había comenzado. Si cerraba los ojos podía ver la sonrisa blanca de Antón gritando su nombre. Si cerraba los ojos.

—Joder, joder, joder...

Había preparado todo con sumo cuidado. Los gemelos Lamartine se habían marchado el día anterior, y había convenido con ellos en que de madrugada y con los faros apagados llegarían hasta el puente de Dos Amigos, con el coche del hijo de un médico de Mieres que también quería salir del país, y la recogerían para emprender juntos el viaje hasta la provincia de Santander: ellos tenían un contacto que además de facilitarles salvoconductos para los cuatro, para viajar sin complicaciones hasta Suances, les proporcionaría la forma de salir hacia Francia en un barco, porque después de la entrada de las tropas nacionales en Bilbao, la salida hacia el este se estaba poniendo muy difícil. El día de la huida había sido elegido también con cuidado, coincidiendo con unos días en que Eusebi no iba a estar. De hecho, la vida de su marido se había convertido en una extraña clandestinidad, de modo que la mayor parte del tiempo estaba ausente de Bustiello, y cuando volvía, lo hacía a unas horas extrañas y permanecía oculto en casa, sin asomar la nariz al exterior: era uno de los personajes más buscados, porque era también uno de los más odiados. Aunque no se sabía con certeza, porque nadie había sobrevivido para confirmarlo, se sospechaba que formaba parte de un grupo de falangistas en el que también estaban los Baizanes, que amparados en la noche atacaban a quienes sabían que formaban parte de los comités. Conocían tan bien a sus víctimas que elegían el momento

propicio: siempre solos, en caminos solitarios cuando volvían a casa, y después de molerlos a palos, era Eusebi, que se mantenía ajeno a la pura somanta por aquello de su cojera, el que terminaba por suministrarle a quien esa noche hubiera tenido la desgracia de estar en su punto de mira el tiro que acabara con su vida, casi siempre en mitad de la frente cuando estaba tumbado en el suelo, de modo que los asesinados lo último que veían, en el hipotético caso de que los golpes recibidos les hubieran dejado un resquicio de consciencia, era la bota de Eusebi, reluciente, lustrada hasta la exageración, apoyándose en el pecho y el rostro en contrapicado: la nariz impetuosa, la barbilla despótica, la crueldad de la mirada, el pelo echado hacia atrás, hasta que quedaba desenfocado por la contundencia de la pistola y el fogonazo del disparo.

Eusebi no iba a estar y Paloma había pasado la noche en vela, espiando la llegada de las primeras líneas que escribieran la madrugada en el cielo. Se había vestido y había cogido un bolso de mano en el que había guardado los últimos detalles de lo que iba a ser su equipaje, y aguantándose las ganas de hacer pis, había bajado despacio las escaleras de madera, evitando el cuarto peldaño desde el descansillo, que siempre crujía. Había salido al jardín sin hacer ningún ruido y con el corazón brincando de tal modo que se le colocaba por momentos en la garganta y amenazaba con ahogarla, había comenzado a caminar hacia su liberación... Tres, cuatro, diez pasos. La cancela que se abría sin ruido. Cinco pasos más y enseguida estaría en la vía y la huida empezaría a ser real, más allá del sueño tantas veces acariciado como desechado por imposible. Se iba, y no era un sueño.

—¿Qué cojones...?

Qué corta era la libertad. Ante ella, surgiendo de las sombras que aún mantenían encarcelado el amanecer, estaba Eusebi, que inesperadamente volvía a casa y no podía ni creer que aquella mujer que tenía ante él fuera su propia esposa. Por un momento había llegado a pensar que se trataba de una alucinación relacionada con la borrachera que traía encima, pero no: era Paloma, y parecía que se marchaba. Ella se limitó a decirle que la dejara pasar, porque tampoco sabía qué otra frase podía hacerse un hueco en aquella situación. Por un segundo consideró la posibilidad de darle un empujón y hacerle perder el equilibrio y huir corriendo vías abajo, eran unos metros hasta llegar al puente y contaba con la dificultad para correr de Eusebi, pero antes de que pudiera transformar el atisbo de pensamiento en acción, al conjuro de un grito de ¡serás puta!, sintió en una extensión indefinida de su cuerpo, que al mismo tiempo era la cabeza y un codo y el dorso de la mano (tal vez como si en el último segundo de forma instintiva hubiera querido defenderse), un dolor sordo: el del bastón estrellándose con furia y con vocación de prólogo. Luego vino un golpe en la espalda que la hizo caerse, y entonces pudo comprobar cómo era de implacable además de brillante aquella bota, la del pie correspondiente a la pierna sana, que siempre le había producido un extraño temor cuando veía de qué forma las lustraba. Llovieron los golpes, las patadas y los insultos. De pronto sintió que se estaba

meando de miedo y de no poder aguantarse más, y aún tuvo tiempo para pensar que qué vergüenza, que cuando la encontraran muerta iba a estar meada, pero fue un pensamiento fugaz, porque a continuación se mezcló el sonido de la pistola cuando se amartillaba con unos gritos: ¡Déjala, hijoputa!, que salían de aquella tiniebla que no terminaba de dar paso al amanecer, providenciales aunque no reconociera la voz en un primer instante, déjala ya, y otra voz, la de Eusebi, quién me va a quitar de matar a esta puta, ¿tú?, es mi mujer y a mi mujer me la follo o la mato así me salga de los huevos... Y entonces el disparo, pero no dolió, Paloma estaba tratando de identificar dónde le habría dado cuando lo que sintió fue el peso de un cuerpo cayendo sobre el suyo, certificando su viudez.

—Paloma, joder, joder, joder... Me cago en la puta de bastos... Dos veces. Dos putes veces que mato a un paisano y les dos por salvar a una de les neñes de Pomar...

Paloma no entendía nada. Había conseguido saber, aunque abrir los ojos le costaba y le dolía, que quien le hablaba era Chano, su hermano de leche, y había concluido que Eusebi estaba herido de muerte, pero no sabía de qué le estaba hablando y aún tardó en entender, entre el discurso nervioso de Chano y su tendencia a cagarse en la puta de cualquier palo de la baraja, que durante la Revolución, cuando acudió con el resto de los mineros a incorporarse a las calles de Oviedo, había disparado contra uno de los suyos, un babayu, un faltosu, que era de Rioturbio, que acababa de violar a una mujer en un portal. Antes de matarlo, éste se había justificado diciendo que era una monja, y Chano le había replicado que ellos no violaban monjas, que la Revolución no estaba hecha para violar monjas, y que aquello le iba a salir caro: Pues es muy fácil, había dicho el miserable dejando de abrocharse la bragueta para sacar la pistola, ésta ya no va a decir nada. Y antes de que pudiera pararse a pensar, Chano había sacado la suya y le había disparado. Y sólo entonces se había acercado a la joven de cabello corto que intentaba recomponer su ropa, tratando de arreglar los desgarros de la blusa, empujando la falda hacia abajo, llorando a lágrima viva...

—... y qué sustu llevé, Paloma, paicísteme tú, parecíase tanto a ti, y entonces ella díjome, ay, Chanín, ay, Dios, no le digas nunca a nadie esto, no lo digas a nadie... y fue cuando me di cuenta de que era Almudena o Bego, no sé cuál de les dos, a mí siempre me parecíen iguales... y ahora nun me digas a mí, Paloma, me cago en la puta de espadas, nun me digas a mí que esto nun ye una burla del destino. Que tuve en la Revolución y el únicu que maté fue por la tu hermana y ahora acabo de matar a esti grandísimu hijoputa que nun sabes les ganes que y tien tol mundo, pa que nun te matara a ti... Me cago en mi puta cabeza, joder, joder, joder... Tú marcha, espabila, hay un coche en Les Figares que debe tar esperándote, acabo de velu de la que venía. Hostia puta, Paloma, arrea, esto ya veré cómo lo arreglo yo, tú marcha, ho, y que to te vaya muy bien, neña, que to te vaya muy bien...

La historia era más o menos previsible y empezaba con el sintagma «Después de la guerra...». Aida no había necesitado desplegar el repertorio de gestos corteses, de demostrada eficacia a la hora de conseguir que el entrevistado se sintiera cómodo y proclive a dejar salir aquellas confesiones que en circunstancias normales no habría dejado escapar. Todo era muy sencillo: Andrés Braña hablaba y hablaba, de su relación con Piedad, la madre de Bruno, de la familia de ésta, del modo en que se ganó la confianza de su padre y del resto de su familia. De cómo poco a poco fue haciéndose un hueco en la gestión del patrimonio de la familia, su capacidad para la innovación, la creación del pequeño laboratorio farmacéutico y su habilidad para buscar auténticos sabios con el fin de integrarlos en la plantilla, hasta dar con aquel preparado para la epilepsia que suscitó el interés de una empresa alemana que los convirtió en su filial española mientras el dinero entraba a espuertas en la escuálida economía nacional de los años cincuenta. De vez en cuando Aida dejaba caer alguna observación destinada a escarbar en su memoria pretérita en los días de la infancia, o en la juventud primera: sus estudios, por ejemplo, pero terminaba por darse de bruces con una inquebrantable voluntad de mantener a salvo las parcelas que no parecía querer compartir.

Esto intrigaba a Aida: era una cuestión de voluntad, no de falta de memoria. Por lo poco que sabía del alzhéimer, los recuerdos de la infancia permanecían casi inalterables durante mucho más tiempo, aunque se mezclaran con elementos del presente y el enfermo identificara a una hija con su madre, por ejemplo. Pero ese empeño de Andrés Braña de restringir su biografía a los años de brillante gestor de las empresas de su familia política, con alguna concesión a determinados momentos vividos con Piedad...

—Estaba usted muy enamorado de su mujer, ¿verdad?

Andrés la miró como si la viera por primera vez, y en aquella mirada Aida encontró restos de algo impreciso a lo que le costaba poner nombre. Como las trazas que a veces citan los prospectos de las medicinas.

—Era muy guapa. Bueno, no es que fuera muy muy guapa, pero era una buena mujer. No quiso saber de mí más de lo que yo quise decirle, y eso es un mérito muy importante. Y me regaló una vida. No se puede pedir más.

—Y un hijo.

—Sí, en la vida que me regaló había un extra: un hijo, y hasta los nietos, que van en el lote. Que ya te habrás dado cuenta de que no es que sea muy listo, mi hijo, digo, pero el chaval algo vale... Eso sí, nunca se lo hagas ver, porque se pondrá tonto del todo... Lo que no tuve fue una hija, mira que siempre soñé con una, hasta nombre tenía: Inés.

—Mi madre se llama Inés. Mi abuela me contó que era el nombre favorito de mi

abuelo.

—Es un nombre bonito. Me habría gustado que se lo pusieran a mi nieta. Pero no: Lisístrata. Hay que joderse. Con perdón.

—Pero habría otras novias, Andrés, va, cuéntemelo...

—Después de la guerra...

—No, hombre, no, antes de la guerra. Incluso durante la guerra.

Era un muro y Aida sólo podía estrellarse y salir magullada. Sólo dos horas más tarde hizo alguna mención a su infancia, a las calles de su barrio, a las campanas de la iglesia de San Lorenzo, y por ahí ella encontró el recurso de la geografía urbana para acercarse al paisaje humano: quiso ver a Andrés Braña adolescente, a través de las personas que habían constituido su mundo, pero no hubo manera.

—Tienes tú mucho peligro, señorita periodista —sonrió exhibiendo una coquetería que, ella sí, tuvo que haber sido, porque aún lo era, temible.

—¿Yo? Pero si no me está contando nada...

—Es que verás, tengo alzhéimer, ¿sabes?, las cosas se me olvidan... —lo dijo sin abandonar la mirada entre seductora y galante, un poco pícara, de quien da a entender que es consciente de que ambos están en un secreto. Aida tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz sonara profesional y seria.

—Venga ya... Andrés. No me venga con ésas. Por alguna razón, que es muy respetable, no quiere hablarme de cómo fue su vida antes: ni de sus padres, ni de sus hermanos, ni de sus amigos, ni de sus novias, ni de sus estudios, que tuvo que haber, ni de la guerra... Yo estoy aquí para organizar sus recuerdos y escribirlos, pero sólo lo que usted quiera contarme. Ahora bien, también le digo una cosa: no me cuesta mucho trabajo imaginar, porque de entrada son muchos años de hacer entrevistas y de escudriñar a la gente, que en su cabeza, por mucho que se empeñe en ocultarse bajo la excusa del alzhéimer, hay tantas historias que merecen la pena ser contadas... Mire, igual no tenía que contárselo, pero todo este tiempo, por razones que, bueno, da igual, el caso es que yo no conocí a mi abuelo. Y llevo meses tratando de desentrañar su historia, buscando rastros, lo que sea, para conocerlo, para saber cómo era, porque quiero entender su vida, ya que nunca podré entender su muerte. Daría lo que fuera por encontrarme a alguien que lo hubiera conocido y que pudiera hablarme de cómo era.

—Bueno, mujer, tu abuela te habrá contado...

—Mi abuela creo que no lo conoció del todo. Quiero decir: es una historia de guerra, o casi de guerra, y me da la impresión de que dedicaron todo su tiempo a quererse y a compartir sus ideales y eso, sin entrar en los pormenores de las biografías... Y el tiempo que tuvieron no fue mucho. Lo que quiero decir, Andrés, es

que si a mí me hubiera gustado tanto conocerlo, a lo mejor sus nietos también querrían conocer todo de usted...

—¿Mis nietos? No me hagas reír, Aida... ¿Tú conoces a los hijos de Bruno? Son seres perdidos, definitivamente.

—Bueno, yo qué sé. A lo mejor sus bisnietos un día...

—No, desengáñate. No merece la pena. En realidad, ni siquiera sé por qué hago esto, como no sea por mí mismo. No quiero, ni necesito, ni me apetece que nadie sepa de mí, de lo que fue mi vida, pero a la vez me aterra que se me olvide a mí. Y sé que es una tontería, porque al fin y al cabo tengo noventa y cuatro años...

—¿Noventa y cuatro? Anda, si yo creía que tenía noventa...

—Noventa, noventa y cuatro... Qué más da, cuando son tantos...

Por un instante, Aida detectó una vacilación en la mirada de Andrés que abrió un canal por el que le pareció que podía colarse: ese dato, que sin duda se le había escapado, no era un error. Ni una vaguedad numérica.

—No voy a caer en la trampa de pensar y mucho menos de decirle que si no quiere hablar de determinada época de su vida es porque hay algo en ella que o bien le hace sentir vergüenza, o culpabilidad, o dolor. El psicoanálisis me produce el respeto suficiente como para no hacer juicios así de simples. Pero del mismo modo que está claro que no quiere hacerlo, para mí, en el fondo de mi capacidad de comprender, está también muy claro que le gustaría hablar de ello. El único problema es el interlocutor. Tiene que dar con uno adecuado, pero eso no es nuevo: todos nos pasamos la vida buscando el interlocutor ideal.

Andrés la miró con curiosidad, porque justamente aquello era lo que le ocurría. Llevaba setenta años doblegando el resto de su vida. Ni siquiera se había molestado en inventarse una apócrifa, más allá de los cuatro datos que les proporcionó a los padres de Piedad como salvoconducto para entrar en la familia. Se parapetó en el dolor del recuerdo y eso fue suficiente para que ellos, encantados con su don de gentes, su simpatía y su capacidad para seducir, lo acogieran con los brazos abiertos, felices de que en lo sucesivo formara parte de la familia y ésa fuera su única historia. Con los codos apoyados en las rodillas, unió las yemas de los dedos de sus dos manos formando una especie de cárcel a través de cuyos barrotes no perdía detalle de la expresión de Aida.

—Bruno tenía razón. Escuchas bien. A lo mejor son tus ojos, que invitan a confiar, porque con una mirada así, es imposible imaginar que puedas hacer algún daño... Y conoces cómo escarbar. Y ¿sabes qué?, ahora es un poco tarde ya, pero mañana, si vienes por aquí, a lo mejor... a lo mejor te cuento alguna historieta de cuando era joven y estudiaba Magisterio, y hacía teatro, pero tienes que prometerme —le guiñó un ojo— que no le dirás a Bruno que yo hacía teatro. Me perdería el respeto...

Aida apagó la grabadora y sonrió también.

—Mañana entonces. De momento, hoy Bruno me ha dicho que me invita a cenar en no sé qué sitio que le gusta mucho. A lo mejor te apetece venir con nosotros...

—Iría, aunque fuera solamente porque por fin me has tratado de tú, Aida, Rosa Roja de Asturias... —se acercó a ella con la mano extendida para despedirse, pero Aida sustituyó el apretón por un par de besos que se transformaron en abrazo.

Cómo es la sangre, pensó Aida. Querer a Bruno más que a su propia vida hacía que en el abrazo a su padre palpitara algo propio, un calor especial, algo reconocible, un latido familiar, como si los genes que compartían padre e hijo hablaran un lenguaje común que el abrazo de Aida pudiera identificar. A lo mejor era algo tan sencillo como el olor de la ropa determinado por el mismo suavizante, o una misteriosa alquimia, pero Aida no pudo evitar sentir en Andrés Braña algo que era uno de los componentes del abrazo de Bruno ya desde siempre: una extraña confortabilidad, algo que se parecía al consuelo y que tenía que ver con la sensación de volver a casa.

Lo que ya no resultaba tan explicable, aunque Andrés Braña no se paró demasiado a analizarlo, era que también él sintiera algo parecido en la proximidad de la piel de Aida.

Podrían ser, a simple vista, sólo huesos,

desvencijados huesos, enterrados al borde del camino.

Siempre llueve, como si la lluvia quisiera estar presente para rubricar la pena, a juego con la voz de Pedro Guerra en el iPod, pensó Aida mientras las siete personas que con guantes, mascarillas y utensilios más de jardinería que otra cosa, avanzaban despacio apartando la tierra, una vez que las palas habían eliminado la maleza y habían hecho la primera y más superficial excavación. Allí estaba Pablo, que siempre se ponía, como obedeciendo un ritual, un polo con los tres colores de la bandera republicana. Había unas diez personas como espectadores a una cierta distancia, miembros de la Asociación algunos de ellos, algún fotógrafo y un cámara de la tele, y un par de ancianos, una pareja con el pelo blanco y aspecto frágil que habían llegado caminando muy despacio, subiendo la cuesta con dificultad cogidos del brazo y apoyándose cada uno en su propio bastón, desde el lugar en que los había dejado un taxi.

Había empezado a orbayar muy despacio, y quienes excavaban intercambiaban comentarios sobre la conveniencia o no de dejar aquello para más adelante, cuando uno de ellos hizo un gesto lo suficientemente elocuente: había encontrado algo, así

que con cuidado comenzó a apartar la tierra, y las voces enmudecieron y el silencio, reverencial, expectante, sólo se quebraba con los menudos granos de tierra que al desaparecer dejaban ver algo que parecía la suela de una bota.

Aida había asistido a alguna excavación y sabía cómo era de intenso ese tiempo en que la tierra empezaba a mostrar su secreto, el torrente de historias, las lágrimas de los familiares, que se quedaron con el abrazo pendiente, esos que nunca pudieron recibir en las mejillas la caricia de las manos que un día fueron, vivas y recias, implacables y tiernas, los huesos quebrados que asoman entre la tierra. Era tan confusa la mezcla de sentimientos que se suscitaba siempre cuando se buscaban cadáveres olvidados, que en cuestión de minutos uno podía pasar de la pena a la ira, de la necesidad de reclamar justicia al deseo de estar absolutamente solo y llorar tanta desdicha.

Podrían ser, a simple vista, sólo huesos,

amoratados huesos, olvidados sin fecha, en el camino.

Fueron apareciendo poco a poco: los huesos de un pie, de otro. Tibias, fémures, retorcidos huesos, un cráneo sobresaliendo, otro muy cerca. A medida que el polvo, que se hacía barro lentamente, desvelaba la infamia que había permanecido oculta durante tantas décadas, el silencio de los congregados adquiría una textura sólida, y hasta la respiración se acomodaba a los sonidos cuidadosos y leves de quienes con cuidado extremo desenterraban la dignidad que yacía bajo el suelo.

Se fijó en la pareja de ancianos que se cobijaba bajo un gran paraguas negro. Ella sujetaba entre las manos una fotografía amarillenta que de vez en cuando besaba con devoción, para luego estrecharla contra la pechera de su gabardina de color beige, en el lugar donde tenía el corazón. Él permanecía en silencio sosteniendo el paraguas en una mano y el bastón en la otra. Habían hablado brevemente con Pablo, al llegar, y luego se habían refugiado en un mutismo que, aunque a Aida le producía un gran respeto, no pudo evitar romper en el momento en que oyó musitar unas palabras a la anciana...

—Ay, Salus...

En el calcio del hueso hay una historia: desesperada historia,

desmadejada historia de terror premeditado.

A veces la historia también se escribe con los huesos olvidados, porque cuando se

recuperan, cuando unas manos que llegan del futuro que soñaron —aunque no se parezca tanto a lo que la imaginación y la pasión les dictó antes de abocarlos a la muerte— van desnudando la verdad de la ignominia, comienza a escribirse la historia silenciada, se rescatan las palabras y la memoria, se redime el olvido. Y entonces se habla de un hermano mayor, visto desde los ojos de una niña de diez años, que dos años antes había perdido a su padre después de ser sometido a palizas y torturas en la cárcel de Oviedo, cuando estaba detenido por su participación en la Revolución; se habla del orgullo cuando lo veía salir de casa, tan alegre, con tanta ilusión por cambiar el mundo. Ahora se ve raro, hemos visto tantas cosas que no nos creemos nada, y nos parecen unos ilusos, que seguramente lo eran, interviene el anciano, pero a ver si no fuera por la ilusión, por la pasión por las cosas, a ver qué iba a ser la vida; ella era una niña, dice, pero estaba tan orgullosa de su hermano, y cuando lo veía con el mono azul, y el pañuelo rojo al cuello, en la inconsciencia de los pocos años, ni siquiera sentía miedo: estaban a salvo con gente como Salus, que consiguieron rendir el Simancas y el cuartel de Zapadores, que habían secundado el golpe y habían cometido la temeridad de creer, en aquellos días de julio del 36, que podrían tomar la ciudad sin contar con la resistencia popular y con las disensiones entre los propios sublevados, y tras ese intento terminaron por parapetarse resistiendo durante un mes. Aida, que dejaba que los ancianos (experto él en el armamento de que disponían tanto rebeldes como leales, y ella con tendencia a perderse en el discurso en esos detalles sin importancia que son los que terminan por articular el mecanismo del desconsuelo) fueran desgranando sus recuerdos, aguardaba impaciente —sin perder detalle de los tres esqueletos que se iban desvelando entre la tierra y eran recibidos por un bautismo de nubes, una lluvia levísima que tenía textura de beso— un indicio, algún tipo de señal que confirmara lo que parecía cada vez más cierto: que aquélla era, por fin, por fin, la fosa en la que descansaba, lo del descanso era un decir, su abuelo.

—Ay, Dios, ¿tu abuelo era el Misionero? Ay, neña, cuánto oí hablar de él. Durmió en mi casa la noche antes de marcharse, bueno, creo que ni durmieron, estuvieron allí preparando el petate, ya estábamos muy asustados todos, porque las noticias eran las peores, y Manena, que era la mujer de mi hermano, no hacía más que abrazarlo y decirle que ella se iba con él y con el niño, pero mi hermano que no, que a ella nadie le iba a hacer nada, que ella no había cogido ningún fusil, y que además ellos iban a volver, de momento salían hacia Francia, y allí estaban reuniéndose todos, para iniciar el ataque desde los Pirineos, decían entonces, entrarían de nuevo, bien organizados y apoyados por los países europeos, por Francia y por la Unión Soviética, y por Inglaterra, no iban a dejar que España también cayera en manos del fascismo, el futuro del continente estaba en juego y no dejarían a España abandonada a su suerte, las cosas se habían hecho mal, se habían tomado decisiones equivocadas, y los problemas de armamento, y... Pero iban a volver, Madrid resistía, y todo el Levante, y Cataluña, volverían desde Francia y cortarían el avance de los sublevados,

y entonces se enterarían los fascistas que estaban entrando en Gijón, se enterarían y pagarían por todo. Estaban ellos dos, y el Rembrandt, que era un chaval muy joven que pintaba muy bien, en casa teníamos un cuadro que había hecho él, de la iglesia de San Pedro y la playa... Y entonces tú eres la nieta del Misionero, me acuerdo de que él le dijo a Manena que fuera a buscar a tu abuela, a no sé dónde dijo, y que la cuidara hasta que él volviera, que con la caída del frente norte se acabarían los bombardeos, y ella estaría más segura allí y que cuidara de su hijo hasta que él volviera. Tu padre tuvo que nacer enseguida...

—Mi madre. Estaba embarazada de una niña...

—Ay, dime una cosa... ¿Se llama Inés tu madre? —Aida asintió emocionada—. Siempre decía que si era niña se llamaría Inés, y si era niño Jacobo. Me acuerdo mucho de eso, y de lo guapo que era, porque mi hermano era guapo, pero tu abuelo, hija, tu abuelo era impresionante. Es una pena, mira, aquí se ve, pero sólo el hombro y un brazo, y un poco de pelo...

Era una foto antigua: una pareja enfundada en monos oscuros se agarraba de la cintura, sonreía a la cámara y levantaba el puño. Ella era una sonrisa luminosa, que achinaba sus ojos, una melena corta con gracia y rizos y la cintura un poco ancha, seguramente por un parto reciente. Había otra chica a su lado con un cubo de agua, también vestida con mono, pero con una pañoleta en la cabeza. Y al lado de Salus, el fotógrafo había cortado a otro hombre, alto y también aparentemente con mono, de quien no se podía intuir ni un solo rasgo. Y aun así, era la primera vez que Aida veía algo parecido a una imagen de su abuelo.

—Igual no son ellos —dijo tratando de domesticar la emoción—. Yo lo que sabía es que iban a pasar por La Collaona, desde Laviana a Cabañaquinta, pero esto queda un poco a desmano.

—No sabes cuánto hablamos de esto, cuántas vueltas le dimos al asunto. Yo creo que tuvo que ver con lo que pasó cuando iban a marcharse. Llamaron a la puerta y nos asustamos todos mucho. Estaba la casa hasta los topes: mi madre y mis hermanas, la madre del Rembrandt y su hermano pequeño, ellos tres, que ya estaban preparados para marchar... Era un hombre joven, que por lo visto conocía al Misionero porque venía a buscarlo, que no podía marcharse, decía, que cómo iba a dejarla en esas circunstancias. Fueron unos momentos tan confusos, que no sé muy bien qué era lo que se traía entre manos, pero se marchó con ellos, hablando con tu abuelo y diciéndole que además estaban locos, que ni se les ocurriera intentarlo por donde pensaban, así que creo que a lo mejor modificaron sus planes. Si mi hermano está ahí, voy a saberlo enseguida... Tenía un diente roto, bueno, en realidad dos: el incisivo central izquierdo, que le faltaba la esquina entera, y el siguiente, de una pelea que tuvo. Así que...

Y habrá que contar, desenterrar, emparejar,

sacar el hueso al aire puro de vivir.

Su marido oprimió tiernamente su brazo, a saber cómo estarán, mujer, hasta que no hagan las pruebas del ADN... Pero ella negaba con la cabeza, tenía la seguridad de que ese mismo día iba a saber si podría cerrar por fin aquella historia de dolor, si podría llevar los huesos de Salus al nicho en propiedad donde había ido trasladando los restos de su madre y de sus hermanas, ya que los de Manena permanecían en la fosa común del cementerio.

—Dice la forense que son tres hombres, y uno de ellos es bastante alto, podría ser, Aida, podría ser tu abuelo...

—¿Hay alguno que tenga los dientes rotos? —a la mujer le temblaba todo el cuerpo.

Pablo se lo pensó durante un par de segundos...

—Sí, sí, hay uno, pero... eso no es definitivo, Mariluz, ya lo sabes... Los tres tienen un orificio de bala en el cráneo.

—Claro. Y luego dirían que murieron de hemorragia cerebral, hemorragia interna, que era lo que decían los hijos de puta en las autopsias... —musitó el anciano con una mezcla de rabia, asco y pena.

Cerraron el paraguas. Había dejado de llover y el fotógrafo de la Asociación seguía documentando incansablemente cada detalle: había botones herrumbrosos, alguna hebilla, un lápiz, restos de unas botas...

—¿Qué es esto?

Una chica que llevaba una sudadera de color violeta con los nombres de una retahíla de feministas ilustres señalaba el interior de las costillas de uno de los esqueletos.

Pablo y la forense se acercaron, y Aida, muerta de curiosidad, dio unos pasos, pero se detuvo: había que preservar muy bien los restos de cualquier potencial contaminación y los posibles familiares no podían aproximarse.

—Es como una canica, pero tiene una forma un poco rara.

La forense limpió con un cepillito, parecido a uno dental, los restos de polvo...

—Seguramente la llevaba en el bolsillo de la camisa y al deshacerse... Es vidrio, pero tiene algo dentro...

—Qué cosa más rara —dijo Pablo—. Parece como un hueso de algo, de un melocotón o una ciruela...

... despedida, beso, flor, en el lugar preciso
de la cicatriz.

En Bustiello, unos empezaron a salir de los escondites donde se habían cobijado, aliviados por la llegada de los suyos, y los otros emprendieron la huida. Los más enterados lo habían hecho ya en los días anteriores, cuando el desastre era inminente. Algunos pudieron alcanzar algún barco y otros quedaron en una tierra de nadie, huyendo por el monte en grupos que trataban de ganar como fuera la frontera con Francia. Sin embargo, los que constituían la mayoría optaron por quedarse, convencidos de que nada les pasaría, porque nada habían hecho. Que nada tenían que temer quienes no tuvieran las manos manchadas de sangre, decían los ganadores y repetía don Macrino, que había vuelto aclamado por sus feligreses después de permanecer oculto en una cuadra de Jomezana durante meses. Y luego estuvieron los que decidieron esconderse a la espera de nuevos acontecimientos. Asturias estaba cayendo porque todo habían sido meteduras de pata. La culpa era de Belarmino Tomás, decían unos; de las carencias de armamento, argumentaban los técnicos; del escaso apoyo internacional de la República y, como contraste, el respaldo que Hitler les estaba proporcionando a los sublevados con la Legión Cóndor, por ejemplo, que durante quinientos días había aterrorizado a la población gijonesa, explicaban los expertos en política y estrategia internacional; de la falta de entendimiento entre comunistas y socialistas, añadían otros; y había quien atribuía la responsabilidad del desastre a la escasa disciplina de los anarquistas. Pero no estaba todo perdido, decían aquellos que practicaban como única religión posible el optimismo: no había caído toda España, aún quedaba esperanza, aunque era difícil mantener cualquier atisbo de un bien tan escaso cuando el terror empezó a extenderse como una marea indomable, alentada por un afán de venganza tan colosal como insaciable, con el objetivo de «dejar España limpia para dos generaciones» por el procedimiento de eliminar a cualquiera que fuera sospechoso de albergar «la semilla del mal», de incautar los escasos bienes de las familias perdedoras, de rapar al cero a las mujeres, de obligar a las viudas de los rojos a albergar en sus casas a alguno de los moros que habían venido con las tropas nacionales (convirtiéndose de forma automática en mujeres de mala reputación), todo eso, si conseguían librarse de la muerte o de la cárcel.

Gustavo Bartomeu sobrevivió muy poco tiempo a su hijo. Si siempre tuvo la sensación de que para Eusebi no había muchas opciones y tarde o temprano alguien llegaría a llamar a su puerta en mitad de la noche para anunciarle que tenía que hacerse cargo de su cadáver, lo que no creía que iría asociado a tal suceso era la desaparición, como si se la hubiera tragado la tierra, de Paloma. Si no fuera porque Montse se encargó de revolver entre sus cosas y descubrió que faltaban algunas

prendas de su armario, se habría aferrado a la posibilidad, no sabía si menos alentadora, de que la chica hubiera sido arrancada contra su voluntad de aquella casa, donde tanto se la quería. La teoría de Montse, enloquecida por la pérdida de Eusebi, era que Paloma era la responsable de su muerte, que lo había matado ella, y poco importaba que su marido le repitiera hasta la saciedad que Paloma no tenía ninguna pistola.

Eusebi había muerto sin que se conociera al autor de la muerte, que podía ser cualquiera de los rojos que campaban a sus anchas y que lo tenían en su punto de mira, y Paloma había desaparecido, y sólo dos meses más tarde, justo cuando entraron los nacionales, la pequeña de los Montañés también había huido, «porque no tendría la conciencia tranquila, como para tenerla, llevando en su vientre el fruto del pecado, nada menos que de aquel famoso Misionero», aseveró don Macrino, que aseguraba que el apodo del sujeto en cuestión ya era en sí mismo una blasfemia, y que si hacía memoria, no podía recordar cuándo fue la última vez que había escuchado en confesión a Claudia, ni cuándo la había visto aparecer por la iglesia en aquellos confusos años en los que había quedado claro quiénes eran buenos cristianos —porque a la manera de los mártires de las catacumbas, eran capaces de dar testimonio de su fe a pesar de las grandes dificultades y peligros que eso suponía— y quiénes habían dado la espalda no sólo a Dios sino a su ministro. Y de ésos (los unos y los otros) ya había tomado él buena cuenta. Alguien supo que Claudia se había ido de Pomar acompañada de una joven que vino a buscarla, alguna roja, seguro, y su pista se había perdido en unos días en que la desbandada general apenas era contenida por los severos controles que trataban de imponerse. A Gustavo Bartomeu le importaba muy poco (y menos aún tras la muerte de su hijo y la desaparición de Paloma) la suerte que hubiera podido correr Claudia, pero su condición de tutor de las hijas de Montañés le hacía responsable de aquella pobre loca que había quedado sola en el enorme caserón de Pomar, así que, con la colaboración de don Macrino y a pesar de las reticencias mostradas por Efrén Rubiera, a Sidra le encontraron acomodo en un asilo que regentaban las monjas de la congregación de Almudena y Begoña. Gustavo Bartomeu le indicó a Dorotea que preparara unos baúles con ropa de la casa y vajillas a modo de ajuar para congraciarse con las monjas que le iban a quitar el cargo de Sidra, pero Dorotea, llevada por un sentido de la justicia aprendido de su familia, repartió algunas cosas (sábanas, toallas, vajillas, colchas) en dos baúles diferentes, y en uno de ellos añadió además algunos recuerdos —como aquel mantón de manila, la cajita de música, el *Nieves*, que era el recetario de cocina que tanto le gustaba a Claudia, un cuaderno que encontró escondido bajo el colchón de la cama de la pequeña, y otras cosas de similar jaez—, y le encargó a Migio que cuando se hiciera de noche lo recogiera de la caseta de las herramientas, de la que él aún seguía teniendo llave, y se lo llevara a Revallines, puesto que quería guardarlo para Paloma y Claudia cuando volvieran, o que si le parecía mejor, lo guardara él mismo en su casa, pero que a ella no le llevaba

la conciencia que unas monjas se quedaran con todas las cosas que habían sido de doña Ángeles, mientras que sus hijas andarían por ahí, sabe Dios. Y había roto a llorar. Años más tarde, a punto de morir, le había entregado a Paloma aquellos restos del naufragio de Pomar, la memoria mínima de los tiempos de bonanza y felicidad, y junto con ellos, y a pesar de que había dudado hasta el último instante de la conveniencia de hacerlo, la había hecho depositaria de una envenenada confesión: su conocimiento de que había sido Sidra la responsable de la muerte de Manuel.

Además de las desapariciones de Paloma primero y de Claudia después, y de otras más o menos previsibles, como la de Chano —que, según se dijo, se había echado al monte con los Cepedales en las montañas alleranas— y otros que se pusieron a las órdenes de Arístides Llaneza, los Caxigales, Bóger, Rendueles, Onofre o Ferla, hubo otra ausencia extraña e inexplicable: la de Andrés, tres o cuatro días antes de que Claudia saliera precipitadamente de la casa de Pomar. La pista de Andrés se perdió después de que una mañana se despidiera de Camino diciéndole que tenía que ir a Gijón y no quisiera entrar en detalles. Su madre, asustada ante la decisión que leyó en su mirada y el presagio de desdicha que vivía en el fondo de sus ojos claros, no pudo evitar revivir un augurio que había hecho lo posible por olvidar muchos años atrás cuando aquel hombre guapo, listo y bueno que ahora la besaba en la mejilla era un bebé que dormía en su cuna. Quiso preguntarle a qué tenía que ir a Gijón, pero sabía por experiencia que Andrés jamás contaba nada que no quisiera contar, y además supuso que Efrén estaría al corriente, que incluso cabía la posibilidad de que fuera por algún asunto de trabajo, para conseguir algunas medicinas que escaseaban, por ejemplo. Pero no volvió. Un tiempo después, don Macrino, visiblemente excitado, recorrió con toda la premura que le permitía el revuelo de sotana y manteo en pelea con el viento de noviembre el camino hasta El Pedroso, para llevarle a Camino una noticia que acababa de llegarle. Agitaba, como se agitan los pañuelos en una despedida de tren, la carta en la que se daba cuenta de que Andrés se había incorporado al ejército nacional en Valladolid y desde allí pedían una Garantía para confirmar su identidad. Y aunque Camino respiró con alivio, no consiguió liberarse de la tenaza de tristeza que llevaba estrangulando su corazón desde el instante mismo en que se despidió de su hijo.

Pasaron los días, y las semanas, y un buen día también desapareció Gustavo Bartomeu. Su mujer dio la voz de alarma, porque se había despertado y la cama estaba vacía, y nadie lo había visto. Lo buscaron por todas partes, por Bustiello, por las vías, en las inmediaciones del río. Todo el mundo sabía que la muerte de Eusebi lo había dejado particularmente abatido, y su salud tampoco era muy buena. Después de todo el día llamándolo a gritos por los alrededores, al final, a una de las criadas se le ocurrió que a lo mejor estaba en el sótano, aunque hacía años que no lo veían bajar, y allí lo encontraron inerte: sentado en el raído sillón cómplice de tantas horas, ante una pared blanca donde se proyectaba una película tan gastada que ya

nada se podía distinguir en ella.

—¿Y cuándo lo sabrás? ¿Cuándo te dirán si es o no?

—Tardan bastante tiempo, y si quieres que te diga la verdad, estoy tratanto de no pensar en ello... Hay uno que casi con toda seguridad está identificado como Salus: su hermana contó que tenía dos dientes rotos, y aportó una foto en la que se le veía sonriendo, y los dientes estaban tal cual. Y luego hay otros dos, uno podría ser un chico al que llamaban el Rembrandt, porque aparecieron los restos de un lápiz y por lo visto él siempre llevaba lápices consigo porque a la mínima dibujaba en el primer papel que encontrara; y luego está el otro, que dicen que podría medir 1,83, 51 centímetros de fémur, que vamos, era bastante alto para la época, ése podría ser, casi seguro... Pero todo dependerá del ADN mitocondrial.

Paloma se quedó callada. No tenía buen aspecto y sentada en la butaca frente a la ventana jugaba con un hilo que sobresalía del dobladillo de su bata mientras miraba a través del cristal y buscaba a lo lejos la vía del tren.

—Bueno, pues si es, se cerrará por fin la historia... Podrás enterrarlo con tu abuela y ella descansará en paz por fin. ¿Y tu madre qué dice?

—Mi madre, lo de siempre. Lleva tan mal este asunto, que puede estar en todas las excavaciones siempre que no exista ni la más remota posibilidad de que sea su padre el que está allí. Me ha dicho que hasta que no tenga la confirmación, no quiere que le diga nada de nada.

—Claro, toda la vida viviendo a la sombra de un mito... Hace mucho que no la veo. Lo pienso a veces: para ser la única sobrina que tengo, siempre hemos tenido una relación rara. Contigo es otra cosa.

—Ya, bueno, mi madre ya sabes cómo es. Nunca tuvo referencias familiares, en realidad. Eran ella y mi abuela, así, en plan supervivencia las dos, con el recuerdo de mi abuelo y con la esperanza de que un día volviera la República. Y luego mi padre, que era igualito. A mi madre le hablas de Pomar y de la familia y todo eso, y le sale un sarpullido. En lo que a ella se refiere, su única familia es el Partido.

—Ay, Aida. Qué dura es la vida. Y qué corta.

—Pareces un personaje de Woody Allen. Ya sabes, las dos mujeres que están en un restaurante y una le dice a la otra: «La comida de este sitio es horrible», y la otra le contesta: «Y las raciones muy pequeñas». Curiosa esa filosofía que te gastas, Paloma.

—¿Woody Allen es el que tiene una estatua en Oviedo? Pues si es así, tiene razón, pero no sé por qué te extrañas: cuanto más pasa el tiempo, más me convenzo de que esta vida es una tomadura de pelo. Si tuviéramos sentido del humor, le pillaríamos la gracia, pero como no lo tenemos, no entendemos la broma y nos desesperamos en la

contradicción: la vida está llena de calamidades, y encima, coño, encima no dura nada.

—Está bien que lo digas tú, que vas a llegar a los cien años tan pichi...

Paloma no respondió. Se incorporó lentamente y con la ayuda de Aida se metió en la cama.

—Con todo lo de la fosa y eso, no me has contado qué tal por Madrid con ese novio tuyo actor.

—Ay, es verdad. No te he contado que conocí a su padre. Anda que no te gustaría, Paloma, tendría que presentártelo: es un tipo encantador, muy atractivo, de verdad.

—Pues haríamos una pareja estupenda. Casi centenarios y con la cabeza a pájaros.

—Eh, eh... Que tú tienes la cabeza muy requetebién. Y él, si quieres que te diga la verdad, no la tiene tan mal. Le diagnosticaron alzhéimer, aunque hay dudas, porque según dicen está evolucionando demasiado despacio. Yo creo que se acuerda de todo. Al menos de todo lo que quiere acordarse.

—¿Y vas a escribir sus memorias?

—Seguramente. Habíamos quedado para el día siguiente al del encuentro, pero Bruno me dijo que estaba constipado y tenía algo de fiebre, y luego yo adelanté un día la vuelta por lo de la excavación, así que lo dejaremos para el mes que viene, que me han dicho que a lo mejor viene él por aquí, incluso. Pero no sé, porque es una cosa curiosa: tengo la sensación de que hay un montón de secretos que sólo sabe él, que no le ha contado a nadie, todo lo que tiene que ver con el tiempo anterior a la guerra, y que está metido en una paradoja: no quiere que se sepa, pero a la vez, como duda de su memoria, y él es el único que lo sabe, teme que se pierda...

—Una contradicción, como todo en esta vida...

—Es lo que te estoy diciendo. Pura contradicción. De todos modos, me sucedió una cosa: creí que no iba a soportarlo, que ya sabes lo mal que llevo yo a los fachas, y me daba rabia porque es el padre de Bruno, pero no fue así, la verdad. Es educado, simpático... jolín, hasta tierno.

—Y seductor, por lo que veo. Que como tuviera cuarenta años menos...

—No te digo que no. A mí me ha dado la vuelta a muchas cosas, porque por primera vez en mi vida he sentido, y me da un poco de vergüenza decirlo, cómo te diría, ternura, por alguien que ideológicamente está tan lejano a mí.

—Pues eso va a ser que estás madurando, Aida, y que por fin te has enterado de que las personas lo son independientemente de sus ideas...

—No, no, Paloma, no te pases, que tampoco es eso. Esto ha sido excepcional. Yo nunca podré estar cerca de determinada gente, eso es imposible... —Aida se fijó en el

cansancio que como un velo empezaba a cubrir el rostro de la anciana—. Uy, estás agotada, y yo aquí dándote la barrila... Voy a irme, para que duermas. Iba a enseñarte unas fotos que me traje de Madrid, pero ya las vemos otro día. Y voy a traerte princesitas de la confitería de La Playa, ¿quieres?, que hoy has cenado poquísimo...

—Sí, hoy llevo todo el día muy cansada. Será la primavera. ¿Qué hora es, neña?

—Son las ocho y cuarto...

—Bueno, entonces está al pasar la máquina de las ocho y veinticinco. Luego me dormiré...

Aida sonrió. A veces Paloma se refería al tren con el nombre de la máquina: una reliquia lingüística de Pomar. La besó en la frente y salió de la habitación, maldiciendo su suerte porque aún tenía que pasar por el periódico. Paloma se incorporó y comprobó que Aida había olvidado una carpeta sobre la mesita. La cogió con dificultad y la abrió. Había tres fotos, dos en blanco y negro y una en color. Esta última era de Bruno, a quien ya había visto en fotos en numerosas ocasiones. Las otras dos parecían antiguas y eran de un hombre que seguramente sería el padre de Bruno, así que Paloma, con la curiosidad ganándole la partida al cansancio, acertó a ponerse sus gafas para verlas bien.

Quiso llamar a Aida, pero seguro que ya habría alcanzado el ascensor, y a lo mejor hasta ya estaba en el aparcamiento. Pensó en llamarla por teléfono, aunque no le gustaba nada usar el móvil, y además, igual no estaba calculando bien el tiempo y ella podía estar conduciendo ya, y no quería provocarle un accidente, que en la radio siempre decían que no se podía hablar por el móvil mientras se conducía. Qué rara era la vida, qué rara. Por primera vez, tenía la sensación de haber dado con el quid, lo que Nicodemo, su segundo marido, había llamado siempre el sentido de la vida. Minutos antes, hablando con Aida, había empezado a entreverlo y esa sensación de estar tan cerca de ello le gustaba y le daba vértigo, pero sobre todo le hacía sonreír, porque por fin comprendía que todo era una gran broma, y ella en ese instante, viendo aquellas dos fotografías, por fin acertaba a atisbar el sentido del humor de quienquiera que fuese el autor del guion con que nos movemos todos. Tenía que decírselo a Aida: iba a quedarse de piedra, y a lo mejor se reía, o no, porque Aida aún era joven y a lo mejor no entendía la broma, el gran juego, quién sabe si a lo mejor hasta se disgustaría, pero tenía que decírselo: en cuanto despertara por la mañana, le diría a la chica que le llevaba el desayuno que llamaran a Aida, que le dijeran que tenía que hablar con ella, que era muy importante, que era muy importante...

Oyó llegar a lo lejos el tren y vio cómo se acercaba poco a poco: qué curioso, era un tren muy viejo, no ése tan moderno que pasaba como una exhalación por su ventana... Era como la máquina de carbón que pasaba por Pomar, y si se fijaba bien —y éste ya era el colofón de la broma—, el maquinista era Antón, sonreía, veía su

sonrisa blanca a lo lejos, iluminando el atardecer, y le hacía un gesto, el gesto de siempre para que se subiera con él, y sólo en ese instante Paloma se preguntó cómo era posible que estuviera viendo aquello, si tenía los ojos cerrados, tanto, que ni siquiera se había dado cuenta de que el ópalo de su anillo se había vuelto inesperadamente turbio.

Hola, Aida. Si me estás viendo ahora... Todas las grandes confesiones empiezan así: si estás leyendo esto, es porque yo ya estaré muerto, etcétera. No, si estás viendo esto, es porque eres, como yo creo, muy lista. Que yo esté vivo o no cuando lo hagas es lo de menos. Si ves esta grabación, es porque habrás adivinado la contraseña que he puesto en el archivo, y habrás escrito «larosaroja», que es como llamaban a la mujer por quien, según cuentas, te pusieron el nombre. Aida Lafuente, que sonreía mucho y era dura como una roca y tierna como el pan recién hecho.

Si estás escuchando estas palabras, es porque mereces conocerlas, y dará igual que yo esté vivo o no, aunque lo más probable será que no lo esté, y no podré aclararte ninguna duda que se te ocurra al hilo de lo que voy a contarte, así que tendré que hacer un esfuerzo para contarlo todo bien.

Sólo una cuestión previa, aunque sé el riesgo que corro con ello: esto es sólo entre tú y yo. El otro día hablaste de la búsqueda de un interlocutor, y tienes razón, la vida es una búsqueda constante de un interlocutor. Fíjate que no hablo de la búsqueda de la media naranja, ni nada parecido, no. Un interlocutor, da igual quién sea, y en qué momento de la vida aparezca, y qué tipo de relación o afecto nos una a él. Así que lo que voy a contarte te lo cuento a ti. Tú sabrás si, cuando yo no esté (que no estaré cuando veas esto), se lo cuentas a Bruno o no. Tú sabrás si lo compartes con él. Piensa que te he elegido a ti como interlocutor, no a él. Es decisión tuya.

Sé, porque no puede ser de otra manera siendo como eres pareja de Bruno, y porque no tengo más que mirarte a los ojos, que estás en las antípodas de mi modo de ver la vida. Vamos, que yo soy el prototipo de facha y tú una roja pura y dura. Irreconciliables en esta España tan dada a dividir en dos. Seguro que, como Bruno, eres del Barça y que odias al Madrid, que prefieres Gijón a Oviedo, que te gusta Sabina y detestas a Julio Iglesias, y que, por tanto, tú y yo jugamos en dos equipos totalmente diferentes (aunque, bueno, tengo que aclararte que a mí Julio Iglesias tampoco me gusta, tranquila...). Sin embargo, querida Aida, la vida es muy rara, y te da sorpresas como decía Pedro Navaja. O el borracho de la canción de *Pedro Navaja.* Y yo tengo muchos años y he visto cosas que los demás no creeríais, naves ardiendo más allá de Orión, etcétera.

Cosas que no te creerías.

Que yo he sido más rojo de lo que tú serás nunca.

Ya está, ya lo he dicho. Y sin epidural ni nada.

Por algún sitio del disco duro de mi ordenador hay archivos cuya contraseña he olvidado, pero tú como eres hábil a lo mejor conoces la forma de recuperarlos. De ser así, te encontrarás con textos en los que he ido contando las circunstancias de mi infancia, la muerte de mi hermana Inés, el asesinato de mi madre, la cárcel de mi padre, el modo en que mi maestro, Jacobo Ordóñez, me crió en su casa. Y te preguntarás por qué no le he contado nada de esto a Bruno y yo no sé responderte. Cuando uno se construye una vida a la medida, no resulta fácil incorporar retales extraídos del abismo del pasado, y que encajen. Siempre se notan las costuras, siempre quedan hilos sueltos de los que tirar, que terminan por deshacer el complicado entramado que has ido cosiendo. ¿Cómo se llaman esas labores de retalitos de tela de colores?... ¿patchwork? Pues eso. He diseñado una vida ficticia con tanta precisión, que cualquier fragmento de realidad podía echarla a perder.

Pues eso: que fui un niño marcado por la violencia, rescatado para la vida por un maestro que me enseñó a pensar y a creer en la justicia, que viajé por Europa a finales de los años veinte y aprendí muchas cosas. Que fui un maestro que jamás enseñó a niños, aunque recorrí toda España llevando libros, cuadros, teatro y música a quienes ni los tenían, ni tenían medios para conseguirlos. Que fui amigo de Federico García Lorca; que me hice del Partido Comunista primero, y luego fui anarquista y luego una combinación de todo ello, y luego ya no fui nada, que era la única forma de ser yo. Que burlé a la muerte y, gracias a ello, nací de nuevo. Que disparé y seguro que maté a personas de los dos bandos. Que alguien murió por mí y fue una muerte inútil.

Que no me llamo Andrés, y que nadie, aparte de ti, que lo sabes ahora, conoce ese secreto. Tampoco tengo los noventa y un años que según mi DNI cumpliré dentro de unos días, sino casi noventa y cinco.

Que soy un jodido traidor.

Y que tuve un gran amor en los años anteriores a la guerra, una mujer a la que, lo que son las cosas, vi hace poco en una residencia, después de más de setenta años —esa historia sí que te gustaría escribirla, te lo aseguro—, y que en algún sitio, quién sabe si en tu tierra —si es que su madre consiguió sobrevivir al final de la contienda—, habrá un hijo mío que por mucho que haya oído hablar de mí, no me conoce, ni me conocerá nunca.

Se hace duro, yo creía que no, que hablarle a mi propio rostro en la pantalla era preferible a tener que vérmelas con tus ojos azules mientras te digo estas cosas, pero tampoco es nada fácil mirarme a mí. Son demasiados años de impostura y ya no sé quién es el menda que me mira desde esta especie de espejo que es la pantalla, rehuyéndome la mirada, eso sí, porque si miro a la *webcam* no me veo. Tú me verías entonces los ojos, pero vas a permitirme que me reserve esta última frontera: si

imagino tus ojos mirándome en el abismo del circulito de la *webcam*, en el piloto mínimo de luz, sí que me sentiría desnudo.

Saber que era posible que tuviera alzhéimer en parte me produjo un gran consuelo. Eso de tener un secreto tantos años cansa mucho. No sabes cuántas veces quise dar un puñetazo encima de la mesa y confesar a gritos quién era y por qué había llegado a donde había llegado. Muchas, te lo aseguro, pero luego respiras y piensas y vuelves a comerte esa especie de revolución que han emprendido los habitantes invisibles de las zonas más sensibles de tu alma: los últimos soldados de la conciencia, o como quieras llamarlo. Con el diagnóstico me sentí aliviado por una parte y horriblemente apesadumbrado por otra. Me angustiaba que con la pérdida de mi memoria nadie, nadie en absoluto, supiera de mí. Que es una tontería, ya lo sé, al fin y al cabo qué más da. Qué queda de nosotros cuando nos vamos, aparte de un puñado de pensamientos que terminarán fulminados en unos años, o como mucho cuando se extinga la memoria de quienes nos guardan. Qué más da, pensaba todo el rato. Al olvido, ya está, todo al olvido.

Pero seguía angustiándome. Igual por narcisismo, vete tú a saber, el caso es que no soportaba la idea de que yo hubiera pasado por el mundo y nadie supiera mi verdadera historia.

Tengo mucha suerte, porque el alzhéimer, si es que lo es, está siendo inusualmente lento. El otro día hablé con un terapeuta que es nieto de un amigo mío y dice que lo mismo están equivocados y lo mío no es alzhéimer. Da igual, está siendo muy lento, así que a lo mejor la muerte me pilla antes. Pero aun así.

Ay, Aida, qué difícil es todo.

Un día empecé a llamarme Andrés Braña. Pero antes, durante unas semanas interminables, fui Andrés Barea. El apellido lo elegí porque me pareció adecuado después de pasarme perdido en una braña de tu tierra semanas enteras, tratando de orientarme, escondiéndome, comiendo lo que pillaba, que no era mucho. Un día me metí en una cuadra y ordeñé a una vaca, yo que no lo había hecho en la vida. En realidad, mamé de sus ubres directamente. Otro día le robé un trozo de pan y un poco de chorizo a un paisano de un pueblo que iba a atender el ganado. Le dije que tenía una pistola, pero yo creo que no me creyó, que le di pena y me dio su comida por pura lástima. Como me moría de sed, un día bebí agua de lluvia que encontré en el hueco de una roca y sabía a rayos, y a los diez minutos encontré una fuente. Me escondía durante el día por donde podía, porque tenía la sensación de que iban a divisarme desde cualquier sitio, aunque salvo algún pastor nunca vi a nadie, y trataba de avanzar por la noche, que era lo mismo que caminar a ciegas. El mundo rural y la montaña me eran tan ajenos, que no sé cómo sobreviví. Pero lo hice. Escapar de la muerte es lo que tiene, y yo había escapado.

Al principio, cuando hui, con una desorientación total, pensé en volver hacia las

cuencas, al fin y al cabo me habían regalado la vida para que lo hiciera, para asumir mis responsabilidades como futuro padre. Pero mientras deambulaba por la braña, maldiciéndome por no haber aprendido lo que debería acerca de las estrellas, o el lenguaje del musgo en los troncos de los árboles (no veía musgo por ninguna parte, dicho sea de paso), y preguntándome cómo encontrar el camino del sur en condiciones —porque yo había sido entrenado, relativamente, claro, para la guerra, pero, chica, la guerra urbana, la movilización callejera, esas cosas—, mi pensamiento era un laberinto, y cavilaba sobre una cosa y la contraria, y oía los disparos que eran para mí y de los que me había librado. La montaña era un misterio, y el silencio de la naturaleza, tan ajeno, funcionaba como un altavoz insoportable de mis reflexiones, y toda mi existencia, las decisiones que había ido tomando, me acompañaban y me acosaban: me preguntaba por qué había dejado irse de mi vida a Preciosa Duarte, de quien nada sabía, ni siquiera si estaría viva y dónde. Y pensaba también en Claudia, aquella chica que estaba loca por mí, que cambió su vida desde el mismo momento en que me conoció. Era una muchacha de la cuenca, hija del director de las minas de la Sociedad Hullera, la empresa del marqués de Comillas, y desde el mismo momento en que aparecí por su pueblo con las Misiones Pedagógicas, enloqueció por mí. Iba a decir que inexplicablemente, pero eso sería tener una modestia que, para ser sinceros, no he tenido jamás. A mí también me gustaba mucho, y volví a verla aprovechando que los de las Misiones tenían proyectos para mí en Asturias. Era todo un poco extraño, porque yo tenía relaciones con muchas mujeres, pero con Claudia siempre volvía, y ella no sólo no tenía ni la más remota idea de que eso era así, sino que estaba tan segura de su amor por mí, que no le entraba en la cabeza que mi amor por ella fuera ni un milímetro menor. Tenía que reconocerlo y sigo reconociéndolo ahora: no es fácil hacer lo que ella hizo y menos en aquel tiempo y en aquel mundo de donde venía, con todo su equipaje provinciano, yo diría que casi feudal. Así que a ratos yo pensaba en ella, en la calidez de su abrazo, y a ratos en la mirada ígnea de Preciosa, y otras veces la cabeza se me iba al recuerdo de cualquiera de las mujeres que amé en aquellos días y hasta me daba un poco de pena pensar en el candor de Claudia, en su amor sin reservas y sin sospechas, en su entrega. Me agarraba a ese pensamiento, a la voluntad de volver a su lado y vivir con ella y con el hijo que íbamos a tener, y que a mí me había pillado totalmente a contrapelo, aunque ahora lo pienso y me doy cuenta de lo inconsciente que era, yo qué sé, iba a tener un hijo, pero ni pensaba en lo que eso suponía, todo pasaba rápido, todo podía dejar de pasar en cualquier momento. A lo mejor era un regalo y mi oportunidad para empezar a tomarme la vida de otra manera y convertirme en adulto. Pero a la vez me daba pánico y no quería volver... En Asturias al menos, la guerra estaba perdida y yo no quería pasar por las penalidades que no me costaba trabajo imaginar que me esperaban. Y con una mujer y un hijo... Ufff...

Y sin embargo, yo me había librado de la muerte por eso, para eso.

Me había librado de la muerte gracias a Andrés Barea, en quien acababa de convertirme. Andrés Barea era un muchacho del pueblo de Claudia. Según me contó, habían sido hermanos de leche y el chico le profesaba un cariño inquebrantable. En el pueblo todos lo querían mucho y creo que no veían con buenos ojos que Claudia, de quien siempre había sido inseparable, hubiera abandonado lo que era un proyecto de boda segura por un forastero como yo, que en aquel pueblo, mojigato y cerril, venía a ser el mismísimo demonio.

Por ella me buscó Andrés. Por ella fue hasta Gijón y rastreó hasta encontrarme justo cuando me iba con otros dos compañeros. Y empezó a ponerse pesado. Que volviera, decía. Que no me pasaría nada, que volviera a su pueblo que no recuerdo muy bien cómo se llamaba, creo que Bustiello, y que ella me aguardaba allí, que le quedaba muy poco para dar a luz y que me necesitaba a su lado. Yo no estaba para andar dándole lecciones de revolución y esas cosas, que era una conversación que habíamos tenido muchas veces cuando yo iba por su pueblo, y él siempre adoptaba una actitud francamente irritante: la del menda que ves que puede estar próximo a ti en las ideas, pero se empeña de manera sistemática en dar la contraria, en adoptar otro punto de vista, en ser considerado con los planteamientos del otro lado.

Le dije que no pensaba volver, que íbamos a pasar por la montaña hasta llegar a un sitio que me parece que se llamaba Cabañaquinta, que allí nos esperaban unos compañeros que estaban organizando pasos a través del monte, y que de camino ya decidiríamos si intentábamos pasarnos al frente hasta alcanzar las posiciones republicanas, o si seguíamos las rutas que muchos estaban siguiendo hasta Francia, hasta los Pirineos, para la reorganización que se estaba preparando. Para invadir y recuperar. Y ganar.

Andrés me dijo que no fuera iluso, que yo sabía de sobra que estaba todo perdido, que lo que tenía que hacer era ver la forma de demostrar que yo no había hecho nada, que igual ni me metían en la cárcel, y si lo hacían, sería por poco tiempo, y que lo importante era que estuviera al lado de Claudia, que ella me necesitaba, y otra vez lo de que iba a ser padre y mis responsabilidades y tal y cual.

No hubo forma de librarme de él. Ahí siguió venga y venga a decirme lo mismo. Salus, uno de mis camaradas, amenazó con darle una hostia, pero nada. Llegó a recogernos la furgoneta con la que habíamos quedado y el tío va y se sube con nosotros. Que no iba a dejarme hasta que me lo pensara mejor, hasta que me convenciera.

Yo le dije que si tanto le importaba Claudia, por qué no se iba él con ella y la cuidaba y estaba a su lado. Tengo esa respuesta grabada a fuego en la cabeza, Aida, me miró desde lo más profundo de sus ojos transparentes y me dijo sólo: «Porque ella te quiere a ti», y en ese momento, mira que yo estaba irritado con él y cansado de aguantar su cháchara, pero me conmovió. Y pensé que a lo mejor tenía razón, pero lo

primero era lo primero, y tenía que ver con la guerra, entonces era tan idiota que pensaba que la felicidad individual sólo era posible si alcanzábamos una sociedad mejor. Y también por Claudia y por el hijo que íbamos a tener, yo tenía la responsabilidad moral de ganar el futuro para ellos.

Y en esto llegamos a Langreo por carreteras que eran caminos prácticamente y allí conseguimos que se bajara, y que emprendiera la vuelta a su pueblo por una carretera que une las dos cuencas. Nosotros nos fuimos a la casa del maestro, que era quien iba a ocultarnos hasta la noche, en que seguiríamos la ruta, pero ya caminando. El maestro tenía preparado un zulo en la casa, donde se iba a esconder por lo que él pensaba que serían unos días. En realidad, no era un zulo propiamente dicho, nos lo enseñó y yo casi me muero de la angustia: se trataba de un hueco entre dos tabiques que tenía el ancho de una despensa, que era por donde se accedía. Le dije que se viniera con nosotros, pero él ni se planteaba dejar sola a su hija, y además, dijo, en una semana esto se resuelve. Recuerdo que pensé que anda que como tuviera que quedarse una semana... qué ilusos. No sé el tiempo que permanecería encerrado allí, si es que llegó a hacerlo y no lo cazaron antes; me acordé de él cuando en la Transición empezaron a salir los topos que habían permanecido ocultos en sus casas, enterrados en vida. Recuerdo que pasamos las horas aquellas hablando de la reorganización, no nos entraba en la cabeza que estuviéramos perdiendo la guerra y aquello a pesar de todo no era una huida, sino un puro movimiento estratégico. No entiendo todavía cómo podíamos almacenar tal cantidad de inconsciencia en la cabeza. Recuerdo a la hija del maestro, que me ponía ojos y me ponía... vamos, directamente me ponía, como decís los jóvenes ahora, y de buena gana me habría ido con ella al piso de arriba, pero las circunstancias no eran demasiado favorables, y recuerdo que cuando ya nos íbamos a ir, tuve la sensación de que me quedaba pendiente aquel polvo.

Bueno, pues cuando íbamos a marcharnos, un rato antes de amanecer, allí apareció otra vez Andrés. Que ni se nos ocurriera ir por donde pensábamos: tenía noticias de que había desplegadas partidas de falangistas que andaban de caza, porque la gente estaba saliendo en estampida. No sé con quién había hablado, no sé qué contactos tenía, pero me dijo algo que me sobresaltó: que estaban muy interesados en mí. Que me buscaban. Salus quiso entonces pegarle un tiro directamente, porque dio por hecho que Andrés era un soplón: todos sabíamos de dónde venía y no nos costaba imaginar que podía habernos delatado. El Rembrandt, que era el otro que iba con nosotros, era de la zona, conocía bien los montes y sugirió una ruta alternativa, y perdimos un buen rato analizando pros y contras sin tener ni puta idea de nada. Yo conseguí tranquilizar a Salus, y Andrés me llevó aparte y me dio un papel que llevaba doblado en el bolsillo de su camisa. «Mira —me dijo—, ésta es mi cédula de identificación: quédatela tú por lo que pueda pasar, por si te la piden. Y vuelve a Bustiello y coge a Claudia y llévatela contigo a donde sea, pero cuídala, te

lo ruego, cuida de ella».

Nunca sabré cuánto sabía Andrés, ni por qué sucedieron las cosas, ni por qué quiso seguir con nosotros, aun cuando decidimos cambiar de ruta (más complicada, más larga). Dijo que nos acompañaría y que cuando llegáramos a Cabañaquinta nos separaríamos: él tiraría hacia abajo para volver a Bustiello, y nosotros podíamos hacer lo que nos diera la gana. Yo creo que se empeñó en seguir con nosotros porque albergaba la esperanza de convencerme. O no sé por qué.

Tampoco sé, ni puedo recordar, cómo sucedió todo, la confusión, los disparos, las carreras, cuando llevábamos un buen rato caminando monte arriba. Eran unos cuantos y surgieron de la nada. Corrimos. Dispararon. Disparamos. Andrés se quedó quieto. No sé cómo escapé. Creo que le dieron a Salus porque le oí gritar. Corrí más. Pensé que me seguirían y me tiré a rodar hasta que unos matorrales detuvieron mi marcha. Allí me quedé.

La montaña es una caja de resonancia y los sonidos tienen una vida extraña. No sabía cómo estaba de lejos, pero en un momento oí que alguien decía: «Vas a decirme ahora mismo cómo te llamas», y la voz de Salus diciendo: «Tu puta madre», y un golpe y un «A éste le voy a meter yo la astrona por el culo y lo voy a reventar por dentro», y luego otra voz: «Soy Ángel Bravo, soy madrileño y soy de la FAI», pero no era mi voz, no era yo quien hablaba, era el gilipollas de Andrés, que estaba firmando su sentencia de muerte.

No sé cuánto tiempo permanecí allí en aquel matorral, pero pasaron horas, llovió un rato, y luego salió el sol que estaba muy alto en el cielo, así que sería mediodía, y allí seguí sin atreverme a salir hasta no sentirme protegido por las sombras. No sé si me buscaron, pero yo sí los busqué. El instinto me decía que tenía que huir, pero no sé qué sentido de la lealtad me obligaba a intentar rescatarlos, a saber al menos qué había sido de ellos.

Seguí unas voces y llegué a divisar una cuadra. Los tenían allí, pero afuera había al menos cuatro y yo estaba solo. Un solo disparo, suponiendo que a aquella distancia me cargara a uno de ellos, delataría mi posición y no tenía muchas posibilidades de huir. Ya había sido milagroso hacerlo una vez, que yo era un chico de ciudad, que no se me olvidara. Aguardé escondido sin saber qué hacer y pasaron las horas. Interminables. Cuando amanecía vi que los sacaban y se los llevaban. A los tres.

No hice nada, Aida. Sólo me escondí. Y dos horas más tarde oí disparos. Tres. Y supe que los habían matado.

También supe que, a mí, Andrés acababa de regalarme la vida, y yo, si era un hombre, debería utilizarla para lo que él acababa de sacrificar la suya, pero no lo hice.

No lo hice, porque fui un jodido traidor.

Al principio me engañé a mí mismo: tenía que llegar al frente más próximo para

incorporarme al ejército republicano. No tenía ni idea de cómo hacerlo, y aquello tenía que estar lleno de nacionales. Ni siquiera sabía muy bien dónde estaba, porque aunque existía la posibilidad de haber caminado en círculos, llevaba varios días andando, así que lo mismo estaba ya en la provincia de León.

Un día encontré a un pastor y me dijo que aquello eran las proximidades de Puebla de Lillo. Y me señaló un lago: el lago Ausente, dijo. Y me pareció un nombre precioso.

No sé si enloquecí aquellos días, Aida. Hacía frío, muchísimo frío, y yo me refugiaba donde podía, tenía heridas en los pies y cuando los metía en agua en los regatos que encontraba, sentía que se me congelaban, hacía fuego gracias a un mechero que tenía los días contados y robé un cordero de un rebaño, lo maté a golpes con una piedra y fui poniendo los pedazos en un palo al fuego hasta que les quité la sensación de carne cruda.

Tampoco sé en qué momento decidí que Ángel Bravo había muerto. Tenía la cédula de Andrés Barea en mi cartera, y dediqué un buen rato a romper en miles de pedazos el carné de la FAI, el de la biblioteca de la Residencia de Estudiantes. Me deshice de un mono azul que llevaba en el petate y del pañuelo rojo. Llevaba muy pocas cosas más: algo de ropa, unos cuantos belarminos que posiblemente ya no tendrían ninguna validez porque el Consejo Soberano había echado el cierre, cuchillas de afeitar y un libro. Un libro de poemas de Federico, que es la única cosa que guardo de mi otra vida, y de la que nunca pude desprenderme a pesar de que hubo momentos en que me pareció suicida conservarlo. Está en mi estantería y quiero que, si cuando ves y escuchas esto ya me he muerto, sea para ti, Aida, seguro que te hará ilusión: está dedicado por Federico de su puño y letra. No me preguntes por qué. Quiero que sea para ti. Por interlocutora.

Por cierto, un día pasó una cosa con el libro, cuando ya estaba en el frente, con los nacionales. Un patán, que era de Segovia, anduvo revolviendo en mis cosas y lo sacó y empezó a decir que cómo tenía yo aquel libro de poesías, que si era maricuelo o qué. Y entonces, otro, que era más listo, lo miró y dijo, anda, ese Federico ¿no era el que andaba con aquel teatro por los pueblos? Un mariconazo, según tengo entendido, añadió. Y entonces quisieron saber por qué lo tenía yo, si no sería también un poco sarasa, que a quién se le ocurre andar con versitos por ahí, y entonces recurrí a mis dotes de actor (ay, Dios, Aida, tú no sabes cómo me sirvió a mí todo lo que había aprendido en los cursos de arte dramático que teníamos en la Residencia de Estudiantes) y puse una mirada lo más cínica que pude y les dije que a ver si no tenía derecho yo a tener un recuerdo de mi primer muerto rojo. El de las gafas, el listo, miró la dedicatoria y dijo, pero tú mataste al Federico este o al Ángel a quien se lo dedicaba. Y yo les dije, yo maté a Ángel. Y bien muerto que está.

El resto de la historia es ya muy sencillo. Antes de llegar a León, cuando ya había

decidido no esconderme y que fuera lo que fuera, me pararon unos militares. No era difícil darme cuenta de que, por la zona en la que estaba, del ejército republicano no eran. Les dije que me llamaba Andrés Barea, que había escapado del terror rojo asturiano. Que había vagado por las montañas huyendo de una muerte cierta por ayudar a unos curas. Que quería incorporarme al frente para ayudar a tomar Madrid. Y les di mi flamante cédula de identificación.

Era yo el que estaba hablando y no podía creerlo, oía mi voz contando historias insólitas y me parecía que era otro quien las pronunciaba, como en los sueños, cuando te ves, pero estás situado fuera, desdoblado. Me dieron de comer, me llevaron a un cuartel en Valladolid y pude dormir en una cama, bueno, en una litera, pero a mí me pareció un milagro. Desde allí enviaron una carta al pueblo de Andrés solicitando confirmación de mi identidad: que tenían allí a un joven de 184 centímetros de altura, pelo oscuro, ojos azules, que decía ser, y para ello aportaba la cédula de identificación correspondiente, Andrés Barea Fernández, natural de Santa Cruz de Mieres, hijo de Ángel y de María del Camino, de veinte años de edad (en este punto, el oficial me había mirado fijamente, él tenía esos mismos años y a esa edad ya sabes que eres muy sensible con los coetáneos, seguramente le parecí algo mayor). Me dijeron que me quedara allí hasta que llegara la confirmación, y aquellos días comí y dormí lo que no había hecho en el tiempo que deambulé por el monte.

Cuando por fin llegó (en Asturias no les cabía ninguna duda de que ésos eran los datos de Andrés), me facilitaron un salvoconducto para incorporarme al frente y allí me fui con un grupo de falangistas con tanto ardor guerrero como inocencia (yo no hago más que preguntarme cómo era posible que en ningún momento sospecharan de mí), primero hacia Teruel, y más tarde a Madrid.

Sería muy largo explicarte cómo una persona se transforma en otra, el modo en que huyes de las calles antiguas, que esquivas las miradas de conocidos, para luego descubrir que ni es necesario, porque son sonámbulos que envueltos en su propia confusión, perdidos en su laberinto, tampoco te ven. Podría contarte tantas cosas... Pero el resumen es muy simple: un papel dice que te llamas Andrés Barea y tú dices que te llamas Andrés Barea, y cuando termina la guerra, sustituyes el Barea por el Braña, con la ayuda de una cuchilla de afeitar, y ya está. Es así de sencillo.

Y sin embargo, Aida, ha sido tan difícil contártelo. Estoy tan cansado...

Nunca quise volver a Asturias y traté de borrar a Claudia de mi memoria. Durante algún tiempo me dio por pensar que seguramente no habría sobrevivido, y de este modo eliminarla de mi recuerdo fue mucho más sencillo. Después de casarme con Piedad, cuando Bruno no terminaba de venir, me dio por recordar: tal vez tenía un hijo en alguna parte de Asturias, pero antes de que ese pensamiento se convirtiera en algo más peligroso que pudiera terminar por acercarse a la obsesión, Piedad descubrió que estaba en estado y todo se borró. El nacimiento de Bruno clausuraba

definitivamente al que yo había sido, del mismo modo que cada paso que había dado desde que Andrés metió en mi bolsillo su cédula de identificación había ido cerrando las puertas que me alejaban del pasado, ese que era mío y que ahora que estoy tan cerca del final es una mezcla confusa de recuerdo y verdugo.

No sé si hacerte una petición final, pero prefiero dejarlo a tu criterio. Con los datos que te he dado y con lo sagaz periodista que eres tú, seguro que puedes hacer lo que yo nunca quise hacer, y ya no voy a contarte cuánto había de cobardía y cuánto de temor y cuánto de desidia en ello: igual no te resulta difícil encontrar a Claudia Montañés (se apellidaba así), en el caso de que siga viva, o a su hijo, si llegó a tenerlo. Tampoco tengo muy claro si quiero que le digas algo. No lo sé. Me gustaría saberlo, y si se me ocurre algo, te lo grabaré en otro archivo, mañana o pasado.

Me alegro tanto de haberte encontrado, Aida, Rosa Roja de Asturias también tú. Me alegro tanto de que Bruno te haya encontrado, y que hayas sido tú, aunque no sepa por qué, la razón definitiva para que yo encuentre el camino de mi memoria y de mi confesión.

Y estoy tan agradecido, aunque tú no puedas entenderlo.

Epílogo

El coche se detuvo delante de la iglesia y Aida, en cuando salió, torció el gesto.

—Vaya por Dios, mira cómo está esto.

—Cómo está qué. La iglesia es preciosa, es bonita de verdad.

—El suelo, míralo. Cubierto de hierbas. Con lo chulo que es el empedrado de regodones que hay alrededor de la iglesia... Cómo me cabrea que dejen que estas cosas se estropeen.

Consiguió espantar la contrariedad que sentía mirando en torno a sí: la iglesia, la estatua erigida a la memoria del Marqués, el edificio que había sido el Círculo Obrero Católico, y luego la sede del Sindicato, y mucho más tarde cuartel de la Guardia Civil, para permanecer durante años abandonado y terminar por ser recuperado como residencia geriátrica. De pronto sintió que vivía dentro de alguna de las fotos que habían constituido el paisaje mental de muchos meses.

—¿Y eso de ahí?

—Ahora es un albergue, pero era la Escuela de los Frailes. Hermanos de La Salle. La de generaciones que aprendieron ahí... Los trajo el Marqués cuando...

—Sí, sí, ya me contaste... —Bruno pasó el brazo en torno a los hombros de Aida, y comenzaron a caminar despacio.

—Ésta era la casa de Bartomeu, el ingeniero. Me han dicho que la han rehabilitado manteniendo todos los elementos originales: la galería, las vidrieras... Ahí se reunían las mujeres principales de Bustiello, para merendar... Y ahí vivió Paloma cuando se casó con Eusebi.

—¿Y quién vive ahora ahí?

—Nadie. Es un centro de interpretación. Y mira tú qué bien. No podemos entrar —añadió mientras miraba el cartel colocado en la verja—. Hoy no está abierto...

—Volvemos otro día si quieres, no importa. Me quedo hasta el jueves.

Guardaron silencio y pasearon por delante de la iglesia, y hasta el principio del puente que siempre había unido Bustiello con la carretera, antes de que se hiciera la nueva, que sustituía las antiguas vías de la máquina de carbón. No se determinaron a cruzarlo: su estado era ruinoso y permanecía cortado al tráfico. Junio era un

escándalo de verdes y el cielo, tachonado de nubes blancas, era poco más que una franja que se colaba entre las montañas. Aida se sentía rara: lo que veía tenía tan poco que ver con las historias que había oído y había investigado en los últimos meses. Era y no era el escenario de tantas imágenes. Podía tocarlo, pisaba las huellas remotas de la gente que poblaba su memoria: allí había saltado Paloma a la cuerda, observada por el ingeniero desde la ventana, y habían rodado los aros, y girado las peonzas, delante de la iglesia flotaban los ecos de conversaciones, los ecos de lágrimas, los ecos de disparos, los ecos de los deseos ocultos.

—Cómo es la vida, ¿eh? Al final, ni mi historia, ni la tuya.

—Están ahí, Aida. Las historias siempre están ahí. Tienes miles de notas, y sabes cómo buscar más información, aunque ya no esté Paloma. Y en cuanto a lo de mi padre, si rastreamos su ordenador, estoy seguro de que ha dejado cosas escritas.

Bruno se interrumpió, recordando de repente y subrayando con un manotazo en la frente.

—Que no te lo he dicho, joder, se me había olvidado. El viernes, antes de venir, estuve mirando y hay un archivo de vídeo bastante gordo, pesa un montón de megas, en la carpeta del YouCam, o sea, que grabó un vídeo con la *webcam*, es un archivo de Windows Media y es para ti, se llama «ParaAida».

—¡Anda! ¿Y no lo has visto?

—¿Yo? Pero si dice claramente «ParaAida»... —Bruno sonrió—. No, claro que intenté verlo, pero tiene contraseña. Así que o la dejó apuntada por algún sitio, o nos rompemos la cabeza para buscarla.

—O lo hackeamos directamente. Menudo problema.

Pasaban por una de las calles del poblado, hacia el paseo que se había inaugurado recientemente y que bordeaba el río, y los saludaban ladridos de perros poco amenazadores, detrás de las verjas, en los pequeños jardines de las viviendas, que aunque no mantenían la uniformidad de antes, conservaban algunos elementos que las hacían inconfundibles.

—Mira —Aida señaló a la izquierda—. Ésa era la casa del médico, de Efrén. Y el edificio de ahí, al otro lado del río, el sanatorio. Luego volvemos por la carretera y lo vemos por delante. También es una pena, porque siguen sin encontrarle un destino adecuado. Durante un tiempo fue una escuela taller, pero ahora no sé.

—Y eso de ahí...

—Claro. Eso es Pomar.

Bruno guardó silencio unos instantes y acompañó la quietud de Aida, mientras contemplaba la casa que de forma obsesiva la había perseguido durante tanto tiempo que, ahora caía en la cuenta, siempre había estado ahí, en el origen mismo de su

existencia. Aunque nunca hubiera cruzado la portilla de entrada, ni se hubiera sentado en el banco de debajo de la galería, ni hubiera rozado con los dedos la bola de madera del final del pasamanos de la escalera, ni hubiera oído crujir bajo sus pasos la madera encerada, ni hubiera aspirado los olores de la cocina que se sabía de memoria. Aunque nunca hubiera dormido sobre alguno de los colchones de lana, ni hubiera contemplado el río desde la galería, ni hubiera comido cerezas danza de la huerta. Aquella casa, que habría tenido que ser la suya si las circunstancias no le hubieran arrebatado su propiedad, era sin embargo el lugar al que ella pertenecía. Y había tardado cuarenta años en saberlo.

—Si esto fuera el final de una película —dijo Bruno—, veríamos los fantasmas de todos esos personajes de los que me has hablado. A lo mejor habitan al otro lado, porque vete tú a saber si no será que el tiempo es mentira.

Aida cerró los ojos un instante conjurando imágenes y rostros, y gestos, y momentos. Bruno tenía razón: lo normal sería que, desafiando a la cronología, los espectros de Manuel, y de Benito Montañés, y de Ángeles Ariznabarreta, y de las niñas estuvieran en el jardín de Pomar, y que Sidra escudriñara desde la galería para ver si en algún momento veía a Germán, y sólo viera a Camino con Efrén y con Claudia y Andrés, y a don Macrino caminando por la carretera camino del sanatorio, departiendo con Bartomeu, o a su propio abuelo, a quien había terminado por poner el rostro de Bruno en blanco y negro en la tele, sonriendo con su hoyuelo irresistible, o a Francesc en bicicleta, y a Chano y otros rapacinos jugando al gua, o a Toña con un balde de ropa camino del lavadero, y de la cocina subiría la voz de Dorotea tarareando historias de mares y de naranjas que la mar no tiene, y Migio estaría injertando un peral, y la máquina del tren estaría pilotada por Antón y no habría habido ni muerte, ni dolor, ni desgarro, ni guerra, ni llanto.

Sólo que entonces no habría sido tampoco la vida.

—¿Sabes qué? —Bruno la sacó de aquella ensoñación absurda que estaba viviendo—. Creo que no.

—Que no qué.

—Que igual no es necesario escribir nada. Ni tu historia ni la mía. A lo mejor lo que tenemos que hacer es vivir y ya está. Olvidarnos de los archivos con contraseña de mi padre. Olvidarte de la búsqueda de tu abuelo...

Aida se estremeció: olvidar era una opción, pero no estaba segura de saber cómo se hacía eso. Cuando aún no se había recuperado de la muerte de Paloma y seguía preguntándose por qué no podía llorar, por qué no había podido derramar ni una sola lágrima, ni en el momento en que la llamaron para decírselo, ni en su funeral, ni al ver su féretro descender lentamente en la fosa del panteón del cementerio de Santa Cruz, que seguía conservando aquel «Familia de Benito Montañés» encargado por su

bisabuelo; cuando los ojos continuaban negándose a convertir en líquida aquella pena mineral que pesaba en el pecho, le llegó el informe del laboratorio: no había coincidencias en el ADN del cadáver encontrado en la fosa con la muestra que ella había aportado. Como no lo podía creer, pidió otros análisis con muestras de su madre, que era una familiar más próxima. Tampoco. Eran Salus y el Rembrandt, pero de ninguna manera el otro cadáver era el de su abuelo. Y apenas había podido compartirlo con Bruno: el mismo día que llegó el resultado del análisis, Andrés Braña no se despertó. Al parecer había muerto sin ningún tipo de sufrimiento, mientras dormía. Igual que Paloma. La muerte había sido generosa con ambos y les había hecho el regalo de la placidez en el último momento.

—Qué meses llevamos, eh. Menuda primavera...

Bruno sonrió y la besó brevemente en la sien.

—Por eso, Aida. A lo mejor tenemos que dejar de mirar el retrovisor. Dejar las cosas en sus días, y vivir.

—A lo mejor.

Volvieron al coche y lo pusieron en marcha. En la radio, la algarabía de voces, los gritos y las bocinas evidenciaron que el deseo se había hecho realidad, y el rostro de Paloma, arrugado y feliz, le sonrió desde la memoria de una tarde no muy lejana.

El Sporting acababa de lograr el ascenso a la Primera División.

Y Aida por fin se echó a llorar.

Gijón, 24 de abril de 2011

Agradecimientos

Cuando era muy pequeña, mi madre me dijo un día que aquella casa grande que tanto me llamaba la atención había sido de «las señoritas de Pomar» y que, para que me hiciera una idea, resulta que tenían sala de billar y biblioteca. A mí la sala de billar me dio siempre lo mismo, pero el hecho de que una casa pudiera albergar una biblioteca, que para mí era el espacio mágico donde convenientemente alineados estaban todos los libros que yo quería leer, la convirtió para siempre en fascinante.

Más tarde, cuando por fin me puse a escribir, mi padre, sin saberlo, me suministró la figura de un maquinista que ya no se pudo despegar de mi cabeza. Suyas son también historias menores y referencias. Como las casualidades existen, cuando necesitaba desesperadamente saber quién era Ángel y cómo se justificaría su presencia en la historia, Ernesto Burgos publicó un artículo en *La Nueva España* sobre una curiosidad histórica que tenía que ver con las Misiones Pedagógicas y que me dio la vida. Además me aportó otros datos preciosos, y me puso en contacto con Miguel Fernández, a quien agradezco la información que me proporcionó. Ángel Alcalde, que es un sabio, me habló en la Residencia de Estudiantes de la suplantación de personalidades. Lara me pintó con su historia unas habitaciones de colores en uno de nuestros desayunos. Alba, a golpe de clic, con una inmediatez increíble, me dio unos nombres para incorporar a una lista (por cierto, ella y Sofía también anduvieron a la caza de incorrecciones y errores). Y tantos otros.

Gabi Martínez, cuya amistad me acompaña desde hace años, leyó con generosidad y se empeñó en que lo leyera mucha más gente, y en Alfaguara, con Pilar Reyes al frente, quisieron y supieron hacerlo posible. Gracias también a Ricardo Solís, que manifestó su confianza y quiso hacer la foto de la solapa cuando la historia tenía poco más de una docena de páginas.

Unas cuantas personas leyeron los primeros folios y algunas incluso amenazaron con partirme las piernas si no seguía escribiendo. Las gracias van, claro para todos ellos porque me dijeron que siguiera, y me preguntaban por los personajes, como si hablaran de vecinos o familiares. Decir todos los nombres sería largo y como alguno se me olvidaría, seguro que quedo fatal. De entre ellos, y por razones más que obvias, para Memel, el que más por tantísimas cosas, y también Sofía, que fueron mis lectores de diario y para Sergio, tan seguro del recorrido de esta historia que prometió no leerla hasta que estuviera editada.

Las gracias van también para Diego, porque esta novela empezó a crecer a su sombra y, seguramente, sin todo lo compartido durante este tiempo yo no la habría escrito.

Sobre la autora

Laura Castañón (Mieres, 1961) dirige talleres literarios e imparte cursos de Creación Literaria, Literatura y Comunicación desde mediados de los años ochenta. También ha trabajado en radio y en televisión, ha sido jefa de prensa y ha desarrollado labores de programación cultural y comunicación empresarial. *Dejar las cosas en sus días* es su primera novela.

02/11/2013